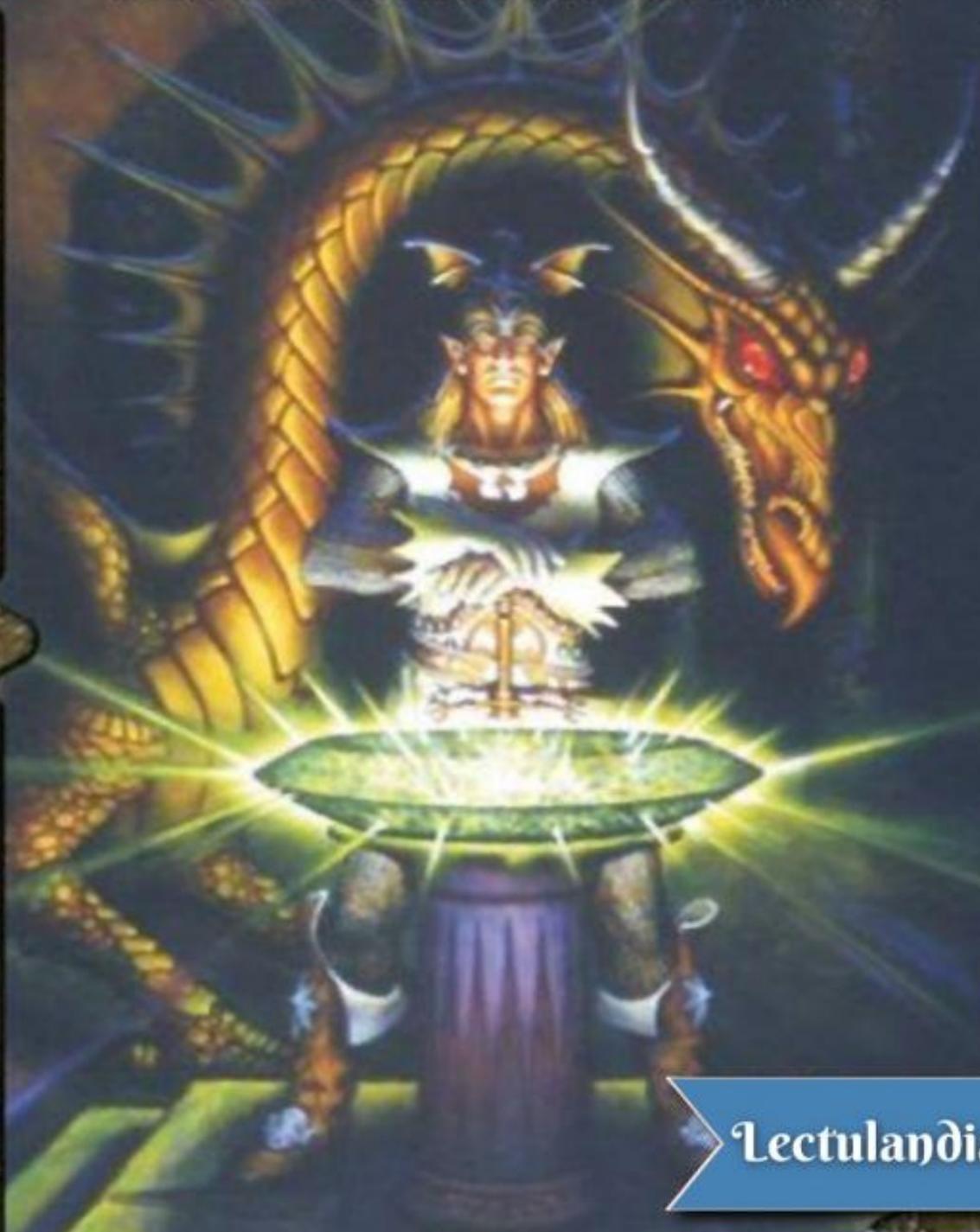


RAYMOND E. FEIST

UNA OSCURIDAD EN SETHANON

LA SAGA DE LA FRACTURA - LIBRO CUATRO



Lectulandia

Mientras el príncipe Arutha y sus compañeros reúnen sus fuerzas para la batalla final contra un mal antiguo y misterioso, el terrible nigromante Macros el Negro desencadena de nuevo su oscura hechicería.

Ahora, el destino de dos mundos se decidirá en una lucha titánica al pie de las murallas de Sethanon, mientras se restablece el lazo entre Kelewan y Midkemia.

Lectulandia

Raymond E. Feist

Una oscuridad en Sethanon

Saga de la Fractura 4

ePub r1.0

epublector 21.10.13

Título original: *A Darkness at Sethanon*

Raymond E. Feist, 1986

Traducción: Antonio Calvario, 2005

Diseño de portada: Don Maitz

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a mi madre,
Bárbara A. Feist.
Que no dudó ni por un instante.

Agradecimientos

Ya que este libro marca el final de la saga de La Guerra de la Fractura, el ciclo de cuatro libros iniciado con Mago Aprendiz, Mago Maestro y seguido con El Espino de Plata, siento la necesidad devolver a agradecer de corazón a toda esa gente que ha contribuido de una forma u otra al nivel de aceptación que hayan podido alcanzar mis libros:

A los arquitectos originales de Midkemia: April y Stephen Abrams, Steve Barrett, Anita y Jon Everson, Dave Guinasso, Conan LaMotte, Tim LaSelle, Ethan Munson, Bob Potter, Rich Spahl, Adam Springer y Lori y Jeff Velten.

A aquellos que se fueron uniendo a nosotros los viernes por la noche a lo largo de los años, añadiendo sus propios toques a la cosa maravillosa que es el mundo de Midkemia.

A mis amigos en Grafton Books, pasados y presentes.

A Harold Matson, mi representante, que me dio el primer voto de confianza.

A Abner Stein, mi representante en el Reino Unido.

A Janny Wurts, una escritora y artista muy dotada, por demostrarme como sacar más de mis personajes cuando yo pensaba que ya sabía todo lo que había que saber sobre ellos.

Todos ellos han contribuido a su manera única en las novelas que componen la saga de la Guerra de la Fractura. Los libros habrían sido mucho más pobres con que hubiera faltado aunque sólo fuera uno de ellos.

Raymond E. Feist
San Diego, California

Sinopsis

Nuestra historia hasta ahora...

Tras la Guerra de la Fractura contra los tsurani, invasores alienígenas provenientes del mundo de Kelewan, la paz reinó en el Reino de las Islas durante casi un año. El rey Lyam y sus hermanos, el príncipe Arutha y el duque Martin, emprendieron una gira por las ciudades orientales y los reinos vecinos, volviendo luego a Rillanon, la capital de Lyam. La princesa Carline, su hermana, le dio un ultimátum a su amante, Laurie el trovador: casarse con ella o irse de palacio. Arutha y la princesa Anita se prometieron y comenzaron los planes para su boda en Krondor, la ciudad de Arutha.

Cuando Arutha volvió finalmente a Krondor, una noche de madrugada, el ladronzuelo Jimmy la Mano se cruzó en el camino y frustró a un halcón nocturno, un asesino cuyo objetivo era Arutha. Los burladores tenían órdenes concretas de informar enseguida de cualquier noticia acerca de los halcones nocturnos, Jimmy no supo decidir a quién debía lealtad, si a los burladores (el gremio de ladrones) o a Arutha, al que había conocido un año antes. Antes de poder decidirse, Jimmy sufrió una emboscada a manos de Jack el Risueño, uno de los jefes de los burladores que intentó asesinarlo, demostrando así que Jack estaba asociado con los halcones nocturnos. Durante la emboscada Jimmy resultó herido y Jack el Risueño murió. Entonces Jimmy decidió alertar a Arutha.

Avisado del complot, Arutha, Laurie y Jimmy atraparon a dos asesinos y ¡os encarcelaron en palacio. Arutha descubrió que los halcones nocturnos estaban conectados de alguna forma con el templo de Lims-Kragma, Diosa de la Muerte. Ordenó a la suma sacerdotisa que acudiera, pero para cuando esta llegó, uno de los asesinos había muerto y el otro yacía moribundo. La sacerdotisa intentó descubrir cómo se habían infiltrado los halcones nocturnos en su templo. Al morir, uno de los halcones nocturnos capturados se reveló como un *moredhel* (un elfo oscuro) disfrazado mágicamente. La criatura, ya muerta, volvió a alzarse, invocó el nombre de su amo, Murmandamus y atacó a la suma sacerdotisa y a Arutha. Solo la intervención mágica de un consejero de Arutha, el padre Nathan, logró reducir a la criatura que había demostrado ser indestructible.

Cuando la suma sacerdotisa y el padre Nathan se recuperaron de la dura prueba, advirtieron a Arutha de que poderes oscuros y sobrenaturales deseaban su muerte. Arutha se preocupó por la seguridad de su hermano el rey y de los demás asistentes a su inminente boda, en especial por la de su amada Anita. Decidiéndose por una solución rápida en vez de más investigaciones mágicas, Arutha dio a Jimmy poderes para organizar un encuentro con el Hombre Íntegro, la misteriosa cabeza de los burladores.

En la oscuridad, Arutha se encontró con un individuo que afirmaba hablar con la voz del Hombre Íntegro, aunque al príncipe no le quedó claro si estaba hablando con el líder de los ladrones en persona. Alcanzaron un acuerdo sobre la necesidad de librar a la ciudad de los halcones nocturnos y, dentro del trato, Jimmy fue entregado al servicio de Arutha como escudero de su corte, Jimmy había roto su juramento hacia los burladores y su carrera de ladrón había acabado.

Más tarde, el Hombre Íntegro les hizo saber la ubicación del cuartel de los halcones nocturnos. Arutha y una compañía de soldados de confianza atacó el sitio, el sótano del burdel más caro de la ciudad. Todos los asesinos fueron muertos o se suicidaron. El hallazgo del cuerpo de Dase el Rubio, ladrón y falso amigo de Jimmy demostró que efectivamente los halcones nocturnos se habían infiltrado en los burladores. En ese momento, los asesinos muertos volvieron a levantarse, una vez más reanimados por algún oscuro poder, y solo pudieron ser destruidos quemando el edificio hasta los cimientos.

En palacio, Arutha decidió que el peligro más inmediato había pasado, y la vida recuperó cierta apariencia de normalidad.

El rey, el embajador de Kesh la Grande y otros dignatarios llegaron al palacio, y Jimmy creyó vislumbrar a Jack el Risueño entre la muchedumbre. Jimmy quedó conmocionado, ya que estaba seguro de que el falso ladrón había muerto.

Arutha alertó a sus consejeros de más confianza del peligro y descubrió que en el norte estaban pasando cosas extrañas. Se decidió que había alguna conexión entre dicho acontecimientos y los asesinos. Jimmy llegó con la noticia de que el palacio era un laberinto de pasadizos secretos, y su miedo de haber visto a Jack. Arutha decidió tomar precauciones, reforzando la vigilancia de palacio, pero resuelto a continuar con la boda.

La boda se convirtió en punto de reunión para todos los que habían estado separados desde la Guerra de la Fractura: además de la familia real, Pug el mago llegó desde la isla de Stardock, ubicación de la academia de magos. Una vez había sido residente de Crydee, hogar del rey y su familia. Kulgan, su viejo maestro, acudió con Vandros, duque de Yabon, y Kasumi, el antiguo comandante tsurani y actual conde de LaMut. Con el rey Lyam llegó el padre Tully, otro de los preceptores de la infancia de Arutha y ahora consejero real.

Justo antes de la boda, Jimmy descubrió que habían manipulado una ventana y que Jack el Risueño estaba oculto en la bóveda desde la que se dominaba el salón. Jack dejó inconsciente al muchacho y lo maniató. Cuando comenzó la boda, Jimmy logró frustrar el intento de Jack de matar a Arutha empujándole. Ambos cayeron al vacío, aunque los salvó la magia de Pug. Pero tras ser liberado, Jimmy descubrió que el dardo de la ballesta de Jack se había clavado en Anita.

Tras examinar a la herida princesa, el padre Nathan, de común acuerdo con el padre Tully, anunció que el dardo estaba envenenado y la princesa se moría. Jack fue interrogado y descubrió la verdad tras los halcones nocturnos. Había sido salvado de la muerte por un extraño poder llamado Murmandamus, a cambio de que intentara matar a Arutha. Lo único que sabía del veneno era que se llamaba espino de plata. Con eso, murió. Con Anita a las puertas de la muerte, el mago Kulgan recordó que existía una enorme biblioteca en la abadía ishapiana de Sarth, una ciudad en las costas del mar Amargo. Pug y el padre Nathan usaron su magia para dejar a Anita suspendida en el tiempo mientras se encontraba una cura.

Arutha juró viajar a Sarth, y tras una elaborada treta para confundir a los posibles espías, Arutha, Laurie, Jimmy, Martin, y Gardan, capitán de la guardia real del príncipe, partieron hacia el norte. En el bosque al sur de Sarth fueron atacados por jinetes moredhel ataviados con armaduras negras, que iban a las órdenes de un moredhel que Laurie reconoció como un caudillo de los clanes de las montañas de Yabon. Los moredhel persiguieron al grupo de Arutha hasta la abadía de Sarth, donde fueron repelidos por la magia del hermano Dominic, un monje ishapiano. Los agentes de Murmandamus atacaron la abadía en dos ocasiones más, casi provocando la muerte del hermano Micah, que posteriormente se descubrió que era el antiguo duque de Kronдор, lord Dulanic. El padre John, el abad, le explicó a Arutha que había una profecía que hablaba de la vuelta de los moredhel a su antiguo poder una vez que hubiera muerto el «señor del oeste». Uno de los agentes de Murmandamus había llamado de esa manera a Arutha, así que al parecer los moredhel creían que la profecía se acercaba a su cumplimiento. En Sarth, Arutha también descubrió que «espino de plata» era la corrupción de una palabra élfica, así que decidió viajar a Elvandar, la corte de la reina de los elfos. Gardan y Dominic recibieron órdenes de Arutha y del abad de viajar a Stardock para llevar las noticias a Pug y al resto de los magos que allí vivían.

En Ylith, Arutha y su grupo se encontraron a Roald, mercenario y amigo de la infancia de Laurie, y a Baru, un montañés hadati que buscaba al extraño caudillo moredhel, llamado Murad, para vengar la destrucción de su aldea. Ambos accedieron a continuar el viaje con Arutha.

En Stardock, Dominic y Gardan fueron atacados por criaturas elementales voladoras, sirvientes de Murmandamus, y salvados por Pug. Dominic conoció al

mago Kulgan y a Katala, la esposa de Pug, y también al hijo de Pug, William, y a Fantus, el draco de fuego. Pug escuchó sus informes y pidió la ayuda de los demás magos de Stardock. Un vidente ciego, Rogen, tuvo una visión de un poder terrible detrás de Murmandamus, que atacó al anciano a través del tiempo y la probabilidad, desafiando todo lo que Pug sabía de magia. Una niña muda, Gamina, la protegida de Rogen, compartió la visión y su grito mental dejó inconscientes a Pug y sus compañeros. Rogen sobrevivió al duro trance, y Gamina usó sus habilidades telepáticas para recrear la visión para Pug y los demás. Vieron la destrucción de una ciudad, y el terrible ser de la visión habló en tsurani antiguo. Pug y los demás que hablaban el idioma quedaron aturcidos al oír este lenguaje ceremonial casi olvidado de Kelewan.

En Elvandar, Arutha y sus compañeros conocieron a los gwali, amables criaturas simiescas que estaban visitando a los elfos. Los elfos les hablaron de extraños encuentros con rastreadores moredhel en el borde septentrional de los bosques elfos. Arutha explicó su misión y Tathar, consejero de la reina, y Tomas, príncipe consorte y heredero del antiguo poder de los valheru, los señores de los dragones, le hablaron del espino de plata. Esta planta crecía solo en un sitio, en las orillas del Lago Negro, Moraelin, un lugar de oscuras energías. Tathar advirtió a Arutha que sería un viaje peligroso, pero el príncipe se mantuvo en su empeño.

En Stardock, Pug decidió que lo que amenazaba al Reino era de origen tsurani. De algún modo los destinos de Kelewan y Midkemia parecían volver a estar entrelazados. La única fuente posible de información acerca de esta amenaza sería la Asamblea de Magos de Kelewan, que ellos pensaban que les estaba vetada para siempre jamás. Entonces Pug les reveló a Kulgan y a los demás que había encontrado un medio de volver a Kelewan. Sin hacer caso a las objeciones, decidió volver para hacer lo posible por conseguir información. Una vez tomada la decisión, Meecham el montaraz, antiguo compañero de Kulgan, y Dominic, obligaron a Pug a llevarlos con él. Pug estableció una fractura entre ambos mundos y los tres la atravesaron. De vuelta en el imperio de Tsuranuanni, Pug y sus amigos hablaron primeramente con Netoha, el antiguo administrador de Pug, y luego con Kamatsu, señor de los Shinzawai y padre de Kasumi. El imperio andaba revuelto, al borde de una ruptura abierta entre el señor de la guerra y el emperador, pero Kamatsu juró llevar ante el Alto Consejo los avisos que traía Pug sobre la amenaza alienígena, ya que Pug estaba convencido de que si Midkemia caía, la seguiría Kelewan. Pug se encontró con su viejo amigo Hochopepa el mago, un Grande del imperio. Hochopepa accedió a plantear la causa de Pug ante la Asamblea, ya que Pug había sido declarado traidor al imperio y estaba sentenciado a muerte. Pero antes de poder despedirse, fueron atacados mágicamente y capturados por los hombres del señor de la guerra.

Arutha y su grupo alcanzaron el Lago Negro, Moraelin, evitando a varias patrullas

y centinelas moredhel. Galain el elfo fue enviado por Tomas para llevarles noticias de otra posible entrada a Moraelin. Le dijo a Arutha que lo acompañaría hasta el borde de las Huellas del Desesperado, un cañón que rodeaba la meseta donde se encontraba Moraelin. Arutha y sus compañeros se abrieron camino hasta el Lago Negro y descubrieron un extraño edificio negro, que supusieron que sería una edificación valheru. La búsqueda del espino de plata fue infructuosa, y Arutha y los demás pasaron la noche en una cueva bajo la superficie de la meseta, donde decidieron entrar en el edificio.

Pug y sus compañeros se despertaron en una celda y descubrieron que su magia había sido bloqueada por un encantamiento. Pug fue interrogado sobre su objetivo al volver al imperio por el señor de la guerra y sus dos ayudantes magos, los hermanos Ergoran y Elgahar. El señor de la guerra estaba convencido de que tenía algo que ver con la oposición política a sus planes de arrebatarse el control del imperio al emperador. Ni él ni Ergoran creyeron la historia de Pug de un extraño poder de origen tsurani que amenazaba Midkemia. Más tarde, Elgahar fue a la celda de Pug para discutir el asunto, y dijo que tomaría en consideración el aviso de Pug. Antes de partir, le susurró al oído una suposición a Pug, que este admitió como posible. Hochopepa le preguntó a Pug qué suposición era esa, pero Pug se negó a hablar del asunto. Más tarde, Pug, Meecham, y Dominic fueron torturados. Después de que Dominic entrara en trance para bloquear el dolor, y Meecham cayera inconsciente, Pug fue torturado. El dolor y la resistencia a la magia que bloqueaba la suya propia hizo que Pug empleara con éxito la magia de la senda menor, algo que hasta entonces se había considerado imposible. Se liberó a sí mismo y a sus compañeros a la vez que el emperador llegaba con el señor de los Shinzawai. El señor de la guerra fue ejecutado por traición y a Pug se le otorgó permiso para realizar sus indagaciones en la Asamblea. Elgahar fue clave en la liberación de Pug y, cuando se le preguntó el porqué, reveló la suposición que había compartido con Pug: ambos creían que el Enemigo, el tenor ancestral que había expulsado a las naciones a Kelewan en tiempos de las Guerras del Caos, había vuelto. En la Asamblea, Pug descubrió una referencia a unos extraños seres que vivían en los hielos polares, los Observadores. Se separó de sus amigos y fue en busca de estos Observadores, mientras que Hochopepa, Elgahar, Dominic y Meecham volvían a Midkemia y la academia de magos.

Desde su escondrijo, Jimmy oyó de pasada una conversación entre un moredhel y dos renegados humanos, que le hizo sospechar que había algo raro en el edificio negro, Jimmy convenció a Arutha para que lo dejara explorar en solitario, ya que él solo tenía más posibilidades de evitar trampas y emboscadas, Jimmy se adentró en el extraño edificio negro y descubrió algo que parecía ser espino de plata, pero demasiadas cosas acerca del sitio lo escamaban, Jimmy volvió a la cueva con la noticia de que el edificio era una trampa gigantesca.

Posteriores exploraciones demostraron que la cueva era parte de un gran complejo subterráneo valheru, casi irreconocible tras eras de erosión. Entonces Jimmy determinó que el espino de plata debía estar bajo el agua, ya que los elfos habían dicho que crecía cerca de la orilla, y las lluvias de ese año habían sido torrenciales. Aquella noche encontraron la planta y emprendieron la huida. Jimmy resultó herido y el grupo tuvo que aminorar la marcha. Eludieron a los centinelas moredhel, pero se vieron obligados a matar a uno, alertando a Murad, que encabezó a sus fuerzas para capturar a Arutha. Cerca del límite de los bosques élficos, el exhausto grupo se vio obligado a detenerse. Galain se adelantó en busca de su gente, Calin y los demás guerreros elfos. Una primera partida de Moredhel alcanzó al grupo de Arutha y fue derrotada, pero entonces llegó Murad con un contingente mayor, que incluía matadores negros. Baru desafió a Murad a combate singular, y el extraño código de honor de los moredhel obligó al caudillo a aceptar. Baru mató a Murad y le arrancó el corazón para evitar el riesgo de que volviera de entre los muertos. Baru fue derribado por un moredhel antes de que pudiera volver con sus compañeros, y se reanudó la batalla. Cuando el grupo del príncipe estaba casi vencido, llegaron los elfos e hicieron batirse en retirada a los moredhel. Se descubrió que Baru seguía vivo por poco, y los elfos llevaron al príncipe y su grupo a la seguridad de Elvandar. Los matadores negros muertos volvieron a la vida y persiguieron a los elfos hasta el borde mismo de Elvandar, donde Tomas llegó con los tejedores de magia y los destruyó. En la celebración de esa misma noche, Arutha supo que Baru viviría tras pasar una larga convalecencia. Arutha y Martin reflexionaron sobre el fin de su búsqueda, ya que ambos sabían que esta batalla solo era parte de una contienda mayor, cuyo final aún no se había decidido.

Pug llegó a las estribaciones septentrionales del imperio y, abandonando su escolta tsurani, se adentró en la tundra gobernada por los thün. Las extrañas criaturas parecidas a centauros, que se llamaban a sí mismas los lasura, enviaron a un viejo guerrero para conversar con Pug. La criatura le habló de la existencia de habitantes en el hielo y se alejó afirmando que Pug estaba loco. Pug llegó por fin al glaciario, donde fue recibido por un ser encapuchado. El Observador que le había salido al encuentro lo condujo bajo el hielo hasta un fabuloso bosque mágico. Se llamaba Elvardein, y era el gemelo de Elvandar. Pug descubrió que los Observadores eran elfos, los eldar, desaparecidos hacía mucho tiempo. Pug debía quedarse con ellos un año y aprender artes que superaban las que en esos momentos estaban a su disposición.

Arutha llegó sano y salvo a Krondor con la cura para Anita. Esta fue revivida y se hicieron planes para concluir la boda. Carline insistió en que Laurie y ella también se casaran, enseguida, y por el momento el palacio de Krondor se convirtió en la imagen de la alegría y la felicidad.

Y la paz volvió al Reino de las Islas, durante casi un año...

Libro IV
Macros Redux

¡Mira! La muerte se ha izado un trono
En una extraña y solitaria ciudad

—Edgar Alan Poe,
La Ciudad en el Mar

Prólogo

Viento oscuro

El viento llegó de ninguna parte.

Brotando a la existencia con la reverberación de un martillo destructor, traía el calor de una fragua que forjaba ardiente guerra y muerte calcinadora. Brotó a la existencia en el corazón de una tierra perdida, emergiendo de algún extraño lugar entre lo que es y lo que intenta ser. Soplabla del sur, donde las serpientes caminaban erguidas y pronunciaban palabras ancestrales. Colérico, hedía a una maldad antigua, con ecos de profecías largo tiempo olvidadas. El viento se arremolinó frenéticamente, saliendo en tromba del vacío como si buscara un rumbo a seguir, entonces pareció hacer una pausa, luego sopló en dirección norte.

Mientras cosía, la vieja aya tarareaba una sencilla melodía, una transmitida de madres a hijas durante generaciones. Se detuvo para levantar la vista del bordado. Sus dos pequeños pupilos yacían durmiendo, con los diminutos rostros serenos mientras soñaban diminutos sueños. Ocasionalmente los dedos se doblaban o los labios se apretaban haciendo el gesto de mamar, y luego el uno o el otro volvían a la tranquilidad. Eran bebés preciosos, y crecerían para ser muchachos apuestos, de eso estaba segura la aya. Como hombres conservarían solo vagos recuerdos de la mujer que estaba sentada con ellos esta noche, pero por ahora le pertenecían a ella tanto como a su madre, que estaba sentada junto a su marido presidiendo una cena de estado, Entonces entró por la ventana un extraño viento, que provocaba escalofríos a pesar de su calor. Traía un leve indicio de una disonancia alienígena y distorsionada, una melodía maléfica apenas perceptible. El aya se estremeció y miró a los niños. Estos se inquietaron, como si estuvieran a punto de despertarse llorando. El aya corrió hacia la ventana y la cerró, bloqueando al extraño y perturbador aire nocturno. Durante un momento pareció que el tiempo contenía el aliento, la brisa murió como en un suspiro y la noche volvió a quedar en calma. El aya se arrebujó en su chal y los niños se agitaron otro instante antes de volver a sumirse en un tranquilo sueño.

En una habitación cercana, un hombre joven trabajaba en una lista, esforzándose por dejar a un lado sus gustos personales para decidir quién debía servir en una ceremonia de poca importancia al día siguiente. Era una tarea que odiaba, pero que se le daba bien. Entonces el viento hizo que las cortinas de la habitación volaran hacia dentro. Sin pensar, el joven saltó de la silla y se agazapó. Un puñal voló de la caña de su bota a su mano cuando un sexto sentido nacido en las calles le avisó del peligro. Listo para la lucha, se quedó allí un buen rato, con el corazón desbocado, tan seguro de que se acercaba una lucha a muerte como no había estado en ningún otro momento

de su azarosa vida. Al ver que allí no había nadie, el joven se fue relajando lentamente. El momento pasó. Sacudió la cabeza, perplejo. Una extraña intranquilidad se aposentó en la boca de su estómago mientras cruzaba lentamente hacia la ventana. Durante largos y lentos minutos miró hacia el norte, a la noche, hacia donde sabía que se encontraban las altas montañas y más allá, donde esperaba un enemigo de oscuro aspecto. El joven forzó la vista para mirar a las tinieblas, como si intentara vislumbrar algún peligro oculto en ellas. Luego, cuando se desvanecieron los últimos rastros de ira y miedo, volvió a su tarea. Pero durante el resto de la noche, de vez en cuando se dio la vuelta para mirar por la ventana.

Afuera en la ciudad, un grupo que estaba de celebración se abría camino por las calles, buscando otra taberna y más compañeros de diversión. El viento pasó junto a ellos, y se detuvieron un momento, intercambiando miradas. Uno de ellos, un mercenario veterano, empezó a andar de nuevo y luego se detuvo y se puso a pensar en algo. Con una súbita pérdida de interés en la celebración, les deseó muy buenas noches a sus compañeros y volvió a palacio, donde llevaba como huésped casi un año.

El viento se adentró soplando en el mar, donde un barco navegaba hacia puerto tras una larga patrulla. El capitán, un hombre alto con la cara cubierta de cicatrices y un ojo blanco, se detuvo al ser tocado por el viento frío. Estaba a punto de ordenar que recogieran velas cuando un extraño escalofrío lo recorrió. Miró a su primer oficial, un hombre con el rostro picado de viruelas que llevaba años a su lado. Intercambiaron miradas y el viento pasó. El capitán se detuvo, dio orden de enviar hombres a la arboladura y, tras otro momento de silencio, ordenó que se encendieran más fanales para combatir las tinieblas, que repentinamente se habían vuelto opresivas.

Más al norte el viento sopló por las calles de una ciudad, creando encrespados remolinos de polvo que danzaban una alocada jiga sobre los adoquines como bufones enajenados. En esta ciudad vivían hombres de otro mundo junto a hombres nacidos allí. En la sala común de los soldados de la guarnición, un hombre de aquel otro mundo se enfrentaba en un combate de lucha libre con otro criado a una milla de donde se desarrollaba el desafío, entre fuertes apuestas de los espectadores. Cada hombre había sido derribado una vez, y la tercera caída decidiría al ganador. El viento golpeó súbitamente y ambos oponentes se detuvieron, mirando a su alrededor. El polvo provocó picor de ojos y varios curtidos veteranos tuvieron que reprimir escalofríos. Ambos oponentes abandonaron la pelea sin decir palabra, y los que

habían apostado recogieron su dinero sin protestar. Todos cuantos estaban en la sala común volvieron a sus alojamientos en silencio, ya que el ambiente festivo del desafío había huido ante el helado viento.

El viento voló hacia el norte hasta llegar a un bosque donde unos pequeños seres simiescos, afables y tímidos, se acurrucaban en las ramas, buscando el calor que solo proporciona el contacto físico. Abajo, en el suelo del bosque, un hombre estaba sentado en posición de meditación. Tenía las piernas cruzadas y los dorsos de sus muñecas descansaban sobre sus rodillas, con los índices y pulgares formando círculos que representaban la Rueda de la Vida a la que están vinculadas todas las criaturas. Sus ojos se abrieron bruscamente al primer contacto con el viento oscuro y observó al ser que había sentado frente a él. Un elfo anciano, que mostraba los leves signos de envejecimiento propios de su raza contempló al humano por un instante, viendo la pregunta implícita. Asintió levemente. El humano recogió las dos armas que había a su lado. Colocó la espada larga y la corta en su fajín y partió con un gesto de despedida, avanzando entre los árboles del bosque de camino al mar. Allí buscaría a otro hombre, uno al que los elfos también consideraban su amigo, y se prepararían para la confrontación final que pronto iba a comenzar. Mientras el guerrero se abría paso hacia el océano, las hojas susurraron en las ramas sobre su cabeza.

Las hojas también temblaron en otro bosque, en simpatía con aquellas perturbadas por el paso del viento oscuro. A través de un enorme golfo de estrellas, alrededor de un sol verde amarillento, orbitaba un mundo caluroso. En ese mundo, bajo la capa de hielo del polo norte, se encontraba un bosque gemelo del que había dejado atrás el guerrero al emprender su viaje. Y en las profundidades de aquel segundo bosque se sentaba un círculo de seres versados en conocimientos intemporales. Estaban tejiendo magia. Un resplandor suave y cálido formó una esfera luminosa alrededor de ellos, que estaban sentados sobre la tierra desnuda, vestidos con túnicas de vivos colores limpias de manchas de tierra. Todos los ojos estaban cerrados, pero cada uno de ellos veía lo que necesitaba ver. Uno, anciano más allá del recuerdo de los demás, estaba sentado sobre el círculo, suspendido en el aire por la fuerza del conjuro que estaban tejiendo entre todos. Su pelo blanco le colgaba por debajo de los hombros, recogido por un sencillo alambre de cobre con una sola piedra de jade engastada a la altura de la frente. Tenía las palmas de las manos levantadas y apuntando hacia delante, y los ojos fijos en otro individuo: un humano vestido con una túnica negra que flotaba frente a él.

Aquel otro estaba cabalgando las corrientes de energía arcana que formaban una pauta a su alrededor, enviando su consciencia a recorrer aquellos hilos, a dominar aquella magia alienígena. El de la túnica negra estaba sentado en una postura idéntica a la del otro, con las manos extendidas y las palmas mirando hacia fuera, pero tenía

los ojos cerrados mientras aprendía. Acariciaba mentalmente el tejido de esta antigua hechicería élfica, y sentía las energías entrelazadas de todas las cosas que componían este bosque, tomadas y orientadas suavemente, sin forzarlas, hacia las necesidades de la comunidad. Así usaban sus poderes los tejedores de magia, suavemente pero con persistencia, hilando la fibra de esas omnipresentes energías naturales en un hilo de magia que podía usarse. Tocó la magia con su mente y supo. Supo que sus poderes estaban creciendo más allá de la comprensión humana, convirtiéndose en casi divinos en comparación con lo que él había pensado una vez que eran los límites de sus talentos. En el año que se acababa había dominado mucho, pero sabía que quedaba mucho más por aprender. Aun así, con estas lecciones había conseguido los medios para encontrar otras fuentes de conocimiento. Ahora comprendía que los secretos conocidos por pocos aparte de los grandes maestros: cruzar entre los mundos por pura fuerza de voluntad, moverse a través del tiempo e incluso engañar a la muerte eran posibles. Y al comprenderlo supo que algún día descubriría la forma de dominar aquellos secretos. Si tenía tiempo. Y el tiempo escaseaba. Las hojas de los árboles se hicieron eco del roce del distante viento oscuro. El hombre de negro posó sus ojos oscuros sobre el anciano ser que flotaba ante él, mientras ambos retiraban sus mentes de la pauta.

—*¿Tan pronto, Acaila?* —dijo el hombre de negro hablando con la fuerza de su mente.

El otro sonrió, y unos ojos azul pálido brillaron con luz propia, una luz que había asustado al hombre de negro la primera vez que la vio. Ahora sabía que dicha luz provenía de un profundo poder que estaba más allá del que él hubiera conocido en cualquier mortal, salvo uno. Pero este era un poder diferente, no el abrumador poderío del otro, sino el poder calmante y curativo de la vida, el amor y la serenidad. En verdad aquel ser era uno con su entorno. Mirar a aquellos ojos brillantes era sentirse pleno, y su sonrisa era reconfortante. Pero los pensamientos que atizaron la distancia entre ellos mientras flotaban suavemente hasta el suelo fueron de preocupación.

—*Ha pasado un año. Nos habría venido bien más tiempo, pero el tiempo pasa a su propio ritmo, y puede ser que ya estés preparado.* —Los pensamientos del elfo adquirieron una textura que el hombre de la túnica negra había llegado a comprender que era humor—. Pero estés preparado o no, es la hora —añadió en voz alta.

Los otros se pusieron en pie como uno solo y por un momento de silencio el de la túnica negra sintió sus mentes unirse a la suya propia, en una despedida final. Lo enviaban de vuelta a un lugar donde se estaba desarrollando una pugna, una pugna en la que él iba a desempeñar un papel vital. Pero lo enviaban con mucho más de lo que poseía cuando había llegado hasta ellos.

—Gracias —dijo al sentir el último contacto—. Volveré a donde puedo

emprender el camino de vuelta a casa.

Sin decir más, cerró los ojos y se desvaneció. Los que estaban en el círculo se quedaron un momento en silencio y luego cada uno de ellos fue a encargarse de las tareas que le esperaban. En las ramas, las hojas siguieron inquietas y el eco del viento oscuro tardó en desvanecerse.

El viento oscuro sopló hasta llegar a un sendero de montaña en una cornisa que dominaba un lejano valle, donde una banda de hombres se ocultaba agazapada. Por un breve instante, miraron al sur, como si buscaran la fuente de este extraño viento inquietante, y luego volvieron a observar las llanuras que había bajo ellos. Los dos que estaban más cerca del borde habían cabalgado larga y duramente en respuesta a la llamada de una patrulla de exploradores. Bajo ellos, se reunía un ejército en torno a estandartes de aspecto maligno. El líder, un hombre canoso con un parche en el ojo derecho, se agachó al borde de la cornisa.

—Es tan malo como temíamos —dijo en un susurro.

El otro hombre, no tan alto pero más corpulento, se rascó la barba entrecana agazapado junto a su compañero.

—No, es peor —murmuró—. A juzgar por el número de fuegos de campamento, ahí abajo se está formando una tormenta de las gordas.

El hombre del parche en el ojo se mantuvo en silencio por unos instantes.

—Bueno —dijo luego—, por lo menos hemos ganado un año. Esperaba que nos atacaran el verano pasado. Está bien que nos hayamos preparado, porque ahora es seguro que vendrán. —Se movió agachado hasta donde un hombre alto y rubio sostenía su caballo por las riendas—. ¿Vienes?

—No —dijo el segundo hombre—. Creo que seguiré observando durante algún tiempo. Viendo cuántos llegan y a qué ritmo podré hacerme una buena idea de cuántos va a traer.

El primer hombre montó. El hombre rubio habló.

—¿Y qué importa? Cuando venga, traerá todo lo que tenga.

—Supongo que lo que pasa es que no me gustan las sorpresas.

—¿Cuánto tiempo? —dijo el jefe.

—Dos, tres días como mucho, a partir de entonces esto se va a poner bastante concurrido.

—Es seguro que tendrán patrullas. Dos días como máximo. No es que hagas mucha compañía —dijo el primer hombre con una sonrisa lúgubre—, pero después de dos años me he acostumbrado a tenerte alrededor. Ten cuidado.

El segundo hombre exhibió una amplia sonrisa.

—Eso va en ambos sentidos. Les has hecho bastante daño durante los dos últimos años como para que estén deseando echarte el guante. No estaría bien que se

plantaran en las puertas de la ciudad con tu cabeza en una pica.

—Eso no sucederá —dijo el hombre rubio. Su abierta sonrisa contrastaba con su tono, un tono de determinación que los otros dos conocían bien.

—Bueno, encárgate de eso. Ahora, vamos.

El grupo se alejó, dejando atrás un jinete para que acompañara al hombre corpulento en su vigilancia. Tras un largo minuto observando, este murmuró algo en voz baja.

—¿Qué tramas ahora, hijo malparido de un chulo de fulanas sin madre? ¿Qué nos vas a echar encima este verano, Murmandamus?

I

Festival

Jimmy corría por el pasillo.

En los últimos meses, Jimmy había crecido. Cumpliría dieciséis años el próximo día de medioverano, aunque nadie sabía su verdadera edad. Dieciséis parecía una buena aproximación aunque puede que estuviera cerca de los diecisiete o incluso que tuviera dieciocho años. Siempre atlético, había empezado a hacerse más ancho de hombros y casi había ganado una cabeza de altura desde su llegada a la corte. Ahora parecía más un hombre que un muchacho.

Pero algunas cosas nunca cambiaban, y el sentido de la responsabilidad de Jimmy seguía siendo una de ellas. Aunque siempre se podía contra con él para lo asuntos de importancia, su despreocupación por lo trivial amenazaba una vez más con sumir en el caos la corte del príncipe de Krondor. El protocolo prescribía que él, como escudero mayor de la corte del príncipe, llegara el primero a las reuniones, y, como siempre, era muy probable que llegara el último. De algún modo la puntualidad parecía eludirlo. Siempre llegaba tarde o temprano, raras veces a su hora.

El escudero Locklear estaba en la puerta del pequeño salón usado como sala de reunión de los escuderos, haciéndole a Jimmy frenéticos gestos con la mano para que se apresurara. De todos los escuderos, solo Locklear se había hecho amigo del escudero del príncipe desde que Jimmy había vuelto con Arutha de la misión en busca del espino de plata. A pesar de la primera, y acertada, impresión de que Locklear seguía siendo un niño en muchos aspectos, el hijo más joven el barón de Finisterre había demostrado cierto gusto por la temeridad que había sorprendido gratamente a su amigo. Sin importar lo arriesgado que fuera cualquier plan urdido por Jimmy, Locklear solía acceder.

Y cuando se metía en problemas como resultado de los juegos de Jimmy con la paciencia de los dignatarios de la corte, Locklear aceptaba el castigo con buen talante, considerándolo el precio justo de haber sido atrapado.

Jimmy entró en la habitación a toda velocidad, patinando por el pulido suelo de mármol mientras intentaba detenerse. Dos docenas de escuderos vestidos de verde y

marrón formaban dos ordenadas filas en la sala. Miró a su alrededor y vio que todo el mundo estaba donde se suponía que debía estar. Acababa de situarse en su puesto cuando hizo su entrada el chambelán Brian deLacy.

Cuando le habían otorgado el cargo de escudero mayor, Jimmy había pensado que aquello supondría todo privilegios y ninguna responsabilidad. Esa idea se la habían arrancado rápidamente de la cabeza. Era parte integral de la corte, aunque una parte pequeña, y cuando fallaba en sus deberes debía enfrentarse al hecho más importante conocido por todos los burócratas de cualquier nación y época: los de arriba no quieren excusas, quieren resultados. Jimmy vivía y moría con cada error cometido por los escuderos. Hasta ahora, no había sido un buen año para Jimmy.

Con pasos medidos y un susurro de los ropajes rojos y negros de su cargo, el alto y solemne chambelán cruzó la habitación para ponerse junto a Jimmy, técnicamente su primer ayudante después del mayordomo real, pero muy a menudo su mayor problema. Flanqueando a maese deLacy iban dos pajes de la corte, vestidos de púrpura y amarillo, hijos de plebeyos que al crecer se convertirían en criados de palacio, a diferencia de los escuderos, que un día serían los gobernantes del Reino Occidental. Maese deLacy tamborileó distraídamente en el suelo con su bastón de oficio reforzado con hierro.

—Una vez más llega usted antes que yo, escudero James.

—Todos presentes, maese deLacy —dijo Jimmy manteniendo el rostro serio a pesar de las mal reprimidas risas de algunos de los muchachos del fondo—. El escudero Jerome se encuentra en su cuarto, excusado por lesión.

—Sí —dijo deLacy con cansada resignación—. Ya ye oído lo de vuestro pequeño desacuerdo de ayer en el campo de juego. Creo que por el momento dejaremos de lado sus constantes dificultades con Jerome. He recibido otra nota de su padre. Creo que en el futuro le pasaré dichas notas directamente a usted. —Jimmy intentó parecer inocente, y fracasó—. Ahora, antes de asignar las tareas del día creo que sería apropiado hacer hincapié en un hecho. Se espera de ustedes que en todo momento actúen como jóvenes caballeros. Por este motivo, considero apropiado desalentarles de una nueva moda, concretamente de apostar acerca del resultado de los partidos de pelota del sexto día. ¿He hablado claramente? —la pregunta parecía ir dirigida a los escuderos en general, pero en ese mismo momento la mano de deLacy se posó en el hombro de Jimmy—. De hoy en adelante, no más apuestas. A menos por supuesto que sean acerca de algo honorable, como los caballos. No se equivoquen, esto es una orden.

Todos los escuderos murmuraron su asentimiento. Jimmy asintió con la cabeza solemnemente, secretamente aliviado de haber apostado ya sobre el partido de la tarde. Entre el servicio y la pequeña nobleza se había despertado un interés tal por este juego que Jimmy había estado intentando desesperadamente descubrir una forma

de cobrar a los espectadores. Puede que hubiera un alto precio que pagar si maese deLacy descubría que Jimmy ya había apostado sobre el partido, pero Jimmy sentía que el honor había sido satisfecho. DeLacy no había dicho nada de las apuestas ya existentes.

Maese deLacy leyó rápidamente la lista que Jimmy había preparado la noche anterior. Cualesquiera que fuesen las quejas que el chambelán tenía de su escudero mayor, no tenía ninguna de su trabajo. Jimmy hacía bien cualquier tarea que emprendiese; el problema solía ser hacer que se pusiera al tajo.

—Cuando falten quince minutos para la segunda hora después del mediodía, reúnanse en las escaleras de palacio —dijo deLacy después de haber asignado las tareas matinales—, ya que dos horas después del mediodía, el príncipe Arutha y su corte llegarán para la presentación. Tan pronto como se complete la ceremonia, quedarán excusados de sus tareas para el resto del día, así que los que tengan familias aquí serán libres de ir con ellas. Sin embargo, dos de ustedes tendrán que estar a disposición de la familia del príncipe y sus huéspedes. Para esta tarea he seleccionado a los escuderos Locklear y James. Se presentarán enseguida en las oficinas del conde Volney y se pondrán a sus órdenes. Eso es todo.

Jimmy se quedó congelado en un silencio de fastidio un buen rato después de que deLacy se hubiera ido y la compañía de escuderos hubiera roto filas. Locklear se acercó a Jimmy y se encogió de hombros.

—Vaya ¿tenemos o no tenemos suerte? El resto del mundo puede correr por ahí, comer, beber y —miró de soslayo a Jimmy y sonrió de oreja a oreja— besar a las chicas. Y nosotros nos tenemos que quedar junto a Sus Altezas.

—Lo mato —dijo Jimmy expresando su descontento.

Locklear sacudió la cabeza.

—¿Jerome?

—¿Quién si no? —Jimmy le hizo un gesto a su amigo para que le siguiera y salió del salón—. Le ha dicho a deLacy lo de las apuestas. Me está devolviendo el ojo que ayer le puse morado.

Locklear suspiró resignado.

—No tendremos ninguna posibilidad de derrotar a Thom, Jason y los demás aprendices si no jugamos nosotros. ¿Cuánto has apostado?

Locklear y Jimmy eran los mejores atletas de la compañía de los escuderos. Casi tan rápido como Jimmy, Locklear era el segundo mejor espadachín de los escuderos después de él. Juntos eran los mejores jugadores de pelota, y con ambos fuera del partido la victoria era segura para los aprendices.

—Lo aposté todo —respondió Jimmy. Locklear hizo una mueca de dolor. Los escuderos llevaban meses poniendo en común su oro y su plata, esperando este partido—. ¿Cómo iba a saber que deLacy se sacaría esto de la manga? Además, con

todas las veces que hemos perdido he conseguido que las apuestas estén cinco a dos a favor de los aprendices. —Se había pasado meses urdiendo una racha de derrotas de los escuderos en preparación de esta gran apuesta—. Puede que aún no esté todo perdido. Ya se me ocurrirá algo —pensó en voz alta.

—Hoy has llegado por los pelos —dijo Locklear cambiando de tema—. ¿En qué te has entretenido?

Jimmy sonrió de oreja a oreja y sus rasgos perdieron el aspecto sombrío.

—Estaba hablando con Marianna. —Sus rasgos volvieron a adquirir la expresión de disgusto—. Se iba a reunir conmigo después del partido, pero ahora tendré que estar con los príncipes.

Junto a su crecimiento desde el último verano, otro cambio de Jimmy había sido su descubrimiento de las chicas. Repentinamente era vital su compañía y que tuvieran buena opinión de él. Dados su infancia y sus conocimientos, espacialmente en comparación con el resto de los escuderos de la corte, Jimmy era mundano más allá de sus años. El antiguo ladrón se había estado dando a conocer entre las doncellas más jóvenes de palacio desde hacía varios meses. Marianna era sencillamente la última que había llamado su atención y había sido arrebatada por el inteligente, ingenioso y guapo joven escudero. El pelo castaño rizado de Jimmy, su sonrisa fácil y sus brillantes ojos color verde oscuro lo habían convertido en fuente de preocupaciones para los padres de más de una chica del servicio de palacio.

Locklear trataba de aparentar desinterés, una fachada que se estaba derrumbando rápidamente a medida que él mismo se iba convirtiendo cada vez más en foco de atención de las chicas de palacio. Parecía crecer de semana en semana, y ya casi era tan alto como Jimmy. Su pelo ondulado y castaño veteado de rubio, y sus ojos azules enmarcados por unas pestañas casi femeninas, su atractiva sonrisa y su simpatía lo habían hecho muy popular con las chicas más jóvenes de palacio. Aún no se sentía muy cómodo con la idea de las chicas, ya que en casa solo tenía hermanos, pero estar junto a Jimmy ya le había convencido que en las chicas había algo más que lo que él había pensado allá en Finisterre.

—Bueno —dijo Locklear poniéndose a la altura de Jimmy—, si deLacy no encuentra algún motivo para relevarte del servicio, o Jerome no envía unos matones a que te den una tunda, lo más posible es que algún pinche de cocina celoso o un padre enfadado te hagan la raya del peinado con un hacha de cocina. Pero eso no será nada si no llegamos a tiempo a la cancillería... porque el conde Volney clavará nuestras cabezas en picas. Vamos.

Con una carcajada y un codazo en las costillas, Locklear salió corriendo por los pasillos, con Jimmy pisándole los talones. Un viejo criado levantó la vista del mueble al que le estaba limpiando el polvo para observar a los muchachos corriendo, y por un momento reflexionó sobre la magia de la juventud. Luego, resignado a los efectos del

paso del tiempo, volvió al trabajo que tenía entre manos.

La muchedumbre vitoreó cuando los heraldos empezaron a bajar por la escalinata de palacio. En parte vitoreaban porque iba a dirigirse a ellos su príncipe, que aunque un poco distante era muy respetado y tenido por justo.

En parte vitoreaban porque iban a ver a la princesa, a la que adoraban. Era un símbolo de la continuación de la antigua línea sucesoria, el enlace del pasado y el futuro. Pero principalmente vitoreaba porque se encontraban entre los afortunados ciudadanos no pertenecientes a la nobleza a los que se permitiría comer de la despensa del príncipe y beber de su bodega.

El Festival de Presentación se celebraba treinta días después del nacimiento de cualquier miembro de la familia real. Cómo había comenzado era un misterio, pero se suponía que los antiguos gobernantes de la ciudad estado de Rillanon tenían que mostrar a la gente de todo estamento y posición que los herederos al trono habían nacido sin defecto alguno. Ahora se había convertido en una festividad muy apreciada por la gente, porque era como si se hubiera autorizado un segundo festival de medioverano.

Se indultaba a los culpables de delitos de poca importancia; los asuntos de honor se consideraban resueltos y se prohibían los duelos durante una semana y un día después de la Presentación; se perdonaban todas las deudas contraídas desde la fecha de la anterior Presentación (el nacimiento de Anita hacía diecinueve años), y durante la tarde y la noche la posición social quedaba a un lado y plebeyo y noble comían en la misma mesa.

Mientras Jimmy se colocaba en su puesto, detrás de los heraldos, se dio cuenta de que siempre había alguien que debía trabajar. Alguien tenía que preparar toda la comida que se iba a servir hoy, y alguien tendría que limpiar por la noche. Y él tendría que estar listo para servir a Arutha y Anita si estos se lo pedían. Suspirando para sus adentros, volvió a pensar en las responsabilidades, que lo encontraban no importaba donde se escondiera.

Locklear tarareaba en un susurro mientras los heraldos siguieron tomando posiciones, seguidos por miembros de la guardia personal de Arutha. La llegada de Gardan, caballero mariscal de Krondor, y del conde Volney, canciller en funciones del principado, indicó que las ceremonias estaban a punto de comenzar.

El soldado de pelo gris, con expresión divertida en el rostro, saludó al rechoncho canciller con una inclinación de cabeza y luego le hizo un gesto al chambelán de Lacy. Este golpeó el suelo con su bastón ceremonial y los trompeteros y tamborileros iniciaron un redoble. La multitud se calló cuando el chambelán volvió a golpear el suelo y un heraldo empezó a proclamar.

—¡Oídmeme! ¡Oídmeme! Su Alteza Arutha corDoin, príncipe de Krondor, Señor del

Reino Occidental, heredero del trono de Rillanon.

El pueblo vitoreó, pero más por compromiso que por verdadero entusiasmo. Arutha era de la clase de hombres que inspiran un profundo respeto y admiración en el pueblo, pero no afecto.

Un hombre alto y delgado de pelo oscuro hizo su entrada, vestido con ropa marrón de exquisita factura. Llevaba los hombros cubiertos por el manto rojo de su cargo. Se detuvo, con los ojos entrecerrados, mientras el heraldo anunciaba a la princesa. Cuando la esbelta y pelirroja princesa de Krondor se unió a su marido, la chispa de alegría de sus ojos verdes hizo que él sonriera, y la muchedumbre empezó a vitorear entregada. Aquí estaba su adorada Anita, hija del predecesor de Arutha, Erland.

Aunque la ceremonia en sí acabaría enseguida, la presentación de los nobles llevó mucho más. Una buena cantidad de nobles y huéspedes de palacio tenían el privilegio de asistir a las presentaciones. Se anunció a la primera pareja.

—Sus Gracias el duque y la duquesa de Salador.

Un atractivo hombre rubio le ofreció el brazo a una mujer de pelo oscuro. Laurie, antiguo trovador y viajero, ahora duque de Salador y esposo de la princesa Carline, escoltó a su bella esposa junto a su hermano. Habían llegado a Krondor hacía una semana para ver a sus sobrinos, y se quedarían una semana más.

El heraldo siguió y siguió con un tono monocorde, presentando a los miembros de la nobleza y, finalmente, los dignatarios de visita, embajador keshiano incluido. Lord Hazara-Khan hizo su entrada con solo cuatro guardaespaldas, obviando la habitual pompa keshiana. El embajador iba vestido al estilo de los hombres del desierto del Jal-Pur: la cabeza cubierta por un turbante con embozo que le dejaba solo a la vista los ojos, una túnica larga color índigo sobre blusa y pantalones blancos, remetidos en botas negras hasta la pantorrilla. Los guardaespaldas iban de negro de la cabeza a los pies.

Luego deLacy se adelantó.

—¡Que se acerque el pueblo! —dijo el canciller.

Varios centenares de hombres y mujeres de la más diversa extracción, desde el mendigo más pobre hasta el plebeyo más rico, se reunieron en torno a las escaleras de palacio.

Arutha pronunció las palabras rituales de la Presentación.

—Hoy es el tricentésimo décimo día del segundo año del reinado de nuestro señor el rey Lyam I. Hoy os presentamos a nuestros hijos.

DeLacy golpeó el suelo con su bastón y gritó.

—¡Sus Altezas Reales los príncipes Borric y Erland!

La muchedumbre estalló en un paroxismo de gritos y vítores cuando los hijos gemelos de Arutha y Anita, nacidos un mes antes, fueron presentados en público por

primera vez. El aya escogida para cuidar de los niños se adelantó y le entregó sus pupilos a sus padres. Arutha cogió a Borric, que había recibido el nombre de su padre, mientras que Anita cogió al tocayo del suyo. Ambos bebés soportaron la exhibición pública con buen humor, aunque Erland empezó a mostrar signos de nerviosismo. La multitud siguió vitoreando, incluso después de que Arutha y Anita devolvieran sus hijos a los cuidados del aya. Arutha regaló a los congregados al pie de la escalinata una de sus escasas sonrisas.

—Mis hijos están bien y son fuertes. Han nacido sin defectos. Son aptos para gobernar. ¿Los aceptáis como hijos de la casa real? —La concurrencia gritó en señal de aprobación. Anita reflejó la sonrisa de su marido. Arutha saludó a la muchedumbre con la mano—. Nuestro agradecimiento, buena gente. Os deseo un buen día hasta los festejos.

La ceremonia había finalizado. Jimmy se apresuró a acudir junto a Arutha, como era su deber, mientras que Locklear se ponía al lado de Anita. Técnicamente Locklear era escudero aprendiz, pero lo asignaban al servicio de la princesa tan a menudo que lo habían empezado a considerar su escudero personal. Jimmy sospechaba que deLacy quería mantenerlos juntos a Locklear y a él para que le resultara más fácil controlarlos. El príncipe le dedicó a Jimmy una distraída media sonrisa mientras observaba a su esposa y su hermana haciéndose cargo de los gemelos. El embajador keshiano se había quitado el embozo y sonreía ante la escena. Sus cuatro guardaespaldas se mantenían bien cerca.

—Vuestras Altezas —dijo el keshiano— han sido triplemente bendecidas. Los retoños saludables son un don de los dioses. Y son hijos varones. Y dos.

Arutha se recreó en el brillo de su esposa, que tenía un aspecto radiante mientras observaba a sus hijos en brazos del aya.

—Os lo agradezco, mi señor Hazara-Khan. Es una alegría inesperada teneros entre nosotros este año.

—Este año el tiempo en Durbin está siendo monstruoso —dijo ausentemente mientras empezaba a hacerle morisquetas al pequeño Borric. De repente recordó su posición y se puso más serio—. Además, Vuestra Alteza, tenemos un pequeño asunto que zanjar acerca de las nuevas fronteras aquí en el Oeste.

Arutha rió.

—Con vos, mi querido Abdur, los pequeños asuntos se convierten en grandes problemas. No ardo precisamente en deseos de volver a enfrentarme a vos en la mesa de negociaciones. Aun así, transmitiré cualquier sugerencia que hagáis a Su Majestad.

—Esperaré a que Vuestra Alteza pueda dedicarme su tiempo —dijo el Keshiano con una reverencia.

Arutha pareció darse cuenta de los guardias.

—Veo que no han venido ni vuestros hijos ni lord Daoud Khan.

—Se encuentran cuidando de mis asuntos en el Jal-Pur.

—¿Y ellos? —dijo Arutha indicando a los cuatro guardaespaldas. Todos iban vestidos completamente de negro, incluso hasta las vainas de sus cimitarras, y aunque sus ropas eran similares a las de los hombres del desierto, eran diferentes a cualquiera que Arutha hubiera visto entre los keshianos.

—Son izmalis, Alteza. Una protección personal, nada más.

Arutha decidió no decir nada mientras la reunión de gente alrededor de los niños se dispersaba. Los izmalis eran famosos como guardaespaldas, la mejor protección disponible para los aristócratas del imperio de Kesh la Grande, aunque se rumoreaba que también eran espías altamente entrenados y, ocasionalmente, asesinos. Sus habilidades eran casi legendarias. Poseían la reputación de ser poco menos que fantasmas en su habilidad de ir y venir sin ser detectados. A Arutha le desagradaba tener a hombres que estaban a un paso de ser asesinos bajo su techo, pero Abdur estaba en su derecho de disponer de un séquito personal, y Arutha consideraba poco probable que el embajador keshiano trajera a Krondor a cualquiera que pudiera resultar peligroso para el Reino. Aparte de sí mismo, añadió Arutha para sus adentros.

—También tenemos que hablar de la última petición de Queg acerca de los derechos de amarre en puertos del Reino —añadió lord Hazara-Khan.

Arutha pareció abiertamente sorprendido, luego, su expresión cambió a una de irritación.

—Supongo que algún marino o pescador de paso os lo habrá mencionado mientras desembarcabais en el puerto.

—Alteza, Kesh tiene amigos en muchas partes —respondió el embajador con una untuosa sonrisa.

—Bueno, tampoco servirá de mucho hablar acerca del Cuerpo de Inteligencia Imperial de Kesh, ya que ambos sabemos —Hazara-Khan se unió a él y terminaron la frase a coro— que no existe tal grupo.

—Con el permiso de Vuestra Alteza —dijo Abdur Rachman Meno Hazara-Khan haciendo una reverencia.

Arutha respondió con una corta reverencia a la despedida del keshiano, y luego se volvió hacia Jimmy.

—¿Qué? ¿Es que a los dos truhanes os ha tocado estar de servicio hoy? —Jimmy se encogió de hombros, indicando que no había sido idea suya. Arutha oyó a su mujer indicándole al aya que llevara a los niños a su habitación—. Bueno, algo habréis hecho para que deLacy se enfade con vosotros. Aun así, no podemos permitir que os perdáis toda la diversión. Tengo entendido que esta tarde se supone que va a haber un partido de pelota especialmente bueno.

Jimmy fingió sorpresa, mientras a Locklear se le iluminaba el rostro.

—Creo que sí —dijo Jimmy aparentando desinterés.

—Bueno, entonces tendremos que pasamos a ver cómo va, ¿no? —dijo Arutha, haciendo un gesto para que los chicos lo siguieran mientras la comitiva real empezaba a entrar. Jimmy le guiñó un ojo a Locklear—. Aparte, si perdéis esa apuesta vuestro pellejo no valdrá un chavo cuando los demás escuderos hayan acabado con vosotros.

Jimmy no dijo nada mientras avanzaban hacia el gran salón y la recepción a los nobles que se celebraba antes de que los plebeyos fueran admitidos al banquete que se celebraba en el patio.

—Ese hombre tiene la irritante costumbre de saber siempre lo que pasa por aquí —le susurró Jimmy a Locklear.

La celebración estaba en su apogeo, y los nobles se mezclaban con los plebeyos a los que se había permitido el acceso al patio de palacio. Había mesas largas atiborradas de comida y bebida, y para muchos de los asistentes esta sería la mejor comida que tomarían este año. Aunque se había olvidado el protocolo, los plebeyos seguían demostrando su respeto a Arutha y su séquito, haciendo breves reverencias y dirigiéndose a él formalmente. Jimmy y Locklear se mantenían cerca, por si eran necesarios.

Carline y Laurie caminaban cogidos del brazo tras Arutha y Anita. Desde su propia boda, los nuevos duques de Salador se habían asentado un tanto, en contraste con su tormentoso romance en la corte del rey. Anita se volvió hacia su cuñada.

—Me alegra que os hayáis podido quedar más tiempo. El palacio de Krondor es muy masculino, y ahora con los dos niños...

—Va a ponerse peor —acabó la frase Carline—. Habiéndome criado con un padre y dos hermanos sé lo que quieres decir.

—Quiere decir que la mimaron sin reparos —dijo Arutha volviendo la cabeza para mirar a Laurie.

Laurie rió, pero se lo pensó dos veces antes de hacer ningún comentario cuando vio a su mujer entornar los ojos azules.

—La próxima vez, una hija —dijo Anita.

—Así podréis mimarla sin reparos —dijo Laurie.

—¿Y vosotros cuándo vais a tener hijos? —preguntó Anita.

Arutha volvió de la mesa con una jarra de cerveza, y llenó su vaso y el de Laurie. Un sirviente se apresuró a ofrecer copas de vino a las damas.

—Los tendremos cuando los tengamos —respondió Carline a Anita—. Créeme que no es por falta de intentarlo.

Anita reprimió una risa tapándose la boca con la mano, mientras que Arutha y Laurie intercambiaban miradas.

—No me digáis que os estáis sonrojando —dijo Carline mirando a ambos a la cara

—... hombres.

—La última carta de Lyam decía que puede que la reina Magda esté embarazada. Supongo que lo sabremos con certeza atando llegue el siguiente fajo de despachos.

—Pobre Lyam —dijo Carline—, alguien a quien siempre le han gustado tanto las chicas, obligado a casarse por razones de estado. Por lo menos es buena chica, aunque algo aburrida, y él parece contento.

—La reina no es aburrida —dijo Arutha—. Comparada contigo, hasta una flota de incursores queganos parece aburrida. —Laurie no dijo nada, pero sus ojos azules reflejaron el comentario de Arutha—. Espero que tengan un hijo.

Anita sonrió.

—Arutha está ansioso porque otro se convierta en príncipe de Krondor.

Carline miró a su hermano comprensiva.

—Ni así acabarás con los asuntos de estado. Con Caldric muerto, Lyam necesitará más aún tu ayuda y la de Martin.

Lord Caldric de Rillanon había muerto poco después de la boda del rey con la princesa Magda de Roldem, dejando vacante el cargo de Duque de Rillanon, que incluía las funciones de canciller real y primer consejero del rey.

Arutha se encogió de hombros y probó un bocado de su plato.

—Creo que no le van a faltar candidatos para el puesto de Caldric.

—Ese es justo el problema —dijo Laurie—. Hay demasiados nobles buscando ventaja sobre sus vecinos. Ya hemos tenido tres escaramuzas fronterizas de envergadura entre barones orientales; no lo suficientemente importantes para que Lyam enviase a su propio ejército, pero sí para que todo el mundo al este del Cruce de Malac se ponga nervioso. Por eso Bas-Tyra sigue sin duque. Es un ducado demasiado poderoso para que Lyam se lo entregue a cualquiera. Si no tienes cuidado, te verás nombrado duque de Krondor o de Bas-Tyra si Magda tiene un hijo varón.

—Ya basta —dijo Carline—. Esto es una festividad; no soportaré más política esta noche.

Anita cogió a Arutha del brazo.

—Vamos. Hemos tomado una buena comida, se está celebrando un festival y los niños duermen como benditos. Además —añadió con una risa—, mañana tendremos que empezar a preocuparnos por cómo vamos a pagar esta celebración y el festival de Banapis del mes que viene. Disfrutemos esta noche de lo que tenemos.

Jimmy logró escurrirse junto a la princesa.

—¿Le interesaría a Vuestra Alteza contemplar una competición?

Locklear y Jimmy intercambiaron miradas preocupadas, puesto que ya había pasado el momento en que se suponía que debía comenzar el partido.

Anita le dedicó a su esposo una mirada interrogativa.

—Le prometí a Jimmy que iríamos a ver el partido de pelota que ha conspirado

para organizar hoy —dijo Arutha.

—Eso podría ser más interesante que una nueva ronda de actores y malabaristas.

—Eso se debe a que has pasado casi toda la vida alrededor de actores y malabaristas —dijo Carline—. Cuando yo era niña lo que se llevaba era sentarse a ver cómo los chicos se rompían la cara unos a otros en los partidos de pelota de todos los sextos días, mientras fingíamos no mirar. Yo me quedo con los actores y malabaristas.

—¿Por qué no os vais vosotros dos con los chicos? Hoy la fiesta es informal. Ya nos reuniremos luego en el salón principal para el espectáculo de la tarde.

Laurie y Arutha accedieron y siguieron a los chicos por entre la muchedumbre. Salieron del patio central de palacio y atravesaron una serie de pasillos que conectaban el complejo central del palacio con los edificios periféricos. Detrás del palacio había un gran patio de armas, junto a los establos, donde se entrenaba la guardia palaciega. Allí se había reunido una gran muchedumbre, que jaleaba animadamente cuando llegaron Arutha, Laurie, Jimmy y Locklear. Se abrieron paso hacia la primera fila, empujando espectadores.

Unos pocos se dieron la vuelta para quejarse de los empujones, pero al ver al príncipe no dijeron nada.

Les hicieron un sitio detrás de los escuderos que no estaban jugando. Arutha saludó con la mano a Gardan, que se encontraba al otro lado del campo con un grupo de soldados fuera de servicio.

—Esto es mucho más organizado de lo que yo recuerdo —dijo Laurie tras observar el juego por unos instantes.

—Es cosa de deLacy —dijo Arutha—. Ha escrito un reglamento para el juego, después de darme quejas de la cantidad de muchachos que quedaban demasiado vapuleados para trabajar después de un partido. —Señaló—. ¿Ves a ese tipo con el reloj de arena? Está cronometrando el partido. Ahora un partido dura una hora. Solo una docena de chicos por equipo a la vez, y tienen que jugar dentro de esas líneas marcadas con tiza en el suelo. ¿Qué más reglas había, Jimmy?

Jimmy se estaba quitando el cinturón con la daga, preparándose.

—Nada de manos, como siempre. Cuando un equipo marca, tiene que retroceder al otro lado de la línea de medio campo y el otro equipo obtiene la posesión de balón. Y nada de mordiscos, agarrones ni armas.

—¿Nada de armas? —dijo Laurie—. Me parece demasiado suave para mi gusto.

Locklear ya se había quitado la casaca en el cinturón y le dio unos golpecitos a otro escudero en el hombro.

—¿Cómo va la puntuación?

El escudero no llegó a apartar los ojos del campo. Un mozo de cuadras que conducía el balón ante sí con los pies recibió una zancadilla de uno de los compañeros de equipo de Jimmy, pero un aprendiz de panadero interceptó el balón y con un

potente puntapié lo introdujo en uno de los dos toneles que había dispuestos a ambos lados del campo. El escudero gruñó.

—Con ese nos van ganando cuatro a dos. Y queda menos de un cuarto de hora de partido.

Jimmy y Locklear miraron a Arutha, que asintió. Corrieron al campo, sustituyendo a dos escuderos sucios y ensangrentados.

Jimmy recogió el balón de manos de uno de los dos árbitros, otra de las innovaciones de deLacy, y chutó hacia la línea de medio campo. Locklear, que se había situado allí, se la devolvió enseguida de una patada, sorprendiendo a los varios aprendices que caían sobre él. Rápido como el relámpago, Jimmy los dejó atrás antes de que pudieran recuperarse, y esquivó un codazo dirigido a su cabeza. Disparó contra la boca del barril. La pelota golpeó el borde y rebotó hacia fuera, pero Locklear se había zafado del grupo de aprendices e hizo entrar el rechace. Los escuderos y buen número de pequeños nobles se pusieron en pie a vitorear. Ahora los aprendices ya solo ganaban por un gol de ventaja.

Estalló una pequeña trifulca y los árbitros intervinieron enseguida. Al no haberse producido heridas graves, el juego continuó. Los aprendices avanzaron con el balón. Locklear y Jimmy retrocedieron. Uno de los escuderos más grandes hizo una feroz entrada, haciendo que un mozo de cocina cayera contra el aprendiz que llevaba el balón. Jimmy salió como un gato, pateando el balón y pasándoselo a Locklear. El pequeño escudero movió la pelota inteligentemente, pasándosela a otro escudero que se la devolvió enseguida cuando varios aprendices fueron contra él. Un grandullón mozo de cuadras arrolló a Locklear. Se limitó a bajar la cabeza y embestir, sacando a Locklear, al balón y a sí mismo del campo, en vez de intentar robar la pelota. Enseguida estalló una nueva pelea y, después de separar a los combatientes, los árbitros ayudaron a Locklear a ponerse en pie. El chico estaba demasiado aturdido para continuar, así que lo sustituyó otro escudero. Como ambos jugadores habían salido del campo, el árbitro decidió que la pelota quedaba libre y la tiró en el centro del campo. Ambos equipos intentaron hacerse con el control en una melé de codos, rodillas y puños.

—Así es como se juega a la pelota —comentó Laurie.

De repente otro mozo de cuadras se zafó y se quedó solo delante del tonel de los escuderos. Jimmy salió tras él, y al no ver esperanza alguna de interceptar el balón, se lanzó contra el muchacho repitiendo la técnica usada contra Locklear. El árbitro volvió a indicar que el balón quedaba libre y estalló una trifulca más.

En eso un escudero llamado Paul se hizo con el balón y comenzó a avanzar hacia la portería de los aprendices con una habilidad inesperada. Dos corpulentos aprendices de panadero lo interceptaron, pero logró pasar el balón instantes antes de que lo derribaran. La pelota rebotó hasta el escudero Friedric, que se la pasó a Jimmy.

Jimmy esperó una nueva ofensiva de los aprendices, y se sorprendió cuando estos retrocedieron. Era una nueva táctica para tratar de contrarrestar los rápidos pases de Jimmy y Locklear.

Los escuderos que había en los lados del campo gritaban dando ánimos.

—¡Solo quedan unos minutos! —gritó uno de ellos.

Jimmy le indicó con un gesto al escudero Friedric que se pusiera junto a él, gritó unas rápidas instrucciones y se puso en marcha. Jimmy corrió hacia la izquierda y dio un pase hacia atrás a Friedric, que empezó a retroceder: hacia el medio campo. Jimmy cambió bruscamente de rumbo hacia la derecha y recibió un preciso pase de Friedric. Esquivó la embestida de un aprendiz y metió la pelota en el tonel de una patada.

El público gritó de admiración, ya que este partido estaba trayendo algo nuevo al juego de pelota: tácticas y habilidad. Se estaba introduciendo un elemento de precisión en lo que siempre había sido un juego bastante brusco.

En ese momento estalló una nueva bronca. Los árbitros corrieron a solucionarla, pero los aprendices se mantuvieron firmes en su actitud.

—Están intentando dejar parado el juego hasta que se agote el tiempo —dijo Locklear, al que ya se le había aclarado la cabeza, a Laurie y Arutha—. Saben que si volvemos a hacernos con el balón, ganaremos.

Por fin se restableció el orden. Locklear se consideró listo para volver a campo y sustituyó a un muchacho que había resultado herido en la trifulca. Jimmy hizo retroceder a sus escuderos y le susurró rápidamente al oído unas instrucciones a Locklear, mientras los aprendices avanzaban lentamente con el balón. Intentaron el juego de pases que habían realizado antes Jimmy, Friedric y Locklear, pero con escasa habilidad. Casi sacaron el balón del campo dos veces antes de poder controlar los pases. En ese momento atacaron Jimmy y Locklear. Este fingió una entrada sobre el que llevaba el balón, obligándole a pasarlo, y luego salió como una exhalación en dirección al tonel. Jimmy llegó desde atrás, con los demás formando una barrera a su alrededor, se hizo con el balón malamente pasado y se lo pasó a Locklear. El muchacho atrapó el pase y corrió hacia el tonel. Un defensor intentó derribarlo, pero no pudo alcanzar al rápido escudero. Entonces al aprendiz sacó algo de su blusa y se lo arrojó a Locklear.

A los sorprendidos espectadores les pareció que el muchacho simplemente se cayó de cara y el balón salió del campo. Jimmy corrió junto a su camarada, y de repente se puso en pie y fue a por el muchacho que intentaba devolver el balón al campo. Sin hacer ni siquiera el intento de jugar al juego, Jimmy golpeó al aprendiz en el rostro, derribándolo. De nuevo estalló una pelea, pero esta vez se unieron aprendices y escuderos de fuera del campo.

—Esto podría ponerse feo. ¿Crees que debería hacer algo? —le dijo Arutha a Laurie.

Laurie observó cómo la pelea empezaba a subir de intensidad.

—Hombre, si quieres que quede algún escudero en condiciones para mañana...

Arutha le hizo un gesto a Gardan, que hizo entrar a varios soldados en el campo. Los veteranos rápidamente restauraron el orden. Arutha atravesó el campo y se arrodilló junto a Jimmy, que estaba sentado con la cabeza de Locklear en el regazo.

—El bastardo le ha dado con un trozo de herradura en la cabeza. Lo ha noqueado. Arutha observó al muchacho caído.

—Que lo lleven a su habitación y que lo examine el cirujano —le dijo a Gardan, y se volvió hacia el árbitro que controlaba el tiempo—. El partido se ha acabado.

Jimmy pareció estar a punto de protestar, pero se lo pensó mejor.

—El tanteo es de empate a cuatro goles —gritó el árbitro—. No hay ganadores.

Jimmy suspiró.

—Ni perdedores, por lo menos.

Una par de guardias recogieron a Locklear y se lo llevaron.

—Sigue siendo un juego bastante duro —le dijo Arutha a Laurie.

El antiguo cantante asintió.

—DeLacy necesita algunas reglas más antes de que empiecen a romperse cabezas.

Jimmy se acercó hacia donde estaban su blusa y su cinturón mientras el público se dispersaba. Arutha y Laurie lo siguieron.

—Ya tendremos la revancha, en otro momento —comentó el joven.

—Sería interesante —dijo Arutha—. Ahora que conocen ese truco vuestro de los pases, estarán preparados.

—Ya se nos ocurrirá otra cosa.

—Bueno, supongo que merecería la pena. Digamos dentro de una o dos semanas. —Arutha apoyó la mano en el hombro de Jimmy—. Creo que le echaré un vistazo a esas reglas de deLacy. Laurie tiene razón, si vais a corretear por el campo arriba y abajo, no podemos permitir que os arrojéis trozos de hierro.

Jimmy pareció perder interés en el juego. Algo entre la muchedumbre le había llamado la atención.

—¿Veis a aquel tipo de allí? El de la blusa azul y el gorro gris.

El príncipe miró en la dirección señalada.

—No.

—Se agachó justo cuando mirasteis. Pero yo lo conozco. ¿Puedo ir a investigar?

Algo en el tono de voz de Jimmy le aseguró a Arutha que esto no era otra treta para escabullirse de sus deberes.

—Ve. Pero no emplees mucho tiempo. Laurie y yo volveremos al salón principal.

Jimmy corrió hasta el último punto donde había visto al individuo. Se detuvo y miró a su alrededor, y vio a la silueta familiar de pie junto a la estrecha escalera de una entrada lateral. El hombre estaba apoyado en la pared, oculto por las sombras,

comiendo de un plato. Su única reacción al acercarse. Jimmy fue levantar la vista.

—Aquí estás, Jimmy la Mano.

—Ya no. Ahora soy el escudero James de Krondor, Alvamy el Rápido.

El viejo ladrón emitió una risita.

—Yo también «ya no», aunque en mis tiempos sí que fui rápido. —Bajó la voz para que a los que estuvieran cerca les costara oírle—. Mi señor envía un mensaje para el tuyo.

Jimmy supo enseguida que pasaba algo importante, ya que Alvamy el Rápido era el maestro diurno de los burladores, el gremio de ladrones. No era un recadero, sino uno de los ayudantes de mayor rango y confianza del Hombre Íntegro.

—Solo es de palabra. Mi amo dice que las aves de presa, que se pensaba que habían desaparecido de la ciudad, han vuelto del norte.

A Jimmy se le heló la sangre en las venas.

—¿Las que cazan de noche?

El viejo ladrón asintió mientras se metía una dorada empanadilla en la boca. Cerró los ojos un momento e hizo un sonido de satisfacción. Luego fijó sus ojos en Jimmy y los entornó al mirarlo.

—Me apenó ver cómo nos dejabas, Jimmy la Mano. Prometías. Podías haber sido un poder entre los Burladores si hubieras mantenido la cabeza sobre los hombros. Pero ya es agua pasada, como se dice. Vamos al grano. Han encontrado al joven Tybum Reems flotando en el puerto. Cerca hay sitios donde solían trabajar los contrabandistas; uno de ellos es un lugar apestoso y de escasa importancia para los Burladores, y por tanto está abandonado. Puede que sea allí donde se ocultan los pájaros. Y aquí acaba la cosa.

Sin decir más, Alvamy el Rápido, maestro diurno de los burladores y antiguo maestro ladrón, se introdujo entre la muchedumbre y desapareció entre la concurrencia.

Jimmy no vaciló. Corrió hacia donde Arutha había estado hacía solo unos instantes y, al no encontrarlo, se dirigió al salón principal. La cantidad de gente que había delante del palacio hacía difícil moverse rápidamente. Ver centenares de rostros desconocidos en los pasillos alarmó súbitamente a Jimmy. En los meses transcurridos desde que Arutha y él habían vuelto de Moraelin con el espino de plata para curar a la afligida Anita, se habían confiado por la rutinaria y cotidiana vida de palacio. Y de repente el muchacho veía la daga de un asesino en cada mano, veneno en cada copa y un arquero en cada sombra. Luchando por abrirse paso entre la concurrencia, avanzó todo lo rápido que pudo.

Jimmy atravesó a la carrera la masa de nobles y otros huéspedes menos distinguidos en el gran salón. Cerca del estrado había un grupo de gente conversando. Laurie y Carline charlaban con el embajador de Kesh, mientras Arutha subía los

escalones hasta su trono. Un grupo de acróbatas actuaba en el centro de la habitación, lo que obligó a Jimmy a dar un rodeo mientras docenas de ciudadanos miraban admirados. Mientras avanzaba entre la muchedumbre, Jimmy levantó la vista hacia las ventanas del salón, y las profundas sombras en sus abocinamientos le trajeron recuerdos. Se sintió enfadado consigo mismo tanto como con cualquier otro. De entre todo el mundo, él debería haberse acordado de la amenaza que podía acechar en aquellos sitios.

Jimmy pasó como una exhalación junto a Laurie y llegó al lado de Arutha en el mismo momento en que el príncipe se sentaba en su trono. Anita no estaba a la vista. Jimmy observó el trono de ella vacío y lo señaló con una inclinación de cabeza.

—Ha ido a ver a los niños —dijo Arutha—. ¿Pasa algo?

Jimmy se inclinó para hablarle de cerca de Arutha.

—Mi antiguo señor envía un mensaje. Los halcones nocturnos han vuelto a Krondor.

El gesto de Arutha se tomó sombrío.

—¿Es una suposición o una certeza?

—Primero, el Hombre Íntegro no habría enviado a quien envió a menos que considerara que el asunto era crítico y necesitaba una resolución rápida. Ha expuesto a un miembro de alto rango de los burladores al escrutinio público. Segundo, hay... había un joven tahúr llamado Tybum Reems al que solía verse por la ciudad. Tenía algún tipo de dispensa especial de los burladores. Se le permitían cosas que se permiten a muy poca gente de fuera del gremio. Ahora sé por qué. Era un agente personal de mi antiguo señor. Reems ha muerto. Supongo que el Hombre Íntegro fue alertado de la posibilidad de la vuelta de los halcones nocturnos y envió a Reems a descubrir su escondrijo. Vuelven a estar ocultos en la ciudad. Dónde, eso no lo sabe el Hombre Íntegro, pero sospecha de algún punto cercano al viejo territorio de los contrabandistas.

Jimmy había estado hablando con el príncipe mientras recorría el salón con la mirada. Ahora se volvió para mirar a Arutha y le fallaron las palabras. El rostro de Arutha era una dura máscara de ira contenida, casi hasta el punto de ser una mueca. Varias personas cercanas se habían vuelto y lo miraban fijamente.

—Así que volvemos a empezar —le dijo a Jimmy con un ronco susurro.

—Eso parece —dijo Jimmy.

Arutha se levantó.

—No voy a convertirme en prisionero dentro de mi propio palacio, con guardias en cada ventana.

Los ojos de Jimmy recorrieron el salón, pasando del punto en el que Carline fascinaba al embajador keshiano.

—Eso está bien, pero hoy el palacio está abarrotado de extraños. El sentido común

indica que deberíais retiraros a vuestras habitaciones temprano, ya que si alguna vez va a haber una oportunidad de oro para acercarse a vos, es ahora. —Sus ojos iban de cara en cara, buscando algún indicio de que algo no fuera bien—. Si los halcones nocturnos han vuelto a Krondor, o están ya en esta sala o de camino hacia ella mientras se acerca la noche. Puede que os los encontréis esperando entre aquí y vuestras habitaciones.

De repente, los ojos de Arutha se abrieron como platos.

—¡Mis habitaciones! ¡Anita y los niños!

El príncipe partió, ignorando los rostros sobresaltados a su alrededor, con Jimmy pisándole los talones. Carline y Laurie se dieron cuenta de que algo no iba bien y lo siguieron.

En cuestión de instantes, una docena de personas seguía al príncipe mientras este avanzaba a toda prisa por el corredor. Gardan había visto la apresurada salida y se colocó junto a Jimmy.

—¿Qué pasa?

—Halcones nocturnos —dijo Jimmy.

El caballero mariscal de Krondor no necesitó más avisos. Agarró por la manga al primer guardia junto al que pasaron y le hizo un gesto a otro para que los siguiera.

—Ve a buscar al capitán Valdis —le dijo al primero— y dile que se reúna conmigo.

—¿Dónde estará usted, señor? —dijo el soldado.

Gardan lo apartó de un empujón.

—Dile que nos busque.

Mientras avanzaban apresuradamente, Gardan fue reuniendo casi una docena de soldados. Cuando Arutha llegó hasta la puerta de sus habitaciones, vaciló un momento, como si temiera abrir la puerta.

Al hacerlo, descubrió a Anita sentada junto a las cunas donde dormían los hijos de ambos. Ella levantó la vista y al momento una expresión de alarma cruzó su rostro.

—¿Qué sucede? —dijo acercándose a su marido.

Arutha cerró la puerta tras de sí, indicando a Carline y a los demás que esperaran fuera con un gesto.

—Todavía nada. —Hizo una pausa—. Quiero que cojas a los niños y vayas a visitar a tu madre.

—Eso le gustaría —dijo Anita, pero su tono dejaba claro que comprendía que había algo más que lo que le decían—. Aunque ya se le ha pasado su enfermedad, aún no se siente con fuerzas para viajar. Será un buen regalo para ella. —Miró interrogante a Arutha—. Y se nos podrá proteger más fácilmente en su casa solariega que aquí.

Arutha sabía que no podía ocultarle la verdad a Anita.

—Sí. Volvemos a tener que preocuparnos de los halcones nocturnos.

Anita fue con su marido y le apoyó la cabeza en el pecho. El último intento de asesinato casi le había costado la vida.

—No temo por mí, pero los niños...

—Partiréis mañana.

—Haré los preparativos.

Arutha la besó y fue hacia la puerta.

—Volveré enseguida. Jimmy me ha aconsejado que me retire a nuestras habitaciones hasta que el palacio esté libre de extraños. Buen consejo, pero debo mantenerme a la vista un rato más. Los halcones nocturnos creen que ignoramos su vuelta. Todavía no podemos permitir que piensen lo contrario.

—¿Sigue Jimmy queriendo ser primer consejero del príncipe? —dijo Anita, encontrando humor en medio del terror.

Arutha sonrió ante eso.

—Lleva casi un año sin decir nada acerca de ser nombrado duque de Kronдор. A veces creo que sería más adecuado para el cargo que muchos de los que tienen posibilidades de asumirlo.

Arutha abrió la puerta y encontró a Gardan, Jimmy, Laurie y Carline esperándolo. Los demás habían sido apartados por una compañía de la guardia real. El capitán Valdis esperaba junto a Gardan.

—Quiero una compañía de lanceros lista para partir mañana por la mañana, capitán —dijo Arutha—. La princesa y los príncipes van a viajar a las tierras de la princesa madre. Protegedlos bien. —El capitán Valdis hizo un saludo militar y se volvió a impartir órdenes. Arutha se dirigió a Gardan—. Empieza a colocar de nuevo a los soldados en sus puestos y haz que se registre cualquier posible escondrijo. Si alguien pregunta, di que Su Alteza se siente mal y yo voy a quedarme un rato con ella. Volveré al salón principal en breve. —Gardan asintió y se fue—. Y tengo un recado para ti, Jimmy.

—Iré enseguida —dijo Jimmy.

—¿Qué crees que vas a hacer? —dijo Arutha.

—Ir a los muelles —respondió el muchacho con una lúgubre sonrisa. Arutha asintió, de nuevo a la vez complacido y sorprendido ante lo perceptivo que era el muchacho.

—Sí. Busca toda la noche si es necesario. Pero localiza a Trevor Hull tan rápido como puedas y tráelo aquí.

2

Descubrimiento

Jimmy exploró la habitación con la mirada.

La posada del Cangrejo Violinista era un lugar frecuentado por muchos que deseaban un puerto seguro frente a las preguntas y las miradas indiscretas. Como el sol empezaba a ponerse, la habitación estaba llena de parroquianos, así que Jimmy se convirtió enseguida en el centro de su curiosidad, ya que su ropa lo marcaba como alguien fuera de lugar. Algunos lugareños lo conocían de vista; después del barrio pobre, los muelles habían sido un segundo hogar para él; pero no pocos de los que habían en la posada lo tomaron por un niño rico que había salido de farra, quizá uno con oro que sacarle.

Uno de esos hombres, marinero a juzgar por su aspecto, borracho agresivo, le cerró el paso.

—Vaya, supongo que a un joven caballero tan excelente como vos le sobrarán una o dos monedas para invitar a un trago y celebrar a los principios ¿no? —Se llevó la mano a la empuñadura de una daga que llevaba al cinto.

Jimmy esquivó ágilmente al hombre y pasaba junto a él diciéndole que no cuando el individuo lo agarró por el hombro y trató de detenerlo. Jimmy se volvió con un movimiento fluido y el hombre se encontró con la punta de un puñal apoyada en el gaznate.

—He dicho que no me sobra dinero.

El hombre retrocedió y varios espectadores se rieron. Pero otros empezaron a rodear al escudero. Jimmy supo al momento que había cometido un error. No había tenido tiempo de hacerse con ropas más apropiadas para el entorno, pero podría haberle entregado al hombre una bolsa medio vaca. Pero, una vez empezado, no había forma de detener un enfrentamiento de este tipo. Un momento antes la bolsa de Jimmy había estado en peligro. Ahora peligraba su vida.

Jimmy retrocedió, intentando cubrirse la espalda con la pared. Su gesto era duro y no demostraba indicio alguno de miedo. Los que lo rodeaban comprendieron de repente que aquí había alguien que sabía moverse por los muelles.

—Vengo buscando a Trevor Hull —dijo en voz baja.

Los hombres dejaron de avanzar sobre el muchacho al instante. Uno de ellos se dio la vuelta y señaló una puerta con la cabeza. Jimmy corrió hacia ella y apartó la cortina que la tapaba.

Un grupo de hombres estaba sentado jugando a las cartas en una habitación grande y cargada de humo. A juzgar por la pila de fichas que había sobre la mesa, estaban jugando fuerte. El juego era lin-lan, muy común en el sur del Reino y el norte de Kesh. Sobre la mesa había desplegados coloristas abanicos de cartas, y los jugadores apostaban y robaban carta por turnos, determinando el valor de las apuestas según las cartas que salían. Entre los jugadores había dos hombres, uno con una cicatriz desde la frente hasta la barbilla, pasando por un ojo derecho blanco como la leche, y el otro calvo y con la cara picada de viruelas.

Aaron Cook, el hombre calvo y primer oficial en el cúter aduanero *Cuervo Real*, levantó la vista mientras Jimmy se abría paso hacia la mesa. Le dio un codazo al otro hombre, que estaba sentando mirando su mano de cartas con cara de disgusto y soltándolas. Cuando vio al joven, el hombre del ojo blanco sonrió, pero al ver la expresión de Jimmy, esa sonrisa se desvaneció. Jimmy habló en voz alta, para hacerse oír sobre el bullicio de la habitación.

—Tu viejo amigo Arthur quiere verte.

Trevor Hull, antiguo pirata y contrabandista, supo enseguida lo que quería decir Jimmy. Arthur era el nombre que había usado Arutha cuando los contrabandistas de Hull y los Burladores habían unido sus fuerzas para sacar a Arutha y Anita de Kronдор mientras la policía secreta de Guy du Bas-Tyra peinaba la ciudad en su busca. Después de la Guerra de la Fractura, Arutha les había concedido el indulto por sus crímenes pasados a Hull y su tripulación y los había alistado en el Real Servicio de Aduanas.

Hull y Cook se pusieron en pie como uno solo y se apartaron de la mesa. Uno de los otros jugadores, un mercader de posibles a juzgar por su vestimenta, habló sin sacarse la pipa de la boca.

—¿Adonde vais? La mano no se ha acabado todavía.

—Para mí sí —gritó Hull, con el pelo blanco despeinado rodeando su cabeza como una aureola—. Demonios. Solo tengo un juego azul y una pareja de cuatros. —Alargó la mano y le dio la vuelta sus cartas.

Jimmy hizo una mueca mientras los hombres que había sentados en torno a la mesa empezaron a maldecir y a soltar sus cartas.

—Eres un aguafiestas, Hull —comentó Jimmy en la sala principal mientras iban camino de la puerta.

El viejo contrabandista metido a aduanero dejó escapar una risita maligna.

—Ese gordo imbécil me llevaba ventaja e iba a por mi oro. Solo quería

deshincharle un poco las velas.

El funcionamiento del juego era tal que tan pronto él reveló su mano, la partida se echó a perder. La única cosa justa era dejar las apuestas como estaban y volver a repartir cartas, una idea no muy apreciada por los que tenían buenas cartas que jugar.

Una vez fuera de la posada, se apresuraron por las calles, cruzándose con gente celebrando a medida que el festival iba tomando impulso y las sombras de la tarde se alargaban.

Arutha estaba mirando los planos que había sobre la mesa. Los planos provenían de sus archivos, proporcionados por el arquitecto real, y mostraban las calles de Kronador en detalle. Antes ya habían usado otro, que mostraba las cloacas, para la incursión contra los halcones nocturnos. Durante los últimos diez minutos, Trevor Hull los había estado estudiando cuidadosamente. Hull había encabezado la banda de contrabandistas más próspera de la ciudad antes de entrar al servicio de Arutha, y las cloacas y callejones habían sido su medio para introducir el contrabando en la ciudad.

Hull conversó con Cook, y luego el hombre de más edad se frotó la barbilla. Su dedo señaló en el mapa un punto donde confluían una docena de túneles en algo parecido a un laberinto.

—Si los halcones nocturnos estuvieran viviendo en las cloacas, el Hombre Íntegro los habría descubierto antes de que hubieran podido atrincherarse. Pero puede que solo las estén usando para entrar y salir. —Su dedo se desplazó hasta otro punto del mapa—. Aquí. —El dedo se detuvo sobre una parte del puerto que tenía el aspecto de una media luna alrededor de la bahía. En el centro del arco acababan los muelles y empezaba el distrito de los almacenes, pero junto al agua también se encontraba una sección del barrio pobre, como una cuña clarada entre las zonas comerciales más prosperas.

—La ciudad de los pescaderos —dijo Jimmy.

—¿La ciudad de los pescaderos? —repitió Arutha.

—Es la parte más pobre del barrio pobre —dijo Cook.

Hull asintió.

—La llaman ciudad de los pescaderos, ciudad de los buceadores, rivera del muelle y también otras cosas. Hace mucho tiempo era una aldea de pescadores. A medida que la ciudad fue creciendo hacia el norte a lo largo de la bahía, quedó rodeada por negocios, pero todavía siguen viviendo allí algunas familias de pescadores. Principalmente pescadores de langosta y mejillón que trabajan en la bahía, o mariscadores que buscan almejas en las playas del norte de la ciudad. Pero también está cerca de los curtidores, tintoreros y otras zonas pestilentes de la ciudad, así que allí solo viven los que no pueden permitirse algo mejor.

—Alvamy dijo que el Hombre Íntegro pensaba que se escondían en un sitio

apestoso. Así que él también ha pensado en la ciudad de los pescaderos. —Jimmy sacudió la cabeza mientras observaba el mapa—. Si los halcones nocturnos están escondidos en la ciudad de los pescaderos va a ser difícil localizarlos. Incluso los burladores no la controlan tan firmemente como al resto del barrio pobre y los muelles. Allí hay muchos sitios en los que perderse.

Hull se mostró de acuerdo.

—Solíamos entrar y salir cerca de allí, por un túnel que daba a una plataforma, que antes se usaba para llevar carga desde el sótano de un comerciante hasta el muelle. —Arutha estudió el mapa, sabía donde estaba aquello—. Usábamos varios puntos diferentes para meter y sacar la mercancía, y cambiábamos el punto de almacenamiento de cuando en cuando. —Levantó la vista para mirar al príncipe—. Vuestro primer problema son las alcantarillas. Puede que haya una docena de conductos que llevan desde el puerto hasta la ciudad de los pescaderos. Tendréis que bloquearlos todos. Y uno de ellos es tan amplio que habrá que bloquearlo con una chalupa tripulada.

—El problema es que no sabemos en qué parte de la ciudad de los pescaderos se ocultan —dijo Aaron Cook.

—Si es que están allí —dijo Arutha.

—Dudo que el Hombre Íntegro lo hubiera mencionado siquiera si no hubiera tenido la certeza de que estaban allí —dijo Cook.

Hull asintió indicando que estaba de acuerdo.

—Eso es un hecho. No se me ocurre ningún otro sitio de la ciudad donde pudieran estar escondidos. El Hombre Íntegro habría descubierto la localización tan pronto como un burlador hubiera visto al primer halcón nocturno. Aunque los ladrones usan mucho las alcantarillas para ir y venir sigilosamente, hay partes por las que no pasan mucho. La ciudad de los pescaderos es la peor. Las familias de pescadores más antiguas son independientes y duras, casi clanes. Si alguien se alojara en alguno de los viejos cobertizos cerca de los muelles y fuera discreto... incluso los burladores solo consiguen silencio de la gente de la ciudad de los pescaderos cuando hacen preguntas. Si los halcones nocturnos se hubieran infiltrado poco a poco, nadie salvo los del lugar tendría alguna pista. Aquello es una madriguera, todo callejuelas tortuosas... —Sacudió la cabeza—. Esta parte del mapa es inútil. La mitad de los edificios que aparecen han ardido, y se han levantado cobertizos y chabolas en todos los sitios donde había espacio. Es un desastre. —Miró al príncipe—. Otro de los nombres de la ciudad de los pescaderos es «el laberinto».

—Trevor tiene razón. Yo he estado en la ciudad de los pescaderos tanto como cualquier otro burlador, y eso no es mucho. Allí no hay nada que valga la pena robar. Pero se equivoca en una cosa. El problema más grande no es bloquear las rutas de escape; es localizar a los halcones nocturnos. En esa parte de la ciudad vive bastante

gente honrada, y no se puede entrar y matar a todo el mundo. Tenemos que localizar su escondrijo. —Reflexionó un momento—. Por lo que sé de los halcones nocturnos querrán un sitio que sea sobre todo defendible, pero del que se pueda huir fácilmente. Posiblemente estén aquí. —Señaló un punto en el mapa.

—Es posible —dijo Trevor Hull—. Ese edificio está encajonado entre otros dos, así que solo hay dos lados que cubrir. Y debajo de esa calle hay una red de túneles, todos ellos estrechos y difíciles de recorrer si no se ha estado allí antes. Sí, es posible.

—Mejor voy a cambiarme —dijo Jimmy mirando a Arutha.

—No es algo que me agrada, pero eres el más preparado para hacer un reconocimiento.

Cook miró a Hull, que asintió levemente.

—Yo podría ir contigo.

Jimmy negó con la cabeza.

—Conoces algunas partes de las alcantarillas mejor que yo, Aaron, pero yo puedo entrar y salir sin ni siquiera agitar el agua, Y tú no tienes esa habilidad. Y no hay forma de que entres en la ciudad de los pescaderos sin que se den cuenta, ni siquiera en una noche de tanto jaleo como esta. Estaré más seguro si voy solo.

—¿No deberías esperar? —dijo Arutha.

Jimmy negó con la cabeza.

—Si puedo localizar su guarida antes de que sepan que los han descubierto, puede que podamos hacer limpieza antes de que sepan lo que les ha pasado. La gente a veces hace cosas raras, incluso los asesinos. Siendo día festivo sus centinelas no se esperarán ningún fisgón. Y con la ciudad de celebraciones, habrá muchísimos ruidos filtrándose de las calles. Así es menos probable que los ruidos raros o fuera de lugar alerten a quien se encuentre en los edificios. Y si tengo que echar un vistazo por la superficie, un joven mendigo de fuera llamará mucho menos la atención en la ciudad de los pescaderos esta noche. Pero tengo que irme enseguida.

—Tú sabes lo que conviene —dijo Arutha—. Pero si se dan cuenta de que alguien los está buscando, actuarán. Con que te vean solo de refilón, vendrán a por mí.

Jimmy notó que Arutha no parecía preocupado por ese hecho. Le pareció que al príncipe no le importaría una confrontación directa. No, Jimmy sabía que lo que le preocupaba era la seguridad de los demás.

—Eso se sobreentiende. Pero es muy probable que de todas formas vengan a por vos esta noche. El palacio está atiborrado de extraños. —Jimmy miró por la ventana a la puesta de sol—. Ya son casi las siete de la tarde. Si yo estuviera planeando un ataque contra vos, esperaría unas dos o tres horas más, justo cuando las celebraciones estuvieran en su apogeo. Habrá artistas e invitados entrando y saliendo por las puertas. Todos estarán medio borrachos, cansados de un día de festejos y sintiéndose más relajados. Pero yo no esperaría mucho más, o los guardias podrían detectar a un

invitado llegando demasiado tarde. Si os mantenéis alerta, deberíais estar seguro mientras yo fisgo por ahí. Informaré tan pronto como tenga algún indicio.

Arutha autorizó a Jimmy a irse. Trevor Hull y su primer oficial lo siguieron rápidamente, dejando a un preocupado y enfadado príncipe a solas con sus pensamientos. Arutha se recostó en su asiento, se llevó el puño cerrado a la boca y se quedó con la mirada perdida.

Se había enfrentado a los esbirros de Murmandamus cerca del Lago Negro, Moraelin, pero el enfrentamiento definitivo aún estaba por llegar. Arutha se maldijo por bajar la guardia en el último año. Justo a su vuelta con el espinoso de plata, la clave para salvar a Anita de los efectos del veneno de los halcones nocturnos, había estado dispuesto a volver de inmediato al norte. Pero los asuntos de la corte, su propia boda, el viaje a Rillanon para asistir a la boda de su hermano con la reina Magda, luego el funeral de lord Caldric, el nacimiento de sus hijos... todo había venido tan seguido que no había podido ocuparse del asunto del norte del Reino. Al otro lado de las grandes cordilleras se encontraban las Tierras del Norte. Allí estaba la base del poder de su enemigo. Allí es donde Murmandamus reunía a sus fuerzas. Y desde esa base en el lejano norte iba bajando de nuevo para cruzarse en la vida del príncipe de Kronдор, el Señor del Oeste, el hombre predestinado por la profecía a ser su fin, la Perdición de la Oscuridad. Si vivía. Y de nuevo se encontró Arutha luchando en el interior de su propia casa, con la batalla a las puertas. Dándose un puñetazo en la mano, Arutha maldijo en voz baja y ronca. Se juró a sí mismo y a cualquier dios que lo estuviera escuchando que cuando este asunto en Kronдор acabara, él, Arutha con Doin, llevaría la lucha al norte hasta Murmandamus.

La oscuridad escondía un millar de tesoros entre un millón de objetos de basura inservible. El agua de las cloacas fluía lentamente, y a menudo grandes cúmulos de basura flotante se reunían en montones llamados «flotos». Los floteros que rebuscaban entre estos montones se ganaban la vida consiguiendo objetos valiosos perdidos en las alcantarillas. También mantenían los conductos desatascados rompiendo las acumulaciones de basura que podrían atascarlos. Esto le importaba bastante poco a Jimmy, pero es que había un flotero a menos de siete metros de distancia de él.

El joven escudero iba vestido completamente de negro, salvo por sus viejas y cómodas botas. Incluso había birlado una capucha negra de verdugo de la sala de torturas. Debajo del negro llevaba ropas más sencillas, necesarias para pasar desapercibido en el barrio pobre. El flotero miró directamente al muchacho en varias ocasiones, pero fue como si Jimmy no existiera.

Durante la mayor parte de media hora, Jimmy había permanecido inmóvil en las profundas sombras de una intersección, mientras que el viejo flotero rebuscaba entre

la hedionda porquería que pasaba a su lado. Jimmy tenía la esperanza de que este no fuera el sitio escogido por el hombre para trabajar, porque en ese caso podría pasar horas allí. Y tenía la esperanza, incluso más ferviente, de que el flotero fuese real y no un centinela disfrazado de los halcones nocturnos.

Finalmente, el hombre se alejó, y Jimmy se relajó, aunque no se movió hasta que el flotero hubo tenido tiempo suficiente para desaparecer por un túnel lateral. Entonces, con un sigilo bordeando lo sobrenatural, Jimmy reptó a lo largo de túnel en dirección a la zona de debajo del corazón de la ciudad de los pescaderos.

Recorrió en silencio una serie de túneles. Incluso al andar por el agua, conseguía desplazarla imperceptiblemente. Los dones de la naturaleza: reflejos rápidos como el rayo, coordinación asombrosa y la capacidad de tomar decisiones y actuar casi al instante, habían sido potenciados por el entrenamiento con los burladores y forjados en la más dura de las fraguas: la vida diaria de un ladrón. Jimmy hacía cada movimiento como si su vida dependiera de permanecer oculto, y así era.

Avanzó por los oscuros conductos del alcantarillado, extendiendo sus sentidos hacia la oscuridad. Sabía cómo ignorar los débiles sonidos que llegaban desde la calle y cómo debían sonar los débiles ecos del agua chapoteando contra las paredes de piedra; la más mínima variación le avisaría de cualquiera que anduviera acechando fuera de su vista. El fétido aire de las cloacas enmascaraba cualquier olor que pudiera avisarlo, pero estaba casi estancado, así que si alguien se le acercara el simple desplazamiento de aire lo delataría.

Un repentino cambio en el aire y Jimmy se quedó paralizado. Algo había cambiado, y el muchacho se cubrió inmediatamente a la sombra de un saliente bajo de ladrillo. De poca distancia al frente, pudo oír el leve roce del cuero contra el metal y supo que alguien estaba bajando desde la calle por una escalera. Una débil perturbación en el agua hizo que el chico se tensara. Alguien se había metido en el agua y avanzaba en su dirección, alguien que se movía casi tan silenciosamente como él.

Jimmy se agazapó, encogiéndose tanto como pudo en la oscuridad, y observó. En la penumbra, negro sobre negro, medio vio y medio sintió una figura avanzando hacia él. Entonces llegó una luz desde detrás y Jimmy pudo ver al hombre que se acercaba. Era esbelto, vestía una capa e iba armado. Se volvió.

—Tapa esa condenada linterna —susurró con hosquedad.

Pero en ese instante, Jimmy pudo ver un rostro que le resultaba conocido. El hombre de las cloacas era Arutha, o al menos se parecía a él lo suficiente como para engañar a cualquiera salvo a sus conocidos más íntimos.

Jimmy contuvo el aliento, ya que el falso príncipe pasó a un par de metros de él. Quienquiera que fuese detrás, tapó la linterna y el túnel se sumergió en la oscuridad, volviendo a ocultar a Jimmy. Entonces oyó pasar al segundo hombre. Atento a

cualquier sonido que indicase a otra persona, Jimmy esperó hasta que estuvo seguro de que no venía nadie más. Rápidamente, pero en silencio, se levantó de su escondite y fue hacia el punto por el que habían entrado a la penumbra ambos hombres. Era una intersección de tres túneles, y le llevaría algún tiempo determinar por dónde habían entrado a las alcantarillas el falso príncipe y su acompañante. Jimmy valoró sus opciones rápidamente y puso la necesidad de seguir a la pareja por encima de la necesidad de saber por dónde habían entrado a las alcantarillas.

Jimmy conocía esta parte de las cloacas tan bien como cualquiera en Kronдор, pero si se retrasaba mucho los perdería. Se escurrió entre la oscuridad, escuchando en cada intersección en busca de los sonidos que le indicaban por dónde se movía su presa.

El muchacho se apresuró por los oscuros pasadizos que había bajo la ciudad, ganándose terreno poco a poco a los dos hombres. Una vez vio un destello de luz, como si los hombres hubieran descubierto un poco la linterna para orientarse, Jimmy siguió la luz.

Jimmy dobló una esquina y un repentino movimiento en el aire lo avisó. Esquivó y sintió cómo algo pasaba cerca de donde había estado su cabeza, acompañado por un gruñido de esfuerzo. Sacó el puñal y se volvió hacia el sonido de respiración, conteniendo la suya propia. Luchar en la oscuridad era un ejercicio de temor controlado. Los contrincantes podían morir de un exceso de imaginación al buscar pistas de la posición exacta de su oponente. Sonidos, la ilusión de movimiento percibida por el rabillo del ojo, una intuición acerca de dónde estaba el contrario... todo ello podía provocar un descuido que revelara la posición de uno mismo y trajera la muerte. Ambos hombres permanecieron inmóviles largo rato.

Jimmy sintió un movimiento y reconoció la presencia de una rata, y grande, a juzgar por el sonido, alejándose de los problemas. Contuvo un ataque en esa dirección y esperó. Su oponente también oyó a la rata, pero atacó en esa dirección, dando contra la piedra. El tintineo del acero contra la piedra fue todo lo que Jimmy necesitó para lanzar una puñalada, y sintió la punta clavarse. El hombre se puso rígido, y luego se derrumbó en el agua con un ronco suspiro. El combate solo había durado tres golpes, desde el primero dirigido contra Jimmy en la oscuridad, hasta el que lo había acabado.

Jimmy desclavó su puñal y escuchó. No había señales del compañero del hombre. El joven maldijo en silencio. Aunque así se libraba de otro ataque, eso también le permitiría escapar al otro hombre. Jimmy sintió una fuente de calor cerca y casi se quemó la mano con la linterna metálica. La destapó y examinó a su enemigo. El hombre era un desconocido, pero Jimmy sabía que era un halcón nocturno. No había otra explicación posible para su presencia en las cloacas con un doble exacto del príncipe. Jimmy registró el cuerpo y encontró el halcón de ébano llevado en contacto

con la piel y el negro anillo con veneno. Ya sí que no había duda. Los halcones nocturnos habían vuelto. Jimmy hizo de tripas corazón y rápidamente le abrió el pecho al hombre, arrancándole el corazón y tirándolo al agua. Con los halcones nocturnos uno nunca sabía cuales se levantarían para seguir sirviendo a su amo, así que era mejor no arriesgarse.

Jimmy abandonó la linterna, dejó al cuerpo que flotase hasta el mar con los demás desperdicios y emprendió el camino de vuelta a palacio. Se apresuró, lamentando el tiempo perdido con el cadáver. Chapoteando ruidosamente hacia la salida a la superficie más cercana, Jimmy confiaba en que el falso príncipe ya se habría ido. Al doblar una esquina, sonó una alarma en su cabeza, ya que un eco le había parecido extraño. Esquivó, pero un instante demasiado tarde. Evitó un tajo de espada, pero la cazoleta le golpeó en la cabeza. Salió despedido contra la pared y su cabeza golpeó contra los ladrillos. Cayó hacia delante y aterrizó en el centro del canal de las alcantarillas, hundiéndose en el agua fangosa. Semiaturdido, logró revolverse y sacar la cabeza por encima de la basura. A través de una bruma gris, pudo oír a alguien chapoteando en el agua a poca distancia. De un extraño modo ausente supo que alguien lo estaba buscando. Pero la linterna se había quedado donde había caído el primer hombre, y en la oscuridad el muchacho se alejó a la deriva del hombre que, en vano, lo buscaba para poner fin a su vida.

Unas manos sacudieron al muchacho, arrancándolo de una extraña duermevela. Le había parecido extraño estar flotando en la oscuridad, ya que tenía que reunirse con el príncipe de Krondor. Pero no podía encontrar sus botas buenas y maese deLacy nunca lo dejaría entrar en el salón principal con las viejas.

Al abrir los ojos, Jimmy descubrió un rostro apergaminado casi pegado al suyo. Una sonrisa desdentada saludó su retomo a la consciencia.

—Bueno, bueno —dijo el anciano con una risita—. Así que has vuelto con nosotros, ¿no? A lo largo de los años he visto todo tipo de cosas flotando en las alcantarillas. Pero nunca pensé que vería al verdugo real arrojado a las cloacas. — Siguió riendo, y su rostro adquirió el aspecto de una grotesca máscara de baile a la temblorosa luz de las velas.

Jimmy no comprendía las palabras del anciano, hasta que se acordó de la capucha que llevaba antes. El anciano debía habérsela quitado.

—¿Quién...?

—Tolly me llaman, joven Jimmy la Mano. —Otra risita—. Te tienes que haber metido en problemas para encontrarte en este embrollo.

—¿Cuánto tiempo?

—Diez, quince minutos. Oí un chapoteo y fui a ver qué pasaba. Te encontré flotando. Pensé que estabas muerto. Así que te cogí para ver si llevabas oro encima. El otro estaba que explotaba buscándote. —Y otra risita—. Si hubieras seguido flotando

seguramente te habría encontrado. Pero te metí en este túnel que utilizo de escondrijo y no encendí la luz hasta que se fue. Encontré esto —dijo devolviéndole la bolsa a Jimmy.

—Quédatela. Me has salvado la vida, y más. ¿Dónde está la salida a la calle más cercana?

El hombre ayudó a Jimmy a ponerse en pie.

—Encontrarás unas escaleras que dan al sótano de la curtiduría de Teech. Está abandonada. Está en la avenida de los olores. —Jimmy asintió. En verdad se llamaba calle Colington, pero todo el mundo en el barrio pobre la llamaba la avenida de los olores por todas las curtidurías, mataderos y tintorerías que había en ella—. Puede que hayas salido del gremio, Jimmy, pero se ha corrido la voz de que quizá estarías fisgando aquí y allá, así que te diré que la contraseña de esta noche es «pinzón». No sé quienes eran esos tíos con los que has luchado, pero llevo tres días viendo a una gente bastante rara por aquí abajo. Creo que se está cociendo algo.

Jimmy se dio cuenta de que el sencillo flotero confiaba en que los líderes de los burladores se encargaran de los intrusos en su territorio.

—Si, en unos días se solucionará todo. —Jimmy reflexionó—. Mira, hay más de treinta monedas de oro en esa bolsa. Llévale un mensaje a Alvamy el Rápido. Dile que la cosa es tal y como se sospechaba y que mi nuevo amo actuará al momento, que de eso estoy seguro. Luego coge el oro y diviértete unos días.

El hombre miró a Jimmy fijamente con los ojos entrecerrados y su sonrisa desdentada.

—¿Dices que me quite de en medio? Bueno, supongo que podría pasar un día o dos bebiéndome tu oro. ¿Suficiente?

—Sí —dijo Jimmy—. En dos días se habrá acabado este asunto. —Empezó a avanzar hacia el túnel que le conduciría hasta una salida a la calle—. De un modo u otro. —Miró a su alrededor en la penumbra y descubrió que lo habían arrastrado hacia atrás, cerca del punto donde había visto a los dos halcones nocturnos por primera vez—. ¿Hay cerca alguna escalera metálica? —preguntó señalando hacia la intersección.

—Tres que puedan usarse. —El flotero le indicó su posición.

—Gracias de nuevo, Tolly. Ahora llévale mi mensaje a Alvamy, rápido.

El viejo flotero se alejó por un ancho túnel, y Jimmy empezó a inspeccionar la escalera más cercana. Estaba oxidada y era peligrosa, igual que la segunda, pero la tercera había sido reparada y estaba firmemente anclada a los sillares. Jimmy trepó rápidamente hasta la parte superior y examinó la trampilla.

Era de madera, y por lo tanto parte del suelo de un edificio. Jimmy consideró su posición en relación a la curtiduría de Teech. Si no le fallaba el sentido de la orientación, estaba debajo del edificio que había considerado como escondite más

probable de los halcones nocturnos. Pegó la oreja a la trampilla durante un largo minuto, y no oyó nada.

Empujó hacia arriba suavemente, y echó un vistazo por la estrecha rendija que dejó la trampilla al levantarse. Justo enfrente de su nariz había un par de botas, cruzadas en los tobillos. Jimmy se quedó helado. Cuando los pies no se movieron, Jimmy levantó la trampilla unos centímetros más. Los pies de las botas pertenecían a un tipejo de aspecto patibulario que dormía como un tronco, aferrando una botella medio vacía a la altura del pecho. Por el olor empalagoso de la habitación, Jimmy supo que el hombre había estado bebiendo *paga*, una bebida muy fuerte, muy especiada y que incorporaba un suave narcótico de aroma dulzón, importada de Kesh.

Jimmy se atrevió a mirar a su alrededor. Aparte del centinela dormido, la habitación estaba vacía, pero tras la solitaria puerta que había en la pared del fondo se escuchaban débiles voces.

Jimmy contuvo la respiración y emergió de la trampilla sin hacer ruido, evitando tocar al guardia durmiente. Dio un solo paso hacia la puerta y escuchó. Las voces eran casi inaudibles. Una pequeña grieta en la puerta permitió a Jimmy echar una ojeada.

Solamente pudo ver la espalda de un hombre y el rostro de otro. Por la forma en que hablaban, estaba claro que en la habitación había más gente, bastante a juzgar por los sonidos de movimiento, quizá una docena. Jimmy miró a su alrededor y asintió para sus adentros. Este era el cuartel general de los halcones nocturnos. Y esos hombres eran halcones nocturnos, sin duda. Aunque no hubiera visto el halcón de ébano en el hombre que había matado, los que había en la habitación no tenían nada que ver con la gente normal de la ciudad de los pescaderos.

Jimmy deseó poder explorar mejor el edificio, ya que por lo menos habría media docena de habitaciones, pero los sonidos inquietos del durmiente alertaron al antiguo ladrón de que el tiempo se le acababa. El falso príncipe accedería pronto a palacio, y aunque Jimmy podía correr por las calles mientras que el falso Arutha tenía que avanzar lentamente por las cloacas, iba a estar muy justo quién llegaría primero a palacio.

Jimmy se alejó de la puerta en silencio y retrocedió hasta la trampilla. La cerró en silencio. Cuando estaba a medio camino entre la trampilla y la cloaca, oyó voces sobre su cabeza.

—¡Matthew!

A Jimmy se le puso el corazón en la boca cuando la otra voz respondió.

—¡Qué!

—Si estabas durmiendo la mona, me comeré tus ojos para cenar.

—Solo he cerrado los ojos un minuto —respondió la otra voz irritada—, justo cuando estabas entrando, y no me amenazas o le echaré tu hígado a los cuervos.

Jimmy oyó levantarse la trampilla, y sin dudar se balanceó, quedando a un lado de

la escalera. Estaba colgado en el aire, un pie y una mano en las abrazaderas metálicas y aplastándose contra la pared, agarrándose a duras penas a los escasos asideros que ofrecían los toscos sillares. Confió en que su ropa negra, unida a la penumbra y al hecho de que los ojos de los que estaban arriba tardarían en acostumbrarse a la oscuridad de las cloacas, lo ocultara. Desde arriba brilló una luz y Jimmy apartó la cara, la única parte de él que no iba cubierta de negro, y contuvo la respiración. Durante un largo momento de horror estuvo suspendido en el aire, su brazo y su pierna ardiendo por el esfuerzo de sostenerlo inmóvil. Sin atreverse a mirar arriba, lo único que podía hacer era imaginarse lo que estarían haciendo los dos halcones nocturnos de arriba. Incluso podía que en esos mismos momentos estuvieran desenvainando las armas. Puede que una ballesta le estuviera apuntando al cráneo, y que en un instante estuviera muerto, su vida arrancada sin aviso. Oyó movimiento de pies y una voz jadeante por encima de él.

—¿Ves? No hay nada. Ahora déjalo o acabarás flotando con la demás basura.

Jimmy casi se desmayó cuando cerraron la trampilla dando un portazo. Contó hasta diez en silencio, y luego bajó la escalera a toda velocidad y se alejó por el agua.

Con las voces discutiendo desvaneciéndose detrás, Jimmy se dirigió hacia la curtiduría de Teech, y el camino de vuelta a palacio.

La noche estaba mediada, pero la celebración seguía en su apogeo. Jimmy avanzaba por el palacio como una exhalación, ignorando a la sobresaltada gente junto a la que pasaba. Esta aparición vestida de negro era una visión muy poco común. Estaba magullado, un gran chichón adornaba su rostro y apestaba a cloaca. En dos ocasiones les preguntó a los guardias por la localización del príncipe y fue informado de que iba de camino a sus aposentos.

Jimmy pasó junto a dos sobresaltados rostros familiares; Gardan y el mercenario Roald que estaban charlando. El caballero mariscal de Kronдор tenía aspecto cansado por el largo día que aún no había acabado y el amigo de la infancia de Laurie parecía medio borracho. Desde la vuelta de Moraelin, Roald había sido huésped de palacio, aunque seguía rechazando las constantes ofertas de Gardan de un puesto en la guardia de Arutha.

—Más vale que vengáis —dijo Jimmy. Ambos hicieron caso del muchacho y lo siguieron—. No os vais a creer lo que han preparado esta vez.

A ninguno de los hombres hubo que decirle a quiénes se refería ese «han». Gardan acababa de informar a Roald del aviso del Hombre Íntegro. Y ambos hombres se habían enfrentado antes junto a Arutha a los halcones nocturnos y los matadores negros de Murmandamus.

Al doblar la esquina, los tres se encontraron con Arutha a punto de abrir la puerta de sus aposentos. El príncipe se detuvo, esperando que se acercaran los tres con expresión de abierta curiosidad en el rostro.

—Alteza, Jimmy ha descubierto algo —dijo Gardan.

—Entrad. Tengo unos asuntos de los que debo ocuparme enseguida, así que tendréis que ser breves.

El príncipe abrió la puerta y los hizo pasar por la antecámara hasta su despacho privado. Cuando alargaba la mano hacia el pomo de la puerta, esta se abrió.

Los ojos oscuros de Roald se abrieron como platos. Ante ellos había otro Arutha. El príncipe que había que había a este lado de la puerta los miró.

—¿Qué...?

De repente, los dos Aruthas desenvainaron las armas. Roald y Gardan vacilaron; lo que les decían sus ojos era imposible. Jimmy observó cómo ambos príncipes entablaban combate. El «segundo» Arutha, el que había venido de dentro, retrocedió de un salto al interior del despacho para ganar espacio. Gardan gritó llamando a la guardia, y en un momento una docena acudió a la puerta.

Jimmy miró atentamente. El parecido era asombroso. Conocía a Arutha tan bien como a la demás gente de palacio, pero con los dos hombres luchando furiosamente, no era capaz de distinguirlos. El impostor incluso luchaba con la misma habilidad con la espada que el príncipe.

—Detenedlos a ambos —dijo Gardan.

—¡Esperad, si detenéis primero al verdadero el impostor podría matarlo!

Gardan rectificó la orden al instante.

Ambos combatientes lanzaban estocadas y las paraban, moviéndose por la habitación. Sus rostros estaban fijos en máscaras de lúgubre determinación. En ese momento Jimmy atravesó la habitación corriendo, sin que un atisbo de vacilación entorpeciera su embestida contra uno de los dos hombres. Lanzando una puñalada, Jimmy lo hizo retroceder tropezando. Los guardias entraron en tromba en la habitación y prendieron al otro combatiente, siguiendo las instrucciones de Gardan. El caballero mariscal no estaba seguro de lo que estaba haciendo Jimmy, pero prefería no arriesgarse. Retendría a ambos hombres hasta aclarar la situación.

Jimmy forcejeaba en el suelo con uno de los Aruthas, que le propinó un revés, aturdiéndolo y quitándoselo de encima. Ese Arutha empezó a ponerse de pie, pero se detuvo cuando Roald le puso la punta de la espada en la garganta.

—¡El chico se ha vuelto loco! ¡Guardias, prendedlo! —gritó el hombre del suelo.

Luego, al ponerse en pie, se llevó la mano al costado y la sacó bañada en sangre. El hombre palideció y empezó a farfullar. Parecía a punto de desmayarse. El otro Arutha estaba de pie tranquilo, soportando las manos de los guardias que lo mantenían agarrado.

Jimmy sacudió la cabeza para aclararla de los efectos del segundo golpe fuerte del día.

—¡Cuidado con el anillo! —gritó al ver el estado del hombre herido.

Mientras el muchacho hablaba, el herido se llevó la mano a la boca, y se derrumbó inconsciente mientras Roald y un guardia lo agarraban.

—Su sello real es falso —dijo Roald—. Es un anillo envenenado como los que llevaban los demás.

Los guardias soltaron al verdadero Arutha.

—¿Lo ha usado?

—No, ha perdido el sentido a consecuencia de la herida —dijo Gardan tras inspeccionar el anillo.

—El parecido es increíble. ¿Cómo lo has sabido, Jimmy? —dijo Roald.

—Lo vi en las alcantarillas.

—¿Pero cómo supiste quién era el impostor? —preguntó Gardan.

—Las botas. Las lleva cubiertas de fango.

Gardan miró las pulidas botas negras de Arutha y la costra de fango de las del impostor.

—Suerte que hoy no he dado un paseo por el jardín recién plantado de Anita. Habría acabado en mis propias mazmorras —dijo Arutha.

Jimmy examinó al impostor caído y al auténtico príncipe. Ambos hombres vestían ropas del mismo corte y color.

—Cuando entramos por la puerta, ¿estabais con nosotros o ya dentro de la habitación? —dijo Jimmy.

—Entré con vosotros. Tiene que haberse colado en palacio entre los últimos invitados, y luego se limitaría a venir andando hasta mi habitación.

Jimmy estuvo de acuerdo.

—Pretendía emboscaros aquí, mataros y tirar vuestro cuerpo en uno de los pasadizos secretos o a la cloaca, y tomar vuestro lugar. No creo que pudiera haber mantenido la charada durante demasiado tiempo, pero unos pocos días le habrían bastado para armar una buena.

—Una vez más has acertado, Jimmy —dijo el príncipe, y se dirigió a Roald—. ¿Vivirá?

Roald examinaba al caído.

—No lo sé. Estos chavales tienen la desagradable costumbre de morirse cuando no deberían, y luego de no quedarse muertos cuando sí deberían.

—Traed a Nathan y a los demás. Llevadlo a la torre oriental. Gardan, ya sabes lo que hay que hacer.

Jimmy observaba mientras el padre Nathan, un sacerdote de Sung la Blanca y consejero de Arutha, examinaba al asesino. Todos a cuantos se les había permitido entrar en la torre estaban asombrados ante el parecido. El capitán Valdis, un hombre de anchos hombros que había sido el lugarteniente de Gardan y lo había sucedido

como capitán de la guardia, sacudió la cabeza.

—No me extraña que los muchachos se limitaran a saludar cuando pasó junto a ellos, Alteza. Es vuestro doble exacto.

El hombre herido yacía atado a los postes de la cama. Igual que se había hecho antes con los halcones nocturnos capturados, le habían quitado el anillo envenenado y cualquier otro posible medio de suicidio. Nathan se alejó del lado del prisionero.

—Ha perdido sangre y respira con dificultad —dijo el corpulento sacerdote—. Pero en circunstancias normales no sería nada grave.

El cirujano real asintió, indicando que estaba de acuerdo.

—Yo diría que puede salir de esta, Alteza, si no hubiera visto antes su disposición a morir.

Miró por la ventana a la vez que empezaba a entrar por ella la luz de la mañana. Habían trabajado durante horas para reparar el daño causado por el puñal de Jimmy.

Arutha reflexionaba. El último intento de interrogar a un halcón nocturno solo había tenido como resultado un cadáver animado que había matado a varios guardias y casi había asesinado a la suma sacerdotisa de Lims-Kragma y al propio príncipe.

—Si recupera el sentido, usa tus artes para sacarle cualquier información que posea. Si muere, quemad el cuerpo enseguida. Gardan, Jimmy, Roald, venid conmigo. Capitán Valdis, doble la guardia de inmediato, discretamente.

El príncipe salió de la habitación fuertemente vigilada y condujo a sus acompañantes hacia sus propios aposentos.

—Con Anita y los pequeños a salvo y de camino a casa de su madre. Solo tengo que preocuparme a eliminar a esos asesinos antes de que encuentren otra forma de llegar hasta mí.

—Pero Su Alteza no ha partido aún —dijo Gardan.

Arutha giró sobre sus talones.

—¿Qué? Se despidió de mí al amanecer, hará una hora.

—Quizá, sire, pero al parecer aún faltan mil detalles. Hace solo unos momentos que terminaron de cargar su equipaje. Los guardias llevan dos horas listos, pero no creo que los carruajes hayan partido todavía.

—Entonces apresúrate y asegúrate de que están a salvo hasta que se hayan ido.

Gardan partió y Arutha, Jimmy y Roald siguieron su camino.

—Sabéis a lo que nos enfrentamos —dijo el príncipe—. De todos los que estamos aquí, solo los que estuvimos en Moraelin sabemos realmente la clase de enemigo que hay detrás de esto. Y también sabéis que es una guerra sin cuartel, hasta que un bando o el otro sean derrotados por completo.

Jimmy asintió, algo sorprendido ante el tono de Arutha. Algo en este último ataque le había tocado un punto sensible. Desde que Jimmy había conocido al príncipe, Arutha había sido un hombre cauteloso, que tenía buen cuidado en

considerar toda la información disponible para tomar las mejores decisiones posibles. La única excepción de la que Jimmy había sido testigo fue cuando Anita yacía herida por el dardo de ballesta desviado de Jack el Risueño. Entonces Arutha había cambiado. Ahora, igual que cuando Anita casi había resultado muerta, volvía a parecer un hombre al borde de la posesión, un hombre lleno de ira ante esta invasión de su hogar. El bienestar de su persona y de su familia estaba en peligro y mostraba una furia asesina apenas controlable contra los responsables.

—Vuelve a buscar a Trevor Hull —le dijo a Jimmy—. Quiero a sus mejores hombres listos para ponerse en movimiento justo tras la puesta de sol. Que venga con Cook tan pronto como sea posible. Hay que planearlo con Gardan y Valdis. Roald, tu misión será mantener ocupado a Laurie por hoy. Estoy seguro de que notará que pasa algo raro cuando yo no celebre la audiencia de esta tarde. Mantenlo ocupado en algo, quizá con una visita a los sitios que solía frecuentar antes por la ciudad, y mantenlo lejos de la torre oriental. —Jimmy puso gesto de sorpresa—. Ahora que se ha casado con Carline, solo arriesgaré un miembro de la familia. Y es lo bastante temerario para querer venir. —Roald y Jimmy intercambiaron miradas. Ambos sabían lo que el príncipe preparaba para la noche. La expresión de Arutha se volvió pensativa—. Vamos, acabo de acordarme de algo que tenía que discutir con Nathan. Llamadme cuando venga Hull.

Sin más discusiones, fueron a sus cometidos mientras Arutha volvía a la habitación para hablar con el sacerdote de Sung.

Los hombres armados estaban listos.

3

Asesinato

Krondor seguía de celebraciones, ya que Arutha había proclamado un segundo día de festejos con la débil explicación de que como había dos hijos, debía haber dos días de Presentación. El anuncio había sido acogido con entusiasmo por toda la ciudad, excepto el servicio de palacio, pero el chambelán deLacy se había hecho rápidamente con el control de la situación. Ahora, con los celebrantes todavía atiborrando tabernas y cervecerías a medida que el ánimo festivo del día anterior parecía aumentar, nadie echaba cuenta de una buena cantidad de hombres, aparentemente fuera de servicio, que iban y venían. Pero a media noche se habían reunido en cinco sitios: la sala común de la posada del Loro Arco iris, tres almacenes bastante separados unos de otros controlados por los burladores y a bordo del *Cuervo Real*.

Ante una señal preestablecida, la guardia de la ciudad tocando la hora equivocadamente, las cinco compañías comenzarían a abrirse paso hada el cuartel de la hermandad de asesinos.

Arutha encabezaba la compañía que se había ido reuniendo en el Loro Arco iris. Trevor Hull y Aaron Cook estaban al mando de los soldados y marineros que entraban en barca en las cloacas. Jimmy, Gardan y el capitán Valdis encabezarían las compañías que se ocultaban en los viejos almacenes de las calles del barrio pobre.

Jimmy miró a su alrededor mientras los últimos soldados entraban sigilosamente por las puertas entrecerradas del almacén. El depósito de bienes robados de los burladores estaba completamente repleto. Devolvió la atención a la única ventana, por la que observaba la calle que conducía directamente al escondite de los halcones nocturnos. Roald consultó un reloj de arena al que le había dado la vuelta cuando la guardia había dado la hora por última vez. Los soldados escuchaban pegados a la puerta del almacén. Jimmy volvió a mirar a la compañía reunida. Laurie, que había aparecido inesperadamente acompañado de Roald hacía una hora, le dedicó una sonrisa nerviosa.

—Es más cómodo que las cuevas de debajo de Moraelin.

Jimmy le devolvió una media sonrisa al inesperado participante en la incursión

nocturna.

—Cierto.

Sabía que el cantante convertido en noble estaba intentando utilizar la guasa para espantar la preocupación que sentían todos. Estaban mal preparados en muchos aspectos y no tenían ni idea de a cuántos sirvientes de Murmandamus se enfrentaban. Pero la aparición del falso príncipe había anunciado una nueva ronda de asaltos con los agentes de los moredhel, y Arutha había puesto énfasis en la necesidad de velocidad. Había sido decisión del príncipe reunir los grupos de ataque rápidamente y atacar a los halcones nocturnos antes de que Krondor viera otro amanecer. Jimmy había pedido vehementemente más tiempo para explorar la zona, pero el príncipe se había mantenido firme. El chico había cometido el error de confiarle a Arutha lo cerca que había estado de ser descubierto. Además, Nathan había informado de la muerte del impostor, y Arutha había dicho que no tenían forma de saber si este tenía cómplices en palacio o sus compinches otra forma de enterarse de su éxito o su fracaso. Corrían el riesgo de encontrarse con una emboscada o, aún peor, un nido vacío. Jimmy comprendía la impaciencia del príncipe, pero seguía deseando poder hacer un segundo reconocimiento. Ni siquiera podían estar seguros de haber bloqueado todas las rutas de escape.

Habían intentado incrementar sus posibilidades de éxito enviando a la ciudad grandes cantidades de vino y cerveza, «regalos» del príncipe a sus ciudadanos. Fueron ayudados por los burladores, que habían desviado una cantidad desproporcionada de barriles y toneles al barrio pobre, especialmente a la ciudad de los pescaderos. La población honrada de la ciudad de los pescaderos (la poca que hubiera, pensaba sarcástico Jimmy), estaría ahora empujando el codo felizmente. En ese momento, alguien habló.

—La campana de la guardia está sonando.

Roald miró el reloj. Todavía quedaba un cuarto de hora de arena por caer.

—Esa es la señal.

Jimmy fue el primero en cruzar la puerta, abriendo la marcha. Su compañía de soldados veteranos sería la primera en llegar a la guarida de los halcones nocturnos. Jimmy era el único que había podido echarle una minúscula ojeada al interior del edificio, así que se presentó voluntario para hacerlos salir. Las compañías de Gardan y Valdis prestarían apoyo cercano; inundando las calles circundantes con soldados vestidos con la librea del príncipe mientras los hombres de Jimmy asaltaban el edificio. Las compañías mandadas por Arutha y Trevor Hull ya habían entrado en las cloacas por la trampilla del sótano del Loro Arco iris y el túnel de los contrabandistas en el muelle, respectivamente. Ya se estaban acercando por debajo de los halcones nocturnos y tendrían la responsabilidad de bloquear cualquier ruta de escape por las alcantarillas que tuvieran los asesinos.

Los soldados se abrieron a los lados, cubriéndose en las sombras mientras avanzaban por la estrecha callejuela. Las órdenes establecían que se usaran el sigilo si era posible, pero con tantos hombres armados moviéndose al mismo tiempo, la velocidad era más importante. Y las órdenes habían sido de atacar enseguida si los avistaban. Jimmy exploró con la mirada al llegar al cruce más cercano al edificio de los halcones nocturnos y no descubrió ningún guardia a la vista. Hizo un gesto con la mano en dirección a dos estrechos callejones laterales, indicando la necesidad de bloquearlos, y los soldados se apresuraron a obedecer. Cuando estuvieron en posición, Jimmy avanzó hacia la entrada del edificio. Los últimos veinte metros hasta la puerta eran los más problemáticos, ya que a penas había cobertura a la vista. Jimmy sabía que los halcones nocturnos probablemente mantendrían la zona de delante de la puerta libre de basura que pudiera usarse como cobertura, en prevención de una noche como esta. También sabía que muy posiblemente habría un vigía en la habitación de la esquina del segundo piso desde la que se dominaban las dos calles que formaban el cruce donde estaba el edificio. Desde la otra ruta de aproximación llegó un débil sonido de metal contra piedra, y Jimmy supo que los hombres de Gardan también se aproximaban, igual que la compañía de Valdis estaría llegando detrás de la suya. Vio movimiento en la ventana del segundo piso y se quedó congelado. No tenía ni idea de si lo habían visto, pero sabía que si era así, alguien saldría enseguida a investigar a menos que consiguiera acallar las sospechas. Se alejó de la pared dando traspiés, luego se inclinó hacia delante con los brazos extendidos para apoyarse, otro borracho vomitando el exceso de vino de un estómago torturado. Al volver la cabeza supo que Roald estaba cerca tras él, en las sombras.

—Preparaos —susurró entre fuertes sonidos de vomitona.

Tras un momento, volvió a avanzar tambaleándose hacia el edificio de la esquina. Se detuvo una vez más y luego siguió. Todo el camino fue cantando una cancioncilla, como para sí mismo, con la esperanza de pasar por alguien que volvía tarde a casa de las celebraciones. Al acercarse a la entrada de edificio, se alejó tambaleándose, como si fuera a doblarla esquina hacia la calle contigua, y luego saltó hacia la pared al lado de la puerta. Jimmy contuvo el aliento y escuchó. Pudo distinguir un sonido amortiguado, como si alguien estuviera hablando. No parecía haber tono de alarma. Jimmy asintió y se alejó, un pequeño trecho por la calle donde esperaba la compañía de Gardan. Se apoyó contra la pared, fingiendo estar mareado de nuevo, y gritó algo sin sentido y alegre. Esperaba que un grito distrajera momentáneamente al centinela.

Una docena de hombres llegó rápidamente por la calle acarreado un ariete ligero y tomó posiciones, mientras que tras ellos cuatro arqueros preparaban sus arcos. Tenían línea de tiro directa hasta las ventanas del segundo piso y la entrada del edificio. Jimmy retrocedió balanceándose hasta el edificio, y al llegar a un punto bajo la ventana, pudo ver cómo una cabeza inquisitiva se asomaba a seguir sus

movimientos. El vigía había estado observando su actuación y no había notado a los asaltantes que se acercaban. Jimmy tuvo la esperanza de que Roald supiera lo que hacer.

Una flecha voló en la noche, mostrando que el mercenario había aprovechado la oportunidad. Si había un segundo vigía arriba, no perdían nada matando al primero, pero si no lo había ganarían más tiempo de sorpresa. El vigía pareció asomarse más, como si intentara seguir el movimiento de Jimmy junto a la pared. Siguió saliendo por la ventana, hasta que cayó al suelo pocos metros detrás del joven. Jimmy ignoró el cuerpo. Uno de los hombres de Gardan vendría enseguida a arrancarle el corazón.

Jimmy llegó hasta la puerta, sacó el estoque, e hizo una señal. Los seis hombres del ariete, una viga con un extremo endurecido al fuego, se adelantaron. Apoyaron el extremo contra la puerta en silencio, retrocedieron, balancearon el ariete tres veces, y a la cuarta lo estrellaron contra la puerta. Esta había estado cerrada con cerrojo, no con una barra, y explotó hacia dentro haciendo volar astillas de madera y a los hombres hacia sus armas. Antes de que los hombres que llevaban el ariete pudieran soltarlo y desenvainar sus armas, una salva de flechas pasó junto a ellos. Roald y sus hombres atravesaron la puerta en el mismo momento en que el ariete daba contra los adoquines y rebotaba.

Sonidos de lucha, alaridos y maldiciones llenaron la habitación mientras otras voces gritaban preguntas desde otras partes del edificio. Jimmy se hizo cargo de la disposición de la habitación con una simple ojeada y maldijo furioso. Se volvió hacia el sargento de la segunda compañía.

—Han abierto puertas a los edificios de al lado. ¡Hay más habitaciones!

Señaló a dos puertas, de las que habían provenido los gritos interrogativos. El sargento condujo a su destacamento enseguida, dividiéndolo y enviando hombres por las dos puertas. Otro sargento condujo su grupo escaleras arriba mientras los hombres de Roald y Laurie abrumaban a los pocos asesinos de la primera habitación y empezaban a buscar trampillas en el suelo.

Jimmy corrió hacia la puerta que estaba seguro que daba a la habitación de arriba de las alcantarillas. Abrió la puerta de una patada y encontró un halcón nocturno muerto y a los hombres de Arutha saliendo por la trampilla. Había una segunda puerta que salía de la habitación y Jimmy pensó haber visto a alguien escurrirse por una esquina. Jimmy lo siguió, gritando para que lo acompañara alguien, y dobló la esquina. Esquivó echándose a un lado, pero la emboscada que esperaba no se produjo. La última vez que se habían enfrentado a los halcones nocturnos, los asaltantes de Arutha se habían encontrado a los asesinos decididos a morir antes que ser capturados. Esta vez parecían más decididos a huir.

Jimmy corrió por el pasillo con media docena de soldados pisándole los talones. Abrió de un empujón una puerta lateral y encontró tres halcones nocturnos muertos

en el suelo de una habitación detrás de la primera en que habían entrado. Ya había soldados preparando antorchas. Las órdenes de Arutha habían ido muy concretas. A todos los muertos se les arrancaría el corazón y sus cuerpos se quemarían. Esta noche no se levantaría ningún matador negro para matar en nombre de Murmandamus.

—¿Ha entrado alguien corriendo? —gritó Jimmy.

Un soldado levantó la mirada.

—No hemos visto a nadie, escudero, pero hasta hace un momentito hemos estado ocupados.

Jimmy asintió y siguió corriendo por el pasillo. Al doblar una esquina, descubrió un combate cuerpo a cuerpo en un pasillo lateral. Se escurrió entre los guardias que estaban doblegando rápidamente a los asesinos y corrió hacia otra puerta. No estaba completamente cerrada, como si alguien hubiera dado un portazo pero no se hubiera detenido a ver si estaba bien cerrada. Jimmy la empujó y salió a un ancho callejón. Y frente a él había tres puertas abiertas y sin vigilar. A Jimmy se le cayó el alma a los pies. Se giró y descubrió a Arutha y Gardan tras él. Arutha maldijo frustrado. Lo que una vez había sido un enorme edificio quemado en un incendio había sido reemplazado por varios más pequeños, y donde antes había habido una pared sólida ahora unas puertas invitaban a pasar. Y ninguno de los soldados de Arutha había llegado a tiempo de impedir que alguien huyera por esta ruta.

—¿Ha escapado alguien por aquí? —preguntó el príncipe.

—No sé —respondió Jimmy—. Creo que uno, por una de esas puertas.

—¿Lo perseguimos, mariscal? —dijo uno de los guardias girándose hacia Gardan.

Arutha se dio la vuelta para entrar al edificio mientras empezaban a llegar gritos interrogativos de los edificios circundantes, de habitantes de la ciudad de los pescaderos despertados por la lucha.

—No os molestéis —dijo el príncipe tajantemente—. Tan cierto como que hay sol que en esas casas hay puertas a otras calles. Esta noche hemos fracasado.

Gardan sacudió la cabeza.

—Si había alguien aquí, habrá salido pitando tan pronto nos oyó atacar.

Varios guardias llegaron por el callejón, muchos con la ropa manchada de sangre. Uno corrió hasta el príncipe.

—Creemos que dos de ellos han escapado por una calle lateral, Alteza.

Arutha apartó al hombre y entró en el edificio. Al llegar a la habitación principal encontró a Valdis supervisando a los guardias mientras estos llevaban a cabo la repugnante tarea de asegurarse de que los asesinos no se levantarían como muertos vivientes. Con gesto lúgubre los hombres abrían profundamente el pecho de cada cadáver y le quitaban el corazón, que era quemado enseguida.

Apareció un marinero sin aliento.

—Vuestra Alteza, el capitán Hull solicita que acudáis rápido.

Arutha, Jimmy y Gardan salían de la habitación cuando aparecieron Roald y Laurie, armas en mano. Arutha contempló a su cuñado, empapado de sangre.

—¿Qué haces aquí?

—Me he pasado para echar un ojo —respondió. Roald miró avergonzado al príncipe—. Nunca ha sabido mentir. En cuanto me dijo que nos fuéramos a jugar a los dados, supe que pasaba algo.

Arutha desestimó cualquier comentario con un gesto de la mano y siguió al marinero hasta la habitación que daba a las alcantarillas. Bajaron las escaleras, seguidos de los demás fueron hasta un túnel donde los esperaban Hull y sus hombres con sus botes. Hull le hizo un gesto a Arutha para que embarcara, y el príncipe y Gardan subieron a un bote. Jimmy, Roald y Laurie subieron a otro.

Fueron conducidos remando hasta una amplia convergencia de seis canales. Había un bote amarrado a una argolla en la pared, y de una trampilla en el techo colgaba una escala de cuerda.

—Impedimos que tres botes de ellos escaparan, pero este logró pasar. Cuando llegamos aquí, habían escapado todos.

—¿Cuántos? —preguntó el príncipe.

—Quizá media docena —respondió Hull.

Arutha volvió a maldecir.

—Hemos perdido dos o tres por una callejuela y ahora sabemos que estos se han escapado. Puede que haya hasta una docena de halcones nocturnos sueltos por la ciudad. —Se detuvo y miró a Gardan, entrecerrando los ojos en una expresión de ira contenida—. Kronдор se encuentra a partir de ahora bajo ley marcial. Sella la ciudad.

Por segunda vez en cuatro años, Kronдор soportó la ley marcial. Cuando Anita había escapado de su cautiverio en el palacio de su padre y Jocko Radbum, capitán de la policía serreta de Guy du Bas-Tyra, había emprendido su búsqueda, la ciudad se había sellado. Ahora el marido de la princesa rastreaba la ciudad en busca de posibles asesinos. Puede que las razones fueran diferentes, pero el efecto sobre la población era el mismo. Y viniendo pegada a las celebraciones, la ley marcial fue un trago doblemente amargo para la gente.

A las pocas horas de haberse proclamado la ley marcial, los comerciantes empezaron a acudir a palacio a presentar sus reclamaciones. Primero fueron los armadores, cuyo comercio fue el primero en verse afectado al quedar sus barcos inmovilizados en el puerto o denegárseles la entrada al puerto. Trevor Hull fue puesto al mando del escuadrón encargado del bloqueo, ya que el antiguo contrabandista conocía todos los trucos utilizados para saltarse un bloqueo. En dos ocasiones hubo barcos que intentaron salir, y ambos fueron interceptados y abordados; sus capitanes arrestados y las tripulaciones confinadas en las naves. En ambos casos se comprobó

que el motivo habían sido los beneficios y no huir de las represalias de Arutha. Aun así, como no se sabía exactamente a quién se estaba buscando, todos los hombres arrestados eran encerrados en la cárcel de la ciudad, las mazmorras de palacio o los barracones de la prisión.

Pronto los armadores fueron seguidos por los comerciantes al por mayor; luego los molineros, cuando se impidió a los granjeros entrar a la ciudad; luego otros, cada uno con una petición razonable de que se levantara la cuarentena de la ciudad para su caso concreto. Todas las peticiones fueron denegadas.

La ley del Reino se basaba en el concepto de la Gran Libertad, la ley común. Cada hombre aceptaba libremente servir a su señor, excepto el ocasional criminal condenado a esclavitud, o los siervos que debían cumplir su periodo de encomienda feudal. Los nobles recibían los beneficios de su posición a cambio de proteger a aquellos a los que gobernaban, y la red de vasallaje ascendía desde el granjero que pagaba el tributo a su escudero o barón, que pagaba tributo a un conde. A su vez, el conde servía a su duque, que respondía ante la corona. Pero cuando se abusaba de los derechos de los hombres libres, esos hombres libres no tardaban en expresar su descontento. Había demasiados enemigos dentro y fuera de las fronteras del Reino como para que un noble abusivo mantuviera su posición mucho tiempo. Las incursiones piráticas de las islas del crepúsculo, los corsarios queganos, las partidas de trasgos y, siempre, la hermandad de la senda oscura, los elfos oscuros, exigían cierta estabilidad interna en el Reino. Solo una vez en toda su historia había soportado el pueblo la opresión sin protestar: bajo el gobierno del loco rey Rodric, el predecesor de Lyam, ya que el último recurso de apelación era la corona. Bajo Rodric la lesa majestad había vuelto a ser considerado delito capital y los hombres no podían expresar sus quejas en público. Lyam había vuelto a eliminar ese delito de las leyes del Reino; mientras no se tramara traición los hombres eran libres de expresar sus pensamientos. Y los hombres libres de Krondor expresaban su desagrado en voz bien alta.

Krondor se convirtió en una ciudad agitada; su estabilidad en una cosa del pasado. Durante los primeros días de ley marcial había habido algunas quejas, pero cuando la cuarentena de la ciudad entró en su segunda semana empezó a generalizarse la escasez. Los precios subieron al verse la oferta superada por la demanda. Cuando la primera cervecería de cerca de los muelles se quedó sin cerveza, estallaron disturbios. Arutha ordenó el toque de queda.

Escuadras armadas de la guardia real patrullaban las calles junto a la ronda de la ciudad. Agentes del canciller y del Hombre Íntegro espiaban las conversaciones, en busca de indicios de la situación de los asesinos.

Y los hombres libres protestaban.

Jimmy corría por el pasillo hacia los aposentos privados del príncipe. Le habían

encargado llevar unos mensajes para el comandante de la ronda y volvía con el comandante a su lado. Arutha se había convertido en un hombre obsesionado con su necesidad de encontrar a los asesinos ocultos. Había dejado a un lado todos los demás asuntos. Los asuntos cotidianos del principado se habían ralentizado, y finalmente se habían detenido, mientras Arutha buscaba a los halcones nocturnos.

Jimmy llamó a la puerta de la habitación del príncipe; se les permitió entrar al comandante de la ronda y a él. Jimmy se situó de pie junto a Laurie y la duquesa Carline mientras el comandante se ponía firme frente al príncipe. Gardan, el capitán Valdis y el conde Volney estaban de pie tras la silla del príncipe. Arutha miró al comandante.

—¿Comandante Bayne? Le he enviado órdenes, no he solicitado su presencia.

—Alteza, he leído vuestras órdenes —dijo el comandante, un veterano de pelo canoso que había entrado en el cuerpo treinta años antes—. He vuelto con el escudero para confirmarlas.

—Son correctas tal y como están escritas, comandante. ¿Algo más?

El comandante se sonrojó, y su enfado se hizo aparente en la forma en que mordía las palabras.

—Sí, Alteza. ¿Es que habéis perdido la condenada cabeza? —todos en la habitación quedaron sorprendidos por el estallido. Antes de que Gardan o Volney pudieran reprender al comandante por sus palabras, este continuó—. Esta orden tal y como está escrita significa que tendré que poner entre rejas a algo más de un millar de hombres. Para empezar...

—¡Comandante! —espetó Volney, recuperándose de la sorpresa.

Ignorando al rechoncho conde, el comandante siguió con su queja.

—Para empezar, este asunto de arrestar a todo el mundo que «no sea conocido por al menos tres ciudadanos de probada honradez» significa que todos los marineros que están en Krondor por primera vez, los viajeros, vagabundos, juglares, borrachos, pordioseros, rameras, tahúres y cualquier extranjero deben ser encarcelados sin audiencia previa ante un magistrado, violando la ley común. Segundo, no tengo los hombres necesarios para hacer este trabajo apropiadamente. Tercero, no tengo suficientes celdas para todos los que hay que detener e interrogar, ni siquiera para todos los que se quedarán porque sus respuestas no serán satisfactorias. Demonios, apenas puedo encontrar espacio para los que ya están entre rejas. Y por último, todo este asunto apesta pero bien. ¿Es que os habéis vuelto loco? En dos semanas tendréis a la ciudad en abierta rebelión. Ni el bastardo de Radbum intentó algo parecido.

—¡Ya es suficiente, comandante! —rugió Gardan.

—¡Se ha excedido! —dijo Volney.

—Es Su Alteza quien se ha excedido, mis señores. Y a menos que la lesa majestad haya vuelto a la lista de delitos del Reino, diré lo que pienso.

Arutha miró fijamente al comandante.

—¿Eso es todo?

—Ni la mitad —espetó el comandante—. ¿Rectificaréis la orden?

—No —dijo Arutha sin demostrar emoción alguna.

El comandante echó mano de la insignia de su cargo y se la arrancó de la blusa.

—Entonces encontrad a otro que castigue a la ciudad, Arutha conDoin. Yo no lo haré.

—Muy bien. —Arutha recogió la insignia y se la entregó al capitán Valdis—. Localice al guardia más veterano de la ronda y asciéndalo.

—No lo hará, Alteza —dijo el antiguo comandante—. La ronda está conmigo hasta el último hombre. —Se inclinó hacia delante y apoyó los nudillos en la mesa de juntas del príncipe, hasta que sus ojos estuvieron al mismo nivel que los de Arutha—. Mejor que enviéis a vuestro ejército. Mis muchachos se niegan en redondo. Cuando esto pase, serán ellos los que estarán en las calles de noche, en parejas y tríos, tratando de devolver la cordura a una ciudad sumida en la locura y el odio. Vos lo habéis provocado, solucionadlo vos.

Arutha habló en tono sosegado.

—Eso es todo. Puede usted retirarse. Capitán Valdis, envíe destacamentos de la guarnición a que se hagan cargo de los puestos de la ronda. Cualquier guardia de la ronda que desee mantener el empleo será bienvenido. A cualquiera que se niegue a obedecer esta orden le será retirado el tabardo.

Tragándose palabras fuertes, el comandante se dio la vuelta envarado y abandonó la habitación. Jimmy sacudió la cabeza y miró a Laurie con preocupación. El antiguo trovador comprendía tan bien como el antiguo ladrón la clase de problema que se estaba cociendo en las calles.

Krondor permaneció una semana más estancada en la ley marcial. Arutha hacía oídos sordos a todas las peticiones de acabar la cuarentena. A finales de la tercera semana, todo hombre o mujer que no hubiera podido ser adecuadamente identificado estaba bajo arresto. Jimmy se había mantenido en contacto con agentes del Hombre Íntegro, que le habían asegurado que los burladores estaban haciendo su propia limpieza. Hasta el momento habían aparecido seis cuerpos flotando en el puerto.

Ahora Arutha y sus consejeros estaban listos para emprender el asunto del interrogatorio de los cautivos. Una gran sección de almacenes en el extremo norte de la ciudad, cerca de la puerta de los mercaderes, había sido convertida en prisión. Arutha, rodeado por una compañía de guardias de rostro torvo, miró a los cinco primeros prisioneros que le traían.

Jimmy se apartó a un lado y pudo oír a dos soldados murmurando entre ellos.

—A este ritmo vamos a tardar un año en hablar con todos estos tíos.

Durante algún tiempo, Jimmy estuvo observando cómo Arutha, Gardan, Volney y el Capitán Valdis interrogaban a los prisioneros. Muchos de ellos eran obviamente gente sencilla atrapada en un asunto que no comprendían, o eso o eran actores consumados. Todos tenían aspecto sucio, desnutrido y a medio camino entre asustado y desafiante.

Jimmy empezó a ponerse nervioso y salió de escena. En los márgenes de la muchedumbre descubrió que Laurie se había sentado en un banco fuera de una cervecería. Jimmy se unió al duque de Salador.

—Solo les queda una poca cerveza casera —dijo Laurie—, y no es barata, pero está fría.

Siguió mirando mientras Arutha continuaba el interrogatorio bajo el sol estival. Jimmy se limpió el sudor de la frente.

—Esto es ridículo. No sirve para nada.

—Tranquiliza a Arutha.

—Nunca le había visto así. Ni siquiera cuando corríamos hacia Moraelin. Está...

—Está enfadado, asustado, y se siente impotente —Laurie sacudió la cabeza—. He aprendido mucho acerca de mis cuñados de Carline. Hay una cosa que a lo mejor no sabes de Arutha: sentirse impotente es algo que no puede soportar. Se ha metido en un callejón a oscuras y su carácter no le permite admitir que está contra una pared de piedra. Además, si levanta la cuarentena de la ciudad, los halcones nocturnos tendrán libertad de movimientos.

—¿Y qué? Ya están en la ciudad de todos modos. Y no importa lo que crea Arutha, no hay garantías de que estén entre rejas. Quizá se hayan infiltrado en el servicio de la corte igual que hicieron el año pasado en los burladores. ¿Quién sabe? —Jimmy suspiró—. Si Martin o quizá el rey estuvieran aquí, esto se acabaría.

Laurie bebió e hizo una mueca ante el sabor amargo.

—Quizá. Has nombrado a los dos únicos hombres del mundo a los que sería posible que les hiciera caso. Carline y yo hemos intentado hablar con él, pero se limita a escuchar pacientemente y luego decir que no. Ni siquiera Gardan y Volney pueden hacer que se baje del burro.

Jimmy observó los interrogatorios del príncipe un poco más, el tiempo de que sacaran otros tres grupos de prisioneros.

—Bueno, por lo menos de esto ha salido algo bueno. Han soltado a cuatro hombres.

—Y si los atrapa otra patrulla, los encerrarán de nuevo y puede que pasen días antes de que alguien compruebe sus afirmaciones de haber sido liberados por el príncipe. Y los otros dieciséis han sido devueltos a las celdas. Lo único que podemos

esperar es que Arutha se dé cuenta pronto de que con esto no va a conseguir nada. Faltan menos de dos semanas para el festival de Banapis, y si para entonces no se ha levantado la ley marcial, estallará una revuelta. —Frustrado, Laurie frunció los labios—. Quizá si hubiera alguna forma mágica de decir si alguien es un halcón nocturno o no...

Jimmy se incorporó.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—Lo que acabas de decir. ¿Por qué no?

Laurie se dio la vuelta lentamente para mirar al escudero a la cara.

—¿En qué piensas?

—Pienso en que es hora de que tengamos una pequeña charla con el padre Nathan. ¿Vienes?

Laurie dejó la jarra de cerveza amarga y se puso en pie.

—Tengo un caballo allí.

—Ya hemos montado doble antes. Sírvase venir Vuestra Gracia.

Por primera vez en días, a Laurie se le escapó una risita.

Nathan escuchaba con la cabeza inclinada a un lado mientras Jimmy acababa su idea. El sacerdote de Sung la Blanca se frotó la barbilla un instante y reflexionó, con más aspecto de antiguo luchador de lucha libre que de sacerdote.

—Hay medios mágicos para obligar a alguien a decir la verdad, pero llevan bastante tiempo y no son siempre fiables. Dudo que encontrásemos esos medios mucho más útiles que los que se están empleando actualmente. —Su tono indicaba que no tenía demasiada buena opinión de los medios que se estaban empleando actualmente.

—¿Y los otros templos?

—Sus medios no difieren mucho de los nuestros, solo pequeños detalles a la hora de formular los conjuros. Las dificultades no son menores.

Jimmy parecía vencido.

—Tenía la esperanza de que hubiera alguna forma de sacar a los asesinos de la masa. Supongo que es imposible.

Nathan se levantó de detrás de la mesa de la sala de juntas del príncipe, de la que se había apropiado mientras el príncipe supervisaba los interrogatorios.

—Solo cuando un hombre muere y entra en los dominios de Lims-Kragma se responden todas las preguntas.

A Jimmy se le nubló el rostro al tener una intuición, luego se alegró.

—¡Eso podría ser!

—¿Qué podría ser? —dijo Laurie—. No puedes matarlos a todos.

—No —dijo Jimmy desestimando lo absurdo del comentario—. ¿Se podría conseguir que ese sacerdote de Lims-Kragma, Julián, viniera aquí?

—¿Te refieres al sumo sacerdote Julián del templo de Lims-Kragma? —comentó Nathan secamente—. Olvidas que ascendió a la supremacía cuando su predecesora enloqueció a consecuencia del ataque en este palacio. —El rostro de Nathan traicionó un destello de emoción, ya que el sacerdote de Sung en persona había derrotado al siervo muerto viviente de Murmandamus, y no precisamente a un bajo coste. Nathan aún sufría pesadillas con aquel hecho.

—Ah —dijo Jimmy.

—Si lo solicito, puede que nos conceda una audiencia, pero dudo que acuda corriendo aquí solo porque yo se lo pida. Puede que yo sea el consejero espiritual del príncipe, pero dentro de la jerarquía del templo no soy más que un modesto sacerdote.

—Entonces tendremos que ver si nos recibe. Creo que si coopera podríamos poner fin a esta locura en Krondor. Pero quiero asegurar la cooperación del templo de Lims-Kragma antes de contarle mi idea al príncipe. Puede que de lo contrario no escuche.

—Enviaré un mensaje. No es muy habitual que los templos se impliquen en los asuntos de la ciudad, pero desde la aparición de Murmandamus hemos estrechado las relaciones entre nosotros y con el gobierno del principado. Quizá Julián se muestre dispuesto a cooperar. Supongo que dentro de todo esto habrá un plan.

—Sí —dijo Laurie—. ¿Qué te has sacado de esa amplia manga tuya?

Jimmy inclinó la cabeza y sonrió de oreja a oreja.

—Apreciarás el sentido del espectáculo de mi idea, Laurie. Vamos a urdir una superchería y asustar a los halcones nocturnos para que canten.

El duque de Salador se sentó y pensó acerca de lo que había dicho el muchacho; tras un momento pensando, una amplia sonrisa partió en dos su barba rubia. Nathan intercambió miradas con ambos cuando lo comprendió, él también sonrió y luego empezó a reír. Aparentemente considerando que había perdido los modales, el clérigo de la diosa de la senda única recuperó la compostura, pero volvió a sufrir un ataque de risa.

De los principales templos de Krondor, el menos visitado por la gente era el dedicado a la Diosa de la Muerte, aunque se creía que tarde o temprano todos irían a la diosa. Era habitual ofrecer exvotos y oraciones por los recientemente fallecidos, pero muy poca gente acudía habitualmente al culto. En siglos pasados, los adoradores de la Diosa de la Muerte habían practicado ritos sangrientos, incluyendo el sacrificio humano. A lo largo de los años esas prácticas se habían ido moderando y los fieles de Lims-Kragma se habían integrado en la sociedad. Con todo, los antiguos miedos

tardaban en morir. E incluso ahora algunos fanáticos cometían bastantes atrocidades en el nombre de la diosa, manteniendo al templo salpicado por un aura de horror a ojos de la mayoría de la gente común. Ahora un grupo de esa gente común, con quizá algunas personas poco comunes ocultas en su seno, era conducido al interior de aquel templo.

Arutha estaba de pie en silencio, junto a la entrada del sagrario del templo de Lims-Kragma. Guardias armados rodeaban la antecámara mientras que el interior del templo estaba lleno de guardias del templo vestidos con las ropas negras y plateadas de su orden. Había siete sacerdotes y sacerdotisas con sus atavíos rituales, como para celebrar una importante ceremonia bajo la supervisión del sumo sacerdote Julián. Al principio el sumo sacerdote no se había mostrado muy dispuesto a participar en esta charada, pero como su predecesora había sido empujada más allá del umbral de la locura por un agente de Murmandamus, veía con buenos ojos cualquier intento de destruir dicho mal. Por fin había accedido, no sin cierta reticencia.

Los prisioneros fueron obligados a avanzar, hacia la oscura entrada. La mayoría quiso quedarse atrás y fue empujada por soldados empuñando lanzas. El primer grupo incluía a los principales sospechosos de ser miembros de la hermandad de asesinos. Arutha había accedido a regañadientes a esta estratagema, pero había insistido en que todos los sospechosos de ser halcones nocturnos fueran en el primer grupo que iba a ser «sometido a la prueba», por si el engaño se descubría y se filtraba a los demás prisioneros retenidos.

—Que empiece la ordalía —entonó Julián cuando los reticentes prisioneros fueron situados frente al altar de la Diosa de la Muerte. Al momento, los demás sacerdotes, sacerdotisas y monjes comenzaron un cántico, uno que tenía una nota oscura y sobrecogedora. El sumo sacerdote se volvió hacia los cerca de cincuenta hombres retenidos por los silenciosos guardias del templo—. Sobre la piedra del altar de la muerte ningún hombre puede pronunciar mentiras. Puesto que ante La que Espera, ante la Recogedora de Redes, ante la Amante de la Vida, todos los hombres deben responder de sus actos. Sabed, hombres de Krondor, que entre vosotros se encuentran quienes han rechazado a nuestra señora, aquellos que se han unido a las filas de la oscuridad y sirven a poderes maléficos. Son hombres que han perdido la gracia de la muerte, el descanso final que otorga Lims-Kragma. Esos hombres lo desprecian todo y solo obedecen la voluntad de su maligno amo. Y ahora los separaremos de nosotros. Porque todo aquel que yazca en la piedra de la Diosa de la Muerte será puesto a prueba, y los que digan la verdad nada habrán de temer. Pero aquellos que han prestado oscuros juramentos serán revelados y se enfrentarán a la cólera de La que Espera.

La estatua que había detrás del altar, la imagen en azabache de una mujer bella pero de semblante serio, empezó a brillar, a parpadear con extrañas luces

verdeazuladas. Jimmy estaba impresionado mirando aquello con Laurie. El efecto añadía una fuerte carga dramática al momento.

Julián hizo una señal para que le acercaran al primer prisionero, y el hombre fue conducido al altar medio a rastras. Tres fornidos guardias lo levantaron y lo pusieron sobre el altar, usado antaño para los sacrificios humanos, y Julián sacó una daga negra de la manga. La sostuvo sobre el pecho del hombre.

—¿Sirves a Murmandamus? —se limitó a preguntar.

El hombre apenas pudo croar una respuesta negativa, y Julián apartó la daga.

—Este hombre está libre de culpa —afirmó el sacerdote.

Jimmy y Laurie intercambiaron miradas, ya que el hombre era uno de los marineros de Trevor Hull, de aspecto extremadamente curtido y duro, pero por encima de toda sospecha y, a juzgar por su actuación, no demasiado mal actor. Lo habían infiltrado entre los demás prisioneros para dar credibilidad al procedimiento, igual que el segundo hombre al que ahora arrastraban hacia el altar. Sollozaba patéticamente, chillando para que lo soltaran, suplicando piedad.

—Se está pasando —dijo Jimmy cubriéndose la boca con la mano.

—No importa, la habitación apesta a miedo —susurró Laurie.

Jimmy contempló a los prisioneros reunidos, que miraban fascinados el ritual mientras el segundo hombre era exculpado de ser un asesino. Entonces los guardias cogieron al primero que iba a ser realmente puesto a prueba.

Tenía el aspecto hipnotizado de un pájaro que se enfrenta a una serpiente y fue rápidamente conducido hasta el altar. Cuando cuatro hombres más habían sido ya conducidos sin protestas, Arutha cruzó y se acercó a Laurie y Jimmy. Les dio la espalda a los prisioneros para cubrirse de sus miradas.

—Esto no va a funcionar —dijo.

—Puede que aún no hayamos hecho subir allí a ningún halcón nocturno —dijo Jimmy—. Dadle tiempo. Aunque todos pasen la prueba, siguen estando bajo custodia.

Súbitamente, un hombre que estaba cerca de la primera fila de prisioneros salió corriendo hacia la puerta, empujando a dos de los guardias del templo. Al momento, los guardias de Arutha que había junto a la puerta le cerraron el paso. El hombre se arrojó contra ellos, haciéndolos retroceder. En el forcejo, echó mano de una de sus dagas y trató de arrancársela del cinto al guardia. Lo golpearon en la mano y la daga se cayó, resbalando por el suelo, mientras que otro guardia le daba en la cara con el asta de la lanza. El hombre cayó al suelo de piedra.

Jimmy, igual que los demás, estaba atento al intento de reducir al hombre. En ese momento, como si el tiempo empezara a ralentizarse, vio que otro prisionero se agachaba tranquilamente y recogía la daga. El hombre se levantó con sangre fría, se dio la vuelta, cogió la daga por la hoja y la sostuvo entre el pulgar y el índice. Echó el brazo atrás y, mientras la boca de Jimmy se movía para gritar un aviso, lanzó la daga.

Jimmy dio un salto para apartar a Arutha, pero fue un momento demasiado tarde. La daga se clavó.

—¡Blasfemia! —gritó un sacerdote ante el ataque. Entonces todos miraron al príncipe. Arutha se balanceaba, con los ojos abiertos de par en par del asombro mientras miraba la daga que le salía del pecho. Laurie y Jimmy lo cogieron de los brazos y lo sostuvieron. Arutha miró a Jimmy, moviendo la boca en silencio como si intentara hablar fuera la tarea más difícil imaginable. Entonces puso los ojos en blanco y se derrumbó hacia delante, aún sostenido por Laurie y Jimmy.

Jimmy estaba sentado en silencio mientras Roald andaba arriba y abajo por la habitación. Carline estaba sentada frente al muchacho, perdida en sus propios pensamientos. Estaban esperando fuera del dormitorio de Arutha mientras el padre Nathan y el cirujano real trabajaban febrilmente para salvar la vida del príncipe. Nathan no había demostrado respeto alguno por el privilegio y había ordenado que todo el mundo saliera de la habitación de Arutha, negándose incluso a que Carline viera a su hermano. Al principio Jimmy había pensado que la herida era grave, pero no fatal. Había visto a hombres sobrevivir a cosas peores, pero ahora el tiempo pasaba y el muchacho empezaba a asustarse. Arutha ya debería haber estado descansando tranquilamente, pero no se había dicho nada desde su habitación. Jimmy se temía que esto significara complicaciones.

Cerró los ojos y se los frotó un momento, suspirando en voz alta. De nuevo había actuado demasiado tarde para evitar el desastre. Estaba combatiendo sus sentimientos de culpa cuando se sobresaltó al oír una voz junto a él.

—No te culpes.

Abrió los ojos y vio que Carline se había sentado junto a él.

—¿Leyendo mentes, duquesa? —dijo él con una débil sonrisa.

Ella negó con la cabeza, conteniendo las lágrimas.

—No, es que acabo de recordar lo mal que lo pasaste cuando hirieron a Anita.

Jimmy solo pudo asentir. Laurie se acercó y cruzó hasta la puerta del dormitorio para hablar en voz baja con el guardia. Este entró rápidamente y volvió un momento después, susurrando una respuesta. Laurie fue hasta su mujer, la besó en la mejilla y le habló.

—He enviado jinetes para que traigan a Anita y he levantado la ley marcial.

Como noble de más alto rango en la ciudad, Laurie había asumido la autoridad y se había puesto mano a la obra con Volney y Gardan para devolver el orden a una ciudad en desorden. Aunque la crisis muy posiblemente ya había pasado, se mantuvieron en pie ciertas restricciones para evitar reacciones violentas de la ciudadanía. El toque de queda se mantendría varios días más, y se dispersarían las multitudes.

—Tengo más deberes que cumplir —dijo Laurie en voz baja—. Volveré enseguida.
—Se puso en pie y abandonó la antecámara. El tiempo pasó lentamente.

Jimmy siguió perdido en sus pensamientos. En el corto espacio de tiempo que había estado con el príncipe su mundo había cambiado de forma radical. El paso de chico de la calle y ladrón a escudero había provocado un cambio completo en su actitud hacia los demás, aunque algún vestigio de su antigua desconfianza le había servido para enfrentarse a las intrigas cortesanas. Con todo, el príncipe y su familia y amigos se habían convertido en la única gente en la vida de Jimmy que significaba algo para el muchacho, y temía por ellos. Su inquietud había ido creciendo en proporciones a medida que pasaban las horas y ahora bordeaba la alarma. Los cuidados del cirujano y el sacerdote estaban tardando demasiado. Jimmy sabía que algo no iba bien.

En ese momento se abrió la puerta y una mano llamó a un guardia. Este reapareció un momento después y salió corriendo por el pasillo. Al momento, Laurie, Gardan, Valdis y Volney fueron a la puerta. Sin apartar los ojos de la puerta cerrada, Carline agarró la mano de Jimmy. Este la miró y dio un respingo al ver los ojos de ella encharcados en lágrimas. El joven supo lo que estaba sucediendo con una terrible certeza.

La puerta se abrió y apareció un pálido Nathan. Recorrió la habitación con la mirada y empezó a hablar, pero se detuvo como si las palabras fueran demasiado difíciles de pronunciar.

—Ha muerto —dijo al fin.

Jimmy no pudo contenerse. Se levantó del banco de un salto y se abrió paso a empujones entre los que estaban frente a la puerta, sin darse cuenta de que su propia voz gritaba «¡no!». Los guardias estaban demasiado sorprendidos para reaccionar mientras el joven escudero se abría paso hasta la habitación de Arutha. Entonces se detuvo, ya que en la cama yacía la figura inconfundible del príncipe. Jimmy corrió a su lado y examinó los rasgos inmóviles. Alargó la mano para tocar al príncipe, pero su mano se detuvo a escasos centímetros del rostro de Arutha. Jimmy no necesitaba tocarlo para saber sin lugar a dudas que el hombre de la cama, cuyos rasgos eran tan familiares, estaba muerto de verdad. Jimmy bajó la cabeza hasta el edredón de la cama, y se tapó los ojos para llorar.

4

Embarque

Tomas se despertó.

Algo lo había llamado. Se incorporó en la cama y miró a su alrededor en la oscuridad. Sus ojos más que humanos le mostraron cada detalle de la habitación como si fuera el crepúsculo. El dormitorio de la reina y su consorte era pequeño, cavado en el tronco vivo de un inmenso árbol. Todo parecía estar en su sitio. Por un instante temió que sus enloquecidos sueños de antaño hubieran regresado, pero al irse despertando ahuyentó aquel miedo. En este lugar, por encima de todos los demás, era dueño de sus poderes. Aun así, a menudo acudían a su mente viejos terrores.

Tomas contempló a su mujer. Aglaranna dormía profundamente. Luego se puso en pie, y fue hasta donde dormía Calis. Con casi dos años ya, el niño dormía en una pequeña cámara junto a la habitación de sus padres. El pequeño príncipe de Elvandar dormía profundamente, su rostro una máscara de reposo.

En ese momento volvió la llamada. Y Tomas supo quién le llamaba. En vez de sentirse tranquilizado por la fuente de la llamada, Tomas sintió una extraña sensación de predestinación. Fue hasta donde colgaba su armadura blanca y dorada. Solo había vestido aquella panoplia en una ocasión desde el fin de la Guerra de la Fractura, para destruir a los matadores negros que se habían adentrado en Elvandar. Pero ahora sabía que había llegado la hora de volver a vestir aquellos atavíos de guerra.

Cogió la armadura en silencio y se la llevó afuera. La noche estival hervía de fragancias, por los capullos en flor que llenaban el aire de suaves aromas, mezclados con los preparativos de los panaderos álficos para las comidas del día siguiente.

Tomas se vistió bajo la bóveda verde de Elvandar. Sobre el jubón y los pantalones se puso la cota de mallas dorada y la cofia. Las siguió el tabardo del dragón dorado. Se puso la espada dorada al cinto, cogió el escudo blanco y se puso el yelmo dorado.

Durante largo rato se quedó allí, de nuevo cubierto por el manto de Ashen-Shugar, el último de los valheru, los señores de los dragones. Un legado místico que cruzaba el tiempo los vinculaba, y en cierto extraño sentido Tomas era tan valheru como humano. Su naturaleza básica era la del hombre criado por su padre y su madre

en las cocinas del castillo de Crydee, pero sus poderes eran claramente más que humanos. La armadura no contenía dichos poderes; no había sido más que un conducto fabricado por el hechicero Macros el Negro, que había conspirado para que Tomas heredara los antiguos poderes de los valheru. Ahora, los poderes residían en Tomas, pero este se sentía algo más tranquilo cuando vestía la armadura dorada y blanca.

Cerró los ojos y, con artes que llevaban largo tiempo sin ser usadas, viajó hacia donde lo esperaba quien lo había llamado con simple acto de voluntad.

Una luz dorada envolvió a Tomas y de repente, más rápido de lo que el ojo podía captar, voló entre los árboles del bosque élfico. Pasó junto a centinelas élficos que no sospecharon nada, hasta llegar a un gran claro, lejos al noroeste de la corte de la reina. En ese momento recuperó su forma corpórea y buscó al autor de la llamada. Saliendo de entre los árboles, se le acercó un hombre vestido con una túnica negra, uno cuyo rostro le resultaba familiar a Tomas. Cuando la figura de baja estatura llegó hasta él, ambos se abrazaron, ya que de niños habían sido hermanos adoptivos.

—Extraña reunión, Pug —dijo Tomas—. Reconocí tu llamada como si la hubiera firmado, pero ¿por qué esta magia? ¿Por qué no simplemente venir a nuestra casa?

—Tenemos que hablar en privado. He estado lejos.

—Eso me dijo Arutha el verano pasado. Dijo que te habías quedado en el mundo tsurani para descubrir las causas que había detrás de esos oscuros ataques de Murmandamus.

—A lo largo de este pasado año he aprendido cosas, Tomas. —Condujo a Tomas a un árbol caído y se sentaron en el tronco—. Ahora estoy seguro, más allá de toda duda, de que lo que se encuentra detrás de Murmandamus es lo que los tsurani conocen como el Enemigo, un ser antiquísimo de pavorosas habilidades. Esa terrible entidad está intentando entrar en nuestro mundo y por eso manipula a los moredhel y sus aliados, aunque no sé con qué objetivo final. No comprendo cómo la reunión de un ejército moredhel o que unos asesinos maten a Arutha pueden ayudar a que el Enemigo entre en nuestro espacio-tiempo. —Se quedó pensativo unos momentos—. Todavía hay muchas cosas que no entiendo a pesar de mi aprendizaje. Casi completé mi búsqueda en la biblioteca de la asamblea, salvo por una cosa —Mirando a su amigo de la infancia, parecía poseído por una profunda urgencia—. Lo que encontré en la biblioteca no era más que un indicio, pero me condujo al extremo septentrional de Kelewan, a un lugar fabuloso bajo el hielo polar. Este último año he estado viviendo en Elvardein.

Tomas parpadeó confundido.

—¿Elvardein? Eso significa... «refugio élfico», igual que Ehandar significa «hogar élfico». ¿Quién...?

—He estado estudiando con los eldar.

—¡Los eldar! —Tomas pareció incluso más confundido. Los recuerdos de su vida como Ashen-Shugar brotaron en torrente. Los eldar eran los elfos en los que más confiaban sus Amos los señores de los dragones, aquellos que tenían acceso a muchos libros de poder, saqueados de los mundos contra los que realizaban incursiones los señores de los dragones. Comparados con sus amos, eran débiles. Comparados con los demás mortales de Midkemia, eran una raza de poderosos magos. Habían desaparecido durante las Guerras del Caos y se pensaba que habían perecido junto a sus amos—. ¿Y viven en el mundo natal de los tsurani?

—Kelewan no es más mundo natal de los tsurani que de los eldar. Ambas razas encontraron allí refugio durante las Guerras del Caos. —Pug se detuvo y pensó—. Los eldar establecieron Elvardein como torre de vigía en previsión de una situación como esta. Es muy parecido a Elvandar, pero sutilmente diferente. Cuando llegué me dieron la bienvenida —recordó—. Los eldar me enseñaron, pero fue un aprendizaje muy diferente a los que había tenido antes. Uno de los elfos, Acaila, parecía ser el responsable de mi educación, aunque me enseñaron muchos otros. Y ni una sola vez en todo el año que pasé bajo el hielo polar hice una pregunta. Soñaba. —Bajó los ojos—. Fue extrañísimo. Solo tú entre todos los hombres puedes comprender lo que quiero decir.

Tomas puso su mano en el hombro de Pug.

—Lo comprendo. Los hombres no están preparados para esa magia —sonrió—. Pero hemos tenido que aprender ¿no?

Pug sonrió ante eso.

—Cierto. Acaila y los demás empezaban un conjuro y yo me sentaba y los observaba. Pasé semanas sin entender que eran lecciones para mí. Entonces un día... me uní ellos. Aprendí a tejer magia con ellos. Ahí fue cuando comenzó mi educación. —Pug sonrió—. Estaban bien preparados. Sabían que yo iba hacia allí.

Tomas abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo?

—Macros. Al parecer les dijo que un «posible estudiante» iba de camino.

—Eso indica alguna conexión entre la guerra y los extraños acontecimientos del año pasado.

—Sí. —Pug se quedó en silencio—. He aprendido tres cosas. La primera es que nuestro concepto de que hay diversas sendas de la magia es falso. Todo ello es magia. Solo los límites del practicante dictan la senda que se sigue. Segundo, a pesar de mi aprendizaje, apenas estoy empezando a comprender todo lo que me han enseñado. Ya que aparte de que yo no hice ninguna pregunta, los eldar tampoco me dieron ninguna respuesta. —Se estremeció—. Son tan diferentes de... todo lo demás. No sé si será el aislamiento, la falta de contacto normal con otros de su raza o qué, pero Elvardein es tan alienígena que hace que Elvandar parezca tan familiar como los bosques de

Crydee. —Pug suspiró—. A veces era tan frustrante. Todos los días me levantaba y me iba a recorrer los bosques esperando que se me presentara alguna oportunidad de aprender. Ahora que Macros se ha ido, sé más de magia que nadie de este mundo, pero no sé nada más de aquello a lo que nos enfrentamos. De algún modo he sido forjado como una herramienta, sin saber mi propósito.

—Pero tienes sospechas.

—Sí, aunque no las compartiré hasta que no esté seguro. Ni siquiera contigo. —Pug se puso en pie—. He aprendido mucho, pero necesito aprender más. Lo que es seguro, y es la tercera cosa que iba a decirte que he aprendido: ambos mundos se enfrentan a la amenaza más grande desde las Guerras del Caos. —Pug miró a Tomas a los ojos—. Debemos irnos.

—¿Irnos? ¿Dónde?

—Pronto lo descubrirás. Estamos mal pertrechados para entrar en la lucha. Sabemos poco y la información nos llega lentamente. Así que debemos ir a buscar el conocimiento. Tú debes venir conmigo, ahora.

—¿Dónde?

—Adonde podemos conseguir información que nos dé cierta ventaja: el Oráculo de Aal.

Tomas estudió el rostro de Pug. En todos los años que se habían conocido mutuamente, Tomas nunca había visto al joven mago tan ansioso.

—¿A otro mundo? —preguntó Tomas en voz baja.

—Por eso te necesito. Tus artes me son ajenas. Puedo arreglármelas para abrir una fractura hasta Kelewan, pero viajar a mundos que solo conozco por libros milenarios... Entre los dos puede que tengamos una oportunidad. ¿Me ayudarás?

—Por supuesto. Tengo que hablar con Aglaranna...

—No. —El tono de voz de Pug era firme—. Hay motivos. Principalmente, sospecho de algo incluso más terrible de lo que imagino. Si lo que yo sospecho es cierto, nadie aparte de nosotros dos debe saber lo que hacemos. Compartir los detalles de esta misión con otros es arriesgarlo todo. Aquellos a los que buscas tranquilizar serían destruidos. Es mejor dejarlos un tiempo con la duda.

Tomas sopesó las palabras de Pug. El chico de Crydee convertido en valheru estaba seguro de una cosa: estaba hablando con uno de los pocos seres del universo dignos de la más completa y absoluta confianza.

—Esto no me gusta, pero acepto tus precauciones. ¿Qué hacemos?

—Para atravesar el cosmos, y quizá incluso nadar en la corriente temporal, necesitamos una montura que solo tú puedes dominar.

Tomas apartó la vista. Mirando a la oscuridad.

—Hace... eras. Igual que ha pasado con todos los antiguos siervos de los valheru, aquellos de los que hablas se han hecho de voluntad más fuerte a lo largo de los siglos

y es difícil que sirvan por propia voluntad. —Pensó, recordando imágenes de hacía mucho—. Aun así, lo intentaré.

Moviéndose hasta el centro del claro, Tomas cerró los ojos y levantó los brazos por encima de la cabeza. Pug lo observaba en silencio. Durante largo rato ninguno de los dos hombres se movió. Entonces el joven de blanco y dorado se volvió hacia Pug.

—Una responde, desde muy lejos, pero viene a gran velocidad. Pronto.

Pasó el tiempo, y las estrellas del cielo siguieron moviéndose en su curso. Entonces pudo oírse en la distancia el sonido de unas poderosas alas batiendo contra el cielo nocturno. Pronto el sonido se convirtió en una fuerte ráfaga de viento cuando una forma titánica tapó las estrellas.

En el claro aterrizó una figura gigantesca, rápida y ágilmente a pesar de su tamaño. Alas con una envergadura de más de treinta metros cada una hicieron aterrizar suavemente a un cuerpo más grande que el de ninguna otra criatura de Midkemia. Motas plateadas de luz de luna danzaban sobre escamas doradas mientras un dragón mayor se posaba en tierra. Una cabeza del tamaño de un carromato bajó, hasta quedar justo por encima y delante de ambos hombres. Unos ojos gigantes de color rubí los contemplaron. La criatura habló.

—¿Quién osa convocarme?

—Yo, que una vez fui Ashen-Shugar —respondió Tomas.

El estado de ánimo de la criatura era evidente. Irritación mezclada con curiosidad.

—Piensas quizá mandarme como mis ancestros fueron mandados por los tuyos. Entonces sabe que nosotros de la estirpe dracónica hemos crecido en poder e inteligencia. Nunca volveremos a servir voluntariamente. ¿Estás listo para rebatir esto?

Tomas levantó las manos en señal de súplica.

—Buscamos aliados, no siervos. Yo soy Tomas, quien junto a Dolgan el enano mantuvo vigilia junto a Rhuagh en su última hora. El me consideró su amigo, y su regalo fue lo que volvió a convertirme en valheru.

La dragona pensó sobre esto antes de responder.

—Esa canción se entonó alto y claro, Tomas, amigo de Rhuagh. En nuestra historia no ha sucedido nada más maravilloso, porque cuando Rhuagh falleció, voló por los cielos una última vez, como si su juventud hubiera sido restaurada, y cantó la canción de su muerte con vigor. En ella habló de ti y del enano Dolgan. Todos los dragones mayores escucharon su canción y dieron gracias. En recuerdo a esa amabilidad, oiré tu necesidad.

—Buscamos sitios que nos están vedados por el espacio y el tiempo. Sobre tu lomo puedo romper esas barreras.

La dragona pareció recelosa ante la idea de que uno de su raza volviera a llevar a lomos a un valheru, a pesar de las palabras tranquilizadoras de Tomas.

—¿Por qué causa lo buscaste?

Fue Pug quien respondió.

—Un grave peligro se dispone a golpear este mundo, e incluso supone una amenaza más allá de lo imaginable para los dragones.

—Han pasado extraños acontecimientos en el norte —dijo la dragona—. Y estas noches corre un viento de mal presagio. —Se detuvo a pensar sobre lo dicho—. Entonces creo que tú y yo trato haremos. Para el propósito que has dicho estaré dispuesta a llevaros a tu amigo y a ti. Me llamo Ryath.

La dragona bajó la cabeza, y Tomas montó hábilmente, mostrándole a Pug dónde pisar para no causarle excesiva incomodidad a la criatura. Cuando ambos estuvieron montados, quedaron en una leve depresión donde el cuello se unía a los hombros, entre las alas.

—Estamos en deuda contigo, Ryath.

El dragón dio un poderoso batido de alas y emprendió el vuelo. Mientras ascendía rápidamente sobre Elvandar, la magia de Tomas los mantenía a Pug y a él firmemente sentados en el lomo de Ryath.

—Las deudas de amistad no son deudas —dijo la dragona—. Yo soy de la camada de Rhuagh; él era para mí lo que en vuestro mundo llamaríais padre, yo su hija. Aunque nosotros no consideramos esas relaciones tan vitales como los humanos, esas cosas siguen teniendo importancia. Vamos, valheru, es hora de que tomes el mando.

Acudiendo a poderes que no se habían usado en milenios, Tomas deseó un paso hasta aquel lugar más allá del espacio y el tiempo donde sus hermanos y hermanas habían vagado una vez a voluntad, llevando la destrucción a innumerables mundos. Por vez primera en incontables edades, un señor de los dragones voló entre mundos.

Tomas dirigía mentalmente el rumbo de Ryath. A medida que le hacían falta, iba descubriendo habilidades que no había usado en esta vida. De nuevo volvía a sentir en su interior la persona de Ashen-Shugar, pero no era como la abrumadora locura que se había apoderado de él antes de que lograra por fin superar la herencia del valheru y recuperar su humanidad.

Tomas mantenía una ilusión de espacio alrededor de sí mismo, Pug y la dragona, de nuevo casi instintivamente. A su alrededor la gloria de mil millones de estrellas iluminaba la oscuridad. Ambos hombres sabían que no se encontraban en lo que Pug había dado en llamar el «espacio verdadero», sino en aquella nada gris que había experimentado cuando Macros y él cruzaron la fractura entre Kelewan y Midkemia. Pero ese gris no tenía sustancia, existiendo como lo hacía entre los propios hilos del tejido del espacio y el tiempo. Podían envejecer aquí aunque aparecieran de vuelta en el punto de partida un instante después de haber partido. El tiempo no existía en esta nada. Pero la mente humana, incluso la más dotada, tenía sus límites, y Tomas sabía que Pug era humano a pesar de sus poderes y que ahora no era el momento de poner

a prueba sus límites. Ryath parecía indiferente ante la ilusión de espacio verdadero a su alrededor. Tomas y Pug sintieron que el dragón cambiaba de rumbo.

La capacidad del dragón para navegar en esta nada era objeto de interés para Pug. Sospechaba que Macros podía haber descubierto algo acerca de cómo moverse entre los mundos durante su estancia con Rhuagh hacía años. Pug tomó nota mentalmente de que tenía que buscar esa información entre los libros de Macros que tenía en Stardock.

Emergieron al mundo real, materializándose con un atronador estallido, Ryath batió las alas con fuerza y atravesó un cielo encapotado con oscuras nubes de lluvia sobre un paisaje agreste de antiguas montañas. El aire tenía un regusto amargo, un indicio de algo maligno acarreado por el cortante y gélido viento. Ryath le envió un pensamiento a Tomas. *Este lugar es de naturaleza alienígena. No me gusta.*

—No nos quedaremos mucho tiempo, Ryath —dijo Tomas en voz alta para que Pug pudiera oírle—. Y no tenemos nada que temer. *El miedo no tiene nada que ver, valheru. Sencillamente es que no me gustan los sitios tan raros.*

Pug señaló algo a un lado de Tomas, que se dio la vuelta para seguir el gesto el mago. Con órdenes mentales, Tomas le indicó a la dragona que siguiera las instrucciones de Pug. Pasaron volando junto a picos quebrados, un paisaje de pesadilla de roca retorcida. En lontananza unos poderosos volcanes escupían columnas de humo negro que ascendían al cielo, reflejando la luz con un resplandor anaranjado. Las laderas de las montañas brillaban con el flujo de lava. Entonces llegaron a una ciudad. Paredes antaño majestuosas estaban destrozadas, con los huecos enmarcados por cantería hecha pedazos. Sobre la destrucción se alzaba orgullosa alguna que otra torre, pero casi todo estaba en ruinas. No se veían signos de vida. Sobrevolaron lo que una vez había sido una plaza, volando en círculos sobre el corazón de una ciudad donde una vez se habían reunido multitudes. Ahora solo se escuchaba por encima del helado viento el sonido de las alas de Ryath.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Tomas.

—No lo sé. Sé que este es el mundo de los Aal, o lo fue una vez en el pasado. Es antiquísimo, mira el sol.

Tomas observó un colérico punto blanco entre las nubes arremolinadas.

—Es extraño.

—Es viejo. Una vez resplandeció como el nuestro, brillante y cálido. Ahora se desvanece.

El saber valheru, largo tiempo adormecido, volvió a Tomas.

—Está cerca del fin de su ciclo. Sé acerca de eso. A veces simplemente se consumen hasta la nada. Otras veces... explotan con una fuerza titánica. Me pregunto qué le pasará a este.

—No lo sé, quizá lo sepa el oráculo. —Pug dirigió a Tomas hacia una distante

cordillera.

Se apresuraron hacia las montañas, velozmente transportados por las poderosas alas de Ryath. La ciudad se había levantado al borde de una llanura, suponían que antaño cultivada. Pero no quedaba ningún indicio de granjas, excepto un solo tramo de lo que parecía un acueducto, que se alzaba aislado en el centro de la amplia llanura, un monumento silencioso a una gente largo tiempo muerta. Entonces Ryath empezó a ascender al acercarse a las montañas. De nuevo volvieron a volar entre cimas montañosas, estas viejas y desgastadas por el viento y la lluvia.

—Allí —dijo Pug—. Hemos llegado.

Siguiendo las instrucciones mentales de Tomas, Ryath voló en círculos alrededor de una cima. En la vertiente sur podía distinguirse un espacio llano delante de una cueva. No había sitio para que aterrizara el gigantesco dragón, así que Tomas usó sus poderes para bajar levitando junto con Pug desde su lomo. Ryath envió el mensaje de que se iba a cazar y volvería cuando Tomas la llamara. Tomas le deseó éxito, pero supuso que la dragona volvería hambrienta.

Flotaron atravesando un cielo húmedo y azotado por el viento, tan oscurecido por la tormenta que había poca diferencia entre el día y la noche. Aterrizaron en la cornisa frente a la cueva.

Observaron como Ryath se alejaba volando.

—Aquí no hay peligro, pero puede que todavía tengamos que viajar a lugares muy peligrosos —dijo Pug—. ¿Realmente crees que Ryath no tiene miedo?

Tomas se volvió hacia Pug con una sonrisa.

—Creo que sí. En mis sueños de los antiguos días toqué la mente de sus ancestros, y este dragón es a ellos lo que ellos eran comparados con tu Fantus.

—En ese caso me alegro de que se nos uniera voluntariamente. Hubiera sido difícil persuadirla de otro modo.

Tomas se mostró de acuerdo.

—Sin duda podría haberla destruido. ¿Pero doblegarla a mi voluntad? Creo que no. Los días en que los valheru gobernaban sin discusión pasaron hace ya mucho.

Pug estudió el paisaje alienígena que se extendía debajo de la cornisa.

—Este sitio es triste y vacío. Este mundo aparece descrito en los volúmenes de la biblioteca de Elvardein. Una vez estuvo adornado con vastas ciudades, hogar de naciones; ahora no queda nada.

—¿Qué fue de esa gente? —preguntó Tomas en voz baja.

—El sol se debilitó; el clima cambió. Terremotos, hambre, guerra. Fuera lo que fuera, trajo la destrucción absoluta.

Se volvieron hacia la cueva en el mismo momento en que una figura aparecía en la boca, envuelta de pies a cabeza en una túnica con capucha que la cubría por completo; solo un delgado brazo salía de una manga. Ese brazo acababa en una mano nudosa

que sostenía un báculo. El hombre, o eso parecía ser, se les acercó lentamente, y cuando estuvo ante ellos de la oscura capucha brotó una voz tan leve como el viento antiguo.

—¿Quién busca al oráculo de Aal?

Fue Pug quien habló.

—Yo, Pug, llamado Milamber, mago de dos mundos.

—Y yo, Tomas, llamado Ashen-Shugar, que ha vivido dos veces.

La figura les indicó con la mano que entraran en la cueva. Tomas y Pug entraron a un pasadizo bajo y sin iluminación. Con un movimiento de la mano, Pug hizo que una luz apareciera alrededor de ellos. El túnel se abría a una caverna monstruosa.

Tomas se detuvo.

—Estábamos a pocos metros del pico. Esta caverna no puede caber dentro...

Pug le apoyó la mano en le hombro.

—Estamos en otro sitio.

La caverna estaba iluminada por una suave luz que surgía de las paredes y el techo, así que Pug finalizó su hechizo. En los distantes rincones de la caverna podían verse figuras entunicadas, pero ninguna se acercó.

El hombre que los había recibido en la cornisa se adelantó y ellos lo siguieron.

—¿Cómo deberíamos llamarte? —le dijo Pug.

—Como gustéis —dijo el hombre—. Aquí no tenemos nombres, ni pasado ni futuro. No somos más que los que servimos al oráculo.

Los condujo junto a un enorme saliente rocoso, en el que descansaba una extraña figura. Era una joven, o, más apropiadamente, una niña, quizá de no más de trece o catorce años, quizá algunos años mayor; era difícil de decir. Iba desnuda, cubierta de basura, arañazos y sus propios excrementos. Su largo cabello castaño estaba acartonado por la suciedad. Sus ojos se desorbitaron al acercarse ellos, y retrocedió entre las rocas chillando de terror. Ambos hombres tuvieron claro que estaba loca. Los chillidos continuaron mientras la muchacha se abrazaba a sí misma, fueron bajando en la escala y acabaron convirtiéndose en una risa enloquecida. De repente la chica dedicó a ambos hombres una mirada apreciativa y empezó a tirarse del pelo, en una patética imitación del acto de peinarse, como si de repente le preocupara su aspecto.

Sin palabras, el hombre del bastón señaló a la chica.

—¿Este es el oráculo entonces? —dijo Tomas.

La figura encapuchada asintió.

—Este es el oráculo actual. Servirá hasta su muerte, y entonces vendrá otra, igual que ella vino cuando ella que fue oráculo antes murió. Así ha sido siempre y así será.

—¿Cómo sobrevivís en este mundo muerto?

—Comerciamos. Nuestra raza ha perecido, pero otros, como vosotros, nos

buscan. Nos apañamos. —Señaló a la asustada muchacha—. Ella es nuestra riqueza. Preguntad lo que queráis.

—¿Y el precio? —preguntó Pug.

—Preguntad lo que queráis —repitió el encapuchado—. El oráculo responde lo que le place, cuando le place. Pondrá un precio. Puede pedir una golosina, una fruta o tu corazón aún palpitante para comérselo. Puede pedir una baratija con la que jugar. —Señaló una pila de extraños cachivaches tirados en un rincón—. Puede pedir cien ovejas o un quintal de grano o de oro. A vosotros os corresponde decidir si el conocimiento que buscáis vale el precio que os piden. Y a menudo no responde, sin importar lo que le ofrezcan. Su naturaleza es caprichosa.

Pug se acercó a la asustada chica. Esta lo miró fijamente durante largo rato, y luego sonrió, jugando distraídamente con su apelmazado cabello.

—Queremos conocer el futuro —dijo Pug.

Los ojos de la chica se entrecerraron y de repente no hubo en ellos indicio alguno de locura. Fue como si otra persona hubiera habitado instantáneamente su cuerpo.

—¿Pagaréis mi precio entonces por conocerlo? —respondió ella con voz tranquila.

—Pon tu precio.

—Salvadme.

Tomas miró al guía.

—No comprendemos lo que quiere decir —dijo la seca voz desde las profundidades de la capucha—. Está atrapada en su propia mente. Es esa locura la que le proporciona el don de la videncia. Liberadla de esa locura y dejará de ser el oráculo. Por lo tanto debe querer decir otra cosa.

—¿De qué quieres que te salvemos? —dijo Pug.

La chica se rió, y luego volvió la voz tranquila.

—Si no lo comprendéis, entonces no podéis salvarme.

La figura entunicada pareció encogerse de hombros. Pug reflexionó.

—Creo que lo comprendo —dijo, y alargó las manos, tomando las de la chica.

Ella se puso rígida, como si estuviera a punto de gritar, pero Pug le envió un mensaje mental tranquilizador. Lo que estaba a punto de intentar era algo que antes se consideraba provincia exclusiva de los clérigos, pero el tiempo pasado con los eldar de Elvardein le había enseñado que los únicos límites de la magia eran los del practicante.

Pug cerró los ojos y se adentró en la locura.

Pug se encontraba en un paisaje de paredes cambiantes, un laberinto de formas y colores enloquecedores. El horizonte cambiaba con cada paso y la perspectiva era inexistente. Bajó la vista a sus manos y las vio crecer bruscamente, hasta que alcanzaron el tamaño de melones; luego, igual de velozmente, encogieron hasta hacerse más pequeñas que las de un niño. Levantó la mirada y pudo ver las paredes

del laberinto alejándose y acercándose, aparentemente al azar, mientras que su color y diseño pasaba por una docena de cambios. Incluso el suelo bajo sus pies era un damero rojo y blanco un instante, un diseño de líneas grises y negras al siguiente y luego lunares azules y verdes sobre fondo rojo. Luces estridentes y centelleantes trataban de cegarlos.

Pug tomó el control de sus propias percepciones. Sabía que aún seguía dentro de la caverna y que esta ilusión era una extensión de su propia necesidad de un análogo físico al enfrentarse a la locura de la muchacha. Primero se estabilizó a sí mismo de forma que las extrañas variaciones en sus miembros cesaron. Actuar con brusquedad en cualquier punto destruiría la frágil mente de la chica, y no tenía forma de saber qué le haría eso a él, dado su presente contacto con esa mente. Puede que de algún modo quedara atrapado en su locura, una idea desagradable. A lo largo del último año Pug había aprendido mucho acerca de controlar sus artes, pero también había aprendido sus límites y sabía que lo que estaba haciendo conllevaba sus riesgos.

Lo siguiente que estabilizó fue la zona que le rodeaba, cambiando las mutables y vibrantes paredes y las luces deslumbrantes. Al darse cuenta de que cualquier dirección era igual de válida, emprendió el camino. Sabía que el acto de caminar también era ilusorio, pero esa ilusión de movimiento era necesaria para alcanzar el núcleo de la consciencia de ella. Igual que cualquier otro problema, este requería un marco de referencia, y sería el que proporcionara la muchacha. Pug solo podía reaccionar a cualquier cosa que su enajenada mente soñara para él.

Abruptamente, se vio sumido en la oscuridad, tan silenciosa que solo la muerte podía igualar aquella tranquilidad. Entonces le llegó un solo y extraño sonido. Un momento después llegó otro, de una dirección diferente. Luego una leve pulsación en el aire. Con más rapidez, la oscuridad se vio punteada con movimiento en el aire y extraños sonidos. Por fin, la oscuridad se llenó de sonidos pulsantes y olores fétidos. Extrañas brisas le daban en el rostro y extrañas cosas emplumadas se rozaban contra él, alejándose demasiado rápido para que pudiera atraparlas. Creó una luz y descubrió que se encontraba en una gran caverna, muy parecida a la cueva de verdad en la que se encontraban Tomas y él en aquellos momentos. No había nada más. Dio un grito de llamada dentro de la ilusión. No hubo respuesta.

El paisaje tembló y cambió, y se encontró en un bello jardín, rodeado de esbeltos árboles, demasiado perfecto para ser real. Los árboles marcaban unos límites que señalaban un palacio imposiblemente bello de mármol blanco adornado con oro y turquesa, ámbar y jade, ópalo y calcedonia, un lugar tan arrebatadoramente maravilloso que Pug solo pudo quedarse pasmado. La imagen estaba cargada emocionalmente con la sensación de que este era el lugar más perfecto del universo, un santuario donde ningún problema se entrometía, donde uno podía esperar a la eternidad en la más absoluta satisfacción.

De nuevo cambió el paisaje, y Pug se encontró en las estancias de un palacio. Desde los suelos de mármol blanco con vetas doradas hasta los pilares de azabache, era la imagen más lujosa de riqueza que jamás había contemplado, sobrepasando incluso el palacio del señor de la guerra en Kentosani. El techo era de cuarzo tallado, y dejaba pasar la luz solar con un matiz rosado, y las paredes estaban cubiertas de ricos tapices, entretejidos con hilos de oro y plata. Las puertas eran de ébano canteadas de marfil y tachonadas con piedras preciosas, y dondequiera que mirara Pug, veía oro. En el centro de este esplendor, un círculo de luz blanca iluminaba un estrado sobre el que estaban de pie dos figuras, una mujer y una niña.

Pug dio un paso hacia ellas. Súbitamente, del suelo emergieron unos guerreros, como plantas brotando de la tierra. Cada uno de ellos era una criatura poderosa de aspecto terrible. Uno parecía un jabalí hecho hombre, otro una mantis gigante. Un tercero parecía una cabeza de león sobre un hombre, y un cuarto llevaba el rostro de un elefante. Todos iban equipados con armas y armaduras de ricos metales y gemas, y rugieron de forma horripilante. Pug se mantuvo tranquilo.

Los guerreros atacaron y Pug siguió inmóvil. A medida que cada criatura de pesadilla fue golpeando, sus armas travesaron a Pug y la criatura se desvaneció. Cuando hubieron desaparecido, Pug avanzó hacia el estrado sobre el que se encontraban las dos figuras.

El estrado comenzó a alejarse, como si estuviera sobre ruedecillas o piernas, acelerando progresivamente. Pug avanzó directamente hacia él, concentrando su voluntad en alcanzarlo. Pronto el paisaje a su alrededor se convirtió en un borrón, y juzgó que la ilusión del palacio debía medir millas en tamaño subjetivo. Pug sabía que podía detener el estrado que huía con sus dos pasajeros, pero hacerlo podría resultar perjudicial para la chica. Cualquier acto abiertamente hostil, incluso uno tan nimio como ordenarle a la pareja de fugitivas que se detuvieran, podría dejarla marcada permanentemente.

Ahora el estrado comenzó un paso accidentado y serpenteante a través de una pista de obstáculos de habitaciones, y Pug se vio obligado a esquivar y moverse para evitar objetos que eran arrojados a su paso. También podía haber destruido cualquier cosa que bloqueara su camino, pero el efecto podía haber sido tan perjudicial como ordenar a la pareja que se detuviera. No, pensó, cuando entras en la realidad de otra persona, tienes que cumplir sus reglas.

Entonces el estrado se detuvo y Pug alcanzó a la pareja. La mujer se quedó en silencio, estudiando al mago que se aproximaba, mientras la muchacha se sentó a sus pies. A diferencia de su apariencia real, aquí la chica iba bellamente ataviada con un vestido largo de seda suave y translúcida. Llevaba el pelo recogido de forma magnífica, con broches de oro y plata, cada uno de ellos con una gema engastada. Aunque era imposible juzgar el aspecto real de la chica debajo de toda esa mugre, aquí

era una joven de asombrosa belleza.

Entonces la bella joven se puso en pie y creció, convirtiéndose ante los ojos de Pug en un horror de proporciones gigantescas. Grandes brazos peludos salían de sus tiernos hombros, mientras que su cabeza se convirtió en la de un águila encolerizada. De sus ojos color rubí brotaban rayos y unas garras cayeron sobre Pug.

Él permaneció inmóvil, y las garras lo atravesaron inofensivamente, ya que se negaba a tomar parte en esta realidad. El monstruo se desvaneció repentinamente y la chica apareció como la había visto en la caverna: desnuda, sucia y loca.

—Tú eres el oráculo —dijo Pug mirando a la mujer.

—Lo soy —era majestuosa, orgullosa y alienígena. Aunque su aspecto era completamente humano, Pug suponía que aquello era parte de la ilusión. En realidad sería algo completamente diferente... o lo había sido cuando vivía. Ahora Pug lo comprendió.

—¿Qué será de ti si la libero?

—Que tendré que encontrar a otra, pronto, o dejaré de existir. Así ha sido siempre y así debe ser.

—¿Así que otra debe sucumbir a esto?

—Así es como siempre ha sido.

—¿Y qué será de ella si la libero?

—Quedará como era cuando la trajeron aquí. Es joven y recuperará la cordura.

—¿Te resistirás?

—Sabes que no puedo. Puedes ver a través de las ilusiones. Sabes que esto son solo monstruos y tesoros de la mente. Pero antes de librarla de mí, hay algunas cosas que debes comprender, mago. En el amanecer de los tiempos, cuando la multitud de universos estaba en formación, nacimos nosotros, los Aal. Cuando tu amigo Valheru y su estirpe vagaban por los cielos, nosotros ya éramos viejos y sabios más allá de su comprensión. Soy la última hembra de mi raza, aunque eso es más una etiqueta conveniente que una verdadera descripción. Los de la caverna son varones. Trabajamos para mantener lo que constituye nuestro mayor legado, el poder del oráculo, ya que somos los alcahuetes del conocimiento y las damas de honor de la verdad. En eras pasadas se descubrió que yo podía seguir existiendo dentro de la mente de otros, pero al precio de su propia cordura. Se consideró un mal necesario el corromper a un puñado de miembros de razas inferiores para mantener el poder de los Aal. Nos gustaría que fuera de otra forma, pero es imposible, ya que necesito mentes vivas en las que existir. Llévate a la chica, pero sé consciente de que pronto tendré otra en la que residir. Ella no es nada, una simple niña de padres desconocidos. En su mundo se habría convertido, como mucho, en la esposa de un campesino, y a lo peor en una ramera para diversión de los hombres. Dentro de su mente le he dado riquezas que sobrepasan los sueños de los reyes más poderosos. ¿Qué le darás tú a

cambio?

—Su propio destino. Pero creo que se ha hablado de otra clase de salvación. Una para ambas.

—Eres perspicaz, mago. La estrella en torno a la que gira este mundo se acerca a su muerte. Su ciclo errático es la causa de la ruina de este planeta. Ya estamos soportando una era de vulcanismo como no se había visto en eones. En menos de cinco años este mundo tendrá su fin en un cataclismo de fuego. Estamos en el tercer mundo que los Aal han llamado hogar. Pero ahora nuestra raza se ha desvanecido en el tiempo, y carecemos de los medios para encontrar un cuarto mundo. Para que respondamos a tus necesidades, deberás responder a las nuestras.

—Trasladaros a otro mundo no será difícil. Hay menos de doce de vosotros. Trato hecho. Puede que incluso encontremos la forma de impedir que se sacrifique otra mente —inclinó su cabeza hasta la figura de la asustada chica.

—Eso sería preferible, pero todavía no hemos descubierto los medios. Aun así, si nos encuentras asilo, responderé a tus preguntas. Trato hecho.

—Entonces, esta es mi propuesta. En mi mundo poseo los medios para proporcionaros asilo a ti y a los tuyos. Soy pariente adoptivo de nuestro rey, y él se mostrará favorablemente dispuesto ante mi petición. Pero habéis de saber que mi mundo está en peligro y que vosotros compartiréis ese riesgo.

—Eso es inaceptable.

—Entonces no habrá trato y todos pereceremos. Porque yo fracasaré en mi empeño y este mundo desaparecerá en una nube de gases incandescentes.

La mujer mantuvo su semblante serio.

—Modificaré el trato —dijo ella tras un largo silencio—. Te proporcionaré el poder del oráculo a cambio de que cuando hayas completado tu misión me des asilo.

—¿Misión?

—Yo leo el futuro, y a medida que nos acercamos a un acuerdo, las líneas de la probabilidad se resuelven y el futuro más probable aparece ante mis ojos. Incluso mientras hablamos, veo lo que vas a emprender, y es un camino plagado de peligros.

—Se quedó en silencio un momento y luego habló en voz baja—. Ahora comprendo a lo que te enfrentas. Accedo a tus condiciones, igual que debes hacer tú con las mías.

—De acuerdo. Cuando todo se haya resuelto favorablemente, os llevaremos a lugar seguro.

—Vuelve a la caverna.

Pug abrió los ojos. Tomas y los sirvientes del oráculo estaban igual que cuando él había comenzado el contacto mental.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí plantado? —le preguntó a Tomas.

—Unos instantes, nada más.

Pug se apartó de la chica. Esta abrió los ojos, y su voz sonó firme, desprovista de

locura y con un matiz del habla de la mujer alienígena.

—Has de saber que la oscuridad se extiende y se fortalece, saliendo de donde ha estado confinada, tratando de recuperar aquello que perdió, para causar la ruina de todo aquello que amáis, para redimir todo aquello que teméis. Id a buscar al que lo sabe todo, al que comprendió la verdad desde el principio. Solo él puede guiaros hasta la confrontación final. Solo él.

Tomas y Pug intercambiaron miradas, e incluso mientras hablaba, Pug ya conocía la respuesta a su pregunta.

—¿A quién debo buscar?

Los ojos de la chica parecieron atravesarle el alma.

—Debes encontrar a Macros el Negro —dijo ella tranquilamente.

5

Crydee

Martin estaba agazapado.

Indicó con un gesto a los que estaban detrás de él que se mantuvieran inmóviles mientras escuchaba en busca de movimientos entre la densa maleza. La puesta de sol se acercaba y los animales deberían empezar a aparecer en las márgenes del estanque. Pero algo había espantado a la mayor parte de la caza. Y Martin estaba cazando a la fuente de esa perturbación. Los bosques estaban en silencio salvo por el sonido de los pájaros sobre sus cabezas. En ese momento, algo agitó los arbustos.

Un ciervo apareció, entrando de un salto en el claro. Martin esquivó a su derecha, evitando la cornamenta y los cascos del asustado animal que pasó a su lado. Pudo oír el movimiento de sus compañeros evitando ser pisoteados en la huida del animal. Entonces Martin oyó un profundo gruñido proveniente de donde había salido el ciervo. Lo que hiera que había impulsado a huir al animal se acercaba a través del sotobosque. Martin esperó, con el arco dispuesto.

Vio como un oso se acercaba cojeando. En un tiempo en que debería haber estado gordo y lustroso, el animal estaba débil y escuálido, tan delgado como si acabara de emerger del largo sueño invernal. Martin lo estudió mientras bajaba la cabeza para beber del estanque. Alguna herida había cejado cojo al animal. Haciéndolo enfermar e impidiéndole conseguir la comida que necesitaba. Dos noches antes el oso había atacado a un granjero que había intentado defender su vaca lechera. El hombre había muerto y Martin llevaba siguiendo el rastro del oso desde entonces. Estaba descontrolado y había que matarlo.

A través de los bosques llegó el sonido de caballos, y el oso levantó el hocico para olfatear el aire. Un gruñido de interrogación escapó de su garganta mientras se erguía sobre los cuartos traseros, seguido de un gruñido iracundo al oler caballos y hombres.

—¡Maldición! —dijo Martin al ponerse en pie tensando el arco. Había tenido la esperanza de conseguir un tiro limpio, pero el animal se volvería y huiría en un instante.

La flecha cruzó el claro, alcanzando al oso debajo del cuello, en el hombro. No era

un disparo de los que matan rápido. El animal manoteó la flecha, sus gruñidos un sonido gorgoteante, líquido. Martin rodeó el estanque, con el cuchillo de monte desenvainado y sus tres compañeros tras él. Garret, ahora Maestro de Caza de Crydee, dejó volar su propia flecha mientras Martin corría hacia el oso. El segundo proyectil alcanzó a la bestia en el pecho, otra herida grave pero no fatal. Martin saltó sobre el oso mientras este manoteaba las flechas clavadas en su denso pelaje. El gran cuchillo de monte del duque de Crydee se clavó profunda y certeramente, alcanzando al débil y confuso animal en la garganta. El oso murió antes de llegar al suelo.

Baru y Charles lo seguían con los arcos preparados. Charles, bajito y de piernas arqueadas, vestía la misma ropa de cuero verde que Garret, el uniforme de los guardabosques al servicio de Martin. Baru, alto y musculoso, llevaba el tartán verde y negro que identificaba a los clanes hadati de las Colinas de Hierro colgado del hombro, pantalones de cuero y botas de piel de ciervo. Martin se arrodilló junto al animal. Hurgó en el hombro del oso con su cuchillo, y tuvo que apartar la cabeza un poco ante el olor dulzón y putrefacto que brotó de la herida gangrenada; luego se sentó y mostró una punta de flecha ensangrentada y cubierta de pus.

—Cuando yo era Maestro de Caza de mi padre, a menudo hacía la vista gorda con un poco de caza furtiva allí y acá si el año era malo —le dijo a Garret disgustado—. Pero si encontráis al hombre que le disparó a este oso lo quiero ahorcado. Y si tiene algo de valor, entregádselo a la viuda del granjero. Asesinó a ese granjero tanto como si le hubiera disparado a él en vez de al oso.

Garret cogió la punta de flecha y la examinó.

—Esta punta de flecha es de fabricación casera, Vuestra Gracia. Mirad esta rebaba que tiene en el costado. El hombre que las ha fabricado no lima sus puntas. Es tan chapucero fabricando flechas como cazando. Si encontramos una aljaba de flechas con el mismo defecto, tendremos a nuestro hombre. Correré la voz entre los rastreadores. Si Vuestra Gracia hubiera llegado al oso antes que mi flecha, puede que tuviéramos dos asesinatos de los que culpar al furtivo —añadió en tono de disgusto el Maestro de Caza de rostro alargado.

Martin sonrió.

—No tenía dudas de tu puntería, Garret. Eres el único hombre que conozco que dispara mejor que yo. Esa es una de las razones por las que eres Maestro de Caza.

—Y porque es el único de vuestros rastreadores que puede seguir el ritmo cuando decidís salir de caza —dijo Charles.

—Vais muy rápido, lord Martin —admitió Baru.

—Bueno —dijo Garret no enteramente apaciguado por la respuesta de Martin—, podíamos haber tenido un disparo claro antes de que el oso corriera.

—Puede que sí, puede que no. Prefiero saltar aquí en el claro, respaldado por vosotros tres, que intentar seguirlo entre los arbustos, aunque llevara tres flechas

clavadas. —Señaló los matorrales que había a pocos metros—. Ahí se puede poner la cosa muy apretada.

Garret miró a Charles y a Baru.

—Eso no lo discuto, Vuestra Gracia. Aunque aquí fuera la cosa también se ha puesto apretada.

A poca distancia sonó una voz llamando, Martin se puso en pie.

—Encontrad al que está armando todo ese jaleo. Casi nos ha costado la pieza.

Charles corrió a ver.

Baru sacudió la cabeza y miró al oso muerto.

—El hombre que ha herido a este oso no es cazador.

Martin recorrió los bosques con la mirada.

—Hecho de menos esto, Baru. Puede que incluso perdone un poco a ese furtivo por darme una excusa para alejarme del castillo.

—Débil excusa, mi señor —dijo Garret—. Deberíais haber dejado esto en mis manos y en las de mis rastreadores.

Martin sonrió.

—En eso insistía Fannon.

—Lo comprendo —dijo Baru—. Durante casi un año he permanecido con los elfos y ahora aquí. Echo de menos las colinas y los bosques de la tierras altas de Yabon.

Garret no dijo nada. Tanto él como Martin comprendían por qué el hadati no había vuelto. Su aldea había sido destruida por el caudillo moredhel Murad. Y aunque Baru la había vengado matando a Murad, ya no tenía hogar. Algún día encontraría otra aldea hadati en la que establecerse, pero por el momento había decidido vagar lejos de casa. Cuando sus heridas se hubieron curado en Elvandar, fue a Crydee para alojarse como huésped de Martin.

Charles volvió seguido por un soldado de Crydee. El soldado hizo un saludo militar.

—El Maestre de Armas Fannon solicita que Vuestra Gracia regrese inmediatamente.

Martin intercambió una mirada rápida con Baru.

—Me pregunto qué pasará.

Baru se encogió de hombros.

—El Maestre de Armas se ha tomado la libertad de enviar monturas de sobra, Vuestra Gracia —dijo el soldado—. Sabía que habíais partido a pie.

—Vamos —dijo Martin, y siguieron al soldado hacia donde sus compañeros esperaban con las monturas. Mientras se preparaban para volver al castillo de Crydee, el duque sintió una repentina inquietud.

Nada más desmontar Martin, se encontraron a Fannon esperando.

—¿Qué pasa, Fannon? —dijo Martin mientras se sacudía el polvo del camino de su chaqueta de cuero verde.

—¿Ha olvidado Su Gracia que lord Miguel llegará esta tarde?

Martin miró al sol descendente.

—En ese caso, se está retrasando.

—Han avistado su barco pasando junto a la punta del Lamento del Marino hará una hora. Pasará junto al faro de Puntalarga y llegará a puerto en una hora más o menos.

Martin le sonrió al Maestro de Armas.

—Tienes razón, por supuesto, lo había olvidado. —Casi salió corriendo escalera arriba—. Ven y hablemos, Fannon, mientras me cambio.

Martin se apresuró de camino a sus aposentos, que una vez había ocupado su padre, lord Borric. Los pajes le habían preparado un baño caliente y Martin se despojó enseguida de sus ropas de cazador. Cogió el jabón fuertemente aromatizado y la piedra pómez y se volvió hacia uno de los pajes.

—Tráeme agua fresca en cantidad. Este olor puede que le guste a mi hermana, pero me tapa la nariz. —El paje fue a por más agua—. Ahora Fannon ¿Qué trae al ilustre duque de Rodez desde el otro extremo del Reino?

Fannon se sentó en una silla.

—Solamente está viajando durante el verano. No es algo inaudito, Vuestra Gracia. Martin se rió.

—Estamos a solas, Fannon. Puedes dejar de fingir. Trae por lo menos una hija casadera.

Fannon suspiró.

—Dos. Miranda tiene veinte e Inés tiene quince. Se dice que ambas son unas bellezas.

—¡Quince! ¡Por los dioses, hombre! ¡Si es una cría!

Fannon sonrió malévolamente.

—A causa de esa cría ya ha habido dos duelos, según mis fuentes. Recuerde Vuestra Gracia que son orientales.

Martin se estiró en la bañera.

—Allí suelen iniciarse pronto en la política, ¿no?

—Mira Martin, te guste o no, eres duque; y hermano del rey. No te has casado. Si no vivieras en el rincón más remoto del Reino, no habrías tenido seis visitas de sociedad desde tu vuelta, sino sesenta.

Martin hizo una mueca.

—Si esta sale como la última, me vuelvo al bosque con los osos. —La última visita había sido del conde de Tarloff, vasallo del duque de Ran. Su hija era bastante

encantadora, pero con cierta tendencia a la frivolidad y dada a las risitas, algo que ponía a Martin de los nervios. Se había despedido de la chica con vagas promesas de visitar Tarloff algún día—. Pero a pesar de todo era bonita.

—La belleza tiene bien poco que ver con esto, como ya sabes. La cosa todavía está revuelta en el Este, a pesar de que ya hace casi dos años de la muerte del rey Rodric. Guy du Bas-Tyra está por ahí en alguna parte, haciendo solo los dioses saben qué. Algunos de su facción siguen esperando a ver a quién se nombra duque de Bas-Tyra. Con Caldric muerto y el título de duque de Rillanon también vacante, el Este es un castillo de naipes. Se quita uno y todo se caerá encima al rey. Lyam hace bien en seguir los consejos de Tully, y esperar sobrinos e hijos para poner aliados en los cargos importantes. Sería bueno que no perdieras de vista los aspectos de la vida de la familia real, Martin.

—Sí, Maestre de Armas —dijo Martin moviendo la cabeza arrepentido. Sabía que Fannon tenía razón. En cuanto Lyam lo había elevado a la posición de duque de Crydee había perdido gran parte de su libertad, y más que tenía que perder, según parecía.

Entraron tres pajes con cubos de agua fría. Martin se puso en pie y dejó que la vertieran sobre él. Temblando, se envolvió en una suave toalla.

—Evidentemente tienes razón, Fannon —dijo cuando se hubieron ido los pajes—, pero... es que no hace ni un año desde que Arutha y yo volvimos de Moraelin. Y antes de eso... fue esa larga gira por el Este. ¿No puedo ni siquiera tomarme unos meses para descansar tranquilamente en casa?

—Lo hiciste. El último invierno.

Martin se rió.

—Muy bien. Pero me parece que se está demostrando mucho más interés del que merece un duque rural.

Fannon sacudió la cabeza.

—¿Más interés del que merece el hermano del rey?

—Nadie de mi linaje podría reclamar el trono, aunque no hubiera tres o cuatro por delante en la línea sucesoria. Recuerda que renuncié a mis derechos por toda la posteridad.

—No eres un simplón, Martin. No te hagas el paleta conmigo. Puedes haber dicho lo que quisieras el día de la coronación de Lyam, pero si un descendiente tuyo se encontrara en posición de heredar, tus juramentos no iban a valer un pepino si alguna facción del Consejo de Señores deseara instalarlo como rey.

Martin empezó a vestirse.

—Lo sé, Fannon. Eso solo fue para impedir que la gente se opusiera a Lyam usando mi nombre. Puede que haya pasado la mayor parte de mi vida en los bosques, pero cuando cenaba con Tully, Kulgan, padre y tú, mantenía los oídos abiertos.

Aprendí mucho.

Llamaron a la puerta y un guardia se asomó.

—Un navío enarbolando el estandarte de Rodez está pasando junto al faro de Puntalarga, Vuestra Gracia.

Martin despidió al guarda con un gesto.

—Supongo que será mejor que nos apresuremos a encontrarnos con el duque y sus adorables hijas —le dijo a Fannon, y acabó de vestirse—. Las hijas del duque me inspeccionarán y me cortejarán, Fannon, pero por el amor y la paciencia de los dioses espero que ninguna de ellas suelte risitas.

Fannon asintió en señal de simpatía mientras seguía a Martin fuera de la habitación.

Martín sonrió ante el chiste del duque Miguel. Era sobre un noble oriental que Martin solo había visto una vez. Los defectos del hombre puede que fueran motivo de guasa para los señores orientales, pero Martin no le encontraba la gracia. Les echó una ojeada a las hijas del duque. Ambas muchachas eran adorables: rasgos delicados, complexión pálida enmarcada por cabellos casi negros, y las dos tenían grandes ojos oscuros. Miranda estaba sentada charlando con el joven escudero Wilfred, tercer hijo del barón de Carse y recién llegado a la corte. Inés miraba a Martin evaluándolo. Martin sintió que el cuello empezaba a sonrojarse y devolvió su atención al padre. Podía ver por qué había sido la excusa de algún duelo entre jóvenes impulsivos. Martin no sabía mucho de mujeres, pero era un cazador experto y reconocía un depredador cuando lo veía. Puede que la muchacha solo tuviera quince años, pero ya era una veterana de las cortes orientales. Antes de que pasara mucho, encontraría un marido poderoso, de eso a Martin no le cabía ninguna duda. Miranda no era más que otra bella dama de la corte, pero Inés insinuaba unas aristas que Martin encontraba poco atractivas. La muchacha era claramente peligrosa y ya tenía experiencia en hacer que los hombres se plegaran a su voluntad. Martin decidió mantener eso en mente.

La cena había sido tranquila, como Martin tenía por costumbre, pero mañana habría malabaristas y cantantes, ya que en la zona se encontraba una compañía de cómicos ambulantes. A Martín le había quedado poca afición por los banquetes protocolarios después de su gira oriental, pero era necesaria algún tipo de exhibición. Entonces un paje entró corriendo en la habitación, rodeándolas mesas para llegar al lado del mayordomo Samuel. Le habló en voz baja, y el mayordomo se acercó a la silla de Martin.

—Acaban de llegar palomas mensajeras de Ylith, Vuestra Gracia —dijo indinándose—. Ocho.

Martín lo comprendió. Si se habían enviado tantas es que el mensaje era urgente. Era normal emplear dos o tres aves por la posibilidad de que alguna no acabara el

viaje a través de las Torres Grises. Costaba semanas devolverlas en carro o barco, así que se usaban muy de tarde en tarde. Martin se puso en pie.

—Si Vuestra Gracia me excusa un momento —le dijo al duque de Rodez—. Señoras —le dedicó una reverencia a las dos hermanas, y luego siguió al paje fuera de la estancia.

En la antecámara del torreón del homenaje se encontró con el Maestre Halconero, que estaba a cargo de los halcones y del palomar, con unos pergaminos en la mano. Se los entregó a Martin y retrocedió. Martín vio que las pequeñas tiras de los mensajes estaban lacradas y marcadas con el sello real de Krondor, indicando que solo el duque podía abrirlas.

—Los leeré en mi cámara del consejo —dijo Martin.

Solo en la cámara del consejo, Martin vio que las tiras de pergamino habían sido numeradas uno y dos. Cuatro pares. Habían mandado el mensaje cuatro veces para asegurarse de que llegara intacto. Martin desplegó una de las tiras marcadas uno, y los ojos se le desorbitaron mientras trataba de abrir otra. El mensaje era idéntico. Entonces leyó una número dos, y no pudo evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos.

Pasaron largos minutos mientras Martin abría cada una de las tiras con la esperanza de encontrar algo diferente. Algo que le dijera que lo había entendido mal. Durante largo rato, solo pudo quedarse mirando como pasmado los papeles que tenía ante él, mientras una fría náusea se aposentaba en su estómago. Finalmente, llamaron a la puerta.

—¿Sí? —dijo él débilmente.

La puerta se abrió y entró Fannon.

—Lleváis aquí casi una hora... —Se detuvo al ver el rostro descompuesto de Martin y sus ojos enrojecidos—. ¿Qué pasa?

Martin solo pudo señalar las tiras de pergamino. Fannon las leyó, y luego retrocedió a trompicones para sentarse en una silla. Se cubrió el rostro con una mano temblorosa durante un largo minuto. Ambos hombres se mantuvieron en silencio.

—¿Cómo ha podido ser? —dijo Fannon finalmente.

—No lo sé. El mensaje solo habla de un asesino.

Martin dejó que su mirada vagara por la habitación, por cada sillar de piedra de la pared y cada mueble asociado con su padre. Lord Borric. Y de su familia, el más parecido a su padre había sido Arutha. Martin los quería a todos, pero Arutha había sido un espejo de Martin en muchos sentidos. Habían compartido cierta forma de ver las cosas y habían soportado mucho juntos: el asedio del castillo durante la Guerra de la Fractura mientras Lyam había estado ausente con su padre, el largo y peligroso viaje hasta Moraelin para buscar el espinoso de plata. No, en Arutha Martin había descubierto su mejor amigo en muchos sentidos. Educado por los elfos, Martin

conocía la inevitabilidad de la muerte, pero era un mortal y había sentido aparecer un vacío en su interior. Recuperó la compostura y se puso en pie.

—Será mejor que informe al duque Miguel. Su visita va a ser corta. Mañana partimos para Krondor.

Martin levantó la vista cuando Fannon volvió a entrar en la habitación.

—Los preparativos llevarán toda la noche y la mañana, pero el capitán dice que el barco estará listo para partir con la marea de media tarde.

Martin le indicó con un gesto que cogiera una silla y esperó un rato antes de hablar.

—¿Cómo ha podido ser, Fannon?

—No tengo respuesta para eso, Martin —dijo el Maestre de Armas. Fannon se quedó un momento pensativo antes de hablar en voz baja—. Sabes que comparto tu pena. Todos lo hacemos. Lyam y él eran como mis propios hijos.

—Lo sé.

—Pero hay otros asuntos que no pueden dejarse de lado.

—¿Cómo cuáles?

—Soy viejo, Martin. De repente he sentido el peso de los años sobre mí. Las noticias de la muerte de Arutha... me han vuelto a hacer sentir mi propia mortalidad. Quiero retirarme.

Martin se frotó el mentón mientras pensaba. Fannon ya tenía más de setenta años, y aunque sus facultades mentales seguían intactas, carecía de la resistencia física necesaria para ser el segundo al mando del duque.

—Lo comprendo, Fannon. Cuando vuelva de Rillanon...

Fannon le interrumpió.

—No, eso es demasiado tiempo, Martin. Estarás fuera varios meses. Necesito que se nombre un sucesor ahora, para poder empezar a asegurarme de que esté capacitado cuando yo deje el cargo. Si Gardan siguiera aquí, no dudo de que la transición sería fluida, pero como Arutha se lo ha llevado —los ojos del hombre se llenaron de lágrimas— y lo ha nombrado caballero mariscal de Krondor, pues...

—Lo comprendo —dijo Martin—. ¿A quién tenías en mente? —la pregunta fue formulada de forma ausente, ya que Martin luchaba por mantener su mente en calma.

—Varios de los sargentos podrían servir, pero ninguno de ellos es tan capaz como Gardan. No, tenía en mente a Charles.

Martin sonrió débilmente.

—Pensaba que no te fiabas de él.

Fannon suspiró.

—De eso hace ya mucho tiempo, y estábamos en guerra. Desde entonces ha demostrado su valía más de cien veces, y no creo que haya un hombre más intrépido

en el castillo. Además, ha sido oficial tsurani, más o menos el equivalente a un caballero teniente. Sabe de guerra y de tácticas. A menudo nos hemos pasado horas hablando acerca de las diferencias entre la forma tsurani de hacer la guerra y la nuestra. Y esto lo sé: una vez que aprende algo, no lo olvida. Es un hombre inteligente y vale por doce. Además los soldados le respetan y le seguirían.

—Pensaré en ello y esta noche tomaré una decisión. ¿Algo más?

Fannon se quedó unos minutos en silencio, como si le costara hablar.

—Martin, tú y yo nunca hemos estado muy cercanos. Cuando tu padre te llamó a su servicio yo sentí, igual que otros, que había algo raro en ti. Siempre te mantenías distante, y tenías esas extrañas costumbres élficas. Ahora ya sé que parte del misterio era la verdad de tu parentesco con Borric. Dudaba de ti en ciertos aspectos, Martin, y siento admitirlo... Pero lo que estoy tratando de decirte es que... honras a tu padre.

Martin respiró hondo.

—Gracias, Fannon.

—Te digo esto para asegurarme de que comprendas lo que voy a decirte ahora. La visita del duque Miguel al principio fue una molestia; ahora es una cuestión de peso. Cuando llegues a Rillanon tienes que hablar con el padre Tully, y dejarle que te encuentre una esposa.

Martin echó atrás la cabeza y emitió una risa amarga, enfadada.

—¿Qué broma es esta, Fannon? ¿Mi hermano ha muerto y tú quieres que yo me ponga a buscar esposa?

Fannon se mantuvo imperturbable ante la creciente ira de Martin.

—Ya no eres el Maestre de Caza de Crydee, Martin. En ese caso a nadie le importaría que te casaras y tuvieras hijos. Ahora eres el único hermano del rey. El Este sigue revuelto. No hay duques en Bas-Tyra, Rillanon ni Krondor.

Y ahora tampoco hay príncipe en Krondor. —La voz de Fannon perdió fuerza por el cansancio y la emoción—. El trono de Lyam está en peligro si Bas-Tyra se aventura a volver de su exilio. Con solo los dos hijos de Arutha en la línea sucesoria, Lyam necesita alianzas. A eso me refería. Tully sabrá qué casas nobles hay que asegurar para la causa del rey mediante el matrimonio. Si es la gata salvaje de Miguel, Inés, o incluso la risitas de Tarloff, cástate con ella, Martin. Por Lyam y por el Reino.

Martin contuvo su ira. Fannon le había tocado un punto sensible, aunque el viejo Maestre de Armas tenía razón. Martin era un hombre solitario en todos los aspectos, que se abría poco a la gente, excepto con sus hermanos.

Y nunca se le habían dado bien las mujeres. Ahora le decían que tenía que casarse con una completa extraña por la salud política de su hermano. Pero sabía que había sabiduría en las palabras de Fannon. Si el traidor Guy du Bas-Tyra seguía intrigando, la corona de Lyam no estaba segura. La muerte de Arutha mostraba a las claras lo vulnerables que eran los gobernantes.

—También pensaré en eso, Fannon —dijo por fin Martin.

El viejo Maestre de Armas se puso en pie lentamente. Al llegar a la puerta se volvió.

—Sé que lo ocultas bien, Martin, pero el dolor está ahí. Lo siento mucho si parece que no hago más que aumentarlo, pero lo que te he dicho hacía falta decirlo.

Martin solo pudo asentir.

Fannon se fue y Martin se quedó sentado a solas en su habitación. La única cosa que se movía eran las sombras que provocaban las trémulas antorchas que había en los soportes de la pared.

Martin permanecía observando impacientemente la bulliciosa actividad de los preparativos para su partida junto al duque de Rodez. El duque había invitado a Martin a que lo acompañara a bordo de su propio barco, pero Martin le había dado una excusa apenas adecuada. Solo la evidente tensión de la muerte de Arutha había permitido que el duque no se ofendiera gravemente con su rechazo.

El duque Miguel y sus hijas salieron del torreón del homenaje, vestidos con ropa de viaje. Las chicas ocultaban malamente su irritación al tener que reanudar el viaje tan pronto. Pasarían dos semanas o más antes de que llegaran a Kronдор. Luego, como miembro de la alta nobleza, su padre tendría que acudir apresuradamente a Rillanon para el funeral de estado y el entierro de Arutha.

El duque Miguel, un hombre delgado de exquisitos modales y vestir, se dirigió a él.

—Es una tragedia que debemos abandonar vuestro maravilloso hogar bajo circunstancias tan tristes, Vuestra Gracia. Si me lo permitís, me gustaría extender la hospitalidad de mi propio hogar por si Vuestra Gracia deseara descansar una temporada tras el funeral de su hermano. Rodez está solo a un corto viaje de la capital.

El primer impulso de Martin fue darle alguna excusa, pero mantenía en mente las palabras de Fannon de la noche anterior.

—Si el tiempo y las circunstancias lo permiten, Vuestra Gracia, estaré encantado de visitaros. Gracias —miró de soslayo a las dos hijas y decidió, allí y ahora, que si Tully aconsejaba una alianza entre Crydee y Rodez, sería a la tranquila Miranda a la que cortejaría. Inés era simplemente demasiados problemas reunidos en un mismo sitio.

El duque y sus hijas se alejaron en un carruaje hacia el puerto. Martin pensó en los tiempos en que su padre había sido duque. Nadie en Crydee había necesitado un carruaje, que iba bastante mal en los caminos de tierra del ducado, que a menudo se convertían en fangales por las lluvias costeras. Pero con el creciente número de visitantes al Oeste, Martin había mandado fabricar uno. Parecía que a las damas orientales les iba mal ir a lomos de caballo con sus trajes cortesanos. Pensó en Carline

cabalgando como un hombre durante la Guerra de la Fractura, con pantalones ajustados y una blusa, haciendo carreras con el escudero Roland para horror de su gobernanta. Martin suspiró. Ninguna de las hijas de Miguel cabalgaría así nunca. Martin se preguntó si en alguna parte habría una mujer que compartiera su necesidad de una vida dura. Quizá lo mejor que podía esperar era una mujer que comprendiera esa necesidad suya y no se quejara de sus largas ausencias mientras salía a cazar o visitaba a sus amigos en Elvandar.

Los pensamientos de Martin se vieron interrumpidos por un soldado que venía acompañando al Maestre Halconero, que le entregó otro pergamino.

—Esto acaba de llegar, Vuestra Gracia.

Martin cogió el pergamino. Llevaba el sello de Salador. Martin esperó a que el Maestre Halconero se hubiera ido para abrirlo. Lo más probable es que fuera un mensaje privado de Carline. Lo abrió y lo leyó. Lo volvió a leer y lo guardó cuidadosamente en su bolsa. Tras un largo momento de reflexión, se dirigió a un soldado que montaba guardia frente al torreón.

—Trae al Maestre de Armas Fannon.

En unos minutos, el maestre de armas estaba en presencia del duque.

—Lo he pensado y estoy de acuerdo contigo. Le ofreceré el puesto de Maestre de Armas a Charles.

—Bien —dijo Fannon—. Espero que lo acepte.

—Entonces, Fannon, en cuanto me vaya empieza a adiestrarlo en su oficio.

—Sí, Vuestra Gracia. —Empezó a irse, pero se volvió hacia Martin—. ¿Vuestra Gracia?

Martin se detuvo en su camino de vuelta al torreón del homenaje.

—¿Sí?

—¿Estáis bien?

—Perfectamente, Fannon —dijo Martin—. Acabo de recibir una nota de Laurie informándome de que Carline y Anita están bien. Sigue con lo tuyo.

Sin decir más, volvió al castillo, entrando por el gran portón.

Fannon vaciló antes de irse. Estaba sorprendido por el tono y la actitud de Martin. Había algo extraño en la mirada que le había dirigido antes de irse.

Baru miraba en silencio a Charles. Ambos hombres estaban sentados en el suelo, con las piernas cruzadas. A la izquierda de Charles descansaba un pequeño gong, y un incensario ardía entre ellos, llenando el aire con un aroma dulce y fuerte. Cuatro velas iluminaban la habitación. El único mobiliario era una esterilla en el suelo, que Charles prefería a una cama, un pequeño cofre de madera y una pila de cojines. Ambos hombres vestían sencillas túnicas, y ambos tenían una espada sobre las rodillas. Baru esperaba mientras Charles mantenía los ojos enfocados en algún punto invisible entre

ellos.

—¿Qué es el Camino? —dijo el tsurani.

—El camino consiste en rendir leal servicio al propio señor, y en la profunda fidelidad hacia los camaradas. El Camino, con consideración por el sitio de uno mismo en la Rueda, consiste en colocar el deber por encima de todo —respondió Baru.

Charles hizo una corta y rápida inclinación de cabeza.

—En los asuntos del deber, el Código del Guerrero es inflexible. El deber sobre todas las cosas. Hasta la muerte.

—Comprendido.

—¿Cuál es, entonces, la naturaleza del deber?

Baru respondió en voz baja.

—Existe el deber hacia el propio señor. Existe el deber hacia el propio clan y la familia. Está el deber hacia el propio trabajo, que proporciona comprensión del deber hacia uno mismo. Reunidos, se convierten en el deber que nunca se cumple satisfactoriamente, ni con el trabajo de toda una vida, el deber de intentar una existencia perfecta, de lograr un lugar más alto en la Rueda.

Charles asintió una vez.

—Así es. —Cogió un martillito e hizo sonar el pequeño gong—. Escucha. —Baru cerró los ojos para meditar, escuchando el sonido a medida que se desvanecía, disminuía, se debilitaba. Charles habló cuando el sonido hubo desaparecido por completo—. Busca donde acaba el sonido y empieza el silencio. Y entonces existe en ese momento, porque allí encontrarás el centro secreto de tu ser, el sitio perfecto de paz interior. Y recuerda la más antigua lección tsurani: el deber es el peso de todas las cosas, tan pesado como pueda resultar una carga, mientras que la muerte no es nada, ligera como el aire.

La puerta se abrió y entró Martin. Tanto Baru como Charles empezaron a levantarse, pero Martin les indicó con un gesto que no era necesario. Se arrodilló entre ellos, mirando fijamente el incensario que había en el suelo.

—Perdón por la interrupción.

—No es ninguna interrupción, Vuestra Gracia —respondió Charles.

—Durante años combatí contra los tsurani y los encontré enemigos honorables —dijo Baru—. Ahora estoy aprendiendo más acerca de ellos. Charles me ha permitido aprender el Código del Guerrero, a la manera de su gente.

Martin no pareció sorprendido.

—¿Y has aprendido mucho?

—Que se parecen a nosotros —dijo Bani con una leve sonrisa—. No sé mucho de esas cosas, pero creo que somos como dos troncos de la misma raíz. Siguen el Camino y comprenden la Rueda igual que los hadati. Comprenden el honor y el deber igual

que los hadati. Los que vivimos en Yabon hemos adoptado muchas cosas del Reino: los nombres de nuestros dioses y la mayor parte del idioma; pero los hadati también hemos conservado muchas de nuestras antiguas costumbres. Esto es extraño, ya que hasta la llegada de los tsurani no nos habíamos encontrado con nadie que compartiera nuestras creencias.

Martin miró a Charles, el tsurani se encogió de hombros.

—Quizá solo sea que hemos encontrado la misma verdad en dos mundos. ¿Quién puede decirlo?

—Eso parece la clase de cosa que discutir con Tully y Kulgan —dijo Martin, y se mantuvo unos minutos en silencio—. ¿Aceptarías el puesto de Maestro de Armas, Charles?

El tsurani parpadeó, la única señal de sorpresa.

—Vuestra Gracia me honra. Sí.

—Bien, me alegro. Fannon empezará tu instrucción después de mi partida. —Martin miró la puerta y luego bajó la voz—. Quiero que los dos me hagáis un servicio.

Charle accedió sin vacilar. Baru miró a Martin de cerca. Los dos habían forjado un vínculo estrecho en el viaje a Moraelin con Arutha. Baru casi había muerto allí, pero el destino lo había librado, Baru sabía que su suerte estaba entrelazada con la de aquellos que habían ido en busca del espinoso de plata. Había algo oculto en la mirada del duque, pero Baru no iba a preguntar. Ya lo sabría a su hora.

—Yo también —dijo él.

Martin se sentó entre ellos y empezó a hablar.

Martin se arrebujó en su capa. La brisa de la tarde era gélida y soplaba desde el norte. Miraba desde la popa como Crydee desaparecía tras el saliente del Lamento del marino. Saludó al capitán del barco con una inclinación de cabeza y bajó a cubierta desde el castillo de popa. Entró en el camarote del capitán y cerró la puerta tras de sí. El hombre que lo esperaba allí era uno de los soldados de Fannon llamado Stefan, de la misma altura y parecida constitución que el duque, y vestido con una blusa y unos pantalones del mismo color que los de Martin. Lo habían introducido a bordo a hurtadillas unas horas antes del amanecer, vestido de marinero. Martin se quitó la capa y se la entregó al hombre.

—No salgas a cubierta excepto por la noche o hasta que hayáis dejado atrás Queg. Si algo obligara al barco a tocar a puerto en Carse, Tulan o las Ciudades Libres, no quiero que los marineros hablen de mi desaparición.

—Sí, Vuestra Gracia.

—Cuando lleguéis a Krondor habrá un carruaje esperándote, supongo. No sé cuánto tiempo podrás mantener esta mascarada. La mayoría de los nobles que me conocen ya van de camino a Rillanon, y nos parecemos lo bastante a simple vista

como para que los sirvientes no te reconozcan. —Martin examinó a su doble—. Si mantienes la boca cerrada, podrías pasar por mí todo el camino hasta Rillanon.

Stefan parecía inquieto ante la idea de un largo asedio de hacerse el noble.

—Lo intentaré, Vuestra Gracia —se limitó a decir.

El barco se balanceó cuando el capitán ordenó un cambio de rumbo.

—Ese es el primer aviso —dijo Martin. Rápidamente se quitó las botas, la blusa y los pantalones, hasta que lo único que tuvo puesto fueron las calzas interiores.

El camarote del capitán tenía una sola ventana, cerrada con una contraventana, que se abrió con una protesta de las bisagras. Martin se sentó en el borde con las piernas hacia fuera. Desde arriba llegó la encolerizada voz del capitán.

—¡Te estás acercando demasiado a la orilla! ¡Todo a estribor!

—Sí, capitán, todo a estribor —respondió un confundido timonel.

—Que tengas suerte, Stefan —dijo Martin.

—Y vos, Vuestra Gracia.

Martin se dejó caer desde el camarote del capitán. Este le había avisado del peligro de golpearse contra el enorme timón, así que Martin lo evitó fácilmente. El capitán lo había acercado tanto a la orilla como había sido seguro, y luego viró hacia aguas más profundas. Martin vio que la playa estaba a menos de una milla. Era un nadador mediocre, pero un hombre vigoroso, y partió hacia la orilla con una serie de cómodas brazadas. El movimiento de las velas hacía difícil que cualquiera que se encontrara en la arboladura notara al hombre que dejaban atrás.

Poco tiempo después, Martin salía trabajosamente a la playa, jadeando. Miró a su alrededor, buscando hitos del terreno. La acción de las corrientes lo había llevado más al sur de lo deseable. Respiró hondo, se dio la vuelta y empezó a correr.

Después de menos de diez minutos, aparecieron tres jinetes rodeando un bajo farallón, bajando rápidamente hasta la arena. Al verlo, Martin se detuvo. Garret fue el primero en desmontar, mientras que Charles conducía un caballo extra. Baru se mantenía alerta en busca de signos de que hubiera alguien más en los alrededores. Garret le entregó a Martín un fardo de ropa. La carrera por la playa había secado a Martin, y se vistió rápidamente. Tras la silla del caballo de más colgaba un arco envuelto en hule encerado.

—¿Os ha visto partir alguien? —preguntó Martin mientras se vestía.

—Garret ya había salido del castillo con vuestro caballo antes del amanecer, y yo me limité a explicarle a los guardias que iba a acompañar a Baru un trecho de su viaje hasta Yabon. Nadie dijo nada —respondió Charles.

—Bien. Como descubrimos la última vez que nos enfrentamos a los agentes de Murmandamus, el secreto es primordial. —Martin montó—. Gracias por vuestra ayuda. Charles. Más vale que tú y Garret volváis enseguida, antes de que alguien sospeche.

—Sea lo que sea que depare el destino. Vuestra Gracia, que también depare honor —dijo Charles.

—Buena suerte, Vuestra Gracia —se limitó a decir Garret.

Los cuatro jinetes partieron, dos volviendo a Crydee por la carretera de la costa y dos alejándose del mar hacia el bosque, rumbo al norte.

Los bosques estaban tranquilos, pero aún se oían los trinos de los pájaros y los nudos de pequeños animales que indicaban que todo iba como debía. Martin y Baru habían cabalgado a marchas forzadas durante días, llevando a sus caballos al límite de sus fuerzas. Hacía unas horas que habían cruzado el río Crydee.

De detrás de un árbol emergió una figura, vestida con una blusa verde y calzas de cuero marrón.

—Bienhallados, Martin Arcolargo y Baru el Matasierpes —dijo con un saludo.

Martin reconoció al elfo, aunque no lo conocía bien.

—Saludos, Tarlen. Venimos a solicitar una audiencia con la Reina.

—Entonces seguid con vuestro camino, porque Baru y tú siempre seréis bienvenidos en su corte. Yo debo quedarme aquí de guardia. Las cosas se han puesto algo más tensas que la última vez que fuisteis nuestros huéspedes.

Martin reconoció el tono de las palabras del elfo. Había algo que preocupaba a los elfos, pero Tarlen no iba a hablar de ello. Martin tendría que ver a la reina y a Tomas para saber de qué se trataba. Se preguntó. La última vez que los elfos habían estado así de preocupados por algo, Tomas se había encontrado en el apogeo de su locura. Martin espoleó a su caballo.

Más tarde, los dos jinetes se aproximaron al corazón de los bosques élficos, Elvandar, antiguo hogar de los elfos. La ciudad arbórea estaba bañada de luz, ya que el sol estaba en su punto álgido, coronando con su brillo los inmensos árboles. Hojas verdes y doradas, rojas y blancas, plateadas y bronceas destellaban en la bóveda de Elvandar.

Un elfo se les acercó mientras desmontaban.

—Nos ocuparemos de vuestras monturas, lord Martin. Su majestad desea que vayáis enseguida.

Martin y Baru corrieron escaleras arriba por el tronco de un árbol hasta la ciudad de los elfos. Atravesaron altos arcos que reposaban sobre ramas y siguieron ascendiendo. Por fin llegaron a la gran plataforma que era el centro de Elvandar, la corte de la reina.

Aglaranna estaba sentada en su trono en silencio, con su principal consejero, Tathar, a su lado. Alrededor de la corte se sentaban los tejedores de magia más veteranos, el consejo de la reina. El trono que había a su lado estaba vacío. La expresión de ella era impenetrable para la mayoría, pero Martin comprendía las

costumbres élficas y podía ver la tensión en sus ojos. Con todo, seguía siendo bella y majestuosa, y su sonrisa un faro de calidez.

—Bienvenido, lord Martin. Bienvenido, Baru de los Hadati. —Los hombres hicieron sendas reverencias—. Acercaos, hablemos.

Se puso en pie y los condujo a una habitación, acompañada de Tathar. Dentro, les invitó a sentarse. Trajeron vino y comida, que fueron ignorados.

—Pasa algo malo —dijo Martin. No era una pregunta.

La expresión de inquietud de Aglaranna se acentuó. Martin no la había visto tan preocupada desde la Guerra de la Fractura.

—Tomas se ha ido.

—¿Adonde?

—No lo sabemos —respondió Tathar—. Desapareció por la noche, pocos días después del festival de medioverano. A veces se va para estar a solas con sus pensamientos, pero nunca más de un día. Cuando no apareció al segundo día, se enviaron rastreadores. No había huellas que salieran de Elvandar, aunque eso no es algo sorprendente. Tiene otros medios de viajar. Pero en un claro al norte encontramos huellas de sus botas. Había señales de que otro hombre había estado allí, huellas de sandalias en la tierra.

—Tomas fue a encontrarse con alguien, y no volvió luego —dijo Martin.

—Había un tercer juego de huellas —dijo la reina de los elfos—. Las de un dragón. De nuevo el valheru vuela a lomos de un dragón.

Martin se recostó en su asiento.

—¿Teméis que haya vuelto la locura?

—No —dijo Tathar al instante—. Tomas está libre de eso y, si acaso, es más poderoso de lo que él sospecha. No, tememos la necesidad de Tomas de partir de ese modo, sin decir palabra. Tememos la presencia de otro.

—¿Las sandalias? —Martin abrió los ojos de par en par.

—Sabes el poder que hace falta para entrar en nuestros bosques sin ser descubierto. Solo un hombre ha exhibido antes esa habilidad: Macros el Negro.

Martin reflexionó en voz alta.

—Quizá no sea el único. Sé que Pug se quedó en el mundo tsurani para estudiar el problema de Murmandamus y lo que él llamaba el Enemigo. Quizá haya vuelto.

—El maestro hechicero del que se trate en concreto no tiene importancia.

El siguiente en hablar fue Baru.

—Lo que sí tiene importancia es que dos hombres de vastos poderes se han embarcado en una misión misteriosa, en un momento en que parece que los problemas han vuelto del norte.

—Sí —dijo Aglaranna, y se dirigió a Martin—. Nos han llegado rumores de la muerte de alguien muy próximo a ti. —Siguiendo la costumbre élfica, evitó

pronunciar el nombre del muerto.

—Hay cosas de las que no puedo hablar, señora, ni siquiera a alguien tan estimado como vos, tengo un deber.

—Entonces —dijo Tathar—, ¿puedo preguntar a dónde vais y qué os trae aquí?

—Es momento de viajar al norte de nuevo —dijo Martin—, para acabar lo que se empezó el año pasado.

—Me alegro de que hayáis venido por este camino —dijo Tathar—. Hemos visto en la costa, hacia el este, señales de migraciones masivas de trasgos hacia el norte. Y los moredhel se han vuelto más osados en sus exploraciones del borde de nuestros bosques. Parecen decididos a descubrir si cualquiera de nuestros guerreros sale de nuestro territorio. También se han avistado partidas de renegados humanos cabalgando hacia el norte, cerca del límite con Montaña de Piedra. Los gwali han huido al sur, al Corazón Verde, como si temieran que algo se aproximara. Y durante meses nos ha estado visitando un viento de aspecto maligno, que trae cierto matiz mágico, como si se estuviera absorbiendo poder hacia el norte. Hay muchas cosas que nos preocupan.

Baru y Martin intercambiaron miradas.

—Las cosas se mueven rápido —dijo el hadati.

La conversación se vio interrumpida cuando desde abajo llegó un grito y un elfo apareció junto a la reina.

—Venid, Majestad. Un Retomo.

—Venid, Martin, Baru, seréis testigos de algo milagroso.

Tathar siguió a su reina, y se volvió para hablar con los hombres.

—Si de hecho es un verdadero Retorno y no una treta.

Los consejeros se unieron a la reina y Tathar en su camino escaleras abajo hasta el suelo del bosque. Cuando llegaron al nivel del suelo fueron recibidos por varios guerreros que rodeaban a un moredhel. El elfo oscuro le resultaba raro a Martin en cierto sentido, ya que demostraba una serenidad que no era normal en los elfos oscuros.

El moredhel vio a la reina y se inclinó ante ella, bajando la cabeza.

—Señora, he retornado —dijo en voz baja.

La reina le asintió a Tathar. El y otros tejedores de magia se reunieron alrededor del moredhel. Martin tuvo una sensación extraña, sobrenatural, como si el aire se hubiera cargado repentinamente de energía, como si casi se pudiera oír música. Supo que los tejedores estaban tejiendo magia.

—¡Ha retomado! —dijo Tathar.

—¿Cómo te llamas? —dijo Aglaranna.

—Morandis, Majestad.

—Ya no. Eres Lorren.

Martin había aprendido el año anterior que no había una verdadera diferencia entre las ramas del pueblo elfo, separadas solo por el poder de la Senda Oscura, que impulsaba a los moredhel a una vida de odio asesino contra todos los que no fueran de su estirpe. Pero había una sutil diferencia en actitud, postura y forma de ser entre los dos.

El moredhel se levantó y los elfos que lo rodeaban le ayudaron a despojarse de la blusa, del gris del los clanes moredhel de los bosques. Martin había pasado casi toda su vida entre los elfos y había combatido a los moredhel en muchas ocasiones, así que era capaz de diferenciarlos. Pero ahora sus sentidos estaban confundidos. Un momento el moredhel parecía raro, de algún modo diferente a lo que habían esperado, y de repente ya no era un moredhel. Le dieron una blusa marrón, y milagrosamente Martin vio allí un elfo. Tenía el pelo y los ojos oscuros habituales en los moredhel, pero igual pasaba con algunos elfos, igual que algún que otro moredhel era rubio con los ojos azules. ¡Era un elfo!

Tathar observó la reacción de Martin ante el cambio.

—Ocasionalmente uno de nuestros hermanos perdidos se aparta de la Senda Oscura —dijo el tejedor de magia—. Si los suyos no descubren el cambio y lo matan antes de que llegue hasta nosotros, damos la bienvenida a su vuelta. Es un motivo de alegría. —Martin y Baru vieron cómo todos los elfos que había en las proximidades se acercaban a abrazar a Lorren, dándole la bienvenida a casa—. En el pasado, los moredhel han intentado enviar espías, pero siempre podemos distinguir a los verdaderos de los falsos. Este ha vuelto verdaderamente con su gente.

—¿Sucede muy a menudo? —preguntó Baru.

—De todos cuantos viven en Elvandar, yo soy el más anciano —dijo Tathar—. Y solo he visto siete Retornos antes de este. —Se mantuvo un momento en silencio—. Tenemos la esperanza de redimir a todos nuestros hermanos de este modo, algún día, cuando por fin se quiebre el poder de la Senda Oscura.

—Venid, esto hay que celebrarlo —dijo Aglaranna.

—No podemos, Majestad —respondió Martin—. Debemos partir para encontramos con otros.

—¿Podemos conocer vuestros planes?

—Son muy sencillos —respondió el duque de Crydee—. Encontrar a Murmandamus.

—Y —añadió Baru con rostro inexpresivo— matarlo.

6

Partida

Jimmy estaba sentado en silencio.

Estudiaba distraídamente la lista que tenía entre manos, intentando mantener la mente en la tarea que tenía ante sí. Pero era incapaz de concentrarse en ella. La lista de tareas de los escuderos para el cortejo de la tarde estaba lista, o por lo menos tan lista como posiblemente llegaría a estarlo. Jimmy sentía un vacío interior, y la necesidad de decidir el puesto de cada escudero le parecía trivial en extremo.

Jimmy llevaba dos semanas luchando contra la sensación de que estaba atrapado en algún sueño horrible, uno del que no lograba despertarse. Nada en toda su vida lo había afectado tan profundamente como el asesinato de Arutha, y seguía sin poder enfrentarse a sus emociones. Había dormido mucho por las noches, como si el sueño fuera un escape, y mientras estaba despierto se mostraba nervioso y ansioso por hacer algo, como si estar ocupado le ayudara a retrasar el tener que enfrentarse con su pena. La mantenía oculta, y ya se enfrentaría a ella más tarde.

Jimmy suspiró. Había una cosa que el joven sabía, y era que organizar este funeral estaba llevando un tiempo infernalmente largo. Laurie y Volney ya habían pospuesto la partida del cortejo funeral en dos ocasiones. Las andas para el féretro habían sido colocadas a bordo de un carruaje dos días después de la muerte de Arutha, a la espera de su cuerpo. La tradición establecía que el cortejo del príncipe debía partir hacia Rillanon y el panteón familiar a los tres días de su muerte, pero Anita había tardado varios días en volver de las tierras de su madre, y varios más en recuperarse lo suficiente para partir. Luego tuvieron que esperar a varios nobles que venían de camino, y el palacio era un completo desorden, y, y, y. Aun así, Jimmy sabía que no podría superar esta tragedia hasta que se llevaran a Arutha. Saber que yacía en la cripta provisional que Nathan había preparado, en algún sitio no muy lejos de donde el escudero estaba sentado ahora, era demasiado para Jimmy. Se frotó los ojos y bajó la cabeza, obligando una vez más a retroceder a la amenaza de las lágrimas. En su corta vida Jimmy solo había conocido a una persona que le llegara muy dentro. Arutha debería haber sido uno de los últimos hombres en el mundo al que le

importara el destino de un ladronzuelo, pero le había importado. Había demostrado ser un amigo, y más. Anita y él habían sido la cosa más parecida a una familia que Jimmy había tenido nunca.

Unos golpecitos en la puerta le hicieron levantar la cabeza, y vio a Locklear de pie en la entrada. Jimmy le hizo un gesto para que entrara y el chico más joven se sentó al otro lado del escritorio. Jimmy le arrojó el pergamino.

—Toma, Locky, hazlo.

Locklear examinó rápidamente la lista y cogió la pluma de su soporte.

—Casi está lista, pero Paul tiene gripe y el cirujano quiere que pase el día en cama. Necesita descansar. Está hecha un desastre, mejor la paso a limpio.

Jimmy asintió de forma ausente. A través del manto gris de pena que cubría sus pensamientos, una extraña sensación trataba de abrirse paso poco a poco. Algo llevaba tres días dándole vueltas en la cabeza. Todo el mundo en palacio seguía conmocionado por la muerte de Arutha, pero había algunas notas discordantes aquí y allá; de vez en cuando alguien hacía o decía algo que sonaba raro. Jimmy no se atrevía a aventurar cuál era esa diferencia, ni siquiera si era importante. Con un encogimiento de hombros mental, apartó a un lado su preocupación. Diferentes personas reaccionaban de forma diferente ante la tragedia. Algunos, como Volney y Gardan, se entregaban de lleno a su trabajo. Otros, como Carline, se encerraban a enfrentarse con su pena en privado. El duque Laurie se parecía mucho a Jimmy. Se limitaba a echar a un lado su pena para enfrentarse a ella más tarde. De repente Jimmy comprendió una de las razones de esa extraña sensación acerca del palacio. Laurie se había hecho cargo del gobierno de palacio desde el momento de la muerte de Arutha hasta hacía tres días. Ahora estaba ausente continuamente.

Miró a Locklear mientras el muchacho más joven escribía la lista de tareas diarias.

—¿Has visto últimamente al duque Laurie, Locky?

—Esta mañana muy temprano —dijo Locklear sin apartar los ojos del trabajo—. Estaba a cargo del reparto de desayunos a los nobles que están de visita, y lo vi saliendo a caballo por la puerta. —Levantó la cabeza con una extraña expresión en el rostro—. De hecho fue por la poterna.

—¿Por qué saldría por la poterna? —se preguntó Jimmy en voz alta.

Locklear se encogió de hombros y volvió a la lista.

—¿Porque iba en esa dirección?

Jimmy pensó. ¿Qué razón tendría el duque de Salador para cabalgar hacia el barrio pobre en la mañana de la procesión funeral del príncipe? Jimmy suspiró.

—Me estoy haciendo viejo y desconfiado.

Locklear rió, el primer sonido alegre en palacio en días. Luego, como si hubiera cometido un pecado, levantó la mirada con expresión de culpabilidad.

—¿Listo? —dijo Jimmy poniéndose en pie.

Locklear le entregó el pergamino.

—Acabado.

—Bien —dijo Jimmy—. Vamos, deLacy no mostrará su habitual paciencia si llegamos tarde.

Corrieron hasta donde se estaban reuniendo los escuderos. Los jugueteos y risas habituales estaban ausentes, ya que se trataba de una ocasión solemne. DeLacy llegó unos minutos después de que Jimmy y Locklear estuvieran en su sitio y habló sin preámbulos.

—La lista. —Jimmy se la entregó y el chambelán le echó un vistazo—. Bien. O tu letra está mejorando o has conseguido un ayudante. —Hubo un cierto murmullo entre los muchachos, pero no abierta risa—. Pero voy a cambiar una tarea. Harold y Bryce serán los lacayos en el carruaje de las princesas Alicia y Anita. James y Locklear se quedarán para ayudar al mayordomo de la casa real aquí en palacio.

Jimmy recibió un mazazo. Locklear y él no estarían en el cortejo que iría hasta las puertas. Se quedarían allí sin hacer nada por si acaso había cualquier pequeño problema que el mayordomo considerara que requería la presencia de un escudero.

DeLacy leyó distraídamente el resto de las tareas en voz alta, y luego despidió a los muchachos. Locklear y Jimmy intercambiaron miradas, y Jimmy se acercó al chambelán, que ya se iba.

—Señor... —empezó a decir Jimmy.

DeLacy se volvió hacia el muchacho.

—Si es acerca de la asignación de tareas, no hay discusión.

El rostro de Jimmy se sonrojó.

—¡Pero yo era el escudero del príncipe! —respondió alterado.

—Y yo era el escudero de la princesa —soltó Locklear en un momento de inusual osadía. DeLacy miró asombrado al joven—. Bueno, algo así... —corrigió el chico.

—Eso no importa —dijo deLacy—. Yo tengo mis órdenes. Y vosotros cumpliréis las vuestras. Eso es todo. —Jimmy empezó a hablar pero el viejo chambelán le interrumpió—. He dicho que eso es todo, escudero.

Jimmy se dio la vuelta y empezó a alejarse. Locklear se puso a su lado.

—No sé lo que pasa aquí —dijo Jimmy—. Pero tengo intención de averiguarlo. Ven.

Jimmy y Locklear corrían, mirando a su alrededor. Una orden de cualquier miembro de la corte impediría esta visita inesperada, así que se esforzaban por mantenerse fuera de la vista de cualquiera que pudiera encontrarles un trabajo que hacer. El cortejo funeral partiría de palacio en menos de dos horas, así que todavía quedaba bastante trabajo para dos escuderos. Una vez comenzara, sería un lento desfile por la ciudad, con una parada en la plaza de los templos, donde se pronunciarían las oraciones públicas, y luego el largo viaje hasta Rillanon y el

sepulcro de los antepasados de Arutha. Una vez que la comitiva funeraria saliera de la ciudad, los escuderos volverían a palacio. Pero a Jimmy y Locklear se les estaba negando incluso aquella pequeña parte de la procesión.

Jimmy se acercó a la puerta de la princesa y se dirigió al guardia que había afuera.

—Si Su Alteza tuviera un momento.

El guardia levantó las cejas, pero no estaba en posición de cuestionar ni siquiera a un miembro de la corte de tan poca importancia como un escudero, así que se limitaría a transmitir dentro el mensaje. Cuando el guardia abrió la puerta, Jimmy pensó haber oído algo fuera de lugar, un sonido que acabó antes de que él pudiera distinguirlo. Jimmy intentó descifrar lo que acababa de oír, pero la vuelta del guardia distrajo su atención. Un momento después, se les permitió entrar a Locklear y él.

Carline estaba sentada junto a Anita, cerca de la ventana, a la espera de que las llamaran para acudir al funeral. Tenían las cabezas juntas y cuchicheaban en voz baja. La princesa madre Alicia estaba junto a su hija. Las tres iban vestidas de negro. Jimmy se acercó e hizo una reverencia, con Locklear a su lado.

—Lamento molestar, Alteza —dijo en voz baja.

Anita le sonrió.

—Tú nunca eres una molestia, Jimmy. ¿Qué pasa?

Repentinamente, Jimmy se sintió egoísta por preocuparse por su exclusión del funeral.

—De hecho es una tontería. Me han ordenado que hoy permanezca en palacio, y me preguntaba... esto... ¿Habéis pedido vos que yo me quedara aquí?

Carline y Anita intercambiaron una mirada.

—No, Jimmy —dijo la princesa de Kronedor. Su tono era pensativo—. Pero quizá lo ha hecho el conde Volney. Eres el escudero mayor y deberías permanecer en tu despacho, o al menos estoy segura de que eso es lo que ha creído el conde.

Jimmy estudió la expresión de ella. Había una nota discordante. La princesa Anita había vuelto de las tierras de su madre demostrando la pena que era de esperar. Pero poco después se había producido en ella un sutil cambio. La conversación fue interrumpida por el llanto de un niño, seguido rápidamente por el de otro. Anita se levantó.

—Nunca es uno solo —dijo, demostrando un evidente afecto. Carline sonrió ante eso, pero luego su rostro se volvió rápidamente sombrío.

—Aquí estamos de más, Alteza —dijo Jimmy—. Siento haberos molestado por un asunto de tan poca importancia.

Locklear siguió a Jimmy afuera.

—¿Me he perdido algo ahí dentro, Locky? —dijo Jimmy en cuanto el guardia no pudo oírlos.

Locklear se volvió y miró a la puerta durante unos instantes.

—Pasa algo... raro. Es como si nos quisieran quitar de en medio.

Jimmy pensó durante un minuto. Ya comprendía lo que le había llamado la atención fuera de la puerta, justo antes de que los dejaran entrar. El extraño sonido habían sido las voces de las princesas, o mejor dicho, el tono de esas voces: parlotteando, charlando despreocupadamente.

—Empiezo a pensar que tienes razón —dijo Jimmy—. Vamos, no tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Ya verás.

Jimmy salió corriendo por el pasillo, y el chico de menor edad tuvo que esforzarse para alcanzarlo.

Gardan y Volney iban a toda prisa hacia el patio, acompañados de cuatro guardias, cuando los chicos los interceptaron.

—¿No se supone que deberíais estar en el patio? —dijo el conde sin apenas dedicarles una mirada.

—No, señor —respondió Jimmy—. Nos han asignado con el mayordomo.

Gardan pareció un poco sorprendido ante eso.

—Entonces espero que corráis por si os necesitaran allí —fue todo lo que dijo el conde—. Tenemos que comenzar la procesión.

—Señor —dijo Jimmy—, ¿habéis ordenado vos que nos quedemos?

Volney desestimó la pregunta.

—El duque Laurie se ha estado encargando de esos detalles junto con el chambelán deLacy. —Apartó su atención de los chicos y Gardan y él se fueron.

Jimmy y Locklear se quedaron parados mientras el conde y el mariscal doblaban una esquina, seguidos de cerca por el sonoro repicar de las botas de su escolta contra el suelo.

—Creo que empiezo a entender —dijo Jimmy, y cogió a Locklear del brazo—. Vamos.

—¿Dónde? —dijo Locklear con cierto matiz de frustración en la voz.

—Ya lo verás —llegó la respuesta mientras Jimmy casi corría.

—Ya lo verás, ya lo veras. ¿Ver el qué, maldita sea?

Y Locklear corrió tras él.

Dos guardias estaban en su puesto.

—¿Y a dónde van los jóvenes caballeros? —dijo uno de ellos.

—Autoridad portuaria —dijo Jimmy picajoso y entregándole una orden redactada apresuradamente—. El mayordomo no logra encontrar el manifiesto de carga de un barco, y necesita con urgencia una copia.

Jimmy había estado a punto de investigar algo y le molestaba tener que ir a este

recado. También parecía un extraño momento para que mayordomo se obsesionara con la necesidad de un manifiesto de carga.

—Un minuto —dijo el guardia que había examinado el papel, y le hizo un gesto a otro guardia que estaba cerca del despacho del oficial de la guardia, junto a la entrada principal de palacio. El guardia se acercó corriendo—. ¿Puedes acompañar a estos muchachos a las oficinas del puerto y de vuelta? Tienen que recoger algo para el mayordomo.

Al guardia no pareció importarle. La ida y la vuelta llevarían menos de una hora. Asintió y los tres emprendieron el camino.

Veinte minutos después, Jimmy estaba en las oficinas de la autoridad portuaria tratando con un funcionario menor, ya que el resto del mundo estaba presenciando cómo el cortejo abandonaba la ciudad. El hombre gruñía mientras examinaba una pila de documentos, buscando una copia del último albarán de productos entregados en los muelles reales. Mientras el hombre trasteaba, Jimmy le echó una ojeada a un papel que colgaba de la pared de la oficina para que cualquiera pudiera verlo. Era la lista de salidas de barcos de la semana en curso. Algo le llamó la atención, y se acercó a mirar. Locklear lo siguió.

—¿Qué?

Jimmy señaló.

—Interesante.

Locklear miró la anotación.

—¿Por qué?

—No estoy seguro —dijo Jimmy bajando la voz—, pero piensa un minuto en algunas de las cosas que están pasando en palacio. Nos impiden acudir a la procesión, y le preguntamos a la princesa acerca de ello. Apenas llevamos diez minutos fuera de sus aposentos cuando nos mandan a este recado inútil. Dime que no parece que quieran quitarnos de en medio. Pasa algo... raro.

—Eso ya lo he dicho yo antes —dijo Locklear impaciente.

El funcionario encontró y les entregó el papel solicitado, y el guardia escoltó a los muchachos de vuelta a palacio. Jimmy y Locklear pasaron corriendo junto a los guardias de la puerta, saludando distraídamente, y se dirigieron a la oficina del mayordomo.

Una vez dentro de palacio, llegaron al despacho justo en el momento en que el mayordomo real, el barón Giles, se iba.

—Aquí estáis —dijo en tono reprobatorio—. Ya pensaba que iba a tener que mandar guardias a sacaros de donde quiera que estuvierais holgazaneando.

Jimmy y Locklear intercambiaron miradas. El mayordomo parecía haberse olvidado por completo acerca del manifiesto. Jimmy se lo entregó.

—¿Qué es esto? —examinó el papel—. Ah, sí —comentó, y soltó el papel en su

escritorio—. Ya me ocuparé más tarde. Tengo que ir a ver la salida de la comitiva de palacio. Vosotros os quedaréis aquí. Si surgiera alguna emergencia, uno de los dos se quedará en esta oficina mientras el otro va a buscarme. En cuanto el féretro haya salido por las puertas, volveré.

—¿Se prevé algún problema, señor? —preguntó Jimmy.

—Por supuesto que no, pero siempre es bueno estar preparado —dijo el mayordomo pasando entre ellos—. Volveré en poco tiempo.

En cuanto se hubo ido, Locklear se volvió hacia Jimmy.

—Muy bien. ¿Qué está pasando? Y no te atrevas a decirme «ya lo verás».

—Las cosas no son lo que parecen. Ven.

Jimmy y Locklear corrieron escaleras arriba. Al llegar a una ventana desde la que se dominaba el patio, observaron en silencio los preparativos. El cortejo fúnebre se estaba reuniendo, situando en posición las andas para el féretro, que iría escoltado por una compañía escogida de la guardia personal de Arutha. Las andas iban tiradas por un tiro de seis caballos negros, enjaezados con plumas negras y conducidos por un mozo a pie vestido también de negro. Los soldados se situaron a ambos lados de las andas.

Un grupo de ocho hombres de armas salió de palacio transportando el ataúd de Arutha. Fueron hasta un cadalso móvil que les permitió izar el féretro hasta las andas. Lentamente, casi con reverencia, subieron al principio de Krondor hasta la estructura negra.

Jimmy y Locklear miraron al féretro y pudieron ver al príncipe claramente por primera vez. La tradición dictaba que el cortejo debía salir con el féretro abierto para que el pueblo pudiera contemplar a su gobernante una última vez. Lo cerrarían nada más cruzar las puertas de la ciudad, para no volverlo a abrir, excepto una vez más en la privacidad de la cripta familiar bajo el palacio real de Rillanon, donde la familia de Arutha se despediría de él por última vez.

Jimmy sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Tragó saliva para deshacerlo. Vio que habían amortajado a Arutha con su traje favorito: su blusa de terciopelo verde y sus calzas bermejas. Habían añadido un chaleco verde, aunque Arutha raras veces lo había llevado. Tenía su estoque favorito ente las manos, y la cabeza descubierta. Parecía dormido. Cuando lo apartaban de la vista, Jimmy notó las exquisitas babuchas de satén en los pies del príncipe.

En ese momento apareció un mozo de cuerdas conduciendo el caballo de Arutha, que seguiría al féretro, sin jinete. Era un magnífico semental gris, que levantaba la cabeza y forcejeaba con el mozo. Otro se acercó corriendo y ente los dos lograron tranquilizar a la rebelde montura.

Jimmy entrecerró los ojos. Locklear se volvió justo a tiempo de ver la extraña expresión.

—¿Qué?

—Que me aspen si aquí no hay gato encerrado. Vamos, quiero ver una cosa o dos.

—¿Dónde?

Pero Jimmy ya se iba corriendo escaleras abajo.

—¡Corre, solo tenemos unos minutos!

Locklear lo siguió, gruñendo en silencio.

Jimmy se ocultaba en una sombra cerca del establo.

—Mira —dijo empujando a Locklear hacia delante.

Locklear hizo como que pasaba casualmente ante la entrada del establo mientras estaban sacando las últimas monturas de la guardia de honor. Detrás del féretro del príncipe iba a marchar la guarnición casi al completo, pero una vez fuera de la ciudad, una compañía completa de lanceros reales actuaría de escolta todo el camino hasta Salador.

—¡Eh, chico! ¡Mira por dónde vas!

Locklear tuvo que apartarse de un salto cuando un mozo de cuadras salió de los establos, corriendo entre dos caballos, sosteniendo sus riendas. Casi atropella a Locklear. Locklear retrocedió y se agazapó en la esquina junto a Jimmy.

—No sé qué esperabas encontrar, pero no, no está allí.

—Eso es lo que esperaba encontrar. Ven —ordenó Jimmy mientras corría hacia el edificio central del palacio.

—¿Dónde?

—Ya lo verás.

Locklear le lanzó una mirada asesina a la espalda de Jimmy mientras corrían por el patio de armas.

Jimmy y Locklear corrieron escalera arriba, subiendo los peldaños de dos en dos. Al llegar la ventana desde la que se dominaba el patio, pararon para coger aire. La carrera de ida y vuelta al establo les había llevado diez minutos, y el cortejo estaba a punto de dejar el palacio. Jimmy observó atentamente. Unos carruajes se acercaron hasta las escaleras de palacio y los pajes corrieron a abrir las puertas. Por tradición, solo irían en ellos los miembros de la familia real, por nacimiento o matrimonio. Los demás tendrían que andar tras el féretro de Arutha en señal de respeto. Las princesas Anita y Alicia bajaron las escaleras y subieron al primer carruaje, mientras que Carline y Laurie fueron al segundo. El duque casi se resbaló de lo rápido que iba. Subió prácticamente de un salto al carruaje después de Carline, y cerró rápidamente las cortinas en la ventana de su lado.

Jimmy miró a Locklear, que tenía una abierta expresión de curiosidad en el rostro ante el comportamiento de Laurie. Al no ver necesidad de hacerle comentario alguno al otro joven, Jimmy se mantuvo en silencio.

Gardan tomó su puesto al frente de la comitiva, con un pesado manto negro colgando de los hombros. Hizo una señal, y un tamborilero comenzó un lento golpeteo sobre un tambor. Sin que se pronunciara ninguna orden, la procesión emprendió la marcha al cuarto repique de tambor. Los soldados avanzaban en silencio, mientras que los carruajes iniciaron su camino. De repente el semental gris volvió a encabritarse y un mozo más tuvo que acudir para contenerlo. Jimmy sacudió la cabeza. Tenía esa vieja y familiar sensación: todas las piezas de un extraño rompecabezas estaban a punto de encajar en su sitio. Lentamente, una sonrisa de comprensión se abrió paso en su rostro.

Locklear observó el cambio de expresión de su amigo.

—¿Qué?

—Ya sé lo que ha estado tramando Laurie. Sé lo que está pasando. Vamos, tenemos mucho que hacer y muy poco tiempo para hacerlo —dijo dándole una palmada en el hombro a Locklear.

Jimmy conducía a Locklear por el pasadizo secreto, y la temblorosa luz de la antorcha proyectaba sombras danzarinas en todas direcciones. Ambos escuderos iban vestidos con ropa de viaje y llevaban amas, mochilas y sacos de dormir.

—¿Estás seguro de que no tendrán a nadie en la salida? —preguntó Locklear por primera vez.

—Te lo he dicho —dijo Jimmy impaciente—; esta es la salida que nunca le he enseñado a nadie, ni siquiera al príncipe o a Laurie. Algunas costumbres tardan más en olvidarse que otras —dijo como si tratara de justificar esta falta, por omisión.

Habían cumplido con sus deberes toda la tarde; después de que los escuderos se fueran a dormir, ellos se habían escabullido hasta donde habían guardado apresuradamente sus equipos de viaje. Ahora era cerca de la media noche.

Al llegar a una puerta de piedra, Jimmy accionó una palanca y ambos oyeron un chasquido. Jimmy apagó la antorcha y apoyó el hombro en la puerta. Costó varios fuertes empujones que la quejumbrosa puerta se moviera, ya que la edad la había hecho reticente a ello. Salieron a rastras por una pequeña puerta, disfrazada entre la cantería de la parte baja de la muralla del patio de armas, que daba a una de las calles más próximas a palacio. A menos de media manzana se encontraba la puerta, con sus centinelas. Jimmy intentó cerrar la puerta, pero esta se negó a moverse. Le hizo un gesto a Locklear, y el joven le ayudó a empujar. Se resistió, pero luego cedió repentinamente y se cerró con un golpe audible. De la puerta llegó una voz.

—¡Eh ahí! ¿Quién va? ¡Identifíquese!

Jimmy huyó sin vacilar, con Locklear pisándole los talones. Ninguno de los muchachos volvió la cabeza para comprobar si los perseguían, sino que la mantuvieron gacha y corrieron sobre los adoquines.

Pronto se perdieron en el laberinto de calles entre el barrio pobre y los muelles. Jimmy se detuvo para orientarse, luego señaló.

—Por ahí. Tenemos que darnos prisa. El *Cuervo* zarpa con la marea de la medianoche.

Ambos muchachos atravesaron la noche a la carrera. Pronto estuvieron pasando frente a edificios cerrados cercanos al mar. De los muelles llegaba el sonido de hombres gritando órdenes mientras un barco se preparaba para zarpar.

—Están soltando amarras —gritó Locklear.

Jimmy no respondió, solo aceleró. Ambos escuderos llegaron al final del muelle justo cuando soltaban el último cabo, y con sendos saltos desesperados llegaron al costado del barco justo cuando este se apartaba del embarcadero. Unas rudas manos los subieron, y en unos instantes estaban en la cubierta.

—Vaya, vaya. ¿Qué es esto? —llegó una voz curiosa, y en unos momentos Aaron Cook estuvo ante ellos—. Bueno, Jimmy la Mano, ¿es que tienes tantas ganas de hacer un viaje por mar que estás dispuesto a romperte el cuello para subir a bordo?

Jimmy sonrió ampliamente.

—Hola, Aaron. Necesito hablar con Hull.

El hombre con el rostro picado de viruelas miró con una mueca de desagrado a los escuderos.

—Para todos los que están a bordo del *Cuervo Real* es capitán Hull, sean escuderos del príncipe o no. Veré si el capitán tiene un momento.

Poco después, los escuderos se encontraban delante del capitán, que los miraba con su único ojo y una expresión torva.

—¿Desertando del puesto, eh?

—Trevor... —empezó Jimmy, pero ante la mueca de Cook, se corrigió—. Capitán. Necesitamos viajar a Sarth. Y vimos en la lista de barcos de la autoridad portuaria que esta noche zarpabas para patrullar al norte.

—Bueno, puede que creas que tienes que viajar por la costa, Jimmy la Mano, pero no tienes autoridad suficiente para subir a mi barco ni con una autorización, que de hecho no tienes. Y a pesar del anuncio público, por los espías, ya sabes, vamos rumbo al oeste, ya que nos han avisado de que hay esclavistas de Durbin apostados a la espera de mercaderes del Reino; y siempre hay galeras queganans metiendo las narices. No, bajarás a tierra con el práctico en cuanto hayamos dejado atrás la dársena, a menos que tengas una razón mejor que el simple deseo de transporte gratuito.

La expresión del antiguo contrabandista revelaba que, aunque sintiera afecto por el chico, no toleraba tonterías a bordo de su barco.

—Si pudiera hablar contigo en privado —dijo Jimmy.

Hull intercambió una mirada con Cook, y luego se encogió de hombros. Jimmy pasó cinco minutos hablando en susurros con el viejo capitán. Repentinamente, Hull

se rió, un sonido de genuina alegría.

—¡Que me ahorquen! —Un momento después se acercó a Aaron Cook—. Lleva abajo a estos muchachos. Tan pronto salgamos del puerto quiero que se largue todo el velamen. Rumbo a Sarth.

Cook vaciló un minuto, luego fue a un marinero y le ordenó que llevara abajo a los muchachos. Cuando se hubieron ido y el práctico del puerto volvía, el primer oficial llamó a toda la tripulación a cubierta y ordenó largar velas y poner rumbo norte. Miró hacia atrás, donde el capitán Hull estaba junto al timonel, pero el capitán se limitaba a sonreír para sí mismo.

Jimmy y Locklear estaban asomados a la borda, esperando. Cuando el bote estuvo listo, subieron a bordo. Trevor Hull fue junto a ellos.

—¿Estáis seguros de que no queréis que os llevemos hasta Sarth?

Jimmy negó con la cabeza.

—Prefiero que no me vean llegar a bordo de un barco del Real Servicio de Aduanas. Llama demasiado la atención. Además, aquí cerca hay una aldea donde podemos comprar caballos. Y ni a un día de camino hay un buen sitio donde acampamos la última vez. Desde allí podremos observar a todos los que pasen. Será más fácil verlos desde allí.

—Siempre que no hayan pasado ya.

—Solo salieron un día antes que nosotros, y nosotros hemos navegado por las noches, mientras que ellos debían dormir. Les hemos sacado ventaja.

—Muy bien, jovencitos. Os desearé la protección de Killian, que en sus momentos más amables cuida de los marinos y demás tipos temerarios, y de Banath, que hace lo mismo con los ladrones, los jugadores y los tontos. —Se puso algo más serio—. Tened cuidado, chavales. —E hizo un gesto para que bajaran el bote.

Todavía estaba oscuro, ya que el sol todavía no había perforado la bruma costera. La chalupa se orientó hacia la costa y los remeros empezaron a bogar fuerte. Avanzaron rápidamente, hasta que la proa de la chalupa tocó la arena, y Jimmy y Locklear bajaron a tierra.

Al principio el posadero no había querido vender sus caballos, pero la actitud seria de Jimmy, su pose de autoridad, y la forma en que llevaba la espada, unido todo a una buena cantidad de oro, le hicieron cambiar de opinión. Para cuando el sol salía por encima del bosque al este de la aldea de Longroad, los dos jóvenes iban montados, bien provisionados y de camino por la carretera entre Sarth y Vista del Questor.

Al mediodía estaban ya en posición, en un estrechamiento del camino. Al este había un promontorio cubierto de denso follaje, que impedía el paso, mientras que al

oeste el suelo hacía una pronunciada pendiente hasta la playa. Desde este punto privilegiado, Jimmy y Locklear podían ver a cualquier viajero que se acercara por la carretera o por la playa.

Hicieron un pequeño fuego para protegerse de la humedad y se sentaron a esperar.

Dos veces en los tres días siguientes, fueron amenazados. La primera vez fue una banda de bravos sin empleo, guardias mercenarios que venían de Vista del Questor. Pero esa banda había sido desanimada por la determinación de ambos jóvenes y la probabilidad de que no tuvieran nada que robar aparte de los dos caballos. Un hombre trató de apoderarse de uno de los caballos, pero la rapidez de Jimmy con el estoque lo disuadió. Se fueron antes de derramar sangre por un botín tan escaso.

El segundo encuentro había sido notablemente más peligroso, ya que ambos muchachos habían estado espalda contra espalda con las armas desenvainadas, protegiendo sus caballos de tres bandidos de aspecto patibulario. Si los bandidos hubieran sido más, Jimmy estaba seguro de que los habrían matado, pero los hombres habían huido ante el sonido de jinetes que se aproximaban, que resultaron ser una pequeña patrulla de la guarnición de Vista del Questor.

Los soldados habían interrogado a Jimmy y Locklear y habían aceptado su historia. Viajaban como hijos de un escudero poco importante, que debía encontrarse pronto con ellos en aquel punto. Tras eso, los chicos y su padre continuarían hacia el sur en dirección a Krondor, para seguir el cortejo fúnebre del príncipe. El sargento al mando de la patrulla les había deseado buen viaje.

Luego, en la tarde del cuarto día transcurrido desde su llegada, Jimmy vio tres jinetes que venían por la playa. Los observó un buen rato.

—¡Ahí están! —dijo.

Jimmy y Locklear montaron rápidamente y descendieron la pendiente hasta la playa. Se detuvieron, con los caballos piafando sobre la arena, mientras esperaban que se acercaran los jinetes.

Los tres jinetes aparecieron a la vista, bajaron el ritmo y se acercaron con cautela. Parecían cansados y sucios, muy posiblemente mercenarios, a juzgar por sus armas. Todos llevaban barba, aunque las de los dos hombres morenos eran cortas y recientes. El primer jinete maldijo al ver a los dos jóvenes. El segundo sacudió la cabeza incrédulo.

El tercer jinete se adelantó y se detuvo ante los muchachos.

—¿Cómo habéis...?

Locklear estaba boquiabierto, aturdido. De todo lo que le había dicho Jimmy, esta era la cosa que el escudero mayor no había mencionado. Jimmy sonreía de oreja a oreja.

—Tiene su historia. Tenemos un pequeño campamento ahí arriba si queréis descansar, aunque está junto a la carretera.

El hombre se rascó la barba de dos días.

—Nos vendría bien. No tiene mucho sentido seguir viajando hoy.

La sonrisa de Jimmy se ensanchó.

—Debo decir que sois el cadáver con aspecto más saludable que he visto en mi vida, y he visto unos cuantos.

Arutha le devolvió la sonrisa y se volvió hacia Laurie y Roald.

—Vamos, descansemos los caballos y enterémonos de cómo estos bribones nos han pillado.

El fuego parecía arder alegremente mientras el sol desaparecía en el océano. Estaban tumbados alrededor de la hoguera, excepto Roald, que montaba guardia observando el camino.

—Eran muchos detallitos —dijo Jimmy—. Las dos princesas parecían tener más preocupación que pena. Cuando nos quisieron alejar del cortejo empecé a sospechar.

—Fue algo que dije yo —añadió Locklear.

Jimmy miró torvamente a Locklear, indicando que era su historia.

—Sí, fue eso. Dijo que nos querían quitar de en medio. Y ahora sé por qué. Habría descubierto al falso duque en el carruaje en un minuto. Y entonces habría sabido que iba al norte a acabar con Murmandamus.

—Ese es el motivo de que quisiéramos manteneros lejos —dijo Laurie.

—Ese era el plan —añadió Roald.

—Podíais haber confiado en mí —Jimmy parecía dolido.

Arutha estaba atrapado a medio camino de la diversión y el enfado.

—No era una cuestión de confianza, Jimmy. No quería esto. No quería que vinieras. Y ahora tengo a dos —dijo con un gruñido burlón.

Locklear miró a Jimmy con gesto de preocupación, pero el tono de Jimmy lo tranquilizó.

—Bueno, incluso los príncipes tienen el ocasional error de juicio. Solo acordaos de la clase de problema en el que os habríais metido si yo no me hubiera olido aquella trampa en Moraelin.

Arutha indicó su rendición con un asentimiento.

—Así que supiste que pasaba algo extraño, y luego dedujiste que Laurie y Roald iban al norte, ¿pero cómo supiste que yo estaba vivo?

Jimmy rió.

—Primero, en el funeral usaron el semental gris, y el alazán no estaba en el establo. Nunca os gustó el gris, recuerdo habérselo oído.

Arutha asintió.

—Tiene demasiado temperamento. ¿Qué más?

—Me di cuenta cuando vi pasar el cuerpo. Si os iban a enterrar con vuestra ropa favorita, os habrían puesto vuestras botas favoritas. —Señaló el par que llevaba puesto el príncipe—. Pero en los pies llevaba unas babuchas. Eso es porque las botas que llevaba el asesino al colarse en palacio estaban cubiertas de fango de las cloacas y sangre. Lo más probable es que quienquiera que vistiese el cuerpo fuese a buscar otro par en vez de limpiarlas, y o no encontrase ninguno o no le estaban bien, así que se limitó a ponerle babuchas. Cuando vi eso me lo figuré. No hicisteis quemar el cuerpo del asesino, solo el corazón. Nathan usaría un conjuro para mantenerlo fresco.

—No sabía qué hacer con él, pero pensé que podría ser útil. Entonces tuvimos la intentona del templo. La daga de aquel asesino no fue ningún engaño —se frotó distraídamente el costado dolorido—, pero tampoco fue una herida grave.

—¡Ja! —dijo Laurie—. Dos centímetros más arriba y cinco a la derecha y el funeral hubiera sido auténtico.

—La primera noche mantuvimos el asunto en secreto, Nathan, Gardan, Volney, Laurie y yo, mientras decidíamos qué hacer —dijo Arutha—. Y decidí hacerme el muerto. Volney retuvo el cortejo fúnebre hasta la llegada de los nobles locales, lo que me dio tiempo de reponerme lo suficiente para cabalgar. Quería escabullirme de la ciudad sin que nadie se diera cuenta. Si Murmandamus me cree muerto dejará de buscarme. Y con esto —mostró el talismán que le había dado el abad ishapiano— no podrá encontrarme por medios mágicos. Espero hacerle actuar prematuramente.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, chicos? —dijo Laurie—. Es imposible que nos hayáis adelantado por la carretera.

—Conseguí que Trevor Hull nos trajera —contestó Jimmy.

—¿Se lo dijiste? —preguntó Arutha.

—Pero solo a él. Ni siquiera Cook sabe que estáis vivo.

—Siguen siendo condenadamente demasiados para un secreto —dijo Roald.

—Pero —dijo Locklear—, o sea, todos lo que lo saben son de confianza... señor.

—Ese no es el tema —dijo Laurie—. Carline y Anita lo saben, igual que Gardan, Volney y Nathan. Pero incluso deLacy y Valdis lo ignoran. Y el rey no lo sabrá hasta que Carline no se lo diga en privado al llegar a Rillanon. Solo esos lo saben.

—¿Y Martin? —Preguntó Jimmy.

—Laurie le envió un mensaje. Se encontrará con nosotros en Ylith —respondió Arutha.

—Eso es arriesgado —dijo Jimmy.

—Nadie salvo alguno de nosotros podría entender el mensaje —dijo Laurie—. Solo decía: «El Norteño. Ven tan rápido como puedas». Y estaba firmado por Arthur. Comprenderá que nadie debe saber que Arutha vive.

Jimmy reveló su admiración.

—Solo los que estamos aquí sabemos que el Norteño es la taberna de Ylith donde Martin se peleó con ese tipo, Longly.

—¿Quién es Arthur? —preguntó Locklear.

—Su Alteza —dijo Roald—. Es el nombre que usó la última vez que viajó.

—Y lo usé al llegar a Krondor con Martin y Amos.

Jimmy se puso pensativo.

—Es la segunda vez que vamos al norte, y es la segunda vez que desearía que Amos Trask estuviera con nosotros.

—Bueno, pero no lo está —dijo Arutha—. Acostémonos. Tenemos un largo camino por delante, y tengo que pensarme qué hacer con dos bribonzuelos.

Jimmy se envolvió en su saco de dormir, igual que los demás, mientras Roald se encargaba de la primera guardia. Y por primera vez en semanas, Jimmy se durmió enseguida, libre de pena.

7

Misterios

Ryath emergió con un trueno a un cielo familiar.

Viró sobre los bosques del Reino. *Debo cazar*, llegó un pensamiento. La dragona prefería hablar telepáticamente durante el vuelo, aunque en el suelo hablaba de viva voz.

Tomas miró a Pug.

—La isla de Macros está lejos, casi mil millas —respondió este.

Tomas sonrió.

—Podemos estar allí más rápido de lo que imaginas.

—¿Cuánta distancia puede recorrer volando Ryath?

—Podría darle la vuelta al mundo sin aterrizar, aunque creo que sería de la opinión de que no hay motivo para hacerlo. Y además no has visto ni la décima parte de su velocidad.

—Bueno —respondió Pug—. Entonces cuando hayamos aterrizado en la Isla del Hechicero.

Tomas le pidió a la dragona que aguantara un poco más, y esta accedió un poco a regañadientes. Ascendiendo en los azules cielos de Midkemia, Ryath siguió las instrucciones de Pug, sobre picos montañosos en dirección al Mar Amargo. Con un poderoso batir de alas subió hasta una altura que le permitía planear. Pronto la tierra pasó bajo ellos como una exhalación, y Pug se preguntó cuál sería el límite de la velocidad del dragón. Avanzaban más rápido que un caballo al galope y parecían estar acelerando. Había un componente de magia en la capacidad de vuelo de Ryath, ya que aunque la dragona parecía estar planeando, de hecho estaba incrementando su velocidad sin un solo batir de alas. Volaban cada vez más rápido. Iban cómodos gracias a la magia de Tomas, que los protegía del viento y el frío, aunque Pug estaba casi mareado por la excitación. Los bosques de la Costa Lejana dieron paso a los picos de las Torres Grises y luego se encontraron sobrevolando las Ciudades Libres de Natal. Luego pasaron sobre las aguas del Mar Amargo, con reflejos plateados y verdes centelleando sobre el azul oscuro. Los barcos que recorrían las rutas de comercio

estivales entre Queg y las Ciudades Libres parecían los juguetes de un niño.

Al sobrevolar a toda velocidad el reino isleño de Queg pudieron ver la capital y las aldeas circundantes, que también parecían juguetes desde esa altura. Muy por debajo de ellos, unas formas aladas volaban en formación cerca de la línea de costa, el dragón emitió una risita alegre.

Conocéis las, gobernante de las Estribaciones de las Águilas?

—No son lo que una vez fueron —dijo Tomas.

—¿Qué? —dijo Pug.

Tomas señaló hacia abajo.

—Esos son los descendientes de las águilas gigantes que yo cazaba... que Ashen-Shugar cazaba hace eras. Las usaba igual que los hombres usan a los halcones. Esas antiguas aves eran inteligentes en cierto sentido. *Los hombres de las islas las entrenan y las montan como otros hacen con los caballos. Son una raza caída.*

Tomas parecía irritado.

—Igual que tantos otros, no son más que una sombra de lo que una vez fueron. *Pero hay algunos que hemos ido a más, valheru,* respondió con humor la dragona.

Pug no dijo nada. Por muy bien que comprendiera a su amigo, había mucho acerca de él que nadie llegaría nunca a entender. Tomas era único en el mundo en que llevaba sobre su alma cargas que ningún otro ser podía comprender. En cierto sentido, Pug podía comprender cómo esos descendientes de las antaño orgullosas águilas que Ashen-Shugar había cazado podían dolerle a Tomas, pero decidió no hacer ningún comentario. Cualquier desasosiego que Tomas experimentara, era solamente suyo.

Poco tiempo después apareció ante sus ojos otra isla, diminuta comparada con la nación de Queg, pero todavía lo bastante grande para albergar una población de buen tamaño. Pero Pug sabía que muy pocos habían habitado allí, ya que era la Isla del Hechicero, hogar de Macros el Negro.

Cuando cruzaron el borde noroccidental de la isla, bajaron de altitud, atravesaron una franja de colmas y luego sobrevolaron un pequeño valle.

—¡No puede ser! —dijo Pug.

—¿Qué? —dijo Tomas.

—Aquí había antes un sitio... raro. Una casa con varios edificios aledaños. Fue donde me encontré con Macros. Kulgan, Gardan, Arutha y Meecham también estuvieron allí.

Pasaron sobre altos árboles.

—Esos pinos y robles no pueden haber crecido en los doce años escasos que hace que viste al hechicero por primera vez, Pug —dijo Tomas—. Tienen aspecto de ser muy antiguos.

—Otro de los misterios de Macros —dijo Pug—. Reza para que el castillo esté allí.

Ryath atravesó otra franja de colinas, poniéndolos a la vista de la única estructura visible de la isla, un solitario castillo. Viraron sobre la playa donde Pug y sus compañeros habían desembarcado años antes, y el dragón descendió rápidamente, aterrizando en un sendero que dominaba la playa. Se despidió de sus compañeros y volvió a levantar el vuelo, preparándose para cazar.

—Había olvidado como era montar en dragón —dijo Tomas mientras observaba como Ryath se desvanecía en el cielo azul. Miró a Pug pensativo—. Cuando me pediste que te acompañara, volví a temer que se despertaran los espíritus dormidos en mi interior. —Se dio unos golpecitos en el pecho—. Pensé que Ashen-Shugar esperaba aquí, y que solo necesitaba un pretexto para volver a salir y aplastarme. —Pug estudió el rostro de Tomas. Su amigo ocultaba bien sus emociones, pero Pug seguía pudiendo verlas allí, poderosas y profundas—. Pero ahora sé que no hay diferencia entre Ashen-Shugar y Tomas. Yo soy ambos. —Bajó la mirada al suelo por unos instantes, recordándole a Pug el aspecto que había tenido de niño cuando inventaba una excusa ante su madre por alguna travesura—. Siento que ambos hemos ganado y hemos perdido.

Pug asintió.

—Nunca volveremos a ser los niños que una vez fuimos, Tomas. Pero nos hemos convertido en mucho más de lo que nunca soñamos. Con todo, pocas cosas valiosas son sencillas. O fáciles.

Tomas miró fijamente al mar.

—Pensaba en mis padres. No los he visitado desde que acabó la guerra. No soy quien una vez conocieron.

Pug comprendía.

—Será duro para ellos, pero son buena gente y aceptarán tu cambio. Les gustará ver a su nieto.

Tomas suspiró, y luego se rió, en parte de alegría y en parte de amargura.

—Calis es diferente de lo que ellos esperaban, pero yo también. No, no temo volver a verlos. —Se volvió y miró a Pug a los ojos—. No, lo que temo es no volver a verlos —dijo en voz baja.

Pug pensó en su propia esposa, Katala, y en los demás allá en Stardock. Solo pudo apoyar la mano en el brazo de Tomas durante un momento largo y pensativo. A pesar de sus fuerza y sus habilidades, talentos sin rival en este mundo, ambos eran mortales e, incluso más que Tomas, Pug comprendía la terrible naturaleza de aquello a lo que se enfrentaban. Y Pug tenía temores y sospechas más oscuros en lo más íntimo de su ser. El silencio de los eldar durante su entrenamiento, su presencia en Kelewan, y los indicios que había percibido mientras estudiaba con ellos, todo apuntaba a posibilidades que Pug tenía la ferviente esperanza de que fueran falsas. Había una conclusión que no pronunciaría en voz alta hasta que no tuviera otra elección.

—Vamos, debemos buscar a Gathis —dijo, dejando de lado su inquietud.

Estaban en un punto desde el que se dominaba la playa y donde dos senderos se dividían de uno. Pug sabía que uno conducía al castillo, el otro hacia el pequeño valle donde antes habían estado los extraños edificios que el hechicero había llamado Villa Beata, el lugar donde se había encontrado a Macros por primera vez. Pug ahora deseaba haber visitado el complejo cuando vino con los demás a recoger el legado de Macros, el corazón de la biblioteca de la Academia de Stardock. Que aquellos edificios hubieran desaparecido y hubieran sido sustituidos por árboles de aspecto antiguo era, como él había dicho, uno más de los muchos misterios que rodeaban a Macros el Negro. Siguieron el sendero en dirección al castillo.

El castillo se alzaba sobre un peñasco, separado del resto de la isla por un profundo barranco que caía hasta el mar. El choque de las olas en el pasaje provocaba ecos bajo ellos mientras cruzaban lentamente el puente levadizo, que estaba bajado. El castillo estaba construido de una piedra negra no identificada, y alrededor del arco del rastrillo colgaban extrañas criaturas de piedra, que contemplaron a Pug y Tomas con sus ojos pétreos cuando pasaron bajo ellas. El exterior del castillo tenía el mismo aspecto que la última vez que Pug había estado allí, pero una vez en el interior se hizo evidente que todo lo demás había cambiado.

En la última visita el patio del castillo había estado bien atendido, pero ahora los sillares de la base del edificio exhibían hierbajos creciendo entre las grietas, y el suelo estaba alfombrado de excrementos de pájaro. Corrieron hacia el portón de la tone del homenaje, que colgaba entreabierto. Al empujar las hojas de la puerta, el chirriar de las bisagras atestiguó su estado de oxidación. Pug condujo a su amigo a través del salón principal y escaleras arriba, hasta llegar a la puerta del estudio de Macros. La última vez que Pug había estado allí, había hecho falta un conjuro y responder a una pregunta en tsurani para abrir la puerta, pero ahora bastó un simple empujón. La habitación estaba vacía.

Pug se dio la vuelta y bajaron las escaleras apresuradamente hasta llegar al salón principal del castillo.

—¡Ha del castillo! —gritó Pug frustrado. Su voz provocó un eco.

—Parece que no hay nadie —dijo Tomas.

—No lo entiendo. Cuando hablamos por última vez. Gathis dijo que se quedaría aquí a vivir, esperando la vuelta de Macros y manteniéndole la casa en orden. Solo lo conocí brevemente, pero estoy seguro de que mantendría este castillo como lo vimos la última vez...

—Hasta que ya no pudiera. Puede que alguien tuviera razones para visitar la isla. ¿Piratas o incursores queganos?

—¿O agentes de Murmandamus? —Pug se desanimó visiblemente—. Tenía la esperanza de que Gathis nos diera alguna pista para comenzar nuestra búsqueda de

Macros. —Pug miró a su alrededor, descubrió un poyo en la pared y se sentó—. Ni siquiera sabemos si Macros sigue vivo. ¿Cómo vamos a encontrarlo?

Tomas se quedó en pie frente a su amigo, imponente. Apoyó una bota en el banco y se inclinó hacia delante, descansando los brazos cruzados sobre la rodilla.

—También es posible que el castillo esté desierto porque Macros haya vuelto y se haya ido de nuevo.

Pug levantó la vista.

—Quizá. Hay un conjuro... un conjuro de la senda menor.

—Por lo que yo sé de esas cosas... —dijo Tomas.

Pug le interrumpió.

—En Elvardein he aprendido muchas cosas. Déjame probar esto —cerró los ojos y pronunció un encantamiento, en voz baja mientras conducía su mente por un camino que le seguía resultando extraño gran parte de las ocasiones. De repente, abrió los ojos.

—Hay alguna clase de hechizo sobre este castillo. Los sillares... no están en su sitio.

Tomas miró a Pug con una pregunta en los ojos. Pug se levantó y tocó los sillares de piedra.

—He usado un conjuro que debería haber extraído información de las mismas paredes. Las cosas que suceden cerca de un objeto dejan un leve rastro, unas energías que impactan en el objeto. Con habilidad, pueden interpretarse como tú o yo leeríamos un texto escrito. Es difícil pero posible. Pero estas piedras no muestran nada, Es como si por estas estancias nunca hubiera pasado un ser vivo. — Súbitamente, Pug se volvió hacia las puertas—. ¡Ven! —ordenó.

Tomas fue tras su amigo mientras este andaba hasta el centro del patio. Allí se detuvo y levantó las manos por encima de su cabeza. Tomas pudo sentir unas poderosas energías tomando forma a su alrededor a medida que Pug concentraba su poder. Entonces Pug cerró los ojos y habló, rápidamente y en una lengua que a Tomas le resultó a la vez extraña y familiar. Luego, los ojos de Pug se abrieron.

—¡Que la verdad sea revelada! —dijo.

Tomas se encontró que su visión se movía, como si una ondulación se extendiera por el espacio con su epicentro en Pug. El aire rielaba y a un lado estaba el castillo abandonado, pero cuando la ondulación pasó, el patio pareció bien cuidado. El círculo se ensanchó rápidamente a medida que la ilusión iba quedando disipada, y de repente Tomas descubrió que estaba en un patio perfectamente cuidado. Cerca de ellos, una extraña criatura transportaba un hato de leña. De detuvo, evidenciando sorpresa en su rostro inhumano, y dejó caer el hato.

—¡No! —dijo Pug al ver que Tomas había empezado a desenvainar la espada, y lo cogió del brazo.

—¡Pero si es un troll de las montañas!

—Gathis nos dijo que Macros empleaba muchos sirvientes, juzgando a cada uno de ellos por sus méritos individuales.

La sobresaltada criatura, ancha de hombros, con largos colmillos y de aspecto terrible, se dio la vuelta y corrió de forma bamboleante, simiesca, hacia una puerta en la muralla exterior. Otra criatura, nada que ninguno de ambos hombres hubiera visto en este mundo, salió del establo y se detuvo. Solo medía un metro de alto y tenía un hocico similar al de un oso, pero su pelaje era dorado rojizo. Al ver a los dos humanos que lo contemplaban, soltó la escoba y retrocedió lentamente de espaldas al interior del establo. Pug lo observó hasta que desapareció.

—¡Gathis! —gritó Pug haciendo bocina con las manos.

Casi la instante, se abrieron las puertas del salón principal y apareció un ser de aspecto parecido a un trago, pero bien vestido. Era más alto que un trago, pero tenía la frente prominente y la gran nariz de la tribu de los tragos, aunque sus rasgos eran de alguna forma más nobles, sus movimientos más gráciles. Vestido con camisa y calzas azules, con un jubón amarillo y botas negras, corrió escaleras abajo y les dedicó una reverencia a ambos hombres.

—Bienvenido, amo Pug —dijo con voz sibilante, y miró a Tomas—. Supongo que este caballero será el amo Tomas.

Tomas y Pug intercambiaron miradas.

—Buscamos a tu amo —dijo Pug.

Gathis pareció preocupado.

—Eso puede resultar un tanto problemático, amo Pug. Por lo que yo sé, Macros ya no existe.

Pug dio un sorbo a su vino. Gathis los había conducido a una cámara donde les habían servido un refrigerio. El mayordomo del castillo se había negado a sentarse, y se había quedado de pie frente a los dos hombres mientras estos escuchaban su historia.

—Pues, como dije la última vez que hablamos, amo Pug, entre el Negro y yo hay un vínculo. Puedo sentir su... ¿estado? De algún modo sé que siempre está ahí fuera, en alguna parte. Algo así como un mes después de que partiera usted, me desperté una noche repentinamente, y sentí la ausencia de ese... contacto. Fue casi perturbador.

—Entonces Macros ha muerto —dijo Tomas.

Gathis suspiró de forma muy humana.

—Me temo que sea así. Y si no, está en un sitio tan extraño y remoto que es como si lo estuviera.

—¿Entonces quién fabricó esta ilusión? —dijo Tomas mientras Pug reflexionaba.

—Mi amo. La active tan pronto como el amo Pug y sus acompañantes se fueron del castillo tras su última visita. Sin la presencia de Macros el Negro para garantizar nuestra seguridad, sintió la necesidad de proporcionamos una «pigmentación defensiva», por decirlo de algún modo. En dos ocasiones grupos de piratas osados han peinado la isla en busca de botín. No encontraron nada.

Pug levantó súbitamente la cabeza.

—¿Entonces la villa sigue existiendo?

—Sí, amo Pug. También estaba oculta por la ilusión. —Gathis tenía aspecto de preocupación—. Debo confesar que aunque no soy experto en dichas materias, consideraba que disipar el conjuro de ilusión estaba más allá de sus habilidades. —Volvió a suspirar—. Ahora me preocupa su ausencia una vez que ustedes se vayan.

Pug le quitó importancia al comentario con un gesto de la mano.

—Lo restableceré antes de que nos vayamos. —Algo le daba a Pug vueltas en la cabeza, un extraño recuerdo de hablar con Macros en la villa—. Cuando le pregunté a Macros si vivía en la villa, me dijo que no, pero que hacía tiempo sí había vivido allí. —Miró a Gathis—. ¿Tenía en la villa un estudio como el de esta torre?

—Sí, hace muchísimo tiempo, antes de que yo viniera a este sitio —dijo Gathis.

Pug se puso en pie.

—Debemos ir allí. Ahora.

Gathis los condujo por el sendero que descendía hasta el valle. Los techos de teja roja eran como los recordaba Pug.

—Es un sitio extraño —dijo Tomas—, aunque tiene un aspecto agradable. Con buen tiempo sería un hogar confortable.

—Eso pensó una vez mi amo —dijo Gathis—. Pero estuvo de viaje largo tiempo, eso me dijo. Y cuando volvió la villa estaba desierta, y los que habían vivido con él se habían ido sin dar explicaciones. Al principio buscó a sus compañeros, pero pronto perdió la esperanza de conocer su destino. Luego temió por la seguridad de sus libros y demás trabajos, así como por las vidas de los sirvientes que planeaba traer. Por eso construyó el castillo. Y tomó otras medidas —añadió con una risita.

—La leyenda de Macros el Negro.

—El terror a la magia maligna muchas veces es más útil que las robustas paredes de un castillo, amo Pug. Las dificultades no eran pocas: cubrir esta soleada isla de tenebrosos nubarrones y mantener esa infernal luz azul centelleando en la torre alta cada vez que se acercaba un barco. Era un tanto molesto.

Entraron en el patio de la villa, rodeado solo por una tapia baja. Pug se detuvo a contemplar la fuente, donde tres delfines se alzaban sobre un pedestal.

—Modelé el dibujo de mi habitación de transporte a partir de esto —dijo.

Gathis los condujo hacia el edificio central, y súbitamente Pug comprendió. No

había pórticos interconectando los edificios ni techumbres, pero esta villa tenía el mismo tamaño y disposición que la suya en Kelewan. El diseño era idéntico. Pug se detuvo, aturdido.

—¿Qué pasa? —dijo Tomas.

—Parece que Macros había metido mano en más cosas mucho más sutiles de lo que habíamos imaginado. Construí mi hogar en Kelewan a imagen de este sin darme cuenta. No tuve una razón en especial para hacerlo, salvo que me pareció la manera de hacerlo. Ahora no creo haber tenido mucha elección. Venid, os enseñaré donde está el estudio.

Los condujo sin error hasta la habitación que se encontraba en el sitio de su propio estudio. En vez de las puertas correderas de armazón y tela propias de Kelewan, se encontraron frente a una sola puerta de madera, pero Gathis asintió.

Pug abrió la puerta y entró. La habitación era idéntica en forma y tamaño. Un escritorio y una silla cubiertos de polvo descansaban donde Pug había colocado su mesa baja y los cojines en la otra habitación. Pug se rió, sacudiendo la cabeza a la vez admirado y divertido.

—El hechicero tenía muchos trucos. —Fue hasta una pequeña chimenea. Tiró de un ladrillo y reveló un hueco oculto—. Hice que construyeran algo así en mi propia chimenea, aunque nunca comprendí el porqué. No tenía razones para usarlo.

En el hueco había un pergamino oculto. Pug lo cogió y lo inspeccionó. Estaba atado con una sola cinta, sin sello.

Lo desenrolló y lo leyó, y su rostro se animó.

—¡Ah, hombre inteligente! —dijo, y miró a Tomas y Gathis—. Está escrito en tsurani. Aunque se rompiera el conjuro de ilusión y alguien llegara por azar a esta habitación y encontrara el hueco y el pergamino, no había prácticamente ninguna posibilidad de que lo leyeran. —Volvió a mirar el pergamino, y esta vez lo leyó en voz alta—. «Pug si lees esto, lo más probable es que yo esté muerto. O eso, o estaré aprisionado en algún lugar más allá de los límites normales del espacio y el tiempo. En cualquiera de ambos casos, soy incapaz de proporcionarte la ayuda que necesitas. Has descubierto algo acerca de la naturaleza del Enemigo y sabes que pone en peligro tanto Kelewan como Midkemia. Búscame primero en las Estancias de los Muertos. Si no estoy allí, sabrás que estoy vivo. Si sigo vivo, estaré prisionero en un lugar difícil de encontrar. Entonces tendrás que hacer una elección: tratar de aprender más del Enemigo por ti mismo, un curso de acción peligroso en extremo pero que puede tener éxito, o buscarme. Decidas lo que decidas, has de saber que te deseo las bendiciones de los dioses. Macros».

Pug apartó el pergamino.

—Esperaba más.

—Mi amo era un hombre poderoso —dijo Gathis—, pero incluso él tenía sus

límites. Como le dijo en su última carta, una vez que entró en la fractura ya no pudo penetrar el velo del tiempo. A partir de entonces el tiempo fue tan opaco para él como para los demás hombres. Solo podía especular.

—En ese caso debemos partir hacia las Estancias de los Muertos —dijo Tomas.

—¿Pero dónde estarán? —dijo Pug.

—Escuchen —dijo Gathis—. Al otro lado del Mar Sin Fin se encuentra el continente meridional, llamado Novindus por los hombres. De norte a sur discurre una cordillera montañosa, llamada en el idioma de esos hombres Ratn'gari, que significa «Pabellón de los Dioses». En los dos picos más altos, los Pilares del Cielo, se encuentra la Ciudad Celestial, o eso dicen los hombres, hogar de los dioses. Por debajo de esos picos, en sus estribaciones, se encuentra la Necrópolis, la Ciudad de los Dioses Muertos. El templo situado en el punto más alto, uno que descansa en la base de las montañas, honra los cuatro dioses perdidos. Allí encontrarán un túnel hacia el corazón de las Montañas Celestiales. Esta es la entrada a las Estancias de los Muertos.

Pug reflexionó.

—Pasaremos aquí la noche, y luego llamaremos a Ryath y cruzaremos el Mar Sin Fin.

Tomas se dio la vuelta sin decir nada y emprendió el camino hacia el castillo de Macros. No había discusión posible. No tenían elección. El hechicero había sido concienzudo.

Ryath viró. Llevaban horas volando más rápido de lo que Pug había pensado que sería posible. El Mar Sin Fin había pasado bajo ellos, un vasto océano de tamaño imposible de cruzar. Pero la dragona no había vacilado un instante en aceptar su destino. Ahora, horas más tarde, sobrevolaban un continente en el otro extremo del mundo. Habían ido en dirección este-oeste además de cruzar hasta el hemisferio sur, así que habían ganado algún tiempo de luz solar. A media tarde habían avistado el continente meridional, Novindus. Primero habían atravesado un gran desierto de arena, rodeado de altos acantilados que recoman centenares de millas de costa. Cualquiera que llegara en barco a esa costa norte necesitaría días de viaje y una peligrosa escalada antes de llegar a agua potable. Luego el dragón había sobrevolado una región de praderas. Bajo ellos centenares de extraños carromatos rodeados de rebaños de vacas, ovejas y caballos iban del norte al sur. Un pueblo nómada, una nación de pastores, seguía los pasos de sus antepasados, ignorantes del dragón que volaba sobre ellos.

Entonces vieron la primera ciudad. Un enorme río, que a Pug le recordó el Gagajin de Kelewan, cortaba las praderas. Y en la rivera sur se alzaba una ciudad, y más al sur podía verse tierra de labor. Lejos hacia el sudoeste, en la bruma de la tarde, se alzaba una cordillera: el Pabellón de los Dioses.

Ryath empezó a descender, y pronto se acercaron al centro de la cordillera, un par

de picos que sobresalían de los circundantes y desaparecían entre las nubes, los Pilares del Cielo. En la base de las montañas, densos bosques ocultaban lo que hubiera. El dragón pasó los últimos minutos de vuelo buscando un claro en el que aterrizar.

—Voy a cazar —dijo la dragona tras posarse—. Cuando acabe, dormiré. Me gustaría descansar un tiempo.

Tomas sonrió.

—No te necesitaremos para el resto del viaje. Puede que no volvamos del sitio al que vamos, y tendrías dificultades en encontrarlos.

El dragón proyectó una sensación de diversión ante dicho comentario.

—Habedes perdido la noción de las cosas, valheru. Si non, recordaríais que non hay sitio en el espacio que yo no pueda alcanzar, si tengo una buena razón.

—Este sitio está más allá incluso de tus habilidades, Ryath. Vamos a las Estancias de los Muertos.

—Entonces si que iréis más allá de mi capacidad de encontrarlos, Tomas. Aun así, si vos y vuestro amigo sobrevivís a este viaje y volvéis al reino de los vivos, no tienes más que llamarme y responder. Que te vaya bien la caza, valheru, la mía sí irá.

El dragón se irguió y extendió las alas. Luego, con un salto se lanzó hacia el cielo que se oscurecía.

—Está cansada —comentó Tomas—. Los dragones suelen cazar animales salvajes, pero creo que algún granjero puede encontrarse mañana que le faltan un par de ovejas o una vaca. Ryath pasará días durmiendo con la barriga llena.

Pug miró a su alrededor en la creciente penumbra.

—Con las prisas se nos ha olvidado traer provisiones para nosotros.

—Eso no pasaba nunca en las sagas de cuando éramos niños.

Pug miró interrogativamente a su amigo.

—¿Recuerdas los bosques de Crydee cuando éramos niños? —Su expresión se volvió alegre—. En todas nuestras aventuras juveniles vencíamos a los enemigos a tiempo de volver a casa para comer.

Pug se sentó junto a su amigo.

—Me acuerdo —dijo con una risita—. Tú siempre hacías de héroe caído en alguna trágica batalla, despidiéndose de sus leales seguidores.

La voz de Tomas reveló un tono pensativo.

—Solo que esta vez no nos levantaremos para ir por una comida caliente a la cocina de madre si nos matan.

Pasó un buen rato.

—A pesar de todo, creo que por lo menos deberíamos ponernos tan cómodos como podamos —dijo Pug—. Este es un sitio tan bueno para esperar el amanecer como cualquier otro. Sospecho que la Necrópolis está cubierta por la vegetación, o si no la habríamos visto desde el aire. Mañana podremos localizarla mejor. Además,

Ryath no es la única cansada —añadió con una sonrisa.

—Duerme si te hace falta. —Los ojos de Tomas estudiaban algo entre los arbustos—. Yo he aprendido a ignorar la necesidad a voluntad.

Su expresión hizo que Pug volviera la cabeza, siguiendo la dirección de la mirada de Tomas. Algo se movía en la oscuridad.

Entonces un rugido brotó del bosque tras ellos. Un momento el claro estaba en silencio, y al siguiente algo saltaba de entre la vegetación sobre la espalda de Tomas.

El sonido, mitad grito mitad rugido, fue respondido por una docena más. Pug se puso en pie de un salto mientras Tomas era empujado por el impacto de la cosa en su espalda. Pero aunque esta criatura u hombre parecía ser casi igual a Tomas en tamaño, ningún mortal sobre Midkemia le igualaba en fuerza. Tomas sencillamente se mantuvo firme, agarrando la cosa que tenía a la espalda por un puñado de pelaje. Con un tirón, la arrojó por encima de su cabeza como si fura un niño, haciéndola estrellarse contra otra criatura que corría hacia él.

Pug dio una palmada con las manos sobre la cabeza y el claro resonó con el ruido de un trueno centrado en él. Fue ensordecedor, y los que estaban cerca flaquearon. Una luz cegadora brotó de las manos levantadas de Pug, y los que los rodeaban a Tomas y a él quedaron como paralizados.

Tenían aspecto de tigres, pero sus cuerpos habían sido alterados hasta una forma humanoide. Sus cabezas eran anaranjadas con rayas negras, igual que sus brazos y piernas. Vestían corazas pectorales de metal azul y calzas hasta la pantorrilla, confeccionadas de algún material azul muy oscuro. Cada uno de ellos llevaba una espada corta y un cuchillo al cinto.

Se agazapaban en el resplandor, cegados por la luz de la magia de Pug. Este pronunció rápidamente otro conjuro y los hombres tigre cayeron al suelo. Pug tembló un poco, tomando aire sonoramente mientras se sentaba en un árbol caído.

—Eso casi ha sido demasiado. Lanzar un conjuro de sueño sobre tantos...

Tomas parecía escucharle solo con la mitad de su atención. Tenía la espada desenvainada y el escudo preparado.

—Hay más en el bosque.

Pug se sacudió el leve mareo y se puso en pie. En el bosque circundante podía oírse el murmullo de un movimiento suave como el viento agitando las hojas, pero esa noche no hacía viento. Entonces, como uno solo, otra docena de figuras se materializó de entre las tinieblas, todos similares a los caídos.

—Suelta las armas, hombre, estáis rodeados —dijo uno de ellos con acento fuerte, articulando mal. Los demás estaban agazapados, dispuestos a saltar como los grandes felinos a los que se asemejaban.

Tomas miró a Pug, que asintió. Tomas permitió que uno de los hombres tigre lo desarmara. El líder de los hombres tigre los señaló.

—¡Atadlos!

Tomas permitió que lo ataran. Igual que Pug.

—Habéis matado a muchos de mis guerreros —dijo el líder.

—Solo están dormidos —dijo Pug.

Uno de los guerreros tigre se arrodilló y examinó a un durmiente.

—¡Es cierto, Tuan!

El que se llamaba Tuan examinó de cerca el rostro de Pug.

—Eres un conjurador, al parecer, y sin embargo te dejas capturar fácilmente. ¿Por qué?

—Curiosidad. Y tampoco queremos haceros daño.

Los hombres tigres que los rodeaban empezaron a reírse, o algo parecido. Entonces Tomas simplemente separó las muñecas. La cuerda se rompió al instante. Extendió la mano hacia el guerrero que sostenía su espada dorada y el arma voló de manos de la sobresaltada criatura a las suyas propias. La risa murió.

En un acceso de cólera, el llamado Tuan gruñó, lanzó su zarpa contra el rostro de Pug, con los dedos en garfio y largas garras saliendo de ellos. Pug levantó la mano al instante y de ella brotó una lucecita dorada. Las garras de la criatura rebotaron contra esa luz como si fuera acero.

Las criaturas que los rodeaban empezaron a acercarse a ellos, y dos cogieron a Tomas por detrás. Este se limitó a echarlos a un lado y a agarrar al llamado Tuan por el pellejo del codo. Tuan medía más de un metro ochenta, pero Tomas lo levantó fácilmente. Se quedó colgado, indefenso como un gato común cogido por el codo.

—¡Deteneos, o este morirá! —ordenó Tomas.

Las criaturas vacilaron. Entonces uno de los guerreros tigre dobló la rodilla. Fue seguido por el resto. Tomas soltó a Tuan y lo dejó caer. El líder de los hombres tigre cayó ágilmente y se dio la vuelta.

—¿Qué clase de ser eres?

—Soy Tomas, una vez llamado Ashen-Shugar, señor de las Estribaciones de las Águilas. Soy valheru.

Ante eso los hombres tigres empezaron a emitir débiles sonidos similares a maullidos, mitad gruñidos y mitad gimoteos. «¡Antiguo!», repitieron en varias ocasiones, y se apiñaron juntos presas del terror más abyecto.

—¿Qué es esto y qué son estas criaturas? —dijo Pug.

—Me temen, porque para ellos soy una leyenda encamada. Son las criaturas de Diaken-Korin. —Al ver la mirada de Pug indicando que no entendía nada, se explicó—. Uno de los valheru. Era el Señor de los Tigres y crió a estos para que fueran los guardias de su palacio. —Miró a su alrededor—. Supongo que sería en una de las cuevas de este bosque. —Miró a Tuan—. ¿Guerreáis contra los hombres?

Tuan, aún arrodillado, gruñó.

—Guerreemos contra todos aquellos que invaden nuestro bosque, Antiguo. Es nuestra tierra, como deberías saber. Tú nos convertiste en un pueblo libre.

Los ojos de Tomas se entornaron, y luego se abrieron como platos.

—Yo... yo recuerdo. —Empalideció, se volvió hada Pug—. Pensaba que ya había recordado todo lo de aquellos días.

—Pensamos que no erais más que hombres —dijo Tuan—. El rana de Maharta está en guerra con el rey-sacerdote de Lanada. Sus elefantes de guerra dominan las llanuras, pero los bosques siguen siendo nuestros. Este año se ha aliado con el sumo señor de la Ciudad del Río Serpiente, que le ha prestado tropas. El rana los ha enviado contra nosotros. Así que matamos a todos los que vienen aquí: enanos, trasgos u hombres serpiente.

—¡Pantathianos! —dijo Pug.

—Así los llaman los hombres —dijo Tuan—. La tierra de las serpientes se encuentra en algún lugar al sur, pero a veces vienen al norte a provocar problemas. Los tratamos con dureza. ¿Has venido a volver a esclavizarnos, Antiguo?

Tomas se recuperó de su ensoñación.

—No, esos días han desaparecido en el pasado... Buscamos las Estancias de los Muertos, en la Ciudad de los Dioses Muertos. Guíanos.

Tuan ordenó a sus guerreros que se apartaran.

—Os guiaré. —Habló con sus compañeros en un lenguaje gutural, a base de gruñidos. En cuestión de instantes, los hombres tigre se desvanecieron en la penumbra entre los troncos del bosque—. Venid, vamos lejos.

Tuan los condujo a través de la noche, y mientras viajaban, Pug fue haciendo preguntas. Al principio el hombre tigre se mostró reticente a hablar con el mago, pero Tomas le indicó que debía cooperar, y el líder de los hombres tigre lo hizo. La nación tigre vivía en una pequeña ciudad al este de donde había aterrizado el dragón. Los tigres odiaban a los dragones desde siempre, por sus incursiones contra los rebaños que ellos criaban. Así que habían enviado una patrulla por si había que espantar al dragón.

Su ciudad no tenía nombre, era sencillamente la ciudad de los tigres. Ningún humano había visto el sitio y había vivido, ya que los tigres mataban a todos los intrusos. Tuan demostraba una gran desconfianza hacia los humanos.

—Nosotros estábamos aquí antes que los hombres. Se apoderaron de nuestros bosques al este. Nos resistimos, siempre ha habido guerra entre nosotros —fue lo único que dijo cuando le preguntaron.

Tuan sabía poco de los pantathianos, solo que había que matarlos nada más verlos. Cuando Pug le pregunto cómo habían surgido los hombres tigre o cómo los había librado Tomas, la única respuesta fue el silencio. Ya que Tomas parecía igual de reticente, Pug optó por no insistir.

Después de subir por las boscosas colinas que había en la base de los Pilares del Cielo, llegaron a un profundo paso de montaña. Tuan se detuvo. Desde el este se aproximaba el gris del amanecer.

—Aquí viven los dioses —dijo Tuan.

Miraron hacia arriba. La cima de las montañas recibía los primeros rayos del sol. Nubes blancas cubrían los picos de los Pilares del Cielo, envolviéndolos en la bruma, que brillaba al reflejar la luz con destellos blancos y plateados.

—¿Qué altura tienen los picos? —preguntó Pug.

—Nadie lo sabe. Ningún mortal ha llegado nunca a ellos. Permitimos que los peregrinos pasen por aquí sin molestarlos si se mantienen al sur de nuestras fronteras. Los que suben nunca bajan. Los dioses prefieren la privacidad. Venid.

Los condujo al interior del paso, que descendía hasta un barranco.

—Al otro lado de este paso, el barranco se ensancha en una amplia llanura al pie de las montañas. Allí se encuentra la Ciudad de Los Dioses Muertos. Ahora está cubierta de árboles y maleza. En el interior de la ciudad está el gran templo de los dioses perdidos. Y más allá está el hogar de los que han partido. Yo no sigo, Antiguo. Tú y tu compañero mago podéis sobrevivir, pero para los simples mortales es un viaje sin retomo. Entrar en las Estancias de los Muertos es abandonar la tierra de los vivos.

—Ya ha sido suficiente. Puedes irte en paz.

—Caza bien, Antiguo —dijo Tuan, y partió con un andar a saltos y carreras.

Sin decir palabra, Pug y Tomas entraron en el barranco.

Pug y Tomas atravesaban lentamente a gran plaza. Pug tomaba nota mental de cada maravilla. Los edificios, de formas estrambóticas (hexagonales, pentagonales, romboidales, piramidales), estaban dispuestos aparentemente al azar, pero de modo que casi parecía tener sentido, como si el observador no fuera lo suficientemente sofisticado para comprender el diseño. En las cuatro esquinas de la plaza se alzaban obeliscos de diseño improbable, grandes columnas de obsidiana y marfil con inscripciones rúnicas que a Pug le resultaban desconocidas. Era una ciudad, pero una ciudad muy diferente de las demás, ya que era una ciudad sin mercados ni establos, una ciudad sin tabernas y ni siquiera la choza más rudimentaria para que viviera un hombre. Porque en cualquier dirección que fueran, solo había tumbas. Y en cada una de ellas había un nombre escrito sobre la entrada.

—¿Quién construyó este lugar?

—Los dioses —replicó Tomas. Pug estudió a su compañero y vio que sus palabras no iban en broma.

—¿Puede ser cierto eso?

Tomas se encogió de hombros.

—Hay cosas que son un misterio incluso para la gente como nosotros. Algún poder construyó estas tumbas. —Señaló a uno de los edificios más grandes que había

junto a la plaza—. Ese lleva el nombre de Isanda —Tomas parecía perdido en sus recuerdos—. Cuando mi gente se alzó contra los dioses, yo me mantuve aparte. —Pug no pudo evitar darse cuenta de la referencia de Tomas a *su* gente; en el pasado Tomas siempre hablaba de Ashen-Shugar como un ser aparte—. Entonces los dioses eran nuevos, ascendían al poder, mientras que los valheru eran antiguos. Era el paso de un viejo orden a uno nuevo. Pero los dioses eran poderosos, al menos los que sobrevivieron. De los cien que formó Ishap, solo sobrevivieron dieciséis; los doce dioses menores y los cuatro mayores. Los demás yacen aquí. —Volvió a señalar el edificio—. Isanda era la Diosa de la Danza. —Miró a su alrededor lentamente—. Eran los tiempos de las Guerras del Caos.

Tomas se alejó de Pug, claramente reticente a hablar más. En otro edificio estaba escrito el nombre Onanka-Tith.

—¿Qué quiere decir eso? —dijo Pug.

Tomas siguió andando, y habló con tranquilidad.

—El Alegre Guerrero y el Planificador de Batallas fueron ambos heridos de muerte, pero combinando los restos de su esencia lograron sobrevivir, en parte, como un nuevo ser, Tith-Onanka, el Dios de la Guerra con Dos Rostros. Aquí yacen las partes de ambos que no sobrevivieron.

—Cada vez que creo haber presenciado una maravilla insuperable... Esto me enseña humildad.

Pasaron en silencio frente a docenas de edificios sobre los que estaban inscritos nombres que a Pug le resultaban completamente ajenos.

—¿Cómo pueden morir los inmortales, Tomas?

Tomas respondió sin mirar a su amigo.

—Nada es para siempre, Pug. —Luego lo miró, y Pug vio una extraña luz en los ojos de su amigo, como si Tomas estuviera listo para la batalla—. Nada. Inmortalidad, poder, dominio, todo son ilusiones. ¿No lo ves? No somos más que peones en un juego que escapa a nuestro entendimiento.

Pug dejó que sus ojos recorrieran la antigua ciudad, su extraño surtido de edificios parcialmente cubiertos de lianas.

—Eso es lo que me enseña más humildad.

—Y ahora debemos buscar a alguien que puede que entienda este juego. Macros. —Señaló a un gigantesco edificio, un edificio que empequeñecía a los que estaban alrededor. En él había labrados cuatro nombres: Sarig, Drusala, Eortis y Wodar-Hospur—. El monumento a los dioses perdidos. —Tomas fue señalando cada nombre por turno—. El dios perdido de la magia, que se cree que ocultó sus secretos antes de desaparecer. Y puede que ese sea el motivo de que en este mundo solo haya aparecido la senda menor. Drusala, la diosa de la curación, cuyo bastón caído fue recogido por Sung, que lo guarda esperando el día de la vuelta de su hermana. Eortis, el viejo cola

de delfín, verdadero dios del mar. Killian es ahora quien controla ese dominio y es madre de toda la naturaleza. Y Wodar-Hospur, el guardián del conocimiento. El único entre todos los seres por debajo de Ishap que conocía la verdad.

—¿Cómo sabes tanto, Tomas?

—Lo recuerdo. Yo no me alcé contra los dioses, Pug, pero estuve allí —dijo mirando a su amigo—. Lo vi. Y lo recuerdo. —En su voz había una nota de terrible y amargo dolor, que no pudo ocultarle a su amigo de toda la vida.

Siguieron andando, y Pug supo que Tomas no hablaría más del tema, al menos por el momento. Tomas condujo a Pug al interior de la enorme estancia de los cuatro dioses perdidos. Una luz sobrenatural iluminaba el templo, llenando la gigantesca habitación con un brillo ambarino. Ni siquiera en la alta bóveda había sombras. A cada lado de la estancia había un par de enormes tronos de piedra, vacíos y expectantes. Frente a la entrada, una vasta caverna se adentraba en la oscuridad.

—Las Estancias de los Muertos —dijo Tomas señalando las negras fauces.

Sin ningún comentario, Pug empezó a andar y pronto ambos quedaron envueltos por la oscuridad.

Un instante habían estado en un mundo real, aunque un tanto alienígena, y al siguiente se encontraron en el reino de los espíritus. Como si un frío insoportable hubiera caído sobre ellos, ambos sintieron un instante de suprema incomodidad y otro de casi éxtasis. Luego estuvieron realmente en las Estancias de los Muertos.

Las formas y las distancias parecían tener poco significado, ya que un momento parecían estar en un estrecho túnel, y al siguiente en una interminable pradera iluminada por el sol. Luego a travesaron un jardín, con arrojuelos cantarines y árboles cargados de frutas. Después de eso pasaron bajo una catarata helada que caía desde un acantilado sobre el que se alzaba un enorme edificio del que salía una alegre música. Luego les pareció estar andando sobre las nubes. Pero al fin se encontraron en una caverna enorme y oscura, con una bóveda de roca antigua y muerta que ascendía hacia una oscuridad impenetrable para la vista. Pug pasó las manos por la roca, y descubrió que tenía un tacto viscoso, como el verdín. Pero cuando se frotó los dedos y el pulgar juntos, no quedó residuo. Pug dejó a un lado la curiosidad. Un ancho río que fluía lentamente les cerraba el paso, y en la distancia podían ver la otra orilla entre una densa bruma. Entonces, de la bruma salió un esquife, con una solitaria figura entunicada en la popa, impulsando el barquito con una espadilla. Cuando el barquichuelo tocó tierra suavemente, la figura sacó el remo del agua e hizo un gesto para que Tomas y Pug subieran a bordo.

—¿El Barquero? —dijo Pug.

—Es una leyenda muy extendida. Al menos aquí es cierta. Vamos.

Subieron a bordo, y la figura extendió una mano huesuda. Pug sacó dos monedas

de cobre de su bolsa y las depositó en la mano extendida. Se sentó y se quedó asombrado al descubrir que el esquife había dado la vuelta y ahora estaba cruzando el río. Pug no había percibido sensación de movimiento alguno. Un sonido desde detrás le hizo girarse, y por encima del hombro vio vagas formas en la orilla que habían abandonado, que quedaron rápidamente ocultas por la bruma.

—Aquellos que temen cruzar o que no pueden pagar al barquero —dijo Tomas—. Habitan en la otra orilla por toda la eternidad, o eso se dice.

Pug solo pudo asentir. Bajó la vista hacia las aguas y se quedó aún más asombrado al ver que el agua resplandecía levemente, iluminada desde abajo por una luz amarillo-verdosa. Y en su interior se veían figuras con la cabeza levantada mirando al bote que pasaba sobre ellos. Débilmente llamaban al bote o extendían los brazos como tratando de agarrarse, pero el bote era demasiado rápido.

—Los que intentaron cruzar sin permiso del barquero —dijo Tomas—. Atrapados por toda la eternidad.

—¿Y en qué sentido intentan cruzar? —preguntó Pug en voz baja.

—Eso solo lo saben ellos —dijo Tomas.

El bote chocó contra la orilla opuesta, y el barquero señaló en silencio. Desembarcaron, y Pug miró hacia atrás para ver que el esquife había desaparecido.

—Este es un viaje que solo puede hacerse en una dirección —dijo Tomas—. Vamos.

Pug vaciló, pero se dio cuenta de que acaban de cruzar el punto de no retorno, y que las reticencias eran inútiles. Miró al río por última vez y siguió a Tomas rápidamente.

Hicieron una pausa en el viaje. Un momento Pug y Tomas habían estado caminando por una llanura vacía de grises y negros; al siguiente un enorme edificio se alzaba ante ellos, si es que realmente era un edificio. Se extendía en todas direcciones y desaparecía en el horizonte; más que un edificio era una pared de inmensas proporciones. Se alzaba hacia el extraño gris que servía de cielo en este lugar desolado, hasta que el ojo ya no podía seguir sus líneas. Era una muralla en la realidad; una muralla con una puerta.

Pug miró hacia atrás por encima del hombro y no vio nada más que una llanura vacía tras ellos. Tomas y él habían hablado poco desde haber dejado el río un tiempo indeterminado antes. No había habido nada que comentar antes, y en cierto sentido romper el silencio había parecido inapropiado. Pug miró al frente una vez más y descubrió los ojos de Tomas sobre él.

Tomas señaló y Pug asintió, y subieron los sencillos escalones de piedra que conducían al gran portal que se abría ante ellos. Se detuvieron al cruzar el umbral, ya que fueron recibidos por una vista que confundió sus sentidos. En todas direcciones, incluso detrás de ellos, se extendía un vasto suelo de mármol sobre el que había

dispuestas hileras de catafalcos. Sobre cada uno de ellos descansaba un cuerpo. Pug se acercó al más próximo y estudió sus rasgos. La figura parecía dormida, ya que no exhibía marcas, pero el pecho estaba inmóvil. Era una niña de no más de siete años de edad.

Había hombres y mujeres de todas descripciones, desde pordioseros vestidos con andrajos a gente con ropas principescas. Cuerpos viejos y putrefactos, y destrozados o quemados más allá de toda posibilidad de identificación, descansaban junto a cuerpos inmaculados. Niños muertos al nacer, yacían junto a ancianas arrugadas. Ciertamente se encontraban en las Estancias de los Muertos.

—Parece que todas las direcciones son iguales —dijo Tomas en voz baja.

Pug negó con la cabeza.

—Estamos dentro de los límites de la eternidad. Creo que debemos descubrir un camino, o vagaremos perdidos durante eras. No sé si el tiempo aquí significa algo, pero si lo hace no podemos permitirnos perderlo.

Pug cerró los ojos y se concentró. Sobre su cabeza se formó una bruma luminosa, formando un globo intermitente que empezó a rotar rápidamente. En su interior pudo verse una leve luz blanca. En ese momento la conjuración desapareció. Los ojos de Pug siguieron cerrados. Tomas lo observaba en silencio. Sabía que Pug estaba usando algún tipo de visión mágica para explorar en cuestión de momentos lo que habría llevado años a pie. Entonces Pug abrió los ojos y señaló.

—Por ahí.

Unas figuras esperaban en silencio fuera del portal a la siguiente estancia. Era una rareza de este sitio que desde un ángulo pudieran verse más cadáveres extendiéndose en todas direcciones, formando un tablero de ajedrez de figuras yacentes, pero desde otro ángulo se veía una nueva pared, una con otro portal rematado en arco. Ante él había de pie, en silencio, más de un millar de hombres, mujeres, niños y niñas. Mientras Pug y Tomas se aproximaban, una figura se bajó del catafalco y pasó junto a ellos para unirse a los que esperaban junto a la puerta. Pug miró atrás y vio otra figura aproximándose desde una dirección diferente. Miró al catafalco que acababa de vaciarse y vio que en el sitio del antiguo ocupante había aparecido otro cuerpo. Pug y Tomas pasaron junto a los que esperaban en la puerta, y descubrieron que no parecían notar la presencia de los recién llegados. Pug alargó el brazo y tocó a un niño en el hombro, y el muchacho palmeó distraídamente la mano de Pug, como si se le hubiera posado un insecto, pero sin demostrar una mayor conciencia del mago. Tomas indicó con una inclinación de cabeza que debían seguir. Al otro lado de la puerta encontraron más gente esperando, en colas que iban más allá de los límites de la percepción. De nuevo no hubo reacciones ante su paso. Los dos hombres avanzaron rápidamente hacia el inicio de la cola.

Una luz había ido ganando en intensidad frente a ellos durante lo que parecían

horas. Miles de figuras formaban silenciosas colas en dirección a aquel resplandor, al parecer sin impaciencia. Pasaron junto a los que estaban mirando a la luz, con expresiones indescriptibles en sus rostros. De vez en cuando Pug notaba que alguna de las colas daba un paso al frente, pero las colas avanzaban a paso de caracol. Al acercarse a la brillante luz, Pug miró atrás y vio que no se proyectaban sombras. Otra rareza de este reino, pensó. Por fin llegaron a unas escaleras.

Sobre una docena de escalones había un trono rodeado de un resplandor dorado. Algo casi como música rozó el oído de Pug, pero no era lo bastante corpórea para ser percibida por completo. Levantó los ojos hasta contemplar la figura sentada en el trono. Era de una belleza asombrosa, pero terrible. Sus rasgos eran imposiblemente perfectos, pero de algún modo daban miedo. Miraba las hileras convergentes de humanidad ante ella y estudiaba a cada persona al frente de la cola durante algún tiempo. Luego señalaba a una de las figuras y hacía un gesto. La mayoría de las veces las figuras desaparecían, en dirección al destino que la diosa les había seleccionado, pero ocasionalmente una se daba la vuelta y comenzaba el largo viaje de vuelta a la llanura de los catafalcos. Tras algún tiempo, se volvió a mirar a los dos hombres, y la mirada de Pug fue capturada por unos ojos como el carbón, obsidiana pura sin ningún indicio de calor o luz en su interior, los ojos de la muerte. Y a pesar de su horripilante actitud, de un rostro del color de la tiza, era una figura increíblemente seductora, una cuya voluptuoso cuerpo pedía a gritos que lo abrazaran. Pug sintió su ser ardiendo en deseos de que lo recogiera en los pliegues de sus brazos, de que lo acercara a su pecho. Pug usó sus poderes para desechar aquellos deseos, y se mantuvo firme. En ese momento la mujer del trono se rió, y fue el sonido más frío y más muerto que Pug había escuchado nunca.

—Bienvenidos a mis dominios, Pug y Tomas. Vuestra forma de llegada es poco habitual.

A Pug le dio vueltas la cabeza. Cada palabra de la mujer era una puñalada gélida que le atravesaba el cerebro, un dolor punzante. Como si simplemente aprehender la existencia de la diosa fuera algo casi más allá de sus habilidades. Supo con certeza que sin su entrenamiento y la herencia de Tomas habrían sido abrumados, barridos, casi seguramente muertos, por la fuerza de la primera palabra que había pronunciado. Con todo, mantuvo el equilibrio y aguantó el tipo.

Tomas habló.

—Señora, sabéis lo que necesitamos.

La figura asintió.

—Y de hecho mejor que vosotros, quizá.

—¿Entonces nos diréis lo que necesitamos saber? Nos agrada tan poco estar aquí como a vos nuestra presencia.

De nuevo esa risa que helaba los huesos.

—Vuestra presencia no me desagrade en absoluto, valheru. A menudo he deseado tener uno de tu estirpe a mi servicio. Pero el tiempo y las circunstancias nunca lo han permitido. Y Pug vendrá aquí, cuando le toque. Y cuando eso ocurra, será como los que están ahora ante mí, esperando pacientemente en la fila su turno para ser juzgado. Todos esperan mi voluntad; algunos volverán para otro giro de la rueda; a otros les será otorgado el castigo supremo, el olvido; y muy pocos obtendrán el premio final, la unidad con el Definitivo. Pero —dijo ella como pensativa—, todavía no es su hora. No, todos debemos actuar como ha sido dispuesto. Aquel a quien buscáis no está todavía conmigo. De todos los que viven en los reinos mortales, él por encima de todos ha sido el más astuto a la hora de declinar mi hospitalidad. No, para encontrar a Macros el Negro tendréis que buscar en otro sitio.

—¿Y podemos saber dónde? —preguntó Tomas.

La dama del trono se inclinó hacia delante.

—Hay límites, valheru, incluso a lo que yo puedo hacer. Dedicar tu mente a la tarea y sabrás dónde se encuentra el hechicero negro. Solo puede haber una respuesta. —Volvió a posar su mirada en Pug—. ¿Silencio, mago? No has dicho nada.

—Tengo una duda, señora —dijo Pug en voz baja—. Si se me permite... —señaló a los que estaban a su alrededor con un movimiento de la mano—. ¿Es que no hay alegría en este reino?

Durante unos instantes la señora del trono contempló las silenciosas hileras de gente que tenía ante sí. Fue como si la pregunta le resultara nueva.

—No, no hay alegría en el reino de los muertos —dijo, y volvió a estudiar al mago—. Pero ten en cuenta que tampoco hay tristeza. Ahora debéis partir, ya que los vivos solo pueden permanecer aquí por poco tiempo. Y hay en mi reino aquellos a quien os perturbaría encontrar. Debéis ir.

Tomas asintió y se llevó a Pug con una envarada reverencia. Avanzaron apresuradamente junto a largas colas, mientras el brillo de la diosa iba perdiendo fuerza tras ellos. Les pareció caminar durante horas. De repente Pug se detuvo, pasmado por el reconocimiento. Un joven con el pelo ondulado castaño estaba en silencio en la fila, con los ojos fijos al frente.

—Roland —dijo Pug en un débil susurro.

Tomas se detuvo y observó el rostro de su compañero de Crydee, que llevaba muerto casi tres años. Este no pareció percibir a sus dos antiguos amigos.

—¡Roland, soy Pug!

De nuevo no hubo reacción alguna. Pug gritó el nombre del escudero de Tulan, y hubo un destello casi imperceptible en sus ojos, como si Roland oyera una voz distante que lo llamaba. Pug pareció dolido cuando su rival de la infancia por el afecto de Carline dio un paso al frente en la larga cola de los que iban a ser juzgados. La mente de Pug le dolía de buscar algo que decirle.

—Carline está bien, Roland. Es feliz —gritó al fin.

Durante un momento no hubo reacción, luego, levemente, las comisuras de la boca de Roland se doblaron hacia arriba por el más breve instante. Pero Pug pensó que ahora parecía estar más en paz, aunque siguiera con la mirada perdida y fija hacia delante. En ese momento Pug descubrió la mano de Tomas sobre su hombro, y el poderoso guerrero apartó a su amigo de Roland de un tirón. Pug forcejeó un instante, pero fue inútil, y luego fue con Tomas. Un momento después, Tomas lo soltó.

—Están todos aquí, Pug. Roland, lord Borric y su dama Catherine. Los hombres que murieron en el corazón verde, y los que se llevó el espectro en la Mac Mordain Cadal. El Rey Rodric. Todos están aquí. A eso se refería Lims-Kragma cuando dijo que aquí había quienes nos perturbarían si los encontrásemos.

Pug solo fue capaz de asentir. Volvía a tener una profunda sensación de pérdida por todos aquellos que el destino había apartado de él.

—¿A dónde vamos? —dijo, devolviendo su mente a la causa del extraño viaje.

—Al no responder, la diosa de la muerte nos dio una respuesta. Solo hay un sitio que esté más allá de su alcance. Es una rareza fuera del universo conocido. Debemos encontrar la Ciudad Eterna, el lugar que está más allá de los límites del tiempo.

Pug se detuvo. Mirando a su alrededor, descubrió que habían llegado de nuevo a la inmensa llanura de cuerpos, todos dispuestos en ordenadas hileras.

—Entonces la pregunta es: ¿Cómo la encontramos?

Tomas extendió el brazo y colocó su mano sobre el rostro de Pug, tapándole los ojos. Un escalofrío que le sacudió los huesos atravesó el cuerpo del mago, y de repente se encontró que el pecho le ardía al inhalar una bocanada de aire. Le castañetearon los dientes y tembló de forma feroz, incontrolable, mientras su cuerpo se tensaba y destensaba de dolor. Se movió y descubrió que estaba tumbado en un frío suelo de mármol. La mano de Tomas ya no le tapaba los ojos, así que los abrió. Estaba tumbado en el suelo en el templo de los Cuatro Dioses Perdidos, justo delante de la entrada a la oscura caverna. Tomas se poma en pie con piernas temblorosas a escasa distancia de él, también jadeando. Pug vio que el rostro de su amigo estaba pálido, y sus labios azulados. El mago se miró las manos y vio que las uñas estaban azules hasta el nacimiento. Al ponerse en pie, sintió que el calor volvía poco a poco a sus miembros, que le dolían y le temblaban.

—¿Ha sido real? —dijo con voz seca y entrecortada.

Tomas miró a su alrededor, sus rasgos alienígenas inexpresivos.

—De todos los hombres mortales de este mundo, Pug, tú deberías saber mejor que nadie lo fútil de esa pregunta. Vimos lo que vimos. Fuese un lugar o una visión en nuestras mentes, eso no importa. Debemos actuar basándonos en lo que hemos experimentado, así que a todos los efectos eso ha sido real.

—¿Y ahora?

—Debo llamar a Ryath, si no está durmiendo muy profundamente. Debemos viajar de nuevo entre las estrellas.

Pug solo pudo asentir. Tenía la mente embotada, y apenas pudo preguntarse qué maravillas aguardaban por delante de lo que ya habían dejado atrás.

8

Yabon

La posada estaba tranquila.

Faltaban un par de horas para la puesta de sol y todavía no se había desatado la frenética actividad festiva propia de las primeras horas de la noche. Arutha daba gracias por ello. Estaba sentado tan oculto entre las sombras como podía, mientras Roald, Laurie y los dos escuderos ocupaban las demás sillas. Su pelo recién cortado, más corto de lo que lo había llevado en años, y su barba cada vez más poblada le conferían un aspecto siniestro, dando credibilidad a su fachada de mercenarios. Jimmy y Locklear habían comprado ropas de viaje más vulgares en Vista del Questor y habían quemado sus chaquetas de escudero. Los cinco parecían no ser más que un simple grupo de hombres de armas desempleados. Incluso Locklear resultaba convincente, ya que no era más joven que muchos de los que pasaban por allí, jóvenes aspirantes en busca de su primer trabajo.

Llevaban tres días esperando a Martin, y Arutha empezaba a inquietarse. Dado el momento en que había enviado el mensaje, pensaba que Martin llegaría antes que ellos a Ylith. Además, cada día que pasaban en la ciudad aumentaba las posibilidades de que alguien los recordara de su último encontronazo aquí. Una pelea de taberna que acababa con una muerte no era algo único, pero seguía siendo algo capaz de provocar que alguien recordara un rostro.

Una sombra cruzó la mesa y todos levantaron la mirada. Martin y Baru estaban frente a ellos. Arutha se puso en pie lentamente y Martin extendió la mano tranquilamente. Entrechocaron las manos.

—Me alegro de verte bien —dijo Martin.

—Yo también me alegro de verme bien —respondió Arutha con la sonrisa torcida.

La sonrisa de respuesta de Martin fue gemela a la de su hermano.

—Tienes un aspecto diferente.

Arutha asintió. Luego él y los demás saludaron a Baru.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —dijo Martin señalando a Jimmy.

—¿Cómo se le puede detener? —dijo Laurie.

Martin miró a Locklear y levantó una ceja.

—El rostro de este lo conozco, aunque no recuerdo el nombre.

—Me llamo Locky.

—El protegido de Jimmy —añadió Roald con una risita.

Martin y Baru intercambiaron miradas.

—¿Dos de ellos? —dijo el alto duque.

—Es una larga historia —dijo Arutha—. Y deberíamos quedarnos aquí tan poco tiempo como fuera posible.

—De acuerdo —respondió Martin—. Pero vamos a necesitar nuevos caballos. Los nuestros están agotados, y supongo que nos espera un largo camino.

Los ojos de Arutha se entrecerraron al hablar.

—Sí. Muy largo.

El claro era poco más que un ensanchamiento de la carretera. Para el grupo de Arutha la posada era un faro de bienvenida. Cada ventana de ambos pisos mostraba una alegre luz amarilla que perforaba la opresiva oscuridad de la noche. Habían cabalgado sin incidentes desde su partida de Ylith, pasando por Zün y Yabon, y ahora se encontraban en la última avanzadilla de la civilización del Reino, donde la carretera del bosque torcía al nordeste hacia Tyr-Sog. Viajar directamente al norte significaba entrar en territorio hadati, y las cordilleras septentrionales que había más allá marcaban la frontera del Reino. Aunque no habían tenido problemas, todos se sintieron aliviados al llegar a la posada.

Un mozo de cuadras de fino oído los oyó llegar y bajó a abrir el establo. Poca gente viajaba por los caminos del bosque de noche, y estaba a punto de acostarse. Se ocuparon rápidamente de los animales, mientras Martin echaba ocasionales ojeadas al bosque en busca de indicios de problemas.

Cuando acabaron, reunieron sus fardos y se dirigieron a la posada.

—Va a estar bien tomar una comida caliente —dijo Laurie mientras cruzaban el claro entre el establo y el edificio principal.

—Quizá la última en una temporada —le comentó Jimmy a Locklear.

Cuando llegaron a la fachada del edificio pudieron distinguir un letrero sobre la puerta: un hombre durmiendo sobre un carromato mientras su mula había roto los arreos y huía.

—A por algo de comida caliente —dijo Laurie—. El Arriero Dormido está entre las mejores posadas rurales que visitaréis nunca, aunque a veces puede que la encontréis ocupada por un surtido de gente bastante extraño.

Al abrir la puerta entraron en una sala común brillante y alegre. Un gran hogar abierto contenía un rugiente fuego, con tres mesas junto a él. Al fondo de la

habitación, frente a la puerta, se encontraba una larga barra, tras la cual descansaban grandes toneles de cerveza. Y de camino hacia ellos, con una sonrisa en el rostro, venía el posadero, un hombre de mediana edad y aspecto regordete.

—Ah. Huéspedes, bienvenidos. —Cuando llegó hasta ellos, su sonrisa se ensanchó—. ¡Laurie! ¡Roald! ¡Por mi vida! ¡Han pasado años! Me alegro de veros.

—Saludos, Geoffrey —dijo el juglar—. Estos son unos amigos.

Geoffrey cogió a Laurie por el codo y lo llevó a una mesa junto la barra.

—Tus compañeros son tan bienvenidos como tú mismo. —Los invitó a sentarse a la mesa—. Me alegro de veros, pero me hubiera gustado que estuvieras aquí hace dos días. Me hubiera venido bien un buen cantante.

Laurie sonrió ante eso.

—¿Problemas?

Un gesto de perpetua penalidad cruzó el rostro el posadero.

—Siempre. Pasó por aquí un grupo de enanos y estuvieron cantando sus canciones de taberna a todas horas. Se empeñaban en seguir el ritmo de las canciones aporreando las mesas con todo lo que tenían a mano: copas, jarras, hachas de mano, y sin preocuparse por lo que había en las mesas. Tengo vajilla rota y mesas arañadas por toda la posada. Solo esta tarde he acabado de devolverle cierta apariencia de normalidad a la sala común, y he tenido que reparar una mesa. —Miró a Laurie y Roald con una expresión burlescamente seria—. Así que no provoquéis líos como la última vez. Un jaleo a la semana ya es suficiente. —Recorrió la habitación con la mirada—. Ahora la cosa está tranquila, pero espero el paso de una caravana en cualquier momento. Ambros el mercader de plata suele pasar por aquí todos los años por esta fecha.

—Geoffrey, nos morimos de sed —dijo Roald.

El hombre se disculpó al instante.

—Cierto. Lo siento. Recién llegados del camino y yo me pongo a parlotear como una urraca. ¿Qué desean los caballeros?

—Cerveza —dijo Martin, y los demás asintieron.

El hombre se alejó a toda prisa y volvió momentos después con una bandeja repleta de jarras de peltre, todas rebosantes de cerveza fría.

—¿Qué trajo a los enanos tan lejos de su hogar? —dijo Laurie tras el primer sorbo al líquido amargo.

El posadero se sentó junto a ellos, limpiándose las manos en el delantal.

—¿No habéis oído las noticias?

—Acabamos de llegar del sur —dijo Laurie—. ¿Qué noticias?

—Los enanos celebran una asamblea en Montaña de Piedra, en casa del caudillo Harthom de la villa de Delmoría.

—¿Con qué fin? —preguntó Arutha.

—Bueno, los enanos que pasaron por aquí venían desde Dorgin, y por lo que decían es la primera vez en muchísimos años que los enanos del Este se aventuran hasta aquí para visitar a sus parientes el Oeste. El viejo rey Halfdan de Dorgin envía a su hijo Hogne, y a sus bulliciosos compañeros, para que sean testigos de la restauración del linaje de Tholin en el Oeste. Con la recuperación del martillo de Tholin durante la Guerra de la Fractura, los enanos occidentales han estado incordiando a Dolgan de Caldara para que asuma la corona que se perdió con Tholin. Se están reuniendo enanos de las Torres Grises, Montaña de Piedra, Dorgin y sitios que yo nunca había escuchado para ver coronar a Dolgan como rey de los enanos del Oeste. Y como Dolgan ha accedido a que se convoque la asamblea, Hogne dice que ya es cosa hecha que asumirá la corona, pero ya sabéis cómo pueden ser los enanos. Algunas cosas las deciden rápidamente, pero otras se llevan años pensándolas. Supongo que se deberá a su larga vida.

Arutha y Martin intercambiaron leves sonrisas. Ambos recordaban a Dolgan con afecto. Arutha lo había conocido por primera vez cuando iba de camino con su padre a llevarle al rey Rodric las noticias de la posible invasión tsurani. Dolgan les había hecho de guía a través de la antigua mina, la Mac Mordain Cadal. Martin lo había conocido más tarde, durante la guerra. El caudillo enano era una persona de elevados principios y un valiente, poseedor de una gran astucia y de una mente ágil. Ambos sabían que sería un rey excelente.

A medida que bebían, fueron soltando sus arreos de viaje, quitándose los cascos, dejando las armas y dejando que la tranquila atmósfera de la posada los relajara. Geoffrey mantuvo el flujo de cerveza y, tras un rato, sirvió una excelente comida a base de carne, queso, verduras cocidas y pan. La conversación derivó hacia lo intrascendente, a medida que Geoffrey iba contando las historias transmitidas por los viajeros.

—Esta noche la cosa está tranquila, Geoffrey —dijo Laurie mientras comía.

—Sí —dijo Geoffrey—. Aparte de vosotros solo tengo otro huésped. —Señaló a un hombre que estaba sentado en el rincón más apartado de ellos, y todos se giraron momentáneamente sorprendidos por un instante. Arutha les indicó con un gesto que volvieran a la comida. Todos se preguntaron cómo no lo habían visto en todo ese tiempo. El extraño parecía indiferente hacia los recién llegados. Era un tipo de aspecto anodino, de mediana edad, sin nada destacable en su actitud o su forma de vestir. Llevaba una voluminosa capa marrón que ocultaba cualquier tipo de armadura de cuero o mallas que pudiera vestir. Un escudo descansaba apoyado en la mesa, con el blasón tapado por una cubierta de cuero. Arutha sintió curiosidad, ya que solo un hombre desheredado o alguien que se encontrara cumpliendo una promesa religiosa llevará tapado su blasón... entre hombres honrados, añadió Arutha para sí.

—¿Quién es? —le preguntó Arutha a Geoffrey.

—No lo sé. Se llama Crowe. Lleva aquí dos días. Llegó justo después de que se fueran los enanos. Un tipo tranquilo. Introverso. Pero paga la cuenta y no da problemas.

Geoffrey empezó a limpiar la mesa.

Cuando el posadero se fue a la cocina, Jimmy se inclinó sobre la mesa como si fuera a coger algo de una mochila que había al otro lado, y aprovechó para susurrar.

—Es bueno. Casi no se le nota, pero se está esforzando por escuchar nuestra conversación. Cuidado con lo que decís. Yo no le quitaré ojo de encima a nuestro amigo.

Geoffrey volvió.

—¿Hacia dónde te diriges, Laurie?

—Tyr-Sog —respondió Laurie.

Jimmy pensó haber notado un destello de interés en el único ocupante de la otra mesa, pero no podía estar seguro. El hombre parecía estar dedicado por entero a su comida.

Geoffrey le dio unas palmaditas en el hombro a Laurie.

—¿No volverás a ver a tu familia?

Laurie negó con la cabeza.

—No, realmente no. Demasiados años, demasiadas diferencias.

Todos excepto Baru y Locklear sabían que Laurie había sido desheredado por su padre. Cuando niño, Laurie había demostrado ser un granjero mediocre, más preocupado por soñar despierto y por cantar. Con tantas bocas que alimentar, su padre lo había echado de casa con trece años.

—Tu padre pasó por aquí hace dos, no, casi tres años. Justo antes del fin de la guerra. Él y otros granjeros transportaban grano hacia LaMut para el ejército. — Estudió el rostro de Laurie—. Habló de ti. —El rostro del antiguo juglar adquirió una expresión extraña, ilegible para los que estaban con él a la mesa—. Yo le mencioné que hacía años que no venías, y él me dijo. «Bueno, ¿tenemos o no tenemos suerte? Ese haragán inútil también lleva años sin incordiar-me».

Laurie estalló en una carcajada. Roald se le unió.

—Ese es mi padre. Espero que el viejo patán esté bien.

—Creo que sí —dijo Geoffrey—. Parece que a tus hermanos y a él les va bien. Si puedo, les haré saber que has pasado por aquí. Lo último que supimos de ti es que estabas por ahí con el ejército, y de eso hace cinco o seis años. ¿De dónde vienes?

Laurie miró a Arutha, ambos con la misma idea. Salador era una lejana corte oriental, y todavía no habían llegado a la frontera las noticias de que un hijo de Tyr-Sog era el nuevo duque de allí, por su matrimonio con la hermana del rey. Ambos sintieron alivio.

Laurie trató de quitarle importancia a la respuesta.

—Por ahí, aquí y allá. Más recientemente Yabon.

Geoffrey se sentó a la mesa y tamborileó con los dedos en la madera.

—Os convendría esperar que pasara Ambros. Irá rumbo a Tyr-Sog. Estoy seguro de que le vendrían bien algunos guardias más, y por estos caminos es mejor viajar en grupos grandes.

—¿Problemas? —dijo Laurie.

—¿En el bosque? Siempre —dijo Geoffrey—, pero más últimamente, hace semanas que escucho historias de trasgos y bandidos incordiando a los viajeros. No es nada nuevo, pero parece estar pasando más de lo habitual, y algo raro es que casi siempre los trasgos y los bandidos parecen estar viajando al norte. —Se quedó callado unos instantes—. Y luego está lo que dijeron los enanos nada más llegar. Era muy extraño.

Laurie fingió cierto desinterés.

—Los enanos suelen ser extraños.

—Pero esto era muy, muy extraño, Laurie. Los enanos afirman que se cruzaron en el camino con unos hermanos oscuros y, siendo enanos, decidieron darles una tunda. Afirman que estaban persiguiendo a los hermanos oscuros cuando mataron a uno, o al menos deberían haberlo matado. La criatura no tuvo la decencia de morirse, según juran los enanos. Quizá es que los jóvenes trataban de quedarse con un simple posadero, pero dijeron que le dieron al hermano oscuro con un hacha; maldición, que casi le parten la cabeza en dos, pero la cosa se limita a unirse los trozos y salir corriendo detrás de sus compañeros. Dejó a los enanos tan impresionados que se quedaron allí clavados y no siguieron con la persecución. Y eso es lo otro. Los enanos dijeron que nunca se habían encontrado con una partida de hermanos oscuros tan deseosos de huir. Como si tuvieran que ir a algún sitio y no pudieran perder el tiempo luchando. Por lo general suelen ser unos malvados y los enanos les gustan tan poco como el resto de la gente. —Geoffrey sonrió y guiñó un ojo—. Sé que los enanos mayores son tipos sombríos no muy dados a estirar la verdad, pero creo que esos jóvenes se estaban quedando conmigo.

Arutha y los demás dejaron entrever poco en sus expresiones, pero todos sabían que la historia era cierta; y que quería decir que los matadores negros volvían a andar sueltos por el Reino.

—Sería mejor que esperásemos la caravana del mercader de plata —dijo Arutha—. Pero tenemos que partir al amanecer.

—Con solo otro huésped, supongo que no habrá problema con las habitaciones —dijo Laurie.

—Ninguno. —Geoffrey se inclinó hacia delante y susurró—. No quiero faltarle al respeto a un huésped que paga, pero duerme en el dormitorio común. Le he ofrecido una habitación haciéndole un descuento, porque me sobra sitio, pero dice que no. Lo

que son capaces de hacer algunos para ahorrarse un poco de plata. —Geoffrey se puso en pie—. ¿Cuántas habitaciones?

—Dos deberían ser suficientes —dijo Arutha.

El posadero pareció decepcionado, pero dado que los viajeros muy a menudo iban cortos de dinero, no le sorprendió.

—Haré que suban catres de más a las habitaciones.

Mientras Arutha y sus acompañantes recogían sus pertenencias, Jimmy le echó una ojeada al otro hombre. Parecía concentrado en el contenido de su copa de vino y poco más. Geoffrey trajo unas velas, acercó una varilla de madera al fuego y encendió las velas con ella. Luego los condujo por las oscuras escaleras arriba, hacia sus habitaciones.

Algo despertó a Jimmy. Los sentidos del antiguo ladrón estaban más preparados para percibir alteraciones en la noche que los de sus compañeros.

Locklear y él se habían quedado con Roald y Laurie. Arutha, Martin y Baru dormían al otro lado el pasillo, en una habitación sobre la sala común, y como el suave sonido había provenido del exterior, Jimmy estaba seguro de que no había despertado al antiguo Maestro de Caza de Crydee ni al montañés. El joven escudero de la corte del príncipe esforzó su oído al máximo. De nuevo le llegó un sonido en la noche, un leve roce. Se levantó rápidamente de su catre, junto al de Locklear. Pasando junto a las formas durmientes de Roald y Laurie, miró por la ventana que había entre sus camas.

Percibió un atisbo de movimiento en la oscuridad, como si algo o alguien acabara de moverse detrás del establo. Jimmy dudó acerca de despertar a los demás, pero pensó que sería una estupidez alarmarlos por nada. Cogió su espada y salió en silencio de la habitación.

Sus pies descalzos no hicieron ruido alguno mientras avanzaba hacia las escaleras. En el descansillo de las escaleras se abría otra ventana a la fachada de la posada. Jimmy echó un vistazo por ella y vio unas figuras moverse entre los árboles al otro lado del camino. Creyó poco probable que alguien que acechara sigilosamente por la noche fuera con intenciones honradas.

Jimmy corrió escaleras abajo y se encontró que habían abierto el cerrojo de la puerta. Tuvo sus dudas acerca de aquello, ya que estaba casi seguro de que estaba cerrado cuando ellos se retiraron. En ese momento Jimmy recordó al otro huésped de la posada. Se dio la vuelta y vio que el hombre no estaba.

Jimmy fue hacia una ventana, entreabrió las contraventanas y echó un vistazo. Nada. Salió sigilosamente por la puerta y reptó por la parte delantera del edificio, confiando en que la oscuridad de la noche lo ocultara. Fue hacia el sitio donde había visto movimiento.

La habilidad de Jimmy para moverse en silencio se veía perjudicada por su necesidad de abrirse paso por el bosque de noche. Aunque había conseguido algo más de comodidad en aquel entorno durante su viaje a Moraelin con Arutha, seguía siendo un chico de ciudad. Se vio obligado a avanzar lentamente. Entonces oyó voces. Se acercó con cautela al origen de la conversación y vio una débil luz.

Empezó a distinguir retazos de lo que se decía, y de repente vio media docena de siluetas en un diminuto claro. El hombre de la capa marrón y el escudo cubierto hablaba con una figura ataviada con una armadura negra. Jimmy respiró hondo para calmarse. Era un matador negro. A un lado había otros cuatro moredhel en silencio, tres vestidos con las capas grises de los clanes de los bosques y uno con los pantalones y el chaleco de los clanes montañoses. El hombre de marrón estaba hablando.

—... nada, ya digo. Espadas de alquiler, a juzgar por su aspecto. Van con un juglar pero...

El matador negro le interrumpió. Su voz era grave y parecía venir de cierta distancia, con un extraño eco. Esa voz le resultó inquietantemente familiar a Jimmy.

—No se te paga para pensar, humano. Se te paga para servir. —Dio énfasis a esa afirmación clavando un dedo en el pecho del hombre—. Ocúpate de complacerme con tu trabajo y mantendremos esta relación. Fállame y sufrirás las consecuencias. — El tipo de la capa marrón no parecía de los que asustan fácilmente, sino un duro guerrero, pero se limitó a asentir. Jimmy lo comprendió, ya que los matadores negros inspiraban terror. Los siervos de Murmandamus le servían incluso después de muertos—. ¿Y dices que hay un cantante y un muchacho?

Jimmy tragó saliva. El hombre se echó la capa hacia atrás, descubriendo una cota de mallas.

—Bueno, ahora que lo pienso, se podría decir mejor que hay dos muchachos, pero ya son casi hombres.

Esto sacó al matador negro de su ensoñación.

—¿Dos?

El hombre asintió.

—Por el parecido puede que sean hermanos. Son de la misma altura, aunque el color del pelo es distinto. Pero se parecen en algunos aspectos, como los hermanos.

—Moraelin. Allí había un muchacho, no dos... Dime. ¿Había un hadati entre ellos?

El hombre se encogió de hombros.

—Sí, pero aquí hay montañoses por todas partes. Esto es Yabon.

—Este debería ser del noroeste, cerca del Lago del Cielo —durante largo rato solo se escuchó el sonido de una respiración pesada proveniente de detrás del casco, como si el moredhel estuviera perdido en sus pensamientos o hablando con otro. El matador negro se golpeó la palma de la mano con el puño—. Podrían ser ellos. ¿Había

uno de aspecto astuto, un guerrero esbelto con el pelo oscuro hasta los hombros, de movimientos rápidos, sin barba?

El hombre negó con la cabeza.

—Hay un tipo sin barba, pero es grande, y uno esbelto, pero lleva el pelo corto y barba. ¿De quién crees que se trata?

—Eso no es asunto de tu incumbencia —dijo el matador. Jimmy cargó el peso sobre otra pierna para irse descansando. Sabía que el matador negro estaba tratando de relacionar este grupo con el que había efectuado la incursión contra Moraelin el año pasado en busca del espino de plata—. Esperaremos. Hace dos días nos llegaron noticias de que el Señor del Oeste ha muerto, pero no soy tan tonto como para dar por muerto a un hombre antes de tener su corazón en mi mano. Puede que no sea nada. Si hubiera habido un elfo con ellos, habría arrasado esa posada hasta los cimientos esta misma noche, pero no puedo estar seguro. Aun así, mantente alerta. Puede que se trate de sus amigos volviendo para causar problemas, para vengarle.

—Siete hombres, dos de ellos chavales. ¿Qué daño podrían hacer?

El moredhel ignoró la pregunta.

—Vuelve a la posada y vigila, Morgan Crowe. Se te paga bien y puntualmente por tu obediencia, no para que hagas preguntas. Si los que están en la posada partieran, síguelos a una distancia prudencial. Si se mantuvieran de camino a Tyr-Sog hasta el mediodía, vuelve a la posada y espera. Si cambiaran de rumbo hacia el norte antes de eso quiero saberlo. Vuelve aquí mañana por la noche y dime lo que sea. Pero no te retrases, porque Segersen viene con su gente hacia el norte y debes encontrarte con él. Si no le entregamos el siguiente pago, volverá a casa con sus hombres. Necesito sus ingenieros. ¿Está el oro a salvo?

—Siempre lo llevo encima.

—Bien, ahora vete. —Por un instante, el matador negro se estremeció, se balanceó y luego recuperó el control de sus movimientos—. Haz lo que te ordena nuestro amo, humano —dijo con una voz completamente diferente, luego se dio la vuelta y se alejó. En un momento el claro estuvo vacío.

Jimmy tenía la boca abierta de par en par. Ahora lo entendía. Ya había oído antes esa primera voz, en palacio, cuando el moredhel muerto viviente había tratado de matar a Arutha, y otra vez en el sótano de la Casa de los Sauces cuando habían destruido a los halcones nocturnos en Krongor. El hombre llamado Morgan Crowe no había estado hablando con el matador negro, sino a través de él. Y Jimmy no tenía dudas de con quién. ¡Murmandamus!

El asombro de Jimmy lo había hecho vacilar, y súbitamente se dio cuenta de que no podría llegar a la posada antes que Crowe. El hombre ya había salido del claro, llevándose la linterna. Y en la oscuridad Jimmy tenía que avanzar lentamente.

Para cuando llegó al borde del claro junto a la carretera, Jimmy pudo vislumbrar

el rojo resplandor del hogar de la sala común mientras Crowe cerraba la puerta de la posada. Oyó cómo se echaba el cerrojo.

Corriendo en silencio por los márgenes del claro, Jimmy fue hasta quedar enfrente de la ventana de su habitación. Atravesó a toda prisa y trepó por la pared rápidamente, ya que la tosca superficie ofrecía asideros más que suficientes. Sacó del interior de su blusa un cordel con un gancho y abrió enseguida el simple cerrojo de la ventana. La abrió y entró.

Las puntas de dos espadas se apoyaron contra su pecho, y Jimmy se detuvo. Laurie y Roald bajaron sus armas cuando vieron quién era. Locklear había sacado la espada y estaba vigilando la puerta.

—¿Qué es esto? ¿Buscando una nueva forma de morir: atravesado por las armas de tus amigos? —preguntó Roald.

—¿Qué llevas ahí? —Laurie señaló al cordel con el gancho—. Pensaba que habías dejado eso.

—Silencio —dijo el muchacho guardándose las herramientas de ladrón—. Tú hace casi un año que ya no eres juglar y sigues acarreando ese laúd a todas partes —susurró—. Ahora escucha: tenemos problemas. El tipo del dormitorio común trabaja para Murmandamus.

—Bien —dijo Arutha—. Sabemos que han oído las noticias de mi muerte.

Y sabemos que Murmandamus no está seguro a pesar del espectáculo en Krondor.

Todos se habían reunido en la habitación de Arutha, donde hablaban a susurros en la oscuridad.

—A pesar de todo —dijo Baru—, parece que actúa partiendo de la suposición de que estáis muerto hasta que se demuestre lo contrario, a pesar de todas las dudas que pueda tener.

—No puede mantener una alianza de la Hermandad indefinidamente —dijo Laurie—. Tiene que moverse pronto o todo se derrumbará a su alrededor.

—Si seguimos otro día camino de Tyr-Sog, entonces nos dejarán en paz —dijo Jimmy.

—Sí —susurró Roald—, pero sigue estando Segersen.

—¿Quién es? —preguntó Martin.

—Un general mercenario —respondió Roald—. Pero muy particular. Su compañía no es grande, nunca más de cien hombres, y a menudo menos de cincuenta. Principalmente emplea expertos: zapadores, ingenieros, estrategas. Tiene los mejores hombres del negocio. Su especialidad es derribar murallas o mantenerlas en pie, según quien le pague. Lo he visto trabajar. Ayudó al barón Croswaith en su escaramuza fronteriza con el barón Lobromill, cuando yo estaba a sueldo de Croswaith.

—Yo también he oído hablar de él —dijo Arutha—. Tiene su base de operaciones

entre las Ciudades Libres y Queg, para no tener que cumplir las leyes del Reino sobre el servicio mercenario. Sin embargo, lo que me gustaría saber es para qué necesita Murmandamus un cuerpo de ingenieros de tan alto coste. Si está trabajando tan al oeste, tiene que venir a través de Tyr-Sog o Yabon. O más al oeste, a través de las baronías fronterizas. Pero sigue estando al otro lado de las montañas y va a tardar meses en necesitarlos si pretende llevar a cabo un asedio.

—Quizá quiera asegurarse de que nadie más contrate a este Segersen —aventuró Locklear.

—Quizá —dijo Laurie—. Pero lo más probable es que quiera algo de lo que Segersen proporciona.

—Entonces hemos de asegurarnos de que no lo consiga —dijo Arutha.

—¿Vamos medio día de camino hasta Tyr-Sog y luego volvemos? —dijo Roald. Arutha solo asintió.

Arutha hizo una señal.

Roald, Laurie y Jimmy avanzaron lentamente, mientras Baru y Martin iban hacia un lado para rodear. Locklear se quedó detrás para ocuparse de los caballos. Habían pasado medio día viajando por la carretera hacia Tyr-Sog; poco después del mediodía Martin había salido de la carretera y había desandado el camino. Había vuelto con la noticia de que el hombre llamado Crowe había dado la vuelta. Ahora lo iban siguiendo de noche mientras el renegado volvía a reunirse con sus patrones moredhel.

Arutha se adelantó un poco en silencio para mirar por encima del hombro de Jimmy. El príncipe vio de nuevo a uno de los matadores negros de Murmandamus. El moredhel recubierto de hierro estaba hablando.

—¿Seguiste a aquel grupo?

—Continuaron por la carretera de Tyr-Sog, derechitos. Demonios, ya dije que no era nada. He perdido un día entero siguiéndolos.

—Tú harás lo que ordene nuestro amo.

—Esa no es la misma voz. Es la segunda voz —dijo Jimmy.

Arutha asintió. El muchacho había explicado lo de las dos voces, y ya antes habían presenciado como Murmandamus tomaba el control de sus siervos.

—Bien —susurró el príncipe en respuesta.

—Ahora espera a Segersen —dijo el Moredhel—. Ya sabes...

El matador negro pareció saltar hacia delante, para ser cogido por Crowe, que lo sostuvo un momento antes de dejarlo caer. El sorprendido renegado solo pudo mirar pasmado el asta de flecha que sobresalía de debajo del borde del yelmo de la criatura. La flecha de Martin había perforado la cofia de cota de mallas que cubría el cuello del matador negro, matándolo al instante.

Antes de que los otros cuatro moredhel pudieran desenvainar las armas, Martin

derribó a un segundo y Baru saltó de entre los árboles, eliminando a otro con un rápido movimiento de su espada larga. Roald cruzó el claro y mató a otro. Martin acabó con el último moredhel de un disparo mientras Jimmy y Arutha embestían contra el renegado Crowe. Este no intentó defenderse, ya que estaba conmocionado por el repentino ataque y enseguida se dio cuenta de que lo superaban en número. Pareció confuso, en especial al ver cómo Martin y Baru empezaban a quitarle la armadura al matador negro.

El miedo fue sustituido por la conmoción cuando vio como Martin abría el pecho del matador con su cuchillo y le arrancaba el corazón. Se le desorbitaron los ojos cuando reconoció a los que habían eliminado al grupo de moredhel.

—Entonces, vosotros... —Sus ojos examinaron cada rostro a medida que llegaban a su alrededor, luego estudió el de Arutha—. ¡Tú! ¡Se supone que estás muerto!

Jimmy le quitó rápidamente las armas que llevaba ocultas y buscó en su cuello.

—No lleva halcón de ébano. No es uno de ellos.

Una luz feral pareció iluminar los ojos de Crowe.

—¿Yo, uno de ellos? Por supuestísimo que no, Sus Señorías. No soy más que un mensajero, señor. Ganándome un poco de oro, eso es todo, Vuestra Munificencia. Ya sabéis cómo es esto.

Arutha le ordenó a Jimmy que se fuera.

—Trae a Locky, no quiero que ande solo por ahí si hay más hermanos negros en los alrededores. —Se encaró con el prisionero—. ¿Qué se trae entre manos Segersen con Murmandamus?

—¿Segersen? ¿Quién es?

Roald dio un paso al frente y, apretando con el puño enguantado la pesada empuñadura de una daga, golpeó a Crowe en la cara, haciéndole sangrar la nariz y rompiéndole la mejilla.

—No le rompas la mandíbula, por favor —dijo Laurie—, o no podrá decimos nada.

Roald le propinó una patada al hombre, mientras este se retorció en el suelo.

—Escucha, chavalote, no tengo tiempo de ser blando contigo. Ahora más te vale responder o te llevaremos de vuelta a la posada cortado en pedacitos. —Pasó la mano por el filo de su daga para dar mayor énfasis a sus palabras.

—¿Qué se trae entre manos Segersen con Murmandamus? —repitió Arutha.

—No lo sé —dijo el hombre a través de unos labios ensangrentados, y volvió a chillar cuando Roald le pegó otra patada—. De verdad que no. Solo me dijeron que lo esperara para entregarle un mensaje.

—¿Qué mensaje? —preguntó Laurie.

—El mensaje era muy sencillo. Solamente «Por la Grieta de Indindel».

—La Grieta de Indindel es un camino estrecho que cruza las montañas,

directamente al norte de aquí —dijo Baru—. Si Murmandamus se ha apoderado de él, puede mantenerlo abierto el tiempo suficiente para que la tropa de Segersen pase por él.

—Pero seguimos sin saber para qué quiere Murmandamus una compañía de ingenieros —comentó Laurie.

—Supongo que para que hagan lo que hacen los ingenieros —dijo Roald.

—¿Qué hay que asediar? —dijo Arutha—. ¿Tyr-Sog? Es demasiado fácil de reforzar desde Yabon, y tiene que encontrar una forma de cruzar las tierras de los nómadas de las Thunderhell al otro lado de las montañas. Paso de Hierro y Northwarden están demasiado al este de aquí, y no necesitaría ingenieros para atacar a los enanos ni a los elfos. Eso deja Highcastle.

Martin había acabado su sangriento trabajo y se unió a la conversación.

—Quizá, pero es la fortaleza más grande de los barones fronterizos.

—Yo no perdería el tiempo asediándola —dijo Arutha—. Fue diseñada para resistir incursiones. Puede abrumarse por la pura fuerza del número, y por lo que hemos visto de Murmandamus, no le preocupa ahorrar bajas precisamente. Además, eso lo dejaría en mitad de la Meseta Alta, sin sitio a donde ir. No, no tiene sentido.

—Mirad —dijo el hombre del suelo—. Yo no soy más que un intermediario, un tipo al que pagan por hacer un trabajo. No se me puede hacer responsable de los actos de la hermandad, ¿no, Vuestra Munificencia?

Jimmy volvió con Locklear.

—No creo que sepa nada más —le dijo Martin a Arutha.

Una expresión siniestra cruzó el rostro de Arutha.

—Sabe quienes somos.

—Sí —asintió Martin.

De repente el rostro de Crowe perdió el color.

—Vamos, podéis fiaros de mí. Mantendré cerrada la boca, Alteza. No tenéis que darme nada. Solo dejadme ir y me quitaré de en medio. De verdad.

Locklear miró a sus compañeros de rostro lúgubre, sin entender.

Arutha se dio cuenta y le dirigió a Jimmy una ligera inclinación de cabeza. El mayor de los dos muchachos cogió repentinamente a Locklear del brazo y lo apartó.

—¿Qué...? —dijo el escudero más joven.

Jimmy se detuvo a cierta distancia.

—Esperemos.

—¿A qué? —dijo el muchacho con la confusión evidenciándose en su rostro.

—A que hagan lo que tienen que hacer.

—¿Hacer qué? —insistió Locklear.

—Matar al renegado.

Locklear puso cara de asco. El tono de voz de Jimmy se volvió seco.

—Mira, Locky, esto es la guerra, y la gente muere. Y ese Crowe es de los que menos deberían preocuparnos que murieran. —Locklear no podía creer la dura expresión que estaba viendo en el rostro de Jimmy. Durante algo más de un año había visto al pícaro, al bribón encantador, pero ahora estaba viendo a alguien que nunca había esperado encontrarse, al frío y despiadado veterano de la vida, un joven que había matado y que volvería a hacerlo—. Ese hombre debe morir —dijo Jimmy sin rodeos—. Conoce la identidad de Arutha. ¿Y crees siquiera por un minuto que la vida de Arutha iba a valer un chavo si soltamos a Crowe?

Locklear tenía aspecto perturbado, pálido. Cerró los ojos lentamente.

—¿No podríamos...?

—¿Qué? —espetó Jimmy bruscamente—. ¿Esperar a que pasara una patrulla de la milicia y entregarlo para que lo juzguen en Tyr-Sog? ¿Ir a testificar? ¿Dejarlo atado unos meses? Mira, si te sirve de algo ten en cuenta que Crowe es un fuera de la ley y un traidor, y que Arutha está ejerciendo la justicia real. Pero lo mires como lo mires no hay otra elección.

A Locklear la cabeza le daba vueltas; en ese momento llegó un grito estrangulado desde el claro y el muchacho hizo una mueca de dolor. Su confusión se desvaneció aparentemente y se limitó a asentir. Jimmy apoyó la mano en el hombro de su amigo y apretó suavemente. De repente, supo que Locklear nunca volvería a parecer tan joven.

Habían vuelto a la posada y estaban allí esperando, para deleite de un algo perplejo Geoffrey. Tres días después apareció un extraño que se dirigió hacia Roald, que había estado ocupando el sitio que antes usaba Crowe. El extraño había hablado con él brevemente, y luego se había ido enfadado, ya que Roald le había dicho que el contrato entre Murmandamus y Segersen quedaba anulado. Martin le había mencionado a Geoffrey que un famoso general mercenario, buscado por las autoridades, estaba posiblemente acampado en las inmediaciones, y que seguramente habría una recompensa para cualquiera que informara a la milicia local de dónde encontrarlo. Partieron al día siguiente en dirección al norte.

—A Geoffrey le espera una agradable sorpresa —había dicho Jimmy mientras se alejaban de la posada.

—¿Por qué? —había preguntado Arutha.

—Bueno, Crowe no llegó a pagar la cuenta de los dos últimos días, así que Geoffrey se ha quedado con su escudo en pago por la deuda.

Roald y Jimmy rieron.

—Quieres decir que uno de estos días va a mirar debajo de esa cubierta.

Todo el mundo excepto Roald tenía cara de no estar enterándose de nada.

—Es de oro —dijo Jimmy.

—Por eso Crowe se tomaba tantas molestias para llevarlo siempre encima y nunca

se separaba de él —añadió Roald.

—Y ese es el motivo de que enterrarais todo su equipo excepto el que Baru lleva ahora, pero os llevaseis el escudo con vosotros —dijo Martin.

—Es la paga de Segersen. Nadie se metería con un guerrero desheredado y sin un chavo ¿no? —dijo Jimmy mientras todos reían—. Me pareció justo que Geoffrey se lo quedara. El cielo sabe que a donde vamos no nos va a hacer falta.

La risa murió.

Arutha ordenó un alto.

Llevaban una semana avanzando a paso firme desde su partida de la posada, y en dos ocasiones habían pernoctado en aldeas hadati donde Baru era conocido. Le habían recibido con respeto y honores, ya que de algún modo la noticia de la muerte de Murad a sus manos se había difundido por todas las tierras altas hadati. Si los montañeses habían sentido curiosidad acerca de los compañeros de Baru, no lo habían demostrado. Y Arutha y los demás estaban seguros de que no se correría la voz de su paso.

Ahora se encontraban frente a un estrecho sendero que conducía montañas arriba: la Grieta de Indindel.

—Aquí volvemos a entrar en territorio enemigo —dijo Baru, que cabalgaba junto a Arutha—. Puede que si Segersen no aparece, los moredhel retiren su vigilancia de la zona, pero puede que vayamos directos a sus brazos.

Arutha se limitó a asentir.

Baru se había recogido el pelo en una coleta y había envuelto sus espadas tradicionales en su tartán, ocultándolo todo en su saco de dormir. Ahora llevaba al cinto la espada de Morgan Crowe y la cota de mallas del renegado sobre su blusa. Fue como si el hadati hubiera dejado de existir y un mercenario común hubiera tomado su lugar. Esa era su historia. No serían más que otra banda de renegados que corría a unirse a Murmandamus, y tenían la esperanza de que la historia resistiera el escrutinio. En los días que llevaban viajando habían estado discutiendo el problema de cómo llegar hasta Murmandamus. Todos habían estado de acuerdo de que, aunque sospechara que Arutha seguía vivo, la última cosa que esperaría Murmandamus sería que el príncipe de Krondor fuera a alistarse en su ejército.

Reemprendieron el camino sin más conversación, con Martin y Baru abriendo la marcha, seguidos de Arutha y Jimmy, Laurie y Locklear y por último Roald. El experimentado mercenario vigilaba constantemente la retaguardia mientras ascendían por la Grieta de Indindel.

Ascendieron durante dos días, hasta que el sendero dobló hacia el nordeste. Parecía seguir la pendiente de las montañas en cierto sentido, aunque seguía recorriendo la vertiente sur. De alguna extraña forma todavía no habían salido del

Reino, ya que los picos que los rodeaban eran donde los cartógrafos reales habían decidido fijar los límites entre el Reino y las Tierras del Norte. Jimmy no se hacía muchas ilusiones acerca de eso. Se encontraban en territorio hostil. Cualquiera con el que se encontraran muy probablemente los atacaría nada más verlos.

Martin los esperaba en una curva del camino. Había vuelto a su costumbre del viaje hasta Moraelin de explorar a pie. El terreno era demasiado rocoso para que los caballos avanzaran rápidamente, así que apenas le costaba mantenerse adelantado respecto al grupo. Les hizo una señal, y los demás desmontaron. Jimmy y Locklear cogieron los caballos y los condujeron un corto trecho sendero abajo, dándoles la vuelta por si era necesario huir. Sin embargo, pensó Jimmy, eso iba a resultar problemático, ya que el sendero era tan estrecho que la única salida posible era por donde habían empezado.

Los otros llegaron junto al duque, y este levantó la mano indicando silencio. En la distancia pudieron oír lo que había provocado la parada: un profundo gruñido salpicado de ladridos y su contrapunto en otro gruñido, este menos familiar.

Sacaron las armas y avanzaron agachados. A menos de diez metros de la curva vieron un cruce de caminos, con uno que salía en dirección nordeste y otro hacia el oeste. Un hombre yacía en el suelo, si muerto o inconsciente eso no podían saberlo. Sobre su cuerpo inmóvil se alzaba un perro gigantesco, parecido a un alano, pero el doble de grande, y que llegaba a la altura de la cintura de un hombre. Alrededor del cuello llevaba un collar de cuero con púas de hierro que daba la impresión de una melena leonina de acero. Enseñaba los dientes, gruñía y ladraba. Ante él había agazapados tres trolls.

Martin disparó una flecha, alcanzando al troll más retrasado en la cabeza. La flecha perforó el grueso cráneo y la criatura murió sin enterarse. Los otros se dieron la vuelta, lo que resultó ser un error fatal para el troll que estaba más cerca del perro, ya que este saltó y le clavó sus terribles colmillos en la garganta. El tercero trató de huir al ver a cinco hombres cargando, pero Baru fue más rápido saltando sobre la confusión de cuerpos en el suelo y el troll murió rápidamente.

En un momento el único sonido que se escuchaba era el del perro sacudiendo al troll muerto. Cuando se acercaron los hombres, el perro soltó a su presa muerta y retrocedió, para montar guardia de nuevo sobre el hombre caído.

Baru contempló al animal, silbó y susurró:

—No es posible.

—¿Qué? —dijo Arutha.

—Ese perro.

—Posible o no, si ese hombre no está ya muerto puede que muera porque el perro no nos deja acercarnos —dijo Martin.

Baru pronunció una extraña palabra, y el perro levantó las orejas. Volvió la cabeza

un poco y dejó de gruñir. El perro avanzó lentamente; Baru se arrodilló y rascó al animal detrás de las orejas.

Martin y Arutha corrieron a examinar al hombre, mientras que Roald y Laurie ayudaban a los muchachos a traer los caballos.

—Está muerto —dijo Martin cuando todos estuvieron reunidos.

El perro miró al muerto y gimoteó un poco, pero consintió que Baru siguiera acariciándolo.

—¿Quién sería? —preguntó Laurie en voz baja—. ¿Qué traería a un hombre y un perro a un sitio tan desolado?

—Y mira esos trolls —añadió Roald.

Arutha asintió.

—Llevan armas y armaduras.

—Trolls de las montañas —dijo Baru—. Más inteligentes, astutos y feroces que sus primos de las tierras bajas. Los de allí son poco más que animales; pero los de las montañas son enemigos terribles. Murmandamus ha reclutado aliados.

—¿Pero este hombre? —dijo Arutha señalando al hombre del suelo.

Baru se encogió de hombros.

—No puedo decir quién era, pero tengo una idea de lo que era. —Contempló al perro que estaba ante él, sentado tranquilamente con los ojos cerrados de alegría mientras Baru le rascaba detrás de las orejas—. Este perro es como los que tenemos en nuestras aldeas, pero más grande, bastante más grande. Nuestros perros descienden de esta raza, una raza que hace un siglo que no se ve en Yabon.

Este animal es un sabueso cazabestias. Hace siglos mi gente vivía en pequeñas aldeas dispersas por estas montañas y las colinas de allá abajo. No teníamos ciudades, y nos reuníamos en asamblea dos veces al año. Para proteger a nuestros rebaños de los depredadores, criábamos estos perros, los sabuesos. Sus encargados eran los cazadores de bestias. Los perros fueron criados selectivamente hasta conseguir un tamaño que haría pensárselo dos veces a un oso de las cavernas. —Señaló los pliegues de piel alrededor de los ojos—. Un perro de estos le clava los dientes en el cuello a su presa y esos pliegues canalizan la sangre apartándosela de los ojos. Y no soltará a su presa hasta que esté muerta o se lo ordene su amo. El collar de púas impide que un depredador más grande le muerda en el cuello.

Locklear estaba asombrado.

—¡Más grande! ¡Si esa cosa es del mismo tamaño que un pony!

Baru sonrió ante la exageración.

—Solían usarlos para cazar wyverns.

—¿Qué es un wyvem? —preguntó Locky.

—Un dragón pequeño y estúpido —respondió Jimmy—, solo de cuatro metros de alto.

Locky miró a los demás para ver si Jimmy estaba bromeando. Baru negó con la cabeza.

—¿Y ese hombre de allí era su amo? —dijo Martin.

—Muy posiblemente —asintió Baru—. Lleva la armadura y la cofia de cuero negro. En la mochila debería llevar una máscara de hierro con bandas de cuero para atársela a la cabeza, por encima de la cofia. Mi padre tenía una igual en su casa, una reliquia del pasado transmitida de padres a hijos. —Echó un vistazo a su alrededor y vio algo junto a los trolls caídos—. Allí, tráelo.

Locklear fue corriendo y volvió con una ballesta gigantesca. Se la entregó a Martin, que silbó.

—Que cosa tan condenadamente enorme.

—Tiene una vez y media el tamaño de la ballesta más grande que había visto hasta ahora —comentó Roald.

Baru asintió.

—Se llama «Machacadora de Isabelitas». Lo de Isabelita no se sabe de dónde viene, pero vaya si machaca. Mi gente solía tener un cazador de bestias en cada aldea, para proteger a los rebaños de los leones, los osos de las cavernas, los grifos y demás depredadores. Cuando el Reino llegó a Yabon y vuestros nobles construyeron ciudades y castillos, y vuestras patrullas a caballo pacificaron el campo, la necesidad de cazadores de bestias disminuyó y con el paso del tiempo desapareció. También se permitió que los sabuesos disminuyeran de tamaño, y se siguieron criando como mascotas y para cazar piezas de menor tamaño.

Martin había soltado la ballesta y examinaba un dardo de los que llevaba el hombre en una aljaba colgada del cinturón. Tenía la punta de acero y era el doble de grande que un dardo normal.

—Esto parece capaz de agujerear la pared de un castillo.

Baru sonrió un poco.

—No tanto, pero puede hacerle una mella del tamaño de vuestro puño a las escamas de un wyvern. Posiblemente no matara al wyvem, pero le haría pensarse dos veces el atacar el rebaño.

—Pero has dicho que ya no hay cazadores de bestias.

Baru le dio unas palmaditas en la cabeza al perro y se puso de pie.

—Y eso pensaba. Y sin embargo allí yace uno. —Se mantuvo un rato en silencio—. Cuando el Reino llegó hasta Yabon, éramos una asociación informal de clanes, y hubo divisiones a la hora del trato con vuestra gente. Algunos de nosotros dieron la bienvenida a vuestros antepasados. Otros no. La mayor parte de nosotros los hadati mantuvo las viejas costumbres, viviendo en las tierras altas y criando ovejas y vacas. Pero los de las ciudades fueron rápidamente absorbidos a medida que vuestros compatriotas llegaban cada vez en mayor número, hasta que hubo poca diferencia

entre los hombres de la ciudad de Yabon y los del Reino. Laurie y Roald tienen ese origen. Así que Yabon se convirtió en parte del Reino. Pero algunos estaban en contra del Reino, y la resistencia se convirtió en una guerra abierta. Vuestros soldados llegaron en gran número y la rebelión fue aplastada rápidamente. Pero hay una historia, que no todos creen, de que algunos eligieron ni inclinarse ante el rey ni luchar. En vez de eso escogieron huir, yendo al norte en busca de un nuevo hogar más allá del control del Reino.

Martin miraba al perro.

—Entonces puede que la historia sea cierta.

—Eso parece —dijo Baru—. Creo que ahí fuera, en alguna parte, tengo parientes lejanos.

Arutha estudió al perro durante un rato.

—Y nosotros encontramos aliados. Esos trolls eran siervos de Murmandamus, ciertamente, y este hombre era su enemigo.

—Y el enemigo de nuestro enemigo es nuestro aliado —dijo Roald.

Baru sacudió la cabeza.

—Recordad que esa gente huyó del Reino. Puede que todavía os guarden poco aprecio, príncipe. Puede que estemos cambiando un problema por otro. —Añadió esto último con una sonrisa irónica.

—No tenemos elección —dijo Arutha—. Hasta que sepamos qué se encuentra al otro lado de esas montañas, debemos buscar cualquier ayuda que el azar nos presente.

El príncipe permitió un breve descanso mientras el cuerpo del cazador de bestias caído era cubierto de piedras, formando un rudimentario túmulo. El perro aguantó estoicamente mientras se hacía aquello. Cuando acabaron, el perro se negó a moverse y apoyó la cabeza en la tumba de su amo.

—¿Lo dejamos? —preguntó Roald.

—No —respondió Baru. Volvió a hablar en la extraña lengua y el perro fue a su lado, no sin cierta reticencia—. El lenguaje usado para dar órdenes a los perros debe seguir siendo el mismo, porque obedece.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Arutha.

—Tener cuidado, pero creo que será mejor dejar que nos guíe —respondió el montañés señalando al perro. Pronunció una sola palabra, el perro levantó las orejas y partió trotando camino arriba, parándose a cierta distancia para esperar que lo siguieran.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Arutha mientras montaban rápidamente.

—Le he dicho «casa» —dijo Baru—. Nos conducirá hasta su gente.

9

Cautivos

El viento aullaba.

Los jinetes se arrebujaaron en sus capas. Llevaban más de una semana siguiendo al sabueso. Dos días después de encontrar al perro habían cruzado la cresta de las Grandes Montañas del Norte. Ahora avanzaban por un estrecho sendero justo por debajo de una alta comisa, que discurría en dirección al nordeste.

El perro había llegado a aceptar a Baru como su amo, ya que obedecía todas las órdenes que le daba el hadati, mientras que ignoraba las que le daban los demás. Baru llamó al perro Blutark, que dijo que en la antigua lengua hadati significaba a un viejo amigo con el que uno se encontraba después de mucho tiempo o que regresaba de un largo viaje. Arutha tenía la esperanza de que fuera un buen presagio, y que los que habían criado al perro sintieran algo similar hacia su grupo.

El perro había demostrado su utilidad en dos ocasiones, descubriendo peligros a lo largo del camino. Podía oler cosas que pasaban desapercibidas incluso para los ojos de cazador de Martin y Baru. En ambas ocasiones habían cogido por sorpresa a grupos de trasgos acampados en el camino. Estaba claro que Murmandamus controlaba esta ruta hacia las Tierras del Norte. Ambos encuentros habían tenido lugar en cruces de caminos con senderos descendentes.

El sendero había corrido en dirección sudoeste desde Indindel, y luego torcía al este, abrazando la vertiente septentrional de la cordillera. En la distancia podían ver la vasta extensión de las Tierras del Norte, y se hacían preguntas. Para la mayoría de los hombres del Reino «Tierras del Norte» era una conveniente etiqueta para ese lugar desconocido al otro lado de las montañas, sobre cuya naturaleza solo podían especular. Pero ahora podían ver las Tierras del Norte bajo ellos, y la realidad del lugar empujaba cualquier especulación, ya que era una realidad inmensa. Hacia el noroeste se extendía una inmensa pradera hasta las distantes brumas: la Thunderhell. Pocos hombres del Reino habían puesto el pie en aquel dominio herbáceo, y solo con el consentimiento de los nómadas que llamaban su hogar a las estepas Thunderhell. En el borde oriental de las Thunderhell se alzaba una franja de

colinas, y al otro lado se encontraban unas tierras jamás vistas por hombres del Reino. Cada recodo del camino, cada trecho recorrido, una nueva vista se abría ante ellos.

Les preocupaba el hecho de que el perro se negaba a descender, ya que Martin estaba seguro de que dispondrían de más cobertura en las colinas de abajo que en este sendero abierto. Serpenteando entre las estribaciones septentrionales de las montañas, solo muy de vez en cuando encontraban cobertura entre los árboles. En tres ocasiones notaron indicios de que dicho sendero no era completamente natural, como si alguien, hace mucho, hubiera emprendido la labor de conectar tramos sueltos.

—Ese cazador se alejó un buen trecho de su casa, eso seguro —comentó Roald, no por primera vez. Fácilmente estaban a cien millas de donde habían encontrado el cadáver.

—Sí —dijo Baru—, y eso es extraño, ya que a los cazadores de bestias se les solía asignar la defensa de una zona. Quizá esos trolls llevaban algún tiempo persiguiéndolo. —Pero sabía tan bien como los otros que una persecución así era cosa de millas, no de decenas de millas. No, había otra razón para que el cazador estuviera tan lejos de su hogar.

Para pasar el tiempo, Arutha, Martin y los muchachos empezaron a aprender el dialecto hadati de Baru, para cuando se encontraran con la gente del propietario de Blutark. Laurie y Roald ya hablaban con fluidez el yabonés y chapurreaban el dialecto hadati, así que ellos no tenían problema. A Jimmy era al que más le costaba, pero era capaz de componer frases sencillas.

En un momento dado, Blutark llegó a la carrera por el sendero, meneando furiosamente su cola cortada. Con un comportamiento atípico, ladraba furiosamente y daba vueltas en el sitio.

—Qué raro... —dijo Baru.

El perro normalmente se ponía delante cuando sentía peligro, hasta que lo atacaban o Baru le ordenaba atacar. Baru y Martin se adelantaron a los demás, y el hadati le ordenó al perro que avanzara. Blutark corrió hacia delante, doblando un recodo entre altas paredes de roca, en el que el sendero empezaba de nuevo un camino descendente.

Ellos también doblaron el recodo y se detuvieron, ya que en un claro, Blutark estaba frente a otro sabueso. Los dos perros se olisqueaban y movían las colas. Pero detrás del segundo perro había un hombre con una armadura de cuero negro y una extraña máscara de hierro en la cara. Les apuntaba con una Machacadora de Isabelitas, que estaba apoyada en un poste de madera. Habló, pero el viento hizo ininteligibles sus palabras.

Baru levantó las manos y gritó algo, la mayoría de lo cual no pudieron oír sus compañeros, aunque sus intenciones amistosas quedaron claras. De repente cayeron unas redes desde arriba y atraparon a los siete jinetes. Una docena de soldados

ataviados con cuero marrón cayó sobre ellos, y rápidamente desmontaron al grupo de Arutha. En poco tiempo quedaron atrapados como pájaros. El hombre de la armadura negra cogió el poste, lo plegó y se lo colgó a la espalda junto con la ballesta. Se acercó y les dio palmaditas amistosas a su perro y a Blutark.

El sonido de caballos acompañó a otro destacamento de hombres vestidos de marrón, esta vez jinetes. Uno de ellos les habló en el idioma del Reino, con un fuerte acento.

—Vendréis con nosotros. No habléis en voz alta, u os amordazaremos. No intentéis huir, u os mataremos.

Baru asintió a sus compañeros, pero Roald empezó a decir algo. Al instante unas manos le metieron algo en la boca y le ataron un trapo sobre la cara, silenciándolo. Arutha miró a su alrededor, pero se limitó a asentirles a los demás. Colocaron con rudeza a los cautivos en sus monturas y les ataron los pies a los estribos. Sin más palabras, los jinetes emprendieron la marcha por el sendero, guiando a Arutha y los demás.

Cabalgaron durante un día y una noche, haciendo cortas paradas para que descansaran los caballos. Mientras atendían a los caballos, a Arutha y sus compañeros les aflojaban las ligaduras para mitigar los calambres que estaban sintiendo. Pocas horas después de la partida le quitaron la mordaza a Roald, para gran alivio suyo, pero quedó claro que sus captores no les permitían hablar.

Después del amanecer pudieron ver que habían recorrido la mitad de la distancia entre el sendero que recorría la cresta de las montañas y las colinas de abajo. Pasaron junto a un pequeño rebaño de ganado, con tres pastores armados y alerta que los saludaron, y se acercaron a una comunidad en la cima de una colina.

La muralla exterior era robusta, de pesados troncos atados y sellados con adobe. Los jinetes se vieron obligados a acercarse circunvalando la muralla, por un estrecho sendero flanqueado por profundas zanjas. A ambos lados del sendero, estas zanjas mostraban estacas de madera endurecida al fuego, dispuestas a empalar a cualquier jinete que cometiera un error. Roald miró a su alrededor.

—Deben tener unos vecinos encantadores —susurró Roald.

Al instante se le acercó uno de los guardias con la mordaza dispuesta, pero el líder le indicó con un gesto que no era necesario, y siguieron acercándose a la puerta. Esta se abrió y descubrieron una segunda muralla tras la primera. No había barbacana, pero toda la zona entre ambas murallas era un perfecto campo de tiro. Al atravesar la segunda puerta, Arutha admiró la sencillez de la construcción. Un ejército moderno podía apoderarse de esta aldea, pero costaría vidas. Bandidos y trasgos serían repelidos con facilidad.

En el interior de las murallas, Arutha observó el terreno. Era una aldea de no más

de doce chozas, todas ellas construidas de cañas y barro. Había niños jugando, pero con miradas serias. Vestían armaduras acolchadas o, en el caso de los mayores, de cuero. Todos llevaban dagas. Incluso los ancianos iban armados, y uno pasó cojeando junto a ellos usando una lanza a modo de bastón.

—Ahora podéis hablar, porque las reglas del camino no se aplican aquí —dijo el líder de la compañía en la lengua real. Sus hombres cortaron las tiras que ataban los pies de los cautivos a los estribos y los ayudaron a desmontar. Entonces el líder les indicó con un gesto que entraran en una cabaña.

El comandante de la patrulla los acompañó. Blutark, que había seguido corriendo junto a Baru, se tumbó a los pies del hadati, con la lengua fuera y jadeando.

—Ese perro es de una raza poco común, de especial importancia para mi gente —dijo el comandante de la patrulla—. ¿Cómo lo has conseguido?

Arutha le asintió a Baru.

—Encontramos a su amo muerto a manos de unos trolls —dijo el Inadati—. Matamos a los trolls y el perro decidió venir con nosotros.

El hombre reflexionó.

—Si le hubierais hecho daño a su amo, ese perro os habría matado o muerto en el intento. Así que debo creerlos. Pero esa raza ha sido entrenada para obedecer solo a unos cuantos. ¿Cómo le das órdenes?

El montañés pronunció una palabra y el perro se sentó, con las orejas levantadas. Pronunció otra y el perro se tumbó a descansar.

—En mi aldea había perros de una raza parecida, aunque no tan grandes como este.

Los ojos del comandante se entornaron.

—¿Quién eres?

—Soy Baru, llamado el Matasierpes, de la familia Ordwinson del clan de las Colinas de Hierro. Soy hadati —habló en dialecto hadati mientras desenrollaba su largo saco de dormir y sacaba su tartán y sus espadas.

El comandante asintió. Respondió en un idioma lo bastante parecido al de Baru como para que los demás lo entendieran. Las diferencias entre ambas lenguas parecían ser principalmente de pronunciación y algunas nimiedades.

—Hace mucho tiempo desde la última vez que uno de nuestros parientes hadati vino a las montañas, Baru Matasierpes, casi una generación. Esto explica mucho. Pero los hombres del Reino suelen venir aquí a causar problemas, y últimamente hemos tenido más que de sobra de esa gente. Creo que no sois renegados, pero esto es un asunto para la sabiduría del Protector. —Se puso en pie—. Descansaremos aquí esta noche, y mañana partiremos. Os traerán comida. Hay un cubo para que os aliviéis por la noche en el rincón. No salgáis de esta cabaña. Si lo intentáis os ataremos, si os resistís os mataremos.

—¿A dónde nos lleváis? —preguntó Arutha cuando el otro llegaba a la puerta.
El hombre se volvió.
—Armengar.

Partieron con las primeras luces, descendiendo de las tierras altas hacia un denso bosque, con Blutark trotando cómodamente junto al caballo de Baru. Sus captores volvieron a indicarles que no hablaran, pero les devolvieron las armas. A Arutha le pareció que sus captores asumían que si había problemas en el camino actuarían como camaradas. Ya que los únicos encuentros probables eran con siervos de Murmandamus, Arutha pensó que era una presunción razonable. Estaba claro que el bosque había sufrido talas en algunas zonas, y el sendero parecía ser usado regularmente. Saliendo de entre los árboles llegaron a un claro donde pastaba un pequeño rebaño de vacas, vigilado por tres hombres. Uno era el cazador de bestias, que había abandonado la aldea la noche anterior. Los otros eran pastores, pero iban armados con lanzas, espadas y escudos.

Aquel día se cruzaron con rebaños en otras dos ocasiones, uno de vacas y otro de ovejas. Ambos estaban cuidados por guerreros, varios de los cuales eran mujeres. A la puesta de sol llegaron a otra aldea y se les dejó un nuevo sitio en el que quedarse, otra vez con instrucciones de no abandonar el edificio.

La mañana del día siguiente, el cuarto de su cautiverio, entraron en un cañón poco pronunciado, siguiendo un río que salía de las montañas. Siguieron su curso hasta pasado el mediodía, y luego llegaron a una larga pendiente. El camino rodeaba una gran colina en vez de seguir el curso del río, que se abría paso cortando la roca, así que su vista de lo que había bajo ellos quedó bloqueada casi una hora. Cuando llegaron al otro lado de la colina, Arutha y sus amigos intercambiaron miradas silenciosas, maravillados.

El líder del grupo, que habían sabido que se llamaba Dwyne, se volvió hacia ellos.
—Armengar.

No podían ver la ciudad en detalle, pero lo que podían ver era abrumador. La muralla exterior mediría quince o veinte metros de alto, y en lo alto había dispuestos bartizanes cada quince metros o así, permitiendo que los arqueros desplegados sobre ellos solaparan sus campos de tiro. Al acercarse a la muralla, fueron saliendo a la luz más detalles. La barbacana era inmensa, más de treinta metros de ancho. Las puertas parecían más secciones móviles de muralla que puertas en sí. El río que habían seguido saliendo de las montañas se convertía en un foso que rodeaba la muralla, sin dejar más de treinta centímetros de espacio entre su orilla y la base de la muralla.

Al acercarse a la ciudad, las puertas se abrieron con una rapidez sorprendente, dado su aspecto pesado, y una compañía de jinetes se acercó desde el interior. Avanzaron a buen paso hacia la escolta de Arutha. Cuando ambas compañías se

cruzaron, los jinetes se saludaron levantando la mano derecha. Arutha vio que iban vestidos de idéntica forma. Hombres y mujeres se cubrían las cabezas con cofias de cuero. Las armaduras eran de cuero o cota de mallas, sin placas. Todos llevaban espadas y escudos, y lanzas y arcos aparecían en igual proporción. No llevaban tabardos ni blasones en los escudos. Pronto los dejaron atrás, y la atención de Arutha volvió a la ciudad. Estaban cruzando un puente, al parecer permanente, sobre el foso.

Al cruzar la puerta de la ciudad, Arutha vio de refilón un estandarte ondeando en una de las esquinas de la barbacana. Solo pudo distinguir sus colores, negro y dorado, no su diseño, pero algo acerca del estandarte le hizo sentirse inquieto por un momento. Entonces las puertas exteriores empezaron a cerrarse. Parecían moverse por sí mismas.

—Tiene que haber algún mecanismo que las mueva desde dentro de las murallas —dijo Martin. Arutha se limitó a observar en silencio—. Unos cien o ciento cincuenta jinetes podrían hacer una salida sin tener que abrir las puertas interiores. —Martin contempló el tamaño del pasillo que discurría por debajo de la barbacana.

Arutha asintió. Era la más grande que había visto en su vida. Las paredes parecían tener unos imposibles diez metros de grosor. En ese momento se abrieron las puertas interiores y entraron en Armengar.

La ciudad estaba separada de las murallas por una franja, un patio exterior de unos cien metros de ancho. A partir de allí comenzaba una acumulación de edificios apiñados, atravesados por estrechas callejuelas. No se veía nada parecido a las amplias avenidas de Krondor, y ningún edificio exhibía letreros que indicaran su propósito. Siguieron a su escolta y se dieron cuenta de que había poca gente ociosa cerca de los portales. Si había negocios, Arutha y sus compañeros no pudieron distinguirlos.

En todas las partes a donde miraran, la gente iba equipada con armas y armadura. Solo una vez vieron una excepción en las armaduras: una mujer evidentemente en las últimas fases del embarazo, pero llevaba una daga en el fajín. Incluso los niños de más de siete u ocho años iban armados.

Las calles eran serpenteantes y tortuosas, cruzándose unas con otras aparentemente al azar.

—Esta ciudad parece construida sin planificación —dijo Locklear.

Arutha negó con la cabeza.

—Es una ciudad magníficamente planificada, con un propósito claro. Las calles rectas benefician a los comerciantes y son fáciles de construir si el terreno es llano o se puede trabajar con facilidad. Solo se ven calles tortuosas donde es difícil hacerlas rectas, como Rillanon, que está situada sobre colinas rocosas, o cerca del palacio de Krondor. Esta ciudad está construida sobre una meseta, lo que quiere decir que estas callejuelas retorcidas son intencionales. ¿Qué opinas, Martin?

—Creo que si alguien lograra abrir brecha en esas murallas, se podría tender una

emboscada cada quince metros entre aquí y el otro extremo de la ciudad. —Señaló hacia arriba—. Observa que todos los edificios tienen la misma altura. Estoy seguro de que los tejados son planos y se puede acceder a ellos desde el interior. Un sitio perfecto para los arqueros. Mirad los pisos bajos.

Jimmy y Locklear miraron y vieron a lo que se refería el duque. Cada edificio tenía solo una puerta en la planta baja, de recia madera reforzada con hierro, y no había ventanas.

—Esta ciudad ha sido diseñada para su defensa —dijo Martin.

—Eres muy perceptivo —dijo Dwyne volviéndose, luego devolvió su atención a su paso por la ciudad. Los ciudadanos observaban un momento pasar a los extranjeros, y luego volvían a sus asuntos.

Emergieron a un mercado desde la masa de edificios. Por todas partes había tenderetes y gente moviéndose entre ellos, comprando y vendiendo.

—Mirad —dijo Arutha señalando hacia una ciudadela. Esta parecía crecer de la misma pared de un gigantesco acantilado, contra el que se asentaba la ciudad. Se alzaba unos treinta pisos de alto. Otra muralla, de diez metros de altura, rodeaba la ciudadela, y alrededor de esta muralla había otro foso.

—Tienen que esperar visitas desagradables —dijo Jimmy.

—Sus vecinos son bastante pesados —comentó Roald.

Ante eso, algunos de los guardias que entendían la lengua real rieron abiertamente, asintiendo.

—Si las casas caen, hay que atravesar otro espacio abierto, que proporciona a los de las murallas un campo de tiro perfecto. Apoderarse de esta ciudad costaría una fortuna en vidas.

—Eso se pretendía —dijo Dwyne.

Entraron en la ciudadela y se les ordenó desmontar. Luego se llevaron sus caballos. Siguieron a Dwyne hasta unas mazmorras, aunque parecían limpias y bastante espaciales. Los condujeron a una gran celda común, iluminada por una linterna de latón. Dwyne les indicó que entraran.

—Esperad aquí. Si oís una alarma subid al patio común y se os dirá qué hacer. De lo contrario, esperad aquí hasta que el Protector os mande a buscar. Haré que os bajen comida. —Y con eso, se fue.

—¿No cierran la puerta ni nos quitan las armas? —dijo Jimmy tras mirar a su alrededor.

Baru se sentó.

—¿Por qué molestarse?

Laurie se tumbó en una manta vieja colocada sobre paja.

—Lo cierto es que no tenemos dónde ir. No podemos fingir ser nativos de esta ciudad y no podríamos ocultarnos. Y yo no estoy dispuesto a abrirme paso luchando.

Jimmy se sentó junto a Laurie.

—Tienes razón. ¿Qué hacemos ahora?

Arutha se quitó la espada del cinto.

—Esperar.

Esperaron durante horas. Les trajeron comida, y comieron. Cuando acabo la comida, Dwyne volvió.

—El Protector va a venir. Me gustaría conocer vuestros nombres y vuestro propósito.

Todos los ojos se volvieron hacia Arutha, que habló.

—Creo que no ganamos nada ocultando la verdad, y puede que ganemos algo siendo sinceros. Soy Arutha, príncipe de Krondor.

—¿Eso es un título? —dijo Dwyne.

—Sí —dijo Arutha.

—Nosotros los armengarianos recordamos poco del Reino, y tampoco tenemos esos títulos. ¿Es importante?

Roald casi explotó.

—Maldita sea, hombre, es el hermano del rey, igual que el duque Martin aquí presente. Es el segundo hombre más poderoso del Reino.

Dwyne no pareció impresionado. Los demás le dieron sus nombres.

—¿Vuestro propósito?

—Creo que esperaremos para discutirlo con vuestro Protector —respondió Arutha. Dwyne no pareció lo más mínimamente ofendido por la respuesta y se fue.

Pasó otra hora y la puerta se abrió de repente. Entró Dwyne, seguido de un hombre rubio. Arutha levantó la vista expectante, ya que quizá este era el Protector. Era el primer hombre que veían que no iba vestido con una armadura marrón. Llevaba una larga cota de mallas sobre un jubón acolchado rojo que le llegaba hasta las rodillas. Se había echado atrás una cofia de cota de mallas, dejando la cabeza al descubierto. Llevaba el pelo corto e iba afeitado. Su rostro habría podido considerarse abierto y amistoso, pero había cierta dureza en torno a sus ojos mientras contemplaba a los cautivos. No dijo nada, limitándose a mirar un rostro tras otro. Estudió a Martin, como si viera algo familiar en él. Luego miró a Arutha. Se quedó mirándolo fijamente durante un minuto, y sus ojos no traicionaron ninguna reacción. Le asintió una vez a Dwyne y se fue.

—Hay algo en ese —dijo Martin.

—¿Qué? —dijo Arutha.

—No sé cómo, pero juraría haberlo visto antes. Y llevaba un blasón en el pecho, aunque no he podido distinguirlo a través de la cota de mallas.

Poco después la puerta volvió a abrirse. Quien quiera que estuviese ante ella se

quedó fuera, dejando visible solo su silueta. Entonces se oyó el familiar y ensordecedor bramido de una risa y el hombre dio un paso al frente.

—¡Que me asen el hígado! Es cierto —dijo, y una amplia sonrisa partió en dos su barba entrecana.

Arutha, Martin y Jimmy se quedaron sentados mirándolo incrédulos. Arutha se levantó, se puso en pie lentamente, incapaz de confiar en sus sentidos. Ante él se encontraba el último hombre que había esperado ver entrar en la celda.

—¡Amos! —dijo Arutha poniéndose en pie de un salto.

Amos Trask, antiguo pirata y compañero de Arutha y Martin durante la Guerra de la Fractura, entró en la celda. El recio capitán envolvió a Arutha en un abrazo de oso, y luego hizo lo propio con Martin y Jimmy. Le presentaron a los demás rápidamente.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Arutha.

—Es toda una historia, hijo, una para grandes sagas, pero no para ahora. El Protector espera disfrutar del placer de vuestra compañía, y no es alguien a quien le guste que le hagan esperar. Más tarde intercambiaremos historias. Por el momento Martin y tú tenéis que venir conmigo. Los demás deben esperar aquí.

Martin y Arutha siguieron a Amos por el pasillo y las escaleras hasta el patio. El marino atravesó rápidamente hasta el edificio principal de la ciudadela y apretó el paso.

—No puedo deciros mucho, solo que debemos apresurarnos —dijo mientras llegaban a una extraña plataforma en alguna clase de torre. Les indicó que se pusieran junto a él. Tiró de una cuerda y súbitamente la plataforma empezó a ascender.

—¿Qué es esto? —inquirió Martin.

—Una plataforma elevadora, un ascensor. Tenemos que transportar proyectiles pesados hasta las catapultas del tejado. La impulsan unos caballos que hay abajo atados a un torno. También sirve para que un gordo ex capitán de barco no tenga que subir corriendo veintisiete tramos de escaleras. Mi aguante ya no es el que era, chavales. —Su tono se volvió serio—. Ahora escuchad. Sé que tenéis un centenar de preguntas, pero por el momento tendrán que esperar. Os lo explicaré todo después de que habléis con el Tuerto.

—¿El Protector? —preguntó Arutha.

—El mismo. Ahora, no sé como decírtelo, pero te vas a llevar una buena sorpresa. Quiero que controles tu temperamento hasta que podamos sentarnos a hablar. Martin, controla al chaval. —Apoyó la mano en el hombro de Arutha y se inclinó para acercarse—. Contramaestre, recuerda que aquí no eres príncipe. Eres un forastero, y con esta gente eso suele querer decir comida para los cuervos. Los forasteros son escasos y raras veces se les da la bienvenida en Armengar.

El ascensor se detuvo y se bajaron de él. Amos avanzó a paso vivo por un largo

pasillo. A lo largo de la pared izquierda había una serie de ventanas rematadas por arcos, que proporcionaban una vista sin obstrucciones de la ciudad y la llanura que había al otro lado. Martin y Arutha solo pudieron permitirse una ojeada rápida a la vista, pero era impresionante. Tuvieron que apresurarse cuando Amos se volvió y los apremió. El hombre rubio los esperaba frente a una puerta.

—¿Por qué no dijiste nada? —le preguntó a Amos en un ronco susurro.

Amos señaló la puerta con el pulgar.

—Quería un informe completo de tu parte. Ya sabes cómo puede ser. Nada de asuntos personales hasta que se acabe el trabajo. No lo demuestra, pero ha sido un golpe muy duro para él.

El hombre rubio asintió, su rostro convertido en una lúgubre máscara.

—Casi no puedo creerlo. Gwynnath muerta. Es un duro golpe para todos nosotros.

Se había quitado la cota de mallas. En su jubón acolchado, sobre el corazón, había un pequeño escudo de armas rojo y dorado, pero se giró y cruzó la puerta antes de que Arutha captara los detalles.

—La patrulla del Protector ha sufrido una emboscada y algunos han muerto —dijo Amos—. Está de un mal humor poco habitual, porque se culpa a sí mismo, así que andaos con cuidado. Vamos, me arrancará las orejas si nos retrasamos más.

Amos abrió la puerta e indicó a los hermanos que entraran. Se encontraron en una sala de juntas de algún tipo, dominada por una gran mesa redonda. En el muro del fondo una enorme chimenea proporcionaba luz y calor. Las paredes estaban cubiertas por multitud de mapas, excepto por la izquierda, donde había más ventanales, y un candelabro circular que colgaba del techo proporcionaba más iluminación.

Junto a la chimenea se encontraba el hombre rubio hablando con otro, vestido completamente de negro, desde la blusa y los pantalones hasta la cota de mallas que aún no se había quitado. Sus ropas estaban cubiertas de polvo y su rostro estaba dominado por un gran parche negro que cubría su ojo izquierdo. Su pelo mezclaba el gris y el negro en igual proporción, pero su físico no mostraba signos de envejecimiento. Por un momento, Arutha quedó impresionado por el parecido. Miró de soslayo a Martin, que le devolvió la mirada. El también lo había visto. Más en porte y maneras que en apariencia física, pero este hombre se parecía a su padre.

El hombre dio un paso al frente, y Arutha pudo ver claramente el blasón en su tabardo. Un águila en oro abriendo las alas sobre un campo de sable. Arutha supo el motivo de la incomodidad que había sentido al ver la bandera sobre la puerta. Solo un hombre en el mundo vestía aquella enseña. Una vez había sido considerado el mejor general del Reino, pero el rey lo había declarado traidor por la muerte del padre de Anita. Aquí estaba el enemigo más odiado de su padre. El hombre llamado Protector

por la gente de Armengar señaló un par de sillas. Su voz era grave y firme, aunque sus palabras fueron amables.

—¿No deseáis sentaros... primos? —preguntó Guy du Bas-Tyra.

La mano de Arutha se cerró en torno a la empuñadura de su espada por un instante, pero no dijo nada mientras Martin y él se sentaban. La cabeza le daba vueltas por el torbellino de preguntas que bullía en ella.

—¿Cómo...? —dijo finalmente.

Guy le interrumpió mientras cogía una silla.

—Es una larga historia; le dejaré a Amos que os la cuente. Por ahora tengo otras preocupaciones. —Brevemente reveló una mirada extraña, de dolor. Apartó el rostro por un instante, y luego volvió a mirar a los hermanos. Estudió a Martin—. Te pareces un poco a Borric cuando era joven, ¿lo sabías? —Martin asintió, Guy se dirigió a Arutha—. Tú también te pareces a él, pero además te pareces a... tu madre. La forma de los ojos... si no el color. —Eso último lo dijo suavemente. Su tono cambió al entrar un soldado trayendo jarras de cerveza—. No tenemos vino en Armengar; su elaboración es un arte perdido, ya que el clima no es adecuado para las vides. Pero hacen una cerveza fuerte y tengo sed. Unios a mí si lo deseáis. —Se sirvió una jarra y dejó que Arutha y Martin hicieran lo propio. Guy se bebió su jarra de un trago, y su máscara volvió a caer por un instante—. Dioses, estoy cansado. —Volvió a mirar a los hermanos—. Bueno, bueno. Cuando Armand me dijo a quiénes había traído Dwyne apenas pude creer lo que oía. Ahora mis ojos son testigos.

Los ojos de Arutha fueron al hombre rubio que estaba junto al fuego.

—¿Armand?

Examinó el blasón: un escudo doblado en dexter, con un dragón pasante en gulés sobre campo de oro en el jefe, y una zarpa de león en oro sobre campo de gulés.

—¿Armand de Sevigny! —dijo Martin. El hombre saludó al duque con una inclinación de cabeza.

—¿Barón de Gyldenholt? ¿Mariscal de los caballeros de San Gunther? —preguntó Arutha.

Martin maldijo.

—Soy un idiota. Sabía que lo había visto. Estuvo en el palacio de Rillanon en los días previos a que tú te unieras a nosotros, Arutha, pero no estuvo allí el día de la coronación, cuando tú llegaste.

El hombre rubio sonrió levemente.

—A vuestro servicio, Majestad.

—No según lo que yo recuerdo. No estabais entre los que juraron fidelidad a Lyam.

El hombre rubio negó con la cabeza.

—Cierto. —Su expresión parecía casi de arrepentimiento.

—De nuevo, eso es parte de la historia de cómo llegamos hasta aquí —dijo Guy—. Por el momento mi preocupación es por qué estáis aquí, y si ese motivo representa alguna amenaza para esta ciudad. ¿Por qué habéis venido al norte?

Arutha se quedó sentado en silencio, con los brazos cruzados, estudiando a Bas-Tyra a través de ojos entrecerrados. Encontrarse la ciudad bajo el control de Guy du Bas-Tyra lo había dejado fuera de juego. Dudaba acerca de responder a la pregunta. Puede que la importancia de localizar a Murmandamus fuera en contra de los intereses de Guy. Además, Arutha sospechaba de cualquier cosa que implicara a Guy. Guy había conspirado abiertamente para apoderarse del trono y casi había provocado una guerra civil. El padre de Anita había muerto por su mandato. De su padre, Arutha había aprendido el desagrado y la desconfianza hacia du Bas-Tyra. Era un auténtico señor oriental, inteligente, astuto y versado en las sutilezas de la intriga y la traición. Arutha sabía poco de de Seigny, salvo que había estado considerado entre los gobernantes más capaces del Este, pero era vasallo de Guy y siempre lo había sido. Y aunque al príncipe le caía bien Amos y confiaba en él, Trask había sido pirata y no estaba por encima de romper la ley. No, había razones más que de sobra para la cautela.

Martin observó Arutha, esperando una respuesta. A juzgar por las apariencias externas, el príncipe estaba de malhumor, pero eso era solo lo que veían los demás que estaban en la habitación. Martin sabía que su hermano luchaba contra la inesperada sorpresa y el deseo de que nada interfiriese con su misión de encontrar y matar a Murmandamus. Martin recorrió la habitación con la mirada y pudo ver que tanto Armand como Amos parecían preocupados ante la ausencia de una respuesta rápida por parte de Arutha.

Cuando no hubo respuesta, Guy dio un mazazo con el puño en la mesa.

—¡No juegues con mi paciencia, Arutha! —le señaló con el dedo—. En esta ciudad no eres príncipe. ¡En Armengar solo una voz da órdenes, la mía! —se recostó en el asiento, con el rostro enrojeciéndosele alrededor del parche negro—. Yo... no pretendía ser descortés —dijo suavizando el tono de voz—. Es que tengo la cabeza en otro sitio. —Se sumió en un silencio pensativo y se quedó mirándolos largo rato—. No tengo ni idea de qué haces aquí, Arutha, pero o hay algo raro dictando tus decisiones o es que no has aprendido una maldita cosa de tu padre. El príncipe de Kronador y dos de los nobles más poderosos del Reino, Salador y Crydee, cabalgando al norte acompañados de un mercenario, un montañés hadati y dos muchachos. O eres un perfecto imbécil o de una inteligencia tal que escapa a mi entendimiento.

Arutha se mantuvo en silencio, pero Martin habló.

—Ha habido cambios desde la última vez que estuviste en el Reino, Guy.

Guy volvió a sumirse en el silencio.

—Creo que aquí hay una historia que necesito conocer. No puedo prometeros

ayuda, pero creo que nuestros propósitos pueden ser compatibles. Amos, encuéntrales un alojamiento mejor y dales de comer. Arutha, te doy hasta mañana por la mañana. Pero la próxima vez que hablemos no tientes mi paciencia. Debo saber qué te ha traído aquí. Es vital. Podéis buscarme antes de mañana si os decidís a hablar. —De nuevo su voz se vio teñida de una fuerte emoción—. Pasaré aquí la mayor parte de la noche.

Con un gesto de la mano le indicó a Amos que se los llevara. Arutha y Martin siguieron al marino fuera de la estancia, y Amos se detuvo una vez que la puerta estuvo cerrada. Miró a Arutha y Martin durante un buen rato.

—Para ser una pareja de chavales inteligentes, acabáis de hacer una excelente demostración de cómo ser estúpido.

Amos se limpió la boca con el dorso de la mano, eructó y se metió otro trozo de pan con queso en la boca.

—¿Y luego, qué?

—Luego —respondió Martin—, cuando volvimos, en menos de una hora Arutha ya le había pedido la mano a Anita y Carline y Laurie se prometieron poco después.

—¡Ja! ¿Recuerdas la primera noche después de salir de Kronдор en el *Brisa Marina*? Me dijiste que tu hermano había picado el anzuelo. No tuvo ninguna oportunidad.

Arutha sonrió ante el comentario. Estaban todos sentados alrededor de una gran cesta de comida y un barrilete de cerveza, en una espaciosa habitación del alojamiento que les habían proporcionado. No había criados (la comida la habían traído unos soldados), y ellos mismos se habían servido. Baru rascaba distraídamente las orejas de Blutark mientras el perro roía un trozo de ternera. A nadie había parecido importarles que el sabueso cazabestias se quedara con el hadati.

—Amos, llevamos media hora charlando de banalidades —dijo Arutha—. ¿Vas a decirnos qué pasa? ¿Cómo diablos llegaste hasta aquí?

Amos miró a su alrededor.

—Lo que pasa es que sois prisioneros, más o menos, así que os quedareis hasta que el Tuerto cambie las cosas. Ahora, yo he conocido unas cuantas celdas y esta es la mejor que he visto. —Señaló la gran habitación con un barrido de la mano—. No, si tenéis que estar en prisión, esta es una buena. —Entrecerró los ojos—. Pero no pierdas de vista que es una prisión, chavalote. Mira, Arutha, he pasado suficientes años con Martin y contigo como para conoceros un poco. No recuerdo que fuerais tan desconfiados, así que supongo que algo que haya pasado en estos últimos dos años os ha hecho recoger velas de ese modo. Pero aquí hay que vivir, respirar y comer confianza, o estáis muertos. ¿Entendido?

—No —respondió el príncipe—. ¿Qué quieres decir?

Amos reflexionó unos instantes.

—Esta es una ciudad de gente rodeada por enemigos. La confianza en el vecino es una necesidad vital para seguir respirando. —Hizo una pausa para reflexionar—. Mira, te diré cómo llegamos hasta aquí y quizá comprendas.

Amos se recostó en el asiento, se sirvió otra jarra de cerveza y comenzó su relato.

—Bueno, la última vez que os vi fue mientras yo salía del muelle a bordo del barco de vuestro hermano. —Martin y Arutha sonrieron al recordar—. Si os acordáis, teníais a todo el mundo en la ciudad buscando a Guy. No lo encontrasteis porque estaba oculto en un sitio donde no se le ocurrió mirar a nadie.

Martin abrió los ojos asombrado, una de las pocas reacciones involuntarias que le habían visto los que estaban en la habitación.

—¡En el barco del rey!

—Cuando oyó que Rodric había nombrado heredero a Lyam, Guy se desvió de Kronдор y corrió hacia Rillanon. Tenía la esperanza de poner a salvo parte de sus planes cuando el consejo de señores se reuniera para ratificar la sucesión. Para cuando Lyam llegó a Rillanon, ya se habían reunido allí suficientes señores orientales como para que Guy supiera hacia donde soplabla el viento. Estaba claro que Lyam sería rey (esto fue antes de que se supiera de ti, Martin), así que Guy se resignó a ser juzgado por Traición. Luego, la mañana de la convocatoria y la coronación se corrió la voz de que habían legitimado a Martin, así que Guy esperó a ver qué pasaba por la tarde.

—Esperando aprovechar el momento —comentó Arutha.

—No seas tan rápido en emitir juicio —espetó Amos, y luego continuó en un tono más amable—. Le preocupaba una guerra civil, y si llegaba estaba dispuesto a luchar. Pero aunque esperaba a ver qué pasaba, también sabía que los hombres de Caldric lo andaban buscando. Los había evitado, a duras penas, un par de veces. Guy seguía teniendo amigos en la capital, y algunos de ellos lo ayudaron a ocultarse a bordo del *Golondrina Real* junto a Armand. Dioses, que buen barco era. Eso fue justo cuando los sacerdotes ishapianos llegaban a palacio para officiar la coronación. De todos modos, cuando... tomé prestado el barco, descubrimos que teníamos pasajeros. Bueno, yo iba a arrojar a Guy y Armand por la borda, o dar la vuelta y entregarlos, pero Guy puede ser un tipo muy persuasivo a su manera, así que accedí a llevarlo a Bas-Tyra a cambio de una buena compensación.

—¿Para que pudiera seguir intrigando contra Lyam? —dijo Arutha incrédulo.

—Maldita sea, muchacho —bramó Amos—. Te pierdo de vista dos miserables años y te me vuelves un condenado cabezota. —Miró a Martin—. Deben ser de las malas compañías.

—Déjalo acabar —le dijo Martin a su hermano.

—No, no era para planear una traición. Era para poner sus asuntos en orden. Supuso que Lyam lo había condenado a muerte, y quería arreglar algunas cosas.

Luego yo tendría que llevarlo de vuelta a Rillanon para que pudiera entregarse. — Arutha parecía aturdido—. La única cosa que quería era conseguir el perdón para Armand y sus demás seguidores. De cualquier modo, llegamos a Bas-Tyra y estuvimos allí un par de días. Entonces llegaron noticias del destierro. Guy y yo ya teníamos un poco más de confianza para entonces, así que lo discutimos y llegamos a otro acuerdo. Quería irse del Reino en busca de otro lugar. Es un buen general, y había muchos que lo hubieran tomado a su servicio, especialmente Kesh, pero él quería un lugar tan remoto que nunca tuviera que enfrentarse a soldados del Reino en el campo de batalla. Pensamos en ir al este, virar luego al sur y poner rumbo a la Confederación de Kesh. Allí abajo nos podíamos haber labrado un nombre. El iba a ser general, y yo pensé hacer el intento de meterme a almirante. Tuvimos algún problema con Armand, ya que Guy quería enviarlo de vuelta a Gyldenholt, pero Armand es un tipo raro. Había jurado fidelidad a Guy años antes, y ya que no se la había jurado a Lyam, se negaba a abandonar el servicio a su legítimo señor. Fue la discusión más rara que había presenciado nunca. De todos modos, sigue con nosotros. Así que levamos anclas hacia la Confederación. Pero tres días después de partir de Bas-Tyra, una flota de piratas ceresios cayó sobre nosotros. Yo me hubiera atrevido con dos o tres de los bastardos, ¿pero cinco? La *Golondrinaera* una dama muy rápida, pero los piratas nos pisaban los talones. Durante cuatro días hubo cielos despejados, visibilidad ilimitada y buen viento. Para ser piratas del Mar del Reino eran tipos astutos. Abrieron su línea de forma que no pude despistarlos por la noche. Todas las noches yo daba vueltas aquí y allá, y cuando llegaba la mañana seguía habiendo cinco velas en el horizonte. Eran como remoras. No me los pude quitar de encima. Entonces el tiempo empeoró, llegó un vendaval del oeste, que nos empujó hacia el este durante un día y medio, y luego una galerna que nos llevó hacia el norte por una costa inexplorada. Lo único bueno de la tormenta fue que por fin nos quitamos de encima a los ceresios. Para cuando llegamos a puerto seguro, estábamos en unas aguas de las que yo nunca había oído hablar, y mucho menos visto. Echamos el ancla e inspeccionamos el barco. La nave había sufrido daños, no los suficientes para hundirla pero sí para que navegar fuera una condenada incomodidad. La hice remontar un gran río. Supongo que sería algún lugar al este del Reino propiamente dicho. Bueno. La segunda noche que estábamos anclados, un condenado ejército de trasgos cayó sobre el barco, matando a los centinelas y capturando al resto de nosotros. Los bastardos le prendieron fuego al *Golondrinay* lo quemaron hasta la línea de flotación. Luego nos condujeron hasta un campamento en los bosques donde esperaban algunos hermanos oscuros. Se hicieron cargo de nosotros y nos hicieron marchar al norte. Los chicos que había reclutado eran gente correosa, pero la mayoría de ellos murieron en la marcha. A los malditos trasgos le importaba un pimiento. Casi no nos daban de comer, y si un hombre enfermaba y no podía caminar lo mataban en

el sitio. A mí me dio un poco de diarrea y Guy y Armand me acarrearón durante dos días. Creedme que no resultó agradable para ninguno de los tres. Avanzábamos hacia el norte, en dirección a las montañas, y las cruzamos. Por suerte para nosotros era finales del verano, o habríamos muerto congelados. Con todo, fue duro. Nos encontramos con más hermanos oscuros y con más prisioneros. La mayoría de los demás prisioneros hablaban una lengua extraña, muy parecida al yabonés, pero unos pocos hablaban la lengua real o idiomas de los reinos orientales. En dos ocasiones más nos unimos con partidas de elfos oscuros con prisioneros humanos, todas marchando hacia el oeste. Perdí la noción del tiempo, pero debimos viajar unos dos meses. Cuando fuimos a cruzar la llanura, que ahora sé que era la llanura de Isbandia, estaba empezando a nevar. Ahora sé a dónde nos dirigíamos, aunque entonces no lo sabía. Murmandamus estaba reuniendo esclavos en Sar-Sargoth para que tiraran de sus máquinas de asedio. Pero una noche nuestros guardias fueron atacados por una compañía de jinetes de aquí. De los doscientos esclavos o así, solo sobrevivimos veinte, ya que los trasgos y los hermanos oscuros empezaron a matarnos tan pronto los jinetes cayeron sobre el campamento. Guy estranguló a uno con sus cadenas cuando trataba de atravesarme con su espada. Yo recogí la espada y mate a otro justo cuando acababa de arrancarle el ojo al Protector. Hirieron a Armand, pero no lo bastante para matarlo. Es un bastardo duro. Pero nosotros tres y otros dos fuimos los únicos supervivientes del *Golondrina*. Y de allí nos trajeron aquí.

—Una historia increíble —dijo Arutha, y se recostó en su asiento—. Pero son tiempos increíbles.

—¿Y cómo es que un extranjero ha llegado a gobernar aquí? —dijo Martín.

Amos echó otro trago.

—Esta gente es extraña, Martín. En algunos aspectos son gente buena y honesta como no la hay en ninguna otra parte, pero en otros son tan raros como esos tsurani. Aquí no hay posición social hereditaria, sino que todo depende de la habilidad personal. En pocos meses tuvieron claro que Guy era un general de primera, así que le dieron el mando de una compañía. Armand y yo servíamos con él. En pocos meses más, tuvieron claro que era de lejos el mejor comandante que tenían. Aquí no tienen nada parecido al consejo de señores, Arutha. Cuando hay que decidir algo convocan a todo el mundo a una asamblea en la plaza mayor, donde el mercado. Llamamos a esta asamblea el *volksraad*, y todos tienen derecho a voto. Por lo demás, todas las decisiones son responsabilidad de los nombrados por el *volksraad*. Llamaron a Guy y le dijeron que era el Protector de Armengar. Es como el cargo de caballero mariscal, pero también incluye ser responsable de la seguridad de la ciudad, como ser alguacil, juez y administrador todo en uno.

—¿Y qué opinó de esto el antiguo Protector?

—Debió pensar que era buena idea, porque fue ella quien lo propuso.

—¿Ella? —dijo Jimmy.

—Esa es otra cosa de aquí a la que cuesta acostumbrarse —dijo Amos—. Las mujeres. Son como los hombres. Me refiero a la hora de dar y recibir órdenes, votar en el volksraad y... otras cosas. Ya veréis. —La expresión de Amos se volvió distante—. Se llamaba Gwynnath. Era la mejor mujer que he conocido. No me avergüenzo de admitir que estaba un poco enamorado de ella, aunque yo —su tono de voz se volvió algo más despreocupado— nunca sentaré la cabeza. Pero si alguna vez lo hiciera, sería con alguien como ella. —Bajó la vista a la jarra de cerveza—. Pero ella y Guy... sé algunas cosas de él, que he ido aprendiendo a lo largo de los últimos dos años, Arutha. No puedo traicionar su confianza. Si él te lo dice, perfecto. Pero digamos que llegaron a ser algo así como marido y mujer. Estaban profundamente enamorados. Ella fue la que le entregó la ciudad. Hubiera dado la vida por él, y él por ella. Cabalgaba a su lado y luchaba como una leona. —Bajó la voz—. Murió ayer.

Arutha y Martin intercambiaron miradas con los demás. Baru y Roald se mantuvieron en silencio. Laurie pensó en Carline y sufrió escalofríos. Incluso los chicos percibieron algo de la pérdida que sentía Amos. Arutha recordó lo que Amos le había dicho a Armand justo antes de que se encontraran con Guy, que se culpaba a sí mismo.

—Sí, el Tuerto es igual que cualquier buen capitán; si pasó estando él al mando es su responsabilidad. —Amos se recostó con el rostro pensativo—. Los trasgos y los armengarianos habían mantenido las cosas bastante simples durante mucho tiempo. Salida, unas cuantas cabezas rotas y retirada. Los armengarianos eran muy parecidos a los tsurani: guerreros feroces, pero desorganizados. Pero cuando apareció Murmandamus, los hermanos oscuros se organizaron, incluso a nivel de compañías. Ahora pueden coordinar dos o tres mil guerreros bajo un mismo comandante. La hermandad estaba castigando regularmente a los armengarianos cuando aparecimos nosotros. Guy ha sido una bendición para los armengarianos, ya que conoce la guerra moderna. Los ha entrenado, y ahora son una caballería condenadamente buena, y una infantería montada aceptable, aunque conseguir que un armengariano se baje del caballo tiene su miga. A pesar de todo, Guy progresa. Ya pueden hacerles frente a los hermanos oscuros de nuevo. Pero ayer...

Nadie habló en un buen rato.

—Tenemos asuntos serios que discutir, Amos —dijo Martin—. Y sabes que no estaríamos aquí a menos que algo de la máxima gravedad estuviera sucediendo en el Reino.

—Bueno, os dejaré solos un rato. Habéis sido buenos compañeros y sé que sois hombres de honor. —Se puso en pie—. Pero una cosa más. El Protector es el hombre más poderoso de la ciudad, pero incluso su autoridad está limitada a los asuntos relacionados con la seguridad de Armengar. Si dijera que tiene una vieja deuda con

vosotros, nadie se metería por medio mientras luchabais en duelo, hombre a hombre. Si ganarais os soltarían y os dejarían ir sin que nadie de la ciudad alzara una mano contra vosotros. Pero solo tiene que decir que sois espías y estaréis muertos antes de daros cuenta. Arutha, Martin, sé que hay odio entre Guy y vosotros, debido a vuestro padre y debido a Erland. Y sé algo de lo que hay detrás de eso. Dejaré que Guy lo solucione con vosotros cuando llegue el momento. Pero debéis saber algo de cómo funcionan las cosas aquí. Sois libres de ir y venir mientras no rompáis la ley, o mientras Guy no ordene que os expulsen u os ahorquen, o lo que sea. Pero él se hace responsable. El garantiza vuestro buen comportamiento, el de todos. Si traicionáis a la ciudad, perderá la vida junto a vosotros. Como he dicho, esta gente puede llegar a ser bastante rara, y sus costumbres pueden llegar a ser duras. Así que entendedme bien: traicionad la confianza de Guy, aunque sea pensando que lo hacéis por el bien del Reino, y esa gente os matará. Y no estoy seguro de que yo intentara impedirlo.

—Sabes que jamás traicionaríamos la confianza depositada en nosotros, Amos —respondió Martin.

—Lo sé, pero quería que comprendierais lo que siento. Me caéis muy bien, chavales, y me gustaría ver cómo os cortan la garganta tan poco como a vosotros.

Amos se fue sin decir más.

Arutha se recostó en su asiento, reflexionando sobre todo lo que Amos había dicho, y de repente se dio cuenta de que estaba agotado hasta los huesos. Miró a Martin y su hermano asintió. Arutha supo que la mañana siguiente le contaría toda la historia a Guy.

Arutha y sus compañeros esperaron mientras el ascensor subía, y se detuvieron en el piso de la sala de juntas del Protector. La llamada de Guy había llegado a media mañana, casi al mediodía. Anduvieron un corto trecho por el pasillo y se detuvieron. El guardia que había ido a buscarlos esperó mientras miraban asombrados la vista que discurría bajo ellos. Armengar se extendía desde el foso que rodeaba la ciudadela, alrededor del mercado hasta las enormes murallas. Pero al otro lado de las murallas podían ver una vasta llanura que se extendía hacia el nordeste hasta perderse en la lejana bruma. A ambos lados de la ciudad, las montañas se alzaban hasta el cielo. Del oeste venían nubes blancas volando por un cielo azul intenso, y la hierba verde con reflejos ambarinos se extendía por todo su campo visual. Era una vista increíble. Jimmy vio una extraña expresión en el rostro de Locklear.

—¿Qué?

—Estaba pensando en toda esa tierra —dijo señalando la llanura.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Arutha.

—Se podría cultivar mucho en esa tierra.

Martin dejó que su mirada vagara por el horizonte.

—Suficiente trigo para alimentar al Reino Occidental —comentó.

—¿Granjero, tú?

Locklear sonrió ampliamente.

—¿Qué crees que hace un barón de un sitio pequeño como Finisterre? Principalmente arreglar pleitos entre granjeros, o poner impuestos justos sobre las cosechas. Hay que saber de esas cosas.

—Vamos, el Protector espera —dijo el guardia.

Cuando Arutha y sus compañeros entraron, Guy levantó la vista. Con él se encontraban Amos, Dwyne, Armand de Sevigny y una mujer. Arutha miró a su hermano y vio que se había quedado clavado en el sitio. El duque de Crydee miraba fijamente a la mujer con abierta admiración. Arutha tocó a Martin en el brazo, y este siguió a su hermano. Arutha le echó una nueva ojeada a la mujer, y pudo apreciar el motivo de la distracción de su hermano. A simple vista parecía una mujer del montón, pero tan pronto se movía, su porte le añadía otra dimensión a su apariencia. Era impresionante. Vestía una armadura de cuero, blusa y pantalones marrones, como la mayoría de la gente de la ciudad. Pero la aparatosa cobertura no podía disimular el hecho de su constitución fibrosa, y su porte era erguido, casi majestuoso. Su pelo era castaño oscuro, con un sorprendente mechón gris en la sien izquierda, y lo llevaba recogido con un pañuelo verde. Sus ojos eran azules. Y por el enrojecimiento de aquellos ojos, era claro que había estado llorando.

Guy indicó que Arutha y sus compañeros podían sentarse. Arutha presentó a los demás, luego le llegó el turno a Guy.

—Ya conocéis a Amos y Armand. Esta es Briana —señaló a la mujer—, una de mis oficiales. —Arutha asintió, y se dio cuenta de que la mujer se había recuperado del motivo de su llanto y estaba devolviendo la mirada evaluadora de Martin.

Rápidamente, sin irse por las ramas, Arutha le contó a Guy su historia, empezando por la vuelta del largo viaje con Lyam por el Este, siguiendo con el primer ataque de los halcones nocturnos, las revelaciones de la abadía de Sarth y la búsqueda del espino de plata, y hasta la falsa muerte del príncipe en Krondor.

—Por todo esto, hemos venido a matar a Murmandamus.

Ante esto, Guy sacudió la cabeza incrédulo.

—Es un plan osado, primo, pero... Armand, ¿cuántos infiltrados hemos tratado de introducir en su campamento?

—¿Seis?

—Siete —dijo Briana.

—Pero no eran hombres del Reino ¿no? —preguntó Jimmy sacando el halcón en la cadena—. Y no llevaban el talismán de los halcones nocturnos, ¿no?

Guy miró a Jimmy al borde de la exasperación.

—¿Armand?

El antiguo barón de Gvldenholt abrió un cajón en un armarito y sacó una bolsa. La abrió y dejó caer sobre la mesa media docena de talismanes.

—Ya lo hemos intentado, escudero. Y sí, algunos eran hombres del Reino, ya que siempre hay alguno entre los rescatados por los armengarianos de los esclavistas moredhel. No, pasa algo. Saben quiénes son verdaderos bandidos y quiénes son espías.

—Magia, muy posiblemente —dijo Arutha.

—Ese es un problema al que nos hemos enfrentado antes —dijo Guy—. En esta ciudad no tenemos conjuradores, ni magos ni sacerdotes. Parece que la guerra constante, donde todo el mundo se espera que luche, no permite la clase de placidez que requiere el estudio... o mata a todos los profesores. Pero sea cual sea la razón, en todas las ocasiones en las que Murmandamus o su serpiente han metido mano, hemos pagado un alto precio. Aunque por algún motivo se muestra reticente a utilizar sus poderes contra nosotros, gracias a los dioses —añadió pensativamente, y se echó atrás en su asiento—. Tú y yo tenemos un interés común, primo. Para que lo comprendas, deja que te hable de esta ciudad. Sabes que los antepasados de los armengarianos llegaron del otro lado de las montañas cuando el Reino se anexionó Yabon. Descubrieron una tierra rica, pero que ya estaba habitada, y los que estaban aquí de antes no vieron con buenos ojos la llegada de los armengarianos. ¿Quién construyó esta ciudad, Briana?

La mujer respondió con una suave voz de contralto.

—La leyenda cuenta que los dioses ordenaron a una raza de gigantes que construyera esta ciudad, y luego la abandonaron. Nosotros la encontramos así.

—Nadie sabe quién vivía aquí —dijo Guy—. Hay otra ciudad, lejos al norte, Sar-Sargoth. Es una ciudad gemela de esta, y es la capital de Murmandamus.

—Así que si tenemos que ir a buscarlo, allí es donde lo encontraremos —dijo Arutha.

—Buscadlo y clavaré vuestras cabezas en picas —resopló Amos.

Guy indicó que estaba de acuerdo.

—Tenemos otras necesidades, Arutha. El último año reunió un ejército de más de veinte mil. Un poder tan grande como el de los ejércitos del este en tiempo de paz. Nos preparamos para una ofensiva a gran escala, pero no se materializó. Ahora creo que la muerte del general favorito de Murmandamus a manos de tu amigo aquí presente pudo abortar la campaña. Pero este año ha vuelto y es más fuerte. Suponemos que tiene bajo su estandarte a veinticinco mil trasgos y hermanos oscuros, con más llegando cada día. Espero más de treinta mil cuando emprenda la marcha.

Arutha miró a Guy.

—¿Por qué no ha marchado todavía?

Guy abrió las manos, invitando a los demás a que aportaran ideas.

—Está esperando vuestra muerte, ¿recordáis? —dijo Jimmy—. Es una cuestión religiosa.

—Ya ha tenido noticias. Eso es lo que le dijo al renegado Morgan Crowe —dijo Arutha.

Guy entrecerró el ojo bueno.

—¿Qué es esto?

Arutha habló del renegado que había en la posada de camino a Tyr-Sog, y del plan para contratar a los ingenieros de Segersen.

—Eso es lo que estaba esperando —dijo Guy dando una palmada en la mesa—. Tiene su magia, pero por alguna razón no quiere utilizarla contra nosotros. Sin los ingenieros de Segersen no puede derribar las murallas —cuando Arutha pareció inseguro de lo que quería decir, continuó—. Si pudiera derribar las murallas de Armengar no necesitaría intentar contratar a Segersen. Nadie sabe quién construyó estas murallas, Arutha, pero el que lo hizo tenía unas habilidades muy por encima de cualquier cosa que yo haya visto. He visto fortificaciones de todo tipo, pero ninguna como Armengar. Puede que ni los ingenieros de Segersen fueran capaces de abrir brecha en las murallas, pero son los únicos que conozco que tendrían alguna oportunidad.

—Así que ahora que no va a venir Segersen estáis en buena posición para defenderos.

—Sí, pero hay otros asuntos que tener en cuenta. —Guy se levantó—. Tenemos más cosas que discutir, y podemos seguir luego; ahora tengo una reunión con el consejo de la ciudad. Por ahora sois libres de ir y venir por Armengar como os plazca. —Se llevó a Arutha a un lado—. Necesito hablar contigo en privado. Esta noche, después de la cena.

La reunión se disolvió, y Briana, Armand y Guy se fueron. Dwyne y Amos se quedaron atrás. Amos se acercó a Arutha y Martin mientras el duque observaba la partida de la mujer.

—¿Quién es, Amos? —preguntó Martin.

—Una de los mejores comandantes de la ciudad. Martin. La hija de Gwynnath.

—Ahora entiendo ese aspecto de sufrimiento —dijo el duque.

—Acaba de enterarse de la muerte de su madre esta misma mañana. —Amos señaló a la ciudad—. Su patrulla estaba al oeste, por la franja de caseríos y kraals, y ha vuelto hace unas horas. —Martin lo miró con expresión interrogativa—. Las comunidades de granjeros se llaman caseríos, y las de pastores de vacas y ovejas son kraals. No, ella lo lleva bien, el que me preocupa es Guy.

—Esconde bien su sufrimiento —dijo Arutha.

El príncipe sentía emociones encontradas. La enemistad hacia du Bas-Tyra que

había aprendido en el regazo de su padre luchaba contra su simpatía ante la pena del hombre. Él casi había perdido a Anita, y podía sentir el eco de aquel terror y aquel dolor cuando pensaba en lo que le había tocado a Guy.

Y sin embargo Guy había ordenado encarcelar al padre de Anita, lo que lo había matado. Y Guy era un traidor. Arutha apartó esos sentimientos, porque le perturbaban. Se fue andando con Amos y Martin, mientras Martin seguía haciendo preguntas acerca de Briana.

Adaptación

Jimmy le dio a Locklear un codazo en las costillas.

Iban paseando por el mercado, intentando ver lo poco que había de interés en Armengar. Los muchachos de su edad eran escasos, y los pocos que habían visto iban equipados con armas y armaduras. Lo que le interesaba a Jimmy eran las diferencias entre este mercado y los de Kiondor.

—Llevamos aquí una hora o más, y juraría que no he visto ni un ladrón ni un mendigo —dijo Jimmy.

—Tiene sentido —dijo Locklear—. Por lo que dijo Amos la confianza es esencial para la existencia de esta ciudad. No hay ladrones porque todos tienen que permanecer unidos. ¿Y dónde te ibas esconder de todos modos? No sé mucho sobre ciudades y tal, pero a mí me parece que este sitio es más un cuartel que una ciudad, a pesar del tamaño.

—En eso llevas bastante razón.

—Y no hay mendigos porque probablemente se ocupan unos de otros, como en el ejército.

—¿Comedores y enfermerías?

—Sí —asintió Locklear.

Fueron pasando por delante de tenderetes y Jimmy estudió el valor de los artículos expuestos.

—¿Has visto algo lujoso?

Locklear le respondió que no. Los tenderetes estaban dedicados a comida, ropas sencillas y artículos de cuero, y armas. Los precios eran bajos y no parecía haber regateo alguno, si es que lo había.

Después de caminar por un rato, Jimmy se sentó en un portal en los márgenes del mercado.

—Esto es un aburrimiento.

—Veo algo que no es aburrido.

—¿Qué? —dijo Jimmy.

—Chicas —señaló Locklear. Dos chicas habían salido de entre un grupo de compradores y estaban examinando los artículos de un tenderete cercano.

Parecían ser más o menos de la misma edad de los muchachos. Ambas iban vestidas de forma similar: botas de cuero, pantalones, blusas, justillos de cuero, cuchillos al cinto y espadas. Las dos llevaban pañuelos anudados para mantener el cabello oscuro hasta el hombro fuera de la cara. La chica más alta notó que Jimmy y Locklear las observaban y le dijo algo a su compañera. La segunda chica observó a los muchachos mientras las dos cuchicheaban, juntando las cabezas. La primera chica soltó lo que había estado examinando y su amiga y ella se acercaron hasta Jimmy y Locklear.

—¿Y bien? —dijo la más alta, mirándolos directamente con sus ojos azules.

Jimmy se puso en pie y se sorprendió al ver que la chica era casi tan alta como él.

—¿Y bien qué? —respondió en vacilante armengariano.

—Nos estabais mirando fijamente.

Jimmy miró a Locklear, que se levantó.

—¿Hay algo malo en eso? —preguntó el chico más joven, que hablaba el idioma mejor que Jimmy.

Las dos chicas intercambiaron miradas y se rieron, poco más que risitas.

—Es de mala educación.

—Es que somos extranjeros —dijo Locklear.

Ante aquello, ambas muchachas rieron abiertamente.

—Eso está claro. Hemos oído hablar de vosotros. Todo el mundo en Armengar ha oído hablar de vosotros.

Locklear se sonrojó. Solo le llevó un momento darse cuenta que Jimmy y él eran marcadamente diferentes del resto de la gente. La segunda muchacha estudió a Locklear con ojos oscuros.

—¿En el sitio de donde venís miráis fijamente a las chicas? —dijo.

—Cada vez que puedo —respondió Locklear con una repentina sonrisa.

Los cuatro se rieron.

—Me llamo Krinsta —dijo la chica más alta—; esta es Bronwynn. Servimos en la décima compañía. Tenemos libertad hasta mañana por la noche.

Jimmy no entendió el significado de la referencia a la compañía.

—Yo soy el escudero James... Jimmy. El es el escudero Locklear.

—Locky.

—¿Os llamáis igual? —dijo Bronwynn.

—«Escudero» es un título. Estamos al servicio del príncipe.

Las chicas intercambiaron miradas intrigadas.

—Hablas de cosas raras que no entendemos —dijo Krinsta.

Con un movimiento fluido, Jimmy pasó su brazo bajo el de ella.

—Bueno. ¿Por qué no nos enseñáis la ciudad y nosotros os explicamos nuestras cosas raras.

Locklear siguió su ejemplo torpemente, pero no estuvo claro quién había cogido primero el brazo, él o Bronwynn.

Con una risita femenina, Bronwynn y Krinsta cogieron a los muchachos y empezaron a abrirse camino por las calles de la ciudad.

Martín comía en silencio, estudiando a Briana mientras escuchaba la charla de la cena. La compañía de Arutha, exceptuando a Jimmy y Locklear, estaba sentada en tomo a una gran mesa con Guy, Amos y Briana. Gareth, otro de los oficiales de Guy, también cenaba con ellos. La ausencia de los chicos no era motivo de alarma, según les había asegurado Amos, ya que no había problema en la ciudad que pudieran buscarse sin que el Protector se enterara al momento. Y tampoco había forma de que pudieran salir de la ciudad, ni siquiera alguien tan hábil como Jimmy. Arutha no estaba tan seguro de eso como Amos, pero se abstuvo de hacer comentarios.

Arutha sabía que Guy y él tendrían que llegar a un entendimiento rápidamente, y se hacía cierta idea de lo que sería, pero prefería no especular hasta haber oído en privado lo que Guy tenía que decir. Arutha estudió al Protector. Guy se había sumido en la melancolía, que en cierto sentido le recordaba a Arutha a su padre cuando estaba en el mismo estado de ánimo. Guy había comido poco, pero llevaba una hora bebiendo continuamente.

Arutha devolvió su atención a su hermano, que llevaba actuando de forma muy extraña desde por la mañana. Martin podía estar callado durante largos periodos de tiempo, un rasgo de personalidad que ambos compartían, pero desde que había conocido a Briana había enmudecido. Esta había llegado con Amos al alojamiento de Arutha para almorzar, y desde entonces Martin no había llegado a pronunciar una docena de palabras. Pero a lo largo de esta comida, igual que a lo largo de la anterior, sus ojos habían hablado alto y claro, y si Arutha tenía alguna idea de aquellas cosas, Briana había respondido. Por lo menos, parecía pasar más tiempo observando a Martin que a ningún otro de los que estaban a la mesa.

Guy apenas había hablado en el transcurso de la tarde. Si la madre de Briana había sido como ella, Arutha comprendía la pérdida de Guy, ya que en las pocas horas que había tendido para observarla, había llegado a considerarla una mujer fuera de lo común. También podía entender que Martin se sintiera atraído por ella. No es que fuera especialmente bonita, pero tan diferente como era de su amada Anita, poseía un poderoso atractivo, un matiz duro y decidido de competencia que resultaba magnético. Parecía desprovista de artificio, y a juicio de Arutha había algo en su forma de ser que sugería que su naturaleza estaba a la altura de su hermano. La atención de Arutha llevaba largo tiempo puesta en consideraciones muy serias, pero

seguía teniendo un momento para la diversión; juzgó que Martin se estaba hundiendo en aguas muy profundas.

La comida resultó un tanto extraña para Arutha y Martin, ya que ni en los alojamientos de Guy ni en ninguna otra parte de Armengar había criados. Los soldados llevaban la comida al alojamiento del Protector como una cortesía, pero este se servía él mismo, igual que sus huéspedes. Amos había comentado que la mayoría de las noches Armand y él bajaban los platos a la cocina y echaban una mano con el fregado. En la ciudad todos ayudaban.

Cuando acabó la comida intervino Amos.

—Gareth, Armand y yo tenemos que hacer nuestra ronda por las murallas. Esta noche se nos dispensa del fregado para que podamos ser buenos anfitriones. ¿Querriais uniros a nosotros? —era una invitación general para todos los que estaban a la mesa. Roald, Laurie y Baru accedieron a unirse a ellos. El hadati tenía especial interés en ver a más de sus parientes lejanos.

Martin se puso en pie y, con lo que parecía ser un esfuerzo heroico para él, se dirigió a Briana.

—Quizá a la comandante no le importaría enseñarme la ciudad.

Pareció igualmente complacido y nervioso cuando ella accedió.

Arutha le indicó con un gesto que se fuera con la mujer, ya que él iba a quedarse para hablar con Guy. Martin se apresuró a salir de la habitación guiado por Briana.

En el largo pasillo que conducía hasta el ascensor, Martin hizo una pausa para contemplar las luces de la ciudad. Un millar de puntitos titilantes en la oscuridad de azabache.

—Por más veces que paso por aquí, nunca me canso de la vista —dijo Briana. Martin asintió indicando que estaba de acuerdo—. ¿Tu hogar se parece a Armengar?

Martin no la miró.

—¿Crydee? —pensó en voz alta—. No, mi castillo es minúsculo comparado con esta ciudadela, y la ciudad de Crydee no es más de la décima parte de Armengar. No la rodea una muralla gigantesca, ni su gente está permanentemente en armas. Es un sitio tranquilo, o eso parece ahora. Antes solía evitarla tanto como podía, y prefería quedarme en el bosque, para cazar y estar a solas con mis pensamientos. O me iba a la torre más alta de mi castillo y contemplaba la puesta de sol sobre el océano. Esa es la mejor hora del día. En verano la brisa marina refresca el calor del día, mientras el sol provoca reflejos multicolores en el agua. En invierno las torres están cubiertas de blanco y parece un sitio de cuento. Se pueden ver las grandes nubes saliendo del océano. Y las tormentas son incluso más majestuosas, con los relámpagos y el estallido del trueno, como si el cielo estuviera vivo. —Bajó la mirada y vio que ella lo estaba estudiando. De repente se sintió tonto y sonrió levemente, su única señal de azoramiento—. Estoy desvariando.

—Amos me ha hablado de los océanos. —Inclinó la cabeza un poco, como si estuviera pensando—. Me parece una cosa extraña, toda esa agua.

Martin se rió un poco, sintiendo que su nerviosismo disminuía.

—Es una cosa extraña, extraña y poderosa. Nunca me han gustado los barcos, pero he tenido que navegar en ellos, y después de un tiempo se llega a apreciar lo bello que puede ser el mar. Es como... —Se detuvo porque no le salían las palabras—. Laurie o Amos deberían decírtelo. Los dos tienen una facilidad para las palabras de la que yo carezco.

Ella le apoyó la mano en el brazo.

—Preferiría oírlas de ti. —Se volvió hacia la ventana, su rostro esculpido por la anaranjada luz de las antorchas, su pelo una corona negra a la media luz. Se mantuvo en silencio largo rato y luego miró a Martin—. ¿Eres buen cazador?

Súbitamente Martin se encontró sonriendo de oreja a oreja, sintiéndose como un tonto.

—Sí, muy bueno. —Ambos sabían que no era jactancia, igual que no habría falsa modestia—. Me han enseñado los elfos, y solo conozco un hombre al que se pueda considerar mejor arquero que yo.

—A mí me gusta cazar, pero ahora que soy comandante apenas tengo tiempo. Quizá podamos escabullimos en algún momento a buscar caza. Aquí es más peligroso que en tu Reino, porque quizá mientras estemos cazando, otros nos estén cazando a nosotros.

—Ya me he encargado antes de los moredhel —dijo Martin fríamente.

Ella lo miró con franqueza.

—Eres un hombre fuerte, Martin. —Le apoyó la mano en el brazo—. Y creo que también un hombre bueno. Yo soy Briana, hija de Gwynnath y Gurtman, del linaje de Alwynne.

Eran palabras formales, y sin embargo había algo más en ellas, como si se estuviera descubriendo ante él, extendiéndole la mano.

—Yo soy Martin, hijo de Margaret... —por primera vez en años pensó en su madre, una bonita sirvienta de la corte del duque Brucal... y de Borric, del linaje de Dannis, primero de los conDoin. Me llaman Martin Arcolargo.

Ella le miró al rostro largo rato, como si examinara cada rasgo. Su expresión cambió al sonreír. Martin sintió un estallido de calor en el pecho al verlo. Entonces ella rió.

—Ese nombre te viene como anillo al dedo, Martin Arcolargo. Eres tan alto y poderoso como tu arma. ¿Tienes esposa?

Martin habló en voz baja.

—No... Yo... Yo nunca he conocido a nadie que... Nunca he tenido facilidad de palabra... o con las mujeres. No he conocido muchas.

Ella le puso la punta del dedo en los labios.

—Entiendo.

De repente Martin se la encontró entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho; cómo, eso no lo sabía. Le sostuvo dulcemente, como si el más leve movimiento pudiera hacer que huyera.

—No sé cómo se hacen las cosas en tu Reino, Martin, pero Amos dice que evitáis hablar directamente de cosas que aquí en Armengar son muy naturales. No sé si esta es una de esas cosas. Pero no deseo pasar esta noche a solas. —Ella volvió a mirarle a la cara, y él vio a la vez allí deseo y miedo, y comprendió sus necesidades—. ¿Eres tan dulce como fuerte, Martin Arcolargo?

Martin estudió el rostro de ella y supo que no hacían falta palabras. La tuvo largo rato abrazada en silencio, hasta que ella se apartó lentamente, lo tomó de la mano y lo condujo hasta sus habitaciones.

Arutha estuvo un buen rato sentado observando a Guy. El Protector de Armengar estaba perdido en sus pensamientos, bebiendo distraídamente de su jarra de cerveza. El crepitar del fuego era el único sonido de la habitación.

—La cosa que más hecho de menos es el vino, creo —dijo Guy al fin—. Hay veces en que te hace falta, ¿no crees?

Arutha asintió y dio un sorbo a su propia cerveza.

—Amos nos ha hablado de tu pérdida.

Guy movió la mano de forma ausente, y Arutha pudo ver que estaba un poco achispado. Sus movimientos no eran tan seguros, tan controlados. Pero su voz no traicionaba ningún indicio. Susurró profundamente.

—La pérdida es más tuya que mía, porque tú nunca llegaste a conocerla.

Arutha no supo qué decir. Súbitamente se encontró irritado por esto, como si se estuviera viendo obligado a presenciar algo íntimo, obligado en cierto sentido a compartir un vínculo de pesar con un hombre al que debería odiar.

—Dijiste que teníamos que hablar, Guy.

Guy asintió, apartando su jarra. Seguía con la mirada perdida en la distancia.

—Te necesito. —Miró a Arutha—. Por lo menos necesito al Reino, y eso significa Lyam. —Arutha le hizo un gesto para que continuara—. A mí personalmente me importa poco caerte bien o mal. Pero está claro que necesito que me aceptes como el líder de esta gente. —Se puso pensativo—. Pensaba que tu hermano se casaría con Anita. Era lo más lógico para reforzar sus pretensiones. Pero claro, fue rey casi sin darse cuenta. Rodric nos hizo un favor a todos teniendo un momento de lucidez antes de morir. —Miró a Arutha muy serio—. Anita es una joven excelente. No tenía deseos de casarme con ella, solo me hacía falta. La habría dejado buscarse sus propias... satisfacciones. Es mejor así. —Se recostó—. Estoy borracho y empiezo a

divagar. —Cerró el ojo y por un momento Arutha pensó que iba a quedarse dormido—. Amos ya te ha contado cómo llegamos a Armengar, así que no voy a repetir la historia. Pero hay otros asuntos que creo que no tocó. —De nuevo quedó en silencio. Otro largo periodo sin palabras—. ¿Te dijo alguna vez tu padre cómo llegó a haber tanta bilis entre nosotros dos?

Arutha mantuvo la serenidad en su voz.

—Decía que estabas en el corazón de todas las intrigas de la corte contra el Reino Occidental, y usaste tu posición junto a Rodric y junto a tu padre para minar la posición de padre.

—La mayor parte de eso es cierto —dijo Guy para sorpresa de Arutha—. Una interpretación diferente de mis actos podría darle una etiqueta más suave a lo que hice, pero mis actos bajo los reinados de Rodric y de su padre antes que él nunca fueron a favor de tu padre ni del Oeste. No. Me refiero a... otras cosas.

—Nunca hablaba de ti excepto para llamarte su enemigo. —Arutha reflexionó antes de seguir hablando—. Dulanic dijo que padre y tú habíais sido amigos una vez.

Guy volvió a mirar al fuego. Su actitud era ausente, como si estuviera recordando.

—Sí, muy buenos amigos —dijo en voz baja. Volvió a sumirse en el silencio, para hablar de nuevo cuando Arutha estaba a punto de hacerlo—. Empezó cuando los dos éramos hombres jóvenes en la corte, durante el reinado de Rodric III. Estábamos entre los primeros escuderos enviados a la corte real. La innovación de Caldric debía producir gobernantes que supieran más que sus padres. —Guy reflexionó—. Déjame que te diga cómo era. Y cuando acabe, quizá comprenderás por qué tu hermano y tú nunca fuisteis enviados a la corte. Yo era tres años más joven que tu padre, que apenas tenía los dieciocho, pero teníamos el mismo tamaño y el mismo carácter. Al principio nos obligaron a ir juntos, ya que era primo lejano y se esperaba que yo le enseñara modales al hijo de un duque rústico. Con el tiempo nos hicimos amigos. A lo largo de los años jugamos, perseguimos faldas y combatimos juntos. Ah, pero incluso entonces teníamos diferencias. Borric era el hijo de un noble fronterizo, más preocupado por viejos conceptos de honor y deber que por comprender las verdaderas causas de lo que pasaba a su alrededor. Yo, bueno... —Se pasó la mano por la cara, como si se obligara a mantenerse despierto. Su tono se hizo más enérgico—. Yo me crié en las cortes orientales y estaba destinado a mandar desde muy temprana edad. Mi familia es tan antigua y honorable como la que más en el Reino, la tuya incluida. Si Delong y sus hermanos hubieran sido solo un ápice de peores generales, y mis antepasados un ápice mejores, los Bas-Tyra habrían sido reyes en vez de los conDoin. Así que desde la infancia me habían enseñado cómo se jugaba al juego de la política. No, en ciertos aspectos tu padre y yo éramos muy diferentes, pero en mi vida nunca ha habido un hombre al que haya apreciado tanto como a Borric. —Miró a Arutha severamente—. Fue el hermano que nunca tuve.

Arutha se sentía intrigado. No tenía dudas de que Guy estaba pintando las cosas en su favor, y sospechaba que incluso el achispamiento era falso, pero tenía curiosidad por oír hablar de la juventud de su padre.

—¿Entonces qué causó esa inquina entre vosotros?

—Como hacen los jóvenes, competíamos en la caza, en el juego y por el afecto de las damas. De vez en cuando nuestras diferencias políticas provocaban algunas palabras más altas que otras, pero siempre encontrábamos una forma de pasar por encima de las discusiones y reconciliamos. Una vez incluso llegamos a pegarnos por unos comentarios impulsivos que hice. Había dicho que tu bisabuelo no había sido nada más que el tercer hijo desheredado de un rey que quiso ganar con la fuerza de las armas aquello que no podía encontrar dentro del Reino. Borric lo veía como un gran hombre que llevó el estandarte del Reino hasta Bosnia. Yo mantenía que el Oeste era una rémora para el Reino. Las distancias son demasiado grandes para que la administración funcione como es debido. Tú gobiernas en Kronador. Y sabes que gobiernas un reino independiente, que solo recibe de Rillanon unas pautas generales de política. El Reino Occidental es casi una nación independiente. De cualquier modo, discutimos acerca de eso y luego nos peleamos. Después el enfado fue remitiendo. Pero aquel fue el primer signo de lo profundas que eran nuestras diferencias acerca de la política de los reinos. Y aun así, ni esas diferencias pudieron debilitar el vínculo que nos unía.

—Tú puedes presentarlo como si fuera un desacuerdo razonable entre hombres honorables por cuestiones de política. Pero yo conocí a padre. Te odiaba y su odio era profundo; tiene que haber algo más.

De nuevo Guy se quedó un rato mirando al fuego.

—Tu padre y yo fuimos rivales en muchas cosas —dijo en voz baja—, pero nuestra rivalidad más amarga fue por tu madre.

Arutha se inclinó hacia delante.

—¿Qué?

—Cuando tu tío Malcom murió de fiebres, llamaron a tu padre a casa. Como hermano mayor, a Borric le correspondía heredar, y por eso lo habían mandado a la corte a educarse, pero con Malcom muerto tu abuelo se quedó solo. Así que tu abuelo hizo que el rey nombrara a tu padre Protector del Oeste y lo enviara de vuelta a Crydee. Tu abuelo estaba envejeciendo; tu abuela ya había muerto, y con la muerte de Malcom se consumió rápidamente. Menos de dos años después murió y Borric se convirtió en duque de Crydee. Para entonces Brucal había vuelto a Yabon y yo era escudero mayor de la corte real. Yo esperaba la vuelta de Borric, ya que debía presentarse ante el rey para jurarle fidelidad como tienen que hacer todos los nuevos duques durante su primer año de gobierno.

Arutha hizo cálculos y se dio cuenta de que ese tenía que haber sido el momento

en que su padre había visitado a Brucal en Yabon, de camino a la capital. Durante esa visita Borric se había sentido atraído por una bonita doncella, y de esa unión vino Martin, un hecho que Borric no conoció hasta cinco años después. Guy siguió hablando.

—El año antes de la vuelta de Borric a Rillanon, tu madre vino a la corte, para ser dama de compañía de la reina Janica, la segunda esposa del rey y madre del príncipe Rodric. Entonces fue cuando Catherine y yo nos conocimos. Hasta Gwynnath, ella había sido la única mujer que yo había amado. —Guy se sumió en el silencio, y de repente Arutha sintió una extraña sensación de vergüenza, como si de algún modo hubiera obligado a Guy a revivir dos dolorosas pérdidas—. Catherine era muy especial, Arutha. Sé que eso lo comprendes; era tu madre, pero cuando yo la vi por primera vez era tan fresca como una mañana de primavera, con mejillas rosadas y un matiz juguetón en su tímida sonrisa. Su pelo era dorado, resplandeciente. Me enamoré de ella en cuanto la vi. Igual que tu padre. Desde ese momento, nuestra pugna por su atención se hizo feroz. Ambos la cortejamos durante dos meses, y a finales del segundo tu padre y yo ya no nos hablábamos, de lo feroz que era nuestra rivalidad por Catherine. Tu padre posponía constantemente su vuelta a Crydee, ya que había decidido quedarse para conseguir a Catherine. Luchábamos desesperadamente por ganar su favor. Una mañana yo iba a salir a cabalgar con Catherine, pero cuando llegué a sus aposentos, se estaba preparando para salir de viaje. Era prima hermana de la reina Janica, y como tal un premio en el juego de intrigas de la corte. Las lecciones que yo le había enseñado a tu padre años antes habían dado buen fruto, ya que mientras yo cabalgaba y paseaba por el jardín con Catherine, él había estado hablando con el rey. Rodric le ordenó a tu madre que se casara con tu padre, como era su derecho en calidad de tutor. Fue un matrimonio político, porque ya entonces el rey tenía dudas acerca de la capacidad de su hijo y la salud de su hermano. Maldita sea, Rodric era un hombre infeliz. Los tres hijos de su primer matrimonio habían muerto antes de llegar a la edad adulta, y nunca había superado sus muertes, ni la de su amada reina Beatrice. Y su hermano menor, Erland, era un hijo tardío y enfermizo de los pulmones. Solo era diez años mayor que el príncipe Rodric. La corte sabía que el rey quería nombrar heredero a tu padre, pero Janica le había dado un hijo, un niño tímido al que Rodric despreciaba. Creo que obligó a tu madre a casarse con tu padre para fortalecer sus lazos con el trono y poder nombrarlo heredero, y el cielo sabe que pasó los doce años siguientes intentando hacer que el príncipe fuera un hombre mejor o cayera en el intento. Pero el rey no llegó a nombrar heredero antes de morir, y nos quedamos con Rodric IV, un hombre más triste y roto que su padre.

Arutha lo miró, sonrojado.

—¿Qué quiere decir que el rey obligó a mi madre a casarse con mi padre?

El ojo bueno de Guy brilló.

—Fue un matrimonio político, Arutha.

La cólera de Arutha aumentó.

—¡Pero mi madre amaba a mi padre!

—Para cuando tú naciste, estoy seguro de que había aprendido a amarlo. Tu padre era un buen hombre y ella era una mujer cariñosa. Pero en aquellos días, ella me amaba a mí. —Su voz se llenó de antiguas emociones—. Me amaba a mí. Yo la conocía desde un año antes de la vuelta de Borric. Ya nos habíamos comprometido a casarnos cuando acabara mi periodo de escudero, pero era algo secreto, un juramento de críos formulado una noche en el jardín. Yo le había escrito a mi padre pidiéndole que intercediera con la reina para que me consiguiera la mano de Catherine. Nunca pensé en hablar con el rey. Yo, el inteligente hijo de un señor oriental, había sido vencido en una intriga cortesana por el chico de un noble rural. Maldición, yo me creía tan astuto. Pero entonces solo tenía diecinueve años. Fue hace tanto. Monté en cólera. En aquellos tiempos mi temperamento era como el de tu padre. Salí corriendo de la habitación de tu madre y busqué a Borric. Luchamos, en el palacio real, un duelo en el que casi nos matamos. Tienes que haber visto la larga cicatriz en el costado de tu padre, bajo el brazo izquierdo y cruzando las costillas. Yo se la dejé, y llevo una parecida de él. Casi morí. Cuando me recuperé ya hacía una semana que tu padre había partido hacia Crydee, llevándose con él a Catherine. Los hubiera seguido, pero el rey me lo prohibió, so pena de muerte. Hizo lo correcto, porque ya se habían casado. Empecé a vestir de negro como marca pública de mi vergüenza. Entonces me mandaron a combatir contra Kesh en las Profundidades de Taunton. —Rió una risa amarga—. Gran parte de mi reputación como general se debe a ese encuentro. Y en parte le debo mi éxito a tu padre. Castigué a los keshianos porque él me había robado a Catherine. Hice cosas que ningún general en sus cabales debería hacer, encabezando ataque tras ataque. Ahora creo que entonces deseaba morir. —Su voz se suavizó, y dejó escapar una risita—. Casi me sentí decepcionado cuando pidieron cuartel y términos de rendición. —Guy suspiró—. Gran parte de lo que me ha pasado en la vida proviene de aquello. Al pasar el tiempo dejé de sentir odio hacia Borric, pero él... sacó su lado más amargo cuando ella murió. Rechazó la idea de enviar a sus hijos a la corte real. Creo que le preocupaba que yo me vengara sobre Lyam y tú.

—El amaba a madre; nunca fue un hombre feliz tras su muerte —dijo Arutha, sintiéndose a la vez incómodo y enfadado. No tenía por qué justificar el comportamiento de su padre ante su peor enemigo.

Guy asintió.

—Lo sé, pero cuando somos jóvenes no nos entra en la cabeza la idea de que los sentimientos de otro puedan ser tan profundos como los nuestros. Nuestro amor es mucho más elevado, nuestro dolor es mucho más intenso. Pero a medida que me fui

haciendo mayor, descubrí que Borric amaba a Catherine tanto como yo. Y creo que ella lo amaba. —El ojo bueno de Guy se quedó fijo en un punto del espacio. Su tono de voz se hizo más suave, reflexivo—. Era una mujer maravillosa, generosa, con espacio en su vida para muchos amores. Y sin embargo, creo que en lo más profundo de su corazón tu padre albergaba dudas. —Guy contempló a Arutha con una expresión mezcla de asombro y compasión—. ¿Puedes imaginártelo? ¿Lo triste que debe haber sido? Quizá, de una forma extraña yo fui el más afortunado, porque yo sabía que ella me amaba. Yo no tenía dudas. —Arutha notó un leve destello de humedad en el ojo bueno de Guy. El Protector se limpió la lágrima con un gesto involuntario. Se recostó, cerró el ojo y se llevó la mano a la frente—. A veces parece que hay poca justicia en la vida.

—¿Por qué me cuentas esto? —pensó Arutha en voz alta.

Guy se incorporó en su asiento, sacudiéndose la melancolía.

—Porque te necesito. Y no pueden quedarte dudas. Para ti soy un traidor que intentó hacerse con el control del Reino para su propio beneficio. Y en parte tienes razón.

Arutha se sorprendió ante la franqueza de Guy.

—¿Pero cómo puedes justificar lo que le hiciste a Erland?

—Soy el responsable de su muerte. Eso no puedo negarlo. Fue mi capitán quien ordenó mantener su confinamiento después de que yo hubiera ordenado su liberación. Radbum era útil, pero tenía cierta tendencia al exceso de celo. Puedo entender su pánico, porque yo le había castigado por dejaros escapar a Anita y a ti. Yo la necesitaba para conseguir un hueco en la línea sucesoria, y tú hubieras sido un elemento útil en la negociación con tu padre. —Vio la sorpresa en los ojos de Arutha—. Oh, sí, mis agentes sabían que tú estabas en Kronador, o de eso me informaron cuando volví, pero Radbum cometió el error de pensar que lo conducirías hasta Anita. Nunca se le pasó por la cabeza que tú no tuvieras nada que ver con la fuga de ella. El tonto debería haberte encarcelado y haber seguido buscándola. —Arutha sintió que le volvía la desconfianza y la simpatía disminuía. A pesar de la sinceridad de Guy, le dolía la indiferencia con la que hablaba de utilizar a la gente—. Pero nunca quise la muerte de Erland. Ya tenía el virreinato que me había concedido Rodric, el mando pleno sobre el Oeste. No necesitaba a Erland, solo un vínculo con el trono: Anita. Rodric IV estaba loco. Yo fui uno de los primeros en darme cuenta, junto con Caldric, ya que en los reyes la gente suele para por alto y perdonar comportamientos que no tolerarían en otros. No se podía permitir que Rodric siguiera gobernando mucho más. Los primeros ocho años de la guerra ya fueron bastante difíciles en la corte, pero en el último año de su reinado Rodric ya había perdido la razón casi por completo. Kesh siempre tiene un ojo puesto en el norte, buscando signos de debilidad. Yo no deseaba las cargas de la corona, pero incluso con tu padre como

heredero después de Erland, pensaba que yo era el más capacitado para gobernar de todos los posibles herederos.

—¿Pero por qué todas estas intrigas? Tenías respaldo en el consejo. Caldric, padre y Erland apenas se opusieron a tu intento de convertirte en el regente del príncipe Rodric hasta que este alcanzara la mayoría de edad. Podías haber encontrado otro camino.

—El consejo puede ratificar a un rey —respondió Guy señalando con el dedo a Arutha—, pero no puede deponerlo. Necesitaba una forma de hacerme con el trono sin provocar una guerra civil. La guerra contra los tsurani seguía y seguía, y Rodric se negaba a entregar los ejércitos del Este a tu padre. Ni siquiera quería entregármelos a mí, y eso que yo era el único hombre de quien se fiaba. Nueve años perdiendo una guerra y un rey loco, y la nación se estaba desangrando. No, eso tenía que acabar, pero independientemente del respaldo que yo tuviera, había aquellos como tu padre y Brucal que habrían marchado contra mí. Por eso quería a Anita como esposa y a ti como elemento de negociación. Le iba a ofrecer a Borric un trato.

—¿Qué trato?

—Yo prefería dejar que Borric gobernara en el Oeste, dividir el Reino y dejar que cada parte buscara su propio destino; pero sabía que ninguno de los señores occidentales lo permitiría. Así que iba a ofrecerle a Borric que nombrara al heredero que había de sucederme, incluso aunque hubiera sido Lyam o tú. Yo hubiera nombrado príncipe de Krondor a cualquiera que él hubiese elegido, y me hubiera asegurado de no tener hijos que pudieran disputar la corona. Pero tu padre hubiera debido aceptarme como rey de Rillanon y jurarme fidelidad.

Súbitamente, Arutha comprendió a este hombre. Había dejado a un lado todas las cuestiones de honor personal después de haber perdido a la madre de Arutha a favor de Borric, pero había mantenido un honor por encima de todos los demás: su honor hacia el Reino. Había estado dispuesto a todo, incluso hasta a cometer regicidio, pasando a la historia como usurpador y traidor, a cambio de quitar del trono a un rey loco. Eso le dejó un mal sabor de boca a Arutha.

—Con la muerte de Rodric y el nombramiento de Lyam como heredero, todo eso perdió su sentido. No conozco a tu hermano, pero espero que comparta algo del temperamento de tu padre. En cualquier caso, el Reino debe estar en mejores manos que cuando Rodric estaba en el trono.

Arutha suspiró.

—Me has dado mucho sobre lo que pensar, Guy. No apruebo tus razonamientos ni tus métodos, pero los comprendo en parte.

—Tu aprobación es irrelevante. No me arrepiento de nada de lo que he hecho, y admito que mi decisión de asumir el trono aunque tu padre estaba antes en la línea sucesoria tiene parte de rencor. Si yo no pude tener a tu madre, Borric no tendría la

corona. Pero aparte de las consideraciones egoístas, también tenía la firme convicción de que yo sería mejor rey que tu padre. Lo que se me da mejor es gobernar. Pero eso no significa que me guste lo que tuve que hacer. No, lo que quiero es que me comprendas. No tengo que caerte bien, pero debes aceptarme como y quien soy. Necesito tu aceptación para asegurar el futuro de Armengar.

Arutha se sumió en el silencio, sintiéndose incómodo. A su mente acudió el recuerdo de una conversación sostenida dos años antes.

—No estoy en posición de juzgar —dijo Arutha tras un largo silencio—. Estoy recordando una conversación con Lyam en la cripta funeraria de nuestro padre. Yo estaba dispuesto a ver a Martin muerto antes que arriesgarme a una guerra civil. Mi propio hermano... —añadió en voz baja.

—Esos juicios son una consecuencia necesaria del gobierno. —Guy se recostó en su asiento contemplando a Arutha—. ¿Cómo te hizo sentirte tu decisión acerca de Martin?

Arutha era reticente a compartir aquello con Guy. Pero, una vez pasado largo rato, miró a los ojos al Protector.

—Sucio. Me hizo sentir sucio.

Guy le ofreció la mano.

—Lo entiendes. —Lentamente, Arutha cogió la mano que le ofrecían y la estrechó—. Ahora, al grano. Cuando llegamos aquí, Amos, Armand y yo estábamos enfermos, heridos y muertos de hambre. Esta gente nos curó, a unos extranjeros de tierras extrañas, sin hacer preguntas. Cuando estuvimos recuperados, nos ofrecimos voluntarios para combatir, y entonces descubrimos que se esperaba que todos los que eran capaces prestaran servicio sin más. Así que tomamos nuestros puestos en la guarnición de la ciudad y empezamos a aprender cosas de Armengar. El Protector anterior a Gwynnath había sido un comandante capaz, igual que ella, pero ambos sabían poco de la guerra moderna. Con todo, mantenían bajo control a la hermandad y a los tragos, manteniendo una especie de equilibrio de sangre. Entonces vino Murmandamus y las cosas cambiaron. Cuando yo llegué la hermandad salía victoriosa de tres de cada cuatro enfrentamientos. Los armengarianos estaban perdiendo, los derrotaban rutinariamente por primera vez en su historia. Yo les enseñé sobre la guerra moderna, y de nuevo aguantamos. Ahora no se acerca nada a veinte millas de la ciudad sin que uno de nuestros exploradores o nuestras patrullas lo vea. Pero incluso con eso, es demasiado tarde.

—¿Por qué es demasiado tarde?

—Incluso si Murmandamus no viniera de camino para aplastarnos, esta nación no duraría dos generaciones más. Esta ciudad se está muriendo. Por lo que a mí me parece, hace dos décadas vivían aquí quizá quince mil personas, entre la ciudad y el campo circundante. Hace diez años serían once o doce mil. Ahora lo más posible es

que haya unos siete mil o incluso menos. La guerra constante, las mujeres en edad de tener hijos que mueren en los combates, los niños que mueren cuidando caseríos y kraals son arrasados... todo eso se suma a una población en declive, un declive que parece estar acelerándose. Y hay más. Es como si los años de guerra constante le hubieran robado la fuerza a esta gente. Con todo su espíritu de lucha, parecen indiferentes ante las necesidades de la vida cotidiana. Su cultura se ha pervertido, Arutha. Lo único que tienen es la lucha, y al final la muerte. Su poesía se limita a las sagas de los héroes, y su música son sencillos cánticos de guerra. ¿Has notado que en la ciudad no hay letrados? Todo el mundo sabe dónde viven y trabajan los demás. ¿Para qué los letrados? Arutha, nadie nacido en Armengar sabe leer ni escribir. No tienen tiempo para aprender. Esta es una nación que se desliza inexorablemente hacia la barbarie. Aunque no existiera Murmandamus, en otras dos generaciones no quedaría nación. Serían como los nómadas de las Thunderhell. No, es la constante lucha.

—Puedo ver cómo eso provoca una sensación de futilidad. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Necesitamos refuerzos. Yo estaría dispuesto a entregarle el gobierno de la ciudad a Brucal...

—Vandros. Brucal se ha retirado.

—Pues entonces a Vandros. Traer Armengar al ducado de Yabon. Esta gente huyó del Reino hace generaciones. Ahora no vacilarían en aceptarlo si yo se lo ordenara, tanto han cambiado. Pero dame dos mil soldados de infantería pesada de las guarniciones de Yabon y Tyr-Sog y defenderé esta ciudad contra Murmandamus un año más. Añade mil más y dos mil de a caballo y limpiaré las llanuras de Isbandia de trasgos y hermanos oscuros. Dame los ejércitos del Oeste y expulsaré a Murmandamus de vuelta hasta Sar-Sargoth y quemaré la ciudad con él dentro. Entonces podremos tener comercio, y los niños podrán ser niños, no guerreros pequeños. Los poetas compondrán y los artistas pintarán. Tendremos música y baile. Quizá esta ciudad vuelva a crecer.

—¿Y tú preferirías quedarte como Protector o como conde de Armengar? —preguntó Arutha, aún con cierta desconfianza.

—Maldita sea —dijo Guy dando un manotazo en la mesa—. Si Lyam tiene algo de seso, sí. —Se hundió en su asiento—. Estoy cansado, Arutha. Estoy cansado y borracho. —Su ojo bueno se humedeció—. He perdido la única cosa que he querido en años, y lo único que me queda es la necesidad de esa gente. No les fallaré, pero una vez que estén a salvo...

Arutha quedó conmovido. Guy había desnudado su alma delante de él, y lo que había visto era un hombre sin muchas razones para vivir. Era algo que daba que pensar.

—Creo que puedo convencer a Lyam de que acceda, si comprendes la actitud que

va a tener hacia ti.

—No me importa lo que piense de mí, Arutha. Como si quiere mi cabeza; para lo que me importa... —Su voz volvió a traicionar su cansancio—. Creo que ya no me importa.

—Enviaré mensajes.

Guy se rió, una risa amarga de frustración.

—Ese, verás, es el problema, querido primo. ¿No creerás que llevo aquí sentado un año mano sobre mano, esperando que un príncipe de Krondor pase por casualidad por Armengar? He enviado una docena de mensajes a Yabon y a Highcastle, detallando la situación de aquí y lo que te he propuesto. El problema es que aunque Murmandamus deja que cualquiera venga al norte, nada, nada, va al sur. Ese cazador de bestias que encontrasteis fue uno de los últimos que intentó ir al sur. No sé qué le sucedería al mensajero que escoltaba, pero puedo imaginármelo... —dejó la frase inacabada—. Ya ves, Arutha, estamos aislados del Reino. Completa y absolutamente, y a menos que tú tengas una idea que no se nos haya ocurrido ya, no sabemos qué hacer.

Martin se despertó escupiendo y expulsó una bocanada de agua. La risa de Briana llenó la habitación mientras le arrojaba una toalla y dejaba la jarra de agua, ahora vacía.

—Eres tan difícil de despertar como un oso en invierno.

—Tengo que serlo —dijo Martin, parpadeando mientras se secaba. Le lanzó una mirada torva, pero vio como toda su ira se desvanecía al contemplar su rostro sonriente. Tras un momento, le devolvió la sonrisa—. En los bosques tengo el sueño ligero. Cuando estoy en interior me relajo.

Ella se arrodilló sobre la cama y le besó. Iba vestida con una blusa y pantalones.

—He de cabalgar hasta uno de nuestros caseríos. ¿Quieres venir? Es solo por este día.

Martin sonrió ampliamente.

—Por supuesto.

Ella volvió a besarlo.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó él, claramente confuso.

—Por quedarte conmigo.

Martin la miró fijamente.

—¿Me lo agradeces?

—Por supuesto, yo te lo pedí.

—Sois una gente extraña, Bri. La mayoría de los hombres que conozco me habría cortado el gaznate para estar en mi lugar esta noche.

Ella volvió la cabeza, con una mirada de extrañeza en el rostro.

—¿De verdad? Que raro. Yo podría decir lo mismo acerca de la mayoría de las mujeres de aquí y tú, Martin. Aunque nadie lucharía sobre algo como los derechos de cama. Eres libre de escoger tus compañeros, y ellos son libres de responder sí o no. Por eso te he dado las gracias, por decir que sí.

Martin la cogió y la besó, con cierta dureza.

—En mi tierra hacemos las cosas de un modo algo diferente. —La soltó, repentinamente preocupado por haber sido demasiado brusco. Ella parecía un poco insegura pero no asustada—. Lo siento. Solo es que... *no*ha sido un favor, Bri.

Ella se inclinó más y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Hablas de algo más allá de los placeres del dormitorio.

—Sí.

Ella se mantuvo en silencio un buen rato.

—Martin, aquí en Armengar sabemos que no hay que hacer demasiados planes para el futuro. —Le falló un poco la voz y los ojos se le humedecieron—. Mi madre iba a casarse con el Protector. Mi padre lleva once años muertos. Hubiera sido una feliz unión. —Martin podía ver la humedad recorriendo sus mejillas—. Hace tiempo estuve prometida. El fue a responder a una incursión de los trasgos sobre un kraal. Nunca volvió —ella estudió el rostro de él—. No hacemos promesas a la ligera. Compartir una noche no es un compromiso.

—No soy un hombre frívolo.

—Lo sé —dijo ella en voz baja—. Y yo no soy una mujer frívola. Escojo a mis compañeros con cuidado. Aquí hay algo creciendo rápidamente entre nosotros, Martin. Eso lo sé. Ya... vendrá cuando lo permitan el tiempo y las circunstancias, y preocuparse por el resultado de esas cosas es perder el tiempo. —Se mordió el labio inferior mientras buscaba palabras—. Soy oficial, y tengo acceso a informaciones que ignora la mayor parte del resto de la ciudad. Por el momento solo puedo pedirte que no esperes más de lo que yo puedo darte libremente. —Al ver que el estado de ánimo de Martin empeoraba, sonrió y le besó—. Vamos, cabalguemos.

Martin se vistió rápidamente, inseguro de lo que había conseguido, pero seguro de que había sido importante. Se sentía a la vez aliviado y preocupado; aliviado por haber confesado sus sentimientos, y preocupado porque tampoco lo había hecho con demasiada claridad y la respuesta de ella había sido confusa. A pesar de todo, lo habían criado los elfos, y como Briana había dicho, las cosas ya vendrían cuando el tiempo lo permitiera.

Arutha acabó de contar la conversación de la noche anterior a Laurie, Baru y Roald. Los chicos llevaban un día fuera. Martin no había vuelto a su alojamiento, y Arutha creía que sabía dónde había pasado la noche.

Laurie reflexionó sobre lo que había dicho Arutha.

—Así que la población está descendiendo.

—O eso dice Guy.

—Y tiene razón —dijo una voz desde la puerta.

Miraron y descubrieron a Jimmy y Locklear allí de pie, ambos rodeando con el brazo la cintura de sendas guapas muchachas. Locklear parecía incapaz de mantener su rostro en reposo. No importaba lo duro que lo intentara, su boca parecía decidida en torcerse en una sonrisa de oreja a oreja.

Jimmy presentó a Krinsta y Bronwynn.

—Las chicas nos han enseñado la ciudad, Arutha, y hay secciones enteras vacías. Casa tras casa deshabitadas. —Jimmy miró a su alrededor y, descubriendo un plato de fruta, atacó una pera—. Creo que aquí llegaron a vivir más de veinte mil personas. Y ahora me parece que menos de la mitad.

—En principio ya he accedido a ayudar a Armengar, pero el problema es enviar mensajes a Yabon. Parece que a Murmandamus no le importa que entre gente, pero se toma muy en serio que no salga nadie.

—Tiene sentido —dijo Roald—. Realmente la mayoría de los que vienen al norte es para unirse a su bando. ¿Y qué si unos cuantos llegan por casualidad a esta ciudad y ayudan? Está reuniendo su ejército y posiblemente pueda pasar de largo si le conviene.

—Yo creo que puedo pasar, si voy solo —dijo Baru. Arutha pareció interesado—. Yo soy un montañés, y aunque esta gente son de los míos, también son gente de ciudad. Solo unos pocos de los habitantes de los caseríos y kraals podrían ser tan hábiles como yo. Avanzado de noche y ocultándome durante el día, debería ser capaz de cruzar hasta las colinas de Yabon. Y una vez allí, ningún moredhel ni trasgo podría seguirme el ritmo.

—El problema sería llegar hasta las colinas de Yabon —dijo Laurie—. ¿Recuerdas cómo habían perseguido esos trolls al cazador de bestias? Seguramente durante días. No sé.

—Lo pensaré, Baru —dijo Arutha—. Puede que esa apuesta desesperada sea lo único que nos quede, pero quizá haya otra forma. Podríamos organizar una partida de incursión hasta la cresta de las montañas, y luego damos la vuelta y volver luchando, para proporcionarle al que fuera al sur la mayor ventaja posible. Puede que eso no sea posible, pero lo discutiré con Guy. Si no logramos descubrir otra opción, te permitiré que lo intentes. Aunque no creo que ir solo sea necesariamente la mejor opción. Nos fue muy bien entrando y saliendo de Moraelin en un grupo pequeño. —Se puso en pie—. Si a cualquiera de vosotros se le ocurre un plan mejor, estaré encantado de oírlo. Voy a ir con Guy a inspeccionar los parapetos. Si estamos aquí atrapados cuando llegue el asalto, podríamos prestar toda la ayuda posible.

Salió de la habitación.

El viento agitaba violentamente el cabello de Guy mientras los dos miraban hacia la llanura de fuera de la ciudad.

—He inspeccionado cada milímetro de esta muralla, y sigo sin poder creer la calidad de la ingeniería.

Arutha solo podía estar de acuerdo. Los sillares empleados habían sido cortados con una precisión inimaginable para los maestros constructores y canteros del Reino. Pasando la mano sobre una junta, apenas podía percibir dónde acababa un sillar y empezaba el otro.

—Es una muralla que podría haber derrotado a los ingenieros de Segersen, si hubieran venido.

—Teníamos buenos ingenieros en nuestros ejércitos, Arutha. Y no soy capaz de ver cómo podría derribarse esta muralla; de no ser por un milagro. —Sacó la espada y golpeó con fuerza suficiente para hacer vibrar la hoja, señalando luego el merlón donde había dado. Arutha inspeccionó el sitio y solo vio un leve arañazo de color más claro—. Parece un granito azul, como el mineral de hierro pero más duro. Es una piedra muy común en estas montañas, pero más difícil de trabajar que nada que yo haya visto. No se sabe cómo la trabajaron. Y los cimientos que hay debajo del pedimento tienen unos dieciséis metros de profundidad y diez de anchura. No puedo ni imaginarme cómo trajeron los bloques desde las canteras en las montañas. Si pudieras hacer un túnel bajo ella, lo mejor que podría pasarte es que la sección entera de muralla se hundiera y te aplastara. Y ni siquiera puede hacerse porque la muralla se asienta sobre un lecho de roca firme.

Arutha se apoyó en el parapeto, mirando a la ciudad y a la ciudadela al fondo.

—Esta es la ciudad más defendible que conozco. Deberíais ser capaces de resistir una desventaja de veinte a uno.

—Diez a uno es la ventaja habitual para apoderarse de un castillo, pero me siento inclinado a estar de acuerdo. Excepto por una cosa: la condenada magia de Murmandamus. Puede que no sea capaz de derribar estas murallas, pero estoy seguro de que tiene algún sistema para sortearlas. De algún modo. Si no, no vendría.

—¿Estás seguro? ¿Por qué no taponaros con un pequeño contingente y avanzar con su ejército hacia el sur?

—No puede dejarnos a su espalda. Nos tuvo ventaja durante el año anterior a que yo asumiera el mando, y podría habernos desangrado hasta la muerte si yo no hubiera cambiado las reglas del juego. A lo largo de los dos últimos años les he enseñado a nuestros soldados todo lo que sé. Con Armand y Amos ayudándoles a aprender, ahora poseen las ventajas del moderno arte de la guerra. No, Murmandamus sabe que tiene un ejército de siete mil armengarianos dispuestos a saltarle a la espalda en

cuanto se dé la vuelta. No puede dejarnos detrás de sus líneas. Lo desjarretaríamos.

—Así que primero debe librarse de vosotros, y luego volverse contra el Reino.

—Sí, y debe hacerlo rápido o perderá otra estación. Aquí arriba el invierno llega pronto. Vemos la nieve semanas antes que en el Reino. Los pasos quedan bloqueados en cuestión de días, a veces de horas. Una vez que vaya al sur tendrá que vencer, porque no podrá devolver su ejército al norte hasta la primavera. Va muy justo de tiempo. Tiene que venir en las próximas dos semanas.

—Pues debemos mandar los mensajes rápido.

Guy asintió.

—Ven, deja que te enseñe algo más.

Arutha siguió al hombre, experimentando una extraña sensación de lealtades divididas. Sabía que debía ayudar a los armengarianos, pero aún se sentía incómodo con Guy. Arutha había llegado a comprender lo que había hecho Guy y por qué, y en cierto sentido incluso lo admiraba a regañadientes pero no le caía bien. Y sabía por qué no le caía bien: Guy le había hecho ver una similitud en las naturalezas de ambos, una disposición a hacer lo que debía hacerse independientemente del precio a pagar. Hasta el momento, Arutha nunca había llegado a los mismos extremos que Guy, pero ahora comprendía que si hubiera estado en el sitio de Guy habría actuado de forma muy parecida. Era un descubrimiento acerca de sí mismo que no le gustaba especialmente.

Avanzaron por la ciudad, y Arutha preguntó por los detalles que habían observado al entrar por primera vez en Armengar.

—Sí —dijo Guy—. No hay líneas de tiro despejadas, así que cada esquina puede ocultar una emboscada. Tengo un plano de la ciudad en la ciudadela y la ciudad es así por diseño, no por azar. Una vez que captas el patrón, es fácil saber qué dirección tomar para llegar a cualquier sitio, pero sin conocer ese patrón es fácil andar en círculos y acabar siendo conducido de vuelta hacia la muralla exterior. —Señaló un edificio—. Ninguna casa tiene ventanas a la calle, y todos los techos son plataformas para arqueros. Esta ciudad fue construida para que cualquier atacante tuviera que pagar un alto precio.

Pronto se encontraron en el interior de la ciudadela, y vieron a los chicos cruzando el patio.

—¿Dónde están las chicas? —preguntó Arutha.

Locklear parecía decepcionado.

—Tenían que ir a hacer algunas cosas antes de volver al servicio.

Guy examinó a ambos escuderos.

—Bueno, entonces venid con nosotros si no tenéis nada mejor que hacer.

Siguieron a Guy hasta la planta baja y el ascensor. Guy hizo sonar la campana, dando el código para que los subieran hasta la planta superior. Al llegar allí,

contemplaron la ciudad y la llanura que había más allá de las murallas.

—Armengar —la mano de Guy hizo un movimiento de barrido—. Allí —señaló— se encuentra la llanura de Isbandia, atravesada por el valle de Isbandia, el límite de nuestras tierras al norte y el oeste. Al otro lado, la llanura le pertenece a Murmandamus. Al este está el bosque de Edder, casi tan vasto como el bosque Negro o el Corazón Verde. No sabemos mucho de él, aparte de que es seguro talar en sus márgenes. Pero a cualquiera que se adentre unas pocas millas no se le vuelve a ver. — Señale al norte—. Al otro lado del valle se encuentra Sar-Sargoth. Si eres especialmente osado, puedes subir las colmas del margen septentrional del valle y otear hasta ver las luces de la ciudad gemela de esta.

Jimmy examinaba las máquinas de guerra que había en el techo.

—Yo no sé mucho de esto, pero ¿estas catapultas pueden disparar más allá de la muralla exterior?

—No —fue todo lo que dijo Guy—. Venid.

Volvieron al ascensor y Guy tiró de la cuerda. Arutha notó que había alguna clase de código para indicar subida o bajada y, supuso, el número exacto de plantas.

Bajaron a la planta baja y siguieron descendiendo. Llegaron a un sótano varios pisos por debajo del suelo, y Guy los condujo fuera de la plataforma. Pasaron junto a un tomo gigantesco con un tiro de cuatro caballos atado a una gran rueda, que Arutha supuso que sería la fuente de energía del ascensor. Tenía un aspecto ciertamente impresionante, con grandes engranajes y extraños conjuntos de cuerdas y poleas. Pero Guy ignoró al tiro de caballos y a los cuidadores y pasó junto a ellos. Señaló un gran portón, atrancado desde el interior.

—Esa es la vía de escape de aquí. La mantenemos sellada porque, por algún motivo, cada vez que se abre sopla un viento constante, algo que hay que evitar. — Frente al gran portón se abría una puerta, que Guy abrió, conduciéndolos a una cueva natural. De al lado de la puerta descolgó una extraña linterna, que daba menos luz de la esperada—. Esta cosa utiliza algún tipo de alquimia para producir luz. No lo entiendo completamente, pero funciona. Aquí no nos arriesgamos con llamas. Ya veréis por qué.

Jimmy había estado examinando las paredes y cogió con los dedos una sustancia blanca parecida a la cera, de textura escamosa. La frotó con el índice y el pulgar y la olió.

—Ya lo entiendo —dijo haciendo una mueca—. Nafta.

—Sí. —Guy miró a Arutha—. Es listo.

—Eso me recuerda constantemente. ¿Cómo lo has sabido?

—Por el puente al sur de Sarth, el año pasado. Al que le prendí fuego para impedir que lo cruzaran Murad y los matadores negros. Esto fue lo que usé, una destilación de nafta.

—Vamos —dijo Guy conduciéndolos por otra puerta.

El hedor de la brea asaltó sus olfatos nada más entrar en la cámara Enormes cubos de aspecto extraño colgaban de unas cadenas. Una docena de hombres sin camisa trabajaban metiendo los cubos en un inmenso estanque de líquido negro. Había más de las extrañas linternas iluminando la habitación, pero la mayor parte estaba a oscuras.

—Bajo esta montaña hay un laberinto de túneles, y esta cosa se encuentre en todos ellos. Abajo hay alguna fuente de nafta, y sale constantemente a la superficie. Debemos sacarla constantemente o se filtraría en los sótanos de la ciudad a través de grietas en la roca. Si se detuvieran los trabajos, la cosa se acumularía en los sótanos de la ciudad en cuestión de días. Pero como los armengarianos llevan años haciendo esto, se mantiene bajo control.

—Ya veo por qué no queréis arriesgaros con llamas —dijo Locklear abiertamente asombrado.

—De los fuegos sabemos cómo ocuparnos. Hemos tenido docenas, el último el año pasado. Lo que hemos descubierto, o mejor dicho, lo que los armengarianos han descubierto, es algunos usos para esta cosa que desconocemos en el Reino. —Les hizo un gesto para que lo siguieran a otra habitación, donde había unas extrañas tuberías serpenteando entre cubas metálicas—. Aquí es donde se prepara la destilación, y algunas de las otras mezclas. Yo solo comprendo una décima parte, pero los alquimistas os lo pueden explicar. Hacen toda clase de cosas a partir de esta nafta, incluso unos extraños ungüentos que impiden que se infecten las heridas, pero una de las cosas que han descubierto es el secreto del fuego quegano.

—¡El fuego quegano! —exclamó Arutha.

—No lo llaman así, pero es lo mismo. Las paredes son de piedra caliza, y es el polvo de caliza lo que convierte la nafta en fuego quegano. Arrójalo con una catapulta y seguirá ardiendo, y ni siquiera el agua podré apagarlo. Por eso debemos ser cuidadosos, no es solo que arda. —Miró a Locklear—. Los vapores que despide son muy intensos y se pegan al suelo, pero si se deja que se acumulen, se ventilan con mucho aire y se prende una chipa, se produce una explosión. —Señaló una cueva abarrotada de toneles de madera—. Esa caverna de almacenamiento no estaba ahí hace diez años. Cuando se vacía un barril, se vuelve a llenar de inmediato o se deja bajo el agua hasta que se vuelve a usar. Algún cretino dejó tres vacíos por ahí y de algún modo saltó una chispa y... Solo la cantidad de esa cosa que empapa la madera y luego se evapora puede ocasionar una explosión tremenda. Por eso mantenemos las puertas cerradas. El viento que llega de las montañas por el túnel de escape puede ventilar este complejo entero en un día o dos. Y si todo esto explotara a la vez... —dejó que sus imaginaciones proporcionaran la imagen—. Tengo a los armengarianos haciendo esto desde hace dos años, para darle a Murmandamus una cálida bienvenida

cuando venga.

—¿Cuántos barriles? —preguntó Arutha.

—Más de veinticinco mil.

Arutha quedó asombrado. Cuando conoció a Amos, el pirata llevaba doscientos barriles en la bodega de su nave, un hecho desconocido para los incursores tsurani que le habían prendido fuego. Al explotar había provocado una columna de llamas de centenares de metros de altura, incinerando el barco en cuestión de minutos. La luz de las llamas se había visto en millas a la redonda. Si media ciudad no hubiera estado ya quemada por los incursores tsurani, el fuego habría devastado Crydee.

—Eso es suficiente...

—Para hacer arder la ciudad entera —acabó Guy.

—¿Para qué tanto?

—Hay algo que debéis entender, todos vosotros. Los armengarianos nunca han pensado en irse de aquí. A su entender, no hay otro sitio en el que buscar refugio. Vinieron al norte huyendo del Reino, así que creen que no pueden huir al sur. Solo veían enemigos por todos lados. Si ocurriera lo peor, le prenderán fuego a la ciudad antes de permitir que Murmandamus la capture. Yo he preparado un plan aparte de ese, pero en cualquier caso una buena cantidad de fuego podría resultar útil.

Volvió al túnel que conducía hasta el ascensor, seguido de los demás.

Martin estaba sentado descansando apoyado en un árbol, Besó el pelo de Briana mientras esta se sumergía más profundamente entre sus brazos. Frente a ellos un arroyuelo serpenteaba entre los árboles, que los envolvían en una suave y refrescante sombra. Su patrulla se había dispersado para tomar el almuerzo, que proporcionaban los granjeros de las inmediaciones. Ella y Martin se habían escapado a pasar el tiempo juntos. Los bosques hacían que Martin se encontrara más a gusto de lo que había estado en meses, pero seguía preocupado. Habían hecho el amor bajo los árboles, y ahora simplemente estaban encontrando placer en la compañía mutua. Pero Martin seguía sintiendo algo que le faltaba en el interior.

—Me gustaría que esto pudiera seguir para siempre, Bri —le dijo al oído.

Ella suspiró y se movió un poco.

—A mí también, Martin. Eres tan hombre como... otro que conocí. Creo que no podría pedir más.

—Cuando esto acabe...

Ella le interrumpió.

—Cuando esto acabe podremos hablar. Venga, tenemos que volver.

Se vistió rápidamente, mientras Martin la admiraba. No tenía nada de la frágil belleza de las mujeres que Martin había conocido en casa. Su forma de ser tenía la dureza del cuero, pero templada por una profunda feminidad. No era una mujer

guapa al uso, pero era atractiva y, con aquellas arrebatadoras cualidades de confianza en sí misma e independiente que Martin veía en ella, resultaba cautivadora, incluso bella. Martin había quedado prendado de ella en todos los sentidos.

El acabó de vestirse y, antes de que ella pudiera alejarse, la cogió del brazo y la acercó a sí. La besó apasionadamente.

—No necesito hablar, pero tú conoces mis necesidades y mis deseos —dijo Martin—. Llevo demasiado tiempo esperándote.

Ella lo miró a los ojos oscuros. Alargó la mano y le tocó el rostro.

—Y yo a ti. —Lo besó dulcemente—. Debemos volver.

Martin dejó que lo guiara de vuelta a la aldea. Un par de guardias venía hacia ellos cuando salían del bosque.

—Íbamos a buscarte, comandante —dijo uno de ellos al detenerse.

Ella observó al segundo hombre, que no era de su compañía.

—¿Qué pasa?

—El Protector ha ordenado que todas las patrullas salgan a ordenar el abandono de los caseríos y kraals. Todo el mundo debe acudir a la ciudad. El ejército de Murmandamus ha emprendido la marcha. Estarán frente a las murallas en cuestión de una semana.

—Todos a caballo —dijo Briana—. Dividiremos la patrulla. Grenlyn, tú coge la mitad y ve a alertar al kraal de las tierras bajas y los caseríos del río. Yo me encargaré de los que están más arriba en las laderas. En cuanto acabes, vuelve tan rápido como puedas. El Protector necesitará todos los exploradores que pueda reunir. Ahora ve. —Miró a Martin—. Ven, tenemos mucho que hacer.

Descubrimiento

Gamina se incorporó, chillando.

En unos instantes, Katala estuvo en la habitación de la niña, abrazándola. Gamina sollozó durante un rato, y luego se fue tranquilizando, mientras un somnoliento William entraba en la habitación seguido de un draco de fuego de aspecto irritado. Fantus se adelantó a William y apoyó la cabeza en la cama junto a Katala.

—¿Ha sido un mal sueño, pequeña? —preguntó Katala.

Gamina asintió.

—Sí, mamá —dijo en voz baja.

Por fin estaba aprendiendo a hablar, y ya no usaba siempre ese habla mental que la había marcado como especial desde el día de su nacimiento.

Con su familia muerta, Gamina había sido criada por Rogen, el vidente ciego, antes de que este la trajera a Stardock. Rogen había ayudado a Pug a descubrir que el Enemigo estaba detrás de todos los problemas que asediaban al Reino, aunque había resultado herido en el proceso de descubrir el secreto. Gamina y él se habían quedado con la familia de Pug mientras el anciano se recuperaba, y a lo largo del último año habían llegado a convertirse en miembros. Rogen había sido un abuelo para William, mientras que para Gamina, Katala había sido una madre y William un hermano. Hacía tres meses que el anciano había muerto pacíficamente mientras dormía, pero al fin había sido feliz porque su pupila había encontrado a otras personas a las que querer y en las que confiar aparte de él mismo. Katala abrazó y acarició a la niña hasta que se tranquilizó.

Meecham, el alto vasallo, entró corriendo en la habitación, buscando la fuente del peligro. Había vuelto de Kelewan con Hochopepa y Elgahar de la Asamblea poco después de la partida de Pug en busca de los Observadores. Su otro compañero, el hermano Dominic, había vuelto a la abadía ishapiana de Sarth. Meecham había asumido el papel de protector de la familia de Pug mientras el mago se encontraba en Kelewan. A pesar de su aspecto feroz y su actitud seria, era uno de los preferidos de Gamina.

Lo llamaba tío Meecham. Se quedó detrás de Katala, dedicándole a la niña una de sus raras sonrisas.

Hochopepa y Kulgan entraron en la habitación; dos magos de mundos diferentes y tan parecidos en muchos aspectos. Ambos se acercaron a la niña.

—¿Todavía levantados trabajando?

—Todavía es pronto —dijo Hochopepa, y levantó la vista de la niña—. ¿No?

—No —dijo Meecham—, a menos que te refieras a temprano por la mañana. Es la una de la madrugada.

—Bueno, es que estábamos metidos en una discusión muy interesante y... —dijo Kulgan.

—Perdisteis el sentido del tiempo —dijo Katala. Su tono era un poco de regañina, un poco de diversión.

Pug era el propietario de Stardock, y como él se había ido, ella había asumido el mando de la comunidad. Su naturaleza tranquila, su inteligencia y su tacto al tratar con la gente la habían convertido en la líder natural de la variopinta comunidad de magos y sus familias, aunque ocasionalmente se podía oír a Hochopepa llamarla «esa despótica mujer». A nadie le importaba, porque sabían que hablaba con respeto y afecto.

—Estábamos discutiendo unos informes que Shimone ha enviado de parte de la Asamblea —dijo Kulgan. Se había acordado abrir la fractura entre los mundos a intervalos regulares para permitir el intercambio de mensajes entre la academia de Stardock y la Asamblea de Magos de Kelewan.

Katala levantó la mirada expectante.

—Sigue sin haber noticias de Pug —dijo Hochopepa.

Katala suspiró, y habló con repentina irritación.

—Hocho, Kulgan, podéis hacer lo que queráis en vuestras investigaciones, pero el pobre Elgahar parece a punto de derrumbarse. El se encarga de casi todo el entrenamiento de los nuevos magos de la senda mayor, y nunca se queja. Deberías dedicar parte de vuestros esfuerzos a ayudarlo.

—Regañina asumida —dijo Kulgan sacando la pipa. Hochopepa y él intercambiaron miradas. Ambos sabían que la brusquedad de Katala se debía a la frustración por la ausencia de su marido, que duraba ya un año.

—Pues sí —dijo Hochopepa, y también sacó una pipa, un hábito adquirido en el año que llevaba trabajando junto a Kulgan. Como Meecham había comentado una vez, ambos magos eran dos guisantes de la misma vaina.

—Y si pretendéis encender esas cosas pestilentes, salid de aquí inmediatamente —dijo Katala—. Este es el dormitorio de Gamina y no voy a consentir que su habitación apeste a humo.

Kulgan estaba a punto de encender la suya y se detuvo.

—Muy bien. ¿Cómo está la niña?

Gamina había dejado de llorar y habló en voz baja.

—Estoy bien. —Desde que había aprendido a hablar, su voz nunca había sido más fuerte que un suave susurro infantil, salvo por sus gritos de unos momentos antes—. He... tenido un mal sueño.

—¿Qué clase de sueño? —pregunto Katala. Los ojos de Gamina empezaron a llenarse de lágrimas.

—Oía a papá llamándome.

Kulgan y Hochopepa miraron a la niña fijamente.

—¿Qué te dijo, niña? —preguntó Kulgan suavemente, para no asustarla.

Katala puso mala cara, pero no demostró otro signo de miedo. Había nacido en una estirpe de guerreros y podía enfrentarse a cualquier cosa, a cualquier cosa excepto a no saber cómo le iba a su marido.

—¿Qué dijo, Gamina? —le preguntó dulcemente.

—Estaba... —Como siempre que estaba nerviosa, se puso a hablar mentalmente—. *Estaba en un sitio raro, muy lejos. Estaba con alguien más. Me dijo, me dijo...*

—¿Qué, pequeña? —dijo Hochopepa. —*Me dijo que tenía que esperar un mensaje, entonces algo cambió. Se... ¿fue? El sitio se quedó vacío. Me asusté. Me sentía tan sola...*

Katala abrazó fuertemente a la niña. Controló la voz, pero sintió miedo al hablar.

—No estás sola, Gamina.

Pero en su interior pensaba lo mismo que la niña. Ni siquiera cuando la Asamblea había arrancado a Pug de su lado para que se convirtiera en un grande se había sentido tan sola.

Pug cerró los ojos, cansado. Dejó caer la cabeza hacia delante hasta apoyarla en el hombro de Tomas. Este miró hacia atrás.

—¿Conseguiste enviar algo?

—Sí —dijo Pug con un intenso suspiro—, pero fue más difícil de lo que había pensado, y asusté a la niña.

—Aun así, estableciste contacto. ¿Puedes volver a hacerlo?

—Creo que sí. La mente de Gamina es única y debería ser más fácil llegar hasta ella la próxima vez. Ya sé más acerca de cómo funciona este proceso. Antes solo tenía la teoría. Ahora ya lo he hecho.

—Bien. Puede que necesitemos esa habilidad.

Atravesaban a toda velocidad el vacío gris que habían dado en llamar «espacio fractura», ese lugar entre las hebras mismas del tiempo y el universo físico. Tomas le había ordenado a Ryath que fuera allí en el mismo momento en el que Pug había indicado el fin de su contacto mental con Stardock. En ese momento, el dragón envió

un mensaje telepático.

—¿A dónde, valheru?

—A la Ciudad Eterna —dijo Tomas en voz alta.

Ryath pareció estremecerse al tomar el control de esta nada que la rodeaba y obligarla a adaptarse a su necesidad de viajar. El monótono gris que los rodeaba palpitó, y de algún modo cambiaron de rumbo en esta dimensión sin límites, este no-sitio. El gris rieló a su alrededor y se encontraron en otro lugar.

Un extraño punto apareció ante ellos en medio del gris, el primer indicio de realidad dentro del espacio fractura. Fue creciendo rápidamente como si Ryath volara por un plano físico, y en seguida lo estuvieron sobrevolando. Era una ciudad, un lugar de una belleza terrible y sobrenatural. Poseía torres de una simetría retorcida, minaretos imposiblemente esbeltos, edificios de diseño estrambótico que se extendían bajo los arcos tendidos entre las torres. Fuentes de complejo diseño proyectaban chorros de plata líquida que se convertían en cristales, llenando el ambiente con una música tintineante al estrellarse contra las baldosas de las fuentes, licuándose de nuevo y fluyendo hasta los desagües.

El dragón viró y aceleró, sobrevolando el centro de una majestuosa avenida de casi cien metros de ancho. La calle entera estaba embaldosada, y las baldosas brillaban con tonos suaves, cada uno de ellos sutilmente diferente del adyacente, de forma que en la distancia parecía un arco iris. Y a medida que la sombra del dragón pasaba por encima, las baldosas parpadeaban y resplandecían, cambiaban de color y una música llenaba el aire, un tema de belleza mayestática, que provocaba puñaladas de nostalgia por campos verdes junto a claros arroyuelos mientras una puesta de sol de color pastel coloreaba majestuosas montañas. Las imágenes eran casi abrumadoras y Pug tuvo que sacudir la cabeza para aclararla, apartando la melancolía de que ese lugar era imposible de encontrar. En su camino hacia el corazón de la ciudad pasaron volando bajo arcos grandiosos, que se alzaban trescientos metros sobre sus cabezas, y cayeron a su alrededor minúsculos pétalos de flores de color blanco intenso, dorado, rosa brillante y bermellón, verde pastel y azul, una suave y perfumada lluvia de flores silvestres.

—¿Quién construyó esta maravilla? —preguntó Pug.

—Nadie lo sabe —dijo Tomas—. Alguna raza desconocida. Quizá los dioses muertos. —Pug estudiaba la ciudad mientras la sobrevolaban—. O quizá no la construyó nadie.

—¿Cómo puede ser eso?

—En un universo infinito, todas las cosas no son solo posibles, por muy improbables que sean, sino que es seguro que existen en algún sitio en algún tiempo determinado. Puede que esta ciudad surgiera en el mismo momento de la creación. Los valheru la descubrieron hace eras, exactamente como la ves. Es uno de los grandes

misterios de los muchos universos que han recorrido los valheru. Aquí no vivía nadie, o los valheru nunca los encontramos. Algunos han venido aquí a vivir temporalmente, pero nadie se queda mucho tiempo. Este lugar es inmutable, ya que se encuentra donde no existe el tiempo. Se dice que la Ciudad Eterna puede ser la única cosa verdaderamente inmortal en el universo. Algunos valheru trataron de destruirla —dijo en tono triste y arrepentido—, por puro resentimiento. Puede que también sea la única cosa inmune a su ira.

En ese instante, un destello de movimiento atrajo la atención de Pug, y súbitamente un enjambre de criaturas saltó de un edificio distante, emprendió el vuelo y se lanzó en su dirección. Pug los señaló.

—Parece que nos esperaban —dijo Tomas.

Las criaturas fueron contra ellos a toda velocidad. Eran versiones más grandes y de color rojo de los seres elementales que Pug había destruido en las orillas del Lago de la Gran Estrella el año anterior. Tenían forma humanoide, y sus grandes alas escarlatas, parecidas a las de los murciélagos, batían el aire mientras se acercaban a los dos jinetes del dragón.

—¿Aterrizamos? —preguntó Pug tranquilamente.

—Esto no es más que una primera prueba. No será nada.

Ryath emitió un bramido de guerra y la hueste demoníaca retrocedió, aunque enseguida se lanzó en picado contra ellos. En la primera pasada, la hoja dorada de Tomas trazó un arco y dos criaturas cayeron gritando de agonía contra los adoquines con las alas amputadas. Pug lanzó rayos azulados que saltaron de criatura en criatura, provocando que se retorcieran de dolor y cayeran, incapaces de volar. Cuando los seres golpeaban contra el suelo, se desvanecían en llamaradas verdes con chispas plateadas. Ryath descargó un estallido de llamas, y todos los que quedaron atrapados en el estallido se consumieron en cenizas. En un instante las criaturas habían desaparecido.

El dragón se dio la vuelta y voló hacia un siniestro edificio de piedra negra, achaparrado como un tumor maligno en medio de tanta belleza.

—Alguien está haciendo que sea completamente obvio hacia donde hemos de dirigimos. Claramente es una trampa.

—¿Ryath necesitará protección? —dijo Pug.

El dragón resopló.

—Solo contra la magia más poderosa —dijo Tomas—. Pero si eso llegara a suceder, nosotros estaremos muertos y ella podrá volver al universo real. ¿Lo oyes? *Oigo y comprendo*, respondió el dragón.

Descendieron planeando y sobre un patio de ladrillos y el dragón lo sobrevoló en círculos. Tomas usó sus poderes para hacer que Pug y él levitaran desde lomos del dragón hasta el suelo.

—Vuelve a las fuentes y descansa. El agua es dulce y el entorno es tranquilizador. Si algo fuera mal, vete. Si te necesitamos, aquí o en Midkemia, ya oirás mi llamada. *Responderé, Tomas.*

El dragón partió y Tomas se volvió hacia Pug.

—Ven, deberíamos encontrar una recepción interesante.

Pug miró a su amigo de la infancia.

—Incluso cuando éramos niños tu idea de lo interesante siempre fue más amplia que la mía. Con todo, no tenemos elección. ¿Encontraremos a Macros dentro?

—Probablemente no, porque aquí es a donde nos han traído. Dudo que el enemigo nos lo pusiera fácil.

Entraron por la única puerta del enorme edificio negro, y en el mismo instante en que hubieron cruzado el portal, cayó un gran bloque de piedra, bloqueando su retirada. Tomas miró hacia atrás, divertido.

—Se acabaron las retiradas fáciles.

Pug midió la piedra.

—Yo puedo encargarme de esto si hace falta, pero llevará tiempo.

Tomas asintió.

—Yo pensaba lo mismo. Sigamos.

Avanzaron por un largo pasillo, y Pug creó una luz que brillaba intensamente en un círculo alrededor de ellos. Las paredes no tenían decoración, eran lisas y sin marcas. Conducían solo en una dirección. El suelo parecía construido con el mismo material.

Al final del pasillo había una sola puerta, sin marcas ni medio de apertura. Pug la estudió e invocó un hechizo. Con una nota de protesta en el roce, la puerta se abrió hacia arriba para permitirles pasar. Entraron en una vasta estancia con un círculo de puertas. Al entrar ellos, dichas puertas se abrieron y una horda de criaturas salió dando traspies, gruñendo y chillando. Monos con cabeza de águila, gatos gigantes con conchas de tortuga, serpientes con brazos y piernas, hombres con brazos de más: un ejército de horrores desencadenado. Tomas desenvainó la espada y apretó el escudo.

—Prepárate, Pug —gritó.

Pug pronunció un encantamiento y un anillo de llamas escarlatas brotó de suelo hacia arriba con un estallido, rodeándolos. Las criaturas más adelantadas quedaron atrapadas en las llamas y explotaron en abrasadores destellos plateados. Muchas de las criaturas retrocedieron, pero las que podían saltar o volar pasaron por encima de las llamas, para encontrar la destrucción en la espada dorada de Tomas. Cuando esta las golpeaba, se desvanecían en una lluvia de resplandecientes chispas plateadas, acompañada de un hedor a putrefacción. La marea de criaturas seguía, y cada vez salían más y más de las puertas. A medida que avanzaban los seres más adelantados eran empujados contra las llamas místicas de Pug, y explotaban en un instante de

brillo antes de desvanecerse.

—Parece que no tienen fin —dijo Pug.

Tomas asintió mientras liquidaba a una rata gigante con alas de águila.

—¿Puedes cerrar los portales?

Pug hizo magia, y el grave aullido del metal rozando contra la piedra llenó la habitación cuando las puertas fueron obligadas a cerrarse. Las criaturas que intentaban abrirse paso fueron aplastadas entre las puertas y la pared, muriendo entre patéticos gritos, chillidos y lamentos. Tomas despachó a todos los monstruos que habían cruzado las llamas, y por un momento Pug y él estuvieron solos dentro del círculo de fuego.

Tomas jadeaba levemente.

—Esto es un fastidio.

—Yo puedo ponerle fin —dijo Pug. El círculo de llamas comenzó a expandirse, y cada criatura que tocaba, moría. Pronto llegó hasta las paredes de la habitación, y en el mismo momento en que la última criatura moría con una explosión y un chillido, las llamas se desvanecieron. Pug miró a su alrededor—. Cada puerta contiene docenas de esas bestias. ¿Qué camino te parece mejor?

—Creo que hacia abajo —dijo Tomas.

Pug alargó la mano y Tomas se colgó el escudo a la espalda. Cogió la mano de Pug pero siguió empuñando la espada. Se pronunció otro encantamiento, y Tomas vio cómo su amigo se volvía transparente, miró hacia abajo y descubrió que podía ver el suelo a través de su propio cuerpo. La voz de Pug le sonaba distante.

—No me sueltes la mano hasta que yo lo diga, o será difícil traerte de vuelta.

Entonces Tomas vio el suelo subir, o mejor dicho, a ellos hundirse. La oscuridad se los tragó cuando se sumergieron en la roca. Tras un buen rato volvió a hacerse la luz, al entrar en otra cámara. Algo atravesó el aire y Tomas sintió un estallido de dolor en el costado. Bajó la vista y vio a un guerrero, un ser de anchos hombros y cabeza de jabalí, ataviado con una ostentosa coraza azul. La criatura bramó, chorreando babas por los largos colmillos, y atacó a Tomas con un hacha de dos cabezas de aspecto terrible. Tomas la desvió con su espada a duras penas.

—¡Suéltate! —gritó Pug.

Tomas soltó la mano de Pug y volvió a solidificarse al instante. Cayó al suelo, aterrizando suavemente frente al hombre jabalí mientras este descargaba un golpe de arriba a abajo. Tomas paró de nuevo y retrocedió, mientras intentaba destrabar su escudo. Pug aterrizó de pie y empezó a pronunciar un conjuro. La cosa jabalí se movía muy rápido para algo tan grande, y Tomas solo podía limitarse a defenderse. En un momento, el valheru paró un golpe y lanzó una estocada, hiriendo a la criatura. El ser retrocedió, bramando encolerizado.

Pug envió un creciente hilo de humo palpitante, que se movía como una

serpiente. Solo recorrió un par de metros en los primeros segundos, pero fue acelerando. Luego, como una cobra, el humo se estiro y le propinó un latigazo a la cosa jabalí en las piernas. Al instante, el humo se solidificó, atrapando a la criatura con unas botas duras como la piedra. La cosa bramó encolerizada, tratando de moverse. Al no poder retirarse, el hombre jabalí fue rápidamente despachado por Tomas. El valheru limpió la espada.

—Gracias por la ayuda, me estaba molestando.

Pug sonrió al ver que su amigo de la infancia no había cambiado en ciertos sentidos. Sabía que Tomas habría despachado a la criatura de todas formas, pero no tenía sentido ponerse a perder el tiempo.

Tomas hizo una mueca de dolor al examinarse el costado.

—Esa hacha tenía algún inesperado poder mágico para afectarnos mientras éramos inmateriales.

—Raro, pero no inaudito —confirmó Pug.

Tomas cerró los ojos y Pug vio cómo la herida empezaba a curarse. Primero dejó de manar sangre y luego la piel se unió. Apareció una cicatriz roja, que empezó a desvanecerse hasta que solo quedó piel intacta. En poco tiempo, incluso la cota de mallas dorada y el tabardo quedaron arreglados. Pug quedó impresionado.

Pug miró a su alrededor, sintiendo cierta incomodidad.

—Esto parece demasiado fácil. Mucha furia y mucho ruido, pero las trampas son patéticas.

Tomas se dio una palmada en el costado.

—No tan patéticas, pero en general estoy de acuerdo. Creo que se supone que deberíamos confiar y caer víctimas de la falta de precauciones.

—Entonces tengamos cuidado.

—Y ahora, ¿a dónde?

Pug miró a su alrededor. La estancia estaba excavada en la roca, sin ningún propósito aparente aparte de servir de confluencia de varios túneles. A dónde daban, eso era desconocido. Pug se sentó en una gran roca.

—Enviaré mi visión. —Cerró los ojos y otra extraña esfera blancuzca apareció sobre su cabeza, girando rápidamente sobre sí misma. Súbitamente partió por uno de los túneles. Volvió en unos momentos y se fue por otro. Tras casi una hora, Pug llamó a la esfera y la desvaneció con un movimiento de la mano. Abrió los ojos—. Todos los túneles dan la vuelta y conducen hasta aquí de nuevo.

—¿Esto es un sitio aislado?

Pug se levantó.

—Un laberinto, pero ya no es una trampa para nosotros. De nuevo debemos bajar.

Se cogieron de la mano una vez más y de nuevo Pug permitió que atravesaran la

roca sólida. Descendieron en la oscuridad por lo que pareció ser largo tiempo. Entonces se encontraron flotando justo debajo del techo de una vasta caverna. Bajo ellos, a cierta distancia, había un lago enorme rodeado por un anillo de fuego, que iluminaba toda la caverna con un brillo rojizo. Al otro lado del fuego, un bote se mecía cerca de la orilla, una clara invitación. En el centro del lago podían ver una isla, en cuyas orillas esperaba una horda de seres humanoides equipados para el combate. Rodeaban una solitaria torre, con solo una puerta en la planta baja y una ventana arriba del todo.

Pug bajó a Tomas y a sí mismo hasta el suelo y los solidificó de nuevo. Tomas miró el círculo de llamas.

—Creo que se supone que tenemos que jugárnosla atravesando el fuego, coger el bote, evitar lo que sea que haya bajo el agua, y luego derrotar a todos esos guerreros para llegar a la torre.

—Eso parece que es lo que tenemos que hacer —dijo Pug en tono cansado, y se acercó al borde del fuego—. Pero me parece que no.

Pug hizo un movimiento circular con la mano, y luego repitió el gesto una segunda vez. El aire en la caverna empezó a moverse, siguiendo el círculo descrito por la mano de Pug, desplazándose por la curva de la inmensa cúpula de roca que había sobre sus cabezas. Al principio fue un simple soplo, una leve brisa, y rápidamente se convirtió en un céfiro. Pug volvió a hacer el movimiento. El viento fue tomando velocidad rápidamente, y las llamas empezaron a danzar, iluminando la caverna con luces enloquecedoras y sombras titilantes. Otro gesto de Pug y el viento se fue haciendo más rápido y más fuerte hasta que el fuego fue impulsado hacia atrás. Tomas observaba, capaz de soportar la presión del aire sin dificultad. El incendio empezó a chisporrotear y apagarse, como si no pudiera seguir ardiendo ante la fuerza del viento. Pug hizo un movimiento circular más amplio con el brazo, y casi giró sobre sí mismo de la furia del gesto. El agua empezó a espumear y se formaron olas en el lago. El agua, azotada por el viento, salpicó el aire mientras la espuma saltaba en una danza frenética y el agua empezaba a subir por las orillas de la isla. El oleaje creció y pronto el bote volcó y se hundió. El fuego se deshizo en la nada con un siseo mientras las olas barrían las orillas. Pug gritó una palabra y una clara luz blanca iluminó la caverna en lugar del resplandor rojizo del fuego. Ahora Pug hacía girar los brazos como un niño jugando, imitando un molino de viento impulsado por una galerna. En cuestión de minutos los guerreros que había sobre la isla se vieron obligados a retroceder ante la fuerza del viento. Incapaces de mantener el equilibrio. La bota de uno tocó el agua, y algo verde y correoso salió y agarró la pierna del guerrero, que fue arrastrado bajo el agua entre gritos. Esta escena volvió a repetirse una y otra vez, a medida que cada vez más y más guerreros eran empujados a las aguas, para caer en las garras de los habitantes del lago. Cuando el vendaval alcanzó el

clímax de su furia, chillando en sus oídos, Pug y Tomas vieron como la última figura que quedaba sobre la isla retrocedía dando trompicones hasta el agua, para ser aferrada por lo que fuera que habitaba bajo la encrespada superficie del lago. Pug detuvo el viento tocando palmas una sola vez.

—Vamos —dijo.

Tomas usó su habilidad de vuelo para que ambos cruzaran las aguas hasta la puerta de la torre. La abrieron de un empujón y entraron.

Pug y Tomas estuvieron cinco minutos discutiendo sobre lo que se iban a encontrar en la cima de la torre. La escalera que subía era tan estrecha que solo podían ir en fila india, y discurría pegada a la pared interior de la torre.

—Bueno —dijo Pug al fin—. Estamos tan preparados como vamos a estarlo. Lo único que queda por hacer es subir.

Pug siguió a su amigo mientras el guerrero vestido de blanco y dorado subía los peldaños. Cerca de la parte alta, Pug miró hacia abajo y vio que era una buena caída hasta el suelo mientras Tomas alargaba la mano hasta la trampilla.

Tomas abrió la portezuela y desapareció por la abertura. Pug lo siguió. En la cima de la torre había una sola habitación, una cosa sencilla con una cama, una silla y una ventana. Sentado en la silla había un hombre vestido con una túnica marrón atada a la cintura con una cuerda. Leía un libro, que cerró cuando Pug se unió a Tomas. Sonrió lentamente.

—Macros —dijo Pug.

—Hemos venido a rescatarte —dijo Tomas.

El hechicero se levantó, débilmente, como si estuviera herido o cansado. Titubeó al avanzar hacia ellos. Tropezó. Pug se adelantó para sostenerlo, pero Tomas fue más rápido. Rodeó con el brazo la cintura de Macros.

En ese momento el hechicero bramó un sonido alienígena, como un rugido escuchado a través de un vendaval. Sus brazos se contrajeron, atrapando la cintura de Tomas en un abrazo aplastante mientras la trampilla se cerraba dando un portazo. Por un momento Tomas echó la cabeza atrás y gritó de agonía, y entonces Macros lo lanzó contra la pared con una fuerza demoledora. Pug se quedó pasmado un instante, y empezó a pronunciar un encantamiento, pero el hechicero se movió demasiado rápido hada él. La figura vestida de marrón alargó los brazos, levantó a Pug con facilidad y lo lanzó contra la pared de enfrente. Pug golpeó con un impacto estremecedor, dando de cabeza, y cayó al suelo. Se derrumbó, obviamente atontado.

Cuando Macros se dio la vuelta, Tomas estaba de pie con la espada desenvainada. Entonces, en un instante, el hechicero desapareció y en su lugar hubo una criatura de pesadilla dispuesta para el ataque. Solo se veía su silueta, algo más de dos metros de altura y fácilmente del doble de peso que Tomas, con grandes alas emplumadas extendidas. Al moverse, pudieron ver en su cabeza un leve indicio de cuernos y

grandes orejas puntiagudas. Una máscara de carbón sin rasgos contempló al valheru con ojos brillantes como rubíes. Completamente envuelto en una brumosa oscuridad, el ser solo tenía un fulgor rojizo que mostraba por los ojos y la boca, como si fuera algún tipo de fuego interior. Por lo demás era una criatura de sombras azabaches, cada detalle del rostro y el cuerpo solo una insinuación.

Tomas atacó con su espada, y la hoja atravesó a la criatura, aparentemente sin causar daño. Tomas se retiró mientras la criatura avanzaba.

—Patéticas cosas —llegó una voz susurrante, un eco distante atrapado en una brisa juguetona—. ¿Creíais que quien se os opone no preparó completamente vuestra destrucción?

Tomas se agazapó, con la espada dispuesta, contemplando a la cosa con los ojos entrecerrados bajo el yelmo dorado.

—¿Qué clase de criatura eres?

—¿Yo, guerrero? —dijo la voz susurrante—. Yo soy un hijo del vacío, hermano del aparecido y del espectro. Soy un amo de los horrores. —Con una rapidez espeluznante alargó las zarpas y agarró el escudo de Tomas, aplastándolo y arrancándoselo de un tirón. Tomas atacó con la espada en respuesta, pero el ser lo cogió por la muñeca. Tomas gritó de dolor—. Me han traído aquí para acabar con vuestra existencia —dijo la cosa de sombras. Luego, con facilidad, tiró y le arrancó el brazo a Tomas, que cayó al suelo con un chorro de sangre entre gritos de agonía—. Me decepcionas. Me avisaron de que erais temibles. Pero no sois nada.

El rostro de Tomas estaba lívido y empapado de sudor, sus ojos desorbitados por el dolor y el terror.

—¿Quién...? ¿Quién te avisó? —jadeó Tomas.

—Aquellos que conocen tu naturaleza, hombre cosa. —El horror estaba allí, sosteniendo el brazo y la espada de Tomas—. Incluso supieron que vendríais aquí en vez de buscar la verdadera prisión del hechicero.

—¿Dónde está? —jadeó Tomas al borde del desmayo.

—Habéis fracasado —dijo la cosa en un susurro maligno.

Evidentemente al borde del colapso, Tomas se obligó a mantenerse despierto, casi gruñendo al hablar.

—Entonces no lo sabes. A pesar de tus baladronadas no eres más que un lacayo. No sabes nada más que lo que el Enemigo te cuenta. Esclavo —escupió con desprecio.

El horror habló con un apagado aullido de risa.

—Mi posición es elevada. Sé donde está escondido el hechicero. Se encuentra donde deberíais haberlo esperado: en el sitio menos adecuado para ser una prisión, y por tanto el sitio más probable. Vive en el Jardín.

Súbitamente Tomas se puso en pie de un salto, sonriendo de oreja a oreja. La cosa titubeó, ya que el brazo que sostenía se desvaneció y reapareció en el cuerpo de

Tomas, mientras el escudo se enderezaba con un quejido metálico y atravesaba volando la habitación para descansar de nuevo en su brazo izquierdo. La cosa avanzó hacia Tomas, pero el guerrero de blanco lanzó un tajo con una rapidez cegadora y esta vez la espada golpeó furiosamente, entrando en contacto con una explosión, un chorro de chispas y un siseo. Brotó un humo acre y la criatura chilló de dolor.

—Parece que yo no soy el único propenso a la presunción arrogante —dijo Tomas mientras hacía retroceder a la cosa con la furia de sus golpes—. Y que tus Amos no son los únicos capaces de crear ilusiones. Cosa estúpida, ¿no recuerdas que fui yo junto a mis hermanos quienes os echamos a ti y a los tuyos de este universo? ¿Crees que yo, Tomas, llamado Ashen-Shugar, temo a los de tu estirpe? ¿Yo, que una vez vencí a los Señores de los Horrores?

La cosa retrocedía aterrorizada y enfurecida, sus gritos ecos distantes. Entonces, con un tintineo musical, unas gemas transparentes y brillantes aparecieron en el aire alrededor de la criatura. Tomas sonrió mientras Pug terminaba la jaula mística alrededor del ser negro como la noche. Pug se levantó de donde había estado fingiendo la inconsciencia y se acercó a la criatura, que intentaba sacar los brazos entre los barrotes cristalinos, pero retrocedía al instante nada más tocarlos. Chillaba y aullaba, su voz alienígena un extraño murmullo escandaloso.

—¿Qué es esta cosa? —preguntó Pug.

—Un amo de los horrores, un muerto viviente. Una cosa cuya naturaleza es ajena incluso para la esencia de nuestro ser. Viene de un extraño universo en los más lejanos confines del tiempo y el espacio, uno al que muy pocos seres pueden acceder y sobrevivir. Devora la misma esencia de la vida, igual que todos los de su especie cuando entran en este universo. Mata a la hierba con solo pisarla. Es una criatura de destrucción animada, cuyo poder solo es superado por los Señores de los Horrores, que son seres con los que incluso los valheru tenían que tener cuidado. Que trajeran esta cosa a la Ciudad Eterna indica que el Enemigo y Murmandamus tienen pocos escrúpulos acerca de la destrucción que puedan desencadenar. —Hizo una pausa, con gesto de preocupación en el rostro—. También me hace preguntarme qué más hay implicado con el Enemigo de lo que ya sabemos. —Miró a Pug—. ¿Qué tal estás?

Pug se desperezó.

—Creo que me he roto una costilla.

Tomas asintió.

—Ha sido una suerte que solo te hayas roto eso. Lo siento, pero pensaba que lo podría mantener ocupado.

Pug se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor.

—¿Qué hacemos con él? —dijo señalando a la criatura que aullaba en voz baja.

—Podríamos devolverlo a su propio universo, pero eso llevaría mucho tiempo. ¿Cuánto aguantará esa jaula?

—Normalmente siglos —dijo Pug—. Aquí quizás dure para siempre.

—Bien —dijo Tomas dirigiéndose hacia la puerta.

Un alarido de pánico brotó de la criatura aprisionada.

—¡No, amo! ¡No me dejes aquí! ¡Me consumiré durante eras antes de morir! ¡Será un dolor constante! ¡Ya siento hambre! ¡Libérame y te serviré, amo!

—¿Podemos fiamos de él? —dijo Pug.

—Por supuesto que no —dijo Tomas.

—Odio atormentar a cualquier cosa —dijo Pug.

—Siempre tuviste un lado bonachón —dijo Tomas corriendo escaleras abajo. Pug fue tras él, seguido por los alaridos y maldiciones.

—Esos seres son los más destructivos del universo —dijo Tomas—, anti-vida. Una vez sueltos los horrores comunes son bastante difíciles de contener; los Amos de los Horrores son imposibles de controlar. —Llegaron a la puerta y salieron—. ¿Te ves capaz de devolvemos a la superficie?

Pug se estiró lentamente, tanteando el costado dolorido.

—Me las apañaré.

Pronunció el conjuro y, sosteniendo la mano de Tomas, se elevó en el aire. De nuevo inmaterial, atravesaron el techo de la caverna. Con su partida, el único sonido que quedó en la caverna fueron los débiles gritos inhumanos que salían de la cima de la tone en la isla.

—¿Qué es el Jardín? —preguntó Pug.

—Es un sitio que forma parte de la ciudad pero está separado de ella —dijo Tomas. Cerró los ojos y al poco tiempo Ryath descendió del cielo. Montaron—. Ryath, el Jardín.

El dragón batió las alas y pronto volvieron a sobrevolar el extraño paisaje de la Ciudad Eterna. Más edificios alienígenas fueron pasando bajo ellos, dando indicios de su función pero sin revelarla. En la distancia, si es que la distancia podía medirse en este lugar imposible, Pug vio alzarse siete pilares. Al principio parecían ser negros, pero a medida que se fueron acercando, Pug pudo ver diminutos puntos de luz contenidos en su interior.

—Las Torres de las Estrellas —dijo Tomas al notar su interés.

Le envió una orden mental a Ryath y la dragona viró, acercándose a uno de los pilares, que estaban dispuestos en círculo alrededor de una inmensa plaza, fácilmente de millas de anchura.

Al pasar, Pug se asombró al descubrir que los pilares estaban compuestos de minúsculas estrellas, cometas y planetas, galaxias en miniatura que daban vueltas en los confines el pilar, encerradas en un vacío tan negro como el verdadero espacio. Tomas se rió ante el asombro de Pug.

—No, no sé lo que son. Nadie lo sabe. Puede que sea una obra de arte, o puede

que sea un instrumento para el conocimiento. —Hizo una pausa—. Puede que el verdadero universo esté contenido en esos pilares.

Cuando se alejaron, Pug siguió mirando hacia atrás, a las Torres de las Estrellas.

—¿Otro misterio de la Ciudad Eterna?

—Sí —dijo Tomas—, y ni siquiera es el más espectacular. Mira allí. —Señaló al horizonte, donde podía verse un resplandor rojo. A medida que avanzaban hacia él, se fue haciendo más nítida la imagen de un muro de llamas, rematado por un rielar en el aire que distorsionaba todo lo que podía verse al otro lado. Al cruzar sobre las llamas, oleadas de calor abrasador se alzaron para saludarlos.

—¿Qué era eso?

—Una muralla de llamas —dijo Tomas—. Recorre más o menos una milla en línea recta. No parece tener ningún propósito aparente, ninguna razón, ninguna utilidad. Simplemente está ahí.

Siguieron su vuelo hasta aproximarse a un terreno completamente libre de edificios de cualquier tipo. El dragón descendió hacia una zona verde. Mientras descendían de altitud, Pug pudo ver una forma circular oscura recortada contra el gris del espacio fractura, flotando cerca del límite de la ciudad.

—Es el sitio más raro de este sitio tan raro —dijo Tomas—. Si yo fuera tan listo como tú, habría pensado en el Jardín nada más llegar aquí. Es un sitio flotante con plantas. Suponiendo que hayan podido neutralizar los poderes de Macros, ese es el último sitio del que podría escapar. Hay muchos tesoros inesperados ocultos por toda la Ciudad Eterna. Aparte de oro y demás riquezas, hay maquinarias alienígenas de inmenso poder, potentes objetos arcanos, quizá medios para volver al espacio verdadero. Pero aunque en esta ciudad hubiera medios para volver a Midkemia, Macros no podría llegar hasta ellos.

Pug miró hacia abajo. Estarían a unos trescientos metros sobre la ciudad y descendiendo rápidamente. Más allá de los límites de la Ciudad Eterna podía verse el gris del espacio fractura. Al aproximarse a los límites del jardín, Pug pudo ver cascadas de agua que caían envueltas en bruma por varios puntos del borde. El jardín estaba rodeado de lo que Pug solo pudo considerar un foso. Pero en vez de agua fluyendo por él alrededor del jardín, no había literalmente nada: el vacío del espacio fractura.

Cruzaron volando los límites del jardín, y Pug pudo ver que de algún modo había un gran círculo de tierra flotando junto a la ciudad. Sobre este círculo de tierra se asentaba un jardín de vegetación exuberante que cubría cada palmo de la superficie. Estaba lleno de arroyuelos serpenteantes que se derramaban por el borde. Podían verse frutales de todo tipo.

—Pues sí que es el lugar menos adecuado —dijo Pug.

Tomas señaló un saliente de piedra.

—Ahí debería haber un puente. —Pug pudo ver enseguida que efectivamente, antes había habido un puente cruzando el foso. Había sido destrozado, dejando solo parte de los cimientos en el suelo. Cruzando el foso se encontraba el gemelo de aquellos cimientos—. Si este sitio existió alguna vez en un mundo real, entonces quien quiera que lo trajese olvido traer el río que rodeaba el jardín. Con los puentes destruidos no hay forma de salir de él.

Empezaron a buscar, volando justo por encima de las copas de los árboles. No solo había plantadas variedades que a Pug le resultaban conocidas de Midkemia, sino también muchas que conocía de Kelewan, junto con multitud de árboles de otros mundos, nunca vistos. Sobrevolaron un grupo de grandes plantas tubulares que emitieron una sobrenatural melodía aflautada, casi música, con el viento del aleteo del dragón. Pasaron por encima de unas flores color vino que explotaron, expulsando semillas para que fueran arrastradas por la brisa levantada por su paso. Y, como Tomas había predicho, los demás puentes del perímetro del jardín también habían sido demolidos.

Podían verse pequeños animalillos correteando bajo la vegetación, ocultándose del posible depredador que volaba sobre ellos. Entonces apareció otra forma en los cielos, dirigiéndose hacia ellos.

Algo atravesaba el cielo más rápido que el vuelo de una flecha directo hacia ellos. En el instante antes de que se acercara, Ryath bramó un aterrador grito de guerra. Fue respondido.

Un gigantesco dragón negro atacó, las garras extendidas, la cabeza estirada vomitando lenguas de fuego. Tomas erigió una barrera para impedir que Pug o él fueran heridos por las llamas.

Ryath respondió al ataque y ambas criaturas se trabaron en combate. Se enredaron con garras y colmillos sobre el jardín. Tomas atacó con su espada, pero no pudo alcanzar al otro dragón.

—Es una bestia muy antigua —dijo Tomas—. Su estirpe ya no existe en Midkemia. Hace eras que no vive allí ningún dragón negro mayor.

—¿De dónde ha salido? —gritó Pug, pero Tomas pareció no oír la pregunta.

Pug sentía el viento del aleteo del dragón negro, pero la magia de Tomas era suficiente para mantenerlos a ambos firmemente sentados. Solo tendrían dificultades si Ryath no ganaba el duelo, ya que aunque Pug pensaba tener cierta idea de cómo la bestia volaba entre los mundos, no deseaba verse obligado a poner en práctica esas teorías. Si Ryath caía, era posible que se quedaran atrapados allí.

Pero el dragón dorado era igual de poderoso que el negro, y Tomas castigaba a este cada vez que se acercaba lo suficiente para ser golpeado. Pug pronunció un encantamiento y lanzó su propio ataque. Energías crepitantes golpearon al dragón enemigo, y la bestia gritó de rabia y dolor, echando la cabeza atrás. Ryath aprovechó

el hueco en las defensas y mordió el cuello del negro, a la vez que desgarraba el menos protegido vientre con sus garras. Los colmillos del dragón dorado solo podían mellar las escamas del cuello, no romperlas, pero las garras le estaban haciendo un daño considerable en la panza. La batalla alejó a los dos poderosos dragones del corazón del Jardín, hasta que estuvieron cerca del foso.

Ahora el negro intentaba escapar, pero las mandíbulas de Ryath mantenían la presa. Pug y Tomas sintieron que el dorado flaqueaba y empezaba a ser arrastrado hacia abajo. Y de repente volvían a ascender. El negro se había colapsado, cesando su vuelo. El repentino peso añadido había empujado a Ryath hacia abajo, pero se había soltado a tiempo de impedir que todos fueran arrastrados.

Pug observó cómo el negro caía junto al borde del Jardín, desapareciendo en el foso que lo separaba de la ciudad. Ante sus ojos, el dragón negro siguió cayendo, bajo la ciudad, hasta que no fue más que un punto negro contra el gris, y finalmente desapareció de la vista. Pug oyó hablar a Tomas.

—Has luchado bien, Ryath. Nunca he montado un dragón tan fuerte, ni siquiera el poderoso Shuruga.

Pug sintió el orgullo que irradiaba la dragona al hablar mentalmente.

—*Hablaste con justicia, Tomas, y agradezco tus palabras. Pero ese era un macho anciano, menos poderoso que yo, así que fue menos desafío de lo que aparentó. Si Pug y tú no hubierais estado a mis espaldas, habría sido menos cautelosa. Aun así, tu ayuda y la de Pug han sido importantes.*

Volaron en círculos sobre la isla, continuando con su búsqueda. Era un sitio grande, y el follaje era denso, pero al fin, Pug señaló.

—¡Tomas!

Tomas siguió las indicaciones de su amigo y allí, en el centro del claro, había una figura dando saltos y moviendo los brazos sobre su cabeza. Le devolvieron los gestos mientras Tomas ordenaba aterrizar a la dragona. La figura retrocedió, tapándose los ojos para protegerse del viento que provocaban las enormes alas. Era Macros. Seguía haciéndoles señales mientras ellos aterrizaban.

Su rostro registró resignación cuando el dragón tocó el suelo. Hubo un momento raro, extrañamente silencioso, y pudieron oírlo suspirar.

—Ojalá no hubierais hecho eso —dijo.

El universo se derrumbó y cayó sobre ellos.

Pareció que el suelo había caído bajo ellos. Pug se tambaleó un momento, luego se incorporó y vio a Tomas haciendo lo mismo. Macros se apoyó en su bastón, miró a su alrededor y se sentó en una roca. La sensación de caída se fue atenuando, y cesó. Pero el cielo sobre ellos había cambiado, y el gris del espacio fractura había sido sustituido por un deslumbrante espectáculo de estrellas en un vacío negro.

—Deberías hacer algo acerca del aire que hay sobre esta isla, Pug —dijo Macros—.

En un momento no lo tendremos.

Pug no vaciló, y empezó rápidamente a entonar un conjuro, con los ojos cerrados. Los demás vieron cómo sobre ellos aparecía una cúpula levemente brillante. Pug abrió los ojos de nuevo.

—Bueno, no podíais haberlo sabido —dijo Macros. Sus ojos se entrecerraron y su voz subió en tono enfadado—. ¡Pero deberíais haber sido lo bastante inteligentes para anticipar esta trampa!

Pug y Tomas sintieron de repente la misma culpa que cuando eran pequeños, y el padre de Tomas los regañaba por alguna trastada en la cocina. Pug se sacudió el sentimiento y habló.

—Al verte saludándonos pensamos que todo iba bien.

Macros cerró los ojos y apoyó la cabeza en el bastón por unos instantes, y emitió un hondo suspiro.

—Uno de los problemas de mi edad es que miras a todos los que son más jóvenes que tú como si fueran niños, y cuando todo el mundo es más joven que tú, eso quiere decir que vives en un mundo de niños. Así que se tiende a regañar más de lo debido. —Sacudió la cabeza—. Lamento haber perdido los nervios con vosotros. Estaba intentando avisaros. Si hubieras pensado en utilizar una de las habilidades que aprendiste de los eldar, podríamos haber hablado a pesar del ruido del dragón. Entonces Tomas podría haberme hecho levitar hasta el dragón, y no estaríamos metidos en este lío. —Pug y Tomas volvieron a intercambiar miradas de culpabilidad—. Pero ya no hay nada que hacer, y las recriminaciones no sirven de nada. Por lo menos habéis llegado a vuestra hora.

Tomas entrecerró los ojos.

—¿A nuestra hora? ¿Sabías que veníamos?

—El mensaje que dejaste para Kulgan y para mí decía que ya no podías ver el futuro.

Macros sonrió.

—Mentí.

Pug y Tomas se quedaron mudos de asombro. Macros se levantó y empezó andar arriba y abajo.

—La verdad es que cuando os escribí mi última carta podía ver el futuro, pero ahora es verdad que ya no puedo. Perdí la capacidad de saber lo que va a suceder cuando me arrancaron mis poderes.

—¿Has perdido tus poderes? —dijo Pug, comprendiendo al instante la enorme pérdida que eso significaría para Macros. Por encima de todos los demás, Macros era el maestro de la artes mágicas, y Pug solo podía imaginar lo que se sentiría al verse bruscamente desprovisto de todo lo que daba sentido a tu ser, tu existencia tu naturaleza. Un mago sin magia era un pájaro sin alas. Pug miró a Macros a los ojos

por un instante, y ambos supieron que había un vínculo de comprensión.

—Los que me pusieron aquí no pudieron destruirme —dijo Macros en un tono más ligero—; sigo siendo un hueso duro de roer. Pero podían neutralizarme. Ahora no tengo poderes. —Se señaló la cabeza—. Pero tengo mis conocimientos y vosotros tenéis el poder. Yo puedo guiaros como nadie más en el universo, Pug. —Respiró hondo—. Puedo evaluar la situación basándome en una información superior a la que vosotros poseéis. Sé más de aquello a lo que nos enfrentamos que nadie en el universo, salvo los dioses. Puedo ayudar.

—¿Cómo has llegado hasta este lugar? —preguntó Pug.

Macros les indicó con un gesto que se sentaran, y lo hicieron.

—Hija de Rhuagh —dijo el mago dirigiéndose a Ryath—, en esta isla de plantas hay caza, aunque poca. Si eres inteligente no pasarás hambre.

—Cazaré —dijo el dragón.

—Ten cuidado con el límite de la concha protectora que he establecido alrededor del jardín —la avisó Pug.

—Lo tendré —respondió el dragón, y emprendió el vuelo.

Macros miró a la pareja.

—Cuando tú y yo cerramos la fractura, Pug, tú canalizaste unas energías devastadoras para que yo las utilizara. Como efecto secundario de aquel asunto, de repente me convertí en un faro en la oscuridad para aquello que intentaba perforar la barrera entre mundos.

—El Enemigo —dijo Pug.

Macros asintió.

—Me atrapó y se produjo una batalla. Por suerte, a pesar de lo poderoso que es aquello a lo que nos enfrentamos, yo no carezco... carecía de poderes.

—Recuerdo haberte visto, en la visión que tuve en la torre de las pruebas, desviando la fractura descontrolada que amenazaba con devolver al Enemigo a aquel universo —dijo Pug.

Macros se encogió de hombros.

—Si vives lo suficiente aprenderás algunas cosas. Y puede que yo sea inmortal. —Eso último lo dijo con una nota de lamentación—. En cualquier craso, combatimos algún tiempo. No sé exactamente cuánto, ya que sin duda habréis notado que el tiempo significa poco entre los mundos. Pero al fin me vi obligado a defenderme aquí, en el jardín, con mis poderes limitados. No pude llegar a la ciudad, donde tengo medios para aumentar algunos de mis poderes con ingeniosos aparatos. Así que combatimos hasta el punto muerto, hasta que me arrancó mis poderes y dispuso la trampa. Luego el Enemigo destruyó los puentes y se fue. Así que me vi obligado a esperar hasta que llegasteis.

—¿Y por qué no dijiste nada en tu último mensaje? —preguntó Pug—. Podríamos

haber venido antes.

—No podía permitir que vinierais detrás de mí antes de que fuera el momento. Tomas, tú necesitabas encontrarte a ti mismo, y tú, Pug, necesitabas el entrenamiento que solo los eldar podían darte. Y yo he aprovechado el tiempo. Me he repuesto de algunas heridas e incluso me he aficionado a tallar la madera —señaló el bastón—, aunque no recomiendo usar piedras como herramientas. No, cada cosa debía avanzar a su ritmo. Ahora ya sois armas adecuadas para la batalla que se avecina. —Miro a su alrededor—. Eso si logramos escapar de esta trampa.

Pug contempló la concha resplandeciente sobre sus cabezas. Aunque podían ver las estrellas, había algo raro en su apariencia, como si parpadearan con un ritmo extraño.

—¿Con qué clase de trampa nos hemos encontrado?

—Con una de las más inteligentes —dijo Macros—. Una trampa temporal. Se activó en el mismo momento en que pusisteis pie en el jardín. Los que la pusieron nos están enviando atrás en el tiempo, a la tasa de un día de retroceso por cada día de verdad que pasa. Ahora mismo estáis sentados a lomos del dragón, buscándome, creo. En unos cinco minutos estaréis combatiendo contra el dragón negro. Y así con todo.

—¿Qué tenemos que hacer? —dijo Tomas.

Macros parecía divertido.

—¿Hacer? Ahora mismo estamos aislados e impotentes, ya que nuestros oponentes saben que no los derrotamos en el pasado, porque la naturaleza impide tales paradojas. Así que nuestra única esperanza es liberarnos de algún modo y volver a nuestro tiempo... antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y eso cómo lo hacemos? —preguntó Pug.

Macros se sentó de nuevo en la roca y se frotó la barba.

—Ese es el problema. No lo sé, Pug. La verdad es que no lo sé.

Mensajeros

Arutha oteaba el horizonte.

Compañías de jinetes galopaban hacia la puerta, mientras tras ellos el cielo estaba empañado de polvo. El ejército de Murmandamus marchaba sobre Armengar. Los últimos que venían de los kraals y caseríos llegaban a las puertas con sus rebaños de vacas y ovejas y carros cargados de cereal, todos avanzando pesadamente al interior de la ciudad. Con el descenso de población en el transcurso de los años había alojamiento para todo el mundo, incluso espacio para el ganado.

Durante tres días Guy, Amos, Armand de Seigny y los demás comandantes habían estado encabezando partidas de hostigamiento para ralentizar el avance de las columnas mientras los llamados a Armengar llegaban a la ciudad. Arutha y los demás habían salido con ellos alguna que otra vez, prestando la ayuda que podían.

Junto a Arutha, Baru y Roald observaban cómo la última compañía de jinetes se retiraba antes de que la hueste de Murmandamus emergiera de la polvareda con estruendo.

—El Protector —dijo Baru.

—El Tuerto va muy justo esta vez —dijo Roald.

Los jinetes eran seguidos de cerca por trasgos a pie y caballería *moredhel*. Los elfos oscuros dejaron enseguida rezagados a sus aliados trasgos en la persecución de la compañía de Guy. Pero justo cuando alcanzaban a los jinetes más rezagados, los arqueros de otra compañía se dieron la vuelta y empezaron a disparar por encima de los hombres de Guy, haciendo caer una lluvia de flechas sobre los *moredhel*. Estos rompieron la persecución y se batieron en retirada, y ambas compañías *armengarianas* corrieron hacia la puerta.

—Martin estaba con ellos —dijo Arutha en voz baja.

Jimmy y Locklear llegaron a toda prisa, seguidos a poca distancia por Amos.

—De Seigny dice que si alguien va a salir para Yabon, tiene que ser esta noche —dijo el antiguo capitán de barco—. Después de eso todas las patrullas que hay en las colinas se retirarán a los reductos sobre la cima de los acantilados. Para el mediodía

de mañana en esas colinas solo habrá hermanos oscuros y trasgos.

Arutha por fin había accedido al plan de Baru de llevar los mensajes al sur.

—Muy bien, pero quiero tener unas palabras con Guy antes de que mandemos a nadie.

—Si conozco al Tuerto —dijo Amos—, y lo conozco, estará aquí al lado apenas se cierren las puertas.

Cumpliendo la predicción de Amos, tan pronto como los últimos rezagados hubieron atravesado las puertas y estuvieron a salvo, Guy subió a las murallas para estudiar el ejército que se acercaba.

Hizo una señal y el puente que atravesaba el foso se retrajo, desapareciendo lentamente en los cimientos de la muralla.

—Me preguntaba cómo se ocuparían de eso —dijo Roald mirando hacia abajo.

Guy señaló el foso, ahora ininterrumpido.

—Un puente levadizo puede bajarse desde el exterior. Este tiene un mecanismo debajo de la barbacana que solo puede manejarse desde aquí. —Guy se volvió hacia Arutha—. Hemos calculado mal. Pensé que nos enfrentaríamos a unos veinticinco mil, o quizá treinta.

—¿Cuántos crees que hay? —preguntó Arutha.

Martin y Briana venían subiendo las escaleras.

—Más cerca de cincuenta.

Arutha miró a su hermano Martin.

—Sí —dijo este—, nunca he visto tantos trasgos y moredhel, Arutha. Salen de entre las colinas y los bosques como una riada. Y eso no es todo. Trolls de las montañas, compañías enteras. Y gigantes.

Locklear abrió los ojos de par en par.

—¡Gigantes! —Miró de mala manera a Jimmy cuando el muchacho mayor le dio un codazo para que se callara.

—¿Cuántos? —preguntó Amos.

—Parece que varios centenares —dijo Guy—. Levantan uno o dos metros más que los demás. En cualquier caso, si están repartidos regularmente, hay varios millares que se han unido a la bandera de Murmandamus. Incluso en este momento el grueso de su ejército sigue acampado al norte del valle de Isbandia, al menos a una semana de camino. Lo que viene hacia nosotros solo es el primer elemento. Para esta noche habrá diez mil acampados al otro lado de nuestras murallas. En diez días habrá cinco veces esa cantidad.

Arutha miró el panorama en silencio durante unos minutos.

—Y lo que quieres decir es que no podrás resistir hasta que lleguen los refuerzos de Yabon —dijo.

—Si este ejército fuera normal, diría que podemos —respondió Guy—. Pero la

experiencia pasada nos dice que Murmandamus se sacará trucos de la manga. Según mis estimaciones, solo dispone de cuatro semanas para arrasar la ciudad, o de lo contrario no tendrá tiempo suficiente para cruzar las montañas. Tiene que inundar una docena de pasos menores con soldados, reagrupar su ejército al otro lado y avanzar derecho al sur hacia Tyr-Sog. No puede avanzar al oeste en dirección a Indindel porque le costaría demasiado llegar a la ciudad y neutralizar la guarnición antes de que llegaran refuerzos de la ciudad de Yabon y Loriel. Necesita tomar posiciones en el Reino rápidamente, para prepararse para una campaña de primavera. Si se retrasa aquí aunque sea una semana más, se arriesga a verse atrapado en las montañas con las primeras nieves. Ahora su mayor enemigo es el tiempo.

—¡Los enanos! —dijo Martin. Arutha y Guy miraron al Duque de Crydee—. Dolgan y Harthom están celebrando una asamblea en Montaña de Piedra con toda su gente. Tiene que haber allí unos dos mil o tres mil enanos.

—Dos mil guerreros enanos podrían romper el equilibrio hasta que la infantería pesada de Vandros cruzara las montañas desde Yabon —dijo Guy—. Aunque solo podamos contener a Murmandamus dos semanas más, creo que tendría que abortar su campaña. De lo contrario se iba a encontrar con un ejército atrapado en las colinas de Yabon en pleno invierno.

Baru miró de Arutha a Guy.

—Partiremos una hora después de la puesta de sol.

—Yo iré con Baru y viajaré hasta Montaña de Piedra —dijo Martin—. Dolgan me conoce. No tengo dudas de que odiaría perderse esta pelea —añadió con una sonrisa irónica—. De allí iré a Yabon.

—¿Puedes llegar a Montaña de piedra en dos semanas? —preguntó Guy.

—Es difícil, pero posible —respondió el hadati—. Un grupo pequeño, avanzando rápidamente... sí, es posible. —Nadie tuvo que añadir «a duras penas». Todos sabían que eso significaba unas treinta millas al día.

—A mí me gustaría intentarlo también, por si acaso —dijo Roald. Nadie lo dijo, pero todo el mundo supo que era por si Martin o Baru no sobrevivían.

Arutha había accedido a dejar que Martin fuera con Baru, ya que el duque de Crydee solo era un poco menos hábil que el hadati viajando por las colinas, pero el príncipe no sabía de Roald. Iba a negarse cuando intervino Laurie.

—Mejor que yo también vaya. Vandros y sus oficiales me conocen, y si se perdieran los mensajes haría falta convencerlos. Recuerda que todos piensan que estás muerto. —Arutha puso mala cara—. Todos fuimos a Moraelin y volvimos, Arutha. Sabemos lo que es viajar por las montañas.

—No estoy seguro de que sea una buena idea —dijo el príncipe al fin—, pero no tengo ninguna mejor. —Miró al ejército que se aproximaba—. No sé exactamente cuánto creo en la profecía, pero si yo soy la perdición de la oscuridad, entonces tengo

que quedarme y enfrentarme a Murmandamus. —Jimmy y Locklear intercambiaron miradas, pero Arutha les impidió que se presentaran voluntarios—. Vosotros dos os quedáis. Puede que unos días este no sea el lugar más saludable, pero es condenadamente mejor que ir dando tumbos por las montañas entre el ejército de Murmandamus y por la noche.

—Me aseguraré de que tengáis algo de cobertura por un tiempo —le dijo Guy a Martin—. Hasta el amanecer habrá bastante actividad en los barrancos que hay detrás de la ciudad para cubrir vuestra huida. Nuestros reductos en las elevaciones siguen controlando una buena porción de las colinas que hay tras Armengar. Los criminales de Murmandamus no habrán llegado en pleno hasta dentro de unos días. Esperemos que supongan que todo el mundo va en dirección a la ciudad y no se molesten demasiado en buscar gente que vaya en dirección contraria.

—Partiremos a pie —dijo Martin—. Una vez que nos libremos de las patrullas, nos apropiaremos de algunos caballos. —Le sonrió a Arutha—. Lo lograremos.

Arutha miró a su hermano y asintió. Martin cogió a Briana del brazo y se fue. Arutha sabía cuánto había llegado a significar la mujer para Martin, y se dio cuenta de que su hermano querría pasar sus últimas horas en Armengar con ella. Sin pensar, Arutha apoyó la mano en el hombro de Jimmy. Este miró al príncipe y luego siguió la mirada de Arutha hasta la llanura que había ante la ciudad, donde se aproximaba un ejército entre nubes de polvo.

Martin abrazaba fuertemente a Briana. Se habían retirado a las habitaciones de ella a pasar la tarde. Briana había dejado a su segundo al mando con el encargo de que solo la molestaran en caso de extrema necesidad. Al principio habían hecho el amor frenéticamente, luego con dulzura. Al final, se habían quedado abrazados, esperando mientras pasaban los momentos.

—Tendré que irme pronto —dijo Martin al fin—. Los demás ya se estarán reuniendo en la puerta del túnel que da a las colinas.

—Martin —susurró ella.

—¿Qué?

—Solo quería pronunciar tu nombre. —Estudió el rostro de él—. Martin.

Él la besó y sintió el sabor salado de las lágrimas sobre sus labios. Ella le abrazó con fuerza.

—Háblame del mañana.

—¿El mañana? —Martin sintió una repentina e inesperada confusión. Se había esforzado para hacer honor a la petición de ella de no hablar del futuro. Su naturaleza, templada por los elfos, le ofrecía paciencia, pero sus sentimientos hacia ella le exigían un compromiso. Había dejado de lado el conflicto resultante de esta contradicción y había vivido el presente—. Dijiste que no debíamos pensar en el mañana.

Ella negó con la cabeza.

—Lo sé, pero ahora quiero. —Cerró los ojos y habló en voz baja—. Una vez te dije que soy comandante, y que por ello tengo acceso a informaciones que ignora la mayoría de la gente de la ciudad. Lo que sé es que lo más probable es que no podamos defender la ciudad y tengamos que huir a las colinas. —Se calló por unos instantes—. Compréndelo, Martin, no conocemos otra cosa que Armengar. La posibilidad de vivir en otra parte nunca se nos había ocurrido hasta que llegó el Protector. Ahora tengo una débil esperanza. Háblame de mañana, y de pasado, y del siguiente. Háblame de todos los mañanas. Dime cómo será.

Él se sumergió entre las mantas, acunando dulcemente la cabeza de ella en su pecho, sintiendo un calor de amor y ansiedad creciendo en su interior.

—Cruzaré las montañas, Bri. Nadie puede pararme. Traeré a Dolgan y a su gente. Ese viejo enano se tomaría como algo personal que no lo invitaran a la batalla. Contendremos a Murmandamus y arruinaremos su campaña por segundo año consecutivo. Su ejército lo abandonará y lo cazaremos como el animal rabioso que es y lo destruiremos. Vandros enviará su ejército desde Yabon para reforzar el vuestro y estaréis a salvo. Tendréis tiempo para que los niños sean niños.

—¿Y qué será de nosotros?

—Tú dejarás Armengar y vendrás a Crydee —dijo él, ignorando las lágrimas que corrían por sus mejillas—. Vivirás allí conmigo y seremos felices.

Ella lloró.

—Quiero creerlo.

Él la apartó suavemente y la cogió de la barbilla.

—Cree, Bri —dijo besándola. Su voz estaba ronca de la emoción. Nunca en su vida había pensado que podía sentir esta agridulce felicidad, ya que descubrir que su amor era correspondido era una alegría que quedaba empañada por la sombra de la locura y la destrucción que se avecinaban.

Ella le miró a la cara y luego cerró los ojos.

—Quiero recordarte así. Vete, Martin. No digas nada.

Martin se levantó y se vistió rápidamente. Se limpió las lágrimas en silencio, interiorizando sus sentimientos a la manera élfica mientras se preparaba para enfrentarse a los peligros del camino. Tras una larga última mirada a ella, salió de sus habitaciones. Cuando ella oyó la puerta cerrarse, hundió la cabeza entre las sábanas y siguió llorando en voz baja.

La patrulla avanzaba hacia un cañón. Había salido como para hacer un barrido final de la zona antes de retirarse detrás de los reductos elevados que protegían las alturas sobre la ciudad. Martin y sus tres compañeros estaban agazapados al abrigo de una gran formación rocosa, esperando. Habían salido de la ciudad por el pasadizo secreto

desde el castillo que atravesaba la montaña que había detrás de Armengar. Al llegar a una posición a lo largo de la ruta de la patrulla, se escondieron en una estrecha hondonada a poca distancia del cañón. Blutark estaba tumbado en silencio, con la mano de Baru sobre la cabeza. El hadati había descubierto el motivo de la indiferencia de los armengarianos ante el hecho de que él se hubiera quedado con el perro. Era la primera vez en el recuerdo de los armengarianos que un sabueso cazabestias había sobrevivido a su amo, y como el perro parecía aceptar a Baru como amo, nadie tuvo nada que objetar.

—Esperad —dijo Martin.

Largos momentos trascurrieron lentamente, y entonces se pudieron oír suaves pisadas saliendo de la oscuridad. Un pelotón de trasgos pasó a su lado a paso rápido, avanzando sin luz y haciendo poco ruido, siguiendo la ruta de la patrulla. Martin esperó hasta que hubieron desaparecido por la grieta, entonces hizo una señal.

Al momento Baru y Blutark se pusieron en pie y atravesaron la hondonada. El hadati saltó al borde de la pequeña depresión y estiró los brazos al saltar Blutark. El enorme sabueso cazabestias logró subir con la ayuda del montañés. Laurie y Roald saltaron también, seguidos un momento después por Martin. Luego Baru los condujo por la cornisa desnuda. Durante unos momentos terriblemente largos estuvieron corriendo agazapados, expuestos a la vista de cualquiera que mirara en su dirección, hasta que pudieron bajar a una pequeña grieta.

Baru miró en una dirección y luego en otra mientras sus compañeros aterrizaban junto a él. Con una ligera inclinación de cabeza los condujo hacia el oeste y Montaña de Piedra.

Avanzaron durante tres días, acampando al amanecer y sin hacer fuego, escondiéndose en alguna cueva u hondonada hasta el anochecer, cuando volvían a emprender la marcha. Conocer el camino ayudaba, ya que evitaron muchos falsos caminos y otros senderos que les habrían alejado de la verdadera ruta. A todo su alrededor había pruebas de que el ejército de Murmandamus estaba barriendo las colinas para asegurarse de que estaban limpias de armengarianos. En cinco ocasiones en tres días habían tenido que ocultarse cuando una patrulla montada o a pie había pasado junto a ellos. Y en cada una de las ocasiones el quedarse ocultos e inmóviles en vez de huir hacia Armengar les había salvado. Arutha había tenido razón. Las patrullas buscaban rezagados que se dirigieran a la ciudad, no mensajeros que fueran en la otra dirección. Martin estaba seguro de que no siempre iba a ser así.

Al día siguiente los miedos de Martin tomaron cuerpo, al dar con un estrecho paso, imposible de rodear y guardado por una compañía de moredhel. Media docena de moredhel de algún clan de las colmas estaban sentados alrededor de una hoguera, y dos más estaban apostados de guardia junto a sus caballos. Baru había evitado por

los pelos que lo vieran, gracias al aviso de Blutark. El hadati estaba apoyado contra una roca, con ocho dedos levantados. Indicó por gestos que había dos de pie sobre unas rocas, e hizo mímica de otear. Luego levantó seis dedos y se agachó, fingiendo comer. Martin asintió. Indicó por señas rodear la posición. Baru negó con la cabeza.

Martin descolgó su arco del hombro. Sacó dos flechas, se puso una entre los dientes y cargó la otra en el arco. Levantó dos dedos y se señaló a sí mismo, luego señaló a los demás y asintió. Baru levantó seis dedos e indicó que lo había entendido.

Martin salió a la vista tranquilamente y disparó su primera flecha. Uno de los elfos oscuros salió volando de su oteadero de piedra, mientras que el otro bajó de un salto. Cuando aterrizó tenía una flecha en el pecho.

Baru y los demás ya habían pasado junto a Martin con las armas desenvainadas. La hoja de Baru silbó atravesando el aire cuando descargó un tajo que mató a otro moredhel antes de que pudiera acercarse. Blutark derribó a otro. Roald y Laurie se enzarzaron con otros dos, mientras Martin soltaba el arco y desenvainaba la espada.

El combate fue furioso, ya que los moredhel se recuperaron pronto de la sorpresa. Pero cuando Martin se trababa con uno de ellos, se pudo oír el sonido de cascos de caballos. Un moredhel se había quedado sin oponente y había elegido saltar a la silla. Espoleó a su caballo y pasó junto a los atacantes antes de que pudieran detenerle. En poco tiempo, Martin y sus compañeros despacharon al resto de los moredhel y el campamento quedó en silencio.

—¡Maldición! —dijo Martin.

—No se ha podido hacer nada —dijo Baru.

—Si me hubiera quedado con el arco lo podría haber derribado. Fui impaciente. —Lo dijo como si fuera el peor error posible—. Bueno, ya no hay nada que hacer, como diría Amos. Tenemos sus caballos, usémoslos. No sé si habrá más campamentos por el camino, pero ahora vamos a necesitar velocidad, no sigilo. Ese moredhel volverá pronto coa amigos.

—Su clase de amigos —dijo Laurie mientras montaba.

Roald y Baru también montaron rápidamente, y Martin cortó las cinchas de los tres caballos restantes.

—Que se queden los caballos, pero tendrán que montarlos a pelo.

Los otros no dijeron nada, pero este acto de vandalismo infantil mostraba claramente lo enfadado que estaba Martin consigo mismo por la huida del moredhel, el duque de Crydee hizo una señal y Baru ordenó a Blutark que fuera delante. El perro empezó a correr por el sendero, y los jinetes lo siguieron enseguida.

El gigante volvió la cabeza cuando la flecha de Martin se le clavó entre los hombros. La criatura de tres metros de alto retrocedió tambaleándose cuando otra flecha la alcanzó en el cuello. Sus dos compañeros avanzaron lenta y pesadamente hacia

Martin mientras este disparaba una tercera flecha contra el gigante, que cayó.

Baru había ordenado a Blutark que se apartara, ya que los enormes humanoides empuñaban espadas del tamaño de un espadón humano, que fácilmente podían cortar al perro en dos de un solo golpe. A pesar de su andar arrastrando los pies, las peludas criaturas eran capaces de atacar con suficiente velocidad para ser muy peligrosos. Baru se agachó para esquivar una espada, que pasó sobre su cabeza, y luego atacó con la suya mientras se apartaba de su gran oponente. Desjarretó a la criatura de un solo golpe y la hizo caer. Roald y Laurie habían obligado al tercer gigante a ponerse a la defensiva, y lo hicieron retroceder hasta que Martin pudo matarlo con el arco.

Cuando los tres estuvieron muertos, Laurie y Roald fueron a por los caballos. Blutark olfateó los cadáveres con un grave gruñido. Los gigantes tenían forma más o menos humana, pero median de media entre tres y cuatro metros. Eran proporcionalmente más corpulentos que un humano, y todos tenían pelo negro y barba.

—Los gigantes suelen mantenerse alejados de los hombres —dijo el hadati—. ¿Qué poder creéis que tendrá Murmandamus sobre ellos?

Martin movió la cabeza.

—No lo sé. He oído hablar de ellos, y hay algunos en las montañas cercanas a las Ciudades Libres, pero los montaraces nataleses también dicen que suelen evitar el contacto con las demás razas y no suelen causar problemas. Quizá sencillamente es que no son más inmunes a las tentaciones de la riqueza y el poder que las demás criaturas.

—Las leyendas dicen que una vez fueron hombres como nosotros, pero que algo los cambió —comentó Baru.

—Encuentro eso difícil de creer —dijo Roald mientras montaban.

Martin indicó que debían continuar la marcha, y emprendieron el camino, habiendo superado el segundo encontronazo con las patrullas de Murmandamus.

El gruñido de Blutark indicaba que había algo más adelante en el sendero. Estaban llegando al punto sobre la Grieta de Indindel en el que saldrían de la comisa y descenderían hacia Yabon. Durante tres días habían recorrido el camino tan rápido como habían podido. Estaban molidos hasta los huesos, se quedaban dormidos en la silla, pero seguían. Los caballos estaban perdiendo peso, porque hacía dos días que se les había acabado el grano que llevaban los moredhel, y no había dónde forrajear. Tendrían que dejar pastar a los animales en cuanto llegaran a algún pastizal, pero Martin sabía que con lo que se les había exigido, necesitarían algo más que hierba para completar el viaje. Aun así, daba gracias por los caballos, ya que tres días cabalgando habían hecho que sus posibilidades pasaran de desesperadas a medianas. Dos días más a caballo y, aunque murieran los caballos, era seguro que llegarían a

tiempo a Montaña de Piedra.

Baru hizo un gesto para que los demás mantuvieran las posiciones. Avanzó lentamente por el estrecho sendero, desapareciendo tras un recodo. Martin permaneció inmóvil, con el arco preparado, mientras Laurie y Roald aguantaban las monturas.

Baru reapareció y les indicó que retrocedieran por el sendero.

—Trolls —susurró.

—¿Cuántos? —preguntó Laurie.

—Una docena entera.

Martin maldijo.

—¿Podemos rodearlos?

—Puede que si abandonamos los caballos y avanzamos por las cornisas haya un camino, pero no lo sé.

—¿Intentamos sorprenderlos? —preguntó Roald, sabiendo cuál sería la respuesta.

—Demasiados —dijo Martin—. ¿Tres contra uno en un estrecho sendero de montaña? ¿Trolls de las montañas? Incluso sin armas te pueden arrancar el brazo de un mordisco. No, mejor que intentemos rodearlos. Coged lo que necesitéis de los caballos y dejadlos sueltos. —Martin maldijo en silencio el cambio de suerte. Dejar ahora los caballos reducía enormemente sus posibilidades de llegar a tiempo hasta los enanos.

Cogieron el equipo necesario y Laurie y Roald se llevaron las monturas, mientras Baru y Martin montaban guardia por si a los trolls se le ocurría subir por el camino. De repente Laurie y Roald volvieron corriendo.

—Hermanos oscuros —dijo Roald.

—¿Muy cerca?

—Demasiado cerca como para quedarse aquí hablando del tema —dijo Roald mientras empezaba a trepar por las cornisas que había a lo largo del camino. Subieron a duras penas por las rocas, en dirección a la ladera descendente de la cresta. El perro logró seguirles el ritmo. Mantenían las comisuras entre ellos y el sendero, con la esperanza de sobrepasar a los trolls.

Llegaron a un punto del sendero donde este hacía una curva cerrada. Baru la recorrió con la mirada. Hizo un gesto y avanzaron un poco más ladera abajo, bajando luego al sendero. De repente oyeron gritos en la distancia.

—Los moredhel han llegado junto a los trolls y lo más probable es que tengan nuestras monturas. Hizo una señal y empezaron a correr sendero abajo.

Corrieron hasta que les dolieron los pulmones, pero tras ellos pudieron oír el ruido de los jinetes. Martin rodeó una alta pila de rocas.

—¡Aquí! —los demás se detuvieron—. ¿Podéis subir aquí arriba y empujar estas rocas ahí abajo?

Baru saltó y se encaramó por el lado del sendero hasta quedar agachado detrás del precario apilamiento. Hizo un gesto a Laurie y Roald para que se unieran a él.

Los jinetes aparecieron a la vista y el primero espolé a su caballo al ver a Martin y el perro; los demás jinetes aparecieron un instante después. El duque de Crydee apuntó tranquilamente al que iba en cabeza. Martin disparó cuando el jinete alcanzaba la parte más estrecha del sendero, y una flecha de cabeza ancha alcanzó al caballo en el pecho. El animal cayó como si le hubieran dado un hachazo en las patas y el jinete moredhel salió volteado sobre el cuello del animal, golpeando el suelo con un impacto que le rompió la espalda. El segundo caballo tropezó con el caído y derribó a otro jinete. Martin se encargó de matar a ese jinete con una flecha, detrás reinaba la confusión al enfrentarse los caballos a una barricada de animales y jinetes muertos. Otros dos caballos parecían haberse herido, pero Martin no podía estar seguro. En ese momento Baru gritó. Al momento, Blutark corrió sendero abajo.

Martin corrió tras el perro mientras el sonido de las rocas soltándose llenaba el aire. Con una liberación casi explosiva el desprendimiento cayó como un torrente. Martin pudo oír a sus compañeros jurando y chillando mientras una lluvia de pequeñas rocas botaba sendero abajo junto a él.

Martin se detuvo a observar la caída de rocas. El polvo llenaba el aire, dificultándole la visión. Luego, cuando el polvo empezó a asentarse, pudo oír a Laurie gritando su nombre. Corrió de vuelta y empezó a subir la pila de rocas desprendidas. En la cima unas manos lo agarraron, y vio a Laurie a través de ojos lagrimosos.

—Roald —dijo Laurie señalando.

El mercenario había perdido el equilibrio y se había resbalado por la ladera hasta el lado equivocado de las rocas que bloqueaban el camino. Estaba sentado con la espalda apoyada en las rocas, mirando hacia donde los moredhel y los trolls se estaban reagrupando.

—Te cubriremos —dijo Martin.

Roald se volvió y le gritó, con una sonrisa lúgubre.

—No puedo. Me he roto las piernas. —Señaló las piernas, que tenía extendidas ante sí, y Martin y Laurie pudieron ver que empezaba a formarse un charco de sangre. Se podía ver el hueso a través de una de las perneras del pantalón. Estaba sentado con la espada en el regazo y las dagas listas para lanzarlas—. Seguid. Yo los contendré unos minutos. Idos.

Baru se acercó a Laurie y Martin.

—Tenemos que irnos —dijo el hadati.

—¡No te dejaremos! —dijo Laurie.

Roald gritó, pero tenía los ojos fijos en el sendero, donde podían verse vagas siluetas moviéndose entre el polvo.

—Siempre he querido morir como un héroe. No me lo estropees, Laurie. Haz una

canción. Haz una buena. ¡Ahora salid de aquí!

Baru y Martin tuvieron que llevarse a Laurie de las rocas, aunque tras un momento fue voluntariamente. Cuando llegaron al sitio donde los esperaba Blutark, Laurie fue el primero en emprender la carrera sendero abajo. Su rostro era una máscara lúgubre, pero sus ojos estaban secos. Tras ellos pudieron oír los alaridos de los trolls y los moredhel, acompañados de gritos de dolor, y supieron que Roald estaba vendiendo cara la piel. Entonces cesaron los sonidos de lucha.

Primera sangre

Sonaron las trompetas.

Los arqueros armengarianos miraban la hueste que se disponía a asaltar la ciudad. Llevaban seis días esperando el ataque, que se producía ahora. Un trompetero trasgo volvió a tocar, y fue respondido por otras trompetas a lo largo de la línea. Los tambores redoblaron y se dio la orden de ataque. La línea de atacantes avanzó, una ola viviente dispuesta a romper contra las murallas de Armengar. Al principio avanzaron lentamente, pero luego, a medida que los de la vanguardia empezaron a correr, la hueste aceleró el paso. Guy levantó la mano e hizo la señal para que las catapultas descargaran sus mortíferos proyectiles sobre los que estaban al otro lado de las murallas. Las piedras volaron describiendo una parábola y se estrellaron contra los atacantes. Los trasgos pasaron saltando sobre los cuerpos de sus camaradas caídos. Este era el tercer asalto contra la ciudad desde el amanecer. El primer ataque había sido rechazado antes siquiera de llegar a las murallas. El segundo había llevado a los atacantes hasta el foso, pero allí habían roto filas y salido corriendo.

Avanzaron hasta encontrarse en el límite del alcance de los arqueros. Guy les ordenó disparar. Una lluvia de flechas cayó sobre los trasgos y moredhel. Centenares fueron derribados, algunos muertos, otros heridos, pero todos fueron pisoteados por las botas de los que venían detrás.

Y siguieron avanzando. Se dieron órdenes, y empezaron a levantar escalas, apoyadas en plataformas arrojadas sobre el foso. Las escaleras solo eran levantadas para ser derribadas con largas pértigas. En un esfuerzo inútil, los trasgos intentaban trepar por las escaleras una y otra vez, mientras desde arriba llovía muerte. Guy hizo una señal y se derramaron cubos y calderos de aceite hirviendo sobre los atacantes. La lluvia de piedras, flechas, aceite y llamas se hizo demasiado intensa para que sobrevivieran los atacantes. En unos minutos, las trompetas resonaron en retaguardia y las fuerzas de Murmandamus emprendieron la retirada. Guy ordenó un alto el fuego.

Miró la alfombra de cuerpos ante el castillo, centenares de muertos y heridos.

—Su comandante no tiene imaginación. Desperdicia vidas —dijo Guy volviéndose hacia Amos y Arutha.

Amos señaló a una compañía de moredhel que observaba el asalto desde la cima de un cerro.

—Lo que está haciendo es contar nuestros arqueros.

Guy maldijo.

—Estoy atontado. No los había visto.

—Llevas dos días sin dormir. Estás cansado —dijo Arutha.

—Y ya no soy tan joven —dijo Guy.

—Tú nunca lo has sido —rió Amos.

Armand de Seigny subió a informar.

—No hay actividad a lo largo de ningún sector y los reductos del otro lado del acantilado informan que no hay nada reseñable a nuestras espaldas.

Guy observó el sol poniente.

—Por hoy hemos acabado con ellos. Ordena a las compañías que vayan bajando a comer por turnos. Quiero que esta noche esté de guardia uno de cada cinco. Todos estamos cansados.

Guy fue hasta las escaleras y condujo a los demás abajo. Jimmy y Locklear venían subiendo las escaleras a la carrera.

—¿Os toca la primera guardia? —dijo Arutha.

—Sí —dijo Jimmy—. Se la hemos cambiado a un par de tipos que hemos conocido.

—A las chicas también les ha tocado la primera guardia —dijo Locklear.

Arutha revolvió el pelo del sonriente Locklear y lo envió detrás de Jimmy.

—Tenemos una guerra a gran escala a nuestro alrededor, y piensa en chicas —dijo el príncipe al llegar abajo.

Amos asintió.

—Nosotros fuimos así de jóvenes una vez, aunque a mí me cuesta recordar tiempos tan remotos. Aunque me acuerdo de aquella vez que estaba yo navegando el delta bajo de Kesh, cerca de las Tierras de los Dragones...

Arutha sonrió mientras emprendían camino hacia la cocina común. Algunas cosas no habían cambiado, y las historias de Amos eran una de ellas, y esta vez eso era bienvenido.

El segundo día la hueste de moredhel y trasgos atacó por la mañana y fue hecha retroceder sin dificultad. Solo lanzaban una oleada cada vez, y luego se retiraban. A media tarde quedó claro que los sitiadores se estaban asentando. Cerca de la puesta de sol, Arutha y Guy observaban desde la muralla, y Amos se les acercó corriendo.

—Los vigías de la parte alta de la ciudadela han visto movimiento en la llanura

detrás de esos chavales. Parece que el grueso del ejército de Murmandamus está en marcha. Estarán aquí mañana a mediodía.

Guy miró a sus dos compañeros.

—Tomar posiciones les llevará todo un día. Así ganamos dos días más, pero pasado mañana, en cuanto amanezca, nos lanzará todo lo que tenga.

El tercer día pasó lentamente, mientras los defensores observaban a miles de soldados moredhel y sus aliados tomando posiciones en los campamentos que rodeaban la ciudad. Tras la puesta de sol, las hileras de antorchas en movimiento mostraban que seguían llegando compañías. Durante toda la noche el sonido de los soldados en marcha llenó la oscuridad, y Guy, Amos, Arutha y Armand subieron repetidamente a mirar el océano de fuegos de campamento que cubría la llanura de Armengar.

Pero llegó el cuarto día y el ejército sitiador se limitó a mantener posiciones, al parecer dispuesto a esperar. Durante todo el día el ejército defensor se mantuvo en sus puestos en la muralla, esperando el asalto.

Cerca de la puesta de sol, Arutha fue a hablar con Amos.

—¿Crees que intentarán ese truco tsurani de atacar por la noche para distraer nuestra atención de los zapadores?

Amos negó con la cabeza.

—No son tan listos. Querían a los chicos de Segersen porque no tienen ingenieros. Si tiene zapadores haciendo una mina bajo estas murallas, me gustaría conocerlos: tendrían que ser auténticos topes devoradores de roca. No, algo traman, pero nada tan complejo. Yo creo que Su Bastardeza no es consciente del problema que tiene aquí. Ese arrogante comedor de excrementos planea arrollarnos con un solo ataque. Eso creo yo.

Guy escuchaba, pero su ojo bueno estaba fijo en la masa de enemigos acampados en la llanura.

—Ganamos un día más para que tu hermano llegue a Montaña de Piedra, Arutha —dijo Guy al fin. Martin y los demás habían partido hacía ya diez días.

—Está eso —dijo Amos.

Observaron en silencio cómo el sol se ponía tras las montañas. Y siguieron observando hasta que la oscuridad se hubo apoderado por completo de la noche, luego dejaron la muralla, lentamente, para ir a comer y, si era posible, a descansar.

Al amanecer la hueste sitiadora prorrumpió en atronadores vítores, una mezcla de alaridos, chillidos, redoble de tambores y sonar de cuernos. Pero en vez del esperado ataque, la vanguardia del ejército se abrió y una gran plataforma avanzó sobre ruedas. La movía la fuerza de una docena de gigantes, altas y peludas criaturas que la

empujaban sin esfuerzo. Sobre la plataforma descansaba un trono con incrustaciones de oro, en el que se sentaba un único moredhel vestido con una túnica blanca corta. Tras él había una figura encorvada cuyos rasgos quedaban ocultos por una voluminosa túnica con capucha. La plataforma avanzó hacia la muralla como dando un paseo.

Guy se inclinó hacia delante, apoyando el brazo en los sillares azulados de la muralla, mientras Arutha permanecía a su lado con los brazos cruzados. Amos se protegió los ojos de la luz del sol con las manos. El marino escupió por la muralla.

—Creo que por fin conocemos en persona al grandísimo bastardo real.

Guy se limitó a asentir. Un suboficial subió a informar.

—Protector, el enemigo está tomando posiciones frente a todos los sectores de muralla.

—¿Algún intento de alcanzar los reductos de la montaña? —Guy indicó el acantilado que había detrás de la ciudadela.

—Armand informa de unos débiles avances hacia los bastiones en las rocas. No parecen estar muy dispuestos a trepar y luchar.

Guy asintió y devolvió su atención al campo. La plataforma se detuvo y la figura del trono se puso en pie. Mediante algún acto de magia, su voz llenó el aire y todos cuantos estaban en la muralla pudieron oírle como si estuvieran a pocos metros de él.

—Oh, hijos míos, oíd mis palabras —dijo. Arutha miró a Amos y Guy completamente maravillado, ya que este Murmandamus hablaba música. Los sonidos de sus palabras estaban teñidos de la calidez del sonido del laúd—. Compartimos el destino del mañana. Oponeos a la voluntad del destino y os arriesgáis a la completa destrucción. Vamos, vamos. Dejemos nuestras viejas diferencias a un lado. —Hizo un gesto y una compañía de jinetes humanos se adelantó al trote hasta quedar a su lado—. Aquí, ¿veis? Ya hay conmigo aquellos de vuestra estirpe que comprenden nuestro destino. Yo doy la bienvenida a todos los que están dispuestos a servir. Conmigo encontraréis un lugar en la grandeza. Vamos, vamos, dejemos atrás el pasado. No sois más que mis chiquillos descarriados.

Amos resopló.

—Mi viejo padre era un bribón, pero eso es un insulto.

—Venid. Yo doy la bienvenida a todos los que quieran unirse.

Sus palabras eran dulces, seductoras, y los que estaban en las murallas intercambiaron miradas y preguntas sin formular.

Guy y Arutha miraron a su alrededor.

—Hay arte y poder en su voz —dijo du Bas-Tyra—. Mirad, mis propios soldados ya están pensando que quizá no tengan que luchar.

—Preparad las catapultas —dijo Amos.

Arutha se puso a su lado.

—¡Esperad!

—¿A qué? —preguntó Guy—. ¿A que sorba la determinación de mi ejército?

—Pierde tiempo. El tiempo es nuestro aliado, y su enemigo.

Murmandamus gritó.

—Pero aquellos que se opongan, aquellos que no se aparten y que estorben nuestra marcha hacia el destino, esos serán completamente aplastados. —Ahora el tono de su voz llevaba un aviso, una nota amenazadora, y los que estaban en las murallas se vieron sobrecogidos por una sensación de futilidad—. ¡Os doy una elección! —Abrió los brazos y la túnica blanca cayó, revelando un cuerpo de poder increíble, con la marca de nacimiento púrpura en forma de dragón claramente visible. Solo llevaba puesto un taparrabos blanco—. Podéis tener la paz y servir en la causa del destino. —Unos criados se adelantaron corriendo y comenzaron rápidamente a vestirlo con su armadura: placas de hierro y grebas, mallas y cuero; un yelmo negro con alas de dragón a los lados. Entonces los jinetes humanos se fueron y pudo verse una compañía completa de matadores negros. Estos cabalgaron hasta rodear a Murmandamus, que cogió una espada y señaló con ella las murallas—. Pero si os resistís seréis aplastados. ¡Elegid!

Arutha susurró al oído de Guy. Por fin, el Protector gritó una respuesta.

—Yo no puedo ordenarle a nadie que abandone la ciudad. Debemos reunimos en el volksraad. Esta noche lo decidiremos.

Murmandamus se quedó parado, como si la respuesta fuera inesperada. Empezó a hablar, pero le sacerdote serpiente lo interrumpió. Hizo callar al sacerdote con un gesto seco. Mientras daba la espalda al muro, Arutha imaginó que podía ver una sonrisa bajo el yelmo negro de Murmandamus.

—Esperaré. Mañana con las primeras luces, abrid las puertas de la ciudad y salid. Seréis recibidos como hermanos que vuelven, oh hijos míos.

Hizo un gesto y los gigantes empezaron a tirar de la plataforma. En unos minutos desapareció en el seno de la enorme hueste.

Guy sacudió la cabeza.

—La volksraad no hará nada. Yo mismo le abriré la cabeza a cualquier idiota que piense que hay una sola hebra de verdad en las palabras de ese monstruo.

—Pero así ganamos otro día —dijo Amos.

Arutha se apoyó de espaldas contra el parapeto.

—Y Martin y los demás están un día más cerca de Montaña de Piedra.

Guy se mantuvo en silencio, observando cómo el sol de la mañana ascendía en el firmamento, y cómo el ejército sitiador volvía a sus campamentos, bajando las armas pero aún asediando a la ciudad. Durante horas, el Protector y sus oficiales se limitaron a observar.

Las antorchas ardían con gran brillo a lo largo de la muralla. Los soldados montaban guardia en todos los frentes, bajo el mando de Armand de Seigny. El grueso de la población estaba reunido en el gran mercado.

Jimmy y Locklear avanzaban entre la muchedumbre. Encontraron a Krinsta y Bronwynn, y fueron junto a ellas. Jimmy empezó a decir algo, pero Krinsta le hizo un gesto para que se callara, ya que Guy, Arutha y Amos subían a la plataforma. Junto a ellos había un anciano vestido con una túnica marrón que parecía tan vieja como su portador. Llevaba un bastón ornamentado, tallado con filigranas y runas, en el pliegue del codo.

—¿Quién es? —preguntó Locklear.

—El guardián de la ley —susurro Bronwynn—. Shhhh.

El anciano levantó la mano libre y se hizo el silencio en la muchedumbre.

—El volksraad se reúne. Oíd, pues, la ley. Lo que se habla es cierto. Lo que se aconseja se escucha. Lo que se decide es la voluntad de la gente.

Guy levantó las manos por encima de la cabeza y habló.

—Habéis entregado esta ciudad a mi cuidado. Yo soy vuestro Protector. Ahora aconsejo esto: nuestro enemigo aguarda fuera e intenta ganar con palabras dulces lo que no puede conseguir por la fuerza de las armas. ¿Quién hablará en su defensa?

—Durante mucho tiempo los moredhel han sido enemigos de nuestra sangre. ¿Cómo podemos entrar al servicio de su causa? —dijo una voz desde la multitud.

—Aun así, ¿por qué no escuchar de nuevo a este Murmandamus? Lo que dice es razonable —respondió otra voz. Todos los ojos se volvieron hacia el guardián de la ley.

Este cerró los ojos y se mantuvo en silencio un rato antes de hablar.

—La ley dice que los moredhel están más allá de las convenciones de los hombres. No tienen ningún vínculo con el pueblo. Pero en el año decimoquinto, el Protector Bekinsmaan se reunió con uno llamado Turanalor, caudillo de los moredhel del clan del Tejón del valle de Isbandia, y se estableció una tregua para Banapis. Duró tres medioveranos. Cuando Turanalor desapareció en el bosque de Edder, durante el año decimonoveno, su hermano Ulmlascor se convirtió en caudillo del clan del Tejón. Violó la tregua y mató a toda la población del kraal de Dibria. —Al parecer, evaluaba las tradiciones aparte de conocerlas—. No es algo inaudito hacer caso de la palabra de los moredhel, pero cuidado, porque son traicioneros.

Guy señaló a Arutha.

—A este hombre lo conocéis. Es Arutha, un príncipe del Reino que una vez considerasteis enemigo. Ahora es nuestro amigo. Es pariente lejano mío. Ya ha tenido antes tratos con Murmandamus. No pertenece a Armengar. ¿Se le dará voz en la volksraad?

El guardián de la ley levantó la mano en señal de interrogación. Sonó un coro

afirmativo, y el guardián de la ley indicó que el príncipe podía hablar. Arutha dio un paso al frente.

—Yo ya he combatido contra los esbirros de este demonio.

Con palabras sencillas habló de los halcones nocturnos, de la herida de Anita y del viaje a Moraelin. Habló de Murad, el caudillo moredhel que había muerto a manos de Baru. Habló de los horrores y maldades presenciados, todos ellos fabricados por Murmandamus.

Cuando acabó, Amos levantó la mano y habló.

—Yo llegue a vosotros enfermo y herido. Me cuidasteis a mí, un extraño. Ahora soy uno de vosotros. Os hablo de este hombre, Arutha. He vivido con él, he luchado a su lado y aprendí a considerarlo mi amigo durante cuatro años. No tiene malicia. Su corazón es generoso y sus palabras pueden considerarse vinculantes. Lo que dice solo puede ser la verdad.

—¿Cuál puede ser nuestra respuesta? —gritó Guy.

Se levantaron espadas y se enarbolaron antorchas mientras un coro de gritos resonaba por todo el gran mercado.

—¡No!

Guy esperó mientras la hueste de Armengar gritaba su desafío a Murmandamus. Tenía los puños apretados, los guanteletes negros levantados por encima de su cabeza, bañándose en el sonido de las masas de Armengar. Su único ojo parecía iluminado y su rostro vivo, como si el valor de la gente de la ciudad estuviera llevándose su cansancio y sus penas. A Jimmy le pareció un hombre renovado.

El guardián de la ley esperó a que muriera el clamor antes de hablar.

—El volksraad ha decretado la ley. Esta es la ley: ninguno saldrá de la ciudad para servir a este Murmandamus. Que nadie viole esta ley.

—Volved a vuestros puestos —dijo Guy—. Mañana la batalla empezará con fuerza.

La multitud empezó a dispersarse.

—No dudé de que esto pasaría ni por un minuto —dijo Jimmy.

—Con todo, ese hermano oscuro de la marca de belleza sabe hablar.

—Cierto —dijo Bronwynn—, pero hemos combatido a los moredhel desde los inicios de Armengar. No puede haber paz entre nosotros. —Miró a Locklear, con una expresión seria en su rostro—. ¿Cuándo tienes que presentarte en tu unidad?

—Jimmy y yo entramos de servicio a primera luz.

Krinsta y ella intercambiaron una mirada y asintieron. Bronwynn cogió a Locklear de la mano.

—Ven.

—¿A dónde?

—Tengo una casa en la que podemos pasar la noche. —Firmemente, lo apartó de

su amigo, y se adentraron en la muchedumbre de la volksraad que se disolvía.

Jimmy miró a Krinsta.

—El nunca...

—Ni Bronwynn —dijo Krinsta—, pero ha decidido que si tiene que morir mañana, al menos conocerá un hombre.

Jimmy pensó un momento.

—Bueno, al menos ha escogido a un buen chaval. Serán buenos el uno con el otro.

Jimmy empezó a moverse, pero la mano de Krinsta lo retuvo. El joven volvió la cara y vio que ella estudiaba su rostro a la luz de las antorchas.

—Yo tampoco he conocido los placeres del dormitorio —dijo ella.

Jimmy sintió de repente cómo se le subía la sangre al rostro. A pesar de todo el tiempo que habían estado juntos, Jimmy nunca había conseguido quedarse a solas con Krinsta. Los cuatro habían pasado horas juntos, con algo de pasión no demasiado en serio en portales oscuros, pero ambas chicas siempre habían conseguido mantener bajo control a los dos escuderos. Y siempre había habido esa sensación de que, en cierto sentido, era un juego. Ahora, súbitamente, Jimmy supo que los juegos se habían acabado. Había una nota seria de la muerte que acechaba y un deseo de vivir más intensamente, aunque solo fuera una noche.

—Yo sí, pero solo dos veces —dijo él por fin.

Ella lo cogió de la mano.

—Yo también tengo una casa que podemos usar.

Condujo a Jimmy en silencio. Al seguirla, este fue consciente de un nuevo sentimiento en su interior. Sintió la inevitabilidad de la muerte, que había quedado grabada a fuego sobre su deseo de reafirmar la vida. Y con eso llegó el miedo. Jimmy apretó la mano de Krinsta con fuerza mientras caminaba con ella.

Los mensajeros corrían a lo largo de la muralla llevando mensajes. La táctica armengariana era sencilla. Esperaban. Cuando rompió el amanecer, habían visto a Murmandamus adelantarse, trotando sobre su caballo blanco de un lado a otro ante su hueste reunida. Estaba claro que esperaba una respuesta. La única que recibió fue el silencio.

Arutha había convencido a Guy para que no hiciera nada. Cada hora que ganaran antes del ataque era otra hora menos para que llegaran los refuerzos. Si Murmandamus esperaba que se abrieran las puertas, o un desafiante reto, quedó decepcionado, ya que solo fue recibido con la imagen de las silenciosas hileras de armengarianos sobre la muralla. Por fin se adelantó a caballo, hasta quedarse a medio camino entre su ejército y las murallas. De nuevo las artes arcanas hicieron que su voz se oyera con claridad.

—¿Ay, mis chiquillos descarriados, por qué vaciláis? ¿No os habéis reunido? ¿No

veis lo tonto que resulta oponeros? ¿Cuáles, entonces, vuestra respuesta?

El silencio fue la única réplica. Guy había dado órdenes de que nadie levantara la voz de un murmullo, para detener a cualquiera que se sintiera tentado de gritar alguna provocación. No habría ninguna excusa para que Murmandamus ordenara un ataque siquiera un minuto antes de lo necesario, El caballo trotaba en un círculo.

—¡He de saberlo! —chilló Murmandamus—. Si no hay respuesta antes de que vuelva a las líneas de mi hueste, entonces la muerte y el fuego caerán sobre vosotros.

Guy dio un puñetazo contra la muralla.

—Que me aspen si espero cinco minutos más. ¡Catapultas!

Con un gesto ordenó que dispararan. Una lluvia de piedras del tamaño de melones describió una parábola y se estrelló alrededor de Murmandamus, El semental blanco fue alcanzado y se derrumbó en una lluvia de sangre.

Murmandamus se apartó rodando pero fue golpeado por varias rocas. Un intenso grito de alegría se elevó de la muralla.

Y murió cuando Murmandamus se puso en pie. Ileso, avanzó a grandes zancadas hacia la muralla, hasta ponerse a tiro de flecha.

—Despreciad mi magnanimidad y mi munificencia. Rechazad mi dominio. ¡Conoced la destrucción!

Los arqueros dispararon, pero las flechas rebotaron contra el moredhel como si estuviera envuelto en alguna clase de concha protectora. Señaló con su espada y esta emitió un extraño y apagado sonido de explosión, y disparó unas ráfagas de fuego escarlata. La primera ráfaga explotó al borde de las murallas y tres arqueros gritaron de agonía cuando sus cuerpos estallaron en llamas. Los demás se cubrieron tras el parapeto mientras arreciaban las explosiones. Con todos los defensores agazapados, no se produjeron más bajas. Con un bramido de furia, Murmandamus se volvió hacia su ejército.

—¡Destruídllos! —chilló.

Guy se asomó por una almena y vio al moredhel alejándose con paso firme mientras su ejército se derramaba por la llanura y pasaba junto a él. Como una isla tranquila en un mar caótico anduvo hasta la plataforma y el trono que lo esperaban.

Entonces Guy ordenó que dispararan las máquinas de guerra, y comenzó una lluvia de destrucción. Las fuerzas asaltantes flaquearon, pero recuperaron el impulso y se aproximaron a las murallas. El foso estaba atestado de restos y plataformas de anteriores asaltos, y de nuevo se arrojaron más plataformas para cruzar el agua. Se izaron más escaleras y los atacantes volvieron a subir.

Unos gigantes corrían hacia delante empujando cajas de aspecto extraño, de unos siete metros de ancho y tres de alto. Se movían sobre plataformas con ruedas, con largos postes que se extendían hacia delante y atrás, saltando al pisar los baches y los cuerpos caídos. Cuando estuvieron cerca de la muralla se activó algún mecanismo, ya

que los postes se movieron bajo las cajas y las elevaron hasta un nivel parejo con el parapeto de la muralla. De repente las partes delanteras de las cajas cayeron hacia delante, formando una plataforma, y un enjambre de trasgos cayó sobre las murallas de Armengar, mientras desde las cajas se bajaban escaleras de cuerda para que pudieran subir más invasores. Esta táctica se repitió en docenas de puntos a lo largo de la muralla, hasta que centenares de Moredhel, trasgos y trolls se enzarzaron en un sangriento cuerpo a cuerpo con los defensores de la ciudad.

Arutha esquivó el ataque de un trasgo y atravesó a la criatura de piel verde, haciéndola caer entre chillidos contra los adoquines del patio de armas. Niños armengarianos vinieron corriendo con dagas desenvainadas y se aseguraron de que la criatura estaba muerta. Todos los que podían ayudar en la batalla lo hacían.

El príncipe de Krondor pasó corriendo junto a Amos, que forcejeaba con un moredhel, cada uno aferrando la muñeca del otro. Arutha golpeó al moredhel en la cabeza con la empuñadura y siguió avanzando por la muralla. El elfo oscuro trastabilló y Amos lo agarró por la garganta y la entrepierna. Levantó a la criatura y la arrojó por la muralla, derribando a varios más que intentaban subir por una escalera. Luego, él y otros defensores derribaron la escala.

Jimmy y Locklear corrían por el parapeto, descargando golpes donde era necesario para abrirse paso entre los atacantes que intentaban entorpecerlos. Al llegar al punto donde Guy tenía su puesto de mando, Jimmy transmitió su mensaje.

—Señor, Armand dice que se acerca una segunda oleada de esas cosas.

Guy se volvió para comprobar el estado de la defensa. Las murallas estaban quedando limpias de atacantes y se habían derribado casi todas las escaleras.

—¡Pértigas y aceite ardiendo! —gritó, y la orden se fue transmitiendo por la muralla.

Cuando la segunda oleada de cajas subió a la altura de la muralla, se usaron largas pértigas, armas de poste y lanzas para mantener levantadas las secciones delanteras, aunque varios intentos de hacerlo fracasaron. Pero los que aguantaron fueron seguidos de bolsas de cuero llenas de aceite, arrojadas por armengarianos de brazos fuertes contra los costados de las cajas. Fueron prendidas por flechas de fuego y enseguida las cajas empezaron a arder. Los asaltantes saltaron a su muerte entre gritos antes de arder dentro de las cajas.

Las pocas compañías de moredhel que ganaron la muralla fueron despachadas rápidamente, y menos de una hora después del primer asalto sonó el toque de retirada.

Arutha miró a su alrededor y se volvió hacia Guy. El Protector jadeaba, más por la tensión que por el combate. Su puesto de mando había estado fuertemente defendido para que él pudiera dar órdenes a lo largo de la muralla. Miró al príncipe.

—Hemos tenido suerte. —Se frotó la cara con las manos—. Si el imbécil hubiera

enviado las dos oleadas a la vez, podrían haber limpiado un tramo de muralla antes de que nosotros hubiéramos sabido qué hacer. Nos estaríamos retirando por las calles.

—Quizá —dijo Arutha—, pero aquí tienes un buen ejército, y han combatido bien.

Guy parecía enfadado.

—Sí, luchan bien, y también mueren condenadamente bien. El problema es mantenerlos vivos. —Se volvió hacia Jimmy, Locklear y varios correos más—. Llamad a los oficiales al puesto de mando principal, en diez minutos. Me gustaría que te unieras a nosotros —le dijo a Arutha.

Este se lavaba los brazos ensangrentados en un cubo de agua fresca que había traído un anciano que llevaba un carrito lleno de cubos.

—Por supuesto.

Dejaron la muralla y bajaron las escaleras hasta una casa que había sido convertida en el puesto de mando principal de Guy. En pocos minutos, todos los comandantes de las compañías, Amos y Armand estuvieron en su presencia.

—Dos cosas —dijo Guy en cuanto todos estuvieron allí—: Primero, no sé cuántos asaltos más como este podremos repeler con garantías, o si les queda capacidad para otro como el último. Si hubieran usado esas condenadas cajas con un poco más de inteligencia, ahora estaríamos luchando contra ellos en las calles. Quizá podamos repeler una docena de ataques así, o el próximo podría acabar con nosotros. Quiero que la evacuación de la ciudad comience enseguida. Hay que completar las dos primeras fases antes de medianoche. Caballos y provisiones a los cañones, y los niños preparados. Y quiero que las dos últimas fases estén listas para completarse en cuanto yo lo ordene. Segundo, si algo me ocurriera, la cadena de mando será Amos Trask, Armand de Sevigny y el príncipe Arutha.

Arutha casi esperaba que los oficiales armengarianos protestaran, pero se fueron sin decir ni palabra a emprender las tareas que se les habían encomendado. Guy interrumpió a Arutha antes de que el príncipe pudiera hablar.

—Eres mejor general que cualquiera de los hombres de la ciudad, Arutha. Y si tenemos que abandonarla, te encontrarás a cargo de una parte u otra de la población. Quiero que se sepa que hay que obedecerte. Así, aunque uno de los oficiales locales vaya contigo, se obedecerán tus órdenes.

—¿Por qué?

—Para que quizá puedan llegar a Yabon algunos más de mi gente —dijo Guy mientras avanzaba hacia la puerta—. Ven; por si acaso, deberías saber lo que tenemos planeado.

El segundo asalto de importancia comenzó mientras Guy le mostraba a Arutha el despliegue de unidades en la ciudadela, para el caso de que cayera la ciudad propiamente dicha. Corrieron de vuelta a las murallas, cruzándose con ancianos y

mujeres que movían barriles rodando por las calles. Al llegar al patio exterior, Arutha vio cómo colocaban docenas de barriles en cada esquina.

Al llegar al parapeto, encontraron enconados combates por todas partes. A corta distancia de las murallas, más cajas se mecían ardiendo, pero ninguna compañía de moredhel, trasgos ni trolls había logrado llegar a las murallas.

Al llegar a su puesto de mando, Guy se encontró a Amos supervisando el despliegue de las compañías de reserva. Sin esperar que Guy se lo pidiera, Amos empezó a describir la situación.

—Han traído dos docenas más de esos chismajos. Esta vez los acribillamos con flechas incendiarias y les arrojamos el aceite después, así que empezaron a arder más lejos de las murallas. Nuestros chavalotes los están acribillando a flechazos y esta vez parece que les hemos ganado. Su impía bastardeza está para que lo amarren. —Señaló a la distante colina donde se sentaba Murmandamus. Costaba verlo, pero había cierto indicio de que el líder moredhel no estaba muy complacido con el ataque. Arutha deseó tener la vista de cazador de Martin, ya que no alcanzaba a ver lo que estaba haciendo Murmandamus.

—¡Al suelo! ¡Todos al suelo! —gritó Amos. Arutha se agazapó tras un merlón mientras otras voces repetían el aviso de Amos, y una vez más explotó sobre sus cabezas un fuego escarlata. La explosión fue seguida de otra más, y luego de una tercera. Pudo oírse el distante sonido de las trompetas, y Arutha se arriesgó a echar una ojeada. El ejército sitiador se batía en retirada, replegándose hacia la seguridad de sus propias líneas.

—Mirad —dijo Guy, que se había levantado. Bajo ellos yacían multitud de cadáveres calcinados, humeando por las explosiones de fuego místico de Murmandamus. Amos examinó los daños.

—No se toma demasiado bien la derrota, ¿no?

Arutha examinó el parapeto.

—Ha matado a sus propios soldados y ha hecho muy poco daño a los nuestros. ¿Qué clase de enemigo es este?

Amos apoyó su mano en el hombro de Arutha.

—De la peor clase. Un loco.

El humo cubría el campo de batalla y los defensores casi se habían derrumbado por el cansancio y la falta de aire limpio. Habían traído en carros unas construcciones de madera y matorrales y las habían depositado frente a las murallas. Les habían prendido fuego, y habían empezado a emitir un humo negro y fétido. Esta vez habían intentado una forma diferente de trepar: largas escaleras fijadas sobre plataformas, transportadas a la carrera por compañías de trasgos. A los defensores les pareció que un muro de humo había tapado el aire, y de repente de esta humareda emergía una

escalera ante ellos. Mientras intentaban en vano derribar las escaleras fijas, los atacantes subieron en enjambre, tapándose bocas y narices con trapos empapados en alguna mezcla de hierbas y aceite para filtrar el humo. Lograron arrollar varias posiciones a lo largo de la muralla, pero Arutha ayudó a dirigir los refuerzos, que pronto hicieron retroceder a los atacantes. Guy ordenó que derramaran nafta sobre los fuegos, lo que hizo que estos explotaran más allá de la capacidad de los atacantes para controlarlos. Pronto hubo un infierno en la base de la muralla, y los que estaban en las escaleras murieron agónicamente calcinados. Cuando el fuego por fin se apagó, no quedaba una sola escalera intacta.

El sol del atardecer empezaba a descender detrás de la ciudadela, y Guy llamó a Arutha a su lado.

—Creo que ya han acabado por hoy.

—No sé —dijo Arutha—. Mira como están.

Guy vio que la hueste atacante no se había retirado a sus campamentos como en las ocasiones anteriores. Ahora se habían reagrupado en posición de ataque, con sus oficiales ante ellos organizando los refuerzos.

—¿No pretenderán atacar por la noche, verdad?

Amos y Armand se habían acercado.

—¿Por qué no? —Dijo Amos—. Por la forma en que están lanzando sus hombres contra nosotros, importa poco quien pueda ver a quién. Al estúpido comedor de excrementos no le importa un pimiento quién vive o quién muere. Será una auténtica carnicería, pero nos desgastará.

Armand observó la muralla. Estaban llevando a los heridos y muertos a enfermerías dispuestas en la dudad.

—Hoy hemos perdido un total de trescientos veinte soldados. Puede que al comprobar de nuevo los informes veamos que el número es más alto. Eso nos deja con un contingente de seis mil doscientos veinticinco aproximadamente.

Guy maldijo.

—Aunque Martin y los demás alcancen Montaña de Piedra en el tiempo más corto posible y vuelvan igual de rápido, no será suficiente. Y parece que nuestros amigos de ahí fuera tienen algo planeado para esta noche.

Arutha se apoyó contra las piedras del muro.

—No parecen estar preparándose para un nuevo asalto.

Guy miró hacia atrás, a la ciudadela. El sol ya estaba detrás de las montañas, pero el cielo seguía iluminado. Podían verse estandartes y antorchas en la llanura frente a la ciudad.

—Parecen estar... esperando. Que las compañías descansen, pero que coman en sus puestos. —Sevigny y él se fueron sin ordenar una vigilancia extrema. No hacía falta.

Arutha se quedó en la muralla con Amos. Tenía una extraña sensación de expectación, como si se acercara rápidamente la hora en que debía interpretar su papel, cualquiera que fuera. Si la antigua profecía que le habían contado los ishapianos en Sarth era cierta, él era la perdición de la oscuridad, y le correspondía derrotar a Murmandamus. Apoyó la barbilla en los brazos, sobre los fríos sillares de la muralla. Amos sacó una pipa y empezó a llenarla de tabaco, tarareando una cancioncilla marinera. Mientras esperaban, el ejército de fuera quedó cubierto por la oscuridad.

—Locky, no —dijo Bronwynn apartando al muchacho.

—Pero estamos fuera de servicio —dijo confundido el escudero.

—Llevo todo el día acarreando mensajes, igual que tú —dijo la chica, cansada—. Tengo calor, estoy sudada, cubierta de suciedad y humo, y quieres acostarte conmigo.

La voz de Locklear traicionó lo herido que se sentía.

—Pero... la otra noche.

—Fue la otra noche —dijo amablemente la chica—. Eso fue algo que quise, y te lo agradezco. Pero ahora estoy cansada y sucia, y no tengo ganas.

—¡Que me lo agradeces! —dijo secamente muchacho—. ¿Es que fue un favor? — Le salió el orgullo herido y su voz se llenó de emociones juveniles—. Te amo, Bronwynn. Cuando esto acabe tienes que venir conmigo a Krondor. Algún día seré un hombre rico. Podemos casarnos.

—Locky —dijo la chica, mitad impaciente, mitad tierna—, hablas de cosas que no entiendo. Los placeres del dormitorio no... son promesas. Ahora tengo que descansar antes de que nos vuelvan a llamar a filas. Vete. Quizá en otra ocasión.

El muchacho retrocedió, dolido y con las mejillas al rojo vivo.

—¿Qué quieres decir con eso de «en otra ocasión»? —Se sonrojó y casi gritó—. ¿Crees que esto es un juego, no? Crees que solo soy un niño —habló desafiante.

Bronwynn lo miró con tristeza.

—Sí, Locky, eres un niño. Ahora vete.

—No soy un maldito crío —gritó enfadado Locky—. Ya verás, Bronwynn. No eres la única chica de Armengar, no te necesito. —Atravesó torpemente la puerta y la cerró tras de sí dando un portazo. Lágrimas de ira y humillación corrían por sus mejillas. El estómago se le retorció de cólera fría y el corazón se le había desbocado. Nunca en toda su vida había sentido tanta confusión ni dolor. Entonces oyó a Bronwynn gritar su nombre. Vaciló un instante, pensando que la chica quería disculparse, o temiendo que sencillamente lo quisiera para algún recado. Entonces ella chilló.

Locklear abrió la puerta de un empujón y vio a la chica aferrándose las costillas mientras sostenía torpemente una daga en la mano. La sangre chorreaba de su brazo,

y por su costado y su muslo. Delante de ella se agazapaba un troll de las montañas con la espada levantada.

—¡Bronwynn! —gritó Locklear mientras su mano volaba al estoque.

El troll vaciló un instante cuando el muchacho saltó hacia él, pero mientras Locklear levantaba su arma, la hoja del troll cayó.

Locklear atacó ciego de furia, hiriendo al troll en el dorso del cuello. La criatura trastabilló e intentó volverse, pero el muchacho la atravesó de una estocada, clavando la punta del estoque en un punto bajo el brazo donde no había ninguna armadura que protegiera a la criatura. El troll se estremeció y la espada se le cayó de unos dedos exánimes cuando se derrumbó al suelo.

Locklear lo estoqueó una vez más, y luego fue junto a Bronwynn. La chica yacía en un charco de sangre, y Locklear supo al instante que estaba muerta. Las lágrimas corrieron por el rostro del muchacho mientras la acunaba en sus brazos, abrazándola fuerte.

—Lo siento, Bronwynn. Siento haberme enfadado —susurró al oído de la chica muerta—. No te mueras. Seré tu amigo. No quería gritarte. ¡Maldita sea! —se mecía adelante y atrás mientras la sangre de Bronwynn le corría por los brazos—. Maldita sea, maldita sea, maldita sea.

Locklear lloró en voz alta, sintiendo el dolor como un hierro al rojo en el estómago y el bajo vientre, con el corazón desbocado y los músculos en tensión. La piel se le sonrojó, como si el odio y la furia quisieran filtrarse por los poros de su piel, y los ojos parecieron arderle dentro de la cabeza, repentinamente demasiado calientes y secos para llorar.

Entonces, unos sonidos de alarma lo sacaron de su lamento privado. Se puso en pie y depositó dulcemente a la chica en la cama que habían compartido la noche anterior. Luego cogió el estoque y abrió la puerta. Respiró hondo y algo se congeló en su interior, como si una montaña de hielo hubiera reemplazado la ardiente agonía del instante anterior.

Ante él una mujer sostenía en brazos a un niño mientras un trasgo avanzaba hacia ellos con la espada levantada. Locklear avanzó tranquilamente y atravesó al trasgo por el lado del cuello, moviendo salvajemente la espada, de forma que la cabeza de la criatura cayó de sus hombros. Locklear miró a su alrededor y vio un ligero rielar en el aire nocturno, y súbitamente apareció ante él un guerrero moredhel. Locklear atacó sin vacilar. El moredhel resultó herido en el costado, pero logró evitar que el muchacho lo matara. Con todo, la herida había sido grave y Locklear era un espadachín por encima de la media. Y ahora se encontraba en un estado de cólera fría, controlada, una falta de aprecio por su propia vida que lo convertía en el más peligroso de los adversarios, uno dispuesto a arriesgarse porque no le importaba vivir o morir. Con una furia asombrosa, el muchacho acorraló al moredhel contra el

edificio y lo atravesó.

Locklear giró sobre sus talones, buscando un nuevo oponente, y vio otra silueta aparecer en la calle, a media manzana de distancia. El chico corrió hacia el trasgo.

Por todas partes en la ciudad estaban apareciendo invasores de forma repentina. Una vez había sonado la alarma, los defensores se habían encargado de ellos, pero unos cuantos trasgos y moredhel se habían agrupado y ahora luchaban desde bolsas de resistencia dentro de la ciudad. Cuando la invasión de criaturas transportadas mágicamente llegó a su clímax, el ejército que había extramuros lanzó un ataque. De repente se produjo el riesgo de que al sacar tropas de la muralla para encargarse de los soldados teletransportados los de fuera encontraran un punto en las defensas que pudieran traspasar.

Guy envió una compañía de refuerzo al punto donde la muralla estaba siendo atacada más intensamente, y otra a ayudar a los que se encontraban en la ciudad. El aceite hirviendo y las flechas hicieron retroceder rápidamente a los de la muralla, pero las constantes apariciones en el interior de la ciudad continuaron. Arutha combatía el agotador cansancio y observaba al más amargo rival de su padre, preguntándose de dónde sacaría el hombre las reservas de energía para seguir adelante. Era un hombre mucho mayor, y sin embargo Arutha se encontró envidiando la energía de Guy. Y la velocidad con la que tomaba decisiones demostraba un completo conocimiento de dónde estaba cada una de sus unidades en un momento dado. Arutha no conseguía que le cayera bien ese hombre, pero lo respetaba y, por mucho que le costara admitirlo, incluso lo admiraba.

Guy observaba la distante colina, el sitio desde donde Murmandamus supervisaba su ejército. Hubo un leve destello de luz, otro, luego un tercero. Arutha siguió la mirada de Guy y contempló las luces durante un rato.

—¿De allí es de dónde vienen?

—Apostaría a que sí. Ese rey brujo o su sacerdote serpiente son los que están detrás de esto.

—Está demasiado lejos incluso para el arco de Martin, y me apuesto a que ninguno de tus arqueros puede alcanzarlo —dijo Arutha—. Ni vuestras catapultas.

—El bastardo está justo fuera del alcance.

Llegó Amos.

—Las cosas parecen estar bajo control, pero siguen apareciendo por todas partes. Han informado de tres en la ciudadela, y uno apareció en el foso y se hundió como una piedra, ahora... ¿Qué estáis mirando?

Arutha señaló la colina y Amos se quedó mirando un rato.

—Nuestras catapultas no alcanzan hasta allí. Maldición. —En ese momento una amplia sonrisa partió en dos el rostro del viejo marino—. Tengo una idea.

Guy señaló hacia el patio, donde había aparecido un troll de aspecto asombrado,

para ser abrumado por tres soldados. Pero mientras el primero moría, apareció otro que se fue corriendo por una calle lateral.

—Cualquier cosa. Más pronto o más tarde se van a reunir en grupos lo bastante grandes para causar problemas graves.

Amos fue corriendo hasta la plataforma de una catapulta. Dio instrucciones y enseguida se puso un caldero a calentar. Supervisó los preparativos y volvió.

—En cualquier momento —dijo apoyándose en el parapeto.

—¿Qué? —dijo Guy.

—El viento cambiará. Siempre lo hace sobre esta hora de la noche.

Arutha movió la cabeza, estaba cansado y de repente se le ocurrió una imagen graciosa.

—¿Vamos a largar velas para acercarnos, capitán?

Súbitamente apareció un troll en el camino de ronda, parpadeando confuso. Guy le golpeó con el dorso del puño y lo hizo caer contra los adoquines de más abajo. Aterrizó con un golpe final.

—Parece que sufren de uno o dos instantes de desorientación, lo que nos viene condenadamente bien —dijo el Protector—. De lo contrario ese se habría almorzado tu pierna, Amos.

Amos se metió un dedo en la boca y luego lo levantó.

—Ah —dijo satisfecho—. ¡Catapulta, fuego! —gritó.

El potente ingenio de guerra liberó la barra de torsión, arrojando su proyectil con fuerza suficiente para hacerlo saltar la muralla. El proyectil se perdió silenciosamente en la oscuridad.

Durante un largo momento no hubo efectos visibles, entonces unos chillidos provenientes de la distancia llenaron la noche. Amos emitió un satisfecho aullido de risa. Arutha observó un tiempo y no vio más destellos de luz.

—¿Qué has hecho, Amos? —preguntó Guy.

—Bueno, Tuerto, es un truco que aprendí de tus viejos amigos los Keshianos. Estaba yo en Durbin cuando una tribu del desierto organizó un levantamiento y decidió apoderarse de la ciudad. El gobernador general, ese viejo zorro de Hazara-Khan se encontró con que barrían las murallas con los disparos de sus arqueros, así que ordenó calentar arena y arrojársela.

—¿Arena caliente?

—Sí. Solo hay que calentarla hasta que se pone al rojo y arrojlarla. El viento puede transportarla un buen trecho, y si no se ha enfriado mucho en el viaje, quema como los fuegos del infierno. Se mete bajo las armaduras, bajo la ropa, en las botas, el pelo... por todas partes. Si Murmandamus estaba mirando hacia aquí, puede que hayamos dejado ciego al impotente hijo de una rata apestada. De todos modos, le quitará los conjuros de la cabeza durante una hora o dos.

Arutha se rió.

—Creo que solo temporalmente.

Amos sacó una pipa de su túnica y una varilla de madera que prendió en una antorcha.

—Sí, está eso. —Su tono de voz se volvió más serio—. Está eso.

Los tres volvieron a mirar hacia la oscuridad, en busca de alguna señal de lo próximo en venir.

Destrucción

El viento trajo polvo de fuera de la muralla.

Arutha forzó la vista para observar a los jinetes que se movían entre las filas de la hueste reunida, en dirección al estandarte de Murmandamus. Los ataques habían continuado ininterrumpidamente durante tres días antes de cesar. Ahora, en el campo de Murmandamus se celebraba una reunión de oficiales, o eso le parecía a Arutha.

La conferencia llevaba una hora celebrándose. Arutha reflexionó acerca de la situación. Los últimos asaltos habían sido intensos, tanto como los anteriores. Pero habían carecido del inquietante elemento de la aparición repentina de los guerreros transportados mágicamente al interior de las murallas. La falta de ataques mágicos intrigaba a Arutha. Suponía que habría alguna razón de peso para que Murmandamus no usara sus artes de nuevo, o alguna limitación para lo que podía hacer en un tiempo determinado. A pesar de todo, Arutha sospechaba que si Murmandamus había reunido a sus capitanes era que tramaba algo.

Amos iba por la muralla, inspeccionando a los soldados que estaban de servicio. Era tarde y los hombres ya se estaban relajando, ya que parecía haber pocas posibilidades de un nuevo ataque antes de la mañana siguiente. El campamento enemigo no se veía preparado, y les llevaría horas tomar posiciones. Amos llegó junto a Arutha.

—Y bien. ¿Qué harías tú si estuvieras al mando?

—Si tuviera los hombres, sacaría el puente, haría una salida y les golpearía antes de que pudieran desplegar sus fuerzas. Murmandamus tiene su puesto de mando demasiado cerca de primera línea, y al parecer no se han dado cuenta de que una compañía de trasgos se ha desplazado en la línea y ha dejado un paso casi libre hasta su pabellón. Una salida con arqueros montados y con suerte tendríamos a varios de sus capitanes muertos antes de que pudieran organizar la resistencia. Para cuando se dieran cuenta, yo ya estaría de vuelta dentro de la ciudad.

Amos sonrió de oreja a oreja.

—Vaya, eres un chavalote despierto, Alteza. Si quieres, puedes venir a jugar con nosotros.

Arutha miró a Amos interrogativamente, y el marino señaló con una inclinación de cabeza. Arutha miró al patio y vio un grupo de jinetes tomando posiciones ante la puerta interior de la barbacana.

—Vamos, tengo un caballo de sobra.

Arutha siguió a Amos escaleras abajo, hasta las monturas que los esperaban.

—¿Y qué pasa si Murmandamus tiene otro truco mágico que arrojarnos?

—En ese caso moriremos todos y Guy se pondrá triste por haber perdido la mejor compañía que ha tenido en los últimos veinte años: yo. —Amos montó—. Te preocupas demasiado, zagal. ¿Te lo he dicho alguna vez?

Arutha sonrió su media sonrisa torcida mientras montaba. Guy los esperaba junto a la puerta.

—Tened el doble de cuidado. Si podéis hacerles daño, perfecto, pero nada de heroicos asaltos suicidas a ver si podéis llegar hasta Murmandamus. Os necesitamos de vuelta.

Amos se rió.

—Tuerto, soy el último candidato a héroe que te vas a encontrar en tu vida.

Hizo un gesto y la puerta interior se abrió. Pudo oírse el traqueteo del despliegue del puente mientras la puerta interior se cerraba. Súbitamente, la puerta exterior se abrió y Amos condujo afuera a la compañía. Al momento los hostigadores tomaron posiciones en los flancos, mientras el elemento principal del contingente de Amos avanzaba sobre el ejército sitiador. Al principio fue como si el enemigo no comprendiera que estaban haciendo una salida, ya que no se dio la alarma. Casi estaban encima de los primeros elementos del ejército de Murmandamus cuando sonó una trompeta. Para cuando los trasgos y trolls echaban mano de sus armas, Amos y sus jinetes pasaban junto a ellos a toda velocidad.

Arutha cabalgó derecho hacia la colina donde estaban reunidos los comandantes de Murmandamus, con tres arqueros armengarianos a su lado. No sabía qué lo impulsaba, pero de repente se encontró lleno de la necesidad de enfrentarse a este señor oscuro. Un escuadrón de caballería, el que estaba más cerca de los incursores, galopó para interceptar a los armengarianos que iban con Arutha. Arutha se encontró enfrentado a un renegado humano, que sonrió al descargarle un tajo. Arutha lo mató rápida y eficazmente. Entonces empezó el combate en serio.

Arutha miró hacia el pabellón de mando y vio a Murmandamus de pie a plena vista, con su compañero serpentino al lado. El líder moredhel parecía indiferente ante la masacre que se estaba infligiendo a sus tropas. Varios armengarianos intentaron acercarse al pabellón, pero fueron interceptados por jinetes renegados y moredhel. Un arquero detuvo su montura y, con gran sangre fría, disparó varias flechas contra el

pabellón. Habiendo aprendido la lección de la invulnerabilidad de Murmandamus, escogió otros blancos. Rápidamente se le unió otro arquero y súbitamente dos de los caudillos de Murmandamus cayeron derribados, uno claramente muerto por un flechazo en el ojo. Otra compañía de infantería corrió hacia el punto donde estaba Arutha con su espada, derribando trasgos, trolls y moredhel, en su intento de proteger a los arqueros mientras estos atacaban a los jefes. Por un tiempo interminable el entrecocar del acero y el retumbar de la sangre en sus oídos fue lo único que Arutha escuchó. Entonces Amos gritó ordenando la retirada. El grito fue repetido por otros jinetes, hasta que todos hubieron oído la llamada.

Arutha echo una ojeada en dirección a donde estaba Amos con su caballo y vio que otra compañía de jinetes se dirigía hacia ellos. Arutha atacó con su espada, desmontando a otro renegado, y se dirigió hacia Trask. Los renegados recién llegados atacaron a los incursores de Amos, frenando su avance. Entonces los incursores giraron en bloque y atacaron a la caballería de Murmandamus. Pronto los incursores empezaron a abrirse paso fuera del campamento, matando a todos cuantos se encontraban entre ellos y la huida. Apareció una brecha en la masa que los rodeaba, una vía libre hacia las puertas. Arutha espoleó a su montura y se unió a los demás en una huida apresurada de vuelta a la ciudad. Miró hacia atrás por encima de su hombro. Una compañía de jinetes vestidos de negro pasaba junto al pabellón de Murmandamus y emprendía la persecución.

—¡Matadores negros! —le gritó a Amos.

Amos hizo una señal y varios jinetes se separaron del cuerpo principal para darse la vuelta y atacar a los matadores. Se lanzaron a la carga y se encontraron un atronador estruendo metálico; varios jinetes de ambos bandos quedaron desmontados. Luego la refriega se disolvió cuando los armengarianos se separaron, mientras otra compañía de moredhel avanzaba hacia el combate. La mayor parte de los armengarianos que habían caído volvieron a montar, pero no todos. Una docena completa de soldados yacía en el suelo arenoso de la llanura.

Las puertas estaban abiertas cuando la compañía de Amos alcanzó la muralla, y una vez dentro de la barbacana se dieron la vuelta. Tras ellos galopaba la retaguardia, trabada en una lucha a la carrera con los matadores negros y otros moredhel.

Una docena de armengarianos trataba de escapar de más de treinta perseguidores.

Amos se acercó a Arutha a la vez que los matadores negros derribaban a un par de jinetes.

—Diez —dijo Amos, contando los jinetes restantes que iban hacia la puerta—. Nueve, ocho, siete. —Sobre la polvorienta llanura una ola de jinetes con armaduras negras abrumó a media docena de soldados que huían—. Seis, cinco, cuatro. —Entonces gritó, con una nota de ira en la voz—: ¡Cerrad las puertas!

Mientras la puerta empezaba a cerrarse, Arutha siguió la cuenta.

—Tres, dos. —Los dos últimos jinetes del grupo incursor cayeron.

Entonces les llegó desde arriba el sonido de catapultas disparando. Un momento después, los gritos de moredhel y caballos moribundos llenaron el ambiente. Cuando se abrieron las puertas interiores, Amos espoleó su caballo.

—Por lo menos los bastardos han pagado. He visto caer al menos a cuatro jefes, dos de ellos claramente muertos. —Amos volvió la vista, como si pudiera ver a través de las enormes puertas—. ¿Pero por qué el bastardo no habrá usado la magia? Eso es lo que no me entra. Nos podría haber tumbado, ¿lo sabes?

Arutha solo pudo asentir. El también se lo preguntaba. Le entregó su caballo a un muchacho encargado de cuidar las monturas y corrió escaleras arriba hasta el puesto de mando de Guy.

—¡Que me aspen! —fue su saludo al llegar junto al Protector.

Varias figuras con armadura negra que estaban tiradas en el suelo estaban empezando a levantarse, con movimientos torpes y espasmódicos, volviendo a sus propias líneas. Sus movimientos se hicieron más fluidos rápidamente y pronto estaba corriendo con tanta rapidez como si estuvieran ilesos.

—Cuando me lo contaste... —empezó a decir Guy.

—... no te lo pudiste creer —acabó Arutha—. Lo sé. Hay que verlo para creerlo.

—¿Cómo se les mata?

—Fuego, magia o arrancándoles el corazón. De lo contrario hasta los trozos encuentran la forma de unirse y se van haciendo más fuertes en cuestión de minutos. Son imposibles de detener por otros medios.

Guy miró a los matadores negros que se retiraban.

—Nunca he sentido la fascinación de tu padre por la magia, Arutha, pero ahora daría la mitad de mi ducado, de mi antiguo ducado, por un solo mago con talento.

Arutha reflexionó.

—Aquí hay algo que me preocupa. No sé mucho de estas cosas, pero me parece que a pesar de todos sus poderes, Murmandamus está haciendo más bien poco por causarnos problemas. Recuerdo a Pug, un mago que conozco, contándome alguna de las cosas que ha hecho... Y bueno, superaban de lejos lo que hemos visto hasta ahora. Creo que Pug podría arrancar las puertas de esta ciudad si le viniera en gana.

—Yo no entiendo de esas cosas —admitió Guy.

Amos estaba tras ellos. Acababa de llegar.

—Quizá el rey de los cerdos no quiere que su ejército dependa demasiado de él. —Guy y Arutha miraron a Amos con abierta curiosidad—. Puede que sea una cuestión de moral.

Guy negó con la cabeza.

—De algún modo, creo que es más complicado.

Arutha observó la confusión en el campamento enemigo.

—Sea lo que sea, lo más probable es que lo sepamos pronto.

Amos se apoyó contra el parapeto.

—Hace dos semanas que se fueron tu hermano y los demás. Si todo ha ido según lo previsto, Martin llega hoy a Montaña de Piedra.

Arutha asintió.

—Si todo ha ido según lo previsto.

Martin estaba agachado en la depresión, con la espalda apretada contra el granito húmedo. El sonido del roce de las botas en las rocas sobre él le indicó que sus perseguidores estaban buscando signos de su paso. Tenía su arco frente a él, y miraba la cuerda rota. Llevaba otra en la mochila, pero no tenía tiempo de volver a encordar. Si lo descubrían, tiraría el arco y echaría mano de la espada.

Respiraba lentamente, intentando mantenerse en calma. Se preguntaba si el destino habría sido amable con Baru y Laurie. Dos días antes habían llegado a lo que parecían ser las colinas de Yabon propiamente dichas. No habían visto señales de persecución hasta hoy, cuando, poco después de la salida del sol les había alcanzado una patrulla de jinetes de Murmandamus. Habían evitado que los pisotearan trepando a las rocas que había junto al camino, pero los moredhel habían desmontado y los habían seguido. Por mala suerte, Martin y los otros habían quedado en lados opuestos del camino, y Laurie y Baru se habían visto forzados a dirigirse hacia el sur, mientras Martin corría hacia el oeste. Tuvo la esperanza de que tuvieran el suficiente sentido común para seguir hacia el sur rumbo a Yabon, y no intentaran reunirse con él. La persecución había durado todo el día. Martin miró hacia arriba y notó que el sol se estaba moviendo detrás de las montañas. Calculó que quedarían unas dos horas de luz. Si podía evitar la captura hasta que oscureciera, estaría a salvo.

El sonido de las botas se fue desvaneciendo y Martin se movió. Dejó el abrigo de las rocas y avanzó medio agachado, medio a la carrera, remontando el curso de un riachuelo. Creía estar cerca de Montaña de Piedra, aunque nunca antes había llegado allí desde el nordeste. Pero algunos hitos del terreno le resultaban vagamente familiares, y si no tuviera en estos momentos otras preocupaciones en las que ocupar el tiempo, estaba seguro de que podría dar pronto con los enanos.

Martin dobló un recodo y se encontró de repente con un guerrero moredhel ante sí. Sin vacilar, Martin atacó con el arco, golpeando al elfo oscuro en la cabeza con la recia arma de tejo. El sorprendido moredhel retrocedió aturdido, y antes de que pudiera recuperarse, Martin tenía la espada en la mano y el moredhel yacía muerto.

Martin giró sobre sus talones. Buscando signos de los compañeros del moredhel. Pensó ver movimiento en la distancia, pero no podía estar seguro.

Corrió rápidamente sendero arriba y descubrió otro recodo. Echó un vistazo y se encontró con media docena de caballos atados. De algún modo había conseguido

ponerse detrás de sus perseguidores y dar de casualidad con sus monturas. Martin corrió y se hizo con un caballo. Usó la espada para cortar las riendas de los demás y les palmeó en el flanco con el canto de la hoja para espantarlos.

Hizo girar su caballo y picó espuelas. Podía galopar por la depresión del riachuelo y alcanzar el sendero. Entonces podría dejar atrás a los moredhel y llegar hasta Montaña de Piedra.

Una silueta oscura cayó sobre él desde lo alto de una roca mientras cabalgaba y lo derribó de la silla. Martin rodó y se incorporó en postura de combate, desenvainado la espada a la vez que el moredhel. Ambos combatientes se enfrentaron a la vez que el moredhel gritaba en su duro dialecto élfico llamando a sus compañeros. Martin atacó, pero el moredhel era un espadachín avezado y mantuvo a Martin a raya. Martin sabía que si se daba la vuelta para huir lo único que conseguiría era una hoja de espada entre las costillas, pero si se quedaba pronto se estaría enfrentando a cinco moredhel. Martin pateó piedras y gujarros contra el moredhel, pero el guerrero era un luchador experimentado y se apartó, evitando que le cayera polvo en los ojos.

Entonces pudo oírse sonido de botas desde ambas direcciones. El moredhel volvió a gritar y le respondieron desde la izquierda de Martin, al sur. Desde su derecha el sonido de armaduras y botas se iba haciendo más fuerte. Los ojos del moredhel se desviaron un instante en esa dirección, y Martin lanzó su ataque. El elfo oscuro evitó el golpe a duras penas, recibiendo un ligero corte en el brazo. Martin aprovechó la pequeña ventaja y, mientras el moredhel estaba desequilibrado, le lanzó una arriesgada estocada que dejaba su guardia abierta para una respuesta si fallaba. No lo hizo. El moredhel se puso rígido y se derrumbó cuando Martin extrajo su espada.

Martin no vaciló. Saltó a las rocas buscando terreno elevado antes de que lo cogieran por ambos lados. Unos guerreros moredhel aparecieron corriendo por el lado sur del arroyuelo, y uno tenía la espada preparada para atacar a Martin.

Martin le pegó una patada, inesperadamente, y el guerrero tuvo que agacharse, fallando el golpe. Entonces, igual de inesperadamente, una mano agarró la blusa de Martin.

Un poderoso par de brazos levantó al duque de Crydee y lo arrastró alejándolo del borde de la depresión. Martin levantó la vista y descubrió un rostro sonriente con una poblada barba pelirroja que lo contemplaba.

—Lamento la brusquedad en el tratamiento, pero ahí abajo las cosas se van a poner muy feas.

El enano señaló, y Martin se dio la vuelta para ver a una docena de enanos corriendo sobre el arroyuelo desde el norte. Los moredhel vieron a los enanos que los superaban en número y trataron de huir, pero los enanos cayeron sobre ellos antes de que hubieran recorrido diez metros. La lucha terminó rápidamente.

Otro enano se unió al que estaba junto a Martin. El primero le entregó al duque

un odre de agua. Martin se levantó y echó un trago.

—Gracias —dijo bajando la vista para mirar al par de enanos, que apenas medirían metro cincuenta.

—De nada. Los hermanos oscuros están metiendo mucho las narices por aquí últimamente, así que mantenemos esta zona bien patrullada. Como tenemos huéspedes —señaló a unos enanos que subían para unirse a ellos—, no faltan zagales que quieran venir a darles una buena paliza. Los muy cobardes suelen correr porque saben que están muy cerca de nuestra casa, pero esta vez han sido una chispa más lentos. Ahora si no te importa. ¿Quién eres y qué haces en Montaña de Piedra?

—¿Esto es Montaña de Piedra? —dijo Martin.

El enano señaló tras Martin y el duque se dio la vuelta. Tras él, sobre el borde de la depresión en la que había estado agazapado, se alzaba una pequeña arboleda. Siguiendo los bosques, vio que se encontraban en la ladera de un gran pico que se alzaba hasta las nubes. Había estado tan concentrado en la persecución de último día, tan concentrado en ocultarse, que solo había visto las rocas y los barrancos. Ahora reconoció el pico. Estaba a medio día de camino de Montaña de Piedra.

Martin contempló la reunión de enanos. Se quitó el guante de la mano derecha y mostró su sello.

—Soy Martin, duque de Crydee. Necesito hablar con Dolgan.

Los enanos parecieron escépticos, como si fuera improbable que un noble del Reino llegara a sus estancias de este modo, pero se limitaron a mirar a su líder.

—Yo me llamo Paxton. Mi padre es Harthom, caudillo de los clanes de Montaña de Piedra y jefe de la aldea de Delmoría. Venid, lord Martin, os llevaremos a ver al rey.

Martin rió.

—Así que aceptó la corona.

Paxton sonrió de oreja a oreja.

—Por decirlo de alguna manera. Dijo que aceptaba el trabajo de rey después de que estuviéramos incordiándolo durante dos años, pero se niega a ponerse una corona. Así que la tiene en un baúl en su salón principal. Venid, Vuestra Gracia, podemos estar allí para la puesta de sol.

Los enanos partieron, y Martin fue tras ellos. Se sentía a salvo por primera vez en semanas, pero ahora su mente volvió a pensar en su hermano y los demás que quedaban en Armengar. ¿Cuánto podrían aguantar? Se preguntaba.

El campamento reverberaba con una cacofonía de tambores, trompetas y gritos. De todas partes llegaban respuestas a la orden de movilización general. Guy observaba el despliegue mientras la luz del falso amanecer daba paso a la luz de la mañana.

—Antes de que el sol llegue al mediodía nos atacarán con todo lo que tienen —le

dijo a Arutha—. Puede que Murmandamus haya sentido la necesidad de reservar algunas fuerzas para la invasión de Yabon, pero no puede permitirse ni un solo día más de retraso. Hoy atacará a por todas.

Arutha observó mientras todas las compañías que había en el campo frente a la ciudad se preparaban para el combate. Nunca se había sentido tan completamente cansado. La muerte de los capitanes de Murmandamus había provocado el caos en el campamento enemigo durante dos días antes de que se restaurara el orden. Arutha no tenía ni idea de qué tratos se habían hecho ni qué promesas se habían formulado, pero finalmente había vuelto al ataque tres días después.

La semana siguiente habían continuado los asaltos, y cada vez más atacantes lograban llegar a las murallas. El último asalto del día anterior había requerido que todas las reservas se enviaran contra una posible brecha para mantener intacta la integridad de la muralla. Unos minutos más y los atacantes habrían tenido una posición defendible en las murallas, posibilitando que más guerreros subieran con seguridad por las escalas, desencadenando una riada de atacantes potencialmente fatal dentro de la ciudad. Arutha pensó que hacía veintisiete días que Martin había partido. Incluso si la ayuda viniera de camino, sería demasiado tarde.

Jimmy y Locklear esperaban cerca, dispuestos para hacer de mensajeros. Jimmy contemplaba a su joven amigo. Desde la muerte de Bronwynn, Locklear estaba como poseído. Buscaba constantemente el combate, a menudo ignorando las órdenes de quedarse en retaguardia para hacer de mensajero. Jimmy lo había visto enzarzarse en combate en tres ocasiones en las que debería haberlo evitado. Su habilidad con la espada y su velocidad le habían servido de mucho, y había sobrevivido, pero Jimmy no estaba seguro de cuánto tiempo podría Locklear seguir sobreviviendo, ni siquiera si realmente deseaba sobrevivir. Había intentado hablar con Locklear acerca de la chica, pero el joven escudero se había negado. Jimmy había visto tanta muerte y destrucción antes de llegar a los dieciséis que en cierto modo se había endurecido. Ni siquiera cuando había creído muertos a Anita o Arutha le había afectado tanto como a Locklear. Jimmy deseaba entender más de esas cosas, y se preocupaba por su amigo.

Guy evaluó la fuerza del ejército que tenían ante ellos.

—No podemos contenerlos en la muralla —dijo al fin, con voz tranquila.

—Lo mismo pienso yo —dijo Arutha.

En las cuatro semanas transcurridas desde la partida de Martin, la ciudad había resistido y los soldados de Armengar habían rendido a un nivel que había superado incluso las expectativas más optimistas de Arutha. Habían dado todo lo que tenían, pero el desgaste ya se había notado en las reservas del ejército. En la última semana habían muerto o quedado incapacitados para la lucha un millar de soldados. Ahora los defensores estaban demasiado dispersos por el perímetro para poder contener la fuerza de los atacantes, y a juzgar por el cuidado de los preparativos de

Murmandamus, realmente planeaba lanzar toda la fuerza de su ejército contra ellos hoy en un asalto final, definitivo. Guy le asintió a Amos. El marino fue hacia Jimmy.

—Trasmite a los comandantes de las compañías que inicien de inmediato la tercera fase de la evacuación.

Jimmy le dio un codazo a Locklear, que parecía casi en trance, y se llevó a su amigo. Corrieron a lo largo de la muralla, buscando a los comandantes de las compañías. Arutha observó que algunos soldados abandonaban la muralla a medida que iba pasando la orden, corrían escaleras abajo hasta el patio exterior y se encaminaban a la ciudadela.

—¿Qué mezcla has decidido? —dijo Arutha.

—Un guerrero en condiciones, dos ancianos o mujeres armados, tres niños mayores, también armados, y cinco pequeños —dijo Guy.

Arutha supo que en cuestión de minutos docenas de grupos así empezarían a escabullirse a las montañas a través del largo túnel que salía de la caverna que había debajo de la ciudad. Debían dirigirse hacia el sur, buscando refugio en Yabon. Teman la esperanza de que, de este modo, al menos sobreviviría alguno de los niños de Armengar. El único soldado estaría al mando del grupo y tendría órdenes de proteger a los niños. Y también órdenes de matarlos antes que permitir que cayeran en manos de los moredhel.

El sol ascendió lentamente, moviéndose a su ritmo, indiferente al conflicto que se desarrollaba abajo. Cuando llegó a la posición del mediodía, seguía sin haber señales.

—¿Por qué esperan? —se preguntó en voz alta Guy.

Casi dos horas después, un débil sonido de golpeteo llegó desde el ejército de la llanura, para ser oído débilmente por los defensores. Continuó durante casi media hora, y entonces sonaron trompetas en la línea de atacantes. Entonces, de detrás de las hileras de tropas aparecieron extrañas siluetas recortadas contra el brillante cielo azul. Semejaban gigantescas arañas negras, o algo parecido. Empezaron a atravesar la hueste, lenta, majestuosamente. Finalmente dejaron atrás la línea de atacantes y se acercaron a la ciudad. Arutha las estudiaba mientras se acercaban. A lo largo de la muralla surgieron gritos de interrogación.

—¡Dioses! ¿Qué son? —dijo Guy.

—Alguna clase de máquina —contestó Arutha—. Torres de asedio móviles.

Eran cajas gigantescas, tres o cuatro veces más grandes que las que habían empleado contra las murallas la semana pasada. Avanzaban sobre enormes ruedas, sin ninguna fuente de impulso visible, ya que ningún gigante, esclavo o bestia de carga tiraba de ellas o las empujaba. Se movían por sus propios medios, con alguna clase de magia. Sus inmensas ruedas hacían un fuerte ruido sordo al pasar sobre las irregularidades del terreno.

—¡Catapultas! —gritó Guy bajando la mano.

Las piedras salieron volando y se estrellaron contra las cajas. Una fue alcanzada en una viga, que se hizo pedazos, haciendo que la cosa volcara y se cayera, dando contra la tierra con un sonoro crujido. Al menos un centenar de trasgos, moredhel y humanos salieron despedidos del choque.

—Cada una de esas cosas debe contener doscientos o trescientos soldados —dijo Arutha.

Guy contó rápidamente.

—Vienen diecinueve más. Con que llegue a las murallas una de cada tres eso son mil quinientos atacantes sobre la muralla al mismo tiempo. ¡Aceite y flechas incendiarias! —gritó.

Los defensores trataron de incendiar las cajas que se acercaban avanzando pesadamente hacia la muralla, pero le habían aplicado algo a la madera y, aunque el aceite ardió en algunas de ellas, solo chamuscó y ennegreció la madera. Gritos desde el interior indicaron que las llamas habían causado algún daño a los atacantes, pero las cajas no se detuvieron.

—¡Todas las reservas al muro! ¡Arqueros a los tejados al otro lado del patio! ¡Compañías de caballería a sus puestos!

Las órdenes de Guy fueron cumplidas rápidamente mientras los defensores esperaban a las cajas que se aproximaban. Las torres de asedio mágicas llenaban la mañana de un grave sonido rechinante con el lento girar de las ruedas. La hueste de Murmandamus avanzaba lentamente detrás de las torres, manteniendo una discreta distancia, ya que todos los disparos defensivos se dirigían hacia las cajas rodantes.

Entonces la primera caja llegó a la muralla. El lado de la caja que miraba al muro cayó hacia delante, como había pasado con las más pequeñas, y docenas de trasgos y moredhel saltaron al frente para enfrentarse a los defensores. Pronto hubo enconados combates en toda la longitud de la muralla. Los atacantes llegaron como una riada sobre la llanura, detrás de sus torres de asedio mágicas. Las partes traseras de las cajas también se abrieron, y se descolgaron escaleras de cuerda. Los atacantes corrieron a subir por las repentinamente accesibles entradas a la ciudad. Desde el centro de las cajas se bajaron largos delantales de cuero, solo a medio metro por delante de las escaleras, para obstaculizar los disparos de arco dirigidos contra los que estaban subiendo a las cajas. Los oficiales de las catapultas siguieron disparando, y muchos soldados de Murmandamus murieron bajo las rocas, pero con los arqueros desplegados en la primera hilera de casas y los demás defensores trabados con los atacantes de las torres no había disparos para hostigar a la hueste de abajo mientras apoyaban escalas contra las murallas.

Arutha se enfrentó a un moredhel que había saltado sobre el cadáver de un soldado armengariaao y lanzó una estocada, obligando al elfo oscuro a retroceder. El moredhel cayó del parapeto a las losas del suelo.

El príncipe giró sobre sus talones y vio a Guy matando a otro. El Protector miró a su alrededor.

—¡No podemos contenerlos aquí! —gritó—. ¡Corred la voz de replegarnos a la ciudadela!

Se corrió la voz y de repente los defensores empezaron a huir de los que estaban llegando a la muralla desde fuera. Una compañía escogida de soldados defendía cada escalera mientras sus compañeros huían hacia la ciudad. Todos eran voluntarios y estaban dispuestos a morir.

Arutha atravesó el patio exterior y vio como abrumaban al último defensor de la muralla. Al llegar a medio camino de la amplia zona abierta, los atacantes saltaron de las escaleras y se encaminaron a las puertas. Súbitamente llegó una lluvia de flechas proveniente de los tejados de los edificios que había frente a la puerta, y hasta el último atacante murió. En ese momento Guy llegó junto a Arutha, y Amos los adelantó.

—Podemos contenerlos en la barbacana hasta que desplieguen sus propios arqueros en la muralla. Entonces nuestros hombres tendrán que retroceder.

Arutha levantó la vista y vio que se estaban tendiendo pasarelas entre los edificios más cercanos al patio exterior. Cuando los arqueros abandonaran la primera línea de edificios, tirarían las pasarelas tras ellos. Los trasgos tendrían que usar arietes para derribar las puertas, subir las escaleras y luego enfrentarse a los arqueros. Pero para entonces los arqueros ya se habrían retirado a otra línea de casas. Dispararían constantemente sobre las calles, obligando a los invasores a pagar por cada metro de avance. A lo largo del último mes se habían ido dejando centenares de aljabas de flechas cubiertas con hule en los tejados, junto con cuerdas y arcos de repuesto. Arutha había calculado que a Murmandamus le costaría no menos de dos mil bajas más atravesar desde el primer patio hasta el segundo.

Un pelotón de soldados corría hacia el patio con grandes mazos de madera. Se pusieron a esperar junto a grandes barriles que se habían colocado en las esquinas, a espera de la orden. Por un momento pareció que iban a ser alcanzados, ya que un mar de trasgos y sus aliados fluía desde la muralla. En ese momento, una compañía de caballería cargó desde una calle lateral e hizo retroceder a los atacantes.

Varias flechas pasaron junto a Guy y Arutha.

—Sus arqueros están en posición. ¡Tocad retirada!

Una trompeta sonó desde el escuadrón de arqueros que se encontraba a medio camino de la calle, y los hombres de los mazos golpearon los barriles, sacando los corchos de sus agujeros. En seguida, el olor a petróleo se mezcló con el olor acre de la sangre que permeaba el ambiente, a medida que los barriles se fueron vaciando lentamente. Inmediatamente después, los soldados de los mazos salieron corriendo por las calles, donde en cada esquina los esperaban más barriles.

Guy le tiró de la manga a Arutha.

—A la ciudadela. Empezamos la siguiente fase.

Arutha siguió a Guy a la vez que empezaba la sangrienta lucha casa por casa.

Los terribles combates siguieron durante dos horas, mientras Guy y Arutha observaban desde el puesto de mando principal en la parte alta de la ciudadela. En la ciudad podían oírse los gritos de los hombres combatiendo, y las maldiciones y alaridos arreciaban. En cada esquina de la ciudad esperaba una compañía de arqueros, así que cada barrio del que se apoderaban los invasores era sobre los cadáveres de sus camaradas. Murmandamus iba a apoderarse de la ciudad exterior, pero pagando un precio terrible por ello. Arutha había revisado su estimación de las bajas de Murmandamus hasta los tres o cuatro mil soldados antes de llegar al patio interior y el foso que rodeaban la ciudadela. Y todavía le quedaba enfrentarse a las fortificaciones interiores de Armengar.

Arutha observaba fascinado. Se estaba empezando a hacer difícil ver con claridad, ya que el sol había caído tras las montañas y la ciudad se encontraba en penumbra. Solo faltaría una hora para el anochecer, pero todavía podía distinguir la mayor parte de lo que estaba sucediendo. Los ágiles arqueros, desprovistos de armaduras, se movían entre los techos mediante largas pasarelas que retiraban al cruzar. Unos pocos trasgos intentaron trepar por el exterior de los edificios, pero fueron derribados por los arqueros de los edificios circundantes. Guy estudiaba atentamente el progreso de la batalla.

—Esta ciudad fue construida para esta clase de combate —dijo Arutha.

Guy asintió.

—Si yo hubiera tenido que diseñar una para desangrar a un ejército enemigo, no podría haberlo hecho mejor. —Miró muy serio a Arutha—. Armengar caerá a menos que llegue ayuda en cuestión de horas. Como mucho tenemos hasta mañana por la mañana. Pero vamos a herir al bastardo, le vamos a hacer mucho daño. Cuando marche contra Tyr-Sog habrá perdido un tercio de su ejército.

—¿Un tercio? —dijo Arutha—. Yo diría una décima parte.

—Mira y verás —respondió Guy con una amplia sonrisa desprovista de humor, y se volvió hacia un soldado encargado de las señales—. ¿Cuánto queda?

El hombre agitó una tela blanca y azul hacia el punto más alto de la ciudadela. Arutha miró hacia arriba y vio que le respondían agitando un par de telas amarillas.

—No más de diez minutos, Protector —dijo el soldado.

Guy estuvo pensativo unos instantes.

—Lanzad otra descarga de las catapultas contra el patio exterior. —Las órdenes se transmitieron y una lluvia de pesadas piedras fue arrojada contra el otro extremo de la ciudad—. Que piensen que no podemos disparar más cerca, y quizá se apresuren a entrar en la ciudad —añadió en voz baja, casi para sí.

El tiempo pasaba lentamente, y Arutha observaba cómo los arqueros se iban retirando de tejado en tejado. A medida que el día se fue desvaneciendo en el crepúsculo, una de las compañías de emboscados corría en dirección al puente retráctil y la puerta exterior de la barbacana de la ciudadela. Cuando la primera compañía llegaba hasta el puente, apareció una segunda y luego una tercera. Guy observó cómo el oficial al mando de la puerta ordenó que recogieran el puente. El último soldado acababa de poner pie en él cuando el puente empezó a moverse sobre el foso. Desde los tejados de la ciudad más arqueros armengarianos siguieron disparando sobre los invasores.

—Son muy valientes al quedarse atrás —dijo Arutha.

—Valientes sí, pero no tienen planeado morir —dijo Guy.

Mientras hablaban, los arqueros de los tejados bajaron cuerdas hasta la calle y se deslizaron por ellas rápidamente. Corrieron hacia la ciudadela, tirando las armas mientras corrían. Desde detrás, los atacantes se lanzaron contra ellos. Cuando los atacantes estaban a medio camino en la zona abierta que se usaba como mercado, los arqueros que había en las murallas de la ciudadela descargaron una salva de flechas. Los armengarianos que huían llegaron al borde del foso y se tiraron de cabeza.

—Les dispararán si tratan de escalar el muro —dijo Arutha. Luego vio que no salían a la superficie.

Guy sonrió.

—Hay túneles subacuáticos en la barbacana y en otras habitaciones que hay dentro de la muralla. Nuestros chicos y chicas saldrán por ellos y luego sellaremos las salidas. —Un grupo de tragos especialmente osados se acercó corriendo y saltó al agua—. Aunque esa escoria logre encontrar los túneles, no serán capaces de abrir las trampillas. Más les vale tener antepasados peces.

Amos llegó del interior de la ciudadela.

—Ya lo tenemos todo listo.

—Bien —respondió Guy contemplando la cima de la ciudadela, desde donde Armand observaba los combates en la ciudad.

Se hizo ondear una bandera amarilla.

—¡Catapultas listas! —gritó Guy. Durante un buen rato no pasó nada—. ¿A qué espera de Sevigny?

Amos rió.

—A que Murmandamus entre por las puertas encabezando su ejército, si hay suerte, o por lo menos a que entren otros mil o así.

Arutha examinó la catapulta más cercana, una gigantesca mangonela que habían cargado con un extraño surtido de barriles flojamente atado. Los barriles eran parecidos a los pequeños barriletes que se usaban para el brandy en las posadas y tabernas, con una capacidad de no más de cinco litros. Cada fardo se componía de

veinte o treinta de aquellos barriletes.

—¡La señal! —dijo Amos.

Arutha observó cómo hacían ondear una bandera roja, y Guy ordenó disparar. A todo lo largo de la muralla, una docena de las gigantescas catapultas arrojó su carga en trayectoria parabólica sobre los tejados de la ciudad. En su vuelo, los barriletes se separaron, cayendo sobre el patio exterior como una lluvia de madera. Las dotaciones recargaron a una velocidad que Arutha consideró asombrosa, ya que en menos de un minuto se ordenó otra descarga y se lanzó una nueva lluvia de barriletes. Mientras se preparaba una tercera salva de barriles, Arutha se dio cuenta de que de un extremo de la ciudad empezaba a salir humo.

Amos también lo vio.

—Los pequeñuelos nos están haciendo parte del trabajo —dijo—. Tienen que haber provocado un incendio para castigarnos por no habernos quedado a morir. Va a ser un tanto sorprendente encontrarse junto al fuego cuando empiece a llover nafta.

Arutha comprendió. Mientras observaba, el humo iba aumentando rápidamente y empezó a elevarse en una línea que indicaba que toda la zona del patio exterior estaba empezando a arder.

—¿Esos barriles en cada esquina?

Amos asintió.

—Algo más de doscientos litros cada uno. En las primeras casas rompimos los barriles, así que todo el suelo entre los edificios y la muralla está encharcado. Un montón de esos asesinos lo han estado pisoteando y se van a encontrar que tienen cubiertos los pies y las piernas. Tenemos barriles en todos los edificios y uno en cada tejado. Cuando sacamos a los caballos de la ciudad también dejamos de controlar el flujo de petróleo. Ahora todos los sótanos de la ciudad están listos para explotar. Esta ciudad le va a dar una bienvenida muy calurosa a Murmandamus.

Guy hizo una señal y se disparó una tercera salva de barriletes. Pero las dos catapultas centrales dispararon piedras envueltas en trapos empapados de nafta y prendidos, que describieron un arco de fuego sobre el cielo. Repentinamente una gran zona próxima a la barbacana de la muralla exterior explotó con un brillante fogonazo. Una torre de llamas se alzó hacia el cielo, subiendo más y más. Arutha siguió observando. Un momento más tarde oyó un estallido sordo y apagado seguido enseguida por una brisa cálida. Las llamaradas siguieron ascendiendo, y durante largo rato pareció que no iban a extinguirse nunca. Entonces empezaron a perder fuerza poco a poco, pero siguió brotando una torre de humo negro que formó un paraguas sobre la ciudad, reflejando el resplandor anaranjado del infierno que había debajo.

—La barbacana ha desaparecido —dijo Amos—. Almacenamos varios centenares de barriles debajo del complejo de la puerta, y dejamos aberturas para que entraran las llamas. Han explotado. Si hubiéramos estado a medio camino de la muralla, ahora

mismo nos retumbarían los oídos.

De la ciudad les llegó el sonido de gritos y maldiciones, a medida que las llamas empezaban a extenderse. Las catapultas siguieron arrojando su carga explosiva sobre las llamas.

—¡Acortad el alcance! —ordenó Guy.

—Los atraeremos hacia la ciudadela —dijo Amos—, para que nuestros arqueros puedan practicar su puntería con los que no se asen.

Arutha contempló cómo la luz se hacía cada vez más intensa. Se produjo otra explosión, seguida rápidamente por otra serie de ellas, cada una seguida poco después por un apagado eco. El viento caliente fue soplando hacia la ciudadela a medida que las espirales de fuego empezaban a danzar en la ciudad exterior. Más explosiones, y a juzgar por el deslumbrante espectáculo, era evidente que se habían dejado grandes cantidades de barriles en puntos estratégicos. Retumbando en los oídos, los sordos sonidos de explosión tras explosión indicaban que la muerte ígnea avanzaba rápidamente desde el patio exterior hacia la ciudadela. Pronto Arutha supo distinguir la diferencia entre un grupo de barriles que prendían y la explosión de un sótano simplemente por el sonido. Tal y como Guy había dicho, era una cálida bienvenida para Murmandamus.

—Señal —dijo un soldado, y Guy miró hacia arriba. Estaban ondeando dos banderas rojas, que ahora eran claramente visibles a la luz del incendio a pesar de que el sol se había puesto.

—Armand nos indica que toda la ciudad exterior está ardiendo —le dijo Amos a Arutha—. Intransitable. Incluso esos matadores negros se achicharrarían dentro. —Sonrió malignamente mientras se frotaba la barbilla—. Solo espero que el grandísimo chupapantofles en persona tuviera prisa por entrar en la ciudad a la cabeza de su ejército.

De la ciudad llegaban gritos de terror e ira y el sonido de pies corriendo. Las llamas avanzaban a ritmo constante hacia el patio interior, y su avance venía marcado por sordas explosiones cada pocos minutos, cada vez que los barriles que había en las esquinas prendían. El calor podía sentirse ya incluso en la muralla de la ciudadela.

—Esta tormenta de fuego les sacará el aire de los pulmones —dijo Arutha.

Amos asintió.

—Ojalá.

Guy bajó la vista por un minuto, revelando la profundidad de su cansancio.

—Armand fue quien diseñó este último plan. Es un condenado genio, quizá el mejor oficial de campo que he tenido nunca. Tenía que esperar a que hubieran entrado los más posibles. Vamos a intentar huir por las montañas, así que debemos hacerles tanto daño como podamos.

Pero Arutha vio, detrás de aquellas palabras serenas, el aspecto derrotado de un

comandante cuya posición está a punto de caer.

—Has organizado una defensa magistral —dijo Arutha.

Guy se limitó a asentir, y tanto Arutha como Amos supieron que, en silencio, decía «No ha sido suficiente».

Ya los primeros invasores venían huyendo en dirección a la ciudadela, y se detuvieron al darse cuenta que estaban expuestos a la vista de los que estaban en las murallas. Se refugiaron tras las esquinas de los últimos edificios, como si esperaran que algún milagro los salvara. El número de soldados de Murmandamus que llegaba huyendo de las llamas fue aumentando a medida que el fuego continuaba su avance por la ciudad. Las catapultas siguieron alimentando el incendio con barriles de nafta, acertando su alcance cada dos disparos para ir acercando el fuego cada vez más al patio interior. Desde la muralla de la ciudadela podían verse brotar llamas de los tejados a unas cinco calles del mercado, luego cuatro, luego tres. Los moredhel, trasgos y humanos, con algunos trolls y gigantes, empezaron a gritar y a luchar entre ellos, ya que cuantos más llegaban huyendo del imposible calor, más eran empujados a terreno abierto.

—Ordena que los arqueros disparen —le dijo Guy a Amos.

Este gritó la orden y los arqueros armengarianos comenzaron a disparar. Arutha miraba sin salir de su asombro.

—Esto no es la guerra —dijo en voz baja—. Es una carnicería.

Los invasores estaban tan apiñados en los márgenes del mercado que cada flecha que llegaba hasta ellos se clavaba en alguien. Pisoteaban a los muertos a medida que eran empujados desde atrás. Se lanzaron más barriles de aceite y las llamas siguieron con su inexorable avance hacia la ciudadela.

Arutha levantó la mano, porque la luz del incendio ya era casi cegadora y el calor se estaba haciendo incómodo. Se dio cuenta de lo horrible que debía ser para las criaturas que estaban al borde del mercado, que estaban cien metros más cerca del fuego.

En ese momento explotaron más barriles, y hubo una espantada general hacia la ciudadela entre gritos y chillidos. Muchos de los que atravesaron el patio corriendo fueron derribados, pero algunos de ellos se lanzaron al foso. Los que llevaban cotas de mallas se hundieron mientras intentaban en vano librarse de la armadura bajo el agua, e incluso algunos que llevaban armaduras de cuero también se hundieron. Pero muchos se quedaron en la superficie, chapoteando como perros.

Arutha calculó que habría unos dos mil muertos a plena vista. Otros cuatro o cinco mil debían haber perecido en la ciudad. Los arqueros armengarianos se estaban cansando tanto que ya apenas podían alcanzar a los objetivos claramente recortados contra las llamas.

—Abrid las válvulas —dijo Guy.

Se oyó un extraño sonido chirriante y empezó a descargarse petróleo sobre el agua del foso. Los gritos de terror llenaron el aire cuando los que estaban en el agua comprendieron lo que pasaba. Mientras las llamas se extendían al patio interior desde la ciudad calcinada, desde la muralla echaron al foso balas de paja prendidas. La superficie del agua estalló en llamas blancoazuladas, que bailaron sobre la superficie. Los chillidos disminuyeron rápidamente, hasta que acabó.

Arutha y los demás se vieron obligados a apartarse del parapeto por las oleadas de calor que subían del foso. Cuando las llamas se extinguieron, echó un vistazo abajo y vio cadáveres ennegrecidos flotando en el foso. Se sintió mareado, y vio que sus sentimientos se reflejaban en el rostro de Guy. Amos solo miraba lúgubrementemente.

—Necesito un trago. Venid conmigo —dijo Guy mientras la ciudad ardía fuera de control—. Solo tenemos unas pocas horas.

Sin decir ni palabra, Amos y Arutha siguieron al Protector de una ciudad moribunda hacia el edificio central de la ciudadela.

Guy apuró su jarra, y luego señaló al mapa que había sobre la mesa. Arutha observaba al lado de una Briana cubierta de hollín, que junto con los demás comandantes esperaba las últimas órdenes de Guy. Jimmy y Locklear habían vuelto de su último puesto y estaban al lado de Arutha. Incluso dentro de la sala de reuniones podían sentir el calor del fuego, alimentado por las catapultas que seguían lanzando nafta a las llamas. La parte del ejército de Murmandamus que había escapado de la trampa se veía obligada por el infierno a esperar fuera.

—Aquí —dijo el Protector señalando uno de varios puntos verdes sobre el mapa— es donde están ocultos los caballos. Fueron sacados de la ciudad durante la segunda fase de la evacuación, Arutha. No sabemos si los trasgos habrán dado con algunos o con todos. Pero tenemos la esperanza de que algunos hayan quedado a salvo. Creo que supusieron que nos habíamos retirado definitivamente a nuestros reductos ahí arriba, y no sintieron necesidad de vigilar nuestra retaguardia. El túnel secreto de salida sigue siendo seguro; solo una patrulla de hermanos oscuros se ha acercado remotamente, y se les vio alejarse sin investigar la zona. La orden general es como sigue: Las compañías abandonarán la ciudad por tumos, desde la primera a la duodécima, junto con los auxiliares que tuvieran asignados. Solo saldrán por el túnel una vez que esté claro que el área circundante es segura. Quiero que la primera compañía actúe como defensa del perímetro, hasta que la sustituya la segunda. Cuando la decimosegunda empiece a salir por el túnel, la undécima se irá también. Solo se permitirá quedarse a los soldados designados para formar la retaguardia. No consentiré que ningún heroísmo de última hora ponga en peligro esta evacuación. No quiero malentendidos. ¿Tiene todo el mundo claro su cometido? —Nadie hizo ningún comentario—. Bien. Ahora aseguraos de que todo el mundo comprenda que

en cuanto se salga de la ciudad cada uno tendrá que mirar por sí mismo. Quiero que lleguen a Yabon tantos como sea posible. Algún día reconstruiremos Armengar — dijo con una cólera fría en la voz. Se detuvo, como si las palabras que iba a pronunciar le resultaran difíciles—. Comenzad la fase final de la evacuación.

Los oficiales salieron de la habitación, y Arutha se dirigió hacia Guy.

—¿Tú cuándo te irás?

—El último, por supuesto.

Arutha miró a Amos, que asintió.

—¿Te importa si me quedo contigo?

Guy pareció sorprenderse.

—Te iba a sugerir que salieras con la segunda compañía. La primera puede encontrarse con alguna sorpresa, y las que vayan después pueden cruzarse con refuerzos desviados a las montañas. Los últimos en irse tienen más posibilidades de que los alcancen.

—No sé si realmente creo ser algún tipo de paladín destinado a destruir a Murmandamus, pero por si lo soy creo que debería quedarme.

Guy reflexionó unos momentos.

—¿Por qué no? Ya no puedes hacer más de lo que has hecho. La ayuda vendrá de camino o no. De cualquier modo, llegará demasiado tarde para ayudar a la ciudad.

Arutha miró de soslayo a Jimmy y Locklear. Jimmy parecía a punto de decir algo, pero Locklear se le adelantó.

—Nos quedamos.

Arutha fue a decir algo, pero vio una extraña expresión en el rostro del escudero de Finisterre. Ya no veía allí la incertidumbre infantil que siempre había acechado detrás de la sonrisa fácil de Locklear. Ahora los ojos parecían más viejos, en cierto sentido más despiadados y, sin ninguna duda, más tristes. Arutha asintió.

Pasaron algún tiempo esperando, bebiendo un poco de cerveza para quitarse el sabor a humo y refrescarse del calor. De vez en cuando venía un mensajero e informaba que una de las compañías había salido de la ciudad. Fueron pasando las horas y entrando la noche. Marcada ocasionalmente por la explosión ocasional de algún sótano al prenderse por fin. Arutha se preguntaba cómo podían haber aguantado tanto, pero cada vez que pensaba que la ciudad había ardido por completo, otra explosión anunciaba que seguía la destrucción.

Cuando se informó que la séptima compañía había abandonado la ciudad, entró un soldado en la habitación. Iba vestido de cuero, pero estaba claro que era un auxiliar, uno de los pastores o granjeros. Llevaba el pelo pelirrojo recogido en una coleta que le caía sobre los hombros, y el rostro cubierto por una poblada barba pelirroja.

—¡Protector! ¡Ven a ver esto!

Guy y los demás corrieron tras el guerrero hasta una ventana en el largo salón, desde la que se dominaba la ciudad en llamas. El brutal infierno se había atenuado, pero seguía habiendo incendios incontrolados por toda la ciudad. Se suponía que pasaría otra hora antes de que Murmandamus pudiera mandar más soldados a que se abrieran paso entre las arrasadas calles, Pero ahora parecía que se habían equivocado. Podían verse figuras avanzando hacia la ciudadela entre los edificios cercanos al mercado que todavía seguían ardiendo.

Guy dejó la ventana y corrió hacia la muralla. Cuando llegó hasta ella, pudo ver la negra silueta de una compañía de soldados recortada contra las llamas. Avanzaban lentamente, como si tuvieran cuidado de mantenerse dentro de un área definida. Mientras observaban, otro correo informó de que la octava compañía empezaba a salir de la ciudadela. Las figuras que se acercaban llegaron al borde del patio interior y Guy maldijo. Grandes compañías de trasgos permanecían dentro de escudos protectores, invisibles salvo por el ocasional reflejo de luz sobre la superficie, Murmandamus llegó cabalgando.

—¿Qué es ese tipo? —dijo Jimmy.

El líder moredhel cabalgaba desprotegido sin ninguna dificultad aparente, ignorando el calor, que aún era intenso. La bestia sobre la que cabalgaba era horripilante de contemplar. Con forma de caballo, estaba cubierta de brillantes escamas rojas, como si la piel de una serpiente de acero se hubiera calentado al rojo vivo. Las crines y la cola de la criatura eran llamas danzarinas, y sus ojos carbones ardiendo. Su aliento parecía vapor.

—Un corcel demoníaco —dijo Amos—. Es una leyenda. Es una montura sobre la que solo pueden cabalgar los demonios.

La criatura se irguió sobre sus dos patas traseras y Murmandamus desenvainó la espada. La agitó en el aire, y frente a las primeras compañías de su ejército apareció algo negro. Era una oscuridad profunda que aniquilaba la luz. Formó un charco sobre los adoquines del patio interior, fluyendo como el mercurio, y dejó de moverse al formar un rectángulo. Tras un momento, los que estaban en la muralla de la ciudadela se dieron cuenta de que se había convertido en una plataforma de tres por tres metros de negro azabache. Entonces empezó a ascender, metro a metro, formando una rampa de ébano sobre el foso. Un trozo de oscuridad se separó de la base y se alejó flotando a poca distancia del puente que se estaba formando. Se estabilizó formando otro bloque y empezó a crecer. De él empezó a formarse otro puente. Tras otra espera, un tercero, y luego un cuarto empezó a tomar forma.

—¡Maldita sea! —dijo Guy—. Está fabricando algún tipo de puente para llegar hasta la muralla. ¡Corred la voz de acelerar la evacuación! —gritó.

Cuando los puentes de azabache estuvieron a medio camino cruzando el foso, las primeras compañías de trasgos se subieron a ellos y empezaron a avanzar lentamente

hacia el borde. Los puentes negros avanzaban hacia los defensores metro a metro. Guy ordenó que los arqueros dispararan.

Las flechas cruzaron el espacio que los separaba, pero rebotaron como si hubieran dado contra una pared. Lo que fuera que protegía a los atacantes del calor también los protegía de los disparos. Los centinelas de la parte alta de la ciudadela informaron que los incendios en la ciudad exterior se estaban apagando y que entraban más invasores en Armengar.

—¡Fuera de las murallas! —Gritó Guy—. ¡La retaguardia a la primera balconada! ¡Que las demás unidades evacúen enseguida, que no espere nadie!

Lo que ahora era una evacuación ordenada iba a convertirse enseguida en una huida desesperada. Los invasores iban a quebrar la última defensa una hora antes de lo que Guy había estimado posible. Arutha supo que era posible que se llegara a combatir habitación a habitación dentro de la ciudadela, y se prometió mentalmente a sí mismo que si se llegaba a eso, él esperaría para enfrentarse a Murmandamus.

Atravesaron corriendo el patio de la ciudadela y corrieron a la escalera interior que daba a la primera de las tres balconadas, mientras oían el ruido de las ventanas siendo cerradas y atrancadas. Al salir del largo salón principal.

Arutha notó una pila de barriles junto a la abertura del ascensor. Había más barriles en cada puerta, y todas las cosas combustibles habían sido distribuidas por los portales, bloqueándolos. Arutha sabía que el último acto de Guy du Bas-Tyra sería prender fuego a la ciudadela con la esperanza de llevarse por delante a más tropas del ejército de Murmandamus. Arutha tuvo la esperanza de que la capacidad de Murmandamus para escudar a sus soldados del fuego tuviera un límite, por el bien del Reino.

Unos soldados vinieron corriendo del otro lado del salón, rompiendo unos extraños paneles que había en las paredes, cubiertos con tablas pintadas para camuflarse entre los sillares blancos. Tras ellos podían verse agujeros negros. Pudo percibirse un débil olor a nafta, ya que la vía de escape abierta empujaba los acres vapores por aquellos conductos de ventilación. Mientras llegaban a la balconada, Amos se dio cuenta de que Arutha estaba mirando hacia atrás.

—Llegan desde el sótano hasta el techo. Más aire para alimentar las llamas.

Arutha asintió y observó cómo la primera oleada de Murmandamus llegaba hasta la muralla de la ciudadela. Tan pronto pusieron pie en ella, el campo que los rodeaba de desvaneció y se dispersaron, buscando cobertura frente a los disparos de los arqueros de la balconada. Las catapultas eran inútiles, ya que el alcance era demasiado corto, pero una docena de balistas, que parecían ballestas gigantes, lanzaron enormes proyectiles parecidos a lanzas contra los enemigos. Guy ordenó a las dotaciones de las balistas que abandonaran la balconada.

Guy observaba cómo sus arqueros contenían a los invasores. Arutha sabía que

contaba cada minuto, ya que por cada uno que pasaba, otra docena de su gente dejaba la ciudad.

Tras los trasgos que avanzaban podían oírse más escalando las murallas. Los soldados de Murmandamus se apoderaron de la barbacoa, desplegaron el puente y abrieron la puerta para que entrara una riada de tropas. Los fuegos en la ciudad se estaban extinguiendo, así que ya podían acercarse a la ciudadela más compañías de invasores y más rápido.

—¡Se acabó! —gritó Guy al fin—. ¡Todos al túnel!

Cada arquero disparó una última vez, y luego se dieron todos la vuelta y huyeron al interior. Cumpliendo su palabra, Guy esperó a que todo el mundo estuviera dentro antes de entrar él y cerrar el cerrojo de la puerta tras de sí. Todas las ventanas de la balconada estaban atrancadas. Desde abajo llegó el sonido de golpes, cuando los invasores empezaron a forcejear con las puertas que daban al patio.

—En el ascensor hay una trampa, tendremos que usar las escaleras.

Doblaron una esquina y salieron a un pasillo, cerraron y atrancaron la puerta y bajaron unas estrechas escaleras. En la parte baja encontraron la enorme caverna. Todas y cada una de las linternas especiales estaban encendidas, iluminando la caverna con una luz fantasmagórica. Los ojos de Arutha le picaron por los vapores, agitados por la brisa que salía del túnel de huida, donde estaba entrando la última compañía de reserva. Guy y los demás corrieron hacia la puerta y tuvieron que detenerse, ya que el túnel solo podía acomodar a dos personas a lo ancho. De arriba llegaron ruidos de gritos y porrazos contra la puerta de arriba de las escaleras.

De nuevo Guy insistió en ser el último en entrar, y cerró la puerta detrás de él, atrancándola con una enorme barra de hierro.

—Pasar esto les debería costar algunos minutos. Reza para que ninguno de esos bastardos entre con una antorcha en la caverna antes de que hayamos salido del túnel, Arutha —dijo mientras se daba la vuelta para huir.

Corrieron, cerrando de paso varias puertas intermedias, que el Protector atrancaba. Por fin llegaron al final del túnel, y Arutha se encontró en una gran caverna. A corta distancia, la boca bostezante de la cueva permitía ver la noche. Mientras Guy cerraba la puerta, una docena de arqueros de la retaguardia permanecían alerta por si el Protector hubiera sido alcanzado. Había otras tres o cuatro docenas de soldados que se dirigían hacia la salida, intentando esperar un minuto o dos antes de partir para no tropezar con los que habían salido antes. A juzgar por los extraños ruidos que se percibían en la noche, era claro que algunos de los huidos se habían encontrado con unidades del enemigo. Arutha sabía que era muy probable que la mayoría de los que habían abandonado la ciudad estuvieran dispersos por las colinas para la puesta de sol del día siguiente.

Guy ordenó a los arqueros que salieran de la cueva, y pronto salió el último de los

que no formaba parte de la retaguardia, y solo ellos, Locklear, Jimmy, Arutha y Amos permanecieron con Guy. Entonces Guy ordenó a la retaguardia que saliera, y pronto los cinco se quedaron solos en la cueva. Otra figura salió de la penumbra, y Arutha vio que se trataba del guerrero pelirrojo que había traído las noticias de la llegada de Murmandamus a través de las llamas.

—¡Vete! —ordenó Guy.

El soldado se encogió de hombros, al parecer ignorando la orden.

—Dijiste que cada uno tendría que mirar por sí mismo, Protector. Prefiero quedarme.

Guy asintió.

—¿Tu nombre?

—Shigga.

—He oído hablar de ti, Shigga la Lanza —dijo Amos—. Ganaste los juegos de Medioverano el año pasado.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Has visto a de Sevigny? —dijo Guy.

Shigga señaló hacia la entrada de la cueva con la barbilla.

—El y algunos otros salieron justo antes de que llegais vosotros, tal y como ordenaste. Ya deberían haber pasado el reducto más alto, a unos cien metros de aquí.

El sonido de la madera al romperse llegó débilmente a través del túnel.

—Han alcanzado la última puerta —dijo Guy, y cogió una cadena que salía de un agujero debajo de la puerta—. Ayudadme con esto.

Entre todos recogieron la cadena y le ayudaron a tensarla y engancharla a una balista que apuntaba en dirección contraria a la puerta. La balista estaba clavada al suelo de roca de la cueva. No había virote en la máquina de guerra, pero tan pronto engancharon la cadena, Arutha se dio cuenta de para qué servía.

—¿Disparas la balista y se derrumba el túnel?

—La cadena recorre todo el túnel hasta la caverna, uniendo las vigas de apoyo entre ellas —dijo Amos—. Debería venirse todo abajo con varios centenares de las cochinas ratas dentro. Pero hay más.

Guy asintió.

—Salid corriendo de la cueva, y cuando lleguéis a la boca yo tiraré de esto.

Un golpeteo rítmico sonó en la última puerta. Habían traído algún tipo de ariete. Arutha y los demás corrieron al exterior de la boca de la cueva y se pararon a mirar. Guy accionó la balista y esta pareció vacilar, entonces, con una sacudida, tiró de la cadena unos pocos centímetros. Fue suficiente. Bruscamente, la puerta salió despedida hacia delante mientras Guy corría hacia la boca de la cueva, seguido por una nube de polvo. Algunos cuerpos ensangrentados y machacados de tragos cayeron entre las rocas que salían del túnel.

Todos se alejaron corriendo de la caverna junto a Guy. Este señaló hacia arriba, a un sendero que conducía sobre la cueva.

—Quiero quedarme allí un rato. Si queréis ir, idos, pero yo me quedo a ver esto.

—Yo no me lo perdería —dijo Amos, y los siguió.

Arutha los miró, y fue tras ellos.

Mientras subían sobre la boca de la cueva, pudieron sentir un temblor bajo los pies mientras resonaban una serie de sordas explosiones.

—Los ascensores estaba preparados para caer cuando el túnel se derrumbara —dijo Amos—. Deberían haber prendido los barriles que había en todos los piso de la ciudadela, de camino la caverna. —Pudo oírse otra serie de explosiones—. Parece que el condenado invento ha funcionado.

De repente el suelo se movió. En sus oídos retumbó un sonido como si el cielo se abriera a la vez que una terrible onda expansiva los arrojaba al suelo y los dejaba momentáneamente aturcidos. Del otro lado del saliente que estaban subiendo, una asombrosa bola de llamas amarillas y anaranjadas brotó hacia el cielo. Subió a gran velocidad, expandiéndose, y en la terrible belleza de su resplandor pudieron ver una estela de restos volando. Sordas explosiones hicieron retumbar el suelo bajo ellos, cuando los últimos depósitos de nafta empezaron a prender, haciendo pedazos el castillo. Piedras, fragmentos calcinados de madera y cuerpos estaban siendo absorbidos hacia el cielo como si un viento gigantesco soplara hacia arriba.

Arutha estaba tumbado en el suelo, pasmado ante el espectáculo. Un viento ululante pasó sobre él, y luego llegó una inmensa oleada de calor. Por un momento el aire les quemó en las fosas nasales e hizo que les picara el rostro, como si se encontraran a pocos metros de la boca de un gigantesco horno. Amos tuvo que gritar por encima del ruido.

—El depósito de debajo de la ciudadela ha explotado. Lo hemos estado ventilando día y noche, para que se volviera explosivo.

Sus palabras sonaron débiles, ya que les zumbaban los oídos, y quedaron ahogadas por otra explosión titánica, que hizo que el suelo diera sacudidas y se moviera bajo ellos, seguida al instante por una serie de detonaciones menores, la onda expansiva de la cuales les golpeó como puñetazos. Estaban a doscientos metros del acantilado desde el que se dominaba la ciudad, pero incluso en aquel punto el calor era casi insoportable.

Guy sacudió la cabeza para aclarársela.

—Es... mucho más de lo que habíamos esperado.

—Si hubiéramos llegado al borde del acantilado nos habíamos cocido —dijo Locklear.

Jimmy miró hacia atrás.

—Y también es bueno que nos apartáramos de la cueva.

Todos volvieron la cabeza para mirar a donde señalaba. El suelo seguía temblando y sonaban explosiones, mientras rocas y escombros pasaban junto a ellos rodando ladera abajo. Bajo ellos, la ladera había cambiado. La primera y enorme explosión había hecho que el túnel escupiera sus contenidos, cubriendo la ladera bajo la cueva con una alfombra de partes corporales y escombros. Una vez más el suelo tembló al retumbar otra grandísima explosión. Otra vez se alzó en el cielo una bola de fuego, aunque no tan inmensa como la anterior. El suelo se movió y llegó una tercera explosión, seguida de temblores de menor importancia. Todos estaban tumbados e inmóviles, para no salir despedidos por los temblores de tierra, tras un rato, el suelo ya solo registraba apagados ecos, y se pusieron en pie. Todavía a doscientos metros o más del borde del acantilado, se reunieron y contemplaron la completa destrucción de Armengar. En solo unos pocos y terribles momentos el hogar de un pueblo, el centro de su cultura, había sido barrido. Era una aniquilación sin igual en los anales de la guerra en Midkemia. Guy observó el cielo encolerizado, brillante. Intentó acercarse al borde del acantilado, pero el calor, una cortina de aire súper calentado casi visible que subía por la cara del acantilado, lo obligó a retroceder. Durante un momento se quedó allí, inmóvil, como tomando fuerzas para enfrentarse al infierno y contemplar los restos de su ciudad, luego desistió.

—Nada puede haber sobrevivido a esa explosión —dijo Arutha—. Todos los trasgos y hermanos oscuros que hubiera entre la ciudadela y la ciudad deben haber muerto.

—Quizá pillamos a Su Bastardeza con los pantalones bajados —dijo Amos—. Me gustaría pensar que su magia tiene límites.

—Puede que sus soldados hayan muerto —dijo Arutha—, pero creo que él habrá escapado de algún modo. No creo que a la bestia que montaba le importara demasiado el fuego.

—¡Mirad! —dijo Jimmy señalando al cielo.

La nube de humo que colgaba sobre ellos resplandecía roja, reflejando la luz del fuego, a la vez que una columna de llamas seguía alzándose hacia los cielos. Contra ese tempestuoso fondo podía verse una solitaria figura cabalgando en el aire a lomos de un corcel rojo brillante. Parecía estar descendiendo como si cabalgara colina abajo es un círculo, y claramente se dirigía hacia el corazón del campamento de Murmandamus.

—¡Hijo de una zorra cochambrosa! —maldijo Amos—. ¿Es que no hay nada que pueda matar a ese comedor de estiércol?

Guy miró a su alrededor.

—No lo sé, pero ahora tenemos otras preocupaciones.

Empezó a descender, y descubrieron que la caverna entera se había derrumbado bajo ellos. Donde antes estaba la boca de la cueva, ya solo podía verse una masa de

escombros extendiéndose hasta el barranco. Se abrieron paso a través de los escombros, pasando junto a varios reductos de piedra destruidos, que habían protegido a la ciudad de ataques desde arriba, y por fin alcanzaron el arroyo que conducía al cañón donde estaban ocultos los caballos.

—Los que han huido habrán limpiado los cuatro o cinco primeros cañones, dijo Guy. Si vamos a buscar monturas tendremos que buscar más lejos.

Arutha asintió.

Todavía tenemos que decidir: al oeste hacia Yabon o al este hacia Highcastle.

—Hacia Yabon —respondió Guy—. Si la ayuda viene de camino tenemos la posibilidad de encontrárnosla por el camino. —Oteó los alrededores, buscando alguna señal de cuál era la mejor dirección para viajar—. Las unidades que Murmandamus tuviera aquí es muy posible que se encuentren desorganizadas. Puede que nos libremos de ellas.

Amos soltó una risita.

—Incluso sus compañías más grandes se lo pensarán dos veces antes de interponerse frente a un ejército en retirada. No es exactamente saludable.

—A pesar de todo, si se los arrincona luchan como las ratas que son —dijo Guy—. Y con las primeras luces aquí arriba habrá miles de refuerzos. Como mucho tenemos unas horas para alejarnos.

El sonido de movimientos proveniente del cañón hizo que todos desenvainaran las armas y retrocedieran al escaso abrigo proporcionado por las rocas caídas. Guy les hizo un gesto para que se prepararan.

Esperaron en silencio, y una figura emergió de un recodo. Guy saltó al frente, y detuvo su golpe en mitad de su trayectoria.

—¡Briana!

La comandante de la tercera compañía parecía algo aturdida, y sangraba de un corte en la sien. Al ver a Guy se tranquilizó.

—Protector —dijo con alivio—. Nos hemos visto obligados a retroceder. Había una patrulla de trolls al otro extremo del cañón intentando volver a sus propias líneas. Al parecer empezamos a combatir cada uno para seguir su camino. Luego la explosión... muchas rocas cayeron sobre nosotros. No sé qué les pasó a los trolls. Creo que huyeron... —señaló la frente, que le sangraba—. Algunos de nosotros estamos heridos.

—¿Quién está contigo?

Arutha se adelantó mientras Briana sacudía la cabeza para aclarársela, y luego hizo un gesto. A la luz del incendio de la ciudad salieron dos guardias más, uno claramente herido, y una docena de niños o más. Miraban a Arutha, Guy y los otros con los ojos desorbitados.

—Unos hermanos oscuros los habían atrapado en una grieta, varios de mis

soldados mataron a los hermanos, pero nos separamos. Llevamos una hora encontrando rezagados.

Guy contó.

—Dieciséis. ¿Qué hacemos ahora, Arutha?

—Por mucho que cada uno tenga que mirar por sí mismo, no podemos dejarlos —dijo Arutha.

Amos se dio la vuelta, alertado por un sonido de algo que se acercaba.

—Lo que sea que haya que hacer, mejor lo hacemos en otro sitio. Vámonos.

Guy señaló el borde del cañón, y él y los demás empezaron a ayudar a los niños a trepar. Pronto todos estuvieron fuera del cañón y avanzando hacia el oeste.

Arutha fue el último en subir, y mientras los demás se perdían de vista, él se arrodilló tras unas rocas. Apareció una compañía de trasgos, avanzando cautelosamente como si esperaran que los atacasen en cualquier momento mientras intentaban regresar a salvo a sus líneas. Por su aspecto ensangrentado, estaba claro que ya se habían encontrado con algunos elementos de la retirada armengariana, Arutha esperó hasta que estuvo seguro de que los niños habían avanzado un trecho, y luego cogió una roca y la lanzó tan lejos como pudo detrás de los trasgos. La piedra voló sin ser vista a través de la oscuridad y cayó estruendosamente tras ellos. Los trasgos miraron hacia atrás y salieron corriendo, como si temieran un ataque por la retaguardia. Arutha corrió agazapado, y saltó al siguiente sendero. Pronto alcanzó al último de su grupo, el hombre llamado Shigga, que cubría la retaguardia.

Shigga movió la cabeza.

—Trasgos —susurró Arutha.

El lancero asintió y continuaron avanzando por el sendero, siguiendo a la banda de pequeños fugitivos.

Huida

Todo el mundo, niños incluidos, se cubrió en las rocas, ocultándose de la posible observación. El grupo entero estaba agazapado en un barranco, que llevaban siguiendo toda la noche. Se acercaba el amanecer, y después de la ígnea destrucción de Armengar, las colinas que había detrás de la ciudad se habían convertido en tierra de nadie.

La caída de la ciudad había sido una victoria para Murmandamus, pero una victoria muchísimo más costosa de lo que había esperado. Las colinas de detrás de Armengar se habían sumido en el caos. Las unidades que estaban desplegadas allí habían sido arrolladas por el ejército en desbandada que huía de la ciudad. Un gran número de trasgos y trolls habían abandonado las colinas y huido de vuelta al campamento de Murmandamus.

En las primeras horas tras la caída de la ciudad, el grupo de Arutha había visto pocos trasgos o hermanos oscuros, pero era evidente que Murmandamus había ordenado que gran número de unidades volvieran a las colinas. Al principio las fuerzas de Murmandamus no disfrutaban de una ventaja clara en las rocas. No había coordinación entre los comandantes, y tampoco había en las colinas suficiente cantidad de soldados como para poner en desventaja numérica a los armengarianos que huían. Las partidas de trasgos y moredhel se aventuraban en los barrancos y grietas que había detrás de la ciudad intentando atrapar a los fugitivos, a oscuras, pero muchos nunca salían. Ahora el equilibrio se estaba rompiendo. La zona pronto estaría completamente bajo el control del enemigo.

Arutha miró hacia atrás, a los niños acurrucados. Varios de los más pequeños estaban a punto de desfallecer por la noche sin dormir y el constante terror. El problema de encontrar un camino seguro hacia el sur se veía agravado por la imposibilidad de los niños más pequeños de avanzar rápido. Y en cada recodo corrían el riesgo de encontrarse al enemigo. En dos ocasiones se habían encontrado con grupos provenientes de la ciudad, y Guy les había ordenado seguir por su lado, negándose a que su grupo se hiciera más grande. En otras dos ocasiones habían

descubierto cadáveres, de ambos bandos.

El sonido de las botas se hizo más fuerte, y a juzgar por su cantidad y la ausencia de cualquier intento de ocultarse, Arutha supuso que se trataría del enemigo. Hizo una señal y todos retrocedieron en el barranco, quedando Arutha, Guy, Amos, Briana y Shigga agazapados en las sombras delante de los niños acurrucados. Jimmy y Locklear se quedaron entre los chiquillos para mantenerlos en silencio.

La patrulla, encabezada por un moredhel, se componía de trolls y trasgos. Los trolls olfateaban el aire, pero la persistente peste a humo confundía sus sentidos. Pasaron de largo el barranco y se metieron en un gran desfiladero. Cuando hubieron pasado, Arutha hizo una señal y la compañía avanzó cautelosamente hacia el oeste, la dirección opuesta al rumbo de la patrulla.

De repente un niño gritó asustado, y Arutha y los demás se dieron la vuelta. Jimmy saltaba hacia la retaguardia seguido de Locklear, con las armas desenvainadas para hacer frente al ataque de los trolls. Arutha no sabía si es que habían descubierto a los fugitivos o habían decidido desviarse por el barranco, pero eso no importaba, sabía que debían despachar a esta patrulla lo más rápido posible, o alertarían a más.

Arutha atacó por encima del hombro de Locklear y mató a un troll que obligaba a retroceder al muchacho. Amos y Guy pasaron junto a ellos y pronto toda la compañía estuvo enzarzada en combate. Shigga atacó con su lanza, matando a otro troll, mientras que el moredhel se enfrentaba a Guy. El elfo oscuro reconoció al Protector de Armengar, ya que gritó: «¡Tuerto!», y atacó con furia salvaje, obligando a retroceder a Guy. Sin embargo, Locklear repitió el truco de Arutha y atacó desde detrás de Guy, matando al moredhel.

Todo acabó súbitamente, con cinco trolls, el mismo número de trasgos y de moredhel muertos.

—Suerte de lo estrecho que es el barranco —dijo Arutha entre jadeos—. Si nos hubieran podido rodear no habríamos sobrevivido.

Guy contempló el cielo, que empezaba a ponerse gris.

—Tenemos que encontrar un escondite. Los niños están a punto de desmayarse y no hay ningún sitio cerca por el que podamos atravesar las montañas.

—Mi kraal no está lejos —dijo Shigga—, así que conozco el terreno, Protector. Siguiendo poco más de una milla al oeste hay un sendero que no se usa muy a menudo. Llega hasta una covacha. Quizá podamos camuflarla. Es una subida difícil...

—Pero no tenemos otra elección —dijo Amos.

—Guíanos —dijo Guy.

Shigga emprendió el camino a buen paso, bajando el ritmo solo para espiar en los recodos del camino. Cuando por fin trepó por las rocas que había en una de las laderas del barranco, empezaron a subir a los niños. Ya había subido al último niño y Briana había trepado tras ellos, cuando llegó un grito desde el oeste. Media docena de

soldados armengarianos se retiraban luchando en dirección a Arutha y sus compañeros perseguidos por un número mayor de trasgos.

—¡Saca a los niños de aquí! —le gritó Guy a Briana.

Shigga se agazapó con la lanza preparada, mientras Briana llevaba a los chiquillos hasta la covacha.

Arutha y los demás se unieron a los armengarianos y bloquearon el barranco, negándose a ceder ante los trasgos. Estos luchaban con una determinación frenética.

—¡Están huyendo de alguien que viene detrás de ellos! —gritó repentinamente Arutha.

La presión aumentó a medida que los trasgos empezaban a saltar contra los armengarianos. Guy ordenó una retirada lenta, y paso a paso dejaron que los trasgos los hicieran retroceder por el barranco. Shigga estaba agazapado al borde del barranco, defendiendo el corto sendero que llevaba hasta la cueva contra cualquier trasgo o troll que intentara trepar hacia los niños, mientras que Briana seguía instando a los niños a trepar. Pero los trasgos decidieron ignorarlos, intentando frenéticamente sobrepasar al destacamento de Guy.

Entonces llegó un grito desde el otro lado, más allá del campo de visión de Arutha, y varios de los trasgos de la retaguardia empezaron a combatir a otro enemigo. Los trasgos dejaron de moverse, ya que estaban atrapados entre dos grupos de enemigos. Un grito desde detrás hizo que Arutha se diera la vuelta. Jimmy y Locklear estaban vigilando la retaguardia y había visto aparecer por el otro extremo del barranco una nueva compañía de trasgos.

—¡Trepad! ¡Salgamos de aquí! —gritó Arutha sin vacilar.

Los chicos y él saltaron a las rocas, y atacaron desde arriba, para que Amos y Guy tuvieran posibilidad de subir. Arutha ya pudo ver lo que había provocado que la primera banda de trasgos huyera hacia ellos. Una compañía de enanos combatía furiosamente contra los trasgos. Detrás de los enanos podían verse dos elfos, con los arcos dispuestos y disparando sobre las cabezas de sus compañeros, más bajos. Arutha reconoció a uno de los elfos.

—¡Galain!

El elfo levantó la mirada y saludó. Se echó el arco al hombro y subió al borde del barranco de un salto. Rodeó la lucha de abajo y tras un largo salto con carrerilla se encontró en el lado del barranco donde estaba Arutha.

—¡Martin ha seguido hasta Yabon! ¿Estáis bien?

Arutha asintió y respiró hondo.

—Sí, pero la ciudad ha desaparecido.

—Lo sé —dijo el elfo—. La explosión pudo verse a millas de distancia. Llevamos toda la noche recogiendo refugiados. La mayor parte de los enanos de Dolgan han formado un pasillo alrededor del sendero alto —señaló al sendero principal que

habían usado para llegar a Armengar—. La mayor parte de los que huyen lograrán pasar.

—En la cueva de ahí arriba hay niños —dijo Guy señalando a donde estaba Shigga agazapado, al otro lado del barranco.

—¡Arian! —gritó Galain señalando también a la cueva—. Hay niños allí arriba.

El segundo destacamento de trasgos se unió a la refriega y la conversación se vio interrumpida. Varios trasgos trataron de trepar para alcanzar a los que estaban en las rocas, pero Amos pateó a uno en la cara, Jimmy atravesó a otro, y los demás se lo pensaron mejor.

Una pausa momentánea en la lucha permitió a Arian, el otro elfo, gritar que iban a sacar a los niños. El elfo siguió disparando contra los trasgos mientras dos enanos subían como podían el pequeño sendero para ayudar a Shigga, Briana y los dos soldados armengarianos que quedaban a sacar a los chiquillos.

—Calin envió una compañía de nosotros a Montaña de Piedra para conmemorar que Dolgan aceptaba la corona —dijo Galain—. Cuando llegó Martin y nos contó lo que estaba pasando aquí arriba, Dolgan partió al momento. Arian y yo decidimos venir, mientras que los demás volvían a Elvandar con las noticias de la marcha de Murmandamus. Calin no puede dejar nuestros bosques desprotegidos ahora que Tomas no está, pero creo que enviará una compañía de arqueros para ayudar a los enanos a pasar a los supervivientes al otro lado de las montañas. El pasillo de los enanos está bien defendido, desde la Grieta de Indindel hasta más o menos una milla al oeste de aquí. Los guerreros de Dolgan están por todas las colinas, así que por un tiempo la cosa va a estar animada.

Los enanos contenían a los trasgos desde detrás de un muro de escudos mientras los que estaban arriba bajaban a los niños hasta dos enanos que había atrás, que los ponían a salvo rápidamente. Jimmy tiró de la manga de Guy y señaló a una compañía de trolls que venía trepando desde abajo. Guy miró a su alrededor, y comprobó que entre ellos y los enanos había más de una docena de trasgos, luego señaló al este. Les hizo señales a Briana y Shigga, indicándoles que huyeran con los niños. Rápidamente, Guy y los demás bajaron y se alejaron de los trasgos. Retrocedieron a la última intersección por la que habían pasado, y avanzaron por el poco profundo barranco hasta llegar a la misma cobertura en la que se habían protegido momentos antes.

—Los trolls que vienen desde abajo nos impedirán llegar hasta los enanos —dijo Guy—. Quizá podamos bajar y dar un rodeo.

—Aquí arriba la situación es bastante caótica —dijo Galain—. Yo estaba con las avanzadillas de Dolgan, y han llegado tan lejos como podían. Ahora empezarán a retirarse. Si no los alcanzamos rápidamente nos quedaremos atrás.

La conversación quedó interrumpida por los gritos que indicaban que más soldados de Murmandamus corrían sobre el barranco para hacer frente a los

atacantes enanos. Guy hizo un gesto y emprendieron la marcha agachados, bajando por el curso del arroyuelo.

—¿Dónde estamos? —dijo Guy cuando hubieron avanzado varios centenares de metros.

Todos intercambiaron miradas y se dieron cuenta de que habían seguido el curso de un arroyo diferente, y ahora se encontraban a cierta distancia al oeste de la caverna que salía de la ciudad. Jimmy miró hacia arriba y se levantó brevemente antes de agacharse. Señaló.

—Por allí sigue viéndose un resplandor en el cielo, así que la ciudad tiene que estar en esa dirección.

Guy maldijo en voz alta.

—No estamos tan al este como yo había supuesto. No sé a dónde da este barranco. Arutha miró al cielo, que empezaba a iluminarse.

—Más vale que sigamos en movimiento.

Emprendieron la marcha a toda prisa sin saber a ciencia cierta a dónde se dirigían, pero seguros de que ser atrapados significaba la muerte.

—Jinetes —susurró Galain, que había estado explorando por delante del grupo. Arutha y Guy señalaron—. Renegados, media docena. Los bandidos están descansando alrededor de una hoguera. Parece que están de acampada.

—¿Alguna señal de que haya más? —preguntó Guy.

—Nada. He visto algo de movimiento más al oeste, pero creo que estamos detrás de las líneas de Murmandamus. Si los que están haraganeando junto al fuego son una indicación, por aquí las cosas están tranquilas.

Guy hizo un gesto pasándose el pulgar por la garganta. Amos sacó un cuchillo y les hizo un gesto a los muchachos para que rodearan el campamento. Avanzaron sigilosamente, hasta que Jimmy hizo una señal y Locklear y él treparon ladera arriba para dar el rodeo. Ambos escuderos avanzaron rápidamente y en silencio, mientras Arutha, Amos, Galain y Guy esperaban. Oyeron un grito sobresaltado y corrieron hacia delante.

Los dos muchachos habían saltado sobre un centinela que había al otro lado el pequeño campamento, y los otros cinco hombres miraban en esa dirección y le daban la espalda al grupo principal. Tres de ellos murieron sin saber que alguien venía por detrás, y los otros dos los siguieron rápidamente.

Guy miro a su alrededor.

—Coged sus capas. Si nos interrogan lo más probable es que nos descubran, pero si seguimos moviéndonos por los riscos, quizá sus centinelas piensen que somos otro grupo en busca de rezagados.

Los chicos se pusieron capas azules sobre sus cueros marrones armengarianos. Arutha se quedó con su propia capa azul, mientras que Amos cogía una verde. Guy

también siguió con su capa negra. Hasta el último de los armengarianos vestía de marrón, así que esos colores podían disfrazar a los fugitivos durante un tiempo. Arutha le arrojó una capa gris a Galain.

—Toma, trata de poner cara de hermano oscuro por un tiempo.

—Arutha, no sabes cómo esa afirmación pone a prueba mi amistad —dijo el elfo secamente—. Tengo que hacer que Martin te lo explique.

—Me gustará mucho, si es de vuelta en casa y tomando una copa de vino en compañía de nuestras familias.

Ocultaron los cuerpos en una hondonada. Jimmy subió a una cornisa que había sobre el campamento, y de allí trepó a otra cornisa más elevada, poniéndose de pie para tratar de otear dónde se encontraban.

—¡Maldición! —dijo al bajar de un salto.

—¿Qué? —dijo Arutha.

—Una patrulla, a una media milla en esa dirección. No traen prisa, pero vienen en esta dirección. Treinta jinetes o más.

—Nos vamos —dijo Guy, y se montó en el caballo de uno de los renegados.

—Galain —dijo Arutha mientras partían—. No he tenido tiempo de preguntarte por los demás que viajaban con Martin. —No formuló la pregunta abiertamente.

—Martin fue el único en llegar a Montaña de Piedra —dijo Galain, y se encogió de hombros—. Sabemos que el amigo de la infancia de Laurie ha muerto. —Siguiendo la costumbre élfica, habló de Roald sin emplear el nombre del muerto—. De Laurie y Baru el Matasierpes no sabemos nada.

Arutha solo pudo asentir. Sentía mucho la muerte de Roald. El mercenario había demostrado ser un compañero leal. Pero le preocupaba más el desconocido destino de Laurie; pensaba en Carline. Esperó por el bien de ella que Laurie estuviera bien. Apartó aquella preocupación para centrarse en otra más inmediata y le indicó a Galain que los guiara.

Avanzaron hacia el este, tomando el sendero alto siempre que era posible. Galain cabalgaba adelantado, y así parecían una compañía de renegados liderada por un moredhel.

Al llegar a un cruce de caminos, desde allí pudieron ver de nuevo la ciudad. Estaba aplastada contra la ladera de la montaña, convertida en una pila de escombros humeantes. El cráter donde había estado el castillo seguía vomitando humo negro. Las rocas de la cara del acantilado parecían brillar rojas en la penumbra matinal.

—¿Es que no queda nada del castillo? —se preguntó Guy en voz baja.

Amos miró, su rostro una máscara de piedra.

—Estaba allí —respondió, señalando un punto en la base del acantilado.

Ahora solo podía verse un infierno de llamas, mientras el lago de nafta ardía sin freno en el profundo agujero que la explosión había dejado en la roca. No se veía nada

que se pareciera al castillo, el muro interior, el foso ni las primeras doce hileras de casas de la ciudad. Los edificios más cercanos a la ciudadela que podían distinguirse eran poco más que pilas de escombros. Solo la muralla exterior permanecía intacta, excepto el punto donde la barbacana había volado por los aires. Todo lo demás estaba destrozado, calcinado o ardiendo al rojo.

—Se ha ¡do. Armengar se ha ido —dijo Amos.

No quedaba ningún edificio intacto y la ladera entera estaba cubierta por una bruma negro-azulada proveniente del humo. Incluso fuera de las murallas la alfombra de cadáveres era espantosa.

Estaba claro que el saqueo de la ciudad le había costado un terrible vapuleo a Murmandamus, pero su hueste seguía dominando la llanura que había al otro lado de las murallas. Los estandartes ondeaban y las compañías se movían, ya que el caudillo moredhel estaba poniendo en marcha su ejército. Amos escupió.

—Mirad, tiene en reserva un ejército aún más grande que el que lanzó contra nosotros.

—Le habéis costado cerca de quince mil muertos... —dijo Arutha con voz cansada. Guy le interrumpió.

—Y sigue pudiendo marchar con más de treinta y cinco mil contra Tyr-Sog...

Las unidades estaban en movimiento, y los exploradores y batidores galopaban hacia sus puestos asignados a lo largo de la línea de marcha. Guy examinó los movimientos durante un rato.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¡No está avanzando hacia el sur! ¡Está moviendo su ejército hacia el este!

Arutha miró a Amos, y luego a Guy.

—Pero eso no tiene sentido. Puede contener a los enanos al oeste y hacerlos retroceder hasta llegar a Yabon.

—Al este... —dijo Jimmy.

—... Se encuentra Highcastle —acabó Arutha.

Guy asintió.

—Va a conducir a su ejército por la Grieta de Cutter, directo contra la guarnición de Highcastle.

—¿Pero para qué? —Dijo Arutha—. Puede arrollar Highcastle en cuestión de días, pero se quedaría allí plantado en la Meseta Alta, con ambos flancos desprotegidos. No tiene ningún objetivo claro.

—Si se dirige al sur, estaría en el Bosque Oscuro en un mes —dijo Guy.

—Sethanon —dijo Arutha.

—No lo entiendo —dijo Guy—. Puede apoderarse de Sethanon, su guarnición no es más que una compañía ceremonial. Pero una vez allí, ¿qué? Puede invernar, forrajeando en el Bosque Oscuro y aprovechando los suministros capturados en la

ciudad, pero cuando llegase la primavera Lyam caería sobre él desde el este, y tus fuerzas desde el oeste. Estaría entre el martillo y el yunque, con una retirada de quinientas millas hasta las montañas. Significaría su destrucción.

Amos escupió.

—No subestimemos al tocanarices. Algo trama.

Galain miró a su alrededor.

—Más vale que sigamos la marcha. Si es seguro que avanza hacia el este no podremos retroceder y alcanzar Indindel. Esa patrulla que vimos será una avanzadilla de batidores. Permanecerán en este camino toda la marcha, detrás de nosotros.

Guy asintió.

—En ese caso debemos alcanzar la Grieta de Cutter antes que sus avanzadillas.

Arutha espoleó a su caballo y empezaron la cabalgada hacia el este.

Durante el resto del día lograron mantenerse por delante de los soldados de Murmandamus. Ocasionalmente veían exploradores apartándose del grueso del ejército, lejos, abajo en la llanura, y había señales de movimiento tras ellos. Pero el camino empezó a descender.

—Si seguimos avanzando en dirección a la llanura nos vamos a topar de frente con sus exploradores —dijo Arutha al anocheecer.

—Si seguimos cabalgando una vez haya oscurecido, puede que logremos alcanzar los bosques que hay al pie de las colinas —dijo Guy—. Y si continuamos toda la noche y no nos despegamos de la base de las colinas, llegaremos hasta el Edder propiamente dicho. Dudo que siquiera Murmandamus enviase gran número de tropas al Bosque de Edder. Puede rodearlo con facilidad. El Edder no es un sitio en el que me gustaría estar, pero estaremos a cubierto. Si cabalgamos toda la noche podemos sacarles la suficiente distancia para estar a salvo... al menos de ellos.

Jimmy y Locklear intercambiaron miradas interrogativas.

—¿Qué quiere decir, Amos? —preguntó Jimmy.

Amos miró a Guy, que asintió.

—El Edder es un mal sitio, muchacho. Podemos... podíamos talar adentrándonos hasta unas tres millas en el bosque. Un poco más adentro se podía cazar. Pero más al interior, bueno, no sabemos qué había. Incluso los trasgos y los hermanos oscuros lo evitan. Cualquiera que se adentre en el bosque no vuelve a salir. No sabemos lo que hay allí. El Edder es condenadamente grande, así que allí dentro podría haber cualquier cosa.

—En ese caso saltamos de la sartén para caer en las brasas —dijo Arutha.

—Quizá —respondió Guy—. Sin embargo, sabemos a lo que nos enfrentamos si bajamos hasta la llanura.

—Quizá pudiéramos escabullimos, manteniendo los disfraces —dijo Jimmy.

Fue Galain quien respondió.

—No hay ninguna posibilidad, Jimmy. Una sola mirada y cualquier moredhel reconoce a un eledhel al instante. Es algo de lo que no solemos hablar, pero créeme. Tenemos una forma instintiva de reconocemos.

Amos picó espuelas.

—Entonces no hay nada más que decir. Al bosque, chavalotes.

Cabalgaban tan sigilosamente como podían a través de un bosque oscuro y sobrecogedor. Desde la distancia llegaban los ecos del ejército de Murmandamus, acampado para pasar la noche en la llanura del norte. Arutha calculó que para la puesta de sol habrían dejado bastante atrás el ejército de Murmandamus. Al mediodía habrían salido del bosque, estarían en la llanura y podrían acelerar el paso. Luego, si podían llegar a la Grieta de Cutter y a Brian, señor de Highcastle, había una posibilidad de entorpecer el paso de Murmandamus hasta la Meseta Alta y el Bosque Oscuro.

Jimmy hizo avanzar a su caballo y se puso junto a Galain.

—Tengo una sensación rara.

—Yo también —dijo el elfo en voz baja—. Y también siento algo familiar en estos bosques, aunque no puedo ponerle nombre. Pero claro —añadió con humor élfico—, solo soy un joven. No llego a los cuarenta años.

—Un niño de teta —respondió Jimmy.

Guy cabalgaba junto a Arutha.

—Puede que alcancemos Highcastle. —Se mantuvo un rato en silencio—. Arutha, volver al Reino me plantea algunos problemas.

Arutha asintió, ya que lo comprendía, aunque el gesto se perdió en la oscuridad.

—Hablaré con Lyam. Supongo que cuando lleguemos a Highcastle podré conseguirte el indulto. Hasta que resolvamos este desastre, estarás bajo mi protección.

—No me preocupa mi destino —dijo Guy—. Mira, tengo lo que queda de una pequeña nación de camino hacia Yabon. Solo... solo quiero asegurarme que se cuida de ellos. —Su voz revelaba una profunda desesperación—. Juré reconstruir Armengar. Ambos sabemos que eso nunca sucederá.

—Ya pensaremos en algo para integrar a tu gente en el Reino, Guy —dijo Arutha, estudiando la silueta que cabalgaba a su lado en la oscuridad—. ¿Pero qué pasa contigo?

—No me preocupo por mí mismo. Pero... mira, piénsate interceder ante Lyam por Armand... si ha salido de esta. Es un general excelente y un gran líder. Si yo hubiera asumido la corona él hubiera sido el siguiente duque de Bas-Tyra. Ya que yo no tengo hijos, no podría haberme imaginado una elección mejor. Necesitarás gente como él, Arutha, si hay que enfrentarse a lo que se nos viene encima. Su único defecto es su desproporcionado sentido de la lealtad personal y el honor.

Arutha prometió pensarlo y ambos quedaron en silencio. Siguieron cabalgando

hasta bien pasada la medianoche, cuando Arutha y Guy se pusieron de acuerdo para hacer un alto. Guy se acercó a Galain mientras los caballos descansaban.

—Nos hemos adentrado en estos bosques más que ningún armengariano que haya vuelto.

—Estaré alerta —dijo Galain. Estudió el rostro de Guy—. He oído hablar de ti, Guy du Bas-Tyra. Lo último que supe es que eras objeto de cierta desconfianza —dijo con la templanza propia de los elfos—. Parece que las circunstancias han cambiado. —Señaló a Arutha con una inclinación de cabeza.

Guy sonrió lúgubrementemente.

—Por el momento. El destino y las circunstancias a veces forjan alianzas inesperadas.

El elfo sonrió.

—Eso es cierto. Tienes una percepción parecida a la de los elfos. Algún día me gustaría oír la historia.

Guy asintió. Amos se acercó.

—Creo haber oído algo por allí.

Guy miró a donde señalaba Amos. Entonces ambos descubrieron que Galain había desaparecido.

Arutha se acercó.

—Yo también lo he oído, igual que Galain. Volverá pronto.

Guy se recostó, descansando pero manteniéndose alerta.

—Esperemos que pueda.

Jimmy y Locklear cuidaban de los caballos en silencio, mientras Jimmy estudiaba a su amigo. En la oscuridad solo podía ver un poco de la expresión del muchacho, pero sabía que Locklear aún no se había recuperado de la muerte de Bronwynn. En ese momento, a Jimmy le sobrevino un extraño sentimiento de culpa. No había pensado en Krinsta desde la retirada de la muralla. Jimmy trató de sacudirse la irritación. ¿No habían sido amantes por puro deseo y habían entrado libremente en la relación? ¿Habían hecho alguna promesa? Sí y no, pero Jimmy se sentía molesto por su propia falta de preocupación. No deseaba que le pasara nada malo a Krinsta, pero no veía para qué serviría preocuparse por ella. Era tan capaz de cuidar de sí misma como cualquier otra mujer que Jimmy hubiera conocido, ya que había sido entrenada como soldado desde la infancia. No, lo que preocupaba a Jimmy era la ausencia de preocupación. Sentía vagamente que le faltaba algo. Se irritó. Ya se había preocupado bastante por los demás en su vida, con la herida de Anita y la falsa muerte de Arutha. Implicarse con otra gente era una maldita molestia. Por fin sintió que su irritación se convertía en ira.

Fue hacia Locklear y agarró a su amigo, sacudiéndolo.

—¡Para ya! —siseó.

Los ojos de Locklear se abrieron de par en par, sorprendidos.

—¿Parar qué?

—Este condenado maldito... silencio. Bronwynn ha muerto y tú no tienes la culpa.

La expresión de Locklear se mantuvo inalterada, pero poco a poco sus ojos se fueron humedeciendo, y finalmente las lágrimas empezaron a correrle por el rostro. Encogió los hombros para soltarse de Jimmy.

—Los caballos —dijo en voz baja. Se apartó, aún con el rostro cubierto de lágrimas.

Jimmy suspiró, no sabía qué le había impulsado a actuar de aquella forma, pero de repente se sintió estúpido y desconsiderado. Y se preguntaba cómo le iría a Krinsta, si es que estaba todavía viva. Volvió con los caballos y se esforzó por apartar aquellas intensas emociones.

Galain volvió corriendo en silencio.

—Una luz de algún tipo, más adentro del bosque. Traté de acercarme, pero oí movimiento. Eran sigilosos, casi imposibles de detectar, pero oí señales de que venían en esta dirección.

Guy fue hacia su caballo, igual que los otros. Galain montó y esperó a que los demás estuvieran listos.

—Debemos ir hacia el límite del bosque —dijo señalando—, tan lejos de la luz como podamos sin que nos vean los exploradores de Murmandamus.

Picó espuelas y empezó a avanzar. Se había movido una docena de pasos cuando una figura cayó sobre él de entre los árboles y lo derribó de la silla.

Más atacantes saltaron de los árboles y todos los jinetes fueron derribados de sus monturas. Arutha cayó al suelo y rodó, poniéndose en pie espada en mano. Miró a su oponente, y vio un rostro de aspecto élfico contraído en una máscara de odio. Entonces vio a los arqueros que le apuntaban, y con una extraña sensación de finalidad, pensó que allí acababa todo. La profecía estaba equivocada.

En ese momento el que estaba sobre Galain lo levantó y echó la mano atrás con un cuchillo, dispuesto a matarlo. Pero se detuvo.

—¡Eledhel! —exclamó, seguido de una frase en un idioma que le resultó desconocido a Arutha.

De repente los atacantes fueron hacia ellos corriendo, pero no hicieron ningún intento de matar al grupo de Arutha. Unas manos los retuvieron mientras el atacante de Galain lo ayudaba a ponerse en pie. Hablaron rápidamente en ese otro idioma, y Galain señaló a Arutha y luego a los demás. Los otros, vestidos con capas grises con capuchas, asintieron y señalaron hacia el este.

—Debemos ir con ellos —dijo Galain.

—¿Creen que somos renegados y tú uno de ellos? —dijo Arutha.

La habitual máscara élfica cayó y Galain mostró abierta confusión en la penumbra.

—No sé con qué maravilla hemos dado, Arutha, pero estos no son *moredhel*. Son elfos. —Recorrió el claro con la mirada—. Y no había visto a ninguno de ellos en toda mi vida.

Fueron llevados ante un elfo anciano, que se sentaba en una silla de madera elevada sobre una plataforma. El claro mediría algo más de veinte metros de diámetro, y todo alrededor había elfos agachados o de pie. El área circundante era su hogar, una aldea de chozas y pequeños edificios de madera, pero totalmente carente de la belleza y la gracia de *Elvandar*. Arutha miró a su alrededor. Los elfos iban vestidos de forma desconcertante. Las capas grises, muy parecidas a las que vestían los *moredhel*, eran comunes, y los guerreros vestían una variedad de armaduras de cuero y pieles. Alrededor de muchos de los cuellos de los guerreros colgaban extrañas piezas de joyería de cobre y latón con gemas sin pulir, o collares de dientes de animales. Las armas eran toscas pero de aspecto eficiente, carentes de la exquisita manufactura habitual en las armas élficas que Arutha había visto antes. Que eran elfos estaba claro, pero poseían un aspecto bárbaro que le causaba no poca incomodidad a Arutha. El príncipe escuchó cómo el líder de los que les habían capturado hablaba con el elfo del asiento.

—*Aron Earanorn* —le susurró Galain a Arutha—. Esos significa rey *Árbolrojo*. Lllaman a ese su rey.

El rey hizo un gesto para que acercaran a los prisioneros y habló con Galain.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Arutha.

—Lo que he dicho es que si no hubieran reconocido a vuestro amigo, lo más probable es que ahora estuvierais todos muertos —dijo el rey.

—Hablas la lengua real —dijo Arutha.

El viejo elfo asintió.

—Y el *armengariano*. Hablamos las lenguas de los hombres, aunque no nos relacionamos con ellos. Las hemos ido aprendiendo a lo largo de los años de los que hemos capturado.

Guy parecía enfadado.

—¡Vosotros sois los que habéis estado matando a mi gente!

—¿Quién eres? —dijo el rey.

—Soy Guy du Bas-Tyra, Protector de *Armengar*.

El rey asintió.

—Hemos oído hablar de ti, *Tuerto*. Matamos a todos los que invaden nuestro bosque, sean hombres, *tragos*, *trolls* o incluso nuestros parientes oscuros. Fuera del *Tauredder* solo tenemos enemigos. Pero esto —señaló a Galain— es algo nuevo para nosotros. —Contempló al elfo—. Me gustaría saber quién eres y cuál es tu linaje.

—Me llamo Galain, hijo de uno que fue hermano de uno que gobernó —dijo, absteniéndose de utilizar los nombres de los muertos a la manera élfica—. Mi padre descendía de aquel que expulsó a los moredhel de nuestro hogar. Soy primo del príncipe Calin y sobrino de la reina Aglaranna.

Los ojos del viejo elfo se entrecerraron al estudiar a Galain.

—Hablas de príncipes, y sin embargo mi hijo murió a manos de los trolls hace setenta inviernos. Hablas de reinas, pero la madre de mi hijo murió en la batalla de Neldarlod, cuando nuestros hermanos oscuros trataron de destruirnos por última vez. Hablas de cosas que no entiendo.

—Igual que tú, rey Earanorn —dijo Galain—. No sé dónde se encuentra este Neldarlod del que hablas, ni he oído hablar de que tu gente viviera al norte de las grandes montañas. Hablo de aquellos de nuestra gente que viven en nuestro hogar, en Elvandar.

—¡Barmalindar! —exclamaron varios elfos.

—¿Qué significa esa palabra? —dijo Arutha.

—Significa «dorado hogar-sitio-tierra» —dijo Galain—. Es un lugar maravilloso. Creen que es una fábula.

—¡Elvandar! —dijo el rey—. ¡Barmalindar! Hablas de leyendas. Nuestro antiguo hogar fue destruido en los días de la Cólera de los Dioses Locos.

Galain se mantuvo en silencio un largo rato, como si estuviera reflexionando profundamente sobre algo. Finalmente se volvió hacia Arutha y Guy.

—Voy a pedir que os lleven a otro sitio. Debo hablar de cosas, cosas que no tengo sabiduría para saber si es apropiado compartirlas con vosotros. Debo hablar de aquellos que han ido a la Isla Bendita, y de la vergüenza de nuestra raza. Espero que lo entendáis. —Se volvió hacia el rey—. Deseo hablar de esas cosas, pero solo los eldhel han de oírlas. ¿Llevaríais a mis amigos a lugar seguro mientras hablo?

El rey asintió y le hizo un gesto a una pareja de guardias, que escoltaron a los cinco humanos a otro claro. No había sitio donde sentarse, excepto el suelo, así que se dejaron caer sobre la tierra húmeda. No alcanzaban a oír a Galain hablando, pero el viento de la noche les traía el leve sonido de su voz. Los elfos estuvieron reunidos durante horas, y Arutha se adormeció.

De repente apareció Galain y les indicó que se pusieran en pie.

—He hablado de cosas que pensaba olvidadas, viejos conocimientos que me enseñaron los tejedores de magia. Me parece que ya me creen, pero están profundamente perturbados.

Arutha miró a los dos guardias que esperaban a cierta distancia, respetando la privacidad de Galain.

—¿Quiénes son estos elfos?

—Creo que cuando Martin y tú atravesasteis Elvandar de camino a Moraelin,

Tathar os habló de la vergüenza de nuestra raza, el genocidio que los moredhel causaron a los glamredhel. Creo que estos son los descendientes supervivientes de los glamredhel. Parecen elfos y ciertamente no son moredhel, pero no tienen tejedores de magia ni guardianes del conocimiento. Se han vuelto más primitivos, poco más que salvajes. Han perdido muchas de las artes de nuestra gente. No sé. Quizá los supervivientes de la última batalla, cuando el primer Murmandamus lideraba a los moredhel, llegaron aquí y encontraron refugio. El rey ha mencionado haber vivido largo tiempo en Neldarlod, que significa «Lugar de las Hayas», así que no hace mucho que han llegado al bosque de Edder.

—Llevan aquí el tiempo suficiente para imposibilitar a los armengarianos cazar o talar demasiado dentro del bosque —dijo Guy—. Por lo menos tres generaciones.

—Hablo de cosas élficas, del sentido del paso del tiempo para los elfos —respondió Galain—. Llevan aquí más de doscientos años. —Observó a los dos guardias—. Y no creo que estén completamente libres de la herencia de los glamredhel. Son más belicosos y agresivos que nosotros los de Elvandar, casi tanto como los moredhel. No sé. Este rey parece inseguro acerca de lo que hacer. Ahora se ha reunido con sus ancianos, y supongo que sabremos la respuesta en uno o dos días.

Arutha se alarmó.

—En un día o dos Murmandamus volverá a estar ente nosotros y la Grieta de Cutter. Debemos partir este mismo día.

—Volveré al consejo —dijo Galain—. Quizá pueda explicarles algunas cosas acerca de cómo va el mundo fuera de este bosque.

Se fue y los dejó allí sentados, de nuevo resignados a no tener nada que hacer salvo esperar.

Había pasado casi medio día cuando Galain volvió.

—El rey nos deja partir. Incluso nos va a proporcionar una escolta hasta el valle que conduce a la Grieta de Cutter, por un camino despejado, así que llegaremos antes que el ejército de Murmandamus. Ellos tendrán que rodear el bosque, mientras que nosotros lo atravesaremos directamente.

—Me preocupaba tener problemas —dijo Arutha.

—Y los teníamos. Os iban a matar, y todavía se estaban pensando qué hacer conmigo.

—¿Qué les hizo cambiar de idea? —dijo Amos.

—Murmandamus. Solo mencioné el nombre y habríais pensado que alguien le había dado con una rama a un nido de avispones. Han perdido muchos conocimientos, pero ese nombre lo recuerdan. No hay duda de que aquí hemos encontrado a los descendientes de los glamredhel. Creo que en la inmediaciones de aquí habrá trescientos o cuatrocientos, a juzgar por los que había en el consejo. Hay

más viviendo en comunidades más alejadas, lo bastante como para que nadie se moleste en hacerlos venir.

—¿No ayudarán en la lucha? —dijo Guy.

Galain sacudió la cabeza.

—No lo sé. Earanorn es astuto. Si llevara a su gente a Elvandar serían bienvenidos, pero no se confiaría plenamente en ellos. Son demasiado salvajes. Pasarían años antes de que nos sintiéramos cómodos. También sabe que en el consejo de la verdadera reina de los elfos solo sería un miembro menor, ya que ni siquiera es tejedor de magia. Se le incluiría como gesto hacia su gente, y porque es uno de los elfos más ancianos del bosque de Edder. Pero aquí es el rey, un rey pobre, pero rey al fin y al cabo; no, este no va a ser un problema sencillo. Pero esa es la clase de cuestión sobre la que los elfos estamos dispuestos a reflexionar durante años. Le he proporcionado a Earanorn instrucciones claras de cómo llegar hasta Elvandar, para que si su gente quisiera volver a nuestro bosque madre, puedan hacerlo. Vendrán o no según lo deseen, mientras que por ahora nosotros debemos emprender el camino hacia Highcastle.

—Bueno, por lo menos tenemos un problema menos —dijo Arutha poniéndose en pie.

Jimmy siguió a Arutha hacia los caballos y se dirigió a Locklear.

—Como si los problemas que nos quedan fueran pamplinas.

Amos rió y palmeó a los chicos en el hombro.

Los caballos estaban al límite, ya que Arutha y sus compañeros los habían esforzado durante casi una semana. Los cansados animales tenían los cascos hinchados y avanzaban lentamente, y Arutha sabía que solo mantenían una escasa delantera respecto a los invasores. El día anterior habían vislumbrado humo tras ellos, cuando los exploradores de Murmandamus habían montado un campamento después de la jomada. Esta falta de precauciones para impedir ser vistos mostraba su desprecio por las guarniciones que había entre ellos y el Reino.

La Grieta de Cutter estaba en el extremo sur de un amplio valle que atravesaba los Dientes del Mundo, cubierto de rocas y de densa maleza durante casi todo su recorrido. En un punto dado se aclaraba y no había vestigio alguno de cobertura, solo suelo calcinado. Jimmy y Locklear miraron a su alrededor.

—Hemos llegado al límite de las patrullas de Highcastle —comentó Guy—. Probablemente quemaran esto una vez al año para mantener la zona libre de cobertura y que nadie se pueda acercar sin ser detectado.

Cuando acababa el sexto día desde su partida del bosque de Edder, el valle empezó a estrecharse y entraron en la grieta. Arutha redujo el paso de su caballo y miró a su alrededor.

—¿Recordáis que Roald decía que treinta mercenarios habían contenido aquí a

doscientos trasgos? —comentó en voz baja.

Jimmy asintió, recordando al alegre mercenario. Avanzaron por la grieta en silencio.

—¡Alto! ¿Quién vive? —llegó el grito desde las rocas de arriba.

Arutha y los demás detuvieron sus caballos y esperaron a que el hablante se descubriera. Un hombre salió de detrás de una roca sobre el borde de la grieta, un hombre ataviado con un tabardo blanco con un cerro de roca rojo, que aún podía verse claramente a la luz del atardecer. Una compañía de caballería apareció por el estrecho cañón mientras que arriba a ambos lados parecieron arqueros.

Arutha levantó las manos lentamente.

—Soy Arutha, príncipe de Krondor.

Hubo varias risas.

—Y yo soy tu hermano el rey. Buen intento, renegado, pero el príncipe de Krondor yace muerto en la cripta de su familia en Rillanon. Si no hubierais estado traficando armas con los trasgos os habríais enterado.

—Llebadme ante Brian Highcastle.

El líder de los jinetes cabalgó junto al príncipe.

—Sé buen chico y pon las manos detrás —dijo.

Arutha se quitó el guante derecho y le enseñó su sello. El hombre lo examinó.

—¡Capitán! ¿Ha visto usted el sello real de Krondor?

—Es un águila sobrevolando la cima de una montaña.

—Bueno, pues sea el príncipe o no, lleva el anillo. —El hombre miró a los demás—. Y lleva un elfo con él.

—¿Un elfo? Querrás decir un hermano oscuro.

El soldado parecía confuso.

—Mejor que baje, señor. —Se dirigió a Arutha—. Arreglaremos esto en un minuto... Su Alteza —añadió en voz baja, por sí acaso.

El capitán tardó varios minutos en bajar hasta la grieta, y luego se acercó a Arutha. Examinó el rostro del príncipe.

—Es un buen parecido, eso sí, pero el príncipe nunca ha llevado barba.

En ese momento intervino Guy.

—Con lo duro de mollera que eres no me extraña que Armand te enviare a Highcastle, Walter de Gyldenholt.

El hombre observó a Guy durante un buen rato.

—¡Demonios! ¡Es el duque de Bas-Tyra!

—Y este es el príncipe de Krondor.

El hombre llamado Walter siguió mirando de uno a otro.

—Pero estáis muerto, al menos eso era lo que decía la proclama real. —Se volvió hacia Guy—. Y si volvéis al Reino es la pena de muerte, Vuestra Gracia.

—Llévanos hasta Brian y arreglaremos esto. Su Gracia está bajo mi protección, igual que estos otros. Ahora a ver si podemos dejamos de tonterías y partir. A un día o dos por detrás de nosotros viene un ejército de hermanos oscuros y trasgos, y creemos que a Brian le gustaría saberlo.

Walter de Gyldenholt le hizo un gesto al hombre que lideraba la compañía para que se diera la vuelta.

—Llévalos con lord Highcastle. Y cuando todo esté resuelto, vienes y me cuentas qué narices está pasando.

Arutha soltó la navaja de afeitar. Se pasó la mano por su rostro de nuevo limpio.

—Así que dejamos a los elfos y cabalgamos directamente hasta aquí —dijo.

—Un relato increíble, Alteza —dijo Brian, lord Highcastle, comandante del destacamento de la Grieta de Cutter—. Si no os estuviera viendo aquí con mis propios ojos, con du Bas-Tyra sentado allí, no habría creído una palabra. El Reino os cree muerto. Celebramos un banquete en vuestro honor a petición del rey.

Estaba sentado observando a los cansados viajeros mientras se aseaban y comían, en el barracón que había cedido a Arutha y sus compañeros. El viejo comandante era bastante envarado, como si estuviera permanentemente en posición de firmes. Parecía más apto para desfilar que como comandante fronterizo.

Amos, que estaba ocupado apurando una jarra de vino, se rió.

—Si van a celebrar banquetes en tu honor, mejor que sea estando vivo, para poder disfrutarlos. Qué pena que te perdieras ese, Arutha.

—¿Tenéis a muchos de mis hombres con vos? —dijo Guy.

—La mayoría de vuestros hombres fueron enviados al Paso de Hierro y a Northwarden —dijo Highcastle—, pero aquí tenemos a dos de los mejores: Baldwin de la Troville y Anthony du Masigny. Y en Bas-Tyra quedan unos pocos. Gilíes Martine-Reems gobierna ahora vuestra ciudad, como barón du Corvis.

—Le gustaría ser duque, sin duda —dijo Guy.

—Brian, me gustaría evacuar a Sethanon —dijo Arutha—. Ese es el objetivo evidente de Murmandamus y a la ciudad le vendrían muy bien los soldados que tenéis aquí. Esta posición es indefendible.

Highcastle estuvo un buen rato sin decir nada.

—No, Alteza.

—¿Decirle que no al príncipe? ¡Ja! —dijo Amos.

El barón miró a Amos de soslayo antes de hablar con Arutha.

—Conocéis mi enfeudamiento y mi cargo. Soy vasallo de vuestro hermano y de nadie más. Se me ha confiado la seguridad de este paso. No lo abandonaré.

—¡Por los dioses, hombre! —dijo Guy—. ¿Es que no nos creéis? Se acerca un ejército de más de treinta mil y vos tenéis qué. Mil, dos mil soldados dispersos por las

colmas desde aquí hasta medio camino de Northwarden y Tyr-Sog. ¡Os arrollará en medio día!

—Eso decís, Guy. Yo no tengo conocimiento de primera mano de que eso sea cierto.

Arutha se quedó pasmado.

—¡Llamáis embustero al príncipe! —dijo Amos.

Brian lo ignoró.

—No tengo duda de que habéis visto una concentración importante de hermanos oscuros al norte, pero treinta mil me parece improbable. Llevamos lidiando con ellos durante años, y por lo que sabemos es imposible que haya una fuerza de más de dos mil en el campo bajo un mismo comandante. Y desde esta posición podemos encargarnos fácilmente de esa cantidad.

Guy habló controlando su furia.

—¿Habéis estado en la inopia mientras hablaba Arutha, Brian? ¿No os ha contado que perdimos una ciudad con murallas de veinte metros, a la que se podía acceder solo por una cara y defendida por siete mil soldados veteranos bajo mi mando?

—¿Y quién ha sido reconocido durante mucho tiempo como la mejor mente militar del Reino?

—Conozco vuestra reputación, Guy —dijo Highcastle—, y contra Kesh habéis actuado magníficamente. Pero nosotros los barones fronterizos nos enfrentamos continuamente a situaciones inusuales. Estoy seguro de que podemos encargarnos de esos hermanos oscuros. —El barón se apartó de la mesa y fue hacia la puerta—. Ahora, si me excusáis tengo que atender mis deberes. Podéis descansar aquí tanto como queráis, pero recordad que aquí yo soy el comandante supremo hasta que el rey decida lo contrario. Ahora creo que necesitáis descansar. Por favor, os ruego que cenéis con mis oficiales y yo mismo dentro de dos horas. Enviaré un guardia a que os despierte.

Arutha se sentó a la mesa.

—Ese hombre es un idiota —dijo Amos después de que se hubiera ido Highcastle.

Guy se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla en la mano.

—No, Brian se está limitando a cumplir con su deber como mejor cree. Por desgracia no es un general. El feudo se lo otorgó Rodric algo así como una broma. Es sureño, un noble cortesano sin formación militar. Y aquí arriba ha tenido pocos problemas con los trasgos.

—Una vez fue a Crydee, siendo yo niño —dijo Arutha—. Me pareció un individuo intrépido. Los barones fronterizos —esto último lo dijo con un amargo sentido del humor.

—Hará lo que desee —dijo Guy—. Y a su servicio han enviado principalmente elementos problemáticos como Walter de Gyldenholt. Armand lo envió aquí hace

cinco años por robar de las arcas de la compañía. Antes de eso era caballero teniente. Pero debido a la política aquí también hay hombres buenos. Baldwin de la Troville y Anthony du Masigny son los dos oficiales de primera clase. Tuvieron la mala suerte de serme leales. Estoy seguro de que fue Caldric quien le sugirió a Lyam que los enviaran a la frontera.

—¿Y de qué sirve? —dijo Amos—. ¿Nos propones provocar un motín?

—No —dijo Guy—, pero al menos cuando comience la carnicería la guarnición morirá mandada por oficiales competentes junto con los tontos.

Arutha se recostó en la silla, sintiendo cómo el cansancio entumecía su cuerpo. Sabía que tenía que hacer algo, y pronto. ¿Pero qué? La cabeza le daba vueltas de la confusión, y sabía que estaba embotado por la falta de sueño y la tensión. Nadie de los que estaban en la habitación hablaba. Tras un momento, Locklear se levantó y se abrió camino hasta uno de los catres y se acostó. Sin decir ni palabra se quedó dormido enseguida.

—Esa es la mejor idea que he oído en semanas —dijo Amos. Fue hasta otro catre y, con un gruñido de satisfacción, se acomodó en el suave abrazo del colchón—. Os veré en la cena.

Los demás siguieron su ejemplo.

Pronto todos estuvieron dormidos excepto Arutha, que daba vueltas y vueltas sin poder quitarse de la cabeza la imagen de huestes de trasgos y moredhel arroyando su nación, matando y quemando. Sus ojos se negaban a cerrarse, y al fin se incorporó empapado de sudor frío. Miró a su alrededor y vio que todos los demás dormían. Se tumbó y esperó a que le llegara el sueño, pero seguía despierto cuando llegó la llamada para la cena.

Creación

El hechicero había entrado en trance a los pocos minutos de descubrir que se encontraban en la trampa temporal, y había permanecido inmóvil desde entonces. Después de observarlo durante varias horas, Pug y Tomas se habían aburrido y habían decidido dedicar su atención a otros asuntos. Habían intentado descubrir todo lo posible acerca del Jardín, pero como era una mezcla de vida animal y vegetal alienígenas, mucho de lo que vieron les resultó difícil de comprender. Tras lo que parecieron días de exploración, el hechicero no se había movido y ellos se resignaron a esperar.

—Creo que se me ha ocurrido una solución —dijo Macros desperezándose—. ¿Cuánto tiempo he pasado en trance?

—Creo que alrededor de una semana —dijo Tomas, que estaba sentado en una roca allí cerca.

Pug se acercó desde donde había estado observando, junto a Ryath.

—O puede haber sido más. Es difícil de decir.

Macros parpadeó y se puso en pie.

—Retroceder a través del tiempo hace que sea un tanto académico, lo admito. Pero no tenía ni idea de que había estado meditando durante tanto tiempo.

—No nos has dado mucha información de lo que está pasando aquí —dijo Pug—. He intentado varias cosas para descubrir lo que estaba pasando a nuestro alrededor y solo he conseguido una mínima noción de cómo funciona esta trampa temporal.

—¿Qué has aprendido acerca de la trampa?

Pug frunció el ceño.

—Parece que el conjuro fue diseñado para revertir el tiempo en un campo alrededor de nosotros. Mientras estemos dentro de ese campo, estaremos sujetos a sus efectos y no podemos cambiarlo. Vamos junto al Jardín, retrocediendo tranquilamente por la corriente temporal. —La frustración se hizo evidente en su tono—. Macros, tenemos suficientes frutas y frutos secos, pero Ryath tiene hambre. Ha conseguido ir tirando cazando algún animalillo, e incluso ha logrado comerse

algunos frutos secos, pero no puede seguir así mucho tiempo más. En muy poco tiempo habrá agotado la caza, y entonces empezará a pasar hambre.

Macros miró al dragón dorado, que sesteaba para conservar las fuerzas.

—Bueno, entonces tenemos que salir de aquí por todos los medios.

—¿Cómo? —dijo Tomas.

—Será difícil, pero espero que estéis a la altura. —Logró sonreír, recuperando algo de la confianza que había exudado cuando Ambos lo habían conocido antes—. Cualquier trampa tiene un punto débil. Incluso algo tan sencillo como una roca que cae desde arriba tiene un fallo en el diseño: puede fallar. Y creo que he encontrado el fallo en esta trampa.

—Eso sería estupendo —dijo Pug—. Yo he pensado en una docena de cosas que hacer, si estuviera fuera del campo de esta trampa. Ryath ha tratado de sacarme y no lo hemos conseguido. Y no se me ocurre nada que hacer desde dentro para invertir nuestro curso a través del tiempo.

—El truco, querido Pug, no es tratar de invertir nuestro vuelo hacia atrás en el tiempo, sino acelerarlo. Debemos viajar más y más rápido, a una velocidad inimaginable.

—¿Con qué fin? —dijo Tomas—. Nos alejaríamos más del conflicto. ¿Qué ganaríamos así?

—Piensa, Milamber de la Asamblea —dijo Macros usando el nombre tsurani de Pug—. Si retrocedemos lo suficiente...

Pug no dijo nada en un buen rato, luego empezó a comprender.

—Llegaremos hasta el inicio del tiempo. —Y antes... cuando el tiempo no tenía significado.

—¿Eso es posible? —dijo Pug.

Macros se encogió de hombros.

—No lo sé, pero como no se me ocurre otra cosa, estoy dispuesto a intentarlo. Pero necesito vuestra ayuda, porque tengo los conocimientos pero no el poder.

—Dime lo que tengo que hacer —dijo Pug.

Macros le hizo un gesto para que se sentara, y se sentó frente a él. Tomas se quedó de pie detrás de su amigo, observando con interés. Macros extendió los brazos y colocó las manos en la cabeza de Pug.

—Deja que mis conocimientos pasen a ti.

Pug sintió cómo su mente se llenaba de imágenes...

... y el universo tal y como él lo conoce se estremece. Solo una vez antes ha tenido esta sensación de percepción total, la vez que estuvo en la Torre de las Pruebas antes de conseguir el rango de los Grandes. Esta vez el observador es más maduro, tiene más conocimientos, así que entiende mayor parte de lo que ve: la simetría, el orden, la asombrosa magnificencia que giran a su alrededor, todo vinculado en algún plan más

allá de su capacidad de aprehender. Se queda anonadado.

Proyecta su percepción y queda asombrado por las maravillas del universo que le rodea. Vuelve a nadar entre las estrellas, percibiendo de nuevo los hilos de energía mística que vinculan a todas las cosas del universo. Detecta unos tirones en esos hilos, y ve que algo trata de entrar en este universo desde otro. Es una cosa inmunda y cancerosa que amenaza el orden de todo lo que es. Es oscuridad, es aniquilación. Es el Enemigo. Pero está débil y es cauteloso. Él reflexiona sobre la naturaleza de aquello, aunque se escapa a su comprensión. Está retrocediendo en el tiempo.

Observa el Jardín. Puede verse a sí mismo sentado frente al hechicero, con su amigo de la infancia detrás. Sabe lo que debe hacer. El flujo del tiempo alrededor del Jardín es pausado, avanza al mismo ritmo que el espacio y el tiempo normal que lo rodean, pero en sentido contrario; por cada segundo que pasa, el Jardín retrocede un segundo.

Extiende sus sentidos, y su mente encuentra la clave del flujo temporal, tan real ante el tacto de su espíritu como una piedra al de su mano. La roza y siente el latir del universo, el secreto de la ilusoria dimensión. Ve y sabe. Comprende y manipula ese flujo, y ahora por cada segundo que pasa en el universo, el Jardín retrocede dos. Siente una alegría tranquila, ya que acaba de lograr algo que solo recientemente habría considerado más allá de la capacidad de cualquier mago mortal. Deja a un lado su orgullo y se concentra con la labor que tiene entre manos. Vuelve a manipular, y por cada segundo verdadero, ahora pasan cuatro por Tomas, Macros y él. Una y otra vez, y otra más vuelve a repetir su proeza, y ahora por cada hora que envejece el universo, ellos retroceden más de un día. Una vez más, y son dos días, luego cuatro, luego más de una semana. Tres veces más, y retroceden más de un mes por cada hora verdadera. Otra vez, otra vez y otra vez y pronto pasa un año por cada hora. Hace una pausa y expande su consciencia.

Su mente planea por el cosmos como un águila sobre el viento, a toda velocidad entre las estrellas como el poderoso pájaro de presa entre los picos de las Torres Grises. Ve la calurosa y verde estrella que le resulta tan familiar, y por un breve instante lo comprende. Está en Kelewan, descubriendo el saber perdido de los eldar. Han retrocedido en el tiempo un año y más. Tan rápido como el tiempo que necesita para pensarlo, devuelve su consciencia a su aquí y ahora personal.

Manipula de nuevo el flujo temporal, y ahora son dos años por hora, luego cuatro, ocho, dieciséis. Vuelve a hacer una pausa para contemplar el universo.

Las estrellas giran de forma ordenada, flotando en un cosmos tan vasto que su velocidad cegadora parece poco más que la de un caracol. Pero se mueven de forma extraña, con el movimiento invertido. Reflexiona y vuelve a trabajar sobre el marco temporal. Ahora es un maestro de esta práctica, y posee habilidades que dejan en nada las ambiciones más salvajes del más arrogante miembro de la Asamblea. Ahora

está seguro de su propia naturaleza, mucho más de lo que había pensado, y manipula el flujo temporal con facilidad. Un pensamiento cruza su mente: ¡Esto es como ser un dios! En ese momento sus años de entrenamiento le dan un aviso: ¡Cuidado con el orgullo! No eres más que un mortal, y el primer deber es servir al Imperio. Sus maestros de la Asamblea hicieron bien su trabajo. Ignora la embriaguez de poder y redescubre su *wal*, en centro perfecto de su ser, y de nuevo manipula el flujo temporal. Por cada segundo que pasa en el universo verdadero, ellos retroceden un año. Una y otra vez usa sus habilidades sobre la trampa temporal del enemigo, acelerándola muy por encima de las expectativas de aquellos que la fabricaron. Ahora pasa una década por cada segundo, y es consciente de que vive antes del momento de su nacimiento. En el tiempo que se tarda en un aliento, ha pasado al tiempo antes de que el abuelo del duque Borric invadiera Crydee. Otro pase al tiempo y ahora el Reino solo tiene la mitad de su tamaño, y las tierras del barón de Páramo Oscuro marcan su frontera occidental. Acelera el tiempo dos veces más, y las naciones de su época son poco más que aldeas, habitadas por gente más sencilla que la que dará origen a las naciones. Una y otra vez obra su magia.

Entonces el universo se sacude. El mismo tejido de la realidad se desgarrar. Unas energías imposibles de imaginar explotan a su alrededor, con una violencia más allá de su capacidad de comprensión, y él...

Pug abrió los ojos. Sentía una extraña dislocación a su alrededor, y por un momento tuvo la visión borrosa. Tomas se puso a su lado.

—¿Estás bien?

Pug parpadeó.

—Algo ahí afuera... ha cambiado.

Tomas miró al cielo.

—Pasa algo.

Macros contemplaba los cielos. Extraños campos de energía se arremolinaban enloquecidos en el firmamento, mientras las estrellas seguían cursos irregulares.

—Si observamos, veremos cómo se calman las cosas. Recordad que estamos viendo esto de delante hacia atrás.

—¿Viendo el qué? —preguntó Pug.

—Las Guerras del Caos —respondió Tomas. Había una mirada atormentada en sus ojos, como si algo de lo que estaba ocurriendo le tocara muy profundamente en un sitio que no había esperado. Pero su rostro se mantuvo impassible mientras observaba los cielos enloquecidos.

Macros asintió. Allí de pie, señaló al cielo.

—Veis, ya estamos pasando a una época anterior a las Guerras del Caos, los Días de la Cólera de los Dioses Locos, el Tiempo de la Muerte de las estrellas, y cualesquiera otros nombres que el mito y las leyendas hayan asignado a este periodo.

Pug cerró los ojos y sintió la mente fría y embotada; un dolor sordo en la cabeza.

—Parece que nos movemos a un ritmo inverso de trescientos o cuatrocientos años por cada segundo —dijo Macros. Pug asintió—. Así que por cada tres segundos pasa más o menos un milenio. —Hizo unos cálculos—. Buen comienzo.

—¿Comienzo? —preguntó Pug—. ¿A qué velocidad tenemos que movemos?

—Según mis cálculos, a miles de millones de años. A mil años por segundo, llegaríamos al principio en una vida. Pero por los pelos. Necesitamos algo mejor.

Pug asintió, claramente fatigado, pero cerró los ojos. Tomas miró al cielo. Ahora podía verse el movimiento de las estrellas, aunque dadas las enormes distancias seguía siendo un movimiento lento. Pero incluso ver ese movimiento resultaba inquietante. En ese momento el movimiento de las estrellas se aceleró, hasta que fue perceptiblemente más rápido. Entonces Pug volvió con ellos.

—He introducido un segundo conjuro dentro de la estructura de la trampa. Cada minuto que pase la velocidad se duplicará si mi intervención. Ahora ya vamos a más de dos mil años por segundo, en un minuto, a cuatro mil. Luego ocho, dieciséis, etcétera.

La expresión de Macros era de aprobación.

—Bien, eso nos da varias horas.

—Entonces creo que ha llegado la hora de hacer algunas preguntas —dijo Tomas.

Macros sonrió, y los miró con sus penetrantes ojos negros.

—Lo que quieres decir es que crees que ha llegado la hora de recibir algunas respuestas.

—Sí, eso exactamente es lo que quiero decir —dijo Tomas—. Hace años me hiciste traicionar el tratado de paz con los tsurani y esa noche me dijiste que eras el artífice de mi existencia actual. Dijiste que me lo habías dado todo.

Y por todas partes en las que miro, veo señales de tu intervención. Me gustaría saber más, Macros.

Macros volvió a sentarse.

—Bueno, ya que tenemos algún tiempo que pasar, ¿por qué no? Estamos llegando a un punto en este drama en el que el conocimiento ya no os puede perjudicar. ¿Qué queréis saber? —Miró de Tomas a Pug.

Pug miró de soslayo a su amigo, y luego muy seriamente al hechicero.

—¿Quién eres?

—¿Yo? —A Macros pareció divertirle la pregunta—. Yo soy... ¿Quién soy yo? —La pregunta parecía casi retórica—. He tenido tantos nombres que no puedo recordarlos todos. —Suspiró al recordar—. Pero el que me pusieron al nacer se traduce a la lengua real como «Halcón». La gente de mi madre era un tanto primitiva —añadió con una sonrisa—. No estoy seguro de por dónde comenzar. Quizá con el sitio y el tiempo en que nací. Una vez, un vasto imperio gobernó en un mundo lejano.

En su cénit, fue rival para Kesh e incluso para Tsuranuanni. Este imperio no destacó en muchos aspectos: no tuvo artistas, filósofos ni líderes geniales, salvo uno o dos que aparecieron a lo largo de los siglos. Pero perduró. Y si hizo una cosa notable fue llevar la paz a sus dominios. Mi padre era mercader, poco notable salvo por su tacañería y el hecho de que poseía pagarés de muchos de los hombres más importantes de su comunidad. Esto os lo digo para que comprendáis que mi padre no era de esa clase de hombres sobre los que se escriben las grandes sagas. Era una persona gris, normal. Entonces, en la tierra de mi padre apareció otro hombre normal, pero que poseía una oratoria magnética y la irritante costumbre de hacer pensar a la gente. Planteó preguntas que pusieron nerviosos a los que ostentaban el poder, puesto que aunque él era una persona pacífica reunió seguidores, y algunos de ellos tendían al radicalismo y la violencia. Así que los gobernantes levantaron acusaciones falsas sobre él. Fue sometido a un juicio cerrado, en el que nadie pudo hablar a su favor. En un veredicto extremadamente duro, fue condenado por sedición, lo que era patentemente falso, y sentenciado a muerte. Su ejecución iba a ser pública, a la manera de aquel tiempo, así que acudió gran parte de la gente, mi padre incluido. Aquel pobre mercader de escasas virtudes estaba allí con varios de sus paisanos de elevada posición, y para complacer a sus gobernantes, que le debían dinero, se unió a las burlas y ridiculizó al condenado en su camino a la ejecución.

»Sea por el motivo que fuere, por un capricho del destino o por el cruel sentido del humor de los dioses, el hombre condenado se detuvo en su camino al sitio donde iban a ejecutarlo y miró a mi padre a los ojos. De todos aquellos que lo atormentaban y los insultaban, puso sus ojos sobre aquel simple mercader. Puede que aquel hombre fuera mago, o puede que simplemente fuera la maldición de un condenado a muerte. Pero de todos aquellos que había en la avenida, maldijo a mi padre. Fue una maldición extraña a la que mi padre no prestó atención, pensando que serían los desvaríos de un hombre enloquecido de terror. Pero después de que el hombre hubiera muerto y hubieran pasado los años, mi padre se dio cuenta de que no estaba envejeciendo. Sus vecinos y sus socios mostraban los estragos del tiempo, pero él tenía el mismo aspecto de siempre, un mercader de cuarenta años. Cuando las diferencias se hicieron pronunciadas, mi padre huyó de su patria, para que no lo marcaran como asociado de los poderes oscuros. Viajó durante años. Al principio aprovechó el tiempo, convirtiéndose en un estudioso aceptable. Entonces descubrió la verdad de la maldición. Tuvo un grave accidente que lo dejó más de un año postrado en la cama. Descubrió que la muerte le había sido denegada. Aunque lo hiriesen hasta matarlo, se curaría con el paso del tiempo. Empezó a añorar la liberación de la muerte, un fin a sus interminables días. Volvió a su tierra, en busca de información sobre este hombre que le había maldito. Descubrió que ahora la verdad estaba envuelta en el mito y que aquel hombre se encontraba en el centro de un debate religioso. Algunos lo veían

como un charlatán, otros como un mensajero de los dioses, unos pocos como un dios, y algunos incluso como un heraldo demoníaco de la condenación. Ese debate llegó a provocar luchas intestinas en el imperio. Las guerras de religión nunca son bonitas. Pero constantemente aparecía una historia: que tres artefactos mágicos asociados con el muerto tenían el poder de curar, de traer la paz y, finalmente, de levantar maldiciones. Según creo eran una lanza, una túnica y una copa. Mi padre empezó enseguida a buscar dichos artefactos. Pasaron los siglos y por fin mi padre llegó a una diminuta nación en la frontera de aquel imperio, donde se suponía que podían encontrarse el último de aquellos artefactos, ya que se pensaba que los otros dos se habían perdido para siempre. El imperio se disolvía por fin, y como suele pasar en esos casos, aquella tierra era salvaje. Al llegar allí mi padre fue atacado por unos bandidos, que lo hirieron gravemente y lo dejaron por muerto. Pero por supuesto mi padre yacía en muda agonía, esperando curarse. Lo encontró una mujer. Su marido había muerto en un accidente de pesca y la había dejado sin recursos. Mi padre era de una raza antigua, versada en la cultura y la historia, pero la gente de mi madre, llamados el Pueblo del Lagarto, eran poco más que salvajes. A las viudas se las evitaba, ya que cualquiera que les diese algo debía hacerse cargo de ellas. Así que esta mujer de medios casi inexistentes curó a mi padre hasta que se repuso, y se acostó con él, ya que no tenía hombre y mi padre, por entonces, era un hombre evidentemente culto y posiblemente importante. El resultado fue mi nacimiento. Mi padre le contó su propósito a mi madre, que no sabía nada del artefacto que él buscaba, aunque era una leyenda común incluso en aquellas lejanas tierras. Sospecho que simplemente quería mantener a su segundo marido cerca de casa. Así que, durante algún tiempo, mi padre se quedó con mi madre. En la cultura del pueblo de mi padre se dice que el hijo heredará los pecados del padre, pero fuera cual fuese la causa, yo provengo de este legado. Mi padre se quedó lo suficiente para enseñarme su idioma y su historia, y los rudimentos de la lectura y la escritura. Un rumor llegó a nuestra tierra, un indicio del artefacto perdido, y mi padre volvió a su búsqueda, dirigiéndose hacia el oeste a través de un vasto océano. Nunca volví a verle. Por lo que yo sé, aún sigue buscando. Así que mi madre hizo el equipaje y volvió a la aldea de su nacimiento. Mi madre se vio con un hijo y ninguna explicación razonable de dónde lo había sacado, por lo que concernía a su gente, así que se inventó una tontería acerca de haberse apareado con un demonio. Debido a las enseñanzas de mi padre, yo era mucho más culto que el más sabio entre ellos, así que mis conocimientos proporcionaron cierta credibilidad a aquellas historias. En poco tiempo, madre consiguió una influencia significativa en la comunidad. Se convirtió en vidente, aunque sus habilidades entraban más en el reino del teatro que en el de la adivinación. Pero yo, bueno, empecé a tener visiones siendo niño. Dejé a mi madre cuando alcancé los catorce años, y viajé hasta donde habitaba una antigua orden de sacerdotes, en una tierra que pareció muy lejana de mi hogar en

aquel tiempo, un pequeño salto comparado con los viajes que he hecho desde entonces.

Ellos me entrenaron y me transfirieron un saber que se extinguía. Cuando asumí mi puesto dentro de aquella hermandad, fui transportado espiritualmente. Fui... llevado a alguna parte, y un poder, quizá los propios dioses, habló conmigo. Fui considerado uno entre las multitudes, un receptáculo especial para extraños poderes. Pero adquirir tal poder conllevaría un precio. Se me dio a elegir. Podía seguir farfullando oraciones y no tener importancia en el orden de las cosas, pero llevaría una vida segura y cómoda, o podía aprender las verdaderas artes mágicas. Pero estaba claro que a lo largo de aquel camino habría dolor y peligro. Dudé, pero por mucho que deseaba la pacífica existencia de la vida monástica, la tentación del conocimiento fue demasiado fuerte para resistirla. Elegí el poder, y el precio fue duplicado. Fui condenado a vivir, como mi padre, a vivir sin la esperanza de la muerte, y también se me concedió el don, o la maldición, de la videncia. A medida que necesitaba saber cosas para cumplir con mi papel, ese conocimiento me llegaba. Y desde ese día en adelante he vivido mi vida de acuerdo con esas premoniciones. Estoy destinado a servir a fuerzas que tratan de llevar la cordura a los universos, y que están opuestas por poderes destructivos igualmente poderosos. —Macros se recostó—. En suma, soy un hombre que heredó un maldición y ganó algunos dones.

—Creo que comprendo lo que dices —dijo Pug—. Habíamos pensado que eras el cerebro en la sombra detrás de algún oscuro juego, pero la verdad es que solo eres el peón más grande de la partida.

Macros asintió.

—Yo solo no he tenido libre albedrío, o al menos me ha faltado el valor de desafiar mis premoniciones. He sabido desde el día en que abandoné el sacerdocio que viviría durante siglos y que en muchas ocasiones tendría que manipular la vida de otros, hasta unos fines que solo ahora empiezo a comprender.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tomas.

Macros miró a su alrededor.

—Si las cosas van como yo creo, seremos testigo de algo que no ha presenciado ningún otro ser mortal del universo, ni siquiera los mismos dioses. Si sobrevivimos, nos llevará algo de tiempo llegar a casa. Creo que podremos aprender todo lo necesario durante ese tiempo. Por ahora estoy cansado, igual que Pug. Creo que dormiré un poco. Despertadme.

—¿Cuándo? —preguntó Tomas.

Macros sonrió enigmáticamente.

—Lo sabréis cuando llegue el momento.

—¡Macros!

Los ojos de Macros se abrieron y miraron hacia donde señalaba Tomas. Se despezó y se puso en pie.

—Sí, es el momento.

Pug también se despertó y los ojos se le desorbitaron. Sobre ellos, las estrellas volaban hacia atrás a toda velocidad mientras el tiempo iba en dirección contraria a su curso a una velocidad furiosa. Los cielos ardían con una belleza ígnea, al liberarse energías desatadas en colores de espléndida intensidad. Y la luz estaba más concentrada, como si todo se estuviera reuniendo en un mismo punto. Y en el centro de esto podía verse un completo vacío. Parecía que volaban por el interior de un largo y brillante túnel hacia el agujero más oscuro imaginable.

—Esto debería ser interesante —comentó el hechicero—. Sé que pensaréis que es raro, pero encuentro extrañamente excitante no saber qué es lo próximo que va a pasar. Quiero decir, sé qué es lo más probable que ocurra, pero no lo he visto.

—Muy bien —dijo Pug—. Pero ¿qué es esto?

—El comienzo, Pug.

Mientras Macros hablaba, parecía que la materia iba acelerando cada vez más hacia esa negrura total. Ahora los colores se estaban mezclando en una pura luz blanca que era casi dolorosa de contemplar.

—¡Mirad ahí detrás! —dijo Tomas.

Lo hicieron, y donde se había encontrado el espacio real, ahora podía verse el gris mate del espacio fractura. Macros aplaudió de pura alegría.

—¡Maravilloso! Es como yo pensaba. Escaparemos de esta trampa, amigos. Nos acercamos al lugar en el que el tiempo no tiene significado. ¡Observad!

En un acelerón final de impresionante majestuosidad, todo lo que había a su alrededor se colapso hacia abajo, como si estuviera siendo absorbido por las fauces de aquella nada negra.

—Pug, detén nuestro vuelo antes de que eso nos arrastre dentro —dijo Macros.

Pug cerró los ojos e hizo lo que le habían dicho. Los últimos restos del universo eran devorados cada vez más rápido por la cosa gigantesca que había ante ellos, hasta que el último vestigio, la última mota de materia, se desvaneció en el interior del agujero. Entonces Pug se llevó las manos a las sienes y gritó de dolor.

Macros y Tomas fueron hacia él cuando las piernas le cedieron, y le ayudaron a sentarse.

—Estoy bien —dijo Pug después de un rato. Tenía el rostro ceniciento y la frente empapada de sudor—. Es que justo cuando acabó la trampa temporal, el conjuro de aceleración se detuvo; ha sido doloroso.

—Lo siento —dijo Macros—. Debería haberlo anticipado. Pero muy poco de lo que conocemos tendrá validez aquí y ahora —añadió para sí.

Macros señaló hacia arriba, donde podía verse una inmensa y completa oscuridad.

Parecía curvarse, a lo largo de una línea sin límite aparente que se alejaba más allá del alcance de la vista. Y el Jardín y la Ciudad Eterna flotaban al borde de aquel límite.

—Fascinante —dijo Macros—. Ahora sabemos que la ciudad existe fuera del orden normal del universo. —Macros contempló la cosa inmensa que había sobre ellos, contando en silencio—. Creo que ya es el momento, a juzgar el tiempo que hace que los conjuros de Pug quedaron cancelados.

—¿Qué es esto? —preguntó Tomas, señalando al imposible orbe negro que se recortaba contra el gris.

—La suma de los universos, Tomas —respondió el hechicero—. La materia primordial de la que surge todo. Es todo, excepto este pequeño trozo de tierra sobre el que nos encontramos y la ciudad misma. Hay tanto allí que el tamaño y la distancia carecen de significado. Estamos millones de veces más lejos de la superficie de esa materia de lo que está Midkemia de su sol, pero mirad lo grande que se ve, ocultando más de la mitad del cielo. Contemplantarlo es abrumador. Ni siquiera la luz puede escapar de allí, ya que la luz no ha sido creada. Estamos antes del tiempo, antes del comienzo. Somos testigos del inicio de las cosas. ¡Mira esto, Ryath! —La dragona se despertó y se desperezó. Se acercó y se puso detrás de los tres hombres—. Seguid mirando.

Todos se quedaron mirando la completa oscuridad. Durante varios minutos no ocurrió nada. Hubo un profundo silencio, como si en el Jardín ni siquiera se moviese el aire. Los observadores eran profundamente conscientes de su propio ser, percibiendo cada sensación hasta el pulso de la sangre corriendo por sus venas. Pero no lograban percibir más sonido que su propia respiración. Entonces vino la nota.

Todos ellos fueron transportados, aunque no se movieron ni un paso. Se vieron envueltos en una alegría, una profunda sensación de perfecto bienestar, una belleza demasiado terrible para ser comprendida. Fue como si una música, una sola nota de perfección absoluta, hubiera sonado y ellos la hubieran sentido más que escucharla. Vieron colores más vivos que cualquier pigmento, aunque ante sus ojos solo estaba aquel oscuro vacío. Se sintieron aplastados por el peso de una maravilla y un terror indescriptibles. En un instante fueron tan insignificantes que todos desesperaron y se creyeron solos, y sin embargo en aquel instante cristalino todos ellos experimentaron un éxtasis, tocados por algo tan maravilloso que les hizo llorar de alegría sin tapujos.

Era imposible de comprender. Solo hubo un parpadeo, como si un millón de hilos de energía brotaran de la superficie del vacío, pero desaparecieron tan rápido que los observadores no lograron percibir su paso. Un instante todo era negro e informe, al siguiente una telaraña de incontables hilos resplandecientes se extendió por el inmenso vacío, y la luz llenó los cielos, con una pureza y una fuerza arrolladoras. Todos se vieron obligados a apartar los ojos de aquel cegador espectáculo por un momento. Brotó una oleada de energías, como la que habían visto antes pero ahora

fluyendo hacia fuera. Una extraña emoción recorrió a Pug y a sus compañeros, una de plenitud, como si lo que habían experimentado llegara a su fin. Todos siguieron llorando de alegría ante la belleza perfecta del espectáculo.

—¿Qué ha sido eso, Macros? —preguntó Tomas en voz baja, conmovido.

—La Mano de Dios —susurró Macros, con los ojos desorbitados de la fascinación—. El Impulso Primero. La Primera Causa. El Hacedor. No sé cómo llamarlo. Solo sé esto: un momento no había nada, y al siguiente existía todo. Es el Primer Misterio, e incluso ahora que lo he visto, no afirmo comprenderlo. —El hechicero rió, un sonido fuerte y alegre, y bailó un poco. Pug y Tomas intercambiaron miradas interrogativas, y Macros vio que era el objeto de su escrutinio—. Se me acaba de ocurrir que hay más de una razón para que nosotros estemos aquí —dijo con una expresión de genuina felicidad, las expresiones de los demás revelaron que no entendían nada—. No puedo imaginarme que un dios no posea algo de vanidad, y si yo fuera el Hacedor, querría tener público para un espectáculo como este. —Pug y Tomas empezaron a reír. Macros siguió bailando mientras tarareaba una alegre tonadilla—. Dioses, me encantan las preguntas que no puedo responder. Hace que las cosas sigan siendo interesantes incluso después de tantos arios. —Macros detuvo su danza y su rostro se nubló en un gesto de concentración—. Parte de mis poderes han vuelto.

Pug dejó de reír.

—¿Parte?

—Lo bastante para que pueda manipular con facilidad tu poder cuando haga falta. —Indinó la cabeza con gesto taimado—. E incluso añadir algo al total.

Pug miró hacia arriba y contempló el esplendor de un universo recién nacido extendiéndose por el cielo.

—Comparados con eso nuestros problemas parecen insignificantes.

—Bueno, puede que lo sean —respondió el hechicero recuperando su actitud habitual—. Pero hay algunas personas en tu mundo que pueden sentir algo diferente al contemplar el ejército de Murmandamus cayendo sobre el Reino. Puede que sea un planeta pequeño, pero es el único que tienen.

Sin saber cómo, Pug sintió que volvían a avanzar en el tiempo.

—Nos hemos librado de la trampa temporal —le confirmó Macros.

Pug estaba sentado, fascinado. Había sentido nacer algo en el mismo momento en que había sido testigo del Inicio. Ahora le puso nombre a aquella certeza.

—Soy como tú —dijo mirando a Macros.

Macros asintió, con una expresión de cálido afecto en el rostro.

—Sí, Pug, eres como yo. No sé qué destino te aguarda, pero no eres como los demás. No eres de la senda menor ni de la mayor. Eres un hechicero, alguien que sabe que no hay sendas, solo magia. Y que el único límite de la magia son las aptitudes de cada uno.

—¿Puedes ver tu futuro? —preguntó Tomas.

—No, de eso me he librado —respondió Pug.

—Ves, ser un poder no es algo tan desafortunado —dijo Macros—. Comparado con otros un poder menor, pero con todo un poder a tener en cuenta. Ahora debemos escapar. —Estudió la locura en el cielo mientras la materia de la creación salía despedida hacia fuera, llenando los cielos con una belleza sobrecogedora. Remolinos de gases verdes y azules, orbes rojos de esplendor ígneo, rayos de luz blanca y amarilla, pasaron sobre ellos aniquilando el gris del espacio fractura, haciendo retroceder los límites de la nada—. ¡Allí! —señaló Macros repentinamente. Siguiendo su mano, vieron lo que parecía ser una diminuta cinta que se alejaba de ellos, a una enorme distancia en el cielo—. Allí es donde debemos ir, y rápido. Aprisa, montemos a Ryath y ella nos llevará. Aprisa, aprisa.

Montaron a lomos de la dragona, y aunque esta se encontraba debilitada por la escasa comida, estuvo a la altura de la tarea. Levantó el vuelo y enseguida se encontraron atravesando el gris del espacio fractura. Luego volvieron a entrar al espacio normal y flotaron sobre la estrecha cinta de materia.

Macros ordenó al dragón que permaneciera flotando en el sitio, y a Tomas que los bajara a la pasarela. Se encontraron de pie sobre un camino amarillo y blanco, marcado por relucientes rectángulos plateados cada veinte metros o así. Pug contempló la cinta, de unos seis metros de ancho.

—Macros, nosotros podemos estar aquí, pero está el problema de Ryath.

El hechicero miró arriba y habló rápidamente.

—Ryath, hay poco tiempo. El Saber Oculto. Puedes revelarlo y confiar en Pug y Tomas, o perecer para ocultar el secreto de tu raza. Yo aconsejo la confianza. Tú debes decidir, pero rápido.

Los grandes ojos color rubí de la dragona contemplaron entrecerrados al hechicero, mientras ella seguía en vuelo.

—¿Estaba entonces mi padre tan próximo a ti que el saber prohibido fue compartido con un humano?

—Lo sé todo, porque me consideraba su amigo.

La dragona miró fijamente a Tomas y Pug.

—A ti y a tu compañero os pido un juramento, valheru: que nunca reveléis aquello de lo que vais a ser testigos.

—Por mi vida —dijo Tomas.

—Lo juro —asintió Pug.

Un brillo dorado envolvió al dragón, débil al principio, pero se fue haciendo más pronunciado. Pronto fue doloroso mirarlo. La luz se hizo más intensa, hasta que ocultó los detalles de la forma de Ryath. En ese momento su contorno empezó a moverse, a fundirse y fluir, contrayéndose al aterrizar ella en la pasarela. Rápidamente

el contorno se fue haciendo más y más pequeño, hasta ser del tamaño de un hombre. El resplandor desapareció. Donde había estado el dragón, había una preciosa mujer con el pelo rubio pelirrojo y los ojos azules. Su figura era perfecta, y estaba ante ellos desnuda.

—¡Una cambiaformas! —dijo Pug.

Ryath se acercó a ellos, y habló con voz musical.

—Los hombres no saben que podemos entrar y salir de su sociedad a voluntad. Y solo los grandes dragones poseen el arte. Por eso vuestra gente cree que nuestra raza casi ha desaparecido, ya que sabemos que es mejor adquirir aspecto humano cuando tratamos con los hombres.

—Aunque aprecio tal belleza, va a provocar bastante alboroto cuando volvamos a casa, al menos que le encontremos algo de ropa —dijo Tomas.

Ryath levantó un adorable brazo de piel blanca, y repentinamente estuvo ataviada con un vestido de viaje amarillo y dorado.

—Puedo vestirme como desee, valheru. Mis artes son más poderosas de lo que sospechas.

—Eso es cierto —admitió Macros—. Cuando yo viví con Rhuagh, este me enseñó magias desconocidas para el resto de las razas mortales. No subestiméis el alcance de las habilidades de Ryath. Tiene más que colmillos, fuego y garras para hacer frente a sus enemigos.

Pug contemplaba a la adorable mujer y le costaba creer que momentos antes había abultado más que muchos edificios. Miró muy serio a Macros.

—Gathis dijo una vez que siempre te estabas quejando de que había mucho que aprender pero poco tiempo para hacerlo. Creo que empiezo a comprender.

Macros sonrió.

—Entonces ahora está empezando realmente tu educación, Pug.

Macros miró a su alrededor, con una expresión casi triunfante en el rostro y una chispa feroz en la mirada.

—¿Qué pasa? —dijo Pug.

—Estábamos atrapados, y no teníamos esperanza de victoria. Todavía nos enfrentamos a la posibilidad del fracaso, Pug, pero ahora al menos podemos hacer algo, y tenemos una pequeña posibilidad de victoria. Venid, nos queda un largo viaje por delante.

El hechicero los condujo por la pasarela, pasando junto a los resplandecientes rectángulos, entre los cuales podían verse retroceder rápidamente las estrellas de la nueva creación. Lentamente, el gris del espado fractura los iba rodeando.

—¿Qué es este sitio, Macros? —dijo Pug.

—Es el sitio más extraño de todos, incluso comparado con la Ciudad Eterna. Se le llama el Pasillo del Universo, el Paseo por las estrellas, la Senda de las Puertas, o, más

a menudo, el Pasillo de los Mundos. Para la mayoría de los que lo atraviesan es sencillamente el Pasillo. Tenemos bastante tiempo para discutir muchas cosas mientras caminamos. Volveremos a Midkemia. Pero primero tengo que decir algunas cosas.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Tomas.

—Como la verdadera naturaleza del enemigo —dijo Pug.

—Sí, está eso —admitió Macros—. Os he ahorrado algunas cosas hasta el final, porque si no nos liberábamos de aquella trampa no tenía sentido aumentar vuestra carga. Pero ahora hemos de estar preparados para la confrontación final, así que tenéis que oír el resto de la verdad.

—No entiendo lo que quieres decir —dijo Tomas. Ambos hechiceros lo miraron.

—Gran parte de tu vida pasada sigue oculta ante ti, Tomas, y es hora de que se levanten esos velos.

Se detuvo y extendió la mano, pronunciando una extraña palabra mientras cubría los ojos de Tomas. Tomas se puso rígido al sentir que le volvían los recuerdos.

Un mundo daba vueltas en el vacío, orbitando alrededor de una estrella cálida y acogedora. Sobre él la vida florecía en abundancia y variedad. Dos seres estaban montados en ese mundo, cada uno de ellos con una tarea asignada. Rathar, recogía la multitud de fibras de vida y energía, y las tejía cuidadosamente en el tejido del Orden, formando un grueso cordón trenzado. Frente a ella se alzaba otro, Mythar, que agarraba el cordón y con un terrible frenesí destructor desgarraba las hebras, dejándolas volar en el Caos, hasta que Rathar las cogía y volvía a tejerlas. Cada uno seguía los dictados de su naturaleza, y eran indiferentes a todo lo demás. Eran los Dos Dioses Ciegos del Principio. Tal era la naturaleza del universo cuando estaba en su infancia. En el interminable proceso del trabajo de ambas deidades, pequeños fragmentos de los hilos se escaparon de Rathar y cayeron a la tierra del mundo que había bajo ellos. De ellos vino la más maravillosa magia de la creación: la vida.

Ashen-Shugar fue arrancado del vientre de su madre por las poco amables manos de la comadrona moredhel. Hali-Marmora desenvainó la espada y cortó el cordón umbilical que la unía a su hijo. Su rostro estaba demudado por los dolores del parto.

—Esto es lo último que conseguirás de mí sin lucha —gruñó.

La moredhel corrió con el valheru recién nacido y se lo entregó a un elfo que esperaba fuera de la estancia de la montaña.

El elfo conocía su misión. Ningún valheru vivía sin lucha. Así eran las cosas. El elfo llevó al silencioso bebé, que no había emitido un sonido desde su nacimiento. El bebé había nacido con pleno conocimiento, una cosa pequeña, pero no sin poder.

El elfo llegó al sitio que había seleccionado y dejó al bebé expuesto sobre las rocas, mirando al sol poniente, desnudo y sin nada que lo tapara.

El bebé Ashen-Shugar contempló su entorno, nombres y conceptos creciendo con cada minuto que pasaba. Un carroñero se acercó olisqueando al recién nacido, y el pequeño valheru lo hizo huir con un grito mental de furia.

Al anoecer, una criatura volaba alto en el cielo, planeando sobre sus anchas alas. Vio la cosa sobre las rocas y se preguntó si sería comida. Al bajar volando en círculos, repentinamente el recién nacido la llamó.

Ashen-Shugar vio al águila gigante volando en círculos sobre él y supo que aquella criatura era suya para mandarla. Con primitivas imágenes mentales le ordenó al ave gigantesca que aterrizará, y luego que cazara. En unos minutos el pájaro volvió con un pez de río aún vivo, del doble de tamaño que el niño. Desgarró el pez con el pico y las garras y le dio los trozos al recién nacido. Igual que para toda su raza, la primera comida de Ashen-Shugar fue carne cruda y ensangrentada.

Durante la primera noche el gran águila cubrió al niño con sus alas, como lo haría con sus propios polluelos. En unos días, una docena de pájaros cuidaban del bebé.

El valheru creció rápidamente, mucho más rápido que los niños de otras razas. En el espacio de un verano el niño pudo alcanzar a un ciervo corriendo, matarlo con un rayo mental y devorar su carne después de arrancársela de los huesos con las manos desnudas.

Ocasionalmente otras mentes tocaban la del niño, y se retiraban. Instintivamente supo que los de su propia raza era a los que debía temer más, hasta que tuviera poder suficiente para labrarse un sitio en su sociedad.

Su primer conflicto llegó cuando alcanzaba su primer año con las águilas gigantes. Otro joven, Lowris-Takara, el autoproclamado rey de los murciélagos, llegó por la noche usando sus siervos para localizar al joven Ashen-Shugar. Lucharon, ambos intentando absorber el poder del otro, pero finalmente prevaleció Ashen-Shugar. Con los poderes de Lowris-Takara sumados a los suyos, Ashen-Shugar empezó a buscar oponentes. Cazó a otros jóvenes, igual que Lowris-Takara lo había cazado a él, y otros siete cayeron ante él. Creció en fuerza y poder, tomó el título de Gobernante de las Estribaciones de las Águilas, y voló a lomos de un pájaro gigante para ir a cazar. Domó al primero de los poderosos dragones que montaría, y tras destruir a su madre en combate, se apoderó de sus estancias. Durante años fue creciendo en posición, y pronto fue reconocido como uno de los más poderosos de su raza.

Cazó y se divirtió con sus mujeres moredhel, y ocasionalmente se apareó con una de su propia estirpe cuando el calor cayó sobre ella y la poderosa lujuria superaba el ansia de luchar que sentían hacia su propia estirpe. De aquellas uniones solo sobrevivieron dos descendientes. La primera fue Alma-Lodaka, a la que engendró siendo muy joven, y el segundo fue Draken-Korin, resultado de su apareamiento con Alma-Lodaka. Los asuntos del parentesco no significaban nada para los valheru, salvo como puntos de referencia.

Se unió a su raza para saquear los cielos cuando el ansia de botín brotaba en ellos como un impulso de deseo irracional. Se llevó consigo a sus sirvientes eldar, cabalgando tras él a lomos de sus dragones para que catalogaran y cuidaran de su botín. Conoció el universo, y este tembló ante el tronar de la hueste dragón cuando se alzó rugiendo hasta los cielos. Otras razas de las que viajaban entre las estrellas desafiaron a los valheru, pero ninguna sobrevivió. Los Contempladores de Per, con sus poderes de manipular la vida, fueron derribados y sus secretos desaparecieron con ellos. El tirano del Imperio Cormorio envió contra ellos el poder de mil mundos. Naves del tamaño de ciudades cruzaron el vacío para descargar poderosos ingenios de guerra contra los invasores. Los Señores de los Dragones los aniquilaron sin vacilar, y el tirano pereció en el sótano más profundo de su palacio mientras su mundo era destruido sobre él. Los Amos de Maginor y su magia oscura fueron barridos por la Hueste Dragón. La Gran Alianza, los Mariscales del Amanecer, la Hermandad de Siar, todos intentaron resistirse. Todos fueron destruidos. De todos los que se opusieron a los valheru, solo los Guardianes de la Sabiduría de Aal, la supuesta primera raza, lograron evitar la destrucción, pero ni siquiera los Aal pudieron oponerse a la Hueste Dragón. En la multitud de universos, los valheru eran supremos.

Durante eras, Ashen-Shugar vivió como su gente había vivido siempre, sin temer a nadie y venerando solo a Rathar, ella que era llamada Orden, y a Mythar, él que era llamado Caos, los Dos Dioses Ciegos del Principio.

Entonces llegó la llamada, y Ashen-Shugar fue a reunirse con sus hermanos. Era una llamada extraña, muy diferente a todas las anteriores, ya que en su pecho no había brotado la sed de sangre que los llevaba más allá de las estrellas para saquear otros mundos. En su lugar era una llamada para una reunión, una reunión de valheru para hablar unos con otros. Era un concepto extraño.

En la llanura, al sur de las montañas y el gran bosque, los centenares que componían la raza se reunieron en un círculo. En el centro estaba Draken-Korin, que se llamaba el Señor de los Tigres. Dos de sus criaturas lo flanqueaban, con los poderosos brazos cruzados y enseñando ferozmente los colmillos. Para los valheru no eran nada, una simple recordatoria de que Draken-Korin era considerado por todos el más extraño de la estirpe. Tenía ideas acerca de nuevas cosas.

—El orden del universo está cambiando —dijo señalando a los cielos—. Rathar y Mythar han huido o han sido depuestos, pero sea cual sea el motivo, el Orden y el Caos ya no tienen sentido. Mythar ha soltado las hebras de poder y de ellas se alzan los nuevos dioses. Sin Rathar para tejer las hebras, esos seres se apropiarán del poder y establecerán un orden. Es un orden al que debemos oponernos. Esos dioses son inteligentes, perceptivos, y nos desafían.

—Cuando uno aparezca, matadlo —respondió Ashen-Shugar, a quien no preocupaban las palabras de Draken-Korin.

—Nos igualan en poder. Por el momento luchan entre ellos por el predominio y el control del poder que han dejado los Dos Dioses Ciegos del Principio. Pero esa lucha acabará y entonces nuestra existencia se verá amenazada. Volverán su poder contra nosotros.

—¿Y eso es motivo de preocupación? —dijo Ashen-Shugar—. Combatiremos como hemos hecho antes. Esa es la respuesta.

—No, hace falta algo más. Debemos luchar en armonía, no cada uno por su lado, si no, nos vencerán.

Últimamente, Ashen-Shugar había estado escuchando una extraña voz, una voz con un nombre. Ahora mismo no se acordaba del nombre, pero la voz le habló. *Debes mantenerte al margen.*

—Haced lo que queráis, yo no tomaré parte en ello —dijo el Gobernante de las Estribaciones de las Águilas. Ordenó a su poderoso dragón dorado, Shuruga, que emprendiera el vuelo y volvió a casa.

El tiempo pasaba, y Ashen Shugar volvía ocasionalmente al lugar donde trabajaban sus hermanos. Estaban fabricando una cosa extraña, como las ciudades de otros mundos, mediante las artes mágicas y el trabajo de los esclavos. Y en ella residían los valheru, incluso antes de que fuera completada. Como nunca antes se había visto en su historia, se convirtieron en una sociedad gregaria, y su naturaleza combativa quedó contenida por un pacto, una tregua. A Ashen-Shugar aquello le resultaba antinatural.

Poco después de la ciudad quedase completada, Ashen-Shugar estaba a lomos de su dragón contemplando el trabajo. Era un día ventoso, con un penetrante frío por el invierno que se aproximaba.

Un rugido desde arriba provocó que Shuruga emitiera una respuesta.

—¿*Combatimos?* —preguntó el dragón dorado.

—No, esperamos.

Ashen-Shugar ignoró la decepción que sintió en Shuruga. Otro dragón, negro como el carbón, aterrizó y se acercó cautelosamente hasta Ashen-Shugar.

—¿Ha venido finalmente el Gobernante de las Estribaciones de las Águilas a unirse a nosotros? —preguntó Draken-Korin. Su armadura a franjas negras y anaranjadas resplandeció al desmontar.

—No. Solo observo —respondió Ashen-Shugar, desmontando también.

—Solo tú no has estado de acuerdo.

—Unirse para saquear el cosmos es una cosa, Draken-Korin. Este... este plan vuestro es una locura.

—¿Qué es esto de locura? No sé de qué hablas. Somos. Hacemos. ¿Qué más hay?

—Esta no es nuestra costumbre.

—No es nuestra costumbre dejar que otros se opongan a nuestra voluntad. Esos

nuevos seres compiten con nosotros.

Ashen-Shugar miró al cielo, contemplando aquellas señales que indicaban que Draken-Korin tenía razón acerca de la lucha por el poder entre los dioses recién nacidos.

—Sí, así es. —Recordó las otras razas a las que se habían enfrentado, los seres mortales que habían caído ante la hueste dragón—. Pero no son como los demás. También están formados de la materia misma del mundo, como nosotros.

—¿Y eso importa? ¿A cuántos de los nuestros has matado? ¿Cuánta sangre ha pasado por tus labios? Cualquiera que se alce contra ti debe morir, o matarte. Eso es todo.

—¿Y qué pasa con los que quedarán atrás, los *moredhel* y los *elfos*? —Usó los términos que habían llegado a diferenciar entre los sirvientes domésticos y los sirvientes del campo y los bosques.

—¿Qué pasa con ellos? No son nada.

—Son nuestros.

Ashen-Shugar sentía una extraña presencia en su interior y supo que el otro, aquel cuyo nombre le eludía a menudo, le estaba haciendo sentirse lleno de preocupaciones que le eran ajenas.

—Te has vuelto extraño bajo tus montañas, Ashen-Shugar. Son nuestros sirvientes. No es como si poseyeran verdadero poder. Existen para nuestro placer, nada más. ¿Qué te preocupa?

—No lo sé. Hay algo... —Se detuvo, como si oyera una llamada hacia otro sitio—. Algo malo en todo esto. Creo que no solo nos arriesgamos todos, sino que ponemos en peligro el mismo tejido del universo.

Draken-Korin se encogió de hombros y volvió hacia su dragón.

—¿Y qué importa? Si fracasamos moriremos. ¿Qué importará que el universo muera con nosotros? —Draken-Korin llegó junto a su dragón y montó—. Le das vueltas a cosas que no tienen sentido.

Draken-Korin se alejó volando y Ashen-Shugar se quedó enfrentado a esos extraños y nuevos sentimientos en su interior.

El tiempo pasó, y el Gobernante de las Estribaciones de las Águilas observó los últimos trabajos en la ciudad de Draken-Korin. Cuando estuvo finalizada, Ashen-Shugar fue y encontró a su gente reunida una vez más. Anduvo por una amplia avenida flanqueada por altos pilares, todos ellos adornados con cabezas de tigre esculpidas. La vanidad de Draken-Korin lo divirtió un poco.

Descendiendo por una larga rampa, llegó a la cámara subterránea. Encontró la enorme estancia llena de *valheru*.

—¿Has venido a unirte a nosotros, padre-esposo? —dijo Alma-Lodaka, que se hacia llamar la Señora Esmeralda de las Serpientes. Iba flanqueada por dos de sus

criados, creados en abierta imitación de los de Draken-Korin. Eran serpientes dotadas de brazos y piernas, y hechas crecer hasta alcanzar el tamaño de los moredhel. Las membranas nictitantes de los ojos color ámbar parpadearon al fijarse sobre Ashen-Shugar.

—He venido a ser testigo de la estupidez.

Draken-Korin desenvainó su espada negra, pero otro, Alrin-Stolda, Monarca del Lago Negro, gritó.

—¡Derrama sangre valheru y el pacto se habrá roto!

El Señor de los Tigres volvió a envainar la espada.

—Suerte que hayas venido tarde, o le habríamos puesto fin a tus burlas.

—No os temo —dijo Ashen-Shugar—. Solo deseo ver lo que habéis fabricado. Este es mi mundo, y lo que es mío no debe ser amenazado.

Los demás lo miraron fríamente.

—Haz lo que quieras —dijo Alrin-Stolda—, pero has de saber que no nos echaremos atrás en nuestro propósito. Por muy poderoso que seas, Gobernante de las Estribaciones de las Águilas, no puedes enfrentarte a todos nosotros. Observa mientras hacemos los que debemos.

Juntos, bajo la dirección de Draken-Korin, forjaron una gran magia. Por un instante, Ashen-Shugar sintió un dolor que le retorció las entrañas, que pasó casi al momento, dejando solo un leve recuerdo. En el suelo del salón apareció una piedra gigantesca, una cosa circular verde y plana, con facetas, que brillaba como una esmeralda con luz interior. Draken-Korin se acercó y puso las manos sobre ella. La piedra palpitaba con energía.

—Contemplad la herramienta final. La Piedra Vital.

Ashen-Shugar salió de la estancia sin hacer ningún comentario, volviendo hacia Shuruga. Una voz tras él le hizo volverse, y vio a Alma-Lodaka que venía corriendo.

—Padre-esposo. ¿No te unirás a nosotros?

Sintió un extraño deseo hacia ella, casi como cuando le sobrevenía el calor, pero diferente. No comprendía aquel extraño sentimiento. Se *llama afecto*, le llegó la voz del otro. El la ignoró.

—Hija-esposa, lo que ha empezado nuestro hermano-hijo significa la destrucción final. Está loco.

Ella lo miró extrañada.

—No sé lo que quieres decir. Ni lo que significa esa palabra. Hacemos lo que debemos. Me hubiera gustado tenerte a nuestro lado, porque eres uno de los más poderosos de nosotros, pero haz lo que quieras. Oponte a nosotros bajo tu propia responsabilidad.

Sin decir más, le dejó y volvió al salón, donde intentarían poner en práctica la próxima gran magia.

Ashen-Shugar montó en su dragón y volvió a las Estribaciones de las Águilas.

Mientras Ashen-Shugar entraba en las estancias de su hogar de las montañas los cielos reverberaron con el sonido del trueno distante. Y supo que la hueste dragón volaba entre los mundos.

Durante días los cielos estuvieron embravecidos y sin sustancia, mientras la materia de la creación fluía de horizonte a horizonte. La locura no tuvo límites en el universo cuando los valheru se alzaron para desafiar a los nuevos dioses. El tiempo perdió su significado, y el mismo tejido de la realidad tembló y fluyó, mientras en el centro de sus estancias, Ashen-Shugar meditaba.

Entonces llamó a Shuruga y voló hasta aquel extraño lugar en la llanura, la ciudad que era obra de Draken-Korin. Y esperó.

Enloquecidos vórtices de energía chocaban en los cielos. Ashen-Shugar podía ver cómo el tejido mismo del tiempo y el espacio se desgarraba y se doblaba sobre sí mismo. Sabía que ya era casi la hora, se acomodó tranquilamente a lomos de Shuruga y esperó.

Sonó un clarín, la alarma que había preparado sincronizada con el mundo, lo que le dijo que el momento que había esperado estaba sobre él. Urgiendo a Shuruga a volar, Ashen-Shugar buscó aquello que sabía que iba a aparecer entre el espectáculo que se desarrollaba en el cielo. A la vez que veía a su presa, el dragón se tensó bajo él. La figura de Draken-Korin se fue haciendo discernible mientras aminoraba la velocidad de su dragón negro. Había algo extraño en los ojos de Draken-Korin, algo alienígena. *Se llama horror*, dijo la otra voz.

Shuruga se lanzó hacia delante. El gran dragón rugió su desafío, respondido por el dragón negro de Draken-Korin. Ambos chocaron en el cielo.

Todo acabó muy rápido, ya que Draken-Korin había sacrificado demasiado de su esencia para crear la locura que llenaba los cielos.

Ashen-Shugar aterrizó ágilmente cerca del cuerpo retorcido de su enemigo y se acercó a él. El valheru caído levantó la vista hacia su atacante.

—¿Por qué? —murmuró.

—Esta obscenidad nunca debería haberse consentido —dijo Ashen-Shugar señalando hacia arriba—. Provocáis el fin de todo lo que conocemos.

Draken-Korin miró al cielo, hacia donde sus hermanos se enfrentaban con los dioses.

—Eran demasiado fuertes. No podíamos haberlo imaginado. —Su rostro se contorsionó de terror y odio mientras Ashen-Shugar levantaba su espada dorada para ponerle fin—. ¡Pero yo tenía derecho! —gritó.

Ashen-Shugar separó la cabeza de Draken-Korin de su cuerpo. Enseguida, tanto la cabeza como el cuerpo se desvanecieron en un siseo humeante. Sin dejar ni rastro, la esencia del valheru volvió al cielo, para mezclarse con aquella cosa sin mente que

combatía contra los dioses.

—No hay derecho. Solo hay poder —dijo con amargura Ashen-Shugar. Solo él de entre toda su especie podía comprender la burlona ironía de aquellas palabras. Se retiró a su caverna a esperar el resultado final de las Guerras del Caos.

El tiempo perdió su significado, ya que él mismo se convirtió en un arma de guerra, pero en cierto sentido fue pasando mientras los nuevos dioses guerreaban contra aquello que había sido la hueste dragón. Entonces los dioses empezaron a actuar en grupo, los que habían sobrevivido a la guerra intestina por la cual habían establecido su lugar en la jerarquía de las cosas, y concentraron su atención sobre los valheru. Avanzaron como una fuerza de un poder más allá de los más enloquecidos sueños de Draken-Korin, y actuando juntos desterraron a los valheru del universo. Los expulsaron a otra dimensión del espacio-tiempo y les cerraron el camino de vuelta. Sumidos en una cólera irracional, los valheru trataron de volver a casa, de alcanzar la cosa que habían preparado por si llegaba este caso, la cosa que les había sido negada por uno de los suyos. Ashen-Shugar había impedido su victoria, y ahora se veían imposibilitados de volver a su mundo. En su cólera y su angustia, volvieron su poder contra las razas menores del nuevo universo. Atacaron mundo tras mundo. Destruyéndolo todo a su paso. Mundo a mundo fueron arrancando la esencia de la vida, los secretos de la magia y la energía de los soles. Ante ellos se extendían mundos cálidos y verdes que orbitaban soles vivos, tras ellos quedaban orbes helados y sin vida orbitando estrellas consumidas. En su frenético intento de volver a su mundo natal, trajeron la ruina de todo lo que tocaron. Las razas menores se unieron, tratando de enfrentarse a esta cosa desencadenada. Al principio fueron barridas, luego lograron ralentizar su avance, y por fin encontraron un medio de huida. Una raza menor, llamada humanidad, volcó toda su atención en la huida, y encontró un medio. La humanidad y otras razas encontraron un refugio. Se abrieron puertas a otros mundos y las razas huyeron, dispersándose por el tiempo y el espacio.

Se abrieron grandes agujeros en el tejido del universo. Enanos y hombres, trastos y trolls, todos atravesaron las grietas de la realidad, las fracturas entre un universo y otro. Nuevas razas, nuevas criaturas llegaron a Midkemia, y en aquel mundo buscaron su sitio.

Entonces los dioses se movieron para cerrarles el mundo de Midkemia a los señores de los dragones por toda la eternidad. Se volvieron hacia las fracturas que habían permitido formarse y las sellaron. De repente, la última ruta entre las estrellas estuvo cerrada. Se erigió una barrera. La hueste dragón trató en vano de cruzar este telón. Se les había negado el acceso al universo de Midkemia, y ardían de frustración. Juraron encontrar un medio para volver.

Entonces acabó. Las Guerras del Caos, los Días de la Cólera de los Dioses Locos, el Tiempo de la Muerte de las Estrellas, sea cual fuera el nombre que recibiría, la lucha

entre lo que había sido y lo que iba a ser llegó a su fin. Cuando acabó, y los cielos estuvieron de nuevo limpios de locura, Ashen-Shugar dejó su caverna. Volvió a la llanura frente a la ciudad de Draken-Korin y observó las consecuencias de la titánica lucha. Aterrizó a Shuruga y permitió que el dragón fuera a cazar. Durante largo rato esperó algo, no estaba seguro de qué.

Pasaron horas, y por fin habló la otra voz.

¿Qué es este lugar?

—La desolación de las Guerras del Caos. El monumento de Draken-Korin, la tundra sin vida que antaño fueron grandes prados. Pocos seres vivos aguardan aquí. La mayor parte de las criaturas huyen al sur, a climas más acogedores.

¿Quién eres?

Ashen-Shugar se sintió divertido, y se echó a reír.

—Soy aquello en lo que te estás convirtiendo. Somos uno solo. Eso has dicho muchas veces. —Su risa cesó. Era el primero de su raza que había reído. Había cierta tristeza debajo de aquel humor, ya que comprender el humor convertía a Ashen-Shugar en algo más allá que cualquier valheru, y supo que era testigo del inicio de una nueva era. Lo había olvidado.

Ashen Shugar. Último de los valheru, hizo volver a Shuruga de su caza. Subiendo a su montura, miró el punto donde Draken-Korin había sido derrotado, marcado solo por cenizas. Shuruga emprendió el vuelo, sobrevolando las consecuencias de la destrucción. *Merece la pena la amargura.*

—Yo creo que no. Hay algo que aprender, aunque soy incapaz de acordarme de qué. Sin embargo, presiento que tú sí. —Ashen-Shugar cenó los ojos por un momento y la cabeza le retumbó. La otra voz desapareció de nuevo de su mente. Ignorando el prodigio de esta extraña personalidad que había llegado a influenciarlo a lo largo de los años, puso su atención en su última tarea. Voló sobre las montañas, buscando a los seres esclavizados por sus hermanos. En los bosques del continente meridional, Ashen-Shugar sobrevoló la ciudad de los hombres tigre.

—Sabed que desde este día sois un pueblo libre —gritó lo bastante alto para que lo oyeran.

—¿Qué ha sido de nuestro amo? —respondió el líder de los hombres tigre.

—Se ha ido. Vuestro destino está en vuestras propias manos. Por mi palabra yo, Ashen-Shugar, digo que es así.

Luego fue hacia el sur, donde residía la raza serpentina creada por Alma-Lodaka. Y allí sus palabras fueron acogidas con siseos de terror e ira.

—¿Cómo podremos sobrevivir sin nuestra señora, ella que es nuestra diosa y madre?

—Eso os corresponde decidirlo a vosotros. Sois libres.

Las serpientes no quedaron satisfechas y decidieron investigar medios para volver

a traer a su señora. Como raza hicieron un juramento, que hasta el fin de los tiempos trabajarían para lograr la vuelta de la que era su madre y su diosa, Alma-Lodaka. De aquel día en adelante, el sacerdocio se convirtió en el poder supremo en la sociedad del pueblo serpiente pantathiano.

Voló por todo el mundo, y en todos los sitios en los que estuvo, pronunció las mismas palabras:

—Vuestro destino os pertenece. Sois libres.

Al final, llegó al extraño lugar que había levantado Draken-Korin y los demás. Allí estaban reunidos los elfos.

—Que se corra la voz. Desde este momento sois libres —dijo nada más aterrizar en la llanura.

Los elfos se miraron mutuamente.

—¿Qué significa eso? —dijo uno de ellos.

—Que sois libres de hacer lo que deseáis. Nadie cuidará de vosotros ni dirigirá vuestras vidas.

El que había hablado hizo una reverencia.

—Pero, amo, los más sabios de entre nosotros se han ido con tus hermanos, y con ellos se ha ido el saber, el conocimiento y el poder. Sin los eldar somos débiles. ¿Cómo sobreviviremos?

—Ahora os corresponde a vosotros forjar vuestro propio destino lo mejor que podáis. Si sois débiles, pereceréis. Si sois fuertes, sobreviviréis. Y oídme bien, hay nuevas fuerzas en esta tierra. Han venido criaturas de naturaleza alienígena, y con ellos habréis de luchar o hacer la paz, como queráis, porque ellos también buscan su destino. Pero habrá un nuevo orden, y debéis encontrar vuestro sitio en él. Puede que necesitéis elevaros por encima de los demás y ejercer el dominio, o puede que os destruyan. O quizá la paz sea posible entre vosotros. Eso debéis decidirlo vosotros. Yo ya he acabado con vosotros, salvo por una última orden. Este lugar queda prohibido, bajo pena de mi ira. Que nadie vuelva a entrar en él. —Con un movimiento de la mano obró una poderosa magia y la pequeña ciudad de los valheru se hundió lentamente en el suelo—. Que el polvo del tiempo la entierre y nadie la recuerde. Esta es mi voluntad.

Los elfos se inclinaron.

—Como desees, amo, serás obedecido.

Los elfos más ancianos se volvieron hacia su gente.

—Nadie puede entrar en este lugar, que nadie se acerque. Ha desaparecido de los ojos de los mortales; no se recuerda.

—Ahora sois libres —dijo Ashen-Shugar.

—Entonces iremos a un lugar donde podamos vivir en paz —dijeron los elfos, los que habían vivido más apartados de sus amos. Y fueron hacia el oeste, buscando un

sitio en el que pudieran vivir en armonía.

—Tendremos cuidado con estos nuevos seres —dijeron otros—, ya que nosotros somos los que tenemos derecho a heredar el manto del poder.

Ashen-Shugar se dio la vuelta.

—Patéticas criaturas, ¿es que no habéis sido testigos de que el poder no significa nada? Buscad otro camino.

Pero los moredhel ya se iban y no hicieron caso a sus palabras, ya que habían empezado a soñar los sueños de poder. Habían puesto el pie en la senda oscura incluso mientras seguían a sus hermanos hacia el oeste. Pasado el tiempo sus hermanos los expulsarían, pero por ahora eran un solo pueblo.

Otros se apartaron en silencio, dispuestos a destruir a cualquiera que se les opusiera. No les interesaba perseguir el poder de sus amos, ya que estaban seguros de su propia capacidad para conseguir por la fuerza de las armas cualquier cosa que desearan. Aquellos elfos habían sido cambiados por las fuerzas liberadas durante las Guerras del Caos y ya empezaban a apartarse de sus hermanos. Serían llamados glamredhel, los elfos locos, y mientras se dirigían hacia el norte, miraron con ojos desconfiados a los que viajaban hacia el oeste. Se irían lejos, usando ciencia y hechicería tomadas de mundos alienígenas para construir grandes ciudades a imitación de sus amos, para protegerse de sus hermanos mientras se preparaban para hacerles la guerra.

Asqueado por su comportamiento, Ashen-Shugar volvió a sus estancias, para quedarse allí hasta que le llegara la hora de abandonar esta vida, preparando el camino para el otro. El universo había cambiado, y en sus estancias, Ashen-Shugar se sentía ajeno a este nuevo orden. Como si la propia realidad rechazara su naturaleza, cayó en sopor, un sueño parecido a un coma, en el que su ser empezó a disolverse y a imbuir su armadura. El poder fue pasando a los artefactos, para esperar al otro que vendría a ponerse su manto.

Al final se despertó, y dijo:

—¿He errado? *Ahora conoces la duda.*

—Esta extraña quietud interior ¿Qué es? *Es la muerte que se aproxima.*

—Eso pensaba —dijo el último valheru cerrando los ojos—. Muy pocos de mi raza sobrevivían al combate. Era algo muy raro. Yo soy el último. A pesar de todo, me gustaría volar sobre Shuruga una última vez. *Ya no está. Murió hace eras.*

Ashen-Shugar luchó con sus vagos recuerdos.

—Pero si volé a lomos de él esta mañana —dijo débilmente. *Eso fue un sueño, igual que esto.*

—¿Entonces me he vuelto loco? —el pensamiento de lo que había visto en los ojos de Draken-Korin perturbó a Ashen-Shugar. *No eres más que un recuerdo,* dijo el otro. *Esto no es más que un sueño.*

—Entonces haré lo planeado. Acepto lo inevitable. Otro vendrá a tomar mi lugar. *Eso ya ha sucedido, porque yo soy el que vino, y he recogido tu espada y me he puesto tu manto; tu causa ahora es la mía. Yo me alzo contra los que desean arrasarse este mundo,* dijo el otro.

El llamado Tomas.

Tomas abrió los ojos y volvió a cerrarlos. Sacudió la cabeza para aclarársela. A Pug le había parecido que estaba en silencio solo un instante, pero el mago sospechaba que por la mente de Tomas habían pasado muchas cosas.

—Ya tengo los recuerdos —dijo Tomas al fin—. Ahora comprendo lo que pasa.

Macros asintió, y se dirigió a Pug.

—A lo largo de todo mi trato con la paradoja Ashen-Shugar/Tomas, lo más difícil de todo fue saber cuánto conocimiento permitirle a Tomas. Ahora ya está listo a enfrentarse con el desafío más grande de su existencia, y ahora debe saber la verdad. Y tú también, aunque sospecho que ya habrás deducido lo que él ha descubierto.

—Al principio me llamé a error porque el Enemigo usó el tsurani antiguo cuando habló en la visión de Rogen —contestó Pug en voz baja—. Pero ahora me doy cuenta de que sencillamente fue que ese era el idioma humano que conocía en los tiempos de la huida por el puente dorado. Una vez que descarté la idea de que el Enemigo estuviera ligado a los tsurani, fue cuando consideré la presencia de los eldar en Kelewan. Entonces lo comprendí. Sé a lo que nos enfrentamos, y por qué le escondiste la verdad a Tomas. Es la peor pesadilla dotada de vida.

Macros miró a Tomas, y Tomas miró a Pug, con dolor en los ojos.

—La primera vez que recordé los tiempos de Ashen-Shugar pensé... pensé que mi herencia había sido dejada para combatir la invasión tsurani —dijo Tomas en voz baja—. Pero eso solo era una pequeña parte del total.

—Sí —dijo Macros—. Hay más. Ya sabes cómo un dragón que se creía extinguido desde hace generaciones, un dragón negro, podía estar vigilándome.

La expresión de Tomas fue de abierta duda y preocupación.

—Y ya conozco el propósito de los Amos de Murmandamus —dijo en tono casi de resignación, señalando el sitio donde estaban con un barrido de la mano—. La trampa era menos para impedir que Macros llegara a Midkemia que para alejarnos a nosotros del Reino.

—¿Por qué? —preguntó Pug.

—Porque en nuestro propio tiempo, Murmandamus encabeza un ejército y se dirige hacia vuestra patria. Mientras me buscabais en la Ciudad Eterna, estoy seguro de que estaba arrollando a la guarnición de Highcastle. Y sé cual es su objetivo al invadir el Reino. Necesita llegar a Sethanon.

—¿Por qué Sethanon? —dijo Pug.

—Porque por puro azar esa ciudad está construida sobre las ruinas de la antigua ciudad de Draken-Korin —respondió Tomas—. Y dentro de esa ciudad se encuentra la Piedra Vital.

—Más vale que sigamos andando mientras discutimos estos problemas, Pug —dijo el hechicero—, porque tenemos que volver a Midkemia y a nuestro propio tiempo. Tomas y yo podemos hablarte de la ciudad de Draken-Korin y de la piedra vital. Esa parte la ignoras, aunque sabes lo demás; el Enemigo, esa cosa de la que oíste por primera vez en Kelewan, no es un único ser. Es el poder y las mentes combinadas de los valheru. Los señores de los dragones están volviendo a Midkemia, y quieren recuperar su mundo. Y a nosotros nos toca impedirselo —añadió con una sonrisa desprovista de humor.

Retirada

Arutha estudiaba el cañón.

Había salido a caballo antes del amanecer con Guy y el Barón Highcastle para observar las avanzadillas de las fuerzas de Murmandamus. Desde el punto donde sus compañeros y él habían sido interceptados por los hombres de Highcastle podían ver las hogueras en lontananza.

Arutha señaló.

—¿Lo veis, Brian? Debe haber un millar de hogueras, lo que quiere decir cinco, seis mil soldados. Y eso son solo las avanzadillas. Mañana a esta hora habrá el doble. En tres días Murmandamus arrojará treinta mil o más contra vos.

Highcastle, ignorando el tono de Arutha, se inclinó hacia delante en la silla, como esforzándose por ver más claramente.

—Solo veo hogueras, Alteza. Sabéis que es un truco muy habitual hacer hogueras de más para que enemigo no sepa exactamente la fuerza o la disposición de uno.

Guy maldijo por lo bajo e hizo dar la vuelta a su caballo.

—No me quedaré a explicarle lo evidente a un idiota.

—¡Y yo no me quedaré sentado aguantando los insultos de un traidor! —le espetó Highcastle.

Arutha interpuso su caballo entre ambos.

—Guy, no me has prestado juramento de fidelidad, pero en estos momentos estás vivo porque he aceptado tu palabra de honor. No dejes que esto se convierta en una cuestión de honor. Ahora no necesito duelos. ¡Te necesito a ti!

El ojo bueno de Guy se entrecerró, y pareció dispuesto para más palabras acaloradas.

—Mis disculpas... mi señor —dijo por fin—. Los rigores de un largo viaje, estoy seguro de que lo entendéis. —Espoleó su caballo de vuelta a la guarnición.

—Ese hombre era un cerdo insufriblemente arrogante cuando era duque, y parece que dos años vagando por las Tierras del Norte no lo han cambiado lo más mínimo.

Arutha hizo girar a su caballo para mirar de frente a Lord Highcastle. Sus palabras

demonstraron que estaba al límite de su paciencia.

—También es el mejor general que he conocido, Brian. Acaba de ver cómo arrollaban a sus hombres; cómo destruían por completo su ciudad. Tiene a miles de personas dispersas por las montañas y no sabe cuántos han sobrevivido. Estoy seguro que podréis comprender que esté de mal humor. —El sarcasmo del último comentario demostraba su propia frustración.

Lord Highcastle se mantuvo en silencio. Se dio la vuelta y observó el campamento enemigo mientras amanecía.

Arutha se estaba ocupando de su caballo, el que les había quitado a los bandidos en las montañas. La yegua baya estaba descansando y recuperando peso. Esa mañana, Arutha había usado un caballo prestado por el Barón Highcastle. Un día más y la yegua estaría lista para cabalgar al sur. Arutha había esperado que el barón les ofreciera al menos la posibilidad de cambiar los animales, pero Brian, Lord Highcastle, parecía deleitarse señalando a cada oportunidad que como vasallo de Lyam no tenía ninguna obligación con Arutha, aparte de ser mínimamente cortés. Arutha no estaba siquiera seguro de si Brian les ofrecería una escolta. El hombre era un insoportable egocéntrico, no demasiado perceptivo, y testarudo; unas cualidades no inesperadas en un hombre relegado a la frontera para enfrentarse a pequeñas partidas de trasgos más organizados, pero difícilmente las que uno desearía en un comandante que iba a enfrentarse a un ejercito invasor veterano y bien mandado.

La puerta del establo se abrió y entraron Locklear y Jimmy, que se detuvieron al ver a Arutha. Jimmy se le acercó.

—Veníamos a ver a los caballos.

—No tengo problemas con tu función de escudero, Jimmy —dijo Arutha—. Solo es que me gusta encargarme de estas cosas yo mismo cuando tengo tiempo. Y me da tiempo para pensar.

Locklear se sentó en una bala de heno entre la montura de Arutha y la pared. Alargó la mano y palmeó el morro de la yegua.

—¿Por qué está pasando esto, Alteza?

—¿Quieres decir que por qué esta guerra?

—No, creo que puedo entender a alguien que quiera conquistar, o por lo menos he oído lo suficiente sobre las guerras de ese tipo en las historias. No, me refiero al sitio. ¿Por qué aquí? Amos nos ha estado enseñando mapas del Reino arriba y... no tiene sentido.

Arutha hizo una pausa en el cepillado de su montura.

—Acabas de dar con mi principal motivo de preocupación. Guy y yo lo hemos estado discutiendo. No tenemos ni idea. Pero hay una cosa segura: si tu enemigo está haciendo algo inesperado, es por un motivo, y más vale que seas rápido en

descubrirlo, porque si no lo haces es probable que sea la causa de tu derrota. — Entornó los ojos—. No, hay un motivo para que Murmandamus venga en esta dirección. Considerando el tiempo que le queda antes de que caiga el invierno, su objetivo tiene que ser Sethanon. ¿Pero por qué? No hay ningún motivo aparente para que vaya allí, y una vez allí solo podrá aguantar hasta la primavera. Una vez llegue esta, Lyam y yo lo aplastaremos.

Jimmy sacó una manzana de la blusa y la partió en dos, dándole la mitad al caballo.

—A menos que pretenda tenerlo todo listo para la primavera.

Arutha miró a Jimmy.

—¿Qué quieres decir?

Jimmy se encogió de hombros y se limpió la boca.

—No lo sé exactamente, pero vos lo habéis dicho. Hay que averiguar qué pretende el enemigo. Considerando lo poco defendible que es la ciudad puede que suponga que la van a evacuar. Como habéis dicho, cuando llegue la primavera podéis aplastarlo. Así que supongo que él también lo sabrá. Ahora, si yo fuera derecho a un lugar en el que me pudieran hacer trizas la próxima primavera, sería porque tendría planeado no estar allí cuando llegara la primavera. O quizá porque allí hubiera algo que me diera ventaja: o me hiciera tan poderoso que no tuviera que preocuparme de verme atrapado entre dos ejércitos, o impediría que los dos ejércitos llegaran. Algo así.

Arutha apoyó la barbilla en el brazo sobre el lomo del caballo mientras pensaba.

—¿Pero qué?

—¿Algo mágico? —dijo Locklear.

Locklear rió.

—De eso no ha faltado desde que empezó este jaleo.

Arutha pasó el dedo por la cadena de la que pendía el talismán que le habían entregado los monjes ishapianos de Sarth.

—Algo mágico —murmuró—. ¿Pero qué?

—Será algo grande, supongo —dijo Jimmy tranquilamente.

Arutha combatió su creciente irritación. En sus tripas sabía que Jimmy estaba en lo cierto. Y sentía una frustración próxima a la ira por no comprender el secreto que se escondía detrás de la loca invasión de Murmandamus.

Súbitamente sonaron las trompetas, respondidas casi al instante por el ruido de los tacones de las botas sobre los adoquines cuando los soldados corrieron a sus puestos. Arutha salió del establo al instante, seguido de cerca por los muchachos.

Galain señaló.

—Allí.

Guy y Arutha oteaban desde la torre más alta del castillo, mirando por encima de

la barbacana de la fortificación. Al otro lado, en el profundo cañón llamado la Grieta de Cutter, podían verse los primeros elementos del ejército de Murmandamus.

—¿Dónde está Highcastle? —preguntó Arutha.

—Abajo en la muralla, con sus hombres —respondió Amos—. Llegó cabalgando no hace mucho, vapuleado y ensangrentado. Parece que los hermanos oscuros estaban en las colinas sobre su posición avanzada y cayeron en masa sobre él. Tuvo que abrirse paso a espadazos. Al parecer ha perdido casi todo el destacamento de allí afuera.

Guy maldijo.

—Que idiota. Allí era donde podía haber dejado atorado al ejército de Murmandamus durante varios días. Aquí, en las murallas, va a ser una maldita pantomima.

—Fue una tontería subestimar la habilidad de los moredhel montañeses una vez que llegan a las rocas —dijo el elfo—. Estos no son unos simples trasgos.

—Voy a ver si puedo hablar con él —dijo Arutha. El príncipe corrió escaleras abajo y en unos minutos estuvo junto a Lord Highcastle. El barón estaba manchado de sangre de una herida en el cuero cabelludo, recibida cuando le habían arrancado el yelmo de la cabeza. No se había puesto otro, y tenía el pelo apelmazado por la sangre seca. El hombre estaba pálido y tembloroso, pero seguía supervisando a sus hombres sin vacilar—. ¿Podéis ver lo que os decía, Brian?

—Los atascaremos aquí —respondió señalando el estrecho cañón que llegaba junto a la muralla—. No hay espacio para organizar las ofensivas, así que sus hombres tendrán que pararse frente a la muralla. Caerán como el trigo ante una guadaña.

—Brian, trae contra vos un ejército de treinta mil soldados. ¿Y qué tenéis aquí? ¿Dos mil? ¡No le importan las pérdidas! Apilará soldados contra las murallas y luego subirá sobre sus cadáveres para llegar hasta aquí. Vendrán y vendrán y vendrán y os agotarán. No podéis resistir más de un día o dos a lo sumo.

El barón miró a Arutha fijamente a los ojos.

—Mi cargo consiste en defender esta posición. No puedo abandonarla salvo con permiso del rey. Mis órdenes son defenderla a toda costa. Ahora, como no sois parte de esta guarnición, os pido que salgáis de la muralla.

Arutha se quedó inmóvil unos instantes, con el rostro sonrojado. Dejó la muralla y volvió a la torre, reuniéndose con los que estaban allí.

—Jimmy, ve a ensillar los caballos y consigue todo lo necesario para una cabalgada larga —dijo nada más llegar—. Roba lo que debas de la cocina, puede que tengamos que salir por pies.

Jimmy asintió, cogió a Locklear de la manga y se lo llevó. Arutha, Guy, Galain y Amos siguieron observando cómo la vanguardia del ejército invasor se acercaba, bajando por el cañón como una lenta riada.

Empezó tal y como había predicho Arutha, una oleada de soldados atacando por el estrecho paso. La fortaleza había sido construida como base de operaciones para la guarnición, sin pensar que tendría que hacer frente a un ataque masivo por parte de un ejército organizado. Y ahora un ejército justamente así avanzaba sobre el castillo.

Arutha se unió a sus compañeros sobre la torre, observando mientras los arqueros de Highcastle empezaban a masacrar a las avanzadillas de Murmandamus. Entonces las filas de los atacantes se abrieron, y se adelantaron unos trasgos que llevaban pavese, formando una muralla de escudos. Arqueros moredhel corrieron y se refugiaron tras ellos, luego se prepararon y empezaron a responder a los arqueros de la muralla. La primera salva de flechas arrancó una docena de arqueros de Highcastle de la muralla, y los atacantes avanzaron. Una y otra vez ambos bandos intercambiaron disparos, y los defensores se mantuvieron firmes, pero los atacantes siguieron avanzando hacia la muralla.

Paso a sangriento paso siguieron viniendo, avanzando sobre los cuerpos de los caídos. Cada oleada venía y caía, pero se acercaba a la muralla más que la última. Un arquero caía y otro corría a ocupar su puesto. Para cuando el sol salió por encima de la pared del cañón, los atacantes habían recorrido la mitad de la distancia que los separaba de la muralla. Para cuando el sol hubo efectuado el tránsito en el cielo de pared a pared, la distancia se había reducido a menos de cincuenta metros. En ese momento se lanzó la segunda oleada.

Trajeron escalas, y los defensores hicieron pagar un altísimo precio a los que las transportaban, pero cuando un trasgo o un troll caían, otro tomaba su puesto y seguían acarreado la escalera. Por fin las apoyaron en la muralla. Se emplearon armas de poste para derribarlas, pero los invasores colocaron más escalas, y los trasgos se lanzaron arriba para ser recibidos por el acero y el fuego. Entonces comenzó realmente la batalla de Highcastle.

Arutha observaba cómo los cansados defensores resistían una vez más. La última oleada había logrado escalar la muralla al sur de la barbacana, pero la compañía de refuerzo había llegado a la brecha y los había hecho retroceder. A la puesta de sol, las trompetas tocaron retirada, y la hueste de Murmandamus retrocedió por el cañón.

Guy maldijo.

—Nuca había visto tal masacre y desperdicio en nombre del deber.

Arutha se vio obligado a admitirlo.

—¡Infiernos! —dijo Amos—. Puede que estos zagales de la frontera sean la escoria y los desechos de vuestros ejércitos, Arutha, pero son tipos duros y correosos. Nunca había visto a unos hombres dar más de sí.

Arutha asintió.

—Es imposible no endurecerse tras pasar tiempo en la frontera. Hay pocas batallas grandes, pero la lucha es constante. A pesar de todo, si Brian sigue así están

condenados.

—Deberíamos partir antes del amanecer si queremos salir de aquí, Arutha —dijo Galain.

El príncipe asintió.

—Voy a hablar por última vez con Brian. Si sigue negándose a atender a razones le pediré permiso para abandonar la guarnición.

—¿Y si se niega? —preguntó Amos.

—Jimmy ya nos ha conseguido provisiones y una vía de escape. Si hace falta nos iremos a pie.

El príncipe dejó la torre y corrió hasta el último sitio donde había visto a Highcastle. Mirando por allí, no vio ni rastro del barón, así que le preguntó a un guardia.

—La última vez que vi al barón sería hace una hora. Puede que esté abajo en el patio junto con los muertos y heridos, Alteza.

Las palabras del soldado resultaron proféticas, ya que Arutha encontró a Brian, Lord Highcastle, entre los muertos y heridos. El cirujano estaba arrodillado junto a él, y cuando le príncipe se acercó, levantó la mirada y negó con la cabeza.

—Está muerto.

Arutha se dirigió a un oficial que estaba junto al cuerpo.

—¿Quién es el segundo al mando?

—Walter de Gyldenholt —dijo el hombre—, pero creo que cayó cuando arrollaron la posición avanzada.

—¿Y después de él?

—Baldwin de la Troville y yo, Alteza, íbamos detrás de Walter. Llegamos el mismo día, así que no sé a quién se consideraría más veterano.

—¿Quién sois?

—Anthony du Masigny, antiguo barón de Cahy, Alteza.

Tras oír el nombre, Arutha reconoció al hombre de la coronación de Lyam. Había sido uno de los partidarios de Guy. Seguía teniendo un aspecto elegante, pero dos años en la frontera le habían quitado buena parte del aire de dandi cortesano que había exhibido en Rillanon.

—Si no tenéis objeciones, mandad llamar a de la Troville y a Guy du Bas-Tyra. Que se reúnan conmigo en las habitaciones del barón.

—No tengo objeciones —dijo du Masigny. Recorrió con la mirada la carnicería visible en las murallas y el patio—. De hecho creo que ahora mismo vendrían bien algo de cordura y orden.

Baldwin de la Troville era un hombre delgado y duro, que contrastaba con el aspecto elegante y más blando de du Masigny. Arutha habló tan pronto estuvieron presentes

ambos oficiales.

—Si alguno de ustedes está convencido de esas pamplinas de responder como vasallos solo ante el rey y defender esta fortaleza hasta la muerte, que lo diga ahora.

Ambos intercambiaron miradas, y du Masigny se rió.

—Alteza, fuimos enviados aquí por orden de vuestro hermano por —miró a Guy— ciertas indiscreciones políticas. No tenemos especial prisa por desperdiciar nuestras vidas en un gesto inútil.

—Highcastle era un idiota —dijo de la Troville—. Un hombre valiente, casi heroico, pero un idiota.

—¿Aceptarían mis órdenes?

—Con gusto —dijeron ambos.

—En ese caso, de ahora en adelante du Bas-Tyra es mi segundo al mando. Será su superior.

Du Masigny sonrió de oreja a oreja.

—Eso no nos resulta nuevo, Alteza.

Guy asintió y devolvió la sonrisa.

—Son buenos soldados, Arutha, harán lo que haya que hacer.

Arutha arrancó un mapa de la pared y lo puso sobre la mesa.

—Quiero que dentro de una hora media guarnición esté a caballo, pero las órdenes han de transmitirse en voz baja, nada de trompetas, tambores ni gritos. Tan pronto como sea posible quiero que vayan saliendo por las poternas escuadrones de doce hombres en intervalos de un minuto. Que cabalguen hasta Sethanon. Creo que incluso mientras nosotros hablamos, Murmandamus está infiltrando a sus soldados por las rocas a ambos lados del paso para cortarnos la retirada. No creo que tengamos más de unas horas, seguramente no más allá del amanecer.

El dedo de Guy tocó el mapa.

—Si enviamos una pequeña patrulla a este punto, y luego a este, solo por hacer acto de presencia, eso ralentizaría a los posibles infiltrados y taparía parte del ruido.

Arutha asintió.

—De la Troville, poneos al mando de esa patrulla, pero no os trabéis con fuerzas enemigas. Corred como conejos si hace falta, y aseguraos de estar de vuelta dos horas antes del amanecer. A la salida del sol esta guarnición tiene que estar evacuada sin haber dejado atrás ni un alma. Bien. Los primeros escuadrones que partan se compondrán de seis soldados ilesos y seis heridos. Se atará a los heridos a sus caballos si hace falta. Después de la matanza de hoy debería haber suficientes monturas para que cada grupo llevara dos o tres de más, y quiero que se lleven todo el grano que sea posible. No todos los caballos llegarán hasta Sethanon, pero entre la rotación de monturas y el grano, la mayoría debería conseguirlo.

—Muchos de los heridos no sobrevivirán, Alteza —dijo du Masigny.

—La cabalgada hasta Sethanon será asesina, pero quiero que se vaya todo el mundo. No me importa lo gravemente heridos que estén, no dejaremos ni un hombre atrás para los carniceros. Du Masigny, poned a todos los soldados muertos en el parapeto, apoyados en los merlones, cuando llegue el amanecer quiero que Murmandamus crea que se enfrenta a la guarnición en pleno. —Se volvió hacia Guy—. Puede que eso le haga perder algo de tiempo. Ahora hay que preparar mensajes para Northwarden, diciéndoles lo que está pasando aquí. Si la memoria no me engaña, Michael lord Northwarden es mucho más brillante que el difunto barón Highcastle. Quizá acceda a enviar algunos soldados para hostigar los flancos de Murmandamus. Que se envíen mensajes a Sethanon...

—No tenemos pájaros para Sethanon, Alteza —dijo de la Troville—. Esperábamos que nos llegaran algunos por caravana en este mes. —Parecía avergonzado por su antiguo comandante—. Un olvido.

—¿Cuántos pájaros quedan en los palomares?

—Una docena. Tres para Northwarden. Dos cada para Tyr-Sog y Loriel, y cinco para Romney.

—Entonces por lo menos podemos correr la voz. Decidle al duque Talwvn de Romney que transmita este mensaje a Lyam en Rillanon. Quiero que los ejércitos del Este marchen sobre Rillanon. Martin ya estará en marcha con el ejército de Vandros. Tan pronto se encuentre con los supervivientes de Armengar y descubra la ruta de Murmandamus, hará virar sus tropas y enviará el ejército de Yabon hasta el Hoyo del Halcón, desde donde pueden atravesar las montañas y emprender el camino hasta aquí. Enviaremos mensajes a Tyr-Sog para que le envíen correos para decirle exactamente dónde estamos. La Guarnición de Kronador se pondrá en marcha tan pronto Gardan oiga de Martin. Irá recogiendo tropas de camino a Páramo Oscuro, —parecía vagamente esperanzado—. Todavía puede que sobrevivamos en Sethanon.

—¿Dónde está Jimmy?

—Tenía algo que hacer, vendrá enseguida —dijo Locklear.

Arutha miró a su alrededor.

—¿En qué tontería se ha metido ahora?

Ya casi había amanecido y el último destacamento de soldados estaba listo para salir de la guarnición. El grupo de Arutha, los últimos cincuenta soldados y dos docenas de caballos adicionales estaban listos junto a la poterna, y Jimmy se había ido a alguna parte.

En ese momento el muchacho apareció corriendo, haciendo gestos para que partieran. Subió a la silla de un salto y Arutha ordenó abrirla poterna. La abrieron de par en par y el príncipe condujo a la columna al exterior.

—¿En qué te has entretenido? —le preguntó a Jimmy cuando este lo alcanzó.

—En una sorpresa para Murmandamus.

—¿Qué?

—Puse una vela sobre un barrilito de aceite que encontré, encima de un montón de paja, trapos y cosas. Debería empezar a arder en una media hora o así. Solo hará mucho humo, pero arderá durante varias horas.

Amos rió apreciativo.

—Y después de lo de Armengar, no se van a dar prisa en correr hacia un fuego.

—Es un chico listo, Arutha —dijo Guy.

Jimmy pareció complacido por el elogio.

—A veces demasiado listo —dijo Arutha secamente.

Jimmy puso mala cara, mientras Locklear sonreía.

Ganaron un día. Desde el momento de la partida, al amanecer, hasta la puesta de sol, no vieron ninguna señal de persecución. Arutha supuso que Murmandamus habría ordenado un registro concienzudo de la fortaleza vacía y luego habría tenido que reorganizar su ejército para la marcha por la Meseta Alta. No, le habían sacado ventaja a los invasores y lo más probable es que se mantuvieran por delante de todo excepto de su caballería más rápida.

Podían presionar a los caballos, rotando con los caballos de refresco que llevaban, y hacer de treinta y cinco a cuarenta millas al día. Seguro que algún caballo se quedaría cojo, pero con suerte atravesarían la vasta y accidentada Meseta Alta en una semana. Una vez en el Bosque Oscuro tendrían que aminorar el paso, pero las posibilidades de ser alcanzados también se reducirían, ya que los perseguidores tendrían que avanzar con cuidado por si las emboscadas en el denso bosque.

En el segundo día empezaron a pasar junto a los cadáveres de los heridos que no habían podido soportar los rigores de la dura cabalgada. Sus camaradas habían seguido las órdenes y habían tirado a los muertos de las sillas, sin perder el tiempo en enterrarlos; ni siquiera en quitarles las armas y armaduras.

Al tercer día ya vieron los primeros signos de persecución, vagas siluetas en el horizonte a la puesta de sol. Arutha ordenó cabalgar durante una hora más, y al amanecer ya no había señales de los que venían detrás.

Al cuarto día vieron la primera aldea. Los soldados que habían pasado antes que ellos habían alertado a todos del peligro, y ahora estaba desierta. Salía humo de una chimenea, y Arutha envió a un soldado a investigar. Un fuego bien alimentado seguía ardiendo, pero no había nadie. Encontraron un poco de grano, que se llevaron, pero el resto de la comida había desaparecido. Quedaba poco de utilidad para el enemigo, así que Arutha ordenó dejar la aldea como estaba. Si los aldeanos no se lo hubieran llevado todo, habría ordenado que la incendiaran. Suponía que los soldados de Murmandamus ya se encargarían de eso, pero se sentía mejor dejando el sitio tal y como se lo había encontrado.

Cerca del fin del quinto día, vieron una compañía de jinetes que se acercaban por detrás, y Arutha ordenó a su compañía detenerse y prepararse. Los jinetes se acercaron lo suficiente para ser identificados como una docena de exploradores moredhel, pero luego se alejaron y volvieron con el contingente principal en vez de aceptar la oferta de enfrentarse a la fuerza más numerosa.

Al sexto día alcanzaron una caravana que se dirigía al sur, que ya había sido avisada del peligro por las primeras tropas de la guarnición que habían pasado junto a ella. Los arrieros avanzaban a paso firme pero lento, y era seguro que las avanzadillas de Murmandamus les darían alcance en un día, dos a lo sumo. Arutha acercó su caballo al carromato donde iba el mercader dueño de la caravana.

—¡Soltad los caballos y montaos en ellos! —gritó—. ¡De lo contrario no podréis escapar de los hermanos oscuros que vienen ahí atrás!

—¡Pero mi grano! —se quejó el mercader—. ¡Lo perderé todo!

Arutha ordenó un alto.

—Que cada hombre coja un saco de grano de este mercader —ordenó a sus hombres cuando los carros se hubieron detenido—. Lo necesitaremos para el Bosque Oscuro. ¡Quemad el resto!

El mercader protestó y ordenó a sus mercenarios que defendieran la carga, pero estos le echaron una ojeada a la cincuentena de soldados de Highcastle y se apartaron, permitiéndoles que se llevaran el grano.

—¡Soltad los caballos! —ordenó Guy.

Los soldados cortaron los arneses de los caballos y los apartaron. En unos minutos vaciaron el primer carromato de sacos de grano que repartieron entre los soldados y uno por cada caballo del mercader. Al resto de los carros y del grano le prendieron fuego.

—Maese mercader, en esta dirección vienen treinta mil trasgos, hermanos oscuros y trolls —dijo Arutha—. Si piensa usted que le he hecho una injusticia, considere lo que le habría esperado atravesando el Bosque Oscuro con esos carros y esa compañía. Ahora coja el grano para sus monturas y cabalgue al sur. Nosotros prepararemos la defensa en Sethanon, pero si valora su pellejo, yo seguiría hasta el Cruce de Malac. Aunque si desea que se le pague por este grano, quédese en Sethanon, y si de algún modo conseguimos sobrevivir a la invasión, yo le compensaré. Eso es decisión suya. Yo no tengo más tiempo que perder.

Arutha ordenó a su columna emprender la marcha y, minutos después, no se sorprendió de encontrar al mercader y sus mercenarios siguiéndolos, manteniéndose tan cerca de la columna como les permitían sus cansadas monturas.

—Amos, cuando nos detengamos dales algunos caballos de refresco de los nuestros —gritó Arutha—. No quiero dejarlos atrás.

Amos sonrió.

—Ya casi están lo bastante asustados para comportarse. Vamos a dejarlos que se retrasen un poquito, y cuando nos alcancen esta noche serán unos chavalotes amables y serviciales.

Arutha sacudió la cabeza. Incluso con esta agotadora cabalgada, Amos apreciaba el humor del momento.

Al séptimo día entraron en el Bosque Oscuro.

Unos sonidos de lucha hicieron que Arutha ordenara un alto. Indicó por gestos a Galain y a un soldado que se acercaran hasta la fuente del sonido. Volvieron minutos después.

—Se acabó —dijo el elfo.

Cabalgaron hacia el este y encontraron unos soldados de Highcastle en un claro. Había una docena de moredhel despatarrados por el suelo. El sargento al mando se cuadró cuando vio acercarse a Arutha.

—Estábamos descansando los caballos cuando nos atacaron, Alteza. Por suerte había otro escuadrón aquí cerca, al oeste, y vinieron corriendo.

Arutha miró a Guy y Galain.

—¿Cómo demonios se nos han adelantado?

—No se nos han adelantado. Llevan aquí todo el verano, esperando. —Miró a su alrededor—. Creo que por allí.

Condujo a Arutha a un tronco caído, que ocultaba la entrada a una choza baja, inteligentemente camuflada con matorrales. En el interior de la choza había suministros: grano, armas, carne seca, sillas de montar y demás impedimenta.

Arutha lo inspeccionó todo rápidamente.

—Esta campaña lleva bastante tiempo planeándose. Ya podemos estar seguros de que Sethanon siempre ha sido el objetivo de Murmandamus.

—Pero seguimos sin saber por qué —comentó Guy.

—Bueno, tendremos que seguir adelante sin preocuparnos del porqué. Coged de aquí lo que sea necesario y quemad el resto. Sargento ¿han visto ustedes a más de los nuestros?

—Sí, Alteza. Anoche, de la Troville estaba acampado a una milla hacia el nordeste. Nos encontramos con una de sus patrullas y nos ordenaron que siguiéramos adelante, para no concentrar demasiados hombres en el mismo sitio.

—¿Hermanos oscuros? —dijo Guy.

El sargento asintió.

—Los bosques están infestados de ellos, Vuestra Gracia. Si pasamos de largo apenas nos molestan. Si nos detenemos nos las tenemos que ver con francotiradores. Por suerte no suelen venir en bandas tan grandes como esta. Pero igual nos vendría mejor seguir en movimiento.

—Coja cinco hombres de mi columna y diríjase al este. Quiero que se corra la voz

de que todo el mundo esté ojo avizor con estos almacenes de Murmandamus. Supongo que estarán protegidos, así que hay que buscar sitios donde los hermanos oscuros pongan problemas al paso. Hay que destruir cualquier cosa que pueda servirle de ayuda. Ahora más vale que se pongan en marcha. —Luego Arutha ordenó a otra docena de hombres que cabalgara medio día hacia el oeste y luego viraran al sur, para correr la voz de los alijos de armas. Finalmente se volvió hacia Guy—. Emprendamos la marcha. Casi puedo sentir su vanguardia pisándonos los talones.

Du Bas-Tyra asintió.

—Aun así, quizá podamos entorpecer su marcha un poco.

Arutha miró a su alrededor.

—He estado esperando un buen sitio para una emboscada —dijo el príncipe—. O un puente que quemar tras nosotros, o un estrechamiento en el sendero donde podamos derribar un árbol. Pero no he visto ni un solo lugar factible.

Amos estuvo de acuerdo.

—Este es el bosque más condenadamente espacioso que he visto. Se podría organizar un desfile y ni siquiera un hombre de cada veinte tendría que cambiar el paso para esquivar un árbol.

—Bueno, lo que hay es lo que hay. Vámonos —dijo Guy.

El Bosque Oscuro era una serie de bosques menores interconectados, más que un solo bosque como el Edder o el Corazón Verde. Después de los primeros tres días de viaje pasaron por una serie de claros, y luego entraron en unos bosques realmente oscuros y tenebrosos. Tuvieron que esperar varias veces mientras Galain alteraba marcas de sendero de los moredhel. El elfo pensó que algunos exploradores moredhel podrían despistarse un trecho antes de darse cuenta de que les habían engañado. En tres ocasiones más se cruzaron con alijos de suministros de Murmandamus. Sus ubicaciones fueron indicadas por los cadáveres de moredhel y soldados. Las espadas las habían arrojado al fuego para que perdieran el temple, mientras que las flechas y lanzas las habían quemado. Las sillas y bridas las habían cortado y el grano lo habían desparramado por el suelo o quemado. Mantas, ropas e incluso víveres habían ido a alimentar a las llamas.

Más tarde, en la segunda semana en el bosque, olieron humo y tuvieron que huir de un incendio forestal. Un exceso de celo arrasando uno de los alijos de Murmandamus había desatado el fuego en el bosque, seco tras el caluroso verano.

—Eso es lo que deberíamos hacer —gritó Amos mientras se alejaban del avance de las llamas—. Esperar a que Su Magnífica Bastardeza entrara en el bosque y quemarlo dentro. ¡Ja!

Para cuando salieron del Bosque Oscuro y entraron en tierra cultivada Arutha había perdido seis caballos pero ni un solo hombre, incluyendo al mercader y a sus

mercenarios. Cruzaron veinte millas de tierra de labor y luego acamparon. Después de la puesta de sol, pareció un débil resplandor en el horizonte meridional.

Amos se lo señaló a los chicos.

—Sethanon.

Llegaron a la ciudad y unos soldados de la guarnición local les dieron el alto en la puerta.

—¡Buscamos al que esté al mando! —gritó el sargento que estaba a cargo, mostrando claramente los galones dorados sobre el tabardo verde y blanco de la baronía de Sethanon. Arutha levantó el dedo y el sargento fue hacia él—. Desde hace medio día están llegando soldados de Highcastle. Los estamos alojando en el patio de armas. El barón quiere ver a quien sea que esté a cargo de esta gente.

—Dígale al barón que iré en cuanto aloje a mis hombres.

—¿Y quién debería decirle que va?

—Arutha de Krondor.

—Pero... —el hombre se quedó boquiabierto.

—Lo sé, estoy muerto. A pesar de eso, dígame al barón Humphry que en menos de una hora estaré en su castillo. Y dígame que conmigo viene Guy du Bas-Tyra. Luego haga el favor de enviar un mensajero al patio de armas para que vea si Baldwin de la Troville y Anthony du Masigny han llegado. Si es así, que se reúnan conmigo.

El sargento se quedó inmóvil por un momento, luego se cuadró.

—¡Sí, Alteza!

Arutha indicó a su columna que entrara en la ciudad, y por primera vez en meses contempló las vistas normales del Reino: una ciudad ocupada con los asuntos de unos ciudadanos que se creían a salvo del peligro gracias a su benevolente monarca. Las calles bullían de gente ocupada en mercados, comercios y celebraciones. Por donde miraba, Arutha solo veía lo normal, lo esperado, lo mundano. Qué pronto iba a cambiar aquello.

Arutha ordenó cerrar las puertas. Durante la última semana se había permitido salir a los que habían preferido arriesgarse y huir al sur. Ahora había que sellar la ciudad. Habían mandado más mensajes, mediante palomas y jinetes, a las Guarniciones del Cruce de Malac, Silden y Páramo Oscuro, por si los anteriores mensajes no habían llegado a los oficiales al mando. Se había hecho todo lo que se podía hacer, y ya solo quedaba esperar.

Los exploradores que habían desplegado al norte habían informado que el ejército de Murmandamus había tomado el control del Bosque Oscuro. Todas las granjas entre los bosques y la ciudad habían sido evacuadas y sus habitantes llevados a la ciudad. El príncipe había dado instrucciones para que se siguiera un plan muy estricto. Habían llevado toda la comida a Sethanon, pero cuando se acabó el tiempo,

Arutha ordenó quemar todas las granjas. Los cultivos de otoño que no habían sido recolectados fueron incendiados, los huertos excavados o envenenados, y los rebaños que estaban demasiado lejos para traerlos a la ciudad fueron espantados hacia el sur y el este. No se dejó nada detrás que pudiera ayudar a la hueste que avanzaba. Los informes de los soldados que habían llegado a Sethanon indicaron que al menos treinta depósitos ocultos de suministros de Murmandamus habían sido descubiertos y saqueados o incendiados. Arutha no se hacía ilusiones. Como mucho había estorbado a los invasores, aunque no se había causado más daño real que algunos inconvenientes.

Arutha estaba reunido con Amos, Guy, los oficiales de Highcastle y el barón Humphry. Humphry llevaba puesta la armadura, incómodamente, puesto que era un armatoste ostentoso con decoración acanalada, diseñado para lucirlo y no para combatir, y tenía su yelmo dorado con penacho de plumas frente a él. El barón había accedido de buen grado a que Arutha asumiera el mando, ya que dada su situación, la guarnición de Sethanon carecía de verdaderos oficiales de campo. Arutha había colocado a Guy, Amos, de la Troville y du Massigny en puestos clave. Estaban sentados repasando la disposición de las tropas y los almacenes. Arutha acabó de leer la lista y habló.

—Podríamos resistir a un ejército del tamaño del de Murmandamus hasta unos dos meses, bajo circunstancias normales. Con lo que vimos en Armengar y Highcastle, estoy seguro de que las circunstancias no serán normales. Murmandamus tiene que hacerse con la ciudad en dos semanas, tres como mucho, de lo contrario se enfrenta a la posibilidad de heladas tempranas. Ya están empezando las lluvias de finales de otoño, lo que dificultarán sus asaltos, y una vez que llegue el invierno se encontrará al mando de un ejército hambriento. No, tiene que entrar en Sethanon cuanto antes e impedirnos que agotemos o destruyamos nuestros almacenes. Si se diera el mejor de los casos, Martin estaría ahora saliendo de las estribaciones de los Montes Calastius por el Hoyo del Halcón con el ejército de Yabon, unos seis mil soldados. Pero al menos estará a dos semanas de camino. Puede que veamos soldados de Northwarden o Silden más o menos al mismo tiempo, pero al menos tendríamos que aguantar dos semanas, o puede que hasta cuatro. Algo más, y la ayuda habrá llegado demasiado tarde. —Se puso en pie—. Caballeros, lo único que podemos hacer ahora es esperar a que venga el enemigo. Sugiero que descansemos y recemos.

Arutha salió de sala de reuniones. Guy y Amos fueron detrás. Todos se detuvieron, como reflexionando sobre lo que habían pasado hasta entonces, y luego cada uno se fue por su lado, a esperar a los atacantes.

Andaban por el Pasillo.

Parecía una calle recta, un pavimento blanco amarillento con brillantes puertas plateadas cada veinte metros más o menos. Macros hizo un movimiento de barrido con la mano.

—Camináis por un misterio que rivaliza con la Ciudad Eterna: el Pasillo de los Mundos. Por aquí se puede andar de mundo a mundo, si se sabe el camino. —Señaló uno de los rectángulos plateados—. Un portal, que da paso a y desde un mundo. Solo unos pocos elegidos entre las multitudes pueden distinguirlos. Algunos adquieren la habilidad mediante el estudio, otros se tropiezan con ellos por azar. Alterando vuestras percepciones podéis verlos allá donde se encuentren. Aquí —señaló una puerta al pasar junto a ella— hay un mundo consumido que órbita un sol olvidado. —Luego señaló una puerta de enfrente—. Pero aquí hay un mundo que hierve de vida, un rompecabezas de culturas y sociedades, pero en el que solo habita una raza inteligente. —Hizo una pausa—. Al menos así será en nuestro propio tiempo. —Siguió andando—. Supongo que actualmente esas puertas se abren a remolinos de gases calientes poco más densos que la nada. En el futuro existirá una sociedad completa de viajeros por este Pasillo, que lo usarán para comerciar entre mundos, y sin embargo habrá mundos enteros ignorantes de la existencia de este lugar.

—Yo no sabía nada de este lugar —dijo Tomas.

—Los valheru tenían otros medios para viajar —respondió Macros señalando a Ryath con una inclinación de cabeza—. Y sin la necesidad nunca se pararon a aprehender la existencia del Pasillo, ya que seguramente poseían la capacidad. No sé, pero esa ignorancia evitó mucha destrucción.

—¿Hasta dónde llega el Pasillo? —dijo Pug.

—Parece interminable. Nadie lo sabe. Parece recto, pero se curva, y si me alejara un poco me perderíais de vista. La distancia y el tiempo tienen poco significado entre los mundos.

Y los condujo por el pasillo.

Siguiendo las instrucciones de Macros, Pug había logrado adelantarlos en el tiempo, hasta lo que Macros pensaba que era su propia era. Después de haber acelerado la trampa temporal de los señores de los dragones, Pug no tuvo dificultades para seguir las indicaciones de Macros. La mecánica de los conjuros empleados era la extensión lógica de lo que Pug había hecho para acelerar la trampa. Pug no podía estar seguro con total precisión de que hubiera pasado la cantidad de tiempo correcta, pero Macros le había asegurado que cuando se acercaran a Midkemia él sabría los ajustes que tenía que hacer Pug.

Habían estado caminando, y Pug examinaba cada puerta al pasar frente a ella. Después de un poco había descubierto que había ligeras diferencias entre ellas, una mínima oscilación espectral en la brillante luz plateada, que proporcionaba la indicación de a qué mundo conducía cada una.

—¿Qué pasaría si uno saltara fuera entre las puertas, Macros? —preguntó Pug.

—Sospecho que estarías muerto enseguida si no estuvieras preparado. Te quedarías flotando en el espacio fractura sin los beneficios de la capacidad de Ryath para navegar por él. —El hechicero se detuvo frente a una puerta—. Aquí tenemos que coger un atajo por un planeta, que reducirá a menos de la mitad el tiempo necesario para volver a Midkemia. La distancia entre aquí y la siguiente puerta es de menos de cien metros, pero os lo aviso: la atmósfera de este mundo es mortífera. Aguantad la respiración porque aquí la magia no funciona y no podréis protegeros con las artes. —Respiró hondo varias veces y luego, tomando aliento, atravesó la puerta corriendo.

Tomas fue tras él, luego Pug y luego Ryath. Pug entrecerró los ojos, y casi soltó aire cuando los vapores nocivos se los irritaron y un peso repentino e inesperado pareció tirar de él hacia el suelo. Corrían por una llanura estéril de rocas púrpuras y rojas, mientras sobre ellos el aire estaba cargado con una bruma gris bajo un cielo naranja. La tierra temblaba, y las sangrantes montañas vomitaban nubes de humo negro y gases, que brillaban al reflejar la luz anaranjada de los volcanes. La sangre del mundo se derramaba desde las cimas de aquellas montañas, y hacía un calor opresivo en el ambiente. Macros señaló y corrieron contra una pared de roca, que los devolvió al Pasillo.

Macros llevaba horas callado, perdido en sus pensamientos. Se detuvo en seco frente a una puerta, saliendo de su ensoñación.

—Debemos acortar camino por este mundo. Debería ser agradable.

Los condujo a través de la puerta hasta una preciosa arboleda verde. A través de los árboles podían oír el golpeteo de las olas del mar sobre las rocas y oler el salitre. Macros los condujo por la cima de un acantilado desde el que había una magnífica vista de un océano.

Pug examinó los árboles que los rodeaban, y los encontró muy parecidos a los de Midkemia.

—Esto se parece mucho a Crydee.

—Más cálido —dijo Macros, inhalando la fragancia del océano—. Es un mundo precioso, aunque no vive nadie en él. Quizá algún día me retire aquí —añadió con una mirada triste, y luego se sacudió la melancolía—. Pug, estamos cerca de nuestra propia era, pero todavía un poco fuera de sincronía. —Miró a su alrededor—. Creo que un año más o menos antes de tu nacimiento. Necesitamos una ráfaga corta de aceleración temporal.

Pug cerró los ojos y comenzó un largo conjuro, que no tuvo ningún efecto discernible, salvo que las sombras empezaron a moverse rápidamente por el suelo cuando el sol aceleró su curso por el cielo. Se vieron rápidamente sumidos en la oscuridad al caer la noche, rápidamente seguida por el amanecer. El paso del tiempo se aceleró, y el día y la noche parpadearon, hasta confundirse en una extraña luz gris. Pug se detuvo.

—Debemos esperar —dijo.

Se sentaron, y por primera vez pudieron empaparse de la belleza del mundo que los rodeaba. La belleza mundana proporcionaba un elemento con el que comparar todos los lugares extraños y maravillosos que habían visitado. Tomas parecía profundamente preocupado.

—Todo lo que he visto me hace preguntarme por el alcance de aquello a lo que nos enfrentamos. —Se calló un rato—. Los universos son... tan imponderables, tan inmensos. —Miró fijamente a Macros—. ¿En qué le influirá al universo que un pequeño planeta caiga ante los valheru? ¿Es que no lo gobernaban antes?

Macros contempló a Tomas con gesto de profunda preocupación.

—Cierto, pero tú te has hecho o más temeroso o más cínico, y ambas cosas nos vienen mal ahora. —Miró a Tomas muy serio, y vio la profunda duda en los ojos del humano convertido en valheru. Por fin, asintió—. La naturaleza del universo cambió después de las Guerras del Caos; el advenimiento de los dioses dio paso a un nuevo orden de las cosas, un sistema complejo y ordenado, mientras que antes solo habían existido las fuerzas primarias del Orden y el Caos. Los valheru no tienen sitio en el nuevo orden. Hubiera sido más fácil traer a Ashen-Shugar a través del tiempo que hacer lo que he tenido que hacer. Necesitaba su poder, pero también necesitaba una mente detrás de ese poder que sirviera a nuestra causa. Sin el vínculo temporal entre Tomas y él, Ashen-Shugar se habría unido a su gente. Incluso con ese vínculo, Ashen-Shugar hubiera estado más allá de todo control.

Tomas recordó.

—Nadie puede imaginarse la profundidad de la locura a la que me enfrenté durante la guerra con los tsurani. Estuvo cerca. —Su voz se mantuvo tranquila, pero

había una nota de dolor en ella mientras hablaba—. Me convertí en un asesino. Maté a los indefensos. Martin se vio obligado a estar a punto de matarme, de lo salvaje que me había vuelto. Y entonces solo tenía una décima parte de mi poder. En el día en que recuperé la... cordura, Martin me podía haber atravesado el corazón con una flecha. —Señaló una roca que había a pocos metros e hizo gesto de cerrar la mano. La roca se hizo polvo como si Tomas la hubiera aplastado—. Si hubiera tenido entonces los poderes que tengo ahora podría haber matado a Martin antes de que disparara, con un simple pensamiento.

Macros asintió.

—Puedes ver cuáles eran los riesgos, Pug. Incluso un solo valheru hubiera sido un peligro tan grande como la hueste dragón: hubiera sido un poder desatado en el cosmos. —Su tono no era precisamente tranquilizador—. No hubiera habido ningún ser capaz de hacerle frente, salvo los dioses. —Macros sonrió levemente—. Excepto yo, por supuesto, pero incluso a pleno poder, solo pude sobrevivir a mi enfrentamiento con ellos, no vencerles. Sin mis poderes... —no acabó la frase.

—¿Entonces por qué no han actuado los dioses? —dijo Pug.

Macros se rió, un sonido amargo, y los señaló a los cuatro.

—Lo han hecho. ¿Qué crees que hacemos nosotros aquí? Ese es el juego, y nosotros somos las piezas.

Pug cerró los ojos y de repente la extraña luz gris fue sustituida por la luz normal del día.

—Creo que hemos vuelto.

Macros cogió a Pug de la mano y cerró los ojos, sintiendo el flujo temporal a través de las percepciones del hechicero más joven. Tras un momento, habló.

—Pug, estamos lo bastante cerca de Midkemia como para que intentes enviar mensajes a casa. Te sugiero que lo intentes.

Pug le había hablado a Macros de la niña y de sus anteriores intentos fracasados de comunicarse con ella.

Pug cerró los ojos y trató de contactar con Gamina.

Katala levantó la vista de su bordado. Gamina estaba sentada mirando fijamente, como si estuviera viendo a lo lejos. Entonces inclinó la cabeza, como si escuchara. William estaba leyendo un viejo y polvoriento libro que Kulgan le había dado, y lo soltó para mirar fijamente a su hermana adoptiva.

—Mamá... —dijo el niño en voz baja.

—¿Qué, William? —dijo Katala dejando a un lado su costura tranquilamente.

El niño miró a su madre con los ojos abiertos como platos.

—Es... papá —susurró.

Katala se arrodilló junto a su hijo y le pasó los brazos por los hombros.

—¿Qué pasa con tu padre?

—Está hablando con Gamina.

Katala miró fijamente a la niña, que estaba sentada como en trance, olvidando todo lo que la rodeaba. Katala se levantó lentamente y cruzó hasta la puerta del comedor de la familia, abriéndola suavemente. Entonces la atravesó corriendo.

Kulgan y Elgahar estaban sentados jugando al ajedrez, observados por Hochopepa, que se entrometía aconsejando a ambos jugadores. La habitación estaba llena de humo, ya que ambos magos rechonchos fumaban grandes pipas después del almuerzo, disfrutando de sus efectos e ignorando las reacciones de los demás. Meecham estaba sentado cerca afilando su cuchillo de monte con una piedra de amolar.

—¡Venid todos! —dijo Katala nada más abrir la puerta.

Su tono y lo apremiante de su actitud hicieron que las preguntas se vieran pospuestas mientras la seguían por el pasillo hasta donde estaba William sentado observando a Gamina.

Katala se arrodilló ante la niña y pasó lentamente la mano por delante de sus ojos vidriosos. Gamina no respondió. Estaba en una especie de trance.

—¿Qué es esto? —susurró Kulgan.

—William dice que está hablando con Pug —susurró a su vez Katala.

Elgahar, el normalmente reservado mago de la senda mayor pasó junto a Kulgan.

—¡Quizá yo pueda descubrir algo! —Se arrodilló frente a William—. ¿Harías algo conmigo?

William se encogió de hombros.

—Sé que a veces puedes oír a Gamina —dijo el mago—, igual que ella te oye cuando tú hablas con los animales. ¿Me dejarías oír lo que ella está diciendo?

—¿Cómo? —dijo William.

—He estado estudiando cómo Gamina hace lo que hace, y creo que podría ser capaz de hacer lo mismo. No hay riesgo —dijo mirando a Katala.

—Vale, no me importa —dijo William mientras Katala asentía.

Elgahar cerró los ojos y puso la mano sobre el hombro de William.

—Solo puedo oír... algo —dijo tras un minuto, y abrió los ojos—. Está hablando con alguien, y creo que es Milamber —dijo utilizando el nombre tsurani de Pug.

—Me gustaría que Dominic no hubiera vuelto a su abadía. Podría haber sido capaz de enterarse de algo —dijo Hochopepa.

Kulgan levantó la mano pidiendo silencio. La niña dejó escapar un largo suspiro y cerró los ojos. Katala fue a cogerla, temerosa de que se desmayara, pero en vez de eso la niña abrió los ojos de par en par, sonrió ampliamente y se puso en pie de un salto.

Gamina casi se puso a bailar por la habitación de lo excitados que eran sus movimientos, mientras gritaba telepáticamente. *¡Era papá! ¡Ha hablado conmigo!*

¡Viene de vuelta! Katala le puso la mano en el hombro.

—Tranquila, hija. Ahora deja de pegar saltos y cuéntanoslo, y habla. Gamina, habla.

Por primera vez en su vida, la niña habló en un tono más fuerte que un susurro, con chillidos de nerviosismo interrumpidos por risas.

—¡He hablado con papá! ¡Me ha llamado desde alguna parte!

—¿Dónde? —preguntó Kulgan.

La niña detuvo su excitado baile e inclinó la cabeza, como si estuviera pensando.

—Era... alguna parte. Había una playa, y era bonito. No lo sé. No me dijo dónde estaba. Solo era alguna parte. —Volvió a empezar a saltar y tiró de la pierna de Kulgan

—. ¡Tenemos que ir!

—¿A dónde?

—Papá quiere que nos reunamos con él en un sitio.

—¿En qué sitio, pequeña? —preguntó Katala.

Gamina dio un saltito.

—Sethanon.

—Eso es una ciudad cerca del Bosque Oscuro, en el centro del Reino —dijo Meecham.

Kulgan lo miró con mala cara.

—Ya lo sabemos.

Sin darse por aludido, el vasallo señaló a los dos magos tsurani.

—Ellos no... maese Kulgan.

Las pobladas cejas de Kulgan se unieron sobre el puente de su nariz y carraspeó, señal de que su viejo amigo tenía razón. Era el único gesto que iba a recibir Meecham.

Katala intentaba tranquilizar a la niña.

—Ahora lentamente. ¿Quién se tiene que encontrar con Pug en Sethanon?

—Todo el mundo. Quiere que todos vayamos allí. Ahora.

—¿Por qué? —preguntó William sintiéndose ignorado.

De repente, la niña se tranquilizó. Volvió a abrir los ojos de par en par.

—¡La cosa mala, tío Kulgan! ¡La cosa mala de la visión de Rogen! ¡Está allí! —Se abrazó a la pierna de Kulgan.

Kulgan recorrió con la mirada a los demás que había en la habitación.

—¿El Enemigo? —dijo finalmente Hochopepa.

Kulgan asintió y abrazó a la niña.

—¿Cuándo, niña?

—Ahora, Kulgan, dijo que teníamos que ir ahora.

—Corred la voz por la comunidad —dijo Katala—. Todos los magos tienen que prepararse para partir. Iremos a Landreth, Allí conseguiremos caballos y saldremos hacia el norte.

—Ninguna hija de la magia dependería de un transporte tan mundano —dijo Kulgan, tratando de bromear para aliviar un poco la tensión—. Pug debería haberse casado con otra maga.

Katala lo miró con los ojos entrecerrados, ya que no estaba con ánimo de charla.

—¿Qué propones?

—Puedo usar mi capacidad de transportarme a sitios que puedo ver para ir con Hocho saltando de sitio en sitio, hasta tres millas o más. Llevará su tiempo, pero menos que a caballo. Al final, podemos establecer un portal cerca de Sethanon y tú y los demás podéis pasar tranquilamente desde aquí hasta allí. —Se volvió hacia Elgahar—. Eso os dará tiempo para prepararos.

—Yo también iré, por si os metéis en un campamento de bandidos u otro problema —dijo Meecham.

—Papá dijo que llevarais a los otros —dijo Gamina.

—¿A quiénes? —dijo Hochopepa apoyando la mano en el delicado hombro de la niña.

—A los otros magos, tío Hocho.

—La Asamblea —dijo Elgahar—. Solo pediría eso si el Enemigo estuviera realmente sobre nosotros.

—Y el ejército.

Kulgan miró a la pequeña carita.

—¿Qué ejército?

—¡El ejército! —la niña parecía al límite de su joven paciencia, allí de pie con los puñitos apoyados en las caderas.

—Enviaremos un mensaje a la guarnición de Landreth y otro a la de Shamata —dijo Kulgan, y miró a Katala—. Dado tu rango de princesa real consorte, sería hora de sacar ese sello real que sueles dejar por ahí. Lo necesitaremos para rubricar esos mensajes.

Katala asintió y abrazó a Gamina, que se estaba tranquilizando.

—Quédate aquí con tu hermano —dijo, y salió corriendo de la habitación.

Kulgan miró a sus colegas tsurani.

—Ahora, al fin. La oscuridad se acerca, —dijo Hochopepa.

Kulgan asintió.

—A Sethanon.

Pug abrió los ojos. Volvía a sentirse fatigado, pero no tanto como la primera vez que había hablado con la niña. Tomas, Macros y Ryath observaban al joven hechicero y esperaban.

—Creo que logré comunicarle lo suficiente para que les diera instrucciones a los demás.

Macros asintió satisfecho.

—La Asamblea no sería rival para los señores de los dragones si lograran entrar en este espacio-tiempo, pero pueden ayudar a contener a Murmandamus para que podamos llegar a la Piedra Vital antes que él.

—Si llegan a Sethanon a tiempo —comentó Pug—. No sé cuánto tiempo queda.

—Ese es el problema —admitió Macros—. Sé que estamos en nuestra propia era, y la lógica dice que tenemos que estar allí en algún momento posterior a tu partida, para evitar una de las paradojas más peliagudas posibles. ¿Pero cuánto tiempo hace que partiste? ¿Un mes? ¿Una semana? ¿Una hora? Bueno, lo sabremos cuando lleguemos allí.

—Si llegamos a tiempo —dijo Tomas.

—Ryath —dijo Macros—, tenemos que recorrer cierta distancia hasta la próxima puerta. En este mundo no hay ojos mortales que puedan ver tu transformación. ¿Nos llevarás?

Sin decir ni palabra, la mujer empezó a brillar intensamente y volvió a su forma de dragón. Los tres montaron y ella emprendió el vuelo.

—Vuela hacia el nordeste —gritó Macros, y el dragón viró y encaró la dirección indicada.

Durante un rato se mantuvieron en silencio mientras volaban, ya que ninguno sentía necesidad de hablar. Se alejaron a gran velocidad de los acantilados y la playa, y sobrevolaron extensas llanuras cubiertas de chaparral. Sobre ellos, caía a pico un caluroso sol.

Pug sopesaba todo lo que Macros había dicho en la última hora. Hizo un rápido encantamiento para que pudieran hablar sin tener que gritar.

—Macros, dijiste que incluso un valheru sería una fuerza desatada en el universo. No creo haber entendido lo que querías decir.

—Aquí hay más en juego que un solo mundo —dijo Macros. Miró hacia abajo mientras sobrevolaban un río que salía de un cañón de inmensas proporciones en dirección sudoeste para unirse al mar—. Este maravilloso planeta corre tanto peligro como Midkemia. Y Kelewan, y todos los demás mundos más tarde o más temprano. Si los siervos de los valheru ganaran esta guerra, sus amos volverían y el caos se desataría de nuevo en el cosmos. Todos los mundos quedarían abiertos para que los saqueara la hueste dragón, ya que no solo carecerían de rival en cuanto a furia destructora, sino también en cuanto a poder. El mismo acto de su vuelta a este espacio-tiempo les proporcionará una fuente de poder místico hasta ahora inaudita, una fuente de poder que haría que incluso un señor de los dragones solo fuera objeto de pavor incluso para los dioses.

—¿Cómo es eso posible? —dijo Pug.

—La Piedra Vital —dijo Tomas—. La tenían reservada para la batalla final contra

los dioses. Si se usa... —dejó la frase inacabada.

Ahora sobrevolaban unas altas montañas, entrando en un territorio lacustre que se encontraba al norte de una amplia llanura, con el sol poniéndose en el oeste. Pug encontraba difícil pensar sobre asuntos de destrucción total mientras sobrevolaban un mundo tan espléndido. Macros señaló.

—¡Ryath! Esa isla grande, la de las dos bahías que miran en esta dirección.

El dragón descendió y aterrizó siguiendo las indicaciones de Macros. Se bajaron de su lomo y esperaron mientras ella volvía a adquirir forma humana. Entonces Macros emprendió la marcha y los condujo hacia un gran peñasco que había junto a un grupo de árboles que parecían pinos. Estaban frente a otra puerta, en la cara de la enorme roca. Macros la travesó, lo siguió Tomas y luego Pug. Mientras Pug volvía al Pasillo, un horror lanzó su sobrecogedor y persistente murmullo de ira y golpeó a Macros, derribándolo al suelo.

Tomas dio un salto al frente, desenvainando su espada mientras el ladrón de vida trataba de acabar con Macros. Se agachó para evitar que otro horror lo agarrara por detrás. Pug fue empujado a un lado cuando Ryath entró por la puerta. Un tercer horror se lanzó contra la dragona con forma humana y la agarró del brazo por debajo del codo. Ryath gritó de dolor.

La hoja de Tomas describió un arco y el horror que trataba de echarse encima de Macros recibió un desgarrón y chilló de ira, dándose la vuelta para enfrentarse a su adversario. Aulló y atacó con sus garras. Chispas doradas salieron despedidas del escudo de Tomas cuando bloqueó el golpe.

Los ojos azules de Ryath brillaron, volviéndose de un rojo vivo, y de repente el horror que la sostenía por el brazo empezó a chillar. Un fétido humo gris empezó a brotar de la mano del muerto viviente, pero este parecía incapaz de soltar su presa. Los ojos de la mujer dragón siguieron brillando, y ella permaneció inmóvil, solo con un ligero temblor del cuerpo. El horror parecía encogerse, sus gritos susurrantes reducidos a un leve farfullar.

Pug completó un encantamiento y el tercer horror sufrió algún tipo de ataque. Se arqueó hacia atrás, sus alas temblaron y se derrumbó al suelo del Pasillo. Luego se levantó. La única indicación de que Pug estaba usando sus artes sobre la criatura era un leve movimiento de su mano. Pug hizo un gesto y la criatura fue desplazada a un lugar entre los mundos, perdiéndose de vista en el vacío gris.

Tomas golpeaba una y otra vez, y el horror al que se enfrentaba retrocedía. Cada vez que la hoja dorada mordía la nada negra, se liberaban siseantes energías. Ahora la cosa parecía debilitada e intentó escapar. Tomas lanzó una estocada con su espada, empalando al horror mientras trataba de huir, inmovilizándolo.

Mientras Pug observaba, Ryath y Tomas se encargaron de los dos horrores restantes, drenándolos de algún modo de sus esencias vitales, igual que los horrores

mismos hacían con la vida de otros.

Pug se acercó hasta donde estaba aturdido Macros, y ayudó al hechicero a ponerse en pie.

—¿Estás herido?

Macros sacudió a cabeza para aclarársela.

—No demasiado. Esas criaturas pueden ser difíciles para un mortal, pero ya me he encargado antes de ellas. Que estuvieran colocadas delante de esta puerta demuestra que los valheru temen la ayuda que podemos llevar a Midkemia. Si Murmandamus llega a Sethanon y encuentra la Piedra Vital... bueno, los horrores son una débil sombra de la destrucción que se desencadenará.

—¿Cuánto falta para Midkemia?

—Esa puerta. —Macros señaló a la que había enfrente de la que ellos acababan de usar—. La cruzamos y estamos en casa.

Entraron en un vasto salón, frío y vacío. Estaba construido con enormes bloques de piedra, unidos entre sí por maestros canteros. Había una única piedra al fondo del salón sobre un estrado, y a lo largo de ambas paredes había profundos nichos, como dispuestos para colocar estatuas en ellos.

Los cuatro avanzaron.

—Hace frío —dijo Pug—. ¿En qué parte de Midkemia estamos?

Macros parecía un tanto divertido.

—Estamos en la ciudad fortificada de Sar-Sargoth.

Tomas giró sobre sus talones para mirar a la cara al hechicero.

—¿Estás loco? Esta es la antigua capital del Murmandamus original. ¡Hasta ahí llego en conocimiento sobre los moredhel!

—Tranquilízate —dijo Macros—. Todos están al sur, invadiendo el Reino. Si hubiera por aquí algunos moredhel o trasgos seguramente serían desertores. No, podemos hacer frente a cualquier obstáculo que encontremos aquí. Es en Sethanon donde debemos estar preparados para hacer frente al desafío final.

Los condujo al exterior, y a Pug le temblaron las piernas. Dispuestas en ambas direcciones había estacas de un altura uniforme de tres metros. Y en cada una había clavada una cabeza humana. Puede que en cada dirección hubiera hasta un millar de ellas.

—Por el amor de los cielos ¿Cómo puede existir una maldad así? —murmuró Pug.

—Esto completa tu enseñanza —respondió Macros, y miró a sus tres compañeros—. Hubo un tiempo en que Ashen-Shugar habría considerado esto simplemente como una lección edificante. —Tomas miró a su alrededor y asintió distraídamente—. Tomas, como Ashen-Shugar, puede recordar un tiempo en el que no existían cuestiones morales en el universo. No había correcto o incorrecto, solo poder. Y en

ese universo todas las razas tenían una mentalidad parecida, excepto los Aal, y su visión de las cosas era rara incluso para lo que se estilaba en aquellos tiempos. Murmandamus es una herramienta, y se parece a sus amos. Y seres mucho menos malvados que Murmandamus han hecho cosas muchos peores que este acto innecesario. Pero lo hacer con cierto conocimiento de la relación de sus actos con un principio moral superior. Los valheru no comprenden el bien ni el mal; son totalmente amorales, pero son tan destructivos que podemos considerarlos prácticamente el mal definitivo. Murmandamus es su siervo, así que también es maligno. Y no es ni una pálida sombra de su oscuridad. —Macros suspiró—. Puede que solo sea mi vanidad, pero la idea de que me enfrento a tal maldad... alivia mi carga.

Pug respiró hondo, habiendo comprendido un poco más al alma atormentada que trataba de preservar todo lo que le resultaba querido a Pug.

—¿A dónde? ¿A Sethanon? —dijo al fin.

—Sí —dijo Macros—. Debemos ir y descubrir lo que ha pasado, y con suerte podremos ayudar. No importa lo que cueste, no se debe permitir que Murmandamus llegue a la Piedra Vital. ¿Ryath?

El dragón relució y volvió a adquirir su verdadera forma. Montaron y ella emprendió el vuelo. Sobrevoló la llanura de Isbandia, haciendo un círculo. Luego viró y se dirigió al sudoeste. Macros la hizo hacer una paraca para inspeccionar la destrucción de Armengar. Del pozo donde una vez había estado el castillo seguía brotando humo negro.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Pug.

—Una vez se llamó Sar-Isbandia, aunque últimamente se la conoció como Armengar. La construyeron los glamredhel, igual que Sar-Sargoth, mucho antes de sumirse en la barbarie. Ambas fueron construidas a imitación de la ciudad de Draken-Korin, usando ciencias robadas en otros mundos. Eran construcciones vanidosas, que los moredhel ganaron en combate pagando un altísimo precio: primero Sar-Sargoth, que se convirtió en la capital de Murmandamus, y luego Sar-Isbandia. Pero Murmandamus cayó en la batalla de Sar-Isbandia, cuando supuestamente fueron aniquilados los glamredhel. Tras su muerte, los moredhel abandonaron ambas ciudades, y solo recientemente han vuelto a Sar-Sargoth. En Armengar vivían hombres.

—No queda nada.

—La actual encamación de Murmandamus pagó un precio por tomarla, según parece —admitió Macros—. La gente que vivía aquí era más dura y más inteligente de lo que yo pensaba. Quizá le hayan hecho el suficiente daño para que Sethanon todavía esté en pie, ya que a esta altura ya debe haber cruzado las montañas. ¡Ryath! Al sur, a Sethanon.

19

Sethanon

De repente la ciudad se encontró bajo asedio.

En la semana posterior al cierre de la ciudad por Arutha no había pasado nada, pero al octavo día después del cierre de las puertas, los guardias informaron que el ejército de Murmandamus se aproximaba. A medio día la ciudad estuvo rodeada por elementos de sus avanzadillas de caballería, y al anochecer ya había fuegos de campamento en los cuatro puntos cardinales.

Amos, Guy y Arutha observaban a los invasores desde su puesto de mando en la barbacana sur, la entrada principal a la ciudad.

—No va a ser ninguna floritura —dijo Guy—. Nos atacará por todos los flancos a la vez. Estas murallitas no resistirán. Estará dentro de la ciudad después de la primera o la segunda oleada a menos que podamos pensar en algo para entorpecerlo.

—Las barreras defensivas que hemos levantado ayudarán, pero solo un poco. Tenemos que depender de los hombres —dijo Arutha.

—Bueno, los que trajimos desde el norte son una tripulación sólida —comentó Amos—. Esperemos que a esos soldaditos de desfile de aquí se les pegue algo.

—Por eso he repartido a los hombres de Highcastle entre la guarnición de la ciudad. Por si acaso marcan la diferencia. —Arutha no sonaba muy esperanzado.

Guy negó con la cabeza, y luego apoyó los brazos contra el parapeto.

—Recuperamos mil doscientos hombres, incluidos los heridos que pueden andar. Tres mil de la guarnición, algunos de la milicia local y la ronda de la ciudad, la mayoría de los cuales lo más extremo que ha visto en su vida es una pelea de taberna. Si siete mil armengarianos no pudieron resistir detrás de unas murallas de veinte metros, ¿qué pueden hacer estos aquí?

—Lo que tengan que hacer —dijo Arutha. No habló más y devolvió su atención a las hogueras que había en la llanura.

Anocheció el día siguiente, y Murmandamus seguía desplegando su ejército. Jimmy y

Locklear estaban sentados en una bala de heno cerca de la posición de una catapulta. Ellos, junto con los escuderos de la corte de lord Humphry habían estado todo el día acarreando cubos de arena y de agua a las máquinas de asedio que había a lo largo de las murallas, por si hacía falta apagar fuegos. Todos estaban agotados hasta los huesos.

Locklear observó el mar de antorchas y hogueras que había al otro lado de las murallas.

—Parece más grande que en Armengar. Es como si no les hubiéramos hecho nada.

Jimmy asintió.

—Se lo hemos hecho. Lo que pasa es que están más cerca, eso es todo. Le oí decir a du Bas-Tyra que vendrán en masa. —Se quedó callado un rato—. Locky, no has dicho nada de Bronwynn.

Locklear siguió mirando las hogueras de la llanura.

—¿Qué hay que decir? Está muerta y yo he llorado. Ya lo he dejado atrás. No tiene sentido seguir dándole vueltas. Puede que en pocos días yo también esté muerto.

Jimmy suspiró y se recostó contra la pared interior del parapeto, ojeando a la hueste que los rodeaba a través de las almenas. Algo alegre había muerto en su amigo, algo joven e inocente, y Jimmy lloraba su pérdida. Y se preguntaba si él mismo había poseído alguna vez esa cosa joven e inocente.

Al amanecer, los defensores estaban preparados, dispuestos a responder a los atacantes cuando vinieran. Pero, igual que había hecho en Armengar, Murmandamus se acercó solo a la ciudad. Unas hileras de soldados portando los estandartes de las confederaciones y los clanes se adelantaron, y luego se abrieron para dejar paso a su comandante supremo. Cabalgaba a lomos de un enorme semental negro, de igual belleza al corcel blanco que había cabalgado en la última ocasión. Su yelmo era plateado con ribetes negros, y empuñaba una espada negra. Su aspecto no era precisamente tranquilizador, pero sus palabras fueron dulces. Llegaron a todos cuantos estaban en la ciudad, proyectadas por las artes de Murmandamus.

—Ay, hijos míos, aunque algunos de vosotros ya os habéis enfrentado a mí, yo siempre estoy dispuesto a perdonar. Abrid las puertas y os ofrezco mi solemne juramento: cualquiera que lo desee podrá salir e irse sin que lo molestemos. Llevaos lo que deseéis: comida, ganado, riquezas, y yo no os pondré ningún obstáculo. —Señaló tras él a una docena de guerreros moredhel que se acercaban—. Incluso os ofrezco rehenes. Estos son mis caudillos más leales. Cabalgarán con vosotros, desarmados y sin armaduras hasta que estéis a salvo dentro de las murallas de la ciudad que deseéis. Solo esto os pido: abridme las puertas. ¡Sethanon ha de ser mía!

Sobre las murallas, los comandantes observaban esto.

—El regio bastardo de una cerda está realmente ansioso de entrar en la ciudad —

murmuró Amos—. Que me aspen, pero casi me lo he creído. Casi pienso que podríamos irnos en paz con solo entregarle el maldito sitio.

Arutha miró a Guy.

—Yo también casi me lo creo. Nunca he oído de ningún hermano oscuro que ofreciera rehenes.

Guy se pasó la mano por el rostro, con una expresión de preocupación y fatiga, un cansancio nacido del largo sufrimiento y no sencillamente de la falta de sueño.

—Aquí hay algo que quiere imperiosamente.

—¿Podemos negociar con la criatura, Alteza? —dijo Lord Humphry.

—Es vuestra ciudad, señor barón —dijo Arutha—, pero es el reino de mi hermano. Estoy seguro de que no se tomaría a bien que fuéramos regalando pequeños trocitos de él. No, no negociaremos con él. Por dulces que sean sus palabras, no hay nada que me impulse a creer que honraría sus promesas. Creo que está dispuesto a sacrificar a esos caudillos sin ningún problema. Nunca le han preocupado sus pérdidas. Incluso he llegado a pensar que disfruta con la sangre y la matanza. No, Guy tiene razón. Solo quiere entrar en la ciudad lo más rápido posible. Y daría un año de impuestos por saber por qué.

—Y tampoco me parece que esos caudillos moredhel estén muy contentos con la oferta —dijo Amos. Varios de los caudillos moredhel estaban intercambiando palabras apresuradamente detrás de su jefe—. Creo que las casas se están poniendo un poco revueltas entre los hermanos oscuros.

—Ojalá —dijo Guy muy serio.

—¿Cuál, entonces, es vuestra contestación? —el caballo de Murmandamus daba vueltas y piafaba.

Arutha se subió a una caja, para que pudieran verlo con mayor claridad detrás del parapeto.

—Yo digo que volváis al norte —gritó—. Habéis invadido tierras que no tienen nada para vosotros. Ahora mismo hay ejércitos que marchan contra vosotros. Volved al norte antes de que los pasos estén asfixiados por la nieve y muráis solos en el frío, lejos de vuestro hogar.

Murmandamus levantó la voz.

—¿Quién habla en nombre de la ciudad?

Hubo un momento de silencio antes de que Arutha gritara.

—Yo, Arutha conDoin, príncipe de Kronedor, heredero del trono de Rillanon y —añadió un título que no le correspondía oficialmente—. Señor del Oeste.

Murmandamus dejó escapar un alarido inhumano de ira y algo más, quizá miedo.

—Eso le ha sentado como una patada. No le ha gustado nada de nada —dijo Jimmy dándole un codazo a Amos.

Este se limitó a sonreír y a darle unas palmaditas en el hombro al joven. Entre las

filas del ejército de Murmandamus se alzó un murmullo.

—Parece que a su ejército tampoco le gusta demasiado —dijo Amos—. Los presagios que resultan ser falsos pueden dejar tocada a una panda supersticiosa como esa.

—¡Embustero! —gritó Murmandamus—. ¡Falso príncipe! ¡Se sabe que el príncipe de Kronдор está muerto! ¡Por qué mientes? ¡Cuál es tu propósito?

Arutha se irguió un poco más, de forma que sus rasgos pudieran verse con claridad. Los caudillos habían formado corrillos a caballo y discutían animadamente. Se quitó el talismán que le había entregado el abad de Sarth y lo mostró.

—Mediante este talismán estoy protegido de tus artes. —Se lo entregó a Jimmy—. Ahora sabes la verdad.

El constante acompañante de Murmandamus, el sacerdote serpiente pantathiano Cathos, se adelantó con su correr bamboleante. Tiró del estribo de su amo, señalando a Arutha y hablando rápidamente en el siseante idioma de su gente. Murmandamus lo apartó de una patada con un chillido de rabia, tirándolo al suelo. Amos escupió por la muralla.

—Creo que eso los ha convencido.

Los caudillos parecían enfadados y avanzaron en grupo hacia Murmandamus. Este pareció darse cuenta de que estaba perdiendo el control de la situación. Hizo girar a su caballo en un círculo, y los cascos de este golpearon en la cabeza al caído sacerdote serpiente, dejándolo inconsciente. Murmandamus ignoró a su aliado caído y a los caudillos que se acercaban.

—¡Entonces, vil adversario —gritó hacia la muralla— la muerte corre a tu abrazo! —Se dio la vuelta para mirar a su ejército y señaló a la ciudad—. ¡Al ataque!

El ejército estaba preparado para el ataque y empezó a avanzar. Los caudillos no pudieron rectificar la orden. Lo único que pudieron hacer fue apresurarse a cabalgar para tomar el mando de sus clanes. Los jinetes avanzaron lentamente detrás de la infantería, listos para atravesar las puertas.

Murmandamus cabalgó hasta su posición de mando mientras la primera fila de trasgos pasaba sobre el cuerpo inconsciente del sacerdote serpiente. No estaba claro si el sacerdote había muerto por la coz del caballo o no, pero para cuando la última fila le había pasado por encima solo quedaba un cadáver ensangrentado y envuelto en una túnica.

Arutha levantó la mano y la dejó levantada, bajándola cuando la primera fila llegó al alcance de las catapultas.

—Aquí está —dijo Jimmy entregándole el talismán—. Puede hacer falta.

Los proyectiles impactaron sobre la hueste que avanzaba, haciéndola flaquear, pero pronto retomó el avance. Pronto corrían hacia las murallas, mientras los arqueros ofrecían fuego de cobertura desde detrás de murallas de escudos. Entonces la

primera fila dio con las zanjaz ocultas con lona y tierra y cayó sobre las estacas endurecidas al fuego y enterradas. Otros tiraron escudos sobre sus camaradas que se retorcián y pasaron por encima de sus cuerpos empalados. La segunda y la tercera fila fueron diezmadas, pero la horda continuó su avance, se apoyaron escaleras contra las murallas y empezó realmente la batalla por Sethanon.

La primera oleada trepó por las escaleras y fue recibida por los defensores con fuego y acero. Los hombres de Highcastle proporcionaban el liderazgo y el ejemplo que impedía que barrieran a los inexpertos defensores de la ciudad. Amos, de la Troville, du Masigny y Guy eran puntos focales para la defensa de la ciudad, apareciendo siempre donde eran necesarios.

Durante casi una hora la batalla osciló al filo de la navaja, con los atacantes apenas capaces de lograr establecer una cabeza de puente sobre las murallas antes de ser hechos retroceder. A pesar de todo, cada vez que un ataque era repelido, se producía otro en un punto diferente, y pronto se hizo evidente que todo dependería del azar, ya que ambos bandos estaban en equilibrio.

Entonces trajeron un gigantesco ariete, fabricado en las densas arboledas del Bosque Oscuro, que desplazaron hacia la puerta sur. Al no haber foso, lo único que se interponía en su paso eran las trampas y las zanjaz, que fueron cubiertas rápidamente con planchas de madera colocadas sobre los cadáveres. Era un tronco de árbol, fácilmente de tres metros de diámetro. Avanzaba sobre seis gigantescas ruedas y doce jinetes tiraban de él, y por detrás lo empujaban una docena de gigantes empleando largas pértigas. La cosa fue cogiendo velocidad mientras traqueteaba hacia la puerta. Pronto los caballos fueron al medio galope y los jinetes se apartaron, para huir de la lluvia de flechas que los recibía. Los torpes gigantes fueron sustituidos por trasgos, cuya tarea principal era mantener la cosa en su rumbo. Avanzaba hacia la puerta exterior de la barbacana, y los defensores no podían hacer nada para detenerlo.

Golpeó las puertas con un atronador crujido. El sonido de la madera astillándose y de las bisagras saltando de la pared anunció una brecha en las defensas de la ciudad. Las puertas salieron despedidas hacia el interior de la barbacana, combándose bajo de las ruedas del ariete. La punta del ariete se levantó al rebotar contra las puertas, y el impulso la levantó haciéndola dar contra la pared derecha de la barbacana. De repente los atacantes tuvieron un camino de entrada a la ciudad despejado. Los trasgos subieron en tromba por el ariete y las puertas semiarrancadas, llegando hasta la cima de la barbacana. De repente se había roto el equilibrio.

Sobre la barbacana, los defensores fueron obligados a retroceder. Con el flujo de moredhel y trasgos por las improvisadas rampas, los atacantes pronto llegaron sobre la puerta interior de la barbacana. Arutha hizo avanzar a la compañía de refuerzo, que corrió hacia donde los primeros trasgos se estaban dejando caer al patio junto a la enorme tranca que mantenía cenada la puerta interior. La lucha frente a la puerta fue

feroz, pero pronto los arqueros trasgos lograron hacer retroceder a los defensores, a pesar del fuego que se dirigía contra ellos desde otras partes de la muralla. Estaban levantando la tranca cuando afuera se escucharon chillidos y alaridos. El ritmo del combate bajó, al sentir los implicados que pasaba algo raro. En ese momento todos los ojos se volvieron al cielo.

De allí descendía un dragón, con las escamas centelleando al sol. En su lomo podían verse tres figuras, el gigantesco animal descendió con un asombroso rugido, como si estuviera a punto de caer sobre los atacantes de la puerta, y los trasgos empezaron a huir.

Ryath extendió las alas y comenzó a planear a baja altura sobre las cabezas de los atacantes, mientras Tomas agitaba en alto su espada dorada. La dragona bramó su grito de batalla y los trasgos que había bajo ella rompieron filas y salieron huyendo.

Tomas miró a su alrededor, buscando signos del tal Murmandamus, pero solo podía ver un mar de jinetes e infantería en todas direcciones. Entonces las flechas empezaron a volar hacia ellos. La mayoría rebotaban de forma inofensiva en las escamas de la dragona, pero el príncipe consorte de Elvandar sabía que un disparo bien colocado podía alcanzarla entre las placas sobrepuestas o en el ojo, y la dragona podía resultar herida. Le ordenó a Ryath que entrara en la ciudad.

El dragón aterrizó en el mercado, a cierta distancia de la puerta, pero Arutha ya corría hacia ellos, seguido de Galain. Pug y Tomas bajaron ágilmente saltando, mientras que Macros se lo tomó con más calma.

Arutha cogió a Pug de la mano.

—Me alegra verte de nuevo, y haciendo una entrada tan oportuna.

—Nos hemos dado prisa, pero hemos tenido algunos retrasos por el camino.

Tomas había sido saludado por Galain, y Arutha le entrecrocó la mano, ambos evidentemente contentos de ver al otro vivo. Entonces Arutha vio a Macros.

—Así que no estás muerto.

—Al parecer no —dijo a Arutha—. Me alegro de veros, príncipe Arutha. Me alegro más de lo que podéis imaginar.

Arutha miró los signos de combate a su alrededor y evaluó la relativa tranquilidad. Desde otras partes llegaban sonidos de lucha, lo que quería decir que solo el asalto contra la puerta había cesado.

—No sé cuánto esperarán antes de volver a lanzarse contra la barbacana otra vez. —Miró calle abajo hacia la puerta—. Les habéis dado un susto, y creo que Murmandamus está teniendo problemas con sus caudillos, aunque no los suficientes para beneficiarnos, me temo. Y no creo que pueda contenerlos aquí. Cuando vuelvan, subirán en tromba por ese ariete.

—Podemos ayudar —dijo Pug.

—No —terció Macros.

Todos los ojos se volvieron hacia el hechicero.

—La magia de Pug podría contrarrestar la de Murmandamus —dijo Arutha.

—¿Ha usado algún conjuro contra vosotros hasta ahora?

Arutha reflexionó.

—Vaya, pues no. No desde Armengar.

—Ni lo hará. Debe reservar su magia para el momento en que haya logrado entrar en la ciudad. Y el derramamiento de sangre y el terror ayudan a su causa. Aquí hay algo que quiere, y debemos impedirle que lo consiga.

Arutha miró a Pug.

—¿Qué pasa aquí?

Un mensajero llegó corriendo junto a ellos.

—¡Alteza! El enemigo se está reagrupando para lanzar un nuevo ataque contra la puerta.

—¿Quién es vuestro segundo al mando? —dijo Macros.

—Guy du Bas-Tyra.

Pug pareció sobresaltado por la noticia, pero no dijo nada.

—Murmandamus no usará la magia, excepto quizá para destruirnos a vos si puede. Debéis entregar el mando de la ciudad a du Bas-Tyra y venir con nosotros.

—¿A dónde vamos?

—A un sitio cerca de aquí. Si todo falla, será nuestra última oportunidad de impedir la completa destrucción de vuestra nación. Debemos impedir que Murmandamus llegue a su objetivo final.

Arutha pensó por unos instantes y se volvió a Galain.

—Ordenes para du Bas-Tyra. Que asuma el mando. Amos Trask será el nuevo segundo al mando.

—¿Dónde estará Vuestra Alteza? —preguntó el soldado que estaba junto al elfo.

Macros cogió a Arutha del brazo.

—En un sitio donde nadie podrá llegar hasta él. Si vencemos volveremos a vernos. —No se molestó en decir lo que pasaría si eran derrotados.

Corrieron calle abajo, pasando frente a puertas y ventanas atrancadas por los ciudadanos que se habían refugiado en sus casas. Un chico osado se atrevió a asomarse por la ventana de un segundo piso justo cuando Ryath pasaba por delante, y cerró la ventana de un portazo con los ojos desorbitados. De las murallas llegaban sonidos de lucha mientras ellos doblaban una esquina y se metían en un callejón. Macros giró sobre sus talones para mirar al príncipe a los ojos.

—Lo que veréis, lo que oiréis, lo que descubriréis debe permanecer por siempre en secreto. Aparte de vos, solo el rey y vuestro hermano Martin pueden conocer los secretos que descubriréis hoy... y vuestros herederos si los hubiera —añadió con una nota seca—. Jurad —no era una petición.

—Lo juro —dijo Arutha.

—Tomas, debes descubrir dónde se encuentra la Piedra Vital —dijo Macros—, y tú, Pug, debes llevarnos allí.

Tomas miró a su alrededor.

—Fue hace eras. Nada se parece... —cerró los ojos, y a los demás les pareció que entraba en algún tipo de estado de trance—. Puedo sentirlo —dijo sin abrir los ojos—. ¿Puedes llevarnos... allí, Pug? —señaló hacia abajo y al centro de la ciudad. Abrió los ojos—. Está debajo de la entrada del castillo.

—Vamos, unid las manos —dijo Pug.

Tomas miró a la dragona.

—Has hecho todo lo que has podido, gracias.

—Contigo iré una vez más. —Miró al hechicero y luego a Tomas—. Con certeza conozco mi destino. No he de intentar evitarlo.

—¿Qué quiere decir? —dijo Pug mirando a sus compañeros. La expresión de Arutha reflejó la de Pug.

Macros no habló.

—No nos lo habías dicho antes —dijo Tomas.

—No hacía falta, amigo Tomas.

Macros interrumpió.

—Podemos hablar de esto cuando llegemos a nuestro destino. Ryath, cuando hayamos dejado de movernos ven hacia nosotros.

—La cámara será lo suficientemente grande —dijo Tomas.

—Iré.

Pug apartó la confusión y cogió la mano de Arutha. Con la otra cogió la de Tomas y Macros completó el círculo. Todos se volvieron inmateriales y empezaron a moverse.

Se hundieron, y por un tiempo la luz les fue negada. Tomas fue dirigiendo a Pug usando la telepatía, hasta que después de largos minutos en la oscuridad, Tomas habló en voz alta.

—Estamos en una zona abierta.

Cuando volvió la solidez, todos pudieron sentir la piedra bajo los pies, y Pug creó luz a su alrededor. Arutha levantó la mirada. Estaban en una cámara gigantesca, fácilmente treinta metros en cada dirección, con un techo del doble de esa altura. A su alrededor se alzaban columnas, y junto a ellos había un pedestal.

Entonces, repentinamente, el dragón apareció sobre ellos con un explosivo desplazamiento de aire.

—Ya es casi la hora —dijo Ryath.

—¿De qué habla el dragón? —dijo Arutha. Había visto tantas maravillas a lo largo de los dos últimos años que la visión de un dragón parlante no le impresionaba los

más mínimo.

—Ryath, al igual que todos los dragones mayores, conoce el momento de su muerte —dijo Tomas—. Y este se acerca.

La dragona habló.

—Mientras viajábamos entre los mundos, era posible que yo muriera por causas sin relación contigo y tus amigos. Ahora está claro que debo seguir interpretando mi papel en esto, ya que nuestro destino como raza siempre ha estado ligado al vuestro, valheru.

Tomas se limitó a asentir. Pug recorrió la cámara con la mirada.

—¿Dónde está esta Piedra Vital?

Macros señaló al pedestal.

—Ahí.

—Ahí no hay nada —dijo Pug.

—Según las apariencias —dijo Tomas—. ¿Cuánto debemos esperar, Macros?

Macros se mantuvo en silencio un rato.

—Cada uno a su sitio. Pug, Arutha y yo debemos esperar aquí. Tú y Ryath debéis ir a otro sitio.

Tomas indicó que lo entendía y usó sus artes para izarse a lomos del dragón. Luego, con un tronante estallido, desaparecieron.

—¿Dónde han ido? —dijo Arutha.

—Sigue ahí —respondió Macros—, pero está levemente fuera de sincronía temporal con nosotros, igual que la Piedra Vital. El la protege, el último bastión defensivo de este planeta, ya que si nosotros fracasamos, solo él se interpondrá entre Midkemia y la destrucción absoluta.

Arutha miró a Macros, y luego a Pug. Fue hacia el pedestal y se sentó en él.

—Creo que vendría bien que me contarais algunas cosas.

Guy hizo la señal y una lluvia de proyectiles cayó sobre las cabezas de los trasgos que corrían hacia la puerta. Un centenar murieron en un instante. Pero la riada se había desencadenado.

—¡Listos para evacuar las murallas! —le gritó du Bas-Tyra a Amos—. Quiero que retrocedan ordenadamente y luchando hasta el castillo, nada de correr. Que los sargentos al mando maten a cualquiera que trate de salir corriendo.

—Duro —dijo Amos, pero no discutió la orden.

La guarnición estaba al borde de la ruptura, los soldados inexpertos al borde del pánico. Solo asustándolos más que el enemigo había un retazo de esperanza de efectuar una retirada ordenada hacia el castillo. Amos miró hacia atrás, a la población de la ciudad que huía hacia el castillo. Se les había mantenido fuera de las calles para que las compañías pudieran moverse por la ciudad sin impedimentos, pero ahora se

les había ordenado dejar sus casas. Amos tuvo la esperanza de que les diera tiempo de ponerse a salvo antes de que comenzara la retirada de las murallas.

Jimmy llegó a la carrera atravesando la refriega que se desarrollaba al oeste del punto donde estaban Galain, Amos y Guy.

—De la Troville quiere refuerzos —gritó—. Están presionando fuertemente su flanco derecho.

—No los tendrá —dijo Guy—. Si saco a cualquiera de su propia sección, será como abrir una exclusiva. —Señaló a donde los trasgos habían vuelto a atravesar la brecha de la puerta exterior de la barbacana y trepaban de nuevo por la puerta interior. El fuego de cobertura de los arqueros moredhel era asesino. Jimmy empezó a irse, pero Guy lo agarró—. Ya hay otro mensajero corriendo la voz de prepararse para abandonar las murallas a mi señal. No llegarás a tiempo. Quédate aquí.

Jimmy indicó con un gesto que entendía y preparó la espada, cuando repentinamente apareció un trasgo ante él. Lo atacó y la criatura de piel azulada cayó, solo para ser sustituida por otra.

Tomas miró hacia abajo. Sus amigos habían desaparecido, aunque él sabía que seguían estando en el mismo sitio, aunque ligeramente fuera de sincronía temporal con él. Parte del intento de Ashen-Shugar de esconder la gema había consistido en poner la ciudad de Draken-Korin en un marco temporal diferente. Recorrió con la mirada la vasta estancia donde los valheru se habían reunido por última vez, y luego contempló la gigantesca gema verde. Alteró sus percepciones y vio los hilos de energía que surgían de ella, tocando, él lo sabía, todas las cosas vivas del planeta. Reflexionó sobre la importancia de lo que iba hacer, y se tranquilizó. Sintió el ánimo del dragón, y lo reconoció. Era una voluntad de aceptar lo que trajera el destino, pero sin resignarse a la derrota. Puede que viniera la muerte, pero puede que también viniera la victoria. En cierto sentido Tomas se sintió reconfortado por aquel pensamiento.

Arutha asintió.

—Me habéis dicho que es importante, ahora decidme por qué.

—Los valheru la dejaron en reserva para su vuelta. Comprendían que los dioses estaban hechos de la misma materia del mundo, que eran una parte de Midkemia. Draken-Korin era un genio entre su raza. Sabía que el poder de los dioses dependía de la relación que tenían con las demás cosas vivientes. La Piedra Vital es el artefacto más poderoso que hay en este mundo. Si se la usa, absorberá la energía de todas las criaturas hasta el ser más diminuto, y entregará esa energía al usuario. Puede emplearse para traer a los valheru a este espacio-tiempo. Lo hace proporcionando un impulso energético tan inmenso que es inigualable, y al mismo tiempo agota la fuente

de poder de los dioses. Por desgracia, también destruirá toda la vida sobre este planeta. En un instante, todo lo que camina, vuela, nada o se arrastra por Midkemia moriría: insectos, peces, las plantas que crecen, incluso seres vivos demasiado pequeños para ser vistos.

Arutha estaba asombrado.

—¿Y para qué quieren los valheru un planeta muerto?

—Una vez que hayan vuelto a este universo, pueden hacer la guerra contra otros mundos, trayendo esclavos, animales y plantas, vida en todas sus formas para volver a sembrarla. No les importan los demás seres de aquí, solo sus propias necesidades. Esa es una visión realmente valheru de las cosas, que todo puede ser destruido para proteger sus intereses.

—Entonces Murmandamus y los moredhel invasores morirán también —dijo Arutha, horrorizado ante el alcance del plan.

Macros reflexionó.

—Esa es la cosa que más me intriga, ya que para utilizar la Piedra Vital, los valheru deben haberle confiado mucho saber a Murmandamus. Parece imposible que no sepa que morirá cuando abra el portal. Lo de los sacerdotes serpiente pantathianos puedo entenderlo. Llevan trabajando desde las Guerras del Caos para traer de vuelta a su perdida ama, la Señora Esmeralda de las Serpientes, a la que consideran una diosa. Se han convertido en un culto a la muerte y creen que con su vuelta conseguirán un estatus de semidioses para ellos mismos. Adoran a la muerte. Pero esta actitud es muy rara en un moredhel. Así que no entiendo los motivos de Murmandamus, a menos que haya recibido garantías. No sé cuáles podrían ser, igual que tampoco sé lo que quiere decir el uso de los horrores, ya que ellos no perecerán con los demás, y si los valheru ya no los quieren en este mundo cuando empiecen a repoblarlo, les costará deshacerse de ellos. Los Señores de los Horrores son seres poderosos, y esto me hace preguntarme por la posibilidad de un pacto. —Macros suspiró—. Hay tantas cosas que no sabemos, y cualquiera de ellas podría ser nuestra perdición.

—En todo esto hay otra cosa que no entiendo —dijo Arutha—. Este Murmandamus viene a ser un archimago. Si necesitaba llegar hasta aquí ¿Por qué no limitarse a cambiar de forma, colarse en Sethanon con aspecto humano y llegar hasta aquí sin ser descubierto? ¿Por qué esta marcha de ejércitos y esta destrucción?

—Es la naturaleza de la Piedra Vital —dijo Macros—. Para devolverla a su marco de referencia temporal y abrir el portal que traiga a los valheru de vuelta hace falta un enorme poder místico. Y Murmandamus se alimenta de la muerte. —Arutha asintió, recordando un comentario que Murmandamus había hecho la primera vez que se enfrentó a Arutha a través del cuerpo muerto de uno de sus halcones nocturnos, allá en Krondor—. Absorbe la energía de las muertes que hay a su alrededor. Y miles han muerto a su servicio u oponiéndose a él. Si no necesitara almacenar esas energías para

abrir la puerta, podía haber derribado las murallas de esta ciudad como si estuvieran hechas con ramitas. Incluso una cosa tan pequeña como mantener su barrera personal contra las heridas consume valiosas energías. No, necesita esta guerra para traer de vuelta a los valheru. Se alegraría de ver a su ejército morir hasta el último soldado solo con poder llegar hasta esta habitación. Ahora nosotros debemos intentar bloquear el paso de sus amos hasta este universo. —Se levantó—. Arutha, debes mantenerte alerta contra los ataques mundanos. Pug, debemos ayudarle, porque su enemigo será poderoso: lo más seguro es que Murmandamus llegue hasta esta habitación.

Pug cogió la mano de Macros y vio cómo el hechicero la extendía y cogía el talismán ishapiano. Arutha asintió, y Macros se lo quitó al príncipe. Macros cerró los ojos y Pug sintió en su interior que sus poderes eran manipulados por otro, algo que le resultó nuevo y perturbador. Fueran las que fueran sus habilidades, no eran nada comparadas con las que había perdido Macros. Arutha y Pug contemplaron cómo el talismán empezaba a brillar.

—Aquí hay poder —dijo Macros suavemente, y abrió los ojos—. Extiende tu espada. —Arutha lo hizo, cogiéndola por la punta. Macros soltó la mano de Pug y colocó cuidadosamente el talismán debajo de la empuñadura, de forma que el pequeño martillo corriera paralelo a la hoja. Luego cerró lentamente la mano alrededor del martillo y la hoja—. Pug, tengo la habilidad pero necesito tu fuerza.

Pug cogió la mano de Macros y el hechicero volvió a usar la magia del joven para aumentar sus disminuidos poderes. La mano de Macros empezó a brillar con una cálida luz amarilla anaranjada, y todos pudieron oír un siseo mientras salía humo de la mano del hechicero. Arutha pudo sentir que la hoja se calentaba.

Tras unos instantes el resplandor se desvaneció y Macros abrió la mano. Arutha miró a la hoja. De algún modo el talismán había quedado engastado en el acero, y ahora aparecía solo como una talla con forma de martillo justo debajo de la empuñadura. El príncipe miró a Macros y a Pug.

—Ahora la espada contiene el poder del talismán. Os protegerá de cualquier ataque de fuente mística, y también dañará a las criaturas invocadas por los poderes oscuros, siendo capaz incluso de traspasar los conjuros protectores de Murmandamus. Pero su poder está limitado por la fuerza de voluntad del hombre que la empuña. Flaquead en vuestra determinación y fracasareis. Manteneos firme y triunfaréis. Recordad eso. Vamos Pug, tenemos que prepararnos.

Arutha observó cómo ambos hechiceros, uno anciano y vestido con una túnica marrón, y el otro joven y vestido con la túnica negra de un Grande tsurani, se ponían frente a frente junto al pedestal. Unieron las manos y cerraron los ojos. Un silencio inquietante cayó sobre la habitación. Después de un minuto Arutha apartó su atención de los dos magos y empezó a inspeccionar el entorno. La cámara estaba vacía

de cualquier artefacto o decoración. La única entrada parecía ser una pequeña puerta en la pared, que llegaba a la altura de la cintura. La abrió y echó un vistazo, viendo un tesoro de gemas y oro amontonado en la habitación contigua. Se rió para sus adentros. Un tesoro antiquísimo, riquezas de los valheru, y lo cambiaría todo por tener el ejército de Lyam en el horizonte. Después de trastear un poco en el tesoro, se sentó a esperar. Empezó a jugar distraídamente con un rubí del tamaño de una ciruela, deseando saber cómo les iba a sus camaradas arriba, en la batalla por Sethanon.

—¡Ahora! —gritó Guy, y la compañía que estaba bajo su mando directo empezó a replegarse de la barbacana, mientras que tras ellos los trompeteros tocaban retirada. El toque fue respondido desde todos los sectores de la ciudad, y las murallas fueron entregadas a los atacantes en una retirada tan ordenada como fue posible. Los defensores retrocedieron rápidamente, ganando la cobertura de las primeras manzanas de casas que había al otro lado del patio exterior, ya que los arqueros moredhel que había sobre la muralla empezaban a causar muchas bajas.

Había esperando compañías de arqueros de Sethanon para ofrecer fuego de cobertura sobre las cabezas de los que se replegaban, pero solo un valor excepcional pudo evitar la desbandada general.

Guy se llevó consigo a Jimmy y Amos, mirando hacia atrás mientras su compañía llegaba a nuevas posiciones. Galain y otros tres arqueros los cubrían con sus disparos. Cuando la primera fila de atacantes llegaba a la primera intersección importante, una compañía de jinetes irrumpió desde una calle lateral. La caballería de Sethanon, bajo el mando de lord Humphry, se lanzó entre los trasgos y los trolls, pisoteándolos. En pocos minutos los atacantes estaban siendo masacrados y empezaron a retirarse por donde habían venido.

Guy le hizo una señal a Humphry, que se acercó.

—¿Los hostigamos, Guy?

—No, se reagruparán enseguida. Ordenad a vuestros hombres que cabalguen por el perímetro, apoyando cuando sea necesario, pero que todo el mundo retroceda hasta el castillo lo más pronto posible. Nada de heroicidades. —El barón indicó que había comprendido las órdenes—. Humphry, decidle a vuestros hombres que lo han hecho bien, muy bien.

El barón se irguió y saludó animadamente, y luego se alejó para ponerse al frente de su caballería.

—La ardillita tiene dientes —dijo Amos.

—Es un hombre más valiente de lo que parece —respondió Guy. Examinó su posición rápidamente y ordenó retroceder a sus hombres. En un momento todos corrían hacia el castillo.

Cuando llegaron al patio interior de la ciudad, salieron de estampida hacia el castillo. La muralla exterior era una verja decorativa de barrotes de hierro, que podía ser derribada en cuestión de minutos, pero la muralla interior de la fortaleza, más antigua, parecía difícil de atacar. Al menos eso esperaba Guy. Llegaron al parapeto, desde el que se dominaba la batalla y Guy envió a Galain a ver si sus demás oficiales habían alcanzado el castillo.

—Ahora me gustaría saber a dónde ha ido Arutha —dijo cuando se hubo ido el elfo.

Jimmy también se lo preguntaba. Y también se preguntaba dónde estaba Locklear.

Locklear estaba pegado a la pared, esperando a que el troll le diera la espalda ante el sonido del grito. La chica no tendría más de dieciséis años, y los otros dos niños eran considerablemente más jóvenes. El troll fue a por la chica, y Locklear saltó y lo atravesó por detrás. Sin decir nada alargó la mano y cogió a la chica del brazo. Tiró y ella lo siguió, conduciendo a los otros dos niños.

Corrieron hacia el castillo, pero el escudero se detuvo cuando un escuadrón de caballería se interpuso en su camino, retrocediendo. Locklear vio que el barón Humphry era el último hombre en abandonar la refriega. El caballo del barón tropezó y unas manos de trasgo lo derribaron de la silla. El rechoncho y bajito gobernante de Sethanon atacó con la espada y mató a dos de sus asaltantes antes de ser abrumado por los trasgos a los que se enfrentaba. Locklear condujo a la asustada chica y a sus acompañantes hasta el interior de un mesón abandonado. Una vez dentro, buscó hasta encontrar la trampilla de la bodega.

—¡Rápido y en silencio! —dijo abriéndola.

Los niños obedecieron y él fue después. Tanteó en la oscuridad y encontró una lámpara, con yesca y pedernal junto a ella. En pocos momentos la tenía encendida. Miró a su alrededor mientras los sonidos de la lucha se filtraban desde la calle. Señaló un par de barriles y los niños corrieron a agazaparse entre ellos. Tumbó otro barril y lo hizo rodar lentamente hasta delante de los otros, creando un pequeño escondrijo. Cogió su espada y la lámpara y subió por el barril para unirse a los demás.

—¿Qué hacíais corriendo por la calle? —preguntó en un ronco susurro—. La orden de que los civiles se retiraran se dio hace media hora.

La chica parecía asustada, pero habló tranquilamente.

—Mi madre nos escondió en el sótano.

—¿Por qué? —preguntó Locklear incrédulo.

La chica lo miró con expresión incierta.

—Soldados.

Locklear maldijo. La preocupación de una madre por la virtud de su hija podía costarles la vida a sus tres hijos.

—Bueno, espero que te prefiera muerta a deshonrada —dijo él.

La chica se envaró.

—Está muerta. Los trolls la mataron. Se enfrentó a ellos mientras nosotros corríamos.

Locklear movió la cabeza, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Lo siento. —La estudió un momento y se dio cuenta de que era bastante bonita—. Realmente que lo siento. —Se calló—. Yo también he perdido a alguien.

Hubo un golpe arriba en el suelo, y la chica se envaró más. El miedo hizo que se le desorbitaran los ojos, y se mordió la mano para no chillar. Los dos niños menores se abrazaron.

—No hagáis ruido —susurró Locklear. Rodeó a la chica con el brazo y apagó la lámpara de un soplo, sumiendo la bodega en la oscuridad.

Guy ordenó que cerraran la puerta interior del castillo, y observó cómo los que habían sido demasiado lentos para alcanzarla eran muertos por la horda que avanzaba. Los arqueros disparaban desde el parapeto, y cualquier cosa que pudiera lanzarse contra los atacantes era arrojada: agua y aceite hirviendo, piedras e incluso mobiliario pesado, en un último y desesperado intento de resistir la ofensiva.

Entonces se alzó un grito de la retaguardia del ejército invasor y Murmandamus se adelantó cabalgando, pisoteando incluso a sus propios soldados. Amos esperaba junto a Guy y Jimmy, preparado para que trajeran las primeras escaleras. Miró al líder moredhel, que cabalgaba frenéticamente.

—El comedor de estiércol parece tener prisa ¿no? está siendo un poco bruto con los chavales que se ponen en su camino.

—¡Arqueros, ahí tenéis a vuestro objetivo! —gritó Guy, y una lluvia de flechas cayó sobre el musculoso moredhel. El caballo cayó derribado con un relincho y el jinete salió rodando. Se puso en pie de un salto, ileso, y señaló hacia las puertas del castillo. Una docena de trasgos y moredhel se adelantaron corriendo, para morir por los disparos de los arqueros. La mayoría de los arqueros se concentraron en el líder moredhel, pero ninguno logró herirlo. Las flechas golpeaban alguna barrea invisible y rebotaban.

Entonces trajeron un ariete, y aunque murieron docenas de invasores, por fin llegó a las puertas y empezó a trabajar. Los arqueros moredhel mantuvieron a los defensores con la cabeza agachada, mientras empezaba el rítmico golpeo.

Guy estaba sentado con la espalda apoyada en el parapeto. Mientras salva tras salva de flechas moredhel pasaban sobre sus cabezas.

—Escudero —le dijo a Jimmy—. Corre abajo a ver si de la Troville tiene lista a su compañía. Ordénale que se prepare frente a la puerta interior. Creo que tenemos menos de diez minutos antes de que entren, —Jimmy se fue corriendo y Guy se volvió

hacia Amos—. Bueno, pirata... parece que les hemos echado una buena carrera.

Agachado junto a Guy, Amos asintió.

—La mejor. Considerándolo todo, lo hemos hecho bien. Algo más de suerte aquí o allá y hubiéramos tenido sus entrañas clavadas en un palo. —Amos susurró—. Pero como yo siempre digo, no tiene sentido darle vueltas al pasado. Vamos, hagamos sangrar a esas miserables ratas de tierra.

Se puso en pie de un salto y cogió por el cuello a un trasgo que acababa de escalar la muralla. La criatura no había visto ningún defensor y de repente allí estaba Amos, agarrándolo por la garganta. Con un apretón aplastó la tráquea de la criatura y lo tiró escalera abajo, tirando a tres más que venían tras él. Amos empujó la escalera mientras Guy mataba a uno que trepaba por una almena junto a Amos.

Amos se tensó y jadeó y, al mirar abajo, descubrió una flecha en su costado.

—¡Que me aspen! —dijo, aparentemente asombrado ante el hecho.

En ese momento un trasgo remontó el parapeto y atacó con su espada, y el impacto casi hizo dar la vuelta a Amos. Las rodillas del antiguo capitán de barco se doblaron y cayó al suelo. Guy decapitó al trasgo con un salvaje golpe.

—Te dije que mantuvieras baja la maldita cabezota —dijo arrodillándose junto a Amos.

Este le sonrió.

—La próxima vez te haré caso —dijo débilmente, y cerró los ojos.

Guy se giró a la vez que otro rasgo remontaba el parapeto, y destripó a la criatura con un tajo de abajo a arriba. El Protector de Armengar, antiguo duque de Bas-Tyra, atacaba a diestra y a siniestra, matando a cualquier trasgo, troll o moredhel que se le acercara. Pero la muralla exterior había sido rebasada y cada vez venían más invasores, y Guy se veía poco a poco rodeado. Los demás que estaban en la muralla oyeron el toque de retirada y corrieron escaleras abajo para refugiarse en el torreón del homenaje, pero Guy se quedó junto a su amigo caído con la espada lista, sin moverse.

Murmandamus anduvo sobre los cuerpos de sus propios soldados, ignorando los gritos de los heridos y los moribundos a su alrededor. Entró en la barbacana del castillo, atravesando las puertas exteriores que estaban destrozadas. Con un gesto seco de la mano ordenó a sus soldados que avanzaran con el ariete, para comenzar el ataque contra la puerta interior. Se apartó a un lado mientras empezaban a golpear la puerta, cubiertos por sus camaradas que intentaban limpiar las murallas de arqueros de Sethanon. Por un instante todos cuantos estaban en el campo de tiro de la barbacana pusieron su atención en la puerta, y Murmandamus retrocedió hasta las sombras, riéndose en silencio de la estupidez de las demás criaturas. Había ido ganando poder con cada muerte y ya estaba listo.

Un caudillo moredhel se adentró en el espacio entre las dos puertas buscando a su amo. Traía noticias de los combates en la ciudad. Dos clanes rivales habían empezado a luchar por el botín, y aprovechando esa distracción una bolsa de defensores había escapado de una aniquilación segura. La presencia del amo era necesaria para mantener el orden. Agarró a uno de sus subordinados y le preguntó por el paradero de Murmandamus. El trasgo señaló, y el caudillo apartó a la criatura de un empujón, ya que el rincón oscuro que le había señalado estaba vacío. El trasgo corrió a ayudar con el ariete, ya que otro soldado había caído ante las flechas que llovían desde arriba, mientras el caudillo moredhel seguía buscando a su amo. Preguntó, y todos le dijeron que Murmandamus había desaparecido. Maldiciendo todos los presagios, profecías y heraldos de la destrucción, el caudillo salió corriendo hacia la parte de la ciudad donde combatía su propio clan, Se iban a dar nuevas órdenes.

Pug oyó las palabras de Macros en su mente. *Están intentando atravesar las defensas.*

Las mentes de Pug y Macros estaban enlazadas, con un vínculo que superaba todo lo que Pug había experimentado en su vida. Conocía al hechicero, lo comprendía, era uno con Macros. Recordaba cosas de la larga historia, tierras lejanas con gente extraña, historias de mundos distantes, todo era suyo. Igual que el conocimiento.

Con su ojo místico, podía «ver» el sitio por el que intentarían entrar. Existía entre su mundo físico y el sitio donde esperaba Tomas, una costura entre un marco temporal y el otro. Y algo parecido al sonido se estaba acumulando, algo que Pug no podía oír pero podía sentir. Estaba aumentando la presión, a medida que aquellos que trataban de entrar en este mundo empezaban su asalto final.

Arutha se puso tenso. Un momento había estado observando a Pug y Macros de pie quietos como estatuas, y al siguiente otra forma se movía en la vasta estancia. De las sombras surgió un moredhel gigantesco, que se quitó el yelmo con forma de dragón negro para revelar un rostro bello pero horripilante. Desprovisto de armadura, su pecho exhibía la marca de nacimiento con forma de dragón que era su herencia, y en la mano empuñaba una espada negra. Miró fijamente a Pug y a Macros y avanzó hacia ellos.

Arutha saltó desde detrás de un pilar, interponiéndose entre Murmandamus y los dos magos inmóviles. Tenía la espada dispuesta.

—Ahora tienes tu oportunidad, asesino de niños —dijo.

Murmandamus se detuvo, con los ojos desorbitados.

—¿Cómo...? —sonrió de oreja a oreja—. Doy gracias al destino, Señor del Oeste. Ya eres mío.

Lo señaló con el dedo y disparó un rayo de energía plateada, que sin embargo se

desvió y golpeó la hoja de la espada de Arutha, donde bailó como un fuego incandescente, palpitando con una furia al rojo vivo. Arutha movió la muñeca y la punta de la hoja tocó el suelo. El fuego desapareció.

Los ojos del moredhel volvieron a desorbitarse, y saltó contra Arutha con un alarido de rabia.

—¡No fracasaré!

Arutha evitó por poco un golpe de brutal salvajismo, que hizo saltar chispas azuladas cuando la hoja negra golpeó contra las piedras. Pero mientras retrocedió lanzó una rápida estocada y le hizo al moredhel un corte en el brazo. Murmandamus chilló como si hubiera sufrido una herida grave, y retrocedió unos pasos tambaleándose. Se recuperó a la vez que Arutha seguía el ataque con otro, y fue capaz de parar la segunda estocada del príncipe. Con la mirada enloquecida, Murmandamus se llevó la mano al corte y luego contempló el líquido escarlata en su palma.

—¡Es imposible! —dijo el Moredhel.

Arutha volvió a atacar con agilidad felina, y otro corte apareció en el moredhel, esta vez en el pecho desnudo. Arutha sonreía, una sonrisa sin humor alguno, una tan salvaje como lo había sido la del moredhel.

—Es posible, retoño de la locura —dijo con estudiada premeditación—. Yo soy el Señor del Oeste. Yo soy la Perdición de la oscuridad. Yo soy tu destrucción, esclavo de los valheru.

Murmandamus rugió de ira, y el sonido de una era de locura ya olvidada volvió al mundo. El moredhel atacó, Arutha se mantuvo firme y empezaron a combatir intensamente.

Pug.

Lo sé.

Se movían simultáneamente, tejiendo una matriz de poder, erigiendo una red de energía contra el intruso. No era algo tan poderoso como lo que habían hecho para cerrar la gran fractura al pie del puente dorado, pero es que esta fractura aún no se había abierto. Aunque había presión y estaban siendo puestos a prueba.

Los golpes contra la puerta siguieron y la madera empezó a astillarse. En ese momento llegó el sonido del trueno distante, haciéndose cada vez más fuerte. Los golpes en la puerta se detuvieron por un instante, pero luego volvieron. El trueno volvió a resonar dos veces más, como si se estuviera acercando, y los sonidos de lucha parecieron aumentar. Entonces desde el exterior llegaron gritos inesperados y el golpeo del ariete contra la puerta cesó. Una explosión hizo temblar la torre del

homenaje. Jimmy dio un salto hacia delante y abrió la mirilla.

—¡Abrid esta puerta! —le gritó a de la Troville.

El comandante de la compañía ordeno a sus hombres que fueran hacia delante mientras los sonidos de lucha llegaban a sus oídos, e hizo falta la fuerza de casi todos para mover las puertas medio arrancadas. Las abrieron y de la Troville y Jimmy salieron corriendo por ellas. Ante ellos había hombres con armaduras de vivos colores corriendo por la calle y enzarzándose con los trasgos por todas partes.

—¡Tsurani! —gritó Jimmy—. ¡Que me aspen, un ejército de tsurani!

—¿Es posible? —dijo de la Troville.

—He oído las suficientes historias del duque Laurie para saber el aspecto que se supone que tienen que tener. Tipos pequeños pero duros, vestidos con armaduras de colores brillantes.

Una compañía de trasgos se dio la vuelta frente al castillo para huir de un grupo más grande de tsurani, y de la Troville hizo salir a sus hombres, pillándolos por la retaguardia. Jimmy pasó de largo corriendo y oyó otra fuerte explosión. Por una ancha avenida pudo ver a un mago vestido con una túnica negra de pie ante una pila de barriles humeantes y un carromato volcado que habían senado de barricada. El mago empezó a conjurar. En un momento brotó de su mano una intensa esfera de energía, que se alejó y alcanzó a algún objetivo fuera del campo visual de Jimmy, explotando a lo lejos.

En ese momento apareció ante su vista una compañía de jinetes, y Jimmy reconoció el estandarte de Landreth. Junto a la compañía llegaron Kulgan, Meecham y dos magos vestidos con túnicas negras. Detuvieron los caballos y Kulgan bajó de su montura, ágilmente para tratarse de alguien tan gordo. Se acercó hasta Jimmy.

—¡Kulgan! Creo que nunca en mi vida me he alegrado tanto de ver a alguien.

—¿Hemos llegado a tiempo? —preguntó Hochopepa.

Jimmy nunca había visto al hombre de la túnica negra, pero dada su llegada con Kulgan, supuso que tendría alguna autoridad.

—No lo sé. Arutha desapareció hará unas horas junto a Pug, Macros, Tomas y un dragón, si nos creemos el informe que Galain le presentó a du Bas-Tyra. Guy y Amos Trask tienen que andar por alguna parte. —Señaló a unos combates que se veían a lo lejos—. Creo que du Masigny y los demás están por allí. —Miró a su alrededor, con los ojos desencajados por el terror y el cansancio. Su voz empezó a inundarse con unas emociones que había contenido durante demasiado tiempo, y subió a un tono frenético—. No sé quién queda vivo.

Kulgan apoyó la mano en el hombro de Jimmy, dándose cuenta de que el muchacho estaba a punto de derrumbarse.

—No pasa nada —dijo, y miró a Hochopepa y Elgahar—. Más vale que miréis dentro, no creo que la batalla se haya acabado aún.

—¿Dónde están todos los hermanos oscuros? Aquí había miles hace solo... ¿unos minutos?

Kulgan se llevó aparte al muchacho mientras los dos magos de las túnicas negras ordenaban a un grupo de soldados tsurani que les acompañaran al interior del castillo, donde todavía podían oírse sonidos de lucha.

—Han venido diez magos de la Asamblea para unirse a nosotros —dijo el mago de la túnica verde—, y el emperador ha enviado parte de su ejército, fíjate si temían la aparición del Enemigo en este mundo. Hemos creado una puerta entre el portal de Stardock y un sitio a menos de una milla de la ciudad, pero fuera de la vista del ejército de Murmandamus. Hemos traído tres mil tsurani junto a los mil quinientos de caballería de Landreth y Shamata y vienen más.

Jimmy se sentó.

—¿Tres mil? ¿Mil quinientos? ¿Han huido de eso?

Kulgan se sentó junto a él.

—Y de los túnicas negras, a cuya magia no pueden enfrentarse. Y de las noticias de que Martin viene por la llanura con el ejército de Yabon, unos cuatro mil hombres, a menos de una hora de camino al noroeste. Y estoy seguro de que sus exploradores han visto el polvo por el suroeste. Donde los soldados de Páramo Oscuro marchan junto a los del Cruce de Malac, seguidos por Gardan y los regimientos de Krondor. Y todos pueden ver los estandartes de Northwarden al nordeste, y a uno o dos días de camino a lo sumo por el este viene el rey con su ejército. Están rodeados, Jimmy, y lo saben. —La voz de Kulgan se tomó pensativa—. Y algo ya los ha perturbado, ya que mientras nos aproximábamos, vimos grupos de hermanos oscuros dejando la ciudad y encaminándose al Bosque Oscuro. Parecía que por lo menos tres o cuatro mil ya habían abandonado el ataque. Y muchos de los que estaban entre aquí y la puerta no estaban organizados. Algunos incluso estaban luchando entre ellos. Ha pasado algo que ha detenido el ataque en el momento mismo de la victoria.

En ese momento apareció a la vista un destacamento de soldados perro keshianos, corriendo rápidamente hacia el sonido de la batalla. Jimmy miró al mago y empezó a reírse, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Supongo que eso quiere decir que Hazara-Khan también ha venido a jugar.

Kulgan sonrió.

—Resulta que estaba acampado en las afueras de Shamata. Afirma que es una coincidencia que estaba cenando con el gobernador de Shamata cuando llegó el mensaje de Katala de acudir a Stardock con la guarnición. Y por supuesto el hecho de que convenciera al gobernador para que le permitiera traer observadores y que su gente estuviera lista para ponerse en marcha en menos de una hora también son coincidencias.

—¿Cuántos observadores?

—Quinientos, todos armados hasta los dientes.

—Arutha no va a morir tranquilo si no logra que Abdur admita que hay un Cuerpo de Inteligencia Imperial.

—Lo que soy incapaz de saber es cómo logra enterarse de todo lo que pasa en Stardock —dijo Kulgan.

Jimmy se rió genuinamente divertido, sorbió porque la nariz le empezaba a moquear y sonrió.

—Tienes que estar de broma. La mitad de vuestros magos son keshianos. — Suspiró y se recostó—. Pero tiene que haber algo más, ¿no?

Cerró los ojos y empezaron a brotar lágrimas de cansancio.

—Todavía no hemos encontrado a Murmandamus —dijo Kulgan, y miró a más soldados tsurani que venían corriendo por la calle—. Y hasta que no lo hagamos, esto no se ha acabado.

Arutha esquivó un salvaje revés de la hoja de Murmandamus y lanzó una estocada en respuesta, pero el moredhel retrocedió de un salto. A Arutha le estaba costando respirar, ya que este era el oponente más astuto y peligroso al que se habían enfrentado nunca. Era increíblemente fuerte y solo un ápice más lento que Arutha. Murmandamus sangraba por media docena de pequeñas heridas, cortes que habrían debilitado a un oponente normal pero que a él solo parecían molestarlo un poco. Arutha no había conseguido ninguna ventaja, ya que la batalla y este duelo lo habían llevado al borde del agotamiento. El príncipe necesitaba toda su pericia y su velocidad solo para mantenerse vivo. Además, tenía un límite a su capacidad de luchar, porque tenía que mantenerse entre Murmandamus y los dos hechiceros, que trabajaban en alguna obra mágica. El moredhel no tenía dicha preocupación. El duelo había entrado en una rutina, ya que ambos espadachines se habían tomado la medida. Ahora se movían casi rítmicamente, cada estocada respondida con una parada, cada réplica con una esquivo. Ambos sudaban profusamente y tenían las manos resbaladizas, y los únicos sonidos audibles eran los gruñidos de esfuerzo. La lucha estaba llegando al punto donde el primero en equivocarse sería el que moriría.

En ese momento a la izquierda se produjo un rielar en el aire, y Arutha apartó la vista solo por un instante antes de recuperarse. Pero Murmandamus no apartó los ojos de su adversario y aprovechó el momento, lanzando un ataque que resbaló por las costillas del príncipe. Arutha gimió de dolor.

El moredhel echó el brazo atrás para descargar un golpe contra la cabeza de Arutha, pero al adelantar la mano, su ataque se estrelló contra una barrera invisible. Al moredhel se le desorbitaron los ojos cuando Arutha se incorporó a duras penas y lanzó una estocada, atravesando a Murmandamus por el estómago. El moredhel dejó escapar un ronco aullido ululante, trastabilló y se cayó de espaldas, arrancando la

espada de Arutha de unos dedos debilitados.

Arutha se derrumbó al suelo mientras dos hombres vestidos de negro se adelantaban para cogerlo. Se quedaron junto a él. La visión de Arutha se empañó y se aclaró, se enfocó y se desenfocó, hasta que la habitación estuvo estable de nuevo. Vio a Murmandamus sonreír, y el moredhel le habló en un susurro amenazador.

—Soy un ser de la muerte, Señor del Oeste, soy el eterno sirviente de la Oscuridad —se rió débilmente y la sangre fluyó de su boca, cayendo sobre la marca de nacimiento en forma de dragón—. No soy lo que parezco. Con mi muerte lo que logras es tu destrucción. —Cerró los ojos y cayó hacia atrás. Su aullido de muerte llenó la habitación.

Los dos hombres de negro miraron mientras el cuerpo de Murmandamus emitía un extraño sonido chirriante. La figura que yacía sobre las piedras se hinchó, creciendo como si la estuvieran inflando. El cuerpo de Murmandamus reventó como un fruto pasado, rasgándose desde la frente hasta la entrepierna, revelando un cuerpo interior verde y escamoso. Un denso líquido negro, junto a sangre, trozos de carne y chorros de pus salpicaron toda la habitación cuando el cuerpo verde salió despedido del cascarón que había sido Murmandamus y cayó en el suelo como un pez recién pescado. En esta terrible confusión apareció una llama danzarina de color rojo brillante, maligna, que llenó la estancia con el hedor de siglos de putrefacción. Entonces la llama se desvaneció y el universo se abrió a su alrededor.

Macros y Pug retrocedieron un paso donde se encontraban, habiendo percibido ambos de algún modo un cambio en la lucha cercana. Toda su atención estaba concentrada en el punto entre los universos donde se estaba formando la fractura. Cada vez que llegaba un empujón del otro universo, ellos respondían con un parche de energía. La batalla había alcanzado su cénit hacía un momento, y ahora los empujones iban perdiendo fuerza. Pero seguía habiendo peligro, ya que Pug y Macros también se estaban cansando. Impedir que se abriera la fractura entre los universos requería la máxima concentración. Entonces el dolor estalló en sus mentes cuando una fuerte nota, un silbido chillón, hizo sonar una señal. De otro punto llegó un ataque diferente, inesperado, y Pug no pudo responder. Una cosa de vidas capturadas, robadas en el momento de la terrible muerte y guardadas para este momento, fluyó hacia la fractura, danzando como una llama roja enloquecida y hedionda. Golpeó las barreras que Pug había erigido y las hizo pedazos.

Abrió la fractura de cuajo y de alguna manera se desplazó entre las percepciones de Pug y el sitio donde arreciaba el combate, obstaculizando su percepción de lo que allí pasaba. Pug se sintió un tanto aturdido. Un grito de aviso de Macros volvió a concentrar su atención en la fractura, que ahora estaba abierta. Pug trabajó frenéticamente y sacó fuerzas de la flaqueza para aferrar el tejido desgarrado que separaba los universos. La fractura se cerró violentamente. De nuevo llegaron los

empujones, y de nuevo Pug resistió a duras penas, pero resistió. En ese momento le llegó un aviso de Macros. *Algo ha conseguido pasar.*

Algo ha pasado, llegó el aviso de Ryath.

Tomas saltó de lomos del dragón y se puso a esperar junto a la Piedra Vital. Una oscuridad creció dentro de la estancia, vasta y poderosa, un ente de pesadilla tomando forma. Dio un paso al frente. Era negro, sin rasgos ni definición, un ser de desesperanza, y era consciente. Su contorno era humanoide, pero era casi tan grande como Ryath. Abrió sus alas de sombra y cubrió la estancia de tinieblas como una palpable luz negra, y en torno a su cabeza ardía a modo de corona un círculo de llamas de un vivo color naranja y que no despedía iluminación.

—¡Es un Señor de los Horrores! —le gritó Tomas a Ryath—. ¡Cuidado! ¡Roba las almas y devora las mentes!

Pero el dragón bramó de ira y atacó la monstruoso ser de pesadilla, poniendo en juego su magia junto a las garras y el fuego. Tomas empezó a avanzar, pero otro ser entró en ese marco temporal.

Tomas retrocedió a las sombras mientras una silueta que no había visto nunca, pero que le era tan conocido como Pug, salía a la luz de la gema. El recién llegado se apartó de la batalla entre seres gigantescos que dominaba la estancia, y avanzó hacia la Piedra Vital con rápidas zancadas.

Tomas salió de entre las sombras, haciéndose visible de pie sobre la piedra. La figura se detuvo, y se le escapó un gruñido de furia.

Espléndido con su armadura naranja y negra, Draken-Korin, Señor de los Tigres, se enfrentaba a una visión cuya comprensión se le escapaba.

—¡No! —gritó el valheru—. ¡Es imposible! ¡No puedes seguir vivo!

Tomas habló, y su voz fue la de Ashen-Shugar.

—Así que vienes a acabarlo tú mismo.

Con el rugido de un tigre, perdido entre los bramidos y chillidos de la otra batalla que se desarrollaba en la cámara, el retornado señor de los dragones desenvainó su espada negra y se adelantó dando un salto, y por primera vez en su existencia, Tomas se enfrentó a un enemigo con suficiente poder para destruirle realmente.

La batalla estaba llegando a su fin y la hueste de Murmandamus salía en masa de la ciudad, huyendo hacia el Bosque Oscuro. La noticia de la desaparición de Murmandamus se había difundido como si la hubiera llevado un viento repentino. En un momento dado los matadores negros, estuvieran donde estuviesen, se habían derrumbado sin previo aviso, como si les hubieran absorbido la vida. Esto, unido a la llegada de los tsurani y los magos, y los informes de más ejércitos en el horizonte,

había provocado que el ataque flaqueara y luego se viniera abajo. Caudillo tras caudillo había ordenado la retirada de sus clanes y habían abandonado la batalla. Con el liderazgo evaporándose, los trasgos y los trolls habían sido masacrados, hasta provocar la completa desbandada del ejército invasor, aunque seguía siendo mucho más grande.

Jimmy corría por el interior del castillo, buscando algún conocido entre los muertos y heridos. Subió corriendo las escaleras que daban a la muralla sobre la puerta y se encontró un grupo de tsurani que bloqueaban el paso. Se coló entre ellos y vio a un cirujano de Landreth de pie sobre dos hombres que estaban recostados contra el parapeto. Amos todavía tenía la flecha clavada en el costado, pero sonreía de oreja a oreja. Guy estaba cubierto de sangre y tenía un corte de aspecto terrible en el cuero cabelludo. El corte le había seccionado el cordón que sostenía el parche del ojo, y podía verse la cuenca enrojecida. Amos se rió y casi se asfixia.

—Vaya, chico, me alegro de verte. —Miró a su alrededor—. Mira todos estos gallitos. —Señaló débilmente a los tsurani con sus armaduras de brillantes colores, que lo miraban con gesto inescrutable—. Que me aspen si no es la cosa más bonita que he visto.

En ese momento llegó un crujido desde abajo, seguido de un sobrecogedor y estruendoso rugido, como si una terrible hueste de locura estuviera escapando del infierno. Jimmy miró a su alrededor, sobresaltado, e incluso los tsurani exhibieron sorpresa. Un temblor estremeció el castillo y el suelo empezó a dar sacudidas.

—¿Qué es eso? —dijo Jimmy.

—No lo sé, pero no pienso quedarme aquí para averiguarlo —dijo Guy. Hizo un gesto para que lo ayudaran a levantarse, cogió la mano que le ofrecía un tsurani y se puso de pie. Le hizo un gesto a otro tsurani que parecía ser un oficial y este ordenó a sus hombres que cogieran a Amos—. Jimmy, pasa la orden de que todos los vivos evacúen el castillo. —En ese momento las sacudidas bajo ellos crecieron y Guy estuvo a punto de caerse, mientras el rugido subía de volumen—. No, pasa la orden de que todos los vivos evacúen la ciudad.

Jimmy corrió por el parapeto, directo a las escaleras.

Epílogo

La habitación volvió a temblar y sacudirse.

Arutha escuchaba, apretándose con la mano el costado herido. Parecía una batalla distante, en la que se habían desatado fuerzas titánicas. Fue a donde estaban Pug y Macros, con los dos magos de las túnicas negras junto a ellos. Suspiró y los saludó con una inclinación de cabeza.

—Soy el príncipe Arutha —dijo.

Hochopepa y Elgahar se presentaron.

—Están intentando contener a un gran poder —dijo Elgahar—. Debemos ayudarles.

Los dos túnicas negras colocaron sus manos sobre los hombros de Macros y Pug y cerraron los ojos. Arutha volvió a encontrarse solo. Miró al grotesco cascarón de Murmandamus tirado en un rincón y se acercó hasta él. Alargó la mano y sacó la espada del cuerpo del hombre serpiente. Arutha examinó la forma cubierta de icor del sacerdote serpiente y rió amargamente. ¡El reencarnado líder de las naciones moredhel era un pantathiano! Todo había sido un engaño, desde la profería milenaria hasta los asaltos de Armengar y Sethanon, pasando por la reunión de los moredhel y sus aliados. Los pantathianos sencillamente habían utilizado a los moredhel siguiendo las órdenes de los señores de los dragones, almacenando la magia de las vidas perdidas para llegar hasta la Piedra Vital y usarla. Y en todo ello los moredhel habían sido los más cruelmente utilizados. Era una ironía de proporciones descomunales. Arutha se quedó pasmado al darse cuenta, aunque estaba demasiado cansado para hacer algo más que examinar débilmente la habitación, buscando a alguien con quien compartir el descubrimiento. De repente apareció una grieta en la pared de la pequeña puerta, y oro, gemas y otros tesoros se derramaron por el suelo. En su cansancio, Arutha apenas se preguntó cómo había pasado esto, ya que no había oído ruido de la obra colapsándose.

Arutha tomó su espada y volvió junto a los magos. Al ver que no había salida de la cripta, se sentó en el pedestal a observar a los cuatro magos inmóviles con las manos unidas. Examinó su herida y vio que el flujo de sangre se había reducido. Era dolorosa, pero no grave. Se recostó, poniéndose todo lo cómodo que fue posible, ya

que no podía hacer otra cosa que esperar.

Los ladrillos y la cantería fueron convertidos en polvo cuando la cola de Ryath golpeó contra la pared. Con aullidos de dolor y rabia, la dragona usaba su magia contra el Señor de los Horrores, mientras sus colmillos y garras lo herían. Pero el Señor de los Horrores era poderosísimo y el dragón estaba pagando un alto precio.

Tomas atacó, manteniendo su cuerpo entre la Piedra Vital y Draken-Korin. El valheru se había lanzado contra Tomas rugiendo y enseñando los dientes, como el tigre que llevaba en el tabardo. Tomas no había poseído la furia salvaje de su adversario desde los días de la locura durante la Guerra de la Fractura. Pero era un guerrero veterano y se mantuvo firme.

—¡No podrás negárnoslo otra vez, Ashen-Shugar! —gritó Draken-Korin—. Somos los dueños de este mundo. Debemos volver.

Tomas paró, apartando la hoja, y lanzó un ataque. Su recompensa fue una lluvia de chispas cuando su hoja dio contra la armadura de Draken-Korin, desgarrando su tabardo.

—Eres una reliquia caduca de una era pasada. Eres una cosa que no tiene el suficiente seso como para saber que está muerta. Lo destruirías todo para conseguir un planeta muerto.

Draken-Korin atacó con un tajo lateral hada la cabeza, pero Tomas se agachó y le dio una estocada que alcanzó al valheru en el estómago. Draken-Korin retrocedió a trompicones y Tomas cayó sobre él como un gato sobre un ratón. Golpe tras golpe llovieron sobre el Señor de los Tigres, y Tomas empezó a ganar ventaja.

—No fracasaremos —gritó Draken-Korin, y redobló su furia, deteniendo a Tomas y luego haciéndolo retroceder. En un instante se produjo un resplandor y, donde había estado Draken-Korin, ahora se encontraba Alma-Lodaka, pero su ataque no era menos feroz—. Nos subestimas, padre-esposo. Nosotros somos todos los valheru, tú eres solo uno. —Entonces su rostro y su cuerpo cambiaron, y un valheru tras otro se enfrentaron a Tomas. Cambiaron rápidamente, hasta que Tomas se encontró frente a un borrón de rostros. Luego volvió Draken-Korin—. Ya ves, yo soy una multitud, una legión. Somos poder.

—Eres muerte y maldad, pero también eres el padre de las mentiras —respondió Tomas con desprecio. Atacó y Draken-Korin apenas pudo parar—. Si tuvieras el poder de la raza, me habrías barrido en un simple instante. Puedes cambiar de forma, pero yo sé que no eres más que un agente, una pequeña parte del todo que se ha filtrado para usar la Piedra Vital y abrir el portal, para que la hueste dragón pueda entrar.

La única respuesta de Draken-Korin fue un ataque renovado. Tomas detuvo la hoja negra con la suya dorada, y la apartó. Al otro lado de la estancia, el forcejeo entre

el dragón y el Señor de los Horrores estaba llegando a su fin, ya que los sonidos de lucha eran débiles y ocasionales. Entonces desde detrás llegaron el silencio y una terrible presencia.

Tomas sintió aproximarse al Señor de los Horrores y supo que Ryath había caído ante él. Como Ashen-Shugar se había enfrentado antes a los Señores de los Horrores, y si no tuviera otras preocupaciones no le habría temido. Pero enfrentarse a él dejaría a Draken-Korin libre para actuar, e ignorar al horror le daría a este una posibilidad de incapacitarlo.

Tomas detuvo el siguiente ataque de Draken-Korin y saltó hacia delante inesperadamente, arriesgándose a recibir una herida. La hoja negra fue contra él, pero solo dio de refilón contra la cota de malla que había bajo el tabardo blanco. Tomas apretó los dientes de dolor cuando la hoja negra cortó los eslabones dorados y desgarró su costado, pero agarró el brazo de Draken-Korin. Con un movimiento repentino intercambió sus posiciones y empujó al Señor de los Tigres directamente contra el Señor de los Horrores.

El Señor de los Horrores trató de apartarse, pero la dragona se había cobrado un peaje antes de sucumbir. El Señor de los Horrores estaba herido y aturdido, y el ataque que traía preparado golpeó por detrás a Draken-Korin, atontándolo. Draken-Korin gritó de agonía, ya que no había erigido ninguna defensa contra el toque consumidor de vida del Señor de los Horrores.

Tomas aprovechó para atacar y provocó una grave herida en el estómago del valheru ataviado de naranja y negro, debilitándolo más. Draken-Korin trastabilló y de nuevo fue obligado a rozarse con el Señor de los Horrores, que lo empujó a un lado. Ese empujón involuntario impulsó a Draken-Korin hacia la Piedra Vital.

—¡No! —gritó Tomas saltando hacia delante.

El Señor de los Horrores logró agarrarlo por un instante. El dolor inundó el ser de Tomas, y este atacó con su espada, provocando una siseante lluvia de chispas al golpear la criatura negra como la noche. Esta emitió un grito distante y lo soltó. Rápidamente, Tomas lanzó una estocada contra el corazón del muerto viviente, una herida casi mortal que hizo retroceder a la criatura tambaleándose. Tomas giró sobre sus talones, y se dirigió hacia donde Draken-Korin trataba de completar su objetivo.

Draken-Korin tropezó y cayó sobre la Piedra Vital, como si quisiera abrazarla. Se rió, aunque sentía que sus energías empezaban a disiparse, ya que todavía tenía tiempo de usar sus artes y abrir el portal, permitiendo que el resto de su consciencia colectiva volviera al mundo de su creación. De nuevo estaría completo.

En ese momento, Tomas cayó sobre él con un tremendo salto, con los brazos levantados y la espada apuntando hacia abajo, y con sus últimas fuerzas dejó caer la espada en un golpe terrible. Hubo un espantoso chillido, y Draken-Korin se arqueó hacia atrás como un arco que estuvieran tensando. La espada dorada lo atravesó y se

clavó en la Piedra Vital.

Entonces llegó el viento. De alguna parte apareció una fuerte corriente de aire, soplando de todas direcciones hacia la Piedra Vital. El Señor de los Horrores, mortalmente herido, tembló ante el roce de la brisa, y empezó a estremecerse, súbitamente se convirtió en humo intangible y fue absorbido al interior de la piedra. La forma del Señor de los Tigres también se estremeció, y empezó a sacudirse violentamente, mientras un resplandor dorado brotaba de la espada mágica de Tomas y envolvía a Draken-Korin. El aura dorada empezó a parpadear y Draken-Korin se volvió inmaterial y fue absorbido dentro de la piedra, igual que el Señor de los Horrores.

Pug se tambaleó como si hubiera recibido un golpe, y la fractura se abrió repentinamente, pero no desde el otro lado. Fue como si una mano gigantesca hubiera venido y hubiera apartado sus barreras mágicas, y luego se hubiera metido en la fractura y sacado algo. Pug sintió la mente de Macros y se dio cuenta de que, de algún modo, Hochopepa y Elgahar también estaban allí. En ese momento la fractura explotó hacia ellos y los sacó de su trance.

La habitación dio vueltas alrededor de Tomas. Repentinamente Macros, Pug, dos hombres vestidos con túnicas negras y Arutha se encontraron allí.

Tomas miró hacia atrás y vio a Ryath hecha un ovillo en un rincón, una masa de heridas terribles y humeantes. La dragona parecía muerta, o si estaba viva le quedaba poco tiempo. Se había encontrado con su destino tal y como había predicho, y Tomas juro que será recordada. Al otro lado de su forma inmóvil, la cámara del tesoro de los valheru se había abierto durante la lucha entre el dragón y el señor de los honores, y había desparramado su contenido de oro, gemas, libros y artefactos, por todo el suelo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Arutha poniéndose en pie.

—Creo que casi ha acabado ya —dijo Tomas bajando del pedestal de un salto.

Macros se tambaleó, y Pug y los demás se movieron cuando el sonido de un viento chillón se convirtió en una fuerza terrible que asaltó sus oídos. De repente todos tuvieron que taparse los oídos, y una potente onda expansiva hizo explotar el techo de la cripta, destruyendo la tierra que había sobre la bóveda, junto con el sótano y la planta baja del castillo, saliendo al cielo por un cráter ahora abierto. Un géiser de ladrillos y sillares de piedra, los fragmentos de dos edificios, llegó hasta lo alto del cielo y cavó sobre la ciudad.

Sobre ellos, en el cielo, se hizo una apertura, una nada de gris centelleante recortada contra el azul. Y en su interior pudo verse el destello de muchos colores.

Pug, Hochopepa y Elgahar ya habían visto aquel espectáculo en una ocasión anterior, cuando habían estado en la Torre de las Pruebas en la Ciudad de los Magos. Era la visión del Enemigo en los tiempos del puente dorado, cuando las naciones

habían huido hacia Kelewan durante las Guerras del Caos.

—¡Está saliendo! —dijo Hochopepa.

—¡La Piedra Vital! —gritó Macros sobre el terrible sonido ululante que emitía la gema—. ¡Se ha activado!

Pug miró a su alrededor confuso.

—¡Pero si estamos vivos!

Tomas señaló a su espada dorada, que seguía clavada verticalmente en la Piedra Vital.

—He matado a Draken-Korin antes de que pudiera usar por completo la Piedra Vital. Solo está parcialmente activa.

—¿Qué pasará? —gritó Pug sobre el estremecedor ruido.

—No lo sé. —Macros se tapó los oídos, igual que los demás, y gritó con todas sus fuerzas—. ¡Necesitamos una barrera de fuerza!

Pug supo enseguida lo que hacía falta e intentó realizar el conjuro que impediría su destrucción.

—¡Hocho, Elgahar, ayudadme!

Comenzó el encantamiento y los otros se unieron a él para formar una barrera defensiva a su alrededor. El sonido subió hasta un punto en el que Arutha se encontró con que taparse los oídos con las manos no era suficiente. Apretó los dientes de dolor, combatiendo el impulso de gritar, preguntándose si los magos podrían finalizar su encantamiento. La luz que emitía la Piedra Vital fue aumentando de intensidad, hasta un cegador blanco puro con matices plateados. Parecía lista para desencadenar una terrible destrucción. El príncipe estaba casi embotado por el cansancio y el horror de lo acontecido en las últimas horas. Se preguntaba cómo sería la muerte del planeta. Entonces ya no pudo aguantar más el dolor y empezó a chillar...

... al mismo tiempo que Pug finalizaba su encantamiento y la habitación explotaba.

En el suelo comenzó un temblor irregular, unas sacudidas como un terremoto, y Guy se dio la vuelta para observar la ciudad. Los soldados de Shamata, Landreth y los tsurani huían junto a los de Sethanon y Highcastle. Mezclados con ellos iban trasgos, trolls y un puñado de hermanos oscuros más tenaces, pero el combate quedó olvidado mientras todo ser vivo en la ciudad huía de una sensación de destrucción inminente, un terror palpable hasta la última fibra de su ser. Las emociones más negras, el horror más oscuro y la desesperación se habían apoderado repentinamente de todo ser vivo, robándoles cualquier deseo de luchar. Hasta el último de ellos, lo único que querían era poner la máxima distancia posible entre ellos y la fuente de aquel terror desesperado.

Entonces comenzó una lenta pulsación, un ruido ensordecedor con una cualidad desgarradora, dolorosa. Todos los que lo oyeron cayeron postrados de rodillas. Los

hombres vomitaron cuando una horrible sensación de desorientación hizo que se les revolviera el estómago, como si la fuerza que los mantenía pegados a la tierra hubiera desaparecido. Los ojos se encharcaron de lágrimas y los oídos dolieron mientras todos parecían levantarse del suelo. Durante un instante sintieron estar flotando, y luego cayeron hacia abajo, como golpeados por una mano gigantesca. Entonces llegó la explosión.

Todos los que intentaban ponerse en pie a duras penas volvieron a ser derribados mientras una luz de un brillo imposible brotaba hacia el cielo. Como si el sol hubiera explotado, arrojó al cielo fragmentos de piedra, tierra y madera; un monstruoso estallido de energías. En lo alto sobre Sethanon apareció una chispa roja, una luz cegadora que fue creciendo y perdiendo el color hasta convertirse en una nada gris. Se produjo un silencio inesperado, mientras vórtices de energía danzaban en el interior de lo gris. Como si el tejido del cielo se estuviera plegando sobre sí mismo, los bordes del desgarrón se abrieron hacia fuera, revelando otro universo en los cielos. Pudo verse la cascada de colores que era el poder, la energía, la misma vida de los señores de los dragones, parpadeando y avanzando, intentando cruzar la última barrera entre ellos y su objetivo final. Entonces se produjo un sonido.

Fue como una nota tocada por una trompeta de plata a un volumen increíble, que atravesó a todos cuantos estaban a millas de distancia de la ciudad como un viento de agujas. La agonía de la desesperanza total los inundó. El desaliento volvió a resonar en las mentes de todas las criaturas que estaban a la vista de Sethanon, y todos fueron repentinamente conscientes de que su vida estaba vinculada de algún modo con lo que estaban presenciando. El pánico cundió entre los observadores, incluso entre los soldados más curtidos, y hasta el último hombre, todos lloraron y chillaron, ya que estaban contemplando los últimos momentos de su existencia. Entonces cesó todo el ruido.

En el inquietante silencio, algo se formó en la llamarada de colores que había en el cielo. La nada gris se había extendido, hasta que pareció cubrir todo el cielo, y en el corazón de aquel loco espectáculo apareció el Enemigo. Al principio parecía un amasijo de manchurroneos de colores apagados, parpadeando y cambiando de forma al atravesar la grieta entre los mundos. Pero a medida que fue cruzando, empezó a disolverse en manchas más pequeñas de colores brillantes, siluetas mutables de energía que se solidificaron en formas concretas. Pronto todos los que estaban en el suelo pudieron ver en el corazón de la fractura a seres individuales, criaturas humanoides, cada uno de ellos montado a lomos de un dragón. Con una explosión que sobrepasó a todas las anteriores, la hueste dragón cruzó la fractura del cielo y entró tronando en el mundo que la había visto nacer. Centenares de seres, cada uno de ellos unido místicamente a los demás, salieron de la fractura, lanzando antiguos gritos de guerra. Eran imágenes de una belleza terrible, seres majestuosos de un poder

asombroso, ataviados con armaduras de colores brillantes y formas espléndidas, cabalgando a lomos de ancianos dragones. Bestias increíbles, muchas de las cuales habían desaparecido de la faz de Midkemia hacia eras, atravesaban el cielo batiendo la alas. Grandes dragones negros, verdes y azules, extinguidos ya en su mundo, volaban junto a los dorados y bronceos cuyos descendientes seguían vivos. Los rojos, cuya estirpe era común, planeaban junto a los plateados, que hacia siglos que no se veían en Midkemia. Los rostros de los valheru eran máscaras de alegría y regocijo mientras saboreaban el momento de la victoria. Cada uno de ellos parecía una entidad de poder insuperable, gobernante de todo cuanto veía. Eran el poder. Cuando aparecieron, cada criatura del planeta sintió un dolor de intensidad casi insoportable, como si estuvieran tirando del hilo de su vida.

Entonces, en el momento de más profundo terror, cuando toda esperanza parecía perdida, una fuerza se alzó hacia el cielo. Desde las profundidades del cráter que había debajo del castillo brotó un torrente de energía sobre la ciudad, arremolinándose de forma confusa y saltando de tejado en tejado. Bailó una furiosa jiga con enloquecido abandono mientras el fuego verde se extendía hacia fuera, derramándose como fuego líquido en un círculo creciente. Entonces con un apagado ruido, fuerte pero no doloroso para los oídos, una gigantesca nube de polvo fue arrojada a los cielos, y cesó todo el ruido.

Algo respondió al caos de los cielos. No pudo verse, pero se sintió. Fue una cosa de dimensiones titánicas, un rechazo a toda la negrura y la maligna desesperación que se había experimentado solo momentos antes. Como si todo el amor y las maravillas de la creación le hubieran puesto voz a una canción, que se alzó para desafiar a la hueste dragón. Una luz verde, brillante hasta alcanzar la intensidad de la luz roja de un momento antes, brotó hacia arriba desde el cráter en el suelo e impactó en la fractura. La vanguardia de la hueste dragón quedó envuelta en la luz verde, y a medida que cada uno de ellos iba siendo tocado, se volvía inmaterial, un fantasma de una época pasada, una sombra de una era antigua. Los señores de los dragones se convirtieron en nubes de humo de colores, seres de bruma y de recuerdo. Temblaron y se movieron, como atrapados entre dos corrientes de igual fuerza, y entonces fueron súbitamente absorbidos hacia abajo, como si un viento irresistible los empujara contra el suelo. Los dragones sin jinete chillaron, dieron vueltas y se apartaron volando furiosamente de aquel viento, libres ya de las órdenes de sus amos. Se dispersaron hacia los cuatro puntos cardinales. La tierra tembló bajo aquellos que observaban pasmados, y el sonido del viento se hizo a la vez horripilante y bello de escuchar, como si los propios dioses hubieran compuesto un canto fúnebre. Entonces la lágrima del cielo se desvaneció en un instante, sin aspavientos, sin dejar rastro de haber existido. El viento cesó.

Y el silencio fue abrumador.

Jimmy miro a su alrededor. Se encontró a sí mismo llorando, luego riendo, luego llorando. Repentinamente sintió que todos los horrores que había conocido, todo el dolor que había experimentado, habían sido desterrados. Repentinamente se sintió bien hasta lo más profundo de su ser. Se sintió conectado con cada ser vivo del planeta. Sintió que su ser se llenaba de vida y de amor. Y supo que, al fin, habían ganado. De algún modo los valheru habían sido vencidos, derrotados, en el momento mismo de su triunfo. Al joven escudero le temblaban las piernas, y se reía de alegría mientras las lágrimas corrían por su rostro. Se encontró rodeando con el brazo a un soldado tsurani que también reía y lloraba al mismo tiempo.

Guy fue ayudado a ponerse en pie, y contempló la escena que lo rodeaba. Trasgos, trolls y hermanos oscuros, junto con el ocasional gigante, huían a duras penas hacia el norte, pero todavía nadie había emprendido la persecución. Los soldados del Reino y los tsurani se limitaban a contemplar el espectáculo de la ciudad, ya que ahora una cúpula de imposible luz verde relucía sobre Sethanon, un verde tan brillante que era visible a la luz del sol de un claro día de otoño, y tan bello que llenaba a todos cuanto lo veían de una sensación de arrolladora maravilla. En el corazón de todos cuantos contemplaban la cúpula resonó una canción de belleza sin parangón, sentida más que oída. Por todas partes los hombres lloraban abiertamente al contemplar algo de perfección sublime, que los llenaba con una alegría indescriptible. La cúpula verde parecía parpadear, pero eso podría haber sido resultado del las nubes de polvo que pasaban junto a ella. Guy la observó, incapaz de apartar los ojos de ella. Incluso los trasgos y trolls que pasaban junto a ella en su huida quedaban cambiados, como si perdieran todo deseo de luchar.

Guy suspiró y sintió que la alegría en su interior empezaba a debilitarse, y tuvo la certeza de que nunca más en su vida conocería un momento de perfecta felicidad, de maravilloso éxtasis como aquel. Armand de Seigny llegó corriendo hacia su antiguo aliado, seguido a poca distancia por Martin y un enano.

—¡Guy! —dijo, y ocupó el sitio de uno de los tsurani que sostenían a su amigo y antiguo comandante, abrazándolo fuertemente. Ambos hombres se mecieron adelante y atrás, rodeándose con los brazos, riendo y llorando.

—De algún modo hemos ganado —dijo du Bas-Tyra en voz baja.

Armand asintió.

—¿Arutha?

Guy negó con la cabeza, entristecido.

—Nada podría haber sobrevivido dentro de eso, nada.

Martin y Dolgan llegaron a la cabeza de una partida de enanos. El rey de los enanos del Oeste se acercó a Guy y Armand.

—Esta es una belleza terrible e infinita —dijo serenamente.

Ahora la cúpula de luz pareció adquirir la forma de una gema gigantesca, con

facetas hexagonales. Cada faceta brillaba intensamente, pero parpadeaba a un ritmo diferente, lo que hacía parecer que la cúpula centelleaba. La sensación de perfección fue perdiendo fuerza, igual que el torrente de alegría, pero todos cuantos miraban aquello seguían sintiendo una serena maravilla.

—¿Arutha? —dijo Martin arrancando sus ojos de la vista.

—Desapareció ahí dentro con tres hombres que vinieron a lomos de un dragón —dijo Guy—. El elfo sabe sus nombres. —Mientras la visión que tenían delante de ellos palpitaba, Guy obligó a su atención a dirigirse hacia temas más mundanos—. Dioses, que desastre. Martin, más vale que envíes algunos hombres a perseguir a esos hermanos oscuros hasta sus hogares, antes de que se reagrupen y vuelvan.

Dolgan sacó tranquilamente una pipa de la bolsa que colgaba en un cinturón.

—Mis chicos ya se están encargando de eso, pero no les importará tener compañía. Aunque de algún modo creo que los moredhel y sus siervos no van a necesitar mucha presión para huir. La verdad es que creo que a los que están por aquí no les quedan muchas ganas de lucha.

En ese momento, recortadas contra la refulgente semiesfera verde, a través del polvo, pudieron verse las siluetas de seis hombres, que avanzaban medio caminando medio cojeando. Martin y los demás permanecieron en silencio mientras los seis se acercaban, ya que las densas nubes de polvo ocultaban sus rasgos.

—¡Arutha! —gritó Martin cuando las seis siluetas llegaron a medio camino entre las puertas de la ciudad y los observadores.

Al momento se adelantaron varios hombres para ayudar a Arutha y a sus compañeros. Un par de soldados fue hacia cada uno y les ofrecieron ayuda para caminar, pero Arutha se limitó a detenerse y abrazar a su hermano. Martin puso sus brazos sobre los hombros de su hermano y lloró abiertamente aliviado al volver a verlo vivo. Tras un largo rato se separaron y se dieron la vuelta para contemplar la cúpula brillante que cubría la ciudad.

Experimentaron una repentina renovación de la sensación de armonía con toda la vida, una maravillosa sensación de perfección sublime. Entonces se desvaneció.

Las luces verdes de la cúpula dejaron de existir, y el polvo empezó a asentarse.

—Por fin se ha acabado —dijo Macros con un ronco carraspeo.

Lyam recorría el campamento inspeccionando a los vapuleados supervivientes de los que habían combatido en Highcastle y Sethanon. Arutha caminaba a su lado, todavía cansado y magullado por la lucha.

—Este relato es asombroso —dijo el rey—. Solo lo creo porque tengo las pruebas delante de la vista.

—Yo lo he vivido y a penas puedo creer lo que he visto —dijo Arutha.

Lyam miró a su alrededor.

—Con todo, por lo que has dicho, tenemos suerte de poder estar viendo algo. Supongo que tenemos mucho de lo que estar agradecidos —suspiró—. ¿Sabes? Cuando éramos niños habría jurado que ser rey era una cosa magnífica. —Miró pensativo a Arutha—. Igual que habría jurado que yo era igual de inteligente que Martin y tú. La prueba de que no lo soy es que no seguí el ejemplo de Martin y renuncié a la corona —añadió con una sonrisa irónica—. Todo es un desastre. Tengo a Hazara-Khan merodeando por ahí, charlando con la mitad de los nobles del Reino y sin duda recolectando secretos de estado como si fueran conchas en la playa. Ahora que la fractura ha vuelto a abrirse, necesito volver a comunicarme con el emperador y ver si puedo arreglar un intercambio de prisioneros. Solo que no tenemos prisioneros porque los hemos convertido a todos en hombres libres, así que Kasumi y Hokanu me han dicho que probablemente tendremos que comprar los cautivos, lo que significa subir los impuestos. Y tengo más de un centenar de dragones, algunos de los cuales no habían sido vistos en este mundo en siglos, volando en todas direcciones y pudiendo aterrizar donde les venga en gana en cuanto les entre hambre. Luego está el problema de la ciudad, que ha quedado en ruinas...

—Piensa en la alternativa —dijo Arutha.

—Y por si eso no fuera suficiente, me has traído a du Bas-Tyra a ver qué hago con él, y por lo que me has dicho resulta que encima es un héroe. La mitad de los nobles del Reino quieren que busque un árbol y lo cuelgue, y la otra mitad está lista para colgarme si él les dice que lo hagan. —Contempló a su hermano con una mirada escéptica—. Creo que debería haber seguido el ejemplo de Martin y haberte dejado la corona a ti. Ofreceme una buena pensión y puede que lo haga. —Arutha puso mala cara ante el leve indicio de que pudiera tener más responsabilidades. Lyam miró a su alrededor buscando a Martin que había gritado un saludo—. En cualquier caso, creo que ya sé lo que hacer. —Saludó a Martin, que se acercó—. ¿La has encontrado, Martin?

El duque de Crydee sonrió.

—Sí, estaba con un grupo de auxiliares de Tyr-Sog que venían hacia aquí a medio día por detrás de mí, los que venían con los laMutianos de Kasumi y los enanos de Dolgan.

Lyam llevaba un día y medio recorriendo el campo de batalla con Arutha, desde su llegada. Su ejército había sido el último en llegar, ya que los vientos entre Rillanon y Salador habían sido desfavorables. El rey señaló con el pulgar sobre el hombro a los nobles del Reino, reunidos junto a su pabellón.

—Bueno —dijo—. Están todos deseando saber qué hacemos ahora.

—¿Lo has decidido? —le preguntó Arutha a Martin.

El príncipe había pasado toda la noche reunido con Lyam, Pug, Tomas, Macros y Laurie discutiendo cómo resolver bastantes asuntos ahora que la amenaza de

Murmandamus había desaparecido, mientras Martin peinaba el campamento buscando a Briana.

Martin parecía absolutamente feliz.

—Sí. Nos casaremos tan pronto como sea posible. Si queda un sacerdote de alguna orden entre los refugiados de la ciudad, entonces mañana.

—Creo que tendrás que contener tu pasión lo suficiente para que podamos organizar una boda de estado. —Martin empezó a poner mala cara y Lyam estalló en risas—. ¡Infiernos, ahora eres clavado a él! —y señaló a Arutha. El rey sintió un repentino e incontenible afecto por sus dos hermanos y les pasó a ambos el brazo por el cuello, abrazándolos fuertemente—. Estoy tan orgulloso de vosotros dos. Y sé que padre lo estaría —dijo emocionado. Durante largo rato los tres permanecieron abrazados—. Vamos, restablezcamos algo de orden en nuestro reino —dijo Lyam en tono más animado—. Luego podremos celebrarlo. Que me aspen, pero si no tenemos motivos de celebración, nadie los tiene.

Empujó juguetonamente a los otros dos y los condujo hacia su pabellón, mientras los tres reían.

Pug vio a Lyam entrar con sus hermanos. Macros estaba apoyado en su bastón junto a Kulgan, con el resto de los magos de Stardock y la Asamblea agrupados tras ellos. Katala estaba cogida de su marido, como si no estuviera dispuesta a dejarlo ir, mientras que William y Gamina se aferraban a su túnica. Pug le revolvía el pelo a la niña, contento de descubrir que había heredado una hija en el tiempo que había estado fuera.

A un lado, Kasumi hablaba en voz baja con su hermano menor. Estaban juntos por primera vez en tres años. Hokanu y los soldados más leales al emperador habían sido elegidos para ayudar a los túnicas negras de la Asamblea. Lyam se había entrevistado por la mañana con ambos hermanos Shinzawai ya que, como había dicho, la vuelta de la fractura entre los mundos había generado algunas dificultades.

Laurie y Baru se unieron a Martin, que rodeó la cintura de Briana con el brazo. El guerrero pelirrojo llamado Shigga estaba tras ellos apoyado en su lanza, observando en silencio a pesar de su incapacidad de entender lo que se decía. Había llegado con Briana y otros supervivientes de Armengar, marchando con el ejército de Vandro de Yabon. La mayoría de los soldados armengarianos habían salido con los enanos a perseguir a la hueste de Murmandamus en su retirada hacia el norte. Junto a ellos observaban Dolgan y Galain, y el enano no parecía haber envejecido ni un solo día. La única indicación de su ascenso al trono de los enanos occidentales era el martillo de Tholin que colgaba de su cinto. Por lo demás tenía exactamente el mismo aspecto que Pug recordaba de cuando habían cruzado las minas bajo las montañas de las Torres Grises. Vio a Pug al otro lado de la tienda y le dedicó una sonrisa y un saludo.

Lyam levantó la mano.

—Desde nuestra llegada nos han contado muchas cosas, relatos maravillosos de bravura y heroísmo, narraciones de deber y sacrificio. Con este desastre se han resuelto algunas cuestiones. Hemos hablado con muchos de vosotros, oídos vuestros consejos, y ahora hemos de hacer algunas proclamas. La primera: aunque la gente de la dudad de Armengar son extranjeros en nuestra nación, están emparentados con nuestra gente de Yabon. Les damos la bienvenida como hermanos que vuelven a casa y les ofrecemos un sitio junto sus parientes. Pueden considerarse ciudadanos del Reino. Si alguno de ellos desea volver al norte, para establecerse de nuevo en aquellas tierras, les ayudaremos en todo lo que podamos, pero tenemos la esperanza de que se queden. Y también le ofrecemos nuestro profundo agradecimiento al rey Dolgan y sus seguidores por la oportuna ayuda. También nos gustaría agradecer al elfo Galain su disposición a ayudar a nuestro hermano. Y que se sepa que nuestros señores el príncipe de Krondor y los duques de Crydee y Salador han servido a su reino más allá de toda medida y la corona está en deuda con ellos. Ningún rey podría haberles pedido a sus súbditos lo que ellos han entregado libremente. —Entonces, en una exhibición sin precedentes, Lyam encabezó unos vítores por Arutha, Laurie y Martin. Los vítores de los nobles reunidos hicieron vibrar el pabellón—. Ahora, que se acerquen el conde Kasumi de LaMut y su hermano, Hokanu de los Shinzawai. — Ambos tsurani se pusieron frente a él—. Kasumi, primeramente comunícale a tu hermano, y a través de él al emperador ya sus soldados, nuestra eterna gratitud por sus generosos y valientes esfuerzos para salvar a nuestra nación de un grave peligro.

Kasumi empezó a traducir para su hermano. Pug sintió una mano en el hombro y se volvió. Era Macros, que le hizo un gesto inclinando la cabeza. Pug besó a Katala.

—Vuelvo enseguida —susurró.

Katala asintió y cogió a los niños, sabiendo que por una vez su marido no decía aquello por decirlo. Observó cómo Macros se llevaba a Tomas y a Pug a poca distancia.

Lyam seguía hablando.

—Ahora que se ha vuelto a abrir el camino, permitiremos que aquellos de la guarnición de LaMut que lo deseen vuelvan a su hogar, liberándolos de su vasallaje hacia nos.

Kasumi inclinó la cabeza.

—Mi señor, me complace informaros de que la mayoría de los hombres han elegido quedarse, diciendo que aunque vuestra generosidad los abruma, ahora son hombres del Reino, con esposas, familias y lazos. Yo también me quedaré.

—Nos place, Kasumi. Nos place mucho. —Ambos hermanos se retiraron, y el rey continuó—. Que se adelanten Armand de Seigny, Baldwin de la Troville y Anthony du Masigny. —Los tres hombres se adelantaron—. Arrodiillos. —Los tres hombres

hincaron la rodilla ante su rey—. Anthony du Masigny, se os restablecen de ahora en adelante vuestros títulos y tierras como barón de Calry, de los que fuisteis despojado cuando se os envió al norte, y se añaden a ellos los títulos y tierras que una vez fueron de Baldwin de la Troville. Estamos muy complacidos con vuestros servicios, Baldwin de la Troville, y os necesitamos. Como hemos otorgado vuestro título de escudero de Marlsborough a du Masigny, tenemos otro para vos. ¿Aceptareis el puesto de alcaide de nuestra fortaleza de Highcastle?

—Sí «sire», aunque si le place a la corona me gustaría pasar los inviernos en el sur de vez en cuando.

De la multitud reunida brotó una risa.

—Concedido, ya que también os otorgamos los títulos anteriormente poseídos por Armand de Sevigny. Levantaos, Baldwin, barón de Highcastle y Gyldenholt. —Miró a Armand de Sevigny—. Tenemos planes para vos, amigo mío. Que traigan al antiguo duque de Bas-Tyra. —Unos guardias con la librea real se acercaron con Guy du Bas-Tyra, en parte escoltándolo, y en parte transportándolo desde la tienda real, donde había estado convaleciente junto a Amos Trask. Guy se detuvo junto a Armand, que seguía arrodillado—. Guy du Bas-Tyra, habéis sido condenado por traición y desterrado, condenado a no volver a nuestra nación bajo pena de muerte. Pero comprendemos que habéis tenido poca elección en el asunto de vuestra vuelta. —Miró a Arutha, que sonreía tristemente—. Por lo tanto derogamos la orden de destierro. Y ahora queda el asunto del título. Entregamos el título de duque de Bas-Tyra al hombre que nuestro hermano Arutha ha considerado más apto. Armand de Sevigny, os otorgamos el cargo de señor del ducado de Bas-Tyra, con todos los derechos y obligaciones pertinentes. Levantaos, duque Armand de Sevigny. —Lyam posó la mirada en Guy—. Incluso sin vuestro título hereditario, creo que os mantendremos ocupado. Arrodillaos. —Armand ayudó a Guy a arrodillarse—. Cuy du Bas-Tyra, por vuestra profunda preocupación por el bienestar del Reino a pesar de haber sido desterrado, y vuestra valentía en defensa de Armengar y de este Reino, os ofrecemos el cargo de primer consejero del rey. ¿Lo aceptaréis?

El ojo bueno de Guy se abrió de par en par, y luego el antiguo duque se rió.

—Esto es una gran ironía, Lyam. Tu padre se estará revolviendo en su tumba. Sí, lo acepto.

El rey negó con la cabeza y sonrió, recordando a su padre.

—No, creemos que lo comprende. Levantaos, Guy, duque de Rillanon. Acércate, Baru de los hadati. —Baru dejó a Laurie, Martin y Briana y se arrodilló ante su rey—. Tu valentía no tiene igual, como demostraste destruyendo al moredhel Murad y acompañando a nuestro hermano Martin y al duque Laurie a través de las montañas para traernos las nuevas de la invasión de Murmandamus. Lo hemos pensado mucho y no sabemos qué recompensa ofrecerte. ¿Qué podemos hacer para agradecerte tus

servicios?

—Majestad, no deseo recompensas —dijo Baru—. Muchos parientes lejanos han llegado de Yabon, y me quedaré con ellos si se me permite.

—Entonces ve con nuestras bendiciones —dijo Lyam—, y si necesitas algo que estuviera dentro de nuestro poder concederte para facilitar el traslado de tu gente, no tienes más que pedirlo.

Baru se levantó y volvió con sus amigos, que sonreían. Baru había encontrado un nuevo hogar y un objetivo en la vida.

Se otorgaron otras recompensas y los asuntos de la corte continuaron. Arutha se mantuvo aparte, deseando que Anita estuviera con él, pero sabiendo que solo estaba a unos días de distancia. Vio a Macros a cierta distancia, hablando con Pug y Tomas. Las tres figuras estaban a la sombra, ya que el día llegaba a su fin y el anochecer se aproximaba rápidamente. Arutha suspiró fatigado y se preguntó qué les preocuparía en aquellos momentos.

—Entonces lo entendéis —dijo Macros.

—Sí, pero sigue siendo una cosa difícil —dijo Pug, no necesitaba decir más. Conservaba los conocimientos adquiridos cuando el hechicero y él habían unido sus mentes. Ahora era el igual de Macros en poder, y casi su igual en conocimientos. Pero iba a echar de menos la presencia del hechicero, ahora que conocía su destino.

—Todas las cosas acaban, Pug y ahora se acaba mi tiempo en este mundo. Con el fin de la presencia de los valheru, mis poderes han vuelto por completo. He de ir a nuevos lugares. Gathis vendrá conmigo, y los demás que vivían en mi isla ya tienen quien cuide de ellos, así que aquí ya no me quedan más obligaciones. Debo seguir adelante, igual que tú debes quedarte aquí. Habrá reyes que aconsejar, niños pequeños a los que enseñar, ancianos con los que discutir, guerras que evitar, guerras en las que luchar —suspiró, como si de nuevo deseara librarse de todo aquello de una vez por todas. Entonces su tono se hizo algo más alegre—. Por lo menos nunca es aburrido. Eso nunca. Asegúrate de que el rey sepa lo que hemos hecho aquí. —Miró a Tomas. El humano convertido en valheru parecía algo diferente desde la batalla final, y Macros le habló en voz baja—. Tomas, los eldar volverán por fin, ya que su exilio auto impuesto en Elvardein ha finalizado. Tendrás que ayudar a tu reina a gobernar un nuevo Elvandar. Muchos de los glamredhel también os buscarán, ahora que saben que Elvandar existe, y creo que también veréis un aumento de los Retornos. Ahora que la influencia de los valheru ha sido confinada, el atractivo de la senda oscura debería debilitarse. Por lo menos podemos tener esa esperanza. Y mira también en tu interior, Tomas, porque creo que verás que buena parte de tu poder ha desaparecido junto a los hermanos de Ashen-Shugar. Sigues siendo uno de los mortales más poderosos, pero si yo fuera tú no volvería a intentar dominar dragones. Creo que

podrías llevarte una sorpresa.

—Me sentí cambiar —dijo Tomas—... al final. —Había tenido un aspecto apagado desde su combate con Draken-Korin—. ¿Vuelvo a ser mortal?

Macros asintió.

—Siempre lo fuiste. El poder del valheru te cambió, y ese cambio no puede ser revertido, pero nunca fuiste inmortal. Solo estabas muy cerca de serlo. Pero no te preocupes, has retenido gran parte de la herencia valheru. Vivirás una larga vida junto a tu reina, al menos tan larga como la que el destino permite a los elfos. —Esas palabras parecieron tranquilizar a Tomas—. Manteneos vigilantes, los dos, ya que los pantathianos han pasado siglos planeando y llevando a cabo este engaño. Era una intriga de una minuciosidad asombrosa, y los poderes otorgados al que se hacía pasar por Murmandamus no eran simples ilusiones de poca monta. Era una entidad. Haber creado alguien así y haber capturado y manipulado los corazones de una raza tan oscura como los moredhel ha requerido mucho. Quizá sin la influencia de los valheru a través de las barreras del espacio y el tiempo, el pueblo serpiente se convierta en otra raza más, una raza inteligente entre muchas. —Miró al horizonte—. Pero puede que no. Tened cuidado con ellos.

—Macros —dijo lentamente Pug—... al final estaba seguro de que habíamos perdido.

Macros sonrió enigmáticamente.

—Y yo. Posiblemente el golpe de Tomas impidiera que los valheru pudieran manipular la piedra correctamente. No sé. La fractura se abrió y la hueste dragón pudo pasar, pero... —Los ojos del viejo hechicero brillaron profundamente emocionados—. Alguna maravilla, más allá de mi entendimiento, intervino al final. —Bajó a vista—. Fue como si la propia esencia de la vida, las almas de todos los que vivían en este mundo, rechazara a los valheru. El poder de la Piedra Vital nos ayudó a nosotros, no a ellos. De ella tomé yo fuerzas al final. Fue ella la que capturó a la hueste dragón y al Señor de los horrores y cerró la fractura. Fue la que nos protegió y nos mantuvo con vida. —Sonrió—. Deberías intentar, con cuidado, aprender tanto como puedas de la Piedra Vital. Es una maravilla más allá de lo que nosotros habíamos sospechado. —Macros se mantuvo en silencio un rato—. Pug eres casi como un hijo para mí, en cierto sentido, como cualquiera al que haya llamado así a lo largo de los siglos. Por lo menos eres mi heredero, y el custodio de todo el saber mágico que he acumulado desde mi llegada a Midkemia. Esa última caja de libros y pergaminos que guardé en mi isla llegará pronto a Stardock. Te sugiero que les ocultes el hecho a Kulgan y Hochopepa, hasta que tú hayas examinado los contenidos. Parte de ellos están fuera del alcance de todos los de este mundo salvo tú, y cualquier otro que te siga en tu poco usual vocación. Entrena bien a los que te rodean, Pug. Hazlos poderosos, pero hazlos también gente compasiva y generosa. —Hizo una pausa para

contemplar a los dos niños hechos hombres, esos muchachos de Crydee que hacía doce años él había empezado a moldear para salvar un mundo y más—. Os he utilizado. De forma apremiante a veces. Pero al final ha resultado ser necesario. Me gusta pensar que todo el dolor que habéis sufrido queda compensado por las ganancias. Habéis logrado cosas que superan incluso los sueños de vuestra infancia. Ahora sois los cuidadores de Midkemia. Tenéis todas las bendiciones que puedo daros —la voz le falló, de forma inusual, y los ojos le brillaron y se le humedecieron—. Adiós, y gracias.

Se apartó de ellos y se dio la vuelta lentamente. Ni Pug ni Tomas tuvieron fuerzas para decirle adiós. Macros empezó a caminar hacia el oeste, hacia la puesta de sol. No solo se alejaba de ellos, sino que con el primer paso pareció hacerse menos sólido. Con cada paso se fue volviendo más inmaterial, transparente, y pronto fue como una bruma, luego menos que bruma, finalmente desapareció.

Lo vieron partir, sin decir nada durante un rato.

—¿Crees que alguna vez conocerá la paz? —se preguntó Tomas en voz alta.

—No lo sé —dijo Pug—. Quizá algún día encuentre su Isla Bendita.

De nuevo se quedaron un rato en silencio. Luego, volvieron al pabellón real.

La celebración estaba en su apogeo. Martin y Briana habían anunciado sus planes de boda, ante la evidente aprobación de todo el mundo. Ahora, mientras los demás celebraban la vida, la supervivencia y la simple alegría de vivir, Arutha, Lyam, Tomas y Pug se abrían paso a través de la ruina que era Sethanon. Se había alojado a la población en la parte occidental, menos dañada, pero no eran más que una presencia distante. Con todo, avanzaban sigilosamente para no ser vistos.

Tomas los condujo por una gran grieta en el suelo, hasta lo que parecía ser la apertura a una cueva bajo las ruinas del castillo.

—Aquí se ha abierto una fisura que conduce hasta la cámara inferior, el centro de la antigua ciudad —dijo Tomas—. Pisad con cuidado.

Descendieron lentamente, usando la tenue luz de las artes mágicas de Pug para ver, y tan pronto entraron en la cámara Pug movió las manos y brotó una luz más brillante. Tomas le indicó con un gesto al rey que avanzara. Unas figuras entunicadas salieron de las sombras y Arutha desenvainó la espada.

—Deja tu espada, príncipe del Reino —dijo una voz femenina que salió de las tinieblas.

Tomas asintió y Arutha volvió a envainar su espada mágica. De entre las sombras salió una figura enorme, enjoyada y reluciente por la luz que se reflejaba en una miríada de facetas. Era un dragón, pero como nunca se había visto ninguno, ya que en lugar de las escamas que una vez habían sido doradas ahora refulgían un millar de gemas. Con cada movimiento, un arco iris de belleza deslumbrante envolvía la

monstruosa forma.

—¿Quién eres? —preguntó el rey serenamente.

—Soy el Oráculo de Aal —llegó la suave voz de la boca del dragón.

—Hicimos un trato —dijo Pug—. Teníamos que encontrarle un cuerpo adecuado.

—La mente de Ryath fue aniquilada —dijo Tomas—. Perdió el alma a manos del Señor de los Horrores. Su cuerpo seguía vivo, aunque malherido y al borde de la muerte. Macros la curó, sustituyendo las escamas destruidas por nuevas, fabricadas a partir de las gemas del tesoro, usando una propiedad de la Piedra Vital. Al recuperar sus artes, trajo aquí al oráculo y a sus sirvientes. Ahora el oráculo reside en la mente vacía.

—Es un cuerpo más que satisfactorio —dijo el oráculo—. Vivirá muchos siglos. Y posee muchos poderes.

—Y —añadió Pug—, ella se quedará vigilando por siempre la Piedra Vital. Ya que si alguien la manipulara, ella perecería junto con todos los demás seres de este planeta. Hasta que encontremos la forma de localizar a los pantathianos y encargamos de ellos, sigue existiendo el riesgo de que se vuelva a llamar a los valheru. —Lyam contempló la Piedra Vital. La gema de color verde pálido resplandecía suavemente, pareciendo palpitar con una cálida luz interior. Y en el centro tenía clavada una espada dorada—. No sabemos si ha destruido a los señores de los dragones o simplemente los tiene aprisionados. Ni siquiera las magias que aprendí de Macros pueden penetrar todos sus misterios. Tememos retirar la espada de Tomas, ya que hacerlo podría no hacer ningún daño o podría desatar lo que se encuentre atrapado en su interior.

Lyam se estremeció. De todo lo que había oído, el poder de la piedra vital era lo que lo había hecho sentirse más indefenso. Se acercó y apoyó la mano en ella. La piedra era cálida al tacto y el contacto le llenó de un suave y relajante placer. Había una buena sensación en la piedra. El rey se volvió hacia la poderosa forma del dragón enojado.

—No tengo objeciones a vuestra estancia, señora. —Pensó durante un rato—. Arutha, haz correr el rumor de que la ciudad está maldita. El valiente de Humphry está muerto y no ha dejado heredero para su título. Haré que lo que queda de la población se mude y los indemnizaré. De todas formas la ciudad ya está medio destruida. Vaciémosla para que nada moleste al oráculo. Y vámonos, no sea que nos echen de menos en la fiesta y vengan a buscarnos. —Se volvió hacia el dragón—. Señora, os deseo que os vaya bien en vuestro oficio. Si tenéis alguna necesidad, enviad un mensaje, sea por medios mágicos o mundanos, y haré lo que pueda. Solo nosotros cuatro y mi hermano Martin conoceremos la verdad acerca de vos, y más adelante nuestros herederos.

—Sois magnánimo, Majestad —respondió el oráculo.

Tomas los condujo fuera de la caverna, hacia arriba, hasta la superficie.

Arutha entró en su tienda, y se sobresaltó a ver a Jimmy durmiendo en su cama. Lo sacudió suavemente.

—¿Qué pasa? ¿No te habían dado alojamiento?

Jimmy miró al príncipe con un apenas ocultado mal humor por haber sido despertado.

—Es Locky. La maldita ciudad se nos está cayendo encima y él encuentra otra chica. Se está convirtiendo en una costumbre. Anoche tuve que dormir en el suelo. Pensaba echarme una siestecita. Me buscaré otro sitio.

Arutha se rió y empujó al joven de vuelta al catre cuando empezaba a levantarse.

—Quédate aquí, yo me quedaré en el pabellón real. Lyam ha estado ocupado esta tarde repartiendo recompensas mientras tú dormías y Locky... bueno, hacía lo que hacía. Con el todo el jaleo me olvidé de vosotros. ¿Qué debería hacer para recompensaros, bribones?

Jimmy sonrió ampliamente.

—Nombrar a Locklear escudero mayor para que yo pueda volver a la tranquila vida de ladrón. —Bostezó—. Ahora mismo no se me ocurre ninguna cosa que pedir excepto una semana de sueño.

Arutha sonrió.

—Vale. Duerme un poco. Ya se me ocurrirá algo para dos bribonzuelos —dejó a Jimmy y se encaminó hacia la tienda de Lyam.

Cuando llegaba a la entrada, un grito de anuncio y un toque de trompeta anunciaron la llegada de un polvoriento carruaje que exhibía el escudo de armas real. Anita y Carline bajaron enseguida. Arutha se quedó asombrado mientras su esposa y su hermana corrían a abrazarlo y besarlo.

—¿Qué es esto?

—Hemos seguido a Lyam —dijo una llorosa Anita—. No podíamos esperar en Rillanon para saber si Laurie y tú estabais vivos o muertos. Tan pronto nos llegaron los mensajes de que estabais bien, levantamos el campamento y salimos para acá.

Arutha la abrazó a la vez que Carline escuchaba una canción que sonaba por allí.

—O eso es un ruiseñor enamorado, o mi marido se ha olvidado de que ahora es duque. —Volvió a besar a Arutha en la mejilla—. Vas a ser tío otra vez.

Arutha rió y abrazó a su hermana.

—Mucho amor y felicidad, Carline. Sí, ese es Laurie. Baru y él han llegado hoy con Vandro.

Carline sonrió.

—Bueno, creo que voy a ir a hacer que le salgan algunas canas.

—¿Qué ha querido decir con «otra vez»? —dijo Arutha.

Anita levantó la mirada al rostro de su marido.

—La reina está embarazada; se anunció cuando tú estabas ausente. El padre Tully ha mandado un mensaje diciendo que todo indica que será un príncipe. Tully dice que ya está muy viejo para el camino, pero que sus oraciones han estado contigo.

Arutha sonrió.

—Así que pronto se acabará lo de ser heredero.

—No tan pronto, el niño todavía tardará cuatro meses.

Unos vítores en el interior de la tienda indicaron que Carline ya había notificado su embarazo a su esposo, y una segunda ronda indicó que el mensaje de Tully también había sido comunicado.

Anita abrazó a su marido.

—Tus hijos están bien y creciendo. Echan de menos a su padre, igual que me ha pasado a mí. ¿Podemos escabullimos pronto?

Arutha se rió.

—Tan pronto como hagamos una aparición. Pero he tenido que cederle mi tienda a Jimmy. Parece que Locky ha desarrollado un temperamento amoroso y Jimmy no tenía otro sitio donde dormir. Así que tendremos que usar una de las tiendas de invitados en este pabellón.

Entró con su esposa y los nobles reunidos se levantaron para saludar a príncipe y la princesa de Krondor.

El embajador keshiano, lord Hazara-Khan, hizo una reverencia, y Arutha extendió la mano.

—Gradas, Abdur. —Le presentó Anita a Hokanu y volvió a dar las gradas. Dolgan estaba hablando con Galain y Arutha felicitó al enano por su coronación como rey de los enanos del oeste. Dolgan le dedicó un guiño y una sonrisa, y luego todos se callaron cuando Laurie empezó a tocar.

Escucharon atentamente mientras Laurie cantaba; era una canción triste, pero una canción de valentía, una balada que había compuesto en honor de su amigo Roald. Contaba la pena de Laurie ante su fallecimiento, pero acababa en una nota sonora, una nota triunfal, y luego una intrascendente coda que hizo reír a todos cuantos habían conocido a Roald, porque de algún modo capturaba su naturaleza juerguista.

Entonces Gardan y Volney se acercaron.

—Si pudiéramos tener unas breves palabras con vos. Alteza —dijo el conde de Landreth.

Anita indicó que no le importaba, y Arutha dejó que los dos hombres que habían gobernado en su ausencia lo condujeran a la habitación contigua a la cámara real. Una corpulenta figura yacía en la cama, respirando pesadamente, y Arutha se llevó el dedo a los labios, indicando que hablaran en voz baja.

—¿Amos Trask? —preguntó Gardan inclinando el cuello.

—Es una larga historia, y dejaré que sea él quien te la cuente. No me perdonaría nunca que no lo hiciera. Ahora, ¿qué pasa?

—Alteza —dijo Volney en voz baja—, quiero volver a Landreth. Con vuestra supuesta muerte la ciudad ha sido un avispero que administrar. He hecho todo lo que he podido en los tres últimos años, pero ya es suficiente. Quiero volver a casa.

—No puedo prescindir de vos, Volney —dijo Arutha. El rechoncho conde empezó a levantar la voz y Arutha lo hizo callar—. Mirad, pronto va haber un nuevo príncipe de Kronдор, y hará falta un regente del principado.

—Eso es imposible —dijo Volney—. Es un compromiso de dieciocho años. Me niego.

Arutha miró a Gardan, que sonrió y levantó las manos.

—A mí no me miréis. Lyam me ha prometido que puedo volver a Crydee con Martin y su dama. Siendo Charles el nuevo Maestre de Armas, puedo dejarle a mi hijo el oficio de soldado. Planeo pasar mis días pescando en el espigón de Puntalarga. Pronto vas a necesitar un nuevo caballero mariscal.

Arutha maldijo.

—Eso quiere decir que si no encuentro a alguien pronto, Lyam me acabará nombrando a mí duque de Kronдор y caballero mariscal. Voy a intentar que me conceda algún condado tranquilo, como Tuckshill, y no volver a salir de casa. —Estuvo un rato pensativo—. Quiero diez años más de cada uno de los dos.

—¡Inaceptable! —dijo Volney, levantando la voz indignado—. Estoy dispuesto a quedarme un año para ayudar en la transición administrativa, pero nada más.

Arutha entrecerró los ojos.

—Seis, seis años más de cada uno de vosotros. Si accedéis podréis retiraros, uno a Landreth y el otro a Crydee. Si no, encontraré la manera de meteros en problemas.

Gardan rió.

—Ya tengo el permiso de Lyam, Arutha. —Vio crecer el enfado del príncipe—. Pero si Volney se queda, yo también me quedaré un año; bueno, dos, pero no más, el tiempo de organizar las cosas.

Los ojos de Arutha emitieron un brillo casi maligno. Miró a Gardan.

—Vamos a necesitar un nuevo embajador en la corte tsurani ahora que ha vuelto a abrirse la fractura. —Miró a Volney—. Y otro embajador ante Kesh la Grande.

Ambos hombres intercambiaron miradas.

—Está bien, chantajista, tres años —dijo Volney en un ronco susurro—. ¿Qué vamos a hacer en estos tres años?

Arutha sonrió su sonrisa torcida.

—Quiero que te encargues personalmente del entrenamiento de Jimmy y Locky, Volney. Enséñales todo lo que sabes acerca de la administración. Cárgalos de trabajo hasta que estén a punto de desfallecer, y luego dales más. Quiero darle un buen uso a

esas mentes hiperactivas. Conviértelos en los mejores administradores que puedas. Gardan, cuando no estén en los despachos aprendiendo a gobernar, conviértelos en soldados. Ese joven bandido me pidió una recompensa hace un año, y ahora tiene que demostrarme que está a la altura. Y su joven compinche tiene demasiado talento para dejarlo volver a Finisterre. Locky es el hijo menor, así que allí se desperdiciaría. Cuando os vayáis vamos a necesitar un nuevo duque y un nuevo caballero mariscal y, cuando yo también me vaya, el duque tendrá que actuar como regente del príncipe; necesitará de un canciller competente que le ayude a soportar las cargas del gobierno. Así que no quiero que ninguno de ellos tenga cinco minutos libres en los próximos cuatro años.

—¡Cuatro años! —gritó Volney—. ¡Yo decía tres!

Entonces de la cama llegaron una carcajada y un suspiro.

—Arutha, tienes una idea muy extraña de lo que es una recompensa —dijo Amos—. ¿Qué te he metido esa mala idea en la cabeza?

Arutha sonrió abiertamente.

—Descansa, almirante.

Amos se dejó caer pesadamente en el catre.

—Ay, Arutha, sigues siendo un auténtico aguafiestas.